DAVID ZURDO ÁNGEL GUTIÉRREZ

EL TECHO DEL MUNDO

NOVELA

Índice

Cubierta
El techo del mundo
PRIMERA PARTE
SEGUNDA PARTE
TERCERA PARTE
CUARTA PARTE
QUINTA PARTE
Agradecimientos
Créditos
Acerca de Random House Mondadori

El techo del mundo

David Zurdo | Ángel Gutiérrez

PLAZA JANÉS

www.megustaleer.com

Aquel tiempo se fue. Búscalo sólo en los libros, porque ya no es más que el recuerdo de un sueño.

Lo que el viento se llevó

El hombre no está hecho para la derrota. Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado.

ERNEST HEMINGWAY

1929. El crack de la bolsa. Un mundo llega a su fin.

El nuevo mundo está lleno de hambre, pobreza y desesperanza.

Pero el sol siempre brilla.

En medio de la peor crisis, Nueva York erigió el mayor edificio del mundo.

Ésta es una historia de hombres y mujeres que vivieron y murieron en esos duros tiempos.

Apenas había amanecido y el frío era húmedo y cortante. Las calles grises de la ciudad parecían aún más oscuras de lo habitual. El vaho emergía de las alcantarillas como el aliento de un dragón dormido en las profundidades de la tierra. En fila sobre una acera mojada, varios cientos de hombres, mal abrigados y con rostros graves, aguardaban ante la oficina de contratación. Ésta no era más que una caseta de madera en una de las esquinas del enorme solar que había dejado la demolición del antiguo hotel Waldorf Astoria, en el corazón de la isla de Manhattan.

Como una cansina onda a merced del viento gélido, los hombres iban avanzando poco a poco, a medida que los que estaban delante llegaban a la oficina y cambiaban su mala suerte por un empleo o se marchaban de allí mirando al suelo, bajo el mismo cielo gris que los afortunados.

Un hombre alto y delgado, de pelo castaño, con la mirada de quien ha visto cosas que hubiera preferido no ver, esperaba su turno hacia la mitad de la fila. Su nombre era Tom Carter. Acababa de llegar a Nueva York, recién salido de la penitenciaría estatal de Filadelfia. En ella había cumplido diez años de reclusión y trabajos forzados por un delito del que era culpable, pero el cual volvería a cometer. Ahora era un hombre libre. Igual de libre e igual de desesperado que todos los de aquella fila. Conocía los oficios de carpintero y albañil y, durante el largo tiempo pasado en la cárcel, había aprendido mucho sobre la construcción de edificios. Pero le había sido imposible encontrar trabajo. Nadie quería contratar a un ex presidiario. Y menos en los tiempos que corrían.

Por eso estaba frente al solar del viejo hotel Astoria. Había oído que allí iba a construirse el rascacielos más alto del mundo, el Empire State Building, y que no harían ascos a un hombre fuerte y sano como él. Todo lo contrario de quien lo precedía, un tipo bajo y extremadamente delgado, con la piel de un malsano color pálido, que avanzaba cojeando y parecía a punto de derrumbarse. Quizá fuera por la mala alimentación. O quizá porque estaba enfermo. O borracho como una cuba. ¿Qué más daba? Nadie tenía ya espíritu para preocuparse por alguien que no fuera él mismo o los suyos.

La fila avanzó un poco más. El hombre de delante seguía tambaleándose. De pronto, sus piernas no fueron ya capaces de sostenerle y se desplomó como un fardo sobre la acera, cubierta por la

humedad casi helada. Muchos giraron su cabeza para mirar, pero ninguno abandonó su puesto para ayudarle. Tampoco Tom Carter, que había estado todo el tiempo detrás de él. La línea de rostros serios y ateridos simplemente desvió la atención hacia el hombre que había caído y volvió a cerrarse.

Al principio de la fila, alguien consiguió o no trabajo, y se marchó. Los demás adelantaron dos nuevos pasos para ocupar el hueco. Lo mismo hicieron en cuanto Tom abandonó, por fin, su lugar y se acercó al hombre que seguía tirado en el suelo. Se agachó junto a él y miró su rostro. Estaba gris y sudoroso, a pesar del frío. El cuerpo le temblaba. Sus labios eran una fina línea oscura. Entreabrió los ojos un momento. Intentaba decir algo que Tom no era capaz de oír. Aproximó un oído a su boca para distinguir un hilo de voz.

—Mi… hija…

Los de la fila seguían mirando, sin hacer nada.

—Mi niña… Yo soy todo… lo que tiene en el mundo. Mi… cartera.

Tom metió la mano en su chaqueta y sacó una cartera desgastada y vieja, atada al bolsillo con una cuerda. Ignoraba qué pretendía aquel pobre diablo. En la cartera había algo de dinero y un papel con una dirección.

—Mi hija… Dios, no dejes que…

Después de una convulsión muy leve, un último intento de robar algo de aire, el hombre dejó de respirar. Sus ojos quedaron abiertos, y en ellos, la imagen de la muerte. Tom no intentó cerrarlos. Simplemente se levantó con la cartera en la mano. En la fila, hubo quien agachó la cabeza o se quitó la gorra, en señal de respeto. Algún otro quizá rezó en silencio una oración. Tom no. Sabía que Dios no le escucharía. Ni a él ni a nadie.

En ese momento, un policía de ronda se le acercó, con las manos dentro de su abrigo azul marino casi negro. Tom se apresuró a guardarse la cartera antes de que llegara hasta él y el cadáver de su dueño.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el agente con sequedad y un movimiento de cabeza. Sus manos seguían protegidas en los bolsillos del gabán.

—Creo que ha muerto.

Durante unos segundos el policía miró el cuerpo con indiferencia.

—¿Tú lo conocías?

—No. Sólo estaba detrás de él en la fila.

—Bien. Entonces, apártate. Esto no es asunto tuyo.

En otra época, Tom no habría tolerado aquel tono ni esas malas maneras. Sabía cómo tumbar a un hombre de un puñetazo. Lo había

aprendido en prisión. Pero también había aprendido a morderse la lengua. Se separó del policía y regresó hasta el sitio que había ocupado en la fila, por delante de un tipo grueso y fuerte, de ojos saltones. Al intentar meterse en el que había sido su lugar, éste le empujó y le dijo:

—¡Eh! ¿Adónde crees que vas?

—Yo estaba aquí.

—Eso. Estabas. Pero ya no estás, ¿verdad?

—Tú me has visto. Ese hombre…

—¡Y a mí qué! Te has ido, ¿no? No haberlo hecho.

Tom miró hacia el policía, que le devolvió la mirada con desinterés. No discutió más. Enzarzarse en una pelea sólo le llevaría a pasar la noche en una celda y, al fin y al cabo, a aquel hijo de mala madre no le faltaba razón: había abandonado la fila. Caminó hasta el extremo trasero de ésta y se puso al final. Necesitaba trabajo. No le importaba qué tuviera que hacer. Sólo le importaba poder llenar el estómago y tener un lugar donde cobijarse.

Pasó el resto de la mañana a la intemperie, bajo un frío que hacía encogerse el alma; recorriendo de nuevo, paso a paso, el mismo asfalto. Empezó a nevar. Enfrente, una lustrosa tienda de embutidos mostraba sus suculentos géneros en el escaparate. Más adelante había también una frutería con las manzanas más rojas y brillantes que pudieran imaginarse. Seguramente el infierno, de existir, sería como esa calle, repleta de tentaciones inalcanzables.

La nieve caía ya con fuerza cuando Tom llegó por fin hasta la oficina de contratación. El encargado apuntó en una lista al hombre que lo precedía. Quizá hubiera suerte también para él. Pero cuando le llegó el turno, aquél se levantó de la silla y negó con la cabeza.

—Los demás, volved mañana —dijo en voz alta.

Tom se quitó la gorra y la retorció entre sus manos. Era un gesto de sumisión que había repetido muchas veces en los últimos tiempos.

—Por favor… Necesito el empleo.

No sentía ningún odio por quienes le habían robado su puesto en la fila. Ni siquiera sentía pena por el hombre que murió en sus brazos. Lo único que sentía de verdad era hambre. Y frío.

—¡La lista está cerrada por hoy! —gruñó el encargado—. Vuelve mañana.

Tom se quedó quieto unos segundos delante de la ventanilla cerrada. Por supuesto que haría lo que había dicho el hombre. No podía hacer otra cosa. Se dio la vuelta y se alejó, con la cabeza gacha. A unos metros de allí sacó del bolsillo la cartera del hombre muerto y miró el papel con la dirección anotada en él. El tipo había mencionado

una hija; una niña que seguramente lo esperaba en ese lugar. Su padre nunca más volvería a casa. Tom pensó, por un instante, en ir a darle la noticia. Pero eso era complicarse. Ya se las apañaría esa niña de algún modo.

En la cartera también había algún dinero: dos billetes de un dólar, una moneda de diez centavos y cuatro centavos sueltos. Los cogió y los apretó en el puño antes de volver a guardárselos. El incesante viento gélido, proveniente del norte, le hizo embutirse aún más dentro de su abrigo. ¿Sería verdad que todos los hombres son hermanos? Quizá lo fue, pero ya no lo era. Ahora no, bajo ese cielo gris que robaba la esperanza.

Tom recordó que, muchos años atrás, alguien le había prometido que nunca volvería a pasar hambre ni frío. La única persona que de verdad le había querido. Pero, como todo lo bueno, fue mentira.

Miró hacia arriba, tratando de imaginar cuál sería la altura del edificio cuando estuviera construido. El Empire State iba a ser un símbolo de superación en medio de la peor crisis económica de la historia. Durante un segundo, un tímido rayo de sol atravesó las nubes e iluminó sus ojos. El destino no siempre está escrito. A veces lo imposible se hace realidad. A veces, incluso, los milagros existen.

PRIMERA PARTE

1

Año 1910

El golfillo corría como un demonio, con una billetera aferrada en una mano y su gorra en la otra. Atravesó las calles, sin fijarse en los caballos y tranvías, hacia la desembocadura de la calle Locust en el parque de Rittenhouse, en Filadelfia. Ni siquiera miraba atrás mientras iba saltando por encima de los setos, aún nevados, y esquivando hábilmente a los paseantes. Los gritos de su perseguidor habían alertado a un policía que esperaba oculto detrás de un seto y le salió al paso de pronto. De un certero empujón hizo que cayera al suelo de bruces.

El niño soltó lo que llevaba en las manos y quedó tendido sobre el camino de tierra helada. Trató de revolverse y levantarse para huir, pero el agente se lo impidió poniéndole una bota en la espalda. El niño volvió la cabeza y lo miró aterrorizado. Eso hizo que el policía sonriera, satisfecho de su captura a la vez que mostraba su porra en forma amenazadora.

Enseguida llegó el hombre que corría tras el niño. Tenía algo más de treinta años y cara de buena persona. Jadeaba por el esfuerzo entre la nube de vaho que le salía de la nariz y la boca. Aún se agarraba el sombrero con una mano mientras intentaba recuperar el aliento. Iba vestido como un caballero de provincias, pulcro aunque con prendas algo pasadas de moda.

—Gracias —le dijo al policía, tratando de evitar que sus palabras le salieran entrecortadas.

Emitió un largo suspiro, que le permitió recuperarse un poco, y luego recogió su cartera del suelo y comprobó que no faltaba nada.

—¿Qué quiere que haga con él? —preguntó el agente refiriéndose al chico.

La mirada del hombre se cruzó por un instante con la del niño. No debía de tener más de diez u once años. Estaba muy flaco y llevaba un abrigo viejo y harapiento.

—Déjelo ir. No quiero denunciarle.

El policía torció el gesto. Le desagradaban esos buenos deseos que no tenían en cuenta la realidad. La realidad de su trabajo en el día a día, con toda clase de maleantes de cualquier edad, expuesto a recibir un balazo o a que le partieran la crisma. Aquel pequeño no podía

hacer nada de eso, desde luego. Todavía no. Pero algún día acabaría pudiendo, a no ser que se le enderezara.

—Habría que darle un escarmiento —musitó el policía, contrariado.

Su bota se clavó aún más en la espalda del niño, que seguía tratando de escabullirse.

—De veras, agente, no tiene importancia —dijo el hombre, al que estaba empezando a molestar la innecesaria brutalidad del policía—. Le agradezco su ayuda, pero creo que con el susto será suficiente. Deje que se levante. Yo mismo le acompañaré a casa y hablaré con sus padres.

—Es una pérdida de tiempo, pero allá usted.

El hombre agarró la mano del niño para ayudarle a incorporarse. Éste intentó salir corriendo de nuevo, pero no consiguió zafarse de aquella mano grande y recia, con la piel áspera y curtida de un hombre de campo.

—¿Ve a qué me refiero? —insistió el policía—. Son como animales. —Y dirigiéndose al niño, añadió—: Ay de ti si te vuelvo a coger…

Tras un último gesto de agradecimiento hacia el agente, el hombre se marchó con el niño bien agarrado. Caminaron juntos en dirección al río, al sudoeste. Casi todo el tiempo en silencio, salvo cuando el hombre le preguntaba por dónde debían continuar y el niño le respondía en un murmullo. Así fueron atravesando una calle tras otra, adentrándose en barrios cada vez menos recomendables, donde la basura se amontonaba por todas partes y las fachadas eran tan negras como el humo que salía de las chimeneas.

Llegaron a un solar abandonado, que se adentraba bajo uno de los arcos de un puente. El niño se detuvo, aunque allí no había ninguna casa. Al hombre le pareció que intentaba engañarle. Se agachó para poder hablar con el muchacho, cogiéndole por los hombros huesudos. Le miró con expresión seria. A esa corta edad, la responsabilidad de un comportamiento como el suyo era siempre culpa de los padres. Aunque seguramente fueran pobres y sus circunstancias impedían que hicieran las cosas mejor. A él no le gustaba juzgar a nadie. Sólo Dios tenía ese derecho. Lo había aprendido en la Biblia.

—No quiero que te castiguen o que te peguen. No voy a contar a tus padres lo que ha ocurrido. Sólo les diré que te encontré por ahí solo y que tendrían que preocuparse más por ti. No deberías robar a la gente…

—Tenía hambre —susurró el niño, avergonzado.

—¿Dónde vives?

—Aquí —dijo el muchacho, y señaló con la mirada unos maderos

colocados, a modo de cabaña, debajo del puente.

—¿Vives ahí con tus padres?

El niño bajó la cabeza.

—Mis padres están muertos.

—¿Y quién cuida de ti? ¿Tienes abuelos, algún hermano, un tío…?

—No, señor.

El hombre asintió. Ahora era él quien sentía vergüenza. La vida había sido generosa en su caso. No era rico, aunque tampoco pobre. Poseía una granja con buenas tierras cerca de las Montañas Pocono. Tenía un hijo más o menos de la misma edad que aquel niño. Y también una hija algo menor. Dios había querido llevarse a su esposa, que murió al dar a luz a la niña, pero nunca se lo echó en cara. Desde entonces vivía por y para sus hijos. Ellos lo eran todo para él. No podría imaginárselos solos en el mundo, sin nadie que les diera su cariño y cuidara de ellos. Aquel pequeño no era hijo suyo, pero todos somos hijos de alguien. El hombre alzó una de sus manos y la dirigió hacia su rostro. Iba a darle una palmada cariñosa, pero el niño creyó que tenía intención de pegarle y cerró los ojos al tiempo que apartaba la cara. Al hombre, ese gesto le encogió el corazón.

—Tranquilo, hijo. No voy a hacerte daño.

De nuevo, el niño abrió los ojos. Había desconfianza en su mirada. Pero se calmó al ver la franca sonrisa que le dirigía el hombre.

—Tengo dos hijos. El mayor es de tu edad. Vivimos en una bonita granja. ¿Quieres venir conmigo y conocerlos?

El pequeño se mantuvo en silencio. Nunca había tenido razones para creer que los milagros existieran.

—En la granja no volverás a pasar hambre. Ni frío. Te lo prometo. —El hombre guardó silencio un momento—. No me has dicho tu nombre ¿Cómo te llamas, hijo?

—Tom.

La granja de Frank Carter estaba situada en uno de los extremos de un pueblo llamado Sunnyside, en el condado de Monroe. Un bonito rincón de prados verdes y suaves colinas, cubiertos parcialmente por la nieve en aquella época del año. El pueblo no era grande, pero disponía de todo lo necesario y se trataba de una comunidad de gente decente y trabajadora. Un pequeño rincón donde llevar una vida agradable y provechosa.

En el coche de Frank, modesto y de un solo caballo, dejaron el pueblo a un lado y siguieron hacia el camino que llevaba hasta la granja. Poco más que dos rodadas de carro con un montículo en el

centro, flanqueado por árboles y vegetación escarchada. Al final del camino atravesaron un arco de madera que daba acceso a la propiedad de los Carter. Al fondo se veía una casa pintada de blanco, un granero de color rojo oscuro con el techo muy empinado, un establo y un corral. Frank detuvo el carro junto a la entrada de la casa. Fiona, el ama de llaves, abrió la ventana de la cocina y sacó la cabeza con el mismo gesto que un hurón husmeando.

—He llegado… —gritó Frank. Echó el freno, bajó del carro y ayudó a Tom a descender—. ¡Jay! ¡Beth! ¿Es que no vais a salir a recibir a vuestro padre?

Los dos niños aparecieron corriendo desde la puerta, al encuentro de su progenitor. Beth se lanzó sobre él. Se había agachado para abrazarla y a punto estuvo de perder el equilibrio. Jay, sin embargo, se quedó quieto, de pronto, antes de alcanzarlo. Había visto a Tom.

—¿Quién es este niño? —preguntó Beth ingenuamente, con su dulce vocecilla.

—Es Tom —dijo el padre—. Va a quedarse a vivir con nosotros.

—Encantada, Tom —dijo la niña con solemnidad, como una pequeña señorita. Lo había aceptado al instante.

Jay, sin embargo, seguía inmóvil, mirando hacia Tom, receloso y con el ceño fruncido.

—Acércate, hijo —le exhortó el padre—. Saluda a Tom, no vaya a pensar que eres un maleducado.

El niño obedeció de mala gana. Se aproximó muy despacio y tendió la mano al recién llegado. Ambos se dieron un apretón leve, casi con las puntas de los dedos.

—Estoy seguro de que os haréis muy buenos amigos —dijo Frank sonriendo.

Tenía a Beth en brazos. Aun así, consiguió agacharse lo suficiente para colocar las manos en la espalda de los niños, en un gesto afectuoso.

—Tom no tiene a nadie. Espero que lo acojáis como si fuera vuestro hermano —añadió, mirando alternativamente a Jay y a Beth.

—¿Sabes jugar al escondite? —preguntó la niña de repente, con desparpajo.

—Claro que sé —repuso Tom casi a la defensiva.

Jay seguía ceñudo. Su padre le hizo un gesto para que también él dijera algo.

—Apuesto a que no eres capaz de encontrarme.

Frank se sintió orgulloso de sus hijos. Tardarían un tiempo en acostumbrarse a Tom, pero estaba claro que tenían el mismo buen corazón que su madre. Pensó un momento en ella, mientras los niños

corrían a jugar, con tristeza y alegría simultáneas. Fiona apareció en ese momento ante él como siempre lo hacía, sin el menor ruido.

—¿De dónde ha salido ese niño? —preguntó.

—Es un huérfano que intentó robarme la cartera en la ciudad.

—¿Un huérfano?

—Sí. Lo encontré en la calle. No pude dejarle allí.

—Pues sí que le salió bien el robo…

Frank apretó los labios ante el comentario del ama de llaves.

—No sea mordaz, Fiona. El pobrecillo no tiene a nadie en el mundo.

—Bueno, ahora ya sí, ¿no es cierto?

—Eso. Ahora ya sí. Ésta será su nueva familia. Usted también.

La mujer asintió con los brazos en jarras. Otro niño le daría más trabajo, pero en el fondo aprobaba el acto de su patrón.

—¿Qué es ese olor tan delicioso que llega hasta aquí? —dijo Frank, sonriendo a la buena mujer y su fingida cara de perro.

—Estofado. Como si no lo supiera…

—Un estofado es justo lo que necesito. El viaje me ha dejado hambriento. Hoy podría comerme una vaca entera. Aunque habrá que repartirlo. Ahora somos uno más en la familia.

Mientras los niños jugaban y empezaban a conocerse, Frank entró en la casa. Se quitó el abrigo en el salón y se dirigió a su despacho, una pequeña sala donde tenía su vetusta caja de caudales y una mesa de robusta madera. Cerró la puerta tras de sí. Tenía que hacer unas anotaciones en el libro de cuentas. Las cosas en la granja no iban demasiado bien. Los costos subían, los precios bajaban año tras año, y el país no crecía tanto como debiera. Frank estuvo unos momentos de pie con la mirada perdida, tratando de aferrarse a la esperanza de tiempos mejores. Luego se sentó al escritorio, en su sillón, y una vez más centró sus pensamientos en Elisabeth. Antes de morir, ella le hizo prometer que cuidaría de sus hijos y no dejaría que nada malo les ocurriera. Aunque estuviera solo y tuviera que hacerse cargo de todo. Algo difícil sin ella a su lado, y más ahora, con otra boca que alimentar.

Pero iba a cumplir su promesa. Como fuera. Ése era su único motivo para luchar. Y el que le daba esperanza.

2

Año 1915

—¡Vamos, Jay, corre!

Los gritos de Tom, por delante de Jay, iban envueltos en carcajadas. Tras ellos corría Jennifer Sprintze, una chica larguirucha y deslenguada, que vestía pantalones de peto y llevaba el pelo cortado a trasquilones. Los insultaba mientras los perseguía y, si llegaba a atraparlos, era muy capaz de darles unos buenos puñetazos. Eso a pesar de que era la mejor amiga de los dos, que con ella formaban un trío inseparable.

Jay tropezó y cayó al suelo. Al verlo, Jennifer dejó de gritar y se lanzó sobre su espalda.

—¡Au! ¡Tom, ayúdame! ¡Tooom!

—¡De nada te va a servir llamar a ese cobarde!

Los golpes de Jennifer en la espalda y la cabeza de Jay eran como pedradas. Le estaba clavando los nudillos. Sabía bien que así dolía más. Lo sabía por su padre.

—Vamos, Jennifer, déjalo —dijo Tom, que había vuelto sobre sus pasos, aunque sin atreverse a acercarse demasiado.

—Tú te callas. Luego me ocuparé de ti.

Atenazado por las piernas de la chica, Jay trató de darse la vuelta. En el fondo, a pesar de los golpes, le gustaba tenerla encima. Antes no la veía como una chica, sino como un amigo más. Sin embargo, en los últimos tiempos empezaba a sentir que le atraía. Tom, en cambio, parecía totalmente ajeno a sus incipientes encantos femeninos.

Hacía ya cinco años que Tom había llegado a Sunnyside. La vida en la granja de Frank Carter era dura, pero incomparablemente mejor que en las calles de Filadelfia. Tom no tuvo unos comienzos fáciles. Los malos hábitos aprendidos en las calles de la gran ciudad no iban a borrarse de un plumazo, como por arte de magia. El niño seguía recelando y comportándose de un modo taciturno y reservado. Llegó a robar pedazos de pan y queso, que escondía debajo del colchón de su cama, y parecía en todo lo demás como si creyera que aquello no iba a salir bien. Nunca había tenido la oportunidad de vivir en una familia, de modo que carecía de una base de comparación. Pero eso no duró mucho. Tom acabó por adaptarse. A Frank le maravillaba aquel niño, de corazón fuerte e íntegro, a pesar de las pequeñas picardías de su

vida anterior, que fueron desapareciendo gracias al cariño incondicional de su nueva familia. Algo que nadie le había dado hasta entonces.

Jay y Tom se habían convertido en auténticos hermanos. Y Beth, cuatro años menor, lo cuidaba como una mamá en miniatura, que se reía de él cuando no utilizaba bien los cubiertos o por alguna de sus salidas de pilluelo. Frank se alegraba de haberlo acogido, a pesar de los problemas en la granja. Y hasta Fiona, el ama de llaves, le había tomado cariño. Nunca le oyó chistar porque una comida no le gustara, o porque le encargaran trabajos pesados como ordeñar las vacas o limpiar el cobertizo. Si había algo que reprocharle era su comportamiento díscolo en la escuela. Él nunca había asistido a un colegio propiamente dicho. Las monjas que lo acogieron en Filadelfia, antes de que se fugara del orfanato para vivir en la calle, intentaron enseñarle a leer y a escribir y las cuatro reglas del cálculo. Pero apenas lo consiguieron. Tom leía con mucha dificultad y sus letras parecían las marcas de una oruga errando por la tierra. Sumar y restar sí sabía, más o menos, pero multiplicar y dividir eran para él misterios insondables. No obstante, en la escuela de Sunnyside progresó con rapidez gracias a la dedicación y el empeño de Rachel Cavendish, la maestra, una mujer joven, bonita y amable, que daba clases en una sola aula a alumnos de distintas edades. A pesar de ello, Tom nunca dejó de ser travieso, y eso le valía castigos cada poco tiempo, que Frank le imponía para disciplinarlo, por más que le costara hacerlo.

Una única vez lo castigó por algo importante. Tom sólo llevaba en la granja unas semanas. La primavera estaba en su esplendor, con sus múltiples aromas y el florecimiento de toda clase de plantas. Un día caluroso, más de lo normal para las fechas, Frank se sobresaltó al escuchar los gritos de Fiona. Sus chillidos hicieron que corriera desde su despacho hasta el exterior de la casa. Lo que vio al salir le dejó clavado en los escalones del porche: un humo denso emergía del tejado del establo, acompañado por unas tímidas llamas que no tardaron en hacerse patentes. En el interior, los animales se revolvían enloquecidos, bramando de pánico.

Frank dejó a un lado a Fiona, que tenía en sus brazos a Beth, y corrió en dirección a la puerta para liberarlos. El establo estaba perdido, pero los animales aún podían salvarse. No había llegado a la puerta cuando ésta se abrió desde dentro. Al otro lado estaba Tom, que se quedó mirando fijamente a Frank con cara de espanto. No tuvo que decir nada. Su expresión lo delató. Pero no era momento de hacer nada que no fuera sacar a los animales de aquel infierno. Frank apartó a Tom a un lado y entró en el establo. A toda prisa, sin reparar en su

seguridad, fue liberando a los animales. A medida que lo hacía, éstos huían despavoridos del fuego hacia la seguridad del exterior. Frank cruzó al otro lado del establo, y allí vio a Tom imitándole. Lo hacía con torpeza, temblando y asustado. Entre los dos, sin embargo, terminaron el trabajo. Jay apareció entonces, cuando ya casi habían acabado. Él estaba al otro lado de la granja, en el corral, y regresó corriendo cuando vio el humo y las llamas.

Ya fuera, con las caras manchadas de tizne y la respiración entrecortada, contemplaron el final del incendio. Ni siquiera trataron de apagarlo. El establo se consumió como una tea pero, al menos, los animales estaban vivos. En los ojos de Frank no sólo se reflejaban las llamas. Si alguien hubiera mirado dentro de ellos habría visto tristeza y una aguda preocupación. Aquél era un momento muy malo para que sucediera algo así. Por eso no fue capaz de contenerse. Llevó a Tom a su despacho, le hizo sentarse en una de las sillas frente al escritorio y le preguntó qué había pasado.

Tom tenía la mirada en el suelo. Se limpió la nariz, que le moqueaba, y confesó que él era el responsable del incendio sin mirar en ningún momento a Frank. Le había cogido un poco de tabaco del cajón de su mesa para liarse un cigarrillo. Se escondió en el establo, donde nadie pudiera verlo, y allí lo encendió con un fósforo. Cuando terminó, se deshizo de los restos en una esquina. Creyó haberlos apagado bien, pero debieron de prender en alguna brizna de paja y él siguió con sus tareas sin darse cuenta de ello hasta que fue demasiado tarde. Cogió un cubo y trató de apagar el fuego, inútilmente, con el agua del abrevadero.

El niño acabó de contar lo sucedido temblando y lleno de angustia. Frank lo escuchó todo con gesto grave. Él nunca había pegado a sus hijos. Ni una sola vez. Pero aquello había sido más que una travesura. Se levantó con intención de cruzar la cara a Tom de una bofetada. Ése fue el único instante en que el niño apartó la mirada del suelo. Por fortuna, Frank pudo contenerse, aunque no lo bastante para que Tom se diera cuenta de sus intenciones. Eso hizo a Frank detenerse en seco y apretar los puños. Aquel niño era ahora también su hijo. Se agachó junto a él, como hiciera en Filadelfia cuando lo acogió, pero esta vez no para ofrecerle su cariño. Lo hizo para pedirle perdón.

Eso era lo último que Tom esperaba. En las calles de la gran ciudad no había lugar para esa clase de sentimientos. Allí todo se hacía sin más objetivo que sobrevivir. Tom volvió a agachar la cabeza, pero algo cambió dentro de él. No se libró del castigo, que fue severo, aunque desde entonces supo que aquélla era realmente su familia y deseó que Frank Carter fuera su verdadero padre.

El castigo por quemar el establo fue dulce para el niño. Lo cumplió con un rigor que sorprendió al mismo Frank. Sobre todo en la parte que incluía la reconstrucción del establo. Hasta el carpintero del pueblo, un tipo enorme y rubicundo llamado Max Sorensen, le dijo que tenía manos para construir cosas. También se acabaron sus recelos y sus pequeñas travesuras. Al menos durante un tiempo…

Poco antes de su primer verano en Sunnyside, Tom se ganó una buena reprimenda de la maestra. Ésa fue la primera vez que habló con Jennifer. Aunque eran compañeros en la escuela, la niña apenas se relacionaba con los demás y, si lo hacía, era sólo con los chicos, no con las otras niñas, cuyos entretenimientos la aburrían soberanamente. Durante el recreo se había puesto a jugar a las canicas con Jay, al que engañó con un truco sucio. Tom lo vio todo y decidió intervenir. La discusión acabó con los dos sangrando por la nariz y castigados el resto del día con los brazos en cruz. Pero, desde entonces, ya nunca se habían separado.

Y ello a pesar de que, con apenas once años, Tom y Jay creían que las chicas eran tontas y unas pesadas. Cuando Beth se empeñaba en obligarlos a jugar con ella, siempre se trataba de un juego de niñas, como hacer de papás y mamás o imaginar que tomaban té con pastas en el porche. Pero con Jennifer era distinto. Jennifer era como una potrilla salvaje. Era como ellos. Igual que cualquier otro chico, e incluso más divertida. Le gustaban las mismas cosas, escupía más lejos que nadie, y no dudaba en escalar picachos, subirse a los árboles o lanzarse en trineo ladera abajo cuando había nieve. Quizá se comportara así porque su madre la había abandonado cuando era muy pequeña y fue su padre quien tuvo que hacerse cargo de su educación. Él nunca fue un hombre bueno ni cariñoso. El alcohol lo había ido destruyendo poco a poco. Estaba amargado, por lo que ocuparse de la niña no fue nunca una de sus prioridades, salvo para darle una paliza y descargar en ella sus propias frustraciones.

Por ese motivo Jennifer pasaba todo el tiempo que podía con sus dos inseparables amigos: el bueno de Jay y el duro de pelar de Tom, que, ahora, a los quince años, se había convertido en un jovencito bien parecido, educado y responsable, aunque seguía teniendo ese punto aventurero y revoltoso sin la menor malicia. Frank siempre le pedía que cuidara de Jay, que no era tan arrojado como él pero sí algo alocado y menos previsor de las consecuencias de sus actos. Como aquella mañana, de principios del verano, en que había tenido la infeliz idea de provocar a su indomable amiga.

—¡Déjalo, Jennifer! Vas a hacerle daño… —gritó Tom, y apenas fue capaz de contener las carcajadas.

La chica seguía dándole a Jay una buena tunda.

—¡Pues claro que le voy a hacer daño! Bien merecido se lo tiene —replicó, con el muchacho aún debajo de ella.

Él y Tom acababan de gastarle una broma pesada. A Jennifer le molestaba mucho asustarse con las cosas que asustaban a las demás jovencitas. Tom le dijo que Jay tenía una cosa muy importante que enseñarle. Fueron a un grueso árbol, bajo cuyas ramas solían jugar, y allí Jay sacó algo de uno de sus bolsillos. Lo agarró con ambas manos, cubriéndolo. Era algo secreto que no podría contarle a nadie, según dijo. Cuando Jennifer se acercó, intrigada, él le lanzó una rana en pleno rostro. Su reacción fue instantánea: gritos y un impetuoso movimiento como de espasmo. Le horrorizaba esa clase de bichos.

Pero en cuanto se recobró de la impresión, miró a ambos muchachos con una nube tormentosa en los ojos. Apretó la mandíbula y los puños mientras bufaba, y les juró que se las pagarían. Y ahora Jay estaba pagándoselas con creces.

—Vamos, Jennifer —dijo Tom—, no tienes por qué enfadarte tanto. Al fin y al cabo eres una chica y no tienes por qué avergonzarte de haberte asustado.

Sus ojos se encendieron de cólera más de lo que ya estaban. Levantó la mirada hacia Tom, dejó a Jay y se lanzó hacia él con toda su furia. El muchacho se mantuvo quieto y se dejó coger, seguro de que era más fuerte que ella. La agarró de ambos antebrazos y trató de inmovilizarla con una sonrisa en los labios.

—Ya está bien, Jennifer, sólo ha sido una bro…

No pudo terminar la frase. Una certera patada en la entrepierna le hizo retorcerse como una lombriz y caer al suelo. Fue una reacción tan vehemente que hasta Jennifer se asustó, creyendo que quizá le había golpeado demasiado fuerte. Se arrodilló junto a él y le pidió perdón.

—Lo siento, Tom. Es que…

Quería justificarse, pero no le salían las palabras. Lo que sí hizo fue, instintivamente, mover el brazo con intención de ponerle la mano en la zona dolorida. Se detuvo al tomar conciencia de cuál era esa zona dolorida.

—¿Qué haces, Jennifer? —dijo Tom como asustado.

—Lo siento… —repitió ella y retiró el brazo, ruborizada.

—Vale, está bien. Está bien. ¡Au, cómo duele!

A su lado, Jay, que se había puesto en pie, ayudó a su hermano a levantarse. Tom se irguió como un viejo al que le costara mantenerse derecho. Pero, en el fondo, consideró que estaban en paz.

—Maldita sea, Jennifer —dijo—, no deberías darle a un hombre en sus partes. ¿Y si me quedo herniado, como el caballo de tu padre?

—Tú no eres un hombre… —replicó ella.

Una voz en su interior se dispuso a llevarle la contraria, pero se apresuró a acallarla.

Fue Jay quien contestó.

—¡Ni creo que llegue a serlo con esas patadas tuyas!

Los tres rieron. Su amistad era genuina. Los enfados duraban menos que un suspiro y no dejaban ninguna huella. Aunque poco podían imaginar que eso iba a cambiar muy pronto.

—¿Vais a venir conmigo al taller de Zeb? —habló de nuevo Jay.

—Yo sí —dijo Tom.

—Y yo —se apuntó también Jennifer.

Hacía un par de meses que Jay ayudaba en su taller de bicicletas a Zebulon Wilkins, un hombre de mediana edad y rostro arrugado, que en su juventud estuvo en el ejército y sirvió en las últimas batallas contra los indios, en el Oeste. Jay ganaba algún dinero con ello y disfrutaba arreglando toda clase de artefactos mecánicos. Además, Zeb tenía un viejo coche que se caía a pedazos pero con el que aseguraba que, algún día, participaría en una carrera. Y Jay lo creía, aunque el pobre coche apenas fuera capaz de andar. Soñaba con ser él su piloto y llevarlo a una épica victoria.

Antes de ir al taller entraron un momento en la tienda de comestibles de Hollander para comprar regaliz. Jennifer nunca tenía dinero, así que fue Tom quien, esta vez, le compró el suyo. Jay y él se turnaban cuando tenían dinero. A la chica no le agradaba que lo hicieran, pero le encantaba el regaliz y eso hacía inclinarse la balanza. En realidad era la única cosa que aceptaba, de ellos o de cualquier otra persona.

A Tom le parecía que era excesivamente orgullosa, pero no le disgustaba que se comportara así. Y le hacía pensar en sí mismo y en su vida en la granja. Frank no le pedía mucho, sólo que ayudara en las labores diarias, igual que Jay. Le alimentaba, le vestía y le daba algo de dinero para sus pequeños gastos. Algún día, pensaba Tom, le devolvería con creces lo que estaba haciendo por él. Jennifer, por el contrario, se encargaba de todas las tareas en su casa, y además tenía que preocuparse de ir a la escuela, arreglarse la ropa y cuidar a su padre, que casi nunca le daba ni un centavo.

Por suerte para ella, la mujer de Hollander, el dueño de la tienda de comestibles, le vendía de vez en cuando, muy barata, algo de ropa usada de sus hijos. Daniel Hollander, su marido, no sólo era el dueño de la tienda de comestibles, sino también del restaurante y la única pensión del pueblo, lo que equivalía a decir que era el segundo

hombre más rico de Sunnyside, detrás del banquero Gordon Williams. La señora Hollander le hubiera regalado la ropa a Jennifer, pero la única vez que lo intentó ella se negó en redondo y hasta se mostró indignada. Así era Jennifer. Nunca pensaba dos veces antes de abrir la boca.

La generosa mujer comprendió sus motivos y cambió de estrategia. En cierta ocasión le vendió unos pantalones de peto en los que, previamente, había deslizado un billete de dólar en un bolsillo. Imaginó que la chica, al encontrarlo, pensaría que se lo había dejado allí olvidado. Y así fue. Lo que no supuso es lo que ocurrió después. Jennifer apareció al día siguiente en la tienda con el billete en la mano. Lo dejó en el mostrador y, sin mediar palabra, dio media vuelta y se fue. Desde ese momento, la mujer de Hollander siempre le hacía un precio especial en todo lo que compraba. Lo cierto era que ella y su marido eran dos buenas personas.

Cuando los tres amigos llegaron al taller de Zeb, fueron recibidos por una solitaria rueda de bicicleta, que salió rodando por la puerta como si tuviera vida propia. Tras ella apareció Zeb, medio desequilibrado. De su boca salían todo tipo de exabruptos, para deleite de Jennifer, Tom y Jay.

—¡Maldito cacharro del demonio! —juró el hombre, que al darse cuenta de la presencia de los chicos contuvo su ira y los saludó—: Eh, Jay… y compañía.

—Hola, Zeb —correspondió éste.

—¿Qué ha pasado? —dijo Tom.

—Que ya estoy viejo para levantar una bicicleta con una mano y sacar la rueda con la otra. Casi me caigo, diablos.

Jennifer había ido por la rueda, que sólo se detuvo en el otro lado de la calle, al chocar contra la puerta de la tienda de comestibles. La trajo y todos pasaron al taller. El interior era oscuro y mugriento, y estaba lleno de cachivaches sin ningún orden. Salvo las herramientas. Zeb era meticuloso con ellas. Las cuidaba como pequeños trofeos. El olor a aceite y caucho lo inundaba todo. A Jay le volvía loco ese aroma, a Tom le producía indiferencia y a Jennifer le hacía sentir algo muy próximo a la repugnancia. Aunque de ningún modo quería que los otros lo notaran. Eso sería, para ella, comportarse como una chica. Por eso siempre se mantenía cerca del umbral de la entrada.

—¿Has hecho algo más con el coche? —preguntó Jay, mirando hacia el fondo del taller, donde una lona cubría a medias un Ford modelo T.

—Oh, sí. Ayer estuve hasta tarde revisando la dirección y la suspensión. No tenemos mucho tiempo…

Tom y Jennifer se miraron con extrañeza, sin comprender a qué se refería, mientras los ojos de Jay se iluminaban.

—Échale un vistazo a esto —dijo Zeb, al tiempo que le tendía una hoja impresa al chico.

Éste la examinó y la releyó, incrédulo. Era el anuncio de una carrera *amateur* que se celebraría un par de semanas después, en una localidad cercana a Sunnyside.

—¡Vas a participar!

La exclamación de Jay no era una pregunta, aunque Zeb asintió de todos modos.

—Eso es, muchacho. Tú lo has dicho.

—¿Y yo podré…?

—Claro, Jay. Tú vendrás conmigo y me harás de mecánico. Si tu padre te da permiso, naturalmente.

Los saltos del chico le hicieron tropezar con una lata llena de aceite viejo, que se volcó, salpicando a Jennifer en los pantalones.

—¡Eh, idiota, mira lo que haces!

Jay se rió. Cogió a Jennifer del brazo y la zarandeó, poniéndole cara de que no se enfadara. Estaba tan contento que parecía a punto de estallar como un cohete de feria.

—¡Vamos a ganar! —gritó—. ¿Está todo en orden? ¿El motor, la culata, el distribuidor, la bomba de combustible, los frenos, la…?

—Calma, chico, tenemos dieciséis días para poner a punto este bólido. Pero no te hagas ilusiones. Con terminar la carrera me conformo. Las cosas, paso a paso.

Tom, al que Jay sí había logrado contagiar su entusiasmo, comentó sonriente:

—¿Cómo que paso a paso, Zeb? ¡Pero si tú siempre lo haces todo a la vez!

—Sí, chico, ya lo sé. Pero eso no quiere decir que sea el modo correcto. Aprende esto: como dice el Señor, lo bien hecho bien parece.

Ninguno de los tres amigos confiaba demasiado en la piedad de Zeb, siempre soltando juramentos y pisando la taberna mucho más que la iglesia. Aunque, en ese momento, tomaron en serio sus palabras. Era una buena enseñanza. Lo hubiera dicho o no el Señor, y estuviera escrito o no en algún libro sagrado.

Desde que Zeb Wilkins le había dicho a Jay que se proponía disputar la carrera con el viejo Ford T, el chico se pasaba horas y horas en el taller. Era verano y no había colegio. Se levantaba muy pronto, hacía sus tareas en la granja a toda prisa y luego se marchaba para ayudarle

a poner a punto el coche. Pero aún no le había pedido permiso a su padre para acompañarlo a la carrera. Le daba miedo que no se lo diera, así que había ido retrasando el momento cada vez más.

Tom y Jennifer estaban sorprendidos. Jay nunca se había mostrado tan constante en nada de lo que había hecho. En el colegio siempre pasaba raspando los exámenes. En la granja hacía los trabajos de mala gana. Incluso jugando, lo más habitual era que Jay fuera el primero en cansarse y abandonar. Tom solía decirle que Jennifer era más hombre que él, lo que le enfurecía sobremanera, con gran regocijo de la chica.

Llegó el día de probar el Ford. Zeb y Jay habían desmontado y limpiado cada pieza del motor, ajustado la amortiguación y la dirección, comprobado las ruedas y los frenos. Todo había sido engrasado y revisado. Fueron juntos a una carretera de tierra bien compactada, a las afueras del pueblo. Zeb dio a Jay un cronómetro y le dijo que fuera anotando el tiempo que tardaba en ir desde la valla que había al principio de la carretera hasta un árbol que se encontraba al final. El mecánico había medido la distancia con un rodete y calculado la media de velocidad que sería aceptable para la carrera. Tom y Jennifer los acompañaron en esa ocasión. Querían ver si el coche aguantaba o se deshacía en pedazos.

—Bien, Jay —dijo Zeb desde el puesto de conducción, con una gorra a cuadros y gafas protectoras—. Cuando pase por la línea que hemos dibujado en el suelo, pon el cronómetro en marcha. Mide los parciales y anótalos en la libreta. Voy a dar cinco o seis vueltas. ¿Okey?

—Okey, Zeb.

El automóvil ya estaba en marcha. Zeb lo había arrancado unos minutos antes, en el taller, usando la manivela. Siempre lo hacía con precaución. Aún recordaba la primera vez que encendió un motor y puso el dedo pulgar sobre el codo de la palanca. Al girar, ésta dio un latigazo y se lo rompió como si fuera de mantequilla. Había sido una estupidez que no tenía intenciones de volver a cometer.

—¡Vamos allá!

Los cuatro cilindros y veinte caballos de potencia rugieron con cierta ronquera. Zeb había aumentado el cubicaje del motor y la carrera de los pistones. Estaba seguro de que así podría superar los ochenta kilómetros de velocidad punta. Inició con un tirón el recorrido y atravesó la línea marcada en el suelo. Jay puso el cronómetro en marcha y lo siguió con la mirada hasta que desapareció por un recodo.

—¿Le has dicho ya a Frank lo de la carrera? —dijo Tom, detrás de él.

—¿Eh?

Jay estaba absorto en la esfera del cronómetro.

—¿Que si se lo has dicho a Frank? ¿Lo de ir a la carrera?

—Sí, sí… Claro. Ya lo he hecho.

—¿Y? —dijo Jennifer, con gesto de no creerse ni una palabra.

—No hay problema. Al principio no le gustó la idea, pero luego le convencí.

La cara de Tom decía lo mismo que la de Jennifer.

—¿Seguro?

—Que sí, que me deja ir.

—Bueno…

Zeb apareció de nuevo por la curva, en sentido contrario. Avanzaba levantando polvo y corrigiendo la trayectoria con el volante como un auténtico piloto de competición. Pasó de nuevo frente a los chicos y continuó hacia la otra marca. Dio la vuelta y regresó para cumplir su primera vuelta. Jay paró el crono y anotó el tiempo. Jennifer se ofreció a ayudarle, pero él no la dejó.

—Si apenas sabes escribir tu nombre…

—¡Escribo mejor que tú, idiota! —vociferó la chica y apretó la mano, con ganas de atizarle un buen puñetazo.

Fue Tom quien la agarró del brazo y evitó que le pegara. Jennifer opuso resistencia. No tanto porque insistiera en golpear a Jay, sino por hacer que el contacto de Tom se prolongara un poco más. Últimamente empezaba a gustarle que la tocara, tenerlo cerca. Y eso la confundía.

Cuando Zeb terminó la prueba —al final dio ocho pasadas—, estacionó junto a los chicos a un lado del camino, detuvo el motor y bajó del coche. Al hacerlo lo acarició como se acaricia a un fiel caballo.

—Te has portado bien, chico —dijo, con una última palmada en la chapa del capó—. ¿Qué tiempos he hecho?

—En la primera vuelta, un minuto y veintisiete segundos —respondió Jay, comprobando sus anotaciones.

—Ésa no cuenta. Salía de parado. Dime las otras.

—Uno diecinueve, uno dieciocho, uno dieciséis, uno veinte…

—En ésa tuve un fallo al dar la vuelta. Frené muy tarde y casi me salgo de la carretera. Sigue.

—Uno quince, uno once y uno catorce.

—Muy bien. A ver…

Zeb levantó la mirada y puso un gesto muy gracioso, como si estuviera rezando, cosa que los chicos nunca le habían visto hacer. Tomó el tiempo de la mejor vuelta y calculó mentalmente la velocidad

media. Le salían más de ochenta y cinco kilómetros por hora.

—¡Que me ahorquen! —exclamó—. ¡Mejor de lo que pensaba! Si este viejo cacharro aguanta las cien millas de la carrera, no creo que lo hagamos mal.

La sonrisa de Jay fue luminosa. Sentía de veras pasión por las carreras. De nuevo se repitió que, algún día, pilotaría un gran bólido por los circuitos de todo el país y lo llevaría de victoria en victoria. Aunque para eso faltaran todavía algunos años.

Frank Carter estaba en el porche de la casa, sentado en su mecedora y fumando una pipa de aromático tabaco de Virginia. Había cenado a solas con Beth, porque Jay y Tom no se molestaron en aparecer. Él era un hombre comprensivo. Sabía que, a esas edades y en plenas vacaciones veraniegas, los horarios y las responsabilidades no son una prioridad. Aun así tenía intención de reprenderlos para que no se convirtieran poco a poco en unos desobedientes.

Pero, ahora, otras cuestiones mucho más graves ocupaban sus pensamientos. La última cosecha no había sido buena y se vio obligado a sacrificar a varios de sus animales, que cayeron enfermos. Su situación económica empezaba a ser alarmante. Sus ingresos se habían reducido, al contrario que los intereses de su préstamo, y cada vez tenía más gastos. Como las clases de canto y danza de la pequeña Beth, que ya había cumplido once años y a la que Frank no quería dar el disgusto de pedirle que desistiera de ellas. O el tejado del granero, que había necesitado unos arreglos para no tener que ser reemplazado por completo en unos pocos meses. Y eso sin contar con que necesitaba comprar otro caballo. Para pagarlo todo se había visto obligado a vender algo muy preciado: el reloj de oro que le dejó en herencia su padre, ferroviario desde los dieciséis años. Un Hamilton con el que midió los horarios de los trenes hasta que su corazón dijo basta.

También estaba el «asunto» de la señorita Rachel Cavendish, la maestra. Ya no podía seguir engañándose a sí mismo. Debía reconocer que, desde hacía algún tiempo, sentía algo especial hacia ella. Al principio le costó vencer el remordimiento. Era como si estuviera siéndole infiel a su esposa, Elisabeth, aunque llevara muerta más de diez años. Veía a la maestra cuando llevaba a Beth a sus clases de piano, y también cada domingo, en los oficios religiosos. Tan serena, tan pura, tan hermosa… Tenía que atreverse a dar un paso adelante.

Un leve ruido interrumpió sus cavilaciones. La pipa se le había apagado durante su ensoñación. Debía tratarse de Jay y de Tom, que

regresaban por fin a casa.

—¿Sois vosotros? —preguntó desde la mecedora.

Las figuras de ambos muchachos se recortaron a la luz del crepúsculo. Ninguno de los dos dijo nada. Se acercaron hasta el porche con la cabeza gacha, conscientes de la reprimenda que les esperaba por llegar tan tarde.

—¿Qué habéis estado haciendo? —continuó Frank cuando los tuvo cerca—. ¿Es que no sabéis que os esperábamos a la cena?

—Perdone, padre —dijo Jay, con voz de chico bueno.

—Esta noche os quedaréis sin cenar. Y espero que reflexionéis sobre vuestro comportamiento. Cada vez sois más indisciplinados.

La voz de Frank sonó inflexible, aunque en el fondo contaba con que Fiona les daría algo, a escondidas, para que no se fueran a la cama con el estómago vacío.

—Nosotros… —intentó decir Tom.

—No hay más que hablar. Pasad adentro e id directos a acostaros.

Los muchachos obedecieron, esta vez sin chistar, y Frank volvió a encender la pipa. Saboreó el humo dulzón del tabaco mientras sus pensamientos regresaban a la maestra. Y también a su mujer, a sus hijos y a Tom, al que quería como si fuera realmente suyo. Si ellos supieran los quebraderos de cabeza que dio a su propio padre cuando tenía su edad, no aceptarían tan fácilmente sus castigos. Pero, por suerte, no lo sabían.

A la mañana siguiente, Beth despertó a Tom y a Jay con golpes en la puerta de su habitación. Era domingo.

—¡Dormilones! Si no os levantáis, vamos a llegar tarde a la iglesia.

En la cocina, Frank apuraba un vaso de leche. Estaba vestido con su mejor traje. Los dos chicos se sentaron a la mesa después de lavarse y ponerse también la ropa de fiesta. Fiona les sirvió leche, unas gachas de avena y pan tostado. Beth ya había terminado su desayuno.

—Padre, ¿quiere que enganche el caballo al carro? —dijo Jay con la boca llena.

Por la velocidad a la que éste comía, podría pensarse que era él, y no Tom, quien había pasado hambre.

—Ya lo he hecho yo hace un rato, hijo. Y no es educado hablar cuando se tiene comida en la boca.

Frank se levantó y fue hasta el espejo de la entrada. Comprobó un par de veces el lazo de su cuello y que la chaqueta estaba bien limpia y sin arrugas.

—Va usted muy guapo, no se preocupe —dijo Fiona, que acababa

de pasar hacia la cocina pero reculó al verlo.

—¿De qué tengo que preocuparme yo, si puede saberse? —inquirió Frank con cierto embarazo—. ¿A qué se refiere, Fiona?

—A naaada… —contestó ella desde la cocina, alargando la última palabra.

Los puños de Frank se crisparon, al tiempo que las venas del cuello se le hinchaban, llevando sangre suficiente a sus mejillas para hacerlas enrojecer. Pero fue capaz de contenerse y no responder al ama de llaves. Contó mentalmente hasta diez y apartó de su mente los poco cristianos pensamientos que le venían a ella.

—Y, vosotros dos, a ver si termináis de una vez el desayuno —dijo desde el salón, con la mirada puesta en Tom y Jay.

Durante el trayecto al pueblo, Frank se mantuvo en silencio. No era un hombre muy hablador, y menos camino de la iglesia, pero aquella mañana estaba especialmente callado. Fue Beth la que rompió el silencio.

—¿Qué quería decir Fiona antes, padre?

Él la miró y negó con la cabeza. Ése era su gesto para decirle que no insistiera. Nadie dijo nada más hasta que llegó el momento de los saludos frente al templo y de las oraciones en su interior. Fue durante el sermón del pastor cuando Tom, que se aburría con la solemnidad de sus palabras, se dio cuenta de que Frank no quitaba ojo a la maestra. Ella estaba sentada dos bancos más adelante, al otro lado del pasillo que dividía la nave en dos mitades. Durante el oficio, los labios de Frank recitaban las oraciones como si fuera un autómata, hasta que un «amén» a destiempo le hizo embarazarse y volver al presente.

Terminada la homilía, Frank aprovechó su despedida del pastor para dirigirse a la maestra. Esperó a que ella saliera, dejó al sacerdote a medias con sus felicitaciones por el sermón, y se acercó a saludarla. La sonrisa pícara, que no había abandonado el rostro de Tom desde su «descubrimiento», se acentuó al reparar en las torpes maniobras de aproximación de su padre adoptivo. Era realmente gracioso ver cómo un hombre como él, hecho y derecho, sereno y equilibrado, se mostraba tan inseguro y nervioso en aquella situación. Lo mismo que la maestra, que le dedicó una mirada entre tímida y sugerente.

El revelador encuentro apenas duró un minuto, pero le cambió a Frank la expresión de la cara. Sus ojos delataban que se sentía contento y satisfecho. Y, sobre todo, ajeno a que había estado siendo escrutado por Tom.

—Hijos, me marcho a casa —dijo a los chicos cuando volvieron a estar solos—. Si vais a quedaros en el pueblo, no lleguéis tarde a la comida. No quiero tener que castigaros otra vez.

—Yo también vuelvo a casa —dijo Beth—. Tengo que ensayar unos pasos de baile.

Por su parte, Tom y Jay se despidieron y se quedaron esperando a Jennifer. Ella solía ir a buscarlos cuando terminaba el oficio. No iba nunca a la iglesia, al igual que su padre. Los dos muchachos se sentaron en los escalones de la entrada, sin el menor remordimiento por que Fiona tuviera después que restregar sus pantalones de domingo para quitarles la porquería.

—Oye, Jay, ¿tú has notado algo raro en Frank? —dijo Tom.

—¿En padre? ¿Algo raro? ¿Cuándo? ¿El qué?

—¿No has visto cómo miraba a la maestra?

—¿Cómo…? ¿A la maestra?

—Sí, sí, a la maestra. Y deja de poner esa cara de pez, que pareces bobo.

—¿Es que tú crees que…?

—Claro. Estaba tembloroso como un pudín cuando se ha despedido de ella. ¿De verdad que no te has fijado?

—Ahora que lo dices, sí… Pero… ¡Dios mío, a mi padre le gusta la maestra!

Tom rió con ganas.

—Bueno, Jay, eso no es tan malo.

—¡Pero si son dos viejos! Ella debe de tener, por lo menos, treinta o treinta y cinco años.

Tan ensimismados estaban con la novedad, que ninguno de los dos oyó a Jennifer aproximarse desde la parte de atrás de la iglesia.

—¿Qué os pasa? —dijo la chica—. ¿Qué hacéis ahí, cuchicheando como dos viejas?

—Es que a Frank le… —empezó a decir Tom.

Un certero codazo en las costillas por parte de Jay interrumpió la confesión.

—¡Calla! —gruñó éste, entre malhumorado y sorprendido.

—A ver, un momento… ¿Qué diablos ocurre aquí? —insistió la chica.

Jay no quiso dar su brazo a torcer.

—No podemos decírtelo, Jennifer. Cosas de chicos.

Ésas fueron las palabras clave para hacerla enfurecer.

—¡¿Cómo que cosas de chicos?! Dímelo ahora mismo o te sacudo un…

—Tranquila, Jennifer. Es sólo que a Frank le gusta la maestra —dijo Tom, terminando de revelar el secreto.

Los ojos de Jay se encendieron de rabia como los faros de acetileno del coche de Zeb.

—¡Te he dicho que no se lo contaras!

—Bueno, hombre. No pasa nada. Y hay algo más…

Jennifer estaba a punto de reírse, pero se contuvo, expectante. También lo estaba Jay, a pesar de su enfado.

—¿Algo… más? —preguntó, casi atragantándose.

Frente a él y a Jennifer, Tom hizo una pequeña pausa para aumentar el suspense.

—Que yo creo que a ella también le gusta Frank.

3

Pasaron los días y llegó la víspera de la carrera. Ya no había tiempo para más dilación. Jay tenía que pedir permiso a su padre para acompañar a Zeb al día siguiente. Esperó a la cena. Cuando llegó el momento, comió poco y estuvo todo el rato en silencio. Beth se dio cuenta de que le pasaba algo y le preguntó, pero el chico dijo que no le ocurría nada. Sólo hacia el final logró reunir el coraje suficiente para dirigirse a Frank.

—Padre, hoy Tom y yo hemos estado en el taller de Zeb.

A Tom esa mención a su persona le sonó un poco chusca. Era cierto que había estado en el taller, pero sólo porque Jay se lo pidió. Necesitaba su ayuda para levantar la carrocería del coche, que Zeb había modificado al estilo «cola de avispa», y colocarla en su lugar. También ayudó a pintar la chapa en un llamativo tono rojo en sustitución del negro original. Se decía que a Henry Ford le habían preguntado una vez por qué no producía el modelo T en otros colores. Su respuesta fue que el cliente podía elegir el color que quisiera, siempre que fuera negro. Y ello se debía a que era la única pintura capaz de secarse a tiempo en su innovadora cadena de montaje. Aunque antes de implantarla en la industria del automóvil, fabricó también unidades en verde, rojo, gris y nácar.

—Ese chiflado de Zeb… —dijo Frank, sacudiendo la cabeza—. Algún día tendremos un disgusto con él.

No parecía un buen comienzo. Frank tenía, al parecer, una impresión muy negativa del dueño del taller. Aun así, Jay insistió. No le quedaba otro remedio.

—¿Sabe que tiene un coche de carreras?

—¿Te refieres a ese viejo Ford T que le vendió Hollander?

—Sí, el Ford T. Pero lo ha modificado y ahora supera los ochenta kilómetros por hora.

Ese comentario hizo a Frank levantar la mirada de su pedazo de tarta de manzana.

—No habrás ido con él a esa velocidad endiablada por ahí, ¿verdad, Jay?

—No, no, padre. Sólo le he… cronometrado.

—¿Y eso por qué? ¿Para qué querría esa oveja descarriada que la cronometraras?

La tempestad se veía venir. La precedió un momento de calma.

Fueron los segundos que Jay tardó en responder.

—Porque vamos… va a participar en una carrera… mañana. En Scranton.

—¡¿Cómo?! —vociferó Frank. Hasta le salió despedida una migaja de tarta de la boca—. ¡De ningún modo irás a una carrera con ese loco! Ni lo sueñes.

Jay se levantó de la mesa y salió corriendo hacia su habitación. Tenía lágrimas de rabia en los ojos. Beth estaba atónita. No era común ver a su padre gritar de ese modo. Ni siquiera cuando una vez le arrojó, por accidente, un tazón de caldo hirviendo en los pantalones.

—¿Y tú, Tom? ¿Tienes algo que añadir?

—Yo… Nada.

Frank pretendía continuar con su cena, pero un bocado de tarta después desistió. Se le había quitado el apetito. Sin decir nada, también él se levantó de la mesa. Beth y Tom lo vieron salir al porche. Al poco, Tom se le unió. El atardecer era esplendoroso. El cielo estaba límpido, como si no existieran las tormentas.

El chico esperó a que Frank terminara de encender su pipa. Se acercó a él y le habló con calma y mucho respeto.

—Tengo que pedirle algo. Nunca antes le he pedido nada. Por favor, dé permiso a Jay para ir a la carrera. Es lo que más desea en el mundo.

El denso humo de la pipa ascendía creando formas nebulosas antes de diluirse. Durante un rato, Frank lo contempló como si no hubiera escuchado sus palabras.

—Perdone —dijo Tom—. No tenía que haber dicho na…

—Está bien —le cortó Frank—. Está bien. Pero tú lo acompañarás y te cuidarás de que no haga ninguna tontería, ni os pase nada.

—¡Claro! —exclamó Tom y una amplia sonrisa se le dibujó en la cara.

—Con eso no basta. Quiero que me lo prometas.

Era la primera vez que Frank le pedía que empeñara su palabra. En aquel momento, Tom se dio cuenta de que empezaba a tratarlo como a un hombre.

—Sí, señor. Le doy mi palabra.

—No hace falta que seas tan solemne. Con que lo prometas, me basta. Y eso has hecho, no lo olvides. Porque, si no, como se dice en las Escrituras, «mi ira será terrible».

Al igual que Zeb, Frank citaba a menudo la Biblia. Pero, en esa ocasión al menos, Tom no dudó de que la cita era exacta. Y un amago de escalofrío le erizó el vello de la nuca.

Jay no besó a Tom porque ya no eran niños y porque el pudor se lo hubiera impedido. Pero su alegría fue tan grande, cuando le dio la noticia, que cualquiera hubiera dicho que se había firmado el armisticio en alguna cruenta guerra —lo cual, a decir verdad, era lo contrario de lo que estaba a punto de suceder—. Gracias a Tom podría ir finalmente a la carrera, con Zeb y su Ford T.

El día empezó para Jay antes de que despuntara el alba. Se vistió y esperó en la cocina a que Tom se levantara. Estuvo royendo unas galletas y bebiendo leche hasta que ya no pudo aguantar más. Hubiera o no llegado el amanecer, se dirigió al cuarto para despertarlo.

—¡Vamos, levántate! Ya casi es de día.

Con un ojo cerrado y el otro entreabierto, sentado sobre el colchón, Tom miró a Jay desde la penumbra.

—¿Cómo que «casi» es de día…? Déjame dormir —dijo, y se tumbó de nuevo, envolviéndose en las sábanas.

—Pero sólo unos minutos. No quiero que lleguemos tarde y Zeb se marche sin nosotros.

—Eso no ocurrirá, Jay.

Las palabras de Tom acabaron con una especie de gemido de gusto, al recuperar la comodidad del lecho. Algo que, como había dicho Jay, duró pocos minutos: el tiempo que éste empleó en lavarse y vestirse. Luego volvió a zarandear a Tom, que estaba en un segundo y plácido sueño, y poco menos que lo llevó a rastras hasta la cocina.

—Te he preparado el desayuno. Para que veas que soy agradecido.

Ni siquiera cuando salieron de casa para ir caminando al pueblo, el sol se mostraba sobre el horizonte. Aun así, la temperatura era agradable. Sería un día caluroso. Perfecto para una carrera.

—Gracias, Tom —dijo Jay cuando casi estaban llegando al pueblo.

—Ya me las has dado.

Tom era la clase de persona a la que basta con que le den las gracias una sola vez.

—Puedes pedirme lo que quieras —insistió Jay.

—Con que me dejes en paz un rato, me conformo.

Aunque Tom habló en tono cortante, Jay sabía que no lo decía en serio.

—¡Ay va!

—¿Qué te pasa ahora, pesado? No me digas que se te ha olvidado algo…

—Jennifer…

—¿Cómo que Jennifer? —Por fin, Tom comprendió—. ¡Jennifer! ¿Dónde?

—Delante del taller de Zeb.

Era cierto. La chica estaba allí esperándolos, aunque había jurado y perjurado que no iba a acompañarlos a esa estúpida carrera.

—¿Qué haces aquí? —dijo Tom al verla.

—Contar los pájaros que se posan en el tejado de Zeb.

—¿Cómo…? —preguntó Jay, sin captar la ironía.

—¿Qué quieres que haga? Pues ir con vosotros para reírme del ridículo que vais a hacer.

—Tú siempre tan dulce —dijo Tom. Ahora le tocaba a él usar la ironía.

La respuesta de Jennifer fue una sonrisa. Y, por el mismísimo Dios, que no podría ser más hermosa, se dijo Tom. Todo resuelto: Jennifer venía. Jay llamó con los nudillos a la puerta metálica. Aguardó un momento e insistió con más vehemencia. Al poco, la voz de Zeb sonó desde dentro, cavernosa.

—¡Ya va!

La puerta se abrió con un agudo chirrido. Al otro lado apareció el hombre, con cara de haber dormido poco y el pelo revuelto.

—Buen día, muchachos —dijo. Luego empezó a bostezar, pero ahogó el bostezo al ver a la chica.

—¿Y tú?

—Que yo también voy —respondió ella como si fuera una obviedad.

Zeb se rascó el pelo y negó con la cabeza.

—Yo creo que no, chica. No hay sitio en el coche y, además, no quiero problemas con tu padre. Estoy seguro de que no te ha dado permiso. Apostaría mi trase… No creo siquiera que se lo hayas dicho.

—Eso no es de su incumbencia —dijo Jennifer, muy rimbombante —. ¿Y cómo que no hay sitio en el coche?

—Lo que podría hacer tu padre si se enterase, sí es de mi incumbencia. Sobre todo lo que podría hacerme a mí. Y, no, no hay sitio en el coche. Hay que llevar herramientas y latas de gasolina. Lo siento.

Jennifer se enfurruñó y resopló. Claro que podrían encontrar un hueco para ella en aquel maldito coche. Una vez más, su padre le causaba problemas, y eso que no estaba allí.

—Pues si yo no voy, Tom y Jay tampoco.

Esa afirmación tan rotunda dejó boquiabiertos a los chicos.

—¡¿Qué?! —exclamó Jay.

—¡Nada! No vamos —insistió ella.

Pero Jay no estaba dispuesto a ceder a los deseos de Jennifer.

—¡Ni hablar!

Él y Zeb entraron en el taller. Para ninguno de ellos había nada

más que discutir. Tom, en cambio, se quedó junto a la chica. Se le acercó con suavidad y le dijo:

—Mira, Jennifer, yo me quedaría contigo, pero Frank me ha pedido que acompañe a Jay a la carrera. Tú dijiste que no ibas a venir. Y sabes lo importante que es para él. ¿Es que no puedes conformarte por una vez?

—Pensaba que erais mis amigos —dijo ella antes de darse la vuelta y marcharse corriendo.

Tom nunca había visto llorar a Jennifer. Ni siquiera cuando, hacía un par de años, el médico del pueblo tuvo que colocarle el hueso del brazo, después de que se lo partiera. Ahora tampoco la veía llorar, porque estaba de espaldas y alejándose a toda prisa. Pero estaba seguro de que lo hacía. Y tuvo una extraña sensación de vacío en el pecho.

Jennifer se pasó la mañana en el granero de su padre, Isaiah Sprintze. Tampoco apareció a la hora en que solían desayunar, aunque eso a él le daba igual. Incluso lo prefería. No era más que una carga, el fruto de un matrimonio que acabó cuando su mujer se marchó para nunca volver. Isaiah nunca quiso a su hija. Se acostaba completamente borracho y se levantaba con un trago de whisky, comía algo y se volvía a la cama. Ambos malvivían en una pequeña granja que, a duras penas, les daba para comer. Y no porque la tierra fuera estéril, sino porque él apenas la trabajaba.

En la soledad del granero, Jennifer se acurrucó en un rincón de la parte alta. Allí estaba su refugio secreto, donde nadie podía verla. Retiró una bala de paja, levantó una madera suelta y sacó de debajo una vieja caja de metal, cuya tapa apenas ajustaba. Era lo único que le quedaba de su madre. A veces pensaba que se merecía tanto odio como el que le tenía a su padre, por abandonarlos, pero no podía evitar echarla de menos a pesar de todo. Dentro había un camafeo, un pañuelo de seda y una tosca muñeca que ella misma le había hecho con retales cuando era niña. Jennifer la cogió entre sus brazos y le acarició los cabellos de lana gruesa. Se tumbó con ella en el regazo y, en poco tiempo, el sueño la venció.

Eran aproximadamente las diez de la mañana cuando la voz de Isaiah retumbó en el interior del granero. Llamaba a Jennifer a gritos. Ella se despertó sobresaltada. Guardó a toda prisa la muñeca y las otras cosas en la caja, y volvió a esconderla bajo la madera y las balas de paja.

—Estoy aquí, padre. Ya bajo —contestó desde lo alto.

—¿Qué haces ahí arriba? —gritó él de nuevo, con voz de estar ebrio.

—Nada.

—¿No te estarás tocando?

La forma en que lo preguntó, más allá de lo que quería decir con ello, repugnó a Jennifer.

—No —dijo desafiante.

—No te creo —contestó Isaiah—. Baja ahora mismo, voy a enseñarte educación.

Aquel maldito borracho iba a pegarle de nuevo. Se quitó el cinturón y esperó, tambaleándose, a tenerla cerca. Jennifer pensó en escapar. Pero para qué. Qué más le daba recibir hoy una paliza o recibirla mañana. Se bajó los pantalones de peto hasta los tobillos y se puso de espaldas de su padre. Éste blandió el cinturón y empezó a darle golpes con toda la fuerza de que era capaz en su estado. Lo hizo hasta que se cansó o tuvo ganas de echar un trago.

Esta vez, Jennifer no lloró. Aquello no era bastante para hacerla llorar. Volvió arriba. Se tumbó boca abajo y hundió el rostro en la paja. Algún día se marcharía para siempre, como su madre. Y nadie, nunca más, volvería a hacerle daño.

Frank Carter había ido temprano al pueblo. Era sábado, el día en que habitualmente se acercaba a la tienda de Hollander para hacer su compra semanal de comestibles. En esa ocasión, sin embargo, había otro motivo de más peso para su visita: encontrarse con Rachel Cavendish. O, más propiamente, hacerse el encontradizo con la maestra.

Frank era observador. Sabía que Rachel también iba los sábados a la tienda de Hollander, aunque más pronto de lo que él solía hacerlo. Por eso, aquella mañana se vistió con una chaqueta nueva y salió hacia el pueblo una hora antes de lo habitual, con la esperanza de encontrarla allí. Y así fue. Ella estaba escogiendo manzanas de un barril. La vio nada más entrar, pero hizo como si no se hubiera dado cuenta de su presencia y se acercó al mostrador. Hollander le puso su mejor sonrisa de tendero. No tenía cara de buena persona —aunque Frank sabía que lo era—, y posiblemente por eso se esforzaba tanto en sonreír y mostrarse amable.

—Bienvenido, Frank —le saludó—. Hoy has madrugado, ¿eh?

—Hola, Daniel. Sí, tengo que hacer más tarde unos arreglos en la granja, y ya sabes lo que dice el Libro de los Proverbios.

Hollander miró a Frank con gesto de no estar seguro de a qué

pasaje se refería, aunque mantuvo su forzada sonrisa.

—«El alma de los madrugadores enriquece.»

—Ah, sí. Ya recuerdo…

Era obvio que no recordaba ese versículo. Ni siquiera Frank estaba seguro de que la cita fuera exacta, o si en realidad pertenecía a los Proverbios.

—Dios ayuda a los que madrugan —dijo Hollander, a modo de explicación del sentido de la frase—. Muy cierto.

Los desatinos de la conversación terminaron cuando la señorita Rachel fue hacia ellos con las manzanas que había elegido.

—Buenos días, señor Carter —dijo al tener a Frank a su lado.

—Permítame, señorita Cavendish.

Con las manos temblorosas, Frank ayudó a la maestra, solícito, a dejar las frutas sobre el mostrador.

—Gracias —correspondió ella educadamente—. Me alegro de verlo por aquí. Pero no querría interrumpir la conversación de ustedes.

—Oh, no tiene importancia. Sólo estábamos… —soltando estupideces, pensó Frank. Aunque dijo—: En realidad ya habíamos acabado.

El tendero asintió con una nueva mueca de sus labios.

—¿Qué más desea, señorita Cavendish?

—Oh, no, no. Siga atendiendo al señor Carter.

—Por favor, se lo ruego —dijo Frank con un gesto cortés de la mano.

Si sus hijos pudieran verlo ahora, azorado como un colegial… Peor que cualquiera de ellos, que eran más jóvenes y de una generación menos ceremoniosa. Hasta cuando llevaba a Beth a casa de la maestra, para sus clases de piano, se quedaba en el umbral de la valla exterior y sólo se atrevía a dedicarle un leve saludo desde allí. Pero esta vez, terminada la compra, se armó de valor. Estaba decidido a actuar. La acompañó afuera con sus bolsas de papel de estraza y aprovechó el momento para decir:

—Señorita Cavendish, yo… Me gustaría preguntarle si usted y yo… podríamos…

Ella lo miraba expectante, como si con su mirada tratara de impulsarle a concluir la pregunta.

—Si le agradaría… —continuó Frank, que notaba que tenía las manos sudadas— que quedáramos alguna vez.

Tras una fingida pausa de duda, ella contestó, con una sonrisa tímida e igual de ficticia.

—Estaría encantada, señor Carter.

La carrera de Scranton se había programado a diez vueltas a la localidad, a través de sus caminos de grava. Había treinta y nueve participantes inscritos. Todo un éxito para una prueba *amateur*. El premio consistía en cien dólares y una flamante copa bañada en plata. Zeb prometió a los chicos que les daría cinco dólares a cada uno si lograba vencer. Lo cual equivalía para ellos a haberles prometido el estado de Pensilvania, o incluso la propia Luna. Sobre todo para Tom, que al final ni siquiera llegó a asistir.

A unos quince kilómetros del pueblo, en medio de la carretera, hizo a Zeb detener el coche en seco. Tardó en decidirlo, pero lo había pensado mejor y optó por regresar a Sunnyside para quedarse con Jennifer, aunque tuviera que caminar hasta allí durante horas. Eso sí, sólo después de hacer a Jay jurarle por su vida que no cometería ninguna locura. A éste no le gustó que su hermano volviera con Jennifer. Pero, en aquella ocasión, lo principal para él fue la carrera.

Ésta no contó con entrenamientos previos. Cuando Zeb y Jay llegaron a Scranton, les comunicaron que el orden de salida se establecería por sorteo. A ellos les asignaron el número veintitrés, lo que Zeb consideró una señal de buena suerte, ya que era —dijo—, su número favorito. Mientras Tom aún recorría los caminos de regreso al pueblo, los coches se colocaron en diagonal, a ambos lados de la línea de meta. Cada piloto esperó, frente al suyo, a que el director de carrera diera la orden de encender los motores. Zeb tuvo que darle dos veces a la manivela para que el del Ford empezara a ronronear. Luego se sentó al volante, con sus gafas y su gorra, y accionó la palanca para engranar la primera velocidad. Un disparo y una banderola dieron inicio a la carrera.

Hubo varios pilotos que se adelantaron. Zeb logró salir raudo desde su puesto, hacia la mitad de la formación, y adelantar a un par de coches en la recta. Al pasar de nuevo por la meta, después de la vuelta inicial, estaba en el puesto diecinueve, del que ascendió al dieciséis por descalificación de los tres participantes que habían salido antes de tiempo.

Las primeras cinco vueltas fueron bien para Zeb. Adelantó a otros nueve coches —algunos se averiaron— y siguió progresando poco a poco. En la sexta vuelta tuvo un problema, derrapó y perdió una posición. Aunque logró recuperarla en la séptima, así como tres más en la octava. Jay le jaleaba cada vez que pasaba por delante de él.

Pero algo salió mal en la penúltima vuelta. Iba en el cuarto puesto, rozando el tercero, cuando ya no cruzó la meta. Todos los demás coches acabaron antes de que Jay supiera lo que había ocurrido. Pensó que Zeb podía haber tenido un accidente. Aunque su duda quedó

pronto resuelta, cuando lo vio aparecer con cara de pocos amigos, arrastrado por un carro de caballos y con vapor de agua saliendo del radiador del coche.

—¿Qué ha pasado? —dijo Jay mientras le abría la puerta.

Zeb tenía la cabeza apoyada en el volante.

—No lo sé… —se lamentó—. El motor se calentó demasiado y ¡bluf!

—Qué lástima. Ibas muy bien.

—Íbamos muy bien, chico. No podría haber hecho esto sin ti.

Que aquel hombre rudo, pero de buen corazón, hablara en plural, hizo que Jay se llenara de gratitud. Y algo más. Ya no se sentía desilusionado por el fiasco. Decidió que, a partir de aquel día y a pesar de la derrota, su principal objetivo en la vida sería convertirse en piloto de automovilismo. Serlo de verdad, y no como en los sueños vagos que hasta entonces había tenido.

—Adiós a los cien pavos —dijo Zeb, mirando al cielo—. Y a ver ahora cómo volvemos a casa…

Jennifer aún estaba en el granero cuando Tom entró por la puerta de atrás. Oyó un leve murmullo arriba y, después de asegurarse de que no se trataba del padre, la llamó en voz baja al pie de la escalera de madera. Jennifer sacó la cabeza con cara de incredulidad. Se suponía que Tom estaba muy lejos, en Scranton, con Jay y Zeb Wilkins.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó muy seria. Había recordado que estaba enfadada con él.

Tom creyó ver un reflejo en las cuencas de sus ojos y sus mejillas. Pero Jennifer se metió hacia dentro un momento y, cuando regresó, el reflejo había desaparecido.

—He vuelto para estar contigo.

—¿Es que se ha roto el coche?

—No, no se ha roto. Creí que…

—No necesito a nadie —le cortó ella—. Será mejor que te vayas.

Tom sintió un aguijonazo en su orgullo. Estuvo a punto de darse la vuelta, sin decir más, y hacer lo que ella le había pedido. Pero algo se lo impidió. No era normal que estuviera tan enfadada, y menos cuando su presencia era en sí misma una disculpa. Había tenido que caminar más de tres horas para volver al pueblo.

—¿Qué te pasa, Jennifer?

La chica no respondió. Se quedó muy quieta, mirando a Tom sin decidirse a compartir con él su angustia.

—No me pasa nada —dijo, aunque su voz la delató—. Espera un

momento.

Una vez más, Jennifer desapareció en la parte alta. Tardó un par de minutos en volver a aparecer, y esta vez lo hizo para bajar la escalera.

—Mi padre ya debe de estar durmiendo su borrachera de la mañana. Vámonos de aquí.

Salieron juntos del granero sin hacer ruido. Aunque Isaiah estuviera borracho, como Jennifer decía, era mejor no tentar a la suerte. Era un hombre violento, y más cuando había bebido. Los dos amigos abandonaron la pequeña granja en dirección al camino del prado, al que solían ir casi todos los días y donde ella se había roto el brazo escalando un árbol. Ninguno de los dos dijo nada hasta que Jennifer rompió por fin su silencio.

—Estaba pensando en mi abuelo.

—¿Tu abuelo? No sabía que tuvieras abuelos.

—Murió cuando yo era muy pequeña.

—Lo siento.

Ella asintió con un delicado movimiento de cabeza. Luego apartó sus ojos de los de Tom y miró al frente.

—Cuando era pequeña, yo no vivía en Sunnyside. Antes de que mi madre se marchara vivíamos en Pittsburgh. Allí estaban también mis abuelos, que vinieron desde Polonia. ¿Sabes por qué se fueron de Polonia? Porque eran judíos.

Tom no comprendía muy bien por qué le contaba eso, pero decidió que lo mejor era no preguntar.

—Mis abuelos huyeron de las persecuciones a los judíos en Europa. ¿Sabes lo que es un pogromo, Tom?

El chico negó con la cabeza.

—Una revuelta contra los judíos. Mis abuelos vivían en una ciudad llamada Varsovia. Creo que es la capital de Polonia. Eso fue a finales del siglo pasado, cuando ellos huyeron para venir a Estados Unidos. Aquí no les fue mucho mejor. Mi padre se hizo cristiano para casarse con mi madre. Aunque no creo que la religión le importara mucho. Qué más da una sinagoga o una iglesia… Yo tenía cuatro o cinco años, y recuerdo que mis abuelos trabajaban en la casa de unos ricos de Pittsburgh. Un día desapareció una joya, no sé lo que era, algo muy valioso. Los acusaron a ellos. Dijeron que todos los judíos eran ladrones y embusteros. A mi abuelo le pegaron hasta dejarlo medio muerto. Luego se descubrió la verdad. Mis abuelos eran inocentes. Inocentes, ¿lo entiendes?… Ni siquiera les pidieron perdón. Les dieron unos cuantos dólares, como si eso bastara para arreglarlo todo.

Tom estaba al lado de Jennifer. La historia que le había contado

era muy triste y muy injusta.

—Bueno, Jennifer, tranquilízate —dijo mientras le acariciaba un brazo—. Y ahora, ¿vas a decirme qué te pasa?

—No.

En ese momento, Tom sintió deseos de abrazarla. La negación tenía mucho significado: dejaba patente que sí le ocurría algo, y que no era sólo el enfado con él y con Jay por abandonarla para ir a Scranton.

—Jennifer, yo…

—¡Te echo una carrera! —exclamó la chica de pronto, sonriendo por primera vez esa mañana.

—Está bien —dijo Tom; y, para picarla, añadió—: Como eres una chica, te daré algo de ventaja.

Por una vez Jennifer no se enfurruñó ante la supuesta superioridad masculina. Esta vez echó a correr por el prado, hacia los árboles, con el hermoso brillo del sol en su pelo revuelto y mal cortado.

A Tom no le costó alcanzarla. Antes de que llegara al final del prado, la agarró por la cintura y ambos rodaron por la hierba. A la chica le ardieron de dolor los golpes que le había dado su padre. Pero apretó los labios antes de mirar a Tom y decirle con una sonrisa:

—¡Quita, bruto! O te daré en un sitio que duele.

—Bueno, no sería la primera vez.

La chica sacudió la cabeza y se levantó del suelo. Tom la imitó. Algo estaba naciendo entre ellos. Ligero como la pluma de un ave y poderoso como un martillo sobre el yunque. Aunque, en ese momento, ella aún tuviera ganas de llorar.

Frank Carter empezó a inquietarse cuando dieron las nueve de la noche sin que sus hijos hubieran regresado. Incluso se acercó al pueblo, al taller de Zeb, por si estaban allí y se habían entretenido haciendo alguna cosa. Pero no. Tuvo que esperar al filo de las doce de la noche, a punto de avisar al sheriff, para ver el coche de Zeb aparecer renqueando por la calle principal del pueblo. Horas antes, mientras el director de la carrera entregaba al vencedor los cien dólares del premio y la copa, entre vítores y aplausos, Zeb estaba con las manos llenas de grasa inmersas en el motor, tratando de encontrar el problema junto a Jay. Habrían llegado aún más tarde de no ser porque, al final, tuvieron un poco de suerte y lograron arreglarlo con la ayuda de otros participantes de la carrera.

—Zeb —saludó Frank al dueño del taller, con cortesía pero sequedad. Luego se dirigió a Jay—: ¿Qué horas son éstas de llegar? ¿Y dónde está Tom?

—Tom no vino… a la carrera.

En el mismo momento de abrir la boca, el chico se dio cuenta de que estaba metiendo la pata. Llevaba horas rondándole la cabeza el hecho de que Tom hubiera vuelto para quedarse con Jennifer, en lugar de acompañarle a la carrera como había prometido. Aunque eso era algo entre su hermano y su padre.

—¿Cómo que Tom no ha ido a la carrera? ¿Y qué es lo que ha estado haciendo entonces todo el día? Esto no va a quedar así… Cuando le vea me va a oír.

—No le regañe, Carter —dijo Zeb—. El chico se ha quedado en el pueblo con esa amiga suya, la hija de Sprintze.

Frank se quedó en silencio. Lo único relevante era que Tom había traicionado su confianza.

—Zeb ha estado a punto de ganar la carrera —dijo de pronto Jay, con la esperanza de que eso sirviera para reducir el enfado de su padre.

—No le haga ningún caso —intervino el aludido—. El motor se descompuso. A lo sumo podíamos haber quedado terceros. Y en cuanto a Tom…

—Es hora de volver a casa —le cortó Frank, mirando a Jay con gesto muy serio—. Hasta la vista, Zeb.

Éste se despidió con un gesto de la mano. Se quedó en la puerta unos minutos, viendo al chico y a su padre alejarse en su carro. Envidiaba a Carter, a pesar de los disgustos que pudieran darle sus hijos. Él nunca se había casado. Pero, si tuviera hijos, le gustaría que fueran como los de Frank Carter.

—Padre —intentó decir Jay durante el trayecto—, es que Zeb no dejó que Jennifer…

—Eso ya me lo explicará tu hermano. No debiste dejarle que se quedara. Sabes que le hice prometer que iría contigo a Scranton.

Al llegar a casa, Tom estaba cenando algo en la cocina. Fiona le había calentado un guiso de carne que había hecho esa tarde para los intrépidos automovilistas, como se le ocurrió llamarlos. Al verlo allí, Frank ahogó cualquier exteriorización de alivio —no estaba seguro del todo de que no se hubiera metido en un lío—, y se colocó delante de él. Su pose era tan grave que Tom dejó la cuchara en el plato y se puso en pie, firme como un soldado.

—Me has mentido y me has desobedecido —dijo Frank secamente.

Tom bajó un poco la mirada, pero no contestó. No había mucho que decir. Ésa era la simple y llana verdad del caso.

—Lo que quiero saber es por qué.

Tom ignoraba si Frank sabía algo sobre lo que estuvo haciendo en

Sunnyside. Imaginó que sólo estaba al tanto de que no fue a la carrera, y no que se quedó con Jennifer.

Como el chico seguía sin decir nada, Frank insistió.

—Si has estado todo el día con esa amiga tuya, en lugar de hacer lo que me prometiste, habrá sido por algo, ¿no es así? ¿Por qué? Vamos, dilo.

Sin conocer los detalles, Frank sabía muy bien el porqué. Jennifer era una joven preciosa, por debajo de su vestimenta de chico y su descuidado aspecto. Una jovencita capaz de enamorar a cualquier chico de quince años que tuviera sangre en las venas.

El pertinaz silencio de Tom acabó por quebrar la hostilidad de Frank. Ya era casi un hombre. En vez de castigarle, optó por hacerle sentir su culpa. Eso era algo que su propio padre, cuando él era niño, sabía hacer muy bien. Y daba más resultado que los castigos.

—Me has decepcionado, Tom —dijo; luego abandonó la cocina y fue a acostarse.

Esa misma noche, en su cuarto, Jay y Tom estuvieron hablando en voz baja para no despertar a Beth, que dormía plácidamente inmersa en sus propios sueños, vestida en tafetán y danzando sobre un escenario repleto de público y luz de candilejas. No hubo reproches entre ambos. Aunque lo que no dijeron sonó con la estridencia de trompetas.

Por su parte, antes de dormirse, Tom estuvo pensando largo rato en Frank. Le había decepcionado, en efecto. Se prometió no volver a hacerlo. Después, se durmió y pasó el resto de la noche soñando con Jennifer.

4

Frank acababa de salir de la oficina de Gordon Williams, principal terrateniente de Sunnyside y dueño del único banco, donde tenía su crédito y sus más que escasos ahorros. Había estado negociando las condiciones del préstamo con el potentado Williams en persona, mientras Beth lo esperaba fuera, en el carro, comiendo unos dulces que le había comprado en la tienda de Hollander para que se entretuviera. Las cosas iban mal en la granja, eso no era ninguna novedad. Frank creyó que Williams lo comprendería. Nunca se había retrasado en un pago y se consideraba un buen cliente. Un cliente modélico, de hecho. Pero no conocía el fondo de los banqueros ni su ansia de riqueza, que nunca debía subestimarse.

Salió del banco en pocos minutos, con la cabeza hinchada de frases vacías y sin tener una idea clara sobre cómo afrontar sus gastos. Pero la cara dulce e inocente de su hija le hizo olvidarse por un momento de todo eso. Subió al carro, le dio un beso en la frente y enfiló la calle principal de Sunnyside. Beth tenía a esa hora una de sus clases de piano con la señorita Cavendish. Últimamente ella y Frank se veían a menudo, aunque éste aún no se había atrevido a mostrar abiertamente sus sentimientos y tratar de iniciar una relación con ella. Algo que deseaba con todo su ser, por mucho que experimentara cierto desasosiego al pensar en la pobre Elisabeth.

Ralentizó el paso en las inmediaciones de la casa de la maestra. En la parte delantera tenía un pequeño y cuidado jardín rodeado por una valla tan blanca como las nubes de verano. Frank escrutó el jardín sin girar la cabeza. La señorita estaba allí, agachada junto a un parterre con flores. Fue ella quien lo llamó.

—Señor Carter —dijo sonriendo, con la cara manchada de tierra acabada de remover. Y añadió hacia la niña—: Hola, Beth.

—Hola —dijo la pequeña, que saltó del carro antes de que estuviera completamente detenido.

—Buenos días, señorita Cavendish —dijo Frank con cortesía.

Beth atravesó el jardín y entró en la casa, cuya puerta estaba abierta. Desde el interior empezaron a escucharse acordes de piano.

—No sabe cuánto me alegro de verlo —dijo la profesora a Frank, con una gran sonrisa.

A Frank le azoró esa frase. No sabía por qué lo decía. Ella se dio cuenta y se lo aclaró.

—¿Sería usted tan amable de ayudarme un momento?

—Cómo no —dijo Frank, soltando el aire que había contenido en sus pulmones.

Echó el freno, descendió del carro y caminó hacia la entrada del jardín. La maestra llevaba un vestido algo escotado que, en su posición inclinada, dejaba a la vista una parte lo suficientemente generosa de sus pechos como para inflamar la imaginación. Frank pidió en silencio a Dios que le perdonara por los impuros pensamientos que lo asaltaron.

—¿En qué puedo servirla, señorita Cavendish?

—Estoy usando un fertilizante en estas plantas, para que no se mueran en invierno. ¿Podría decirme si la cantidad que estoy poniendo es la correcta? Y llámeme Rachel, se lo ruego.

—Por supuesto. Y usted a mí Frank. Déjeme ver…

Con los ojos posados en cualquier punto salvo el escote de la maestra, Frank verificó la cantidad y colocación del fertilizante en la tierra.

—Creo que debería añadir un poco más. Sólo un poco.

—Qué alivio. No sabía si era demasiado, aunque a mí también me parecía poco, la verdad. Uf, hoy hace un calor atroz. ¿Quiere asistir a la clase de Beth y tomar un refresco?

—Oh, no sé si debo.

Frank nunca había pasado del perímetro del jardín, cosa que acababa de hacer. Ir aún más lejos, y entrar en la casa de la maestra, se le antojaba un triunfo. Ella tuvo que insistir.

—¡Claro que sí! Lo pasará bien escuchando a su hija. Y tengo en la cocina la mejor limonada de Sunnyside. Vamos, Frank, pase. Luego terminaré de hacer esto. ¿Qué tal Jay y Tom? Los he visto hace un rato paseando con la hija de Sprintze. Siempre me han parecido unos buenos chicos.

—Sí, pero ya sabe cómo se comportan los muchachos a esa edad. No hay modo de contenerlos. En cambio Beth sólo me da satisfacciones. Es tan dulce y obediente… Eso me recuerda que tenía que hablarle de un asunto.

La maestra miró a Frank con una expectación que a él le avergonzó. Esperaba, al menos, no haberse ruborizado a sus años.

—Últimamente… La verdad es que, desde hace algunos años, las cosas no marchan demasiado bien en la granja. Los costes se han disparado. No es buen momento para mí…

Era una forma sutil de decir que no podría seguir pagándole las clases. A pesar de la mínima expresión decepcionada de la maestra, comprendió lo que a Frank le costaba tanto decir, recuperó su

luminosa sonrisa y se sintió en la obligación de corresponder con delicadeza. El orgullo de los hombres es muy fácil de herir.

—Lo cierto es que está haciéndome usted un favor, Frank. Cada vez practico menos y tener una alumna me obliga a tocar con más frecuencia. Además, no olvide que soy maestra. Mi vocación es enseñar. ¿De acuerdo? —Él no tuvo ocasión de responder—. No se hable más. No tiene de qué preocuparse. Su hija demuestra mucho talento y un gran oído musical. Eso es lo único que importa.

—Gracias, Rachel —acertó a decir Frank antes de seguir a la maestra hacia el interior de la casa.

Allí, Beth seguía concentrada en sus escalas al piano. La señorita fue un momento a la cocina y regresó con una bandeja en la que había una jarra de limonada y dos vasos. Frank se acercó a su hija, sentada al piano de pared que ocupaba uno de los laterales del salón, un precioso Steinway & Sons de madera veteada.

—¿Le gustaría escuchar una pieza? —dijo la maestra.

—No querría…

—Lo haré encantada. Luego seguiremos con la clase.

La maestra sirvió la limonada y pidió a Beth que le cambiara el taburete del piano por la silla que había al lado. Dio un sorbo de su vaso, estiró los dedos y, antes de empezar, preguntó a Frank:

—¿Le gusta Chopin?

—Yo… Por supuesto. Adoro a Chopin.

La forma en que Frank pronunció el apellido del compositor dejó claro que nunca había oído hablar de él, y mucho menos su música. Beth ahogó una risita cuando su padre la miró con el ceño fruncido.

—Me alegro de que compartamos el gusto por la música romántica —dijo la maestra con simpática ironía.

Frank se sentó en un sofá y escuchó con atención. Apenas era capaz de distinguir el sonido de un piano del de un ukelele, pero intentó no parecer un auténtico palurdo. Aquella mujer era mucho más instruida que él.

—Tocaré la *Polonesa*, una de mis composiciones favoritas.

En Sunnyside no había muchos vecinos aficionados a la música clásica, con lo que la señorita Cavendish raramente tenía oportunidad de compartir con algún adulto esa pasión. Por ello, lo que empezó con una simple pieza, acabó convirtiéndose en todo un recital, para regocijo de Beth. Interpretó a Chopin, a Mozart y a Haydn. Frank mantuvo todo el tiempo una estúpida sonrisa en los labios. Aquél era el castigo de Dios por sus pensamientos libidinosos.

Al terminar, la maestra evitó preguntarle si le había gustado. Sabía que quien le gustaba era ella, y el sentimiento era recíproco. Volvió a

dejar el asiento a la niña. Frank se levantó caballerosamente cuando ella lo hizo, y aplaudió de un modo tan afectado que a la maestra le costó contener la risa.

—¿Le gustaría que Beth llegara a tocar el piano con soltura?

—Por supuesto que sí. En casa no para de hablar de eso, ¿verdad, hija?

—Sí. ¡Como la señorita Rachel! —exclamó la niña.

—Pues tiene usted que animarla y apoyarla —dijo la maestra—. No permitir que desista ni flaquee. Aprender a tocar un instrumento es una tarea ardua y dura, pero también sumamente grata, enriquecedora y satisfactoria.

Frank no supo qué contestar. Se quedó anonadado con la forma de hablar de aquella mujer tan culta. A pesar de sus muchas preocupaciones, se sintió contento como un chiquillo con un juguete nuevo. La señorita Cavendish, Rachel, le hacía sentirse joven de nuevo. Notaba la misma sensación que cuando conoció a Elisabeth, la madre de Jay y Beth. Algo que no sería capaz de definir con palabras, pero que su corazón entendía a la perfección.

Pasaron varias jornadas. Después del día de la carrera, los recelos entre Tom y Jay, que tenían a Jennifer como centro, no habían remitido del todo. Aunque, en la práctica, seguían siendo los tres amigos inseparables de siempre. Aquella noche se habían acostado pronto. Beth estuvo mareándolos durante la cena con mil y un detalles de la primera pieza completa que había aprendido a interpretar al piano. Frank sonreía al oírla, más por la evocación de Rachel que por los progresos de la niña.

Los dos muchachos llevaban ya un par de horas durmiendo cuando algo golpeó el cristal de su ventana. Ninguno se despertó. Ni siquiera Tom, aunque tenía su cama al lado de ella. Sólo lo hizo cuando volvió a sonar otro golpe, más fuerte que el anterior. Se levantó y fue a mirar qué ocurría. La ventana no estaba cerrada del todo por el calor, sólo entornada. Al sacar la cabeza por el hueco, una piedra le impactó en el pecho. No era muy grande, pero aun así le dolió. Jennifer estaba abajo.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —dijo Tom en un susurro.

—Hace buena noche, ¿verdad?

La joven trató de sonreír, pero Tom frunció el ceño. Aquello era absurdo.

—Estoy agotado. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

—¿Puedes bajar un rato?

La expresión de la cara de Jennifer hizo que Tom se diera cuenta de que algo no iba bien.

—¿Te pasa algo?

—Sal un momento, por favor.

Tom tuvo cuidado de vestirse sin hacer ruido y de bajar la escalera con el mismo sigilo. En el piso de abajo abrió la puerta lentamente, porque a veces los goznes chirriaban, y la cerró a su espalda con el mismo cuidado.

—Hola, Tom —dijo la chica al verlo aparecer.

—Dime qué te pasa, Jennifer.

Ella se le acercó y ya no pudo soportarlo más. Se echó a llorar desconsoladamente. El muchacho la estrechó entre sus brazos hasta que los sollozos de ella se calmaron. Luego le agarró de los hombros y la miró con ternura.

—Mi padre… Hoy me ha pegado otra vez. Ya no lo soporto más, Tom.

Éste la abrazó de nuevo. Jennifer hundió la cabeza en su pecho. A Tom le envolvió la fragancia de su cabello. Le costó dejarla cuando Jennifer se separó para sentarse en el porche. Tuvo que hacerlo muy despacio. Los golpes del cinturón de su padre aún le ardían.

—Tranquila, vamos, tranquila —dijo Tom para que se serenase, aunque en realidad no sabía cómo ayudarla.

—Le odio —fue lo único que dijo Jennifer en mucho rato.

Se apoyó en el hombro de Tom, sentado a su lado, y se quedó así hasta que él rompió el silencio.

—Le pediré a Frank que hable con tu padre.

—No serviría de nada. Y mi padre se pondría hecho una furia y me pegaría más. Ni siquiera sé por qué he venido a contártelo. Tú no puedes hacer nada. Nadie puede.

Tom hizo a Jennifer volverse hacia él, con dulzura. Le retiró uno de sus mechones de pelo salvaje del rostro. Luego le secó las lágrimas.

—Algo haremos, te lo prometo. No puedes seguir así. Seguro que hay algo que podamos hacer. Ya lo verás.

Tom se había mostrado taciturno desde que él y Jay se levantaron por la mañana. A decir verdad, ésa era su actitud normal siempre que algo le rondaba la cabeza. Lo que tenía a Jay intrigado era de qué podía tratarse. Por regla general, Tom resultaba bastante transparente. Incluso previsible, aunque no del modo en que las personas suelen serlo: no se sabía qué iba a hacer, pero sí que iba a hacer algo. Así era él, al menos para Jay.

—¿No vas a preguntármelo? —le dijo Tom. Se encontraban a escasos metros del granero, donde los esperaba una dura jornada de limpieza.

Por lo visto, Jay era igual de previsible para Tom que a la inversa. Ambos se detuvieron un momento y se sentaron en una traviesa con telarañas, que pronto tendrían que eliminar.

—Claro que voy a preguntártelo… ¿Qué te pasa?

—Anoche vino Jennifer.

—¿Que vino Jennifer? ¿Cuándo?

—Fue de madrugada. Después de que nos acostáramos. Tiró piedras a la ventana.

—Yo no oí nada.

—No quise despertarte.

A Jay le hubiera gustado decirle a Tom que debió haberle despertado. Pero se mordió la lengua.

—Bueno, ¿y qué quería?

—Su padre otra vez. Ha vuelto a pegarle —dijo Tom, y miró al suelo.

La cara de asco de Jay lo dijo todo. Pero aun así exclamó:

—¡Ese bastardo…!

—Sí. Pero no podemos hacer nada. Jennifer no quiere que se lo diga a Frank, ni que él hable con su padre.

—Pues yo sí pienso contárselo.

Jay se puso de pie con intención de regresar a la granja. Tom le agarró del brazo y negó con la cabeza.

—Jennifer me dijo que su padre se pondría furioso. Tiene razón. Le he estado dando muchas vueltas. Algo hay que hacer, pero no podemos meter a Frank en esto.

—Tienes razón… ¿Por qué no vamos esta noche al lago? —dijo Jay después de un momento—. Allí podemos hablarlo los tres juntos.

—Sí —dijo Tom, pensativo. Y luego, con más convicción, repitió—: Sí, es una buena idea. Esta tarde se lo diremos a Jennifer.

Durante las vacaciones de verano, los tres muchachos solían ir a bañarse a un lago próximo a Sunnyside. Acampaban en su orilla y se quedaban a dormir siempre que los dejaban. Como esa noche. Tenían que encontrar una solución al problema de Jennifer. Jay había traído a escondidas algo de tabaco que cogió a su padre, y Jennifer una botella de whisky del suyo.

No hablaron demasiado al principio, aunque para eso estaban allí. Ninguno sabía qué decir. Se dedicaron a fumar y a beber. Los tres con

los rostros serios y pensativos. Jay acabó emborrachándose sin apenas haber abierto la boca y, al poco, estaba dormido como un tronco.

Los campos despedían un suave aroma, traído por la leve y cálida brisa. Tom y Jennifer se tumbaron sobre la hierba, mirando en silencio las estrellas. Él quería ser capaz de prometerle que todo iba a arreglarse. Ojalá pudiera. Sentía un anhelo en su pecho que no sabía definir. Pero estaba ahí, intenso y poderoso. Le atormentaba que Jennifer estuviera pasándolo tan mal. Más de lo que podía comprender.

La oyó suspirar a su lado. Tom abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, cuando Jennifer se levantó de repente. Avanzó hacia el lago y se agachó junto a la orilla. Aunque era de noche, el agua estaba templada después de varios días de intenso calor. No soplaba una gota de viento. No se oía ningún ruido, salvo el de los grillos. Jay seguía profundamente dormido por la borrachera. Tom se incorporó para mirar a Jennifer. El ritmo de su corazón se aceleró al ver que ella se quitaba la ropa, en la oscuridad, para introducirse acto seguido en el lago.

—¿Vienes? —le llamó desde el agua.

Tom la imitó y se lanzó hacia ella, también desnudo. Fue en su busca nadando. Jennifer trató de alejarse, pero él nadaba más deprisa. Pronto la alcanzó y la empujó hacia abajo, hasta que su cabeza quedó sumergida.

—¡Idiota! —le insultó ella cuando logró escupir el agua que había tragado, y tosió un par de veces con aspereza.

Tom sonreía con su cara de pillo de siempre. La cara por la que Frank le decía, con sorna, que nunca hubiera podido ser un ángel del cielo.

—Ahora verás… —dijo Jennifer, y se lanzó sobre él.

Al hacerlo, Tom pudo notar su cuerpo sobre el suyo. Su piel suave y sus incipientes senos. Dejó que lo empujara y se sumergió en las negras aguas. Al salir, se quedó mirando sus ojos. Apenas se veía nada, pero aun así parecieron brillar a la luz de las estrellas.

Ella se quedó muy quieta. También Tom, que notó cómo su entrepierna se endurecía de pronto. Sintió vergüenza y se separó un poco. Pero Jennifer se le aproximó y volvió a apretarse contra él. Bajó una de sus manos y le acarició el sexo. Luego le cogió la mano y se la puso entre sus piernas. Tom notó el calor del sexo de ella y cómo el suyo se endurecía aún más, como si estuviera a punto de estallarle. Durante años no había pensado en Jennifer como una chica. Eso era algo nuevo. Ella no se vestía ni se comportaba como tal. Era un auténtico amigo… Y, sin embargo, ahora le parecía el ser más

hermoso y cautivador del mundo. Y el más extraño.

Salieron del agua. Tom tumbó a Jennifer en la hierba y se recostó sobre ella. La besó en el ombligo y luego fue descendiendo hasta hundir los labios y la nariz en su vello púbico. Su vientre ardía. Ella arqueó la espalda y emitió un gemido. Le agarró la cabeza con las manos y la apretó contra ella. Tom no pudo aguantar más. Se incorporó y se tendió sobre su cuerpo terso y cálido. La besó en los labios con ardor al tiempo que la penetraba. Lo hizo muy despacio, con suavidad. Ella tenía el sexo húmedo, pero aun así le costó hacerlo. Hasta que, casi de repente, se notó dentro de su cuerpo. Dentro de ella. Fundidos ambos en uno solo.

Aquello no se parecía en nada a una masturbación. Estaba compartiendo lo más íntimo que puede compartirse con otro ser humano. Con una mujer. Con una mujer de la que se había enamorado en un instante, bajo la luz de las estrellas y el cielo protector de una noche de verano. Ella era, de pronto, el anhelo, la fuerza, los sueños y los horizontes. Por ella hubiera deseado que el tiempo se detuviera y, a la vez, que durara para siempre. Que aquella noche nunca acabara y, al mismo tiempo, lanzarse a los más profundos océanos, a la más recónditas montañas.

La acarició y siguió besándola. Sus labios eran dulces. Su cuerpo, sumamente acogedor. Si Jay se hubiera despertado les habría visto haciendo el amor varias veces sobre la hierba fresca, unidos en el silencio de una noche que parecía sólo de ellos dos. Aquélla fue la única vez que hicieron el amor. Para ambos, la primera. Y quedó grabada en sus corazones.

—Oye, Tom —dijo Jennifer, tumbada a su lado, aún desnuda. Su voz sonaba distinta.

Él se giró y miró hacia ella.

—No puedo volver con mi padre.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Tom, algo confuso. Seguía embelesado por lo que acababa de suceder.

—Que no voy a volver a casa.

La expresión del chico cambió. Lo que Jennifer decía era muy serio.

—¿Y adónde vas a ir?

—No lo sé… Lejos de aquí. A donde sea con tal de estar lejos de mi padre.

Los dos guardaron silencio. Jennifer contemplaba de nuevo el cielo negro y cálido de la noche, y sus estrellas titilantes. Tom la contemplaba a ella.

—Si tú te marchas, yo voy contigo.

Jennifer se incorporó.

—No seas tonto —le dijo, aunque nunca un insulto sonó tan dulce y agradecido—. Tú no puedes irte. Tienes una familia que te quiere.

—Yo te quiero a ti.

A su lado, la chica inclinó la cabeza. Luego se echó en sus brazos y lo besó.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. De las dos cosas que he dicho.

En ese momento, Jay se despertó. Estaba desorientado por la borrachera. Tenía un dolor de cabeza horrible y notaba el estómago revuelto. Se puso de pie y giró sobre sí mismo, tambaleándose, con la intención de vomitar. Pero se detuvo al ver a Tom y a Jennifer tumbados en la hierba.

—¿Estáis… desnudos? —preguntó boquiabierto.

Ellos se azoraron con un repentino pudor y salieron corriendo en busca de sus ropas. Jay percibió algo muy oscuro que emergía del fondo de su alma. Y sintió también que hubiera querido ser él quien corría desnudo al lado de Jennifer.

—¿Qué está pasando aquí? —insistió.

—Nada —dijo Tom mientras se vestía. Jennifer se había escondido detrás de unos arbustos—. ¿Estás lo bastante sobrio para escuchar una cosa importante que tengo que decirte?

—Creo que sí.

Tom se acercó a su hermano.

—Jennifer y yo nos marchamos juntos. Nos vamos de Sunnyside.

—¡¿Qué?!

—Es la única solución. Es lo que ella quiere, y no voy a dejarla sola.

—¿Y qué voy a decirle yo a padre?

—La verdad. Pero no lo hagas hasta mañana por la mañana. Para entonces estaremos muy lejos. Podemos colarnos en el tren que va hacia el oeste y luego seguir hasta California.

—¡Eso está en la otra punta del país!

—Lo sé. Dime sólo si me has entendido.

Jay no sabía qué responder. Tom lo miraba con un gesto extremadamente grave, que no se relajó ni después de que Jay por fin asintiera.

—Cuando le digas a Frank que nos hemos ido, dile también otra cosa: gracias y lo siento. ¿De acuerdo?

Jay volvió a decir que sí con la cabeza, atónito. Hasta la borrachera parecía estar remitiendo. Aquello era demasiado para poder digerirlo tan deprisa.

—Y despídeme también de Beth y de Fiona —siguió Tom—. Algún día volveremos a vernos. Te lo prometo.

Los pensamientos de Jay tomaron de pronto otro sendero. Le asaltó de nuevo la imagen de Jennifer y Tom desnudos sobre la hierba. Inspiró aire y le hizo a su hermano una pregunta cuya respuesta le rompió el corazón:

—Tú y Jennifer… ¿habéis hecho el amor?

—Sí.

Frank Carter abrió la puerta de su dormitorio sobresaltado por los golpes. Era Jay, que voceaba como enloquecido. Beth también se había despertado. Estaba en medio del pasillo con aire de espanto.

—¡Padre, Tom se ha fugado con Jennifer! —dijo el chico atropellándose.

—¿Cómo que se ha fugado?

—¡Sí, padre, se han ido en el tren!

Aquello no parecía tener sentido. Pero Frank no tardó en encontrárselo.

—¿Le ha pasado algo a Jennifer, hijo?

Sabía que el padre de la chica era un borracho y un malnacido, que nunca pisaba la iglesia y solía meterse en líos y pendencias.

—Su padre le pegó otra vez ayer. Por eso se ha fugado con Tom.

Con quince años, el amor es tan fuerte como una catarata. Aunque sólo dure unos días, parece más sólido que una montaña. A Frank se le pasó la congoja. Creía que había ocurrido algo malo de verdad. Eso no hizo, sin embargo, que se tomara el asunto a la ligera. Había que encontrarlos, a él y a Jennifer, volver a traerlos a casa y buscar una solución para el problema de la chica con su padre. Cada cosa a su tiempo. Lo mejor que podía hacer ahora mismo era avisar al sheriff Donovan.

Beth se quedó en casa con Fiona. En pocos minutos, Frank y Jay estaban frente a la casa del adormilado sheriff, que les abrió la puerta aún vestido con su viejo pijama de una pieza. Frank le puso enseguida en antecedentes. A Donovan no pareció sorprenderle demasiado la noticia. Sobre todo por Jennifer. Desde su llegada a Sunnyside, Isaiah Sprintze se había ido metiendo en un nuevo problema antes de conseguir zafarse del anterior.

—Habrá que telegrafiar a los sheriffs de las localidades por las que pasa el tren —sentenció Donovan—. ¿Cuándo se fueron? —preguntó a Jay.

—Hace dos horas.

—Son las cuatro y media de la madrugada —dijo el sheriff, consultando su reloj—. Si han tomado el mercancías que pasa a medianoche, y que siempre se retrasa, eso quiere decir que han podido recorrer poco más de cien kilómetros. ¿Sabes en qué dirección iban, muchacho?

—Hacia el oeste.

—¿Habías estado con otro chico antes? —le preguntó Tom a Jennifer.

Los dos se hallaban acurrucados en la esquina de un vagón que transportaba ovejas. Los pobres animales los miraban con recelo desde el lado opuesto.

—Claro que no.

—Yo tampoco.

Jennifer sonrió.

—Con una chica, quiero decir —aclaró él—. No me lo imaginaba así, la verdad.

—¿A qué te refieres? ¿Es que no te ha gustado? —dijo Jennifer, aunque sabía que sí. A ella le había parecido lo más próximo a ser feliz.

—¡Cómo no iba a gustarme! —exclamó Tom de un modo un tanto bobo. Vio que Jennifer se reía por lo bajo y añadió—: Bueno, no ha estado del todo mal.

—Supongo que no.

Ambos rieron. Se besaron, abrazados, y olvidaron por un momento su huida. Y todo lo que significaba.

El vagón olía a orines y excrementos. Por suerte, las ovejas no eran animales hostiles. Dejaron un espacio a sus fortuitos acompañantes, manteniéndose a cierta distancia. La suficiente para que Tom y Jennifer pudieran respirar.

—¿Qué haremos cuando estemos en California? —dijo ella—. Tendremos que ganarnos la vida.

—Yo buscaré un empleo en algún lado. Soy fuerte y no me da miedo el trabajo duro. Sé trabajar con la madera. Me enseñó Max Sorensen.

—¿Y yo?

—Tú te quedarás en casa, cuidando de los niños.

Jennifer no captó al instante que Tom sólo bromeaba. Estuvo a punto de replicar, pero se dio cuenta y le siguió el juego:

—Eso, y tú serás mi hombre y cuidarás de mí. ¿Cuántos hijos vamos a tener?

—Por lo menos diez.

—¡Eh, que tengo que parirlos yo!

—Bueno, pues cuatro. ¿Te parece bien?

—No sé. Ya lo pensaremos.

Se rieron de nuevo y volvieron a besarse. Aquellos minutos, aquellas horas, aquel breve tiempo, juntos en el tren, fue perfecto.

—Carter, ya he enviado los cablegramas —anunció el sheriff Donovan.

Frank y Jay lo esperaban en su oficina, con una taza de café. El sheriff se sirvió un café él mismo y se sentó.

—Gracias —dijo Frank.

—Sólo tenemos que esperar. En cuanto el tren se detenga, los encontrarán y nos enviarán un aviso. No creo que haya que preocuparse demasiado.

Pero sí había motivo de preocupación. El padre de Jennifer estaba a punto de llegar. Había ido a avisarle uno de los ayudantes del sheriff, mientras éste despertaba al encargado de la oficina de telégrafos. Un gruñido fuera anunció la entrada del hombre. Sus ojos estaban enrojecidos y se le veía muy pálido. Lo que podría confundirse con señales de inquietud, no eran más que efectos de la resaca por la borrachera de esa noche.

—¡Como ese chico suyo le haya hecho algo malo a mi hija…! —vociferó, mirando a Frank.

Éste se levantó y le plantó cara. Jay nunca había visto a su padre actuar así. Frank era un hombre pacífico y comedido.

—¡Cierra tu sucia boca! El único que ha hecho algo malo a esa pobre chica eres tú. Tú tienes la culpa de todo esto, por tratarla tan mal y por pegarle sin motivo.

—¿Eso le ha contado ella? —dijo Isaiah en un tono mucho menos hostil, aunque lleno de rencor.

Las palabras y la actitud de Frank le habían intimidado. Éste le dedicó una mirada de desprecio y no dijo nada más. Sólo le restaba volver a sentarse y esperar alguna noticia.

El tren se detuvo en la estación de Beech Creek, en el condado de Clinton. Aún era de noche. Tom y Jennifer se habían quedado dormidos en su rincón. Ni siquiera se dieron cuenta de que estaban parados. Los despertó bruscamente el ruido de la puerta corredera del vagón. Alguien entró en él con un candil encendido y no tardó en

descubrirlos en su escondrijo.

—¡Están aquí! —gritó el hombre hacia fuera.

En pocos instantes apareció el sheriff de Beech Creek, jadeando. Era un hombre grueso y mayor.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —les dijo con rudeza—. Vuestros padres están muy preocupados. ¿Cómo se os ocurre escaparos de casa?

Tal y como el viejo sheriff pintaba la situación, parecía que Tom y Jennifer no eran más que unos jovenzuelos alocados en busca de aventuras. Y ojalá fuera cierto.

El ayudante que los había encontrado recibió el encargo de acompañarlos y custodiarlos hasta Sunnyside, de vuelta en el siguiente tren. Tuvieron que esperar una hora en la estación, derrotados y en completo silencio. El breve sueño había terminado. Se había roto como una taza de loza contra el suelo.

Cuando llegaron al pueblo, Frank, Jay, Isaiah y el sheriff Donovan estaban aguardándolos. Todos tenían una expresión seria en el rostro. A Jay se le notaba, además, avergonzado. Retiró la mirada cuando Tom le dirigió la suya, inquisitiva y dura. Que los hubieran encontrado tan pronto sólo podía significar que él los había delatado. Tom tenía derecho a estar realmente furioso. Pero lo que sentía sobre todo era tristeza. Tristeza por él y por Jennifer, por lo que habría podido ser y acababan de robarles.

—Ven aquí, hijo —dijo Frank a Tom.

No parecía enfadado, aunque lo estaba y mucho. No tanto con el chico como con el padre de Jennifer.

Tom no quería separarse de ella. Frank tuvo que ir hacia él y llevárselo agarrado del brazo.

—Vamos a casa. Mañana hablaremos.

Isaiah abrió la boca por primera vez desde que llegaron. Lo hizo para amenazar a su hija.

—Tú también tendrás una charla mañana, pero con mi cinturón.

Al oír eso, Tom se soltó de Frank y corrió hacia Isaiah con un brazo en alto y el puño apretado.

—¡Hijo de perra! —le gritó.

A duras penas, el sheriff Donovan logró detenerle antes de que se abalanzara con toda su furia sobre Isaiah.

—Será mejor que se marche con su hija —le dijo a éste el sheriff.

Tom seguía gritando y tratando de zafarse.

—¡Como vuelva a tocarla, juro que le mataré!

Aún seguía gritando cuando Frank, casi a rastras, consiguió hacer que subiera al carro. Se marcharon de allí viendo alejarse a Jennifer y

al monstruo en que su padre se había convertido.

Tom nunca perdonó a Jay por lo que hizo esa noche. Su traición quedó grabada en él, como un rescoldo encendido en un rincón de su corazón. Cada vez más pequeño, pero que ya nunca llegaría a apagarse por completo. Y tampoco Jay perdonó a Tom por lo que hizo con Jennifer en el lago.

5

Siempre vuelve a amanecer. Con independencia de los sentimientos de los seres humanos que pueblan la tierra. Aunque ninguno viviera para verlo, el sol seguiría saliendo por el horizonte y elevándose en el cielo, con su cadencia regular y abrasadoramente gélida, hasta declinar y desaparecer en el ocaso para regresar de nuevo al día siguiente en su imperturbable viaje.

Tom y Jennifer tuvieron que dejar de verse. A ella se lo prohibió su padre, y Frank recomendó al chico que tuviera paciencia. Aunque, a esa edad, la paciencia no es ni siquiera el atisbo de una virtud. Lo único que retrasó su encuentro fue el encierro al que el padre de Jennifer forzó a su hija. Hasta que la liberó de él. Y no por buena voluntad, sino porque estaba harto de ocuparse por sí mismo de hacer las compras y los otros recados de los que ella solía encargarse.

Por su parte, Tom había empezado a trabajar con un horario en la carpintería del gigantón Max Sorensen. Frank estaba dispuesto a seguir manteniéndolo ocupado, con la esperanza de que eso lo alejaría de más problemas. Pensaba, además, que le agradaría ganar su propio dinero y, con un poco de suerte, el empleo quizá le ayudara a olvidar y a aplacar sus emociones. En última instancia, aquélla había sido una manera de mostrarle a su hijo adoptivo que iba a seguir tratándolo como a un hombre, por mucho que la idea de escapar en un tren hubiera sido infantil. También era una forma de respetar el amor que Tom sentía hacia Jennifer. Eran aún muy jóvenes, y tenían mucho que madurar y que vivir, pero eso no hacía menos verdaderos sus sentimientos.

—Espero no volver a defraudarle —había dicho Tom, después de recibir la reprimenda de Frank.

Éste sacudió la cabeza y suspiró con una media sonrisa.

—Lo harás. No lo dudes. Es ley de vida.

Eso fue lo que dijo. Pero sus pensamientos eran otros. Tom no le había defraudado. Le había dado un buen susto, le había puesto en una situación incómoda con Sprintze y se había comportado como un inconsciente. Pero ¿defraudarle? No, eso no. Lo que hizo fue muy valiente.

Trabajando en la carpintería, Tom se había encontrado ya en un par de ocasiones con el padre de Jennifer, pero nunca se dirigió a él. Tampoco Isaiah, que se limitaba a mostrarle un gesto torcido y darle

luego la espalda. Siempre era el propio Sorensen quien lo atendía. Estaba al tanto de lo sucedido y prefería no arriesgarse a una discusión o algo peor. A muchos de los otros clientes sí los atendía Tom, con la supervisión del dueño o él solo, cuando no se trataba de encargos muy complejos o especiales. Era un chico despierto, que aprendía rápido y trabajaba bien, de modo que su patrón empezó a dejarle fabricar algunos muebles o cortar traviesas, sin intervenir más que para comprobar el resultado final.

Aquella mañana, Sorensen había salido a entregar un pedido. Tom estaba solo en la carpintería, engomando las tablas de una cómoda antes de clavarlas. La campanilla de la entrada le hizo levantar la vista. Los clavos que tenía en la boca se le cayeron al suelo cuando vio a Jennifer en la puerta. El sol que entraba le deslumbró, pero reconoció su figura recortada en el umbral. Ella se acercó hasta el mostrador que había delante del taller. Tom dejó lo que estaba haciendo y fue a su encuentro.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Se limitaron a lanzarse uno en los brazos del otro y se mantuvieron así, con los ojos cerrados, hasta que Jennifer separó un poco la cabeza y susurró a Tom al oído:

—Esta noche en el lago.

Después se marchó como había venido: rápidamente y con sigilo. Tom quiso ir tras ella pero, por una vez, se dejó guiar por el sentido común. Aunque no fue capaz de volver a concentrarse en el trabajo. Se puso a hacer cosas sin sentido, hasta que un frasco de barniz se le escurrió de las manos justo cuando Sorensen regresaba de la entrega.

—¡Chico! —gritó al escuchar el ruido del cristal rompiéndose.

Se aproximó a toda prisa y arrugó el rostro como un castor royendo el tronco de un árbol.

—¡Uf! ¡Qué pestazo, muchacho! Hay que limpiarlo cuanto antes o nos asfixiaremos aquí dentro.

—Sí, señor —aceptó Tom, sin prestarle más atención que a los otros frascos de barniz, como el que estaba ahora desparramado en el suelo.

Sorensen cogió un bote de disolvente y Tom fue en busca de un cubo y un cepillo. Mientras lo hacía, le dio por unir en su mente dos pensamientos que quizá guardaran poca relación, pero que a él, de pronto, se le antojaron muy unidos. Frank Carter le había recogido de las calles y él sólo le había correspondido con disgustos. Ahora se disponía a darle otro, yendo a ver a Jennifer a escondidas, en medio de la noche. Porque de eso estaba seguro: no iba a poder evitar encontrarse de nuevo con ella en el lago donde hicieron el amor,

donde comprendió que la vida no vale nada si se está solo.

Tom se sentía como los platos de la báscula de la carpintería, siempre en busca del equilibrio entre lo que hacía y lo que debía hacer. Por eso se prometió a sí mismo marcharse para siempre si algo se torcía. Nunca más se permitiría hacer daño al hombre que, sin esperar nada a cambio, se lo había dado todo.

Esa tarde, en la granja, Tom estuvo muy callado durante la cena. Aunque no más silencioso que últimamente, porque seguía sin haber hecho las paces con Jay. Sólo Beth hablaba, ajena a la herida abierta entre sus hermanos. Estuvo explicando sus avances en el conocimiento del solfeo, y cómo la maestra le estaba enseñando también los rudimentos del canto.

—¿Qué tal te ha ido hoy en la carpintería, Tom? —dijo Frank aprovechando un respiro en el animado parloteo de Beth.

—¿Eh…? Bien.

Frank se había dado cuenta de que Tom estaba sumido en sus pensamientos. El chico no era el mismo desde su intento de fuga en el tren. Si Jay no le hubiera avisado entonces, quizá Tom estaría ahora muy lejos de allí, viviendo otra vez como cuando lo encontró en las calles de Filadelfia.

—Sorensen me ha dicho que trabajas bien y que está satisfecho y contento contigo.

—Es un buen jefe —contestó Tom con el mismo aire distraído.

A Frank le pareció que debía de haberle pasado alguna cosa; o peor, que estaba tramando algo. Es imposible controlar a un adolescente cuando una idea se le mete en la cabeza. Y menos a uno tan resuelto como él. Jay era más tranquilo y obediente. Pero con Tom siempre parecía que era necesario arrancarle una promesa, convencerle de las cosas, darle la opción de que él mismo aceptara cumplir lo que se le mandara, aunque fuera por su bien.

—Hoy he estado en el banco de Gordon Williams —dijo Frank, cambiando de tema y de estrategia.

Jay levantó la mirada de su plato y la dirigió hacia su padre con gesto de extrañeza.

—¿No fue ya a verle el mes pasado?

—Así es. Tengo que deciros algo.

Frank esperó unos segundos para captar la atención de todos, incluso la de Tom. Ya no tenía otro remedio que compartir con sus hijos la situación económica por la que atravesaba la familia.

—Sabéis que la última cosecha no fue buena, y los precios de las

semillas han subido mucho. La caja con los ahorros de esta familia ha mermado en este último año más de lo que quisiera. He tenido que negociar con Williams un nuevo crédito. Pero los intereses que habrá que pagar no son pequeños, y no sé si podré afrontarlos si todo sigue igual… Bueno, ésta es nuestra situación, y quería que lo supierais.

Los ojos de Beth se abrieron como los huevos cocidos que estaban en un bol frente a ella. Con su candidez habitual, aunque no exenta de angustia, preguntó:

—¡¿Es que vamos a ser pobres?!

—No, hija. No hay que preocuparse… —Todavía no, pensó Frank —. Aunque tendremos que economizar y evitar gastos innecesarios. Todos tendremos que poner de nuestra parte para salir adelante.

Esa última frase estaba dirigida principalmente a Tom. Comprender que su familia lo necesitaba, quizá podría hacerle disipar las nubes de su mente y los turbios pensamientos que pudieran estar ocultos tras ellas.

—Trabajaré el día completo en la carpintería —dijo él de pronto.

Las palabras de Frank habían tenido su efecto. Sonrió y asintió. A pesar de los disgustos y su indómito carácter, Tom era un excelente muchacho.

—Yo también trabajaré más en el taller —dijo Jay, sin que fuera una reacción envidiosa al ofrecimiento de Tom.

Beth miró a ambos como con impotencia. Fue a decir algo, pero se mordió los labios. ¿Qué podía hacer ella para ayudar a la familia? Por fin se le ocurrió. Habló en voz baja, para que Fiona no pudiera oírla desde la cocina.

—Yo haré la comida y limpiaré la casa —dijo muy seria, como si fuera una mujer en lugar de una niña—. Puedes descontárselo a Fiona de su salario.

Frank levantó los brazos con las palmas de las manos extendidas.

—Hija, Fiona ha estado con nosotros desde antes de que tú nacieras. No me parece justo lo que has dicho.

—Lo siento —masculló la niña, avergonzada.

—Ya sé que lo has dicho sin pensar. No hace falta que hagas nada salvo evitar los gastos que no sean realmente necesarios. Sólo eso. ¿De acuerdo? —Beth asintió y siguió mirando hacia su plato—. Este año espero que las cosas vayan mejor, podamos devolver el crédito y todo vuelva a ser como siempre. Esta familia saldrá adelante si se mantiene unida.

«Esta familia saldrá adelante si se mantiene unida. Saldrá adelante si

se mantiene unida…»

Las palabras de Frank resonaban en la cabeza de Tom cuando saltó por la ventana de su cuarto, sigilosamente, para dejar la granja y acudir al lago. Sólo desaparecieron por completo cuando llegó y vio a Jennifer, que ya estaba allí esperándolo. Bajo la luz límpida de la luna, en esa noche despejada y aún tórrida, le pareció más hermosa que nunca. Bajo sus ropas poco femeninas había un cuerpo de mujer que él conocía, y del que no había olvidado, por un solo instante, ni el más secreto de sus rincones.

Tom fue hacia ella, que estaba apoyada junto al árbol bajo cuyas ramas solían tumbarse. Desde allí, en la suave ladera, el lago parecía infinito. El murmullo de las aguas y la brisa hacían que la oscuridad protectora y el silencio congelaran el tiempo. Jennifer se quedó quieta mientras Tom la abrazaba, pero apartó la cara cuando él intentó besarla. Sus ojos estaban trémulos y brillantes.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Tom.

Ella se giró hacia el lago. Hacia su lago. No dijo nada, pero Tom vio su perfil recortado a la luz plateada de la luna y supo que algo no marchaba bien.

—¿No te habrá pegado otra vez?

—No, Tom —dijo por fin Jennifer—. No me ha pegado desde que nos escapamos. Ni siquiera aquel día.

—Entonces… ¿Vas a decirme qué te pasa?

—Sabes que te quiero.

—Y yo a ti —se apresuró a decir Tom.

—Ya lo sé. Pero lo nuestro tiene que acabar.

Desde aquella noche en que hicieron el amor, Tom no había pasado un segundo sin pensar en Jennifer. Aquello que dijo tenía que ser un error. Debía de haber oído mal.

—Jennifer, yo…

—Te quiero de verdad, Tom. No tiene nada que ver contigo.

—No comprendo… ¡Vayámonos juntos de nuevo! Hoy mismo. Esta misma noche. Esta vez no nos cogerán, te lo prometo.

Tom sentía dentro de sí una terrible angustia. ¿Era cierto que estaba a punto de perderla? Prefería morir a eso. Jennifer no desvió su mirada del lago.

—Aquella noche, cuando nos encontraron en el tren y nos trajeron al pueblo —empezó a decir muy despacio—, mi padre estaba como loco de furia. Creí que me daría una paliza. La mayor de mi vida. Pero no lo hizo. Cuando llegamos a casa se sentó en los escalones del porche y se puso a llorar. Llevaba una petaca con whisky entre su ropa. Abrió el tapón y la vació en el suelo. Nunca le había visto así.

Dijo que echaba de menos a mi madre y que yo le recordaba tanto a ella que le dolía mirarme a la cara. Por eso me pegaba. Me prometió que no volvería a hacerlo. Y no lo ha hecho. Lo vi tan destrozado, Tom…

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

La pregunta de Tom sonó dura e insensible, aunque no era ésa su intención. Jennifer lo miró como sólo se mira a alguien a quien se ama.

—Tengo que estar con él y ayudarle a cambiar. No es malo, Tom. Es el whisky.

—Tú sueñas, Jennifer.

—Puede. Pero no voy a abandonarle. Espero que lo entiendas.

—Lo que yo entiendo es que no sabes lo que quieres —dijo Tom, ahora enfadado—. ¿Ya no te acuerdas de lo que pasó?

—Sí. Claro que me acuerdo. Y nunca lo olvidaré. Quizá algún día…

Frente a ella, Tom se sintió vacío. Tuvo la sensación de que ya nunca volvería a amar como la amaba a ella. Pero asintió y le acarició con la mano una mejilla y los labios.

—Adiós, Jennifer.

Ella no comprendió el alcance de su despedida.

—No te enfades conmigo, por favor —le dijo.

—Es tarde. Si quieres te acompaño a casa. Mañana tengo muchas cosas que hacer.

Antes de que Jennifer pudiera contestar, una voz resonó a su espalda. Era Isaiah, que se había dado cuenta de que su hija no estaba en la cama e imaginó acertadamente adónde podía haber ido.

—¡Apártate de ella! —gritó a Tom.

Fue Jennifer la que se separó.

—¡Padre! —exclamó asustada.

Isaiah caminaba con paso decidido hacia el chico. Por una vez no parecía ebrio. Tom no retrocedió ni un paso. Se quedó donde estaba hasta que Isaiah lo alcanzó y lo tumbó de un puñetazo en la boca del estómago. Un viejo truco de borracho cobarde.

Tom se dobló sobre sí mismo y cayó de rodillas al suelo. Aún resoplando, se preparó para responder y darle a Isaiah su merecido. Pero tomó una decisión y desistió. Haría caso a Jennifer. Desaparecería de su vida. Se levantó, con los brazos cruzados sobre la barriga, y se marchó sin decir una palabra.

—¡No vuelvas a acercarte a mi hija, huérfano bastardo!

El insulto y la ofensa atravesaron los oídos de Tom. Sólo quedó dentro de su mente la primera parte. No, no volvería a acercarse a Jennifer. Eso era justo lo que Tom iba a hacer: no volver a acercarse a

ella.

A la mañana siguiente, Tom esperó a que Frank se levantara. Estuvo todo el resto de la noche sentado en el piso de abajo, dándole vueltas una y otra vez a lo que le iba a decir. Quería utilizar las palabras adecuadas, y le costó mucho encontrarlas.

—Buenos días, hijo —dijo Frank al verlo—. Te has levantado pronto hoy.

Apenas había amanecido. Frank era muy madrugador. Le gustaba tener la sensación de que aprovechaba cada uno de los días que el Señor regala a sus criaturas.

—¿Puedo hablar con usted?

—Claro, Tom.

—¿En su despacho?

Ambos cruzaron el salón y entraron en la pequeña estancia. Tom cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué quieres decirme, hijo?

El muchacho vaciló. Todo lo que había planeado decir se dispersó frente a la realidad de estar delante de Frank. El hombre que lo había acogido y tratado como a un verdadero hijo lo miraba con expectación.

—Ayer dijo que tenía dificultades —habló Tom por fin—. Yo no voy a ser más una carga. Bastante me ha dado ya. Cariño, educación, una familia… Además, le he desobedecido otra vez. Anoche estuve con Jennifer.

A Frank no le sorprendió la revelación.

—Lo sé, hijo. Entré en tu cuarto de madrugada y vi tu cama vacía. Supuse que habrías ido al lago. Es guapa esa chica, ¿verdad?

—Usted no lo comprende.

El gesto de Frank se hizo más dulce. Pensó en su querida señorita Rachel antes de hablar de nuevo.

—Claro que lo comprendo. ¿Acaso no soy también un hombre? Sé que, cuando uno se enamora, todo lo demás carece de sentido. Hace dos días eras feliz jugando por ahí, escalando árboles o correteando por los prados. Y ahora, de repente, se te han abierto los ojos… A tu edad te parece que eso es muy especial, y lo es, pero no porque sea distinto de lo que todos hemos sentido. Así es la vida. Todo el dolor y el sufrimiento lo compensa el amor por una mujer. Sus ojos, sus gestos, el olor de su pelo, la suavidad y el calor de su piel… El amor mueve el mundo, hijo. Hasta el más malvado de los hombres haría cualquier cosa por el amor de una mujer.

Era la primera vez que Tom le oía a Frank hablar de una manera tan apasionada. Al igual que él, era el tipo de hombre que prefiere actuar a hablar. Como todos los que lo son de verdad.

Tom suspiró. Ya no había vuelta atrás.

—Me voy de aquí. De la granja. De Sunnyside. Vuelvo a Filadelfia. Nunca debí salir de allí.

Frank se levantó bruscamente de su silla.

—¡¿Te has vuelto loco?! No sé qué ha pasado entre tú y esa muchacha, pero no voy a permitir que te vayas. Tendrás que aceptar mi autoridad. Eres mi hijo y vas a obedecerme.

—Usted no es realmente mi padre.

Frank no esperaba que Tom pudiera decirle algo así. Y éste jamás se perdonaría haberlo hecho.

Frank se dejó caer de nuevo en la silla, como un muñeco roto.

—No. Es verdad. No soy tu padre.

—Algún día le pagaré lo que ha hecho por mí —aseguró Tom, en tono de promesa.

Luego se dio la vuelta y salió del despacho. Frank simplemente se quedó allí, sentado en la silla con los brazos caídos. Sabía que Tom no hablaba en vano, y que no había nada que pudiera hacer para impedir que se marchara. Todo tiene un principio y un final. Todo acaba. Como las historias que se narran en los libros.

6

Las calles de Filadelfia apenas habían cambiado desde que Tom las dejara cinco años atrás. Tampoco aquella tienda de violines que siempre le había acicateado la imaginación y transportado a lugares mejores. Estaba en la calle Locust. Recordaba haber escuchado una vez salir de ella el sonido de un piano —no de un violín, curiosamente —. Nunca supo qué era lo que estaban tocando, pero le hizo sentir algo parecido a lo que sentía por Jennifer.

Estuvo frente a la tienda un buen rato. Pensando en ella. Y en la que fue su familia. Incluso en Jay. Beth lloró desconsoladamente al enterarse de que Tom se marchaba. Jay se limitó a despedirse de él con un apretón de manos. Si no le hubiera traicionado aquella noche, la vida de Tom sería ahora distinta… Pero éste intentaba no guardarle rencor. Recordaba cómo lo había aceptado nada más llegar a la granja. Nunca sintió celos ni quiso ser más que él delante de su padre. No, no debía guardarle rencor por amar a la misma mujer. Porque ésa era la razón de que le hubiera traicionado. A Tom le había costado darse cuenta, pero por fin lo entendía. Aunque todo eso era ya agua pasada.

Un joven espigado y con el pelo revuelto salió de la tienda de violines. Llevaba en la mano un estuche negro, con forma alargada. Probablemente era un músico de la orquesta de Filadelfia. Tom lo miró con sana envidia. No parecía haber ninguna razón para que aquel joven fuera violinista, y él, un simple vagabundo. Sólo era así.

Tom tenía unos pocos dólares en el bolsillo. Se había negado a aceptar el dinero que Frank, en el último momento, había intentado darle. Caminó entre los hermosos edificios de noble arquitectura colonial, en dirección al sudoeste. A partir de la calle Pine, el aspecto de las construcciones cambiaba radicalmente. Del lujo se pasaba, casi sin transición, a la pobreza. La frontera era muy estrecha. Como la que separaba la felicidad de la desdicha.

Esa zona del río seguía siendo un lugar apartado del desarrollo social. El puente que conectaba el centro de la ciudad con el barrio universitario no había dejado de ser el refugio de muchos desheredados. Cada uno tenía su pequeña parcela de miseria. La que ocupó Tom de niño continuaba libre. Debía de ser demasiado miserable incluso para los miserables, pensó. Iba a intentar buscarse un empleo, pero, por el momento, volvería a instalarse en aquel lugar

mugriento del que un milagro le arrancó. Él no era entonces el único niño abandonado en las calles. Ni el único que robaba carteras. Sólo un milagro pudo ser responsable de que se la intentara robar precisamente a Frank Carter y que éste, en lugar de hacer que lo enviaran de vuelta al hospicio, lo acogiera como a un hijo. Un bonito sueño que había durado hasta ahora. Tom volvía a estar en el sitio inmundo del que nunca debió salir. Así lo quería la justa injusticia de la vida real.

Estaba retirando algunos trastos del agujero bajo el puente cuando un hombre mayor, ataviado con ropas raídas, habló a su espalda.

—¿Me das una moneda?

Tom se volvió y lo miró. Tenía la boca desdentada. Una barba llena de canas le caía sobre la pechera de una camisa que algún día debió de ser blanca.

—No tengo dinero —dijo, y continuó quitando porquería.

Ahora sabía que estaba solo. De verdad. Y cuando uno está solo, nadie más que uno mismo importa. Pero el mendigo insistió.

—Un muchacho tan bien vestido debe tener algo en el bolsillo. Vamos, hermanito, sólo una moneda.

—Muy bien —dijo Tom, arrastrando las palabras en medio de un suspiro.

Todo su capital se reducía a unos quince dólares. ¿Qué más le daba que se convirtieran en catorce? Y aquel viejo parecía necesitarlo más que él. Tom metió la mano en un bolsillo de sus pantalones bajo su atenta y ávida mirada. Sin comprobar cuántas monedas tomó en su puño, se acercó al mendigo y las dejó caer entre sus manos encallecidas.

—Dios te bendiga, chico —dijo el anciano, que sí contó las monedas y añadió entre exclamaciones—: ¡Cinco pavos! ¡Nada menos que cinco pavos!

A Tom ya sólo le quedaban apenas diez para vivir en Filadelfia hasta encontrar alguna ocupación.

—Dios te bendiga —repitió el viejo, y se puso a ayudar a Tom, limpiando de porquerías la zona a su alrededor—. ¿Qué haces por aquí? ¿Estás buscando algo?

—Lo que estoy buscando ya lo he encontrado.

—No irás a instalarte ahí, ¿verdad?

—Exacto.

El viejo volvió a escrutar el atuendo de Tom. No se correspondía con la clase de rateros y pedigüeños que rondaban por aquel lugar.

—¿Te han echado de casa? ¿O es que te has escapado?

—Creo que hace usted demasiadas preguntas. ¿Por qué no se larga

y me deja en paz?

El tono de voz de Tom era menos seco que sus palabras. Por eso, y porque el mendigo estaba más que acostumbrado a que lo maltrataran, no le hizo el menor caso. Siguió allí junto a él, aunque en silencio. En media hora, el hueco quedó despejado. Luego Tom recogió algunas maderas y pedazos de metal y formó una especie de cubil.

—Ha quedado muy bonito —dijo el anciano a su lado, sonriendo con su boca sin dientes.

—Sí, precioso… —masculló Tom.

Ya que tenía que aguantar al viejo, decidió ver si al menos le servía de alguna utilidad.

—¿No sabrá dónde puedo encontrar trabajo?

—Si yo quisiera encontrar trabajo —estaba claro que no era así—, preguntaría en los muelles. Allí siempre hace falta un buen par de brazos. Pero hay demasiados. Prueba suerte.

—Eso haré.

El puerto de Filadelfia se hallaba al sur de la ciudad, con sus muelles bordeando la especie de península que forma la unión de los ríos Delaware y Schuylkill. Tom fue directamente a una de las oficinas del puerto. Ese día no había trabajo para él, pero le dijeron que quizá lo tuvieran al siguiente. Allí no había contrataciones. Los estibadores tenían que esperar delante de la verja de los muelles cada mañana, muy temprano, y entonces los jefes decidían sobre la marcha a quién coger y la cantidad de hombres necesarios, según las mercancías que hubieran llegado o hiciera falta cargar. Muchos entraban a trabajar y se dejaban la espalda y los brazos por un dólar la hora, pero otros tantos tenían que marcharse con las manos vacías. Sobre todo los débiles, los viejos y los enfermos.

Tom era fuerte, joven y sano. Sería de los primeros en entrar a los muelles, esperaba él; aunque siempre detrás del grupo de estibadores antiguos, que se cubrían unos a otros. Gente dura y ruda, con familias que alimentar y que no podía actuar de otro modo. Ese grupo era el que dirigía la masa de trabajadores. En alguna ocasión hasta se había atrevido a organizarlos para no trabajar y hacer presión para conseguir un aumento de los salarios. Eso había llevado a más de uno a acabar con un balazo sobre el suelo de cemento o en el fondo del muelle.

Tom no pensaba meterse en esa clase de líos. Si conseguía entrar, iría allí todas las mañanas bien pronto y trabajaría duro. Si no, se

marcharía al centro a limpiar zapatos o a buscarse la vida de otro modo. No pretendía más que poder alquilar una habitación decente y pagarse un par de comidas al día. Sin nadie de quien ocuparse, eso le bastaba. Poco a poco podría ir subiendo entre los distintos empleos del puerto. Era listo y trabajador. La mayoría de los otros hombres apenas sabrían sumar y restar, o escribir su nombre.

Esa noche, cuando Tom regresó al puente, el tiempo estaba mucho más fresco. Había llevado la maleta a cuestas durante todo el día. Ahora la dejó en una esquina de su covacha y sacó de ella un jersey. Se lo había tejido Fiona el último invierno. Tenía unas sencillas rayas y era de lana gruesa. Se quitó el que llevaba puesto y lo enrolló a modo de almohada. Luego se acomodó lo mejor que pudo sobre un montón de cartones. Se quedó allí quieto, boca arriba, con la mirada puesta en ningún sitio, hasta que el ruido de unos pasos le hizo incorporarse.

—Muchacho…

Era el mendigo. Tom reconoció su voz áspera, en la oscuridad. No tenía intenciones de hacerle caso y volvió a tumbarse. Pero el viejo se acercó a su chamizo y le dijo:

—Te he visto llegar. ¿Quieres calentarte un poco al fuego? Tengo un bidón encendido aquí cerca.

—No, gracias —dijo Tom, aún tumbado sobre los cartones—. Prefiero dormir un poco.

—Estás cansado, ¿eh? ¿Un día duro? ¿Te dieron trabajo en el puerto?

Con un suspiro, Tom se incorporó y se mantuvo sentado.

—Me han dicho que vuelva mañana.

—Tú júntate con los que manejan el cotarro. Hazme caso. Ésos son los que dan trabajo, y no los que llevan los cuellos almidonados de las oficinas… ¿No tendrás un pitillo?

—No, lo siento. No fumo.

—Ya lo harás. Todos los hombres fumamos, chico. Y todos deberíamos joder, aunque no todos lo hacemos.

El mendigo se rió de un modo extraño, como si fueran toses en lugar de carcajadas. De hecho, terminó tosiendo y dándose golpes en el pecho.

—Vamos, muchacho. Sal de ese agujero y ven a calentarte con el viejo Nathan.

En aquel momento, Tom no habría podido explicar por qué le hizo caso, en lugar de pedirle que lo dejara en paz. Pero lo hizo. Salió de su endeble refugio, quizá porque ya echaba de menos tener alguien a su lado y no estar completamente solo.

Aquella noche, con las luces del fuego y las de la ciudad al fondo, Tom comprobó que el anciano no era un simple mendigo. Fue marino. Recorrió los mares y conoció muchos lugares y gentes. También le contó que una vez tuvo una familia. Dos hijas y una esposa. Pero, un día, una de sus hijas enfermó. Los médicos no sabían qué le ocurría. Estuvo postrada en cama casi dos años, hasta que finalmente murió. Su otra hija se marchó de casa y su mujer se suicidó, arrojándose al río. Desde entonces, todo dejó de importarle.

El viejo reconoció enseguida, entre risitas infantiles, que todo eso sobre su familia era una historia inventada. Solía contársela a los transeúntes para darles lástima y arrancarles unas monedas. En realidad no le ocurrió ninguna tragedia. Simplemente la vida en la sociedad dejó de interesarle, fue alejándose de ella poco a poco —con la ayuda del alcohol—, y acabó en la calle.

—Lo de que fui marino es verdad —dijo con orgullo—. Estuve muchas veces en Europa. En Inglaterra, en Francia y en Holanda. Qué mujeres las francesas, muchacho. Las holandesas son como vacas lecheras, y las inglesas parecen hombres, con bigote y todo. Pero las francesas… Yo estaba prometido, no vayas pensar, pero ya sabes lo que se dice de los marinos: una novia en cada puerto. ¿Y tú? ¿Qué tal con las chicas? ¿Has dejado a alguna por ahí?

—No, en realidad no.

—No me digas que te ha dejado ella a ti… Ajá. He dado en el clavo, ¿eh? A mi edad esas cosas se saben. Se ven en los ojos, muchacho. No quieres contármelo porque aún estás loco por ella, ¿me equivoco?

—Es verdad. Pero ella no me quiere a mí.

—Pues ya encontrarás a otra. El mar está lleno de peces. Eres muy joven. Ya aprenderás que no importa demasiado el pez. Sólo importa tener uno en la mesa. ¡Y en la cama!

Las palabras del viejo Nathan incluso parecían sensatas. Seguro que tenía razones para pensar de ese modo, aunque para Tom no era así ni mucho menos. Jennifer había iluminado su existencia. Y dudaba de que pudiera volver a sentir eso por otra mujer en toda su vida. El mendigo sacudió la cabeza y se rió de nuevo con sus tosidas carcajadas.

—Ya sé lo que estás pensando. Que la chica que dejaste es la única del mundo. Aprenderás con el tiempo que te equivocas. Cuando se tiene el corazón duro como una piedra, como el mío, se dicen cosas como que todas son iguales. Bah, no es cierto, pero tampoco son únicas. Ninguna lo es. Ni nosotros para ellas, chico. Menos aún.

El viejo tenía ahora los ojos brillantes y la boca contraída en una

mueca, acentuada por la ausencia de dentadura.

—No vale la pena hablar de esto —dijo de pronto, y cambió el gesto.

Ambos se quedaron en silencio. Tom pensó en el lago. Y en Jennifer. Las noches eran tan distintas en Filadelfia…

A la mañana siguiente, Tom se despertó con el ruido atronador de la sirena de una barcaza. Se había quedado dormido a la intemperie, junto al fuego, que ya estaba extinguido. El viejo mendigo le había echado un manta por encima. Aunque, más que una manta, parecía una costra verdosa. Estaba húmeda y desprendía un hedor indefinible.

Tom se la quitó de encima y se puso en pie. Nathan roncaba cerca, aovillado en otra manta similar a la que le había puesto a él. Debía de tener un sueño muy pesado si aquel bocinazo no había sido capaz de despertarlo. O puede que estuviera acostumbrado a él. Tom recordó aquellos sonidos del río de cuando era niño. Siempre le sacaban de sus sueños, pero no le molestaban. Le hacían sentirse extrañamente bien.

La madrugada era aún más fresca que la noche. Una ligera brisa traía la humedad del río. Tom se frotó los brazos y el pecho para entrar en calor. No es que hiciera mucho frío, pero se sentía destemplado. De todos modos, se quitó la camisa y bajó al cauce para lavarse un poco. Lo hizo como un gato, sin mojarse más de lo imprescindible. Luego regresó a su covacha y sacó una camisa limpia de la maleta. La otra ya la lavaría cuando volviera esa tarde. La metió dentro de la maleta y comenzó a andar hacia los muelles.

Pero, un poco más adelante, se detuvo y dio media vuelta. Fue hasta donde estaba el viejo, que seguía dormido. Se le arrimó y lo vio toser un par de veces y emitir una especie de gorjeo, todo ello sin despertarse. Tom se podría pasar allí la mañana entera esperando. Le tocó con suavidad en el hombro. Fue apenas un roce, aunque hizo al mendigo despertarse en un sobresalto. Abrió los ojos y se incorporó como un resorte, con una expresión temible.

—¡¿Qué diablos quieres?!

Tom dio un paso atrás. Aquella ferocidad lo sorprendió. No se dio cuenta de que el viejo no le había reconocido. Cuando éste al fin lo hizo, sonrió, volvió a toser y dijo:

—Ah, eres tú, muchacho. Hay muy mala gente por aquí…

—Perdone por haberle despertado.

—Ya es de día, ¿no? Pues hay que levantarse.

En realidad aún no había amanecido del todo, aunque el alba empezaba a despuntar.

—Quería pedirle un favor.

El viejo agitó la cabeza y luego asintió.

—Lo que quieras.

—Sólo que me cuide la maleta. Es todo lo que tengo y no puedo llevarla a cuestas todo el día. Voy a los muelles, a ver si me dan trabajo hoy.

—Claro, chico. Déjala aquí a mi lado. La protegeré con mi vida.

El gesto del mendigo fue muy peculiar. Se tocó el pecho y luego se besó la mano. Un juramento de la calle.

—Gracias. Si me cogen, le traeré algo de comer.

—Por mí no tengas cuidado. Luego iré a un par de sitios donde me dan buenas sobras. Pero, si pudiera ser… algo de picadura de tabaco…

—Picadura de tabaco. De acuerdo. Intentaré no olvidarlo.

Tom dejó la maleta en el suelo y se despidió. Esperaba no arrepentirse de lo que acababa de hacer. Caminó deprisa hacia el puerto. No sabía exactamente a qué hora abrían las puertas, ni tenía reloj. Por fortuna llegó pronto. Había pocos hombres, solos o en pequeños grupos, esperando delante de la verja metálica que daba acceso a los almacenes de los muelles. Uno de ellos tenía una tos aún peor que la del mendigo. Otro estaba tan pálido que parecía un cadáver, aunque llevaba una gorra muy grande para protegerse del sol, que sólo ahora se veía en el horizonte. Ninguno de ellos estaba hablando con nadie. Otros tres, en cambio, charlaban entre ellos de buen humor mientras fumaban un cigarrillo.

Poco a poco empezaron a llegar más hombres, casi todos mayores que Tom. Pero no todos. Algunos parecían casi niños. Le llamó la atención que unos se aproximaran a la verja, mientras que los demás se quedaban un poco más retirados. Él optó por unirse a los primeros. Y entonces comprendió el motivo de la separación.

—¿Quién eres tú, chico? —le dijo un tipo enorme, con la cara muy ancha y acento extranjero.

—Me llamo Tom.

—Veo que eres nuevo. Pues bien, Tom, ponte ahí atrás y espera tu turno igual que los otros.

El hombre no fue muy hosco. Más bien habló como si lo que había dicho fuera lo más normal del mundo. Al menos, de aquel mundo. No parecía recomendable rechistar, de modo que Tom obedeció y se alejó un poco. Se puso al lado del hombre pálido. De cerca su palidez era aún más acentuada. Estaba de un malsano color gris verdoso.

—Nuevo, ¿eh? —le preguntó él también.

Había oído su breve conversación con el gigante. Tom asintió.

—Veo que ya has conocido a Lars.

—Si es ese animal de ahí, creo que sí.

—Oh, no es mal tipo —dijo el hombre—. Sólo cuando se enfada. Creo que le has caído bien. Ni siquiera te ha gritado. Ya verás cómo hoy te coloca para entrar a trabajar. Es uno de los que organizan esto.

—Espero que tengas razón. Por cierto, me llamo Tom. Tom Carter.

—Y yo Lambert Desmoines.

Los dos se dieron un apretón de manos. La de Lambert era cadavérica.

—Que no te engañe mi aspecto —dijo, al ver que Tom torcía el gesto—. No estoy enfermo. Es que soy albino. Hay varios como yo en mi familia, allá en Marsella.

—Ah, eres francés —dijo Tom.

—Muchacho, creo que eres el primero que conozco que sabe que Marsella está en Francia. No eres como todos éstos. ¿Qué te ha pasado? Quiero decir, ¿por qué has acabado aquí?

—Tú tampoco tienes pinta de estibador.

Lambert hizo una mueca jocosa.

—Supongo que todos tenemos una historia, pero cada historia es demasiado larga para estar contándola siempre.

En ese momento, Lars dio un berrido en el que era imposible reconocer una sola palabra. No hacía falta. Era la señal para que todos se colocaran en filas. Los jefes estaban ya al otro lado de la verja con sus carpetas y sus lápices. Uno de ellos abrió el candado que la mantenía cerrada y retiró una gruesa cadena. Junto a ellos había un hombre de mediana edad, trajeado, alto y con sombrero de fieltro. Agitó un brazo para apremiar a los hombres que estaban fuera. Las facciones de su rostro inquietaron a Tom. Eran propias de un bulldog y exhibía una honda cicatriz que le cruzaba una de las mejillas.

—¡Vamos, holgazanes! —gritó—. ¡Hoy hay mucho que hacer!

Lambert sonrió y dio un codazo a Tom.

—Parece que entraremos casi todos. Debe de haber llegado un barco grande durante la noche.

—¿Quién es el del traje?

—Duncan Arthur. Mala yerba. Es uno de los jefes del puerto. Pero no como los de las carpetas. Uno de los jefes de verdad.

A medida que los primeros hombres atravesaban la entrada, se iba anotando el nombre de cada uno en las listas y se le daba una especie de chapa. Los que estaban con Lars entraron todos seguidos. Luego fueron los demás, que eran someramente examinados y se les aceptaba o rechazaba. Lambert entró sin problemas, a pesar de su aire enfermizo. Ya lo conocían y sabían que trabajaba bien. Pero a Tom lo rechazaron. Lambert se percató y dio una voz a Lars, que estaba un

poco más adelante.

—Eh, amigo, el chico viene conmigo.

Lars frunció el ceño, pero enseguida hizo un gesto para que lo dejaran entrar. Aquél era un universo repleto de signos y alianzas, leyes no escritas que constituían las férreas normas de los muelles.

—Gracias, de verdad —dijo Tom al francés.

—Hoy por ti, mañana por mí —sentenció éste—. No me dejes mal, ¿eh? Esto no es precisamente un trabajo para señoritas.

Después de sólo una hora, Tom estaba completamente exhausto. Le dolían los hombros, la parte alta de la columna y los riñones. El mango del gancho de estibador amenazaba con causarle ampollas en la mano, y las mercancías no dejaban de apilarse en el muelle. Unos hombres iban colocando los cajones de madera en las grúas, desde las bodegas de los buques. Otros las apilaban en las camionetas de transporte. Y todo eso lo hacían a base de pura fuerza, clavando sus ganchos en las tablas y levantando los cajones a pulso.

Aunque para todo había una técnica correcta. Lambert mostró a Tom el modo de aprovechar el peso del cuerpo y así ganar impulso y ahorrar energías.

—Si no, dentro de una hora más tendrán que llevarte a rastras hasta la enfermería.

—Qué duro es esto…

—Todo en la vida es duro —bromeó Lambert, que se puso la mano en la entrepierna y añadió—: Aunque hay cosas que es mejor que estén bien duras, ¿no crees?

Tom asintió y le dedicó al francés una sonrisa. Estaba completamente agotado y sudado, aunque no hacía calor.

—Vamos, chico, ánimo. Cada día te costará menos.

Eso esperaba Tom, que notaba un pequeño alivio al mover las cajas tal y como le había explicado Lambert. Aun así, le fue difícil llegar entero a la hora del almuerzo. Ese momento —al mediodía— marcaba el final de la jornada.

Tom se dejó caer junto al muro de uno de los almacenes. A su lado, Lambert también parecía cansado, a pesar toda su experiencia. Pero se mantuvo de pie, con su eterna sonrisa en el mortecino rostro.

—Apuesto a que hoy no has comido nada.

Era cierto. Tom no había probado bocado desde la noche anterior. Aunque estaba tan agotado que el hambre no era suficiente para hacer que se moviera. Tuvo que ser Lambert el que le agarrara de un brazo y tirara de él para ayudarle a levantarse.

—Vamos por la paga. Y luego a comer. Conozco un sitio barato y más o menos limpio. No se puede trabajar así sin alimentarse bien.

Las fuerzas de Tom no alcanzaban siquiera para contradecir al francés. Caminó junto a él, con el cuerpo entumecido, hasta la oficina. Allí devolvieron la chapa, comprobaron sus nombres en la lista y les dieron los seis dólares que habían ganado en sus seis horas de trabajo.

Cuando Tom y Lambert iban a salir de las instalaciones del puerto, se cruzaron con Lars y dos compañeros. El hombretón levantó el puño derecho hacia el francés y dio uno de sus gritos.

—¡Buen trabajo! Mañana habrá más. Hay que levantar América.

Lambert contestó levantando los pulgares de ambas manos. Se notaba que había una buena relación entre ellos. Ninguno había nacido en Estados Unidos, pero aquel país los había aceptado. Al menos, mientras descargaran los buques que llegaban desde medio mundo.

—¿Tienes donde dormir? —preguntó Lambert a Tom poco después.

—Más bien no.

—¿Qué significa eso?

—Que me he hecho un chamizo debajo de un puente del Delaware.

—Mira, chico, tienes que buscarte algo mejor que eso. Cuando venga el frío, lo pasarás mal.

Los recuerdos de Tom afloraron. De niño, el frío invernal le hizo creer muchas veces que moriría congelado. Sobre todo cuando soplaba el gélido viento del norte. Pero no había muerto. A todo se acostumbra uno cuando aprieta la necesidad.

—Sé cuidar de mí mismo —dijo Tom.

—¡Hombre, un tipo orgulloso! —rió Lambert—. Así me gusta. Pero no te irá mal dormir en una cama y poder darte un baño de vez en cuando, ¿no te parece?

—Imagino que sí.

—Encima del restaurante al que vamos… Que mi pobre madre me perdone por llamar así a semejante tugurio… Allí hay también una pensión. No es de lujo, pero es mejor que las calles. La habitación cuesta un par de pavos al día, con el desayuno incluido. Tres, con comida y cena. Puedes negociar veinte pavos a la semana.

—Si me siguen cogiendo en el puerto…

—Lo harán. Quizá no todos los días, pero sí como para que te saques los veinte pavos que necesitas. Hazme caso, muchacho. Te lo digo por experiencia.

—¿Tú has vivido en las calles?

—En Nueva York. Fue al poco de llegar a este bendito país. —El tono de Lambert fue algo irónico—. Hasta que decidí venir a Filadelfia

y evitar la crudeza del invierno neoyorquino. En Marsella nunca hace tanto frío, *mon Dieu*. Ah, el Mediterráneo… Sus playas, sus islas… Pero quería ver mundo y me marché.

La divagación de Lambert terminó cuando ambos llegaron al restaurante. El francés tenía razón en que era bastante exagerado llamarlo así. La dueña era una mujer fea y gruesa, con un pecho tan enorme que duplicaba con creces la cabeza de Tom.

—¡Eh, francesito! —voceó alegremente al ver a Lambert, y señaló una mesa al fondo del local—. Ahí tienes sitio para ti y tu compañero.

Al poco, la mujerona les puso —casi les arrojó— dos platos de estofado. Allí no había que tomar nota de la comida: sólo había un plato cada día.

Tras su primera semana completa trabajando en el puerto, Tom había hecho caso a Lambert y alquilado un cuarto en la misma pensión en que él se hospedaba. Sin embargo, de vez en cuando se acercaba al puente en que se había instalado al llegar, para llevarle alguna que otra cosa al viejo Nathan: un poco de comida, ropa o picadura de tabaco, como la que le pidió su primer día de trabajo, cuando le guardó la maleta. Después de un tiempo acabó cogiéndole cariño al veterano mendigo, con sus aventuras de juventud siempre divertidas, por más que se mezclaran en ellas tantas verdades como fantasías.

Pero aquella noche el anciano no estaba en su pequeño rincón bajo el puente. Tampoco había rastro de sus sobadas y sucias pertenencias. Tom recorrió las inmediaciones hasta llegar a un grupo de hombres que se calentaban al fuego de un bidón, como Nathan solía hacerlo. Tom reconoció a uno de ellos, al que no era raro encontrar durmiendo por allí. Creía recordar que su nombre era Phil.

—¿Alguno de vosotros ha visto a Nathan?

No hacía falta dar más pormenores. El viejo llevaba tantos años viviendo en las calles, que no debía de haber un solo mendigo en Filadelfia que no lo conociera.

—Se ha ido —dijo el hombre al que Tom conocía de vista.

—¿Que se ha ido? ¿Adónde?

Los otros mendigos miraron a Tom con indiferencia. Éste se dio cuenta de que uno de ellos tenía puesta encima una de las mantas raídas del viejo y se encaró con él.

—¿Qué haces con esa manta?

Estaba a punto de quitársela por la fuerza cuando Phil volvió a intervenir.

—Déjalo, chico. Nathan ya no la necesita. Está muerto, ¿entiendes?

El ondular de las llamas, iluminando la oscuridad de la noche, hacía que su rostro pareciera fantasmal. Tom nunca había visto a nadie tan cansado. Tan triste.

—¡Se ha ido al cielo! —dijo el mendigo de la manta, y soltó una carcajada—. Se lo llevaron esta mañana. Estaba tieso como un tablón.

—¿Qué le pasó…?

Phil se encogió de hombros.

—Así es la vida, muchacho.

Ésa fue su única explicación. Nathan había muerto durante la noche, sin más. ¿A quién podía importarle cómo o por qué? A sus compañeros de pobreza desde luego que no. Ésos ya no eran capaces de sentir nada por nadie. Nathan simplemente había muerto. Como sale el sol o se pone. Como suben o bajan las mareas.

Tom asintió y le dio las gracias al mendigo por contárselo. Se dio la vuelta y se encaminó de regreso al puente. Se había alejado unos veinte metros de los hombres cuando Phil se le acercó al trote.

—Eh, chico. Eh, espera un poco.

—¿Qué quieres?

El mendigo miró atrás, hacia los otros.

—Yo encontré a Nathan, ¿sabes, chico? No sé si era muy beato, pero tenía agarrado esto como si fuera a salvarle. —Abrió el puño sucio y le mostró una pequeña cruz—. Le habría gustado que tú te la quedaras. Erais amigos, ¿no?

La cruz era pequeña, de toscos brazos cuadrados, y estaba amarilla y mugrienta. Tom extendió una mano para cogerla, pero el mendigo retrajo el brazo y dijo:

—Yo creo que vale por lo menos diez pavos, ¿no te parece?

Escupió en el metal y lo restregó contra sus ropas mugrientas antes de volver a mostrarlo.

—Apuesto a que es de plata.

—Ni siquiera sé si era suya de verdad.

El mendigo volvió a encogerse de hombros. Una persona respetable que hubiera asistido a la escena seguramente habría mostrado un gesto de desprecio. Pero no Tom. Comprendía demasiado bien a los hombres de la calle. Para la mayoría de ellos, la compasión y la generosidad eran un lujo.

—Sólo llevo cinco dólares encima —dijo—. Pero tengo un poco de tabaco y papel de liar.

—Me vale.

Hicieron el intercambio y cada uno siguió su camino. Tom se detuvo un momento frente al rincón donde Nathan solía dormir. Aún estaban allí unos cartones que fueron suyos. Con la cruz en la mano,

pensó en si debía rezar una oración. Dicen que Dios está en todas partes, lo que demuestra que se siente a gusto en lugares inmundos como aquél. Tom no rezó. Ni siquiera quiso seguir pensando en Nathan. Dejó caer la cruz en el suelo, sobre los cartones, y se marchó sin mirar atrás.

7

La marcha de Tom había dejado a Jennifer muy triste, y también preocupada. Sabía que ella era la causa de todo, aunque no estaba segura de si debía sentirse culpable. Lo peor es que no tenía a nadie con quien compartir su inquietud. Desde lo ocurrido con Tom y su padre, había cumplido a rajatabla su prohibición de relacionarse con los miembros de la familia Carter. Pero aquella mañana se encontró con Jay en el taller de Zeb Wilkins. Había ocurrido algo que hacía acuciante hablar con él y aclarar ciertas cosas.

El chico estaba engrasando la cadena y los piñones de una bicicleta y se sorprendió al verla en el taller. Zeb estaba sentado al fondo, poco menos que cubierto de aceite de motor, con unas extrañas piezas en forma de mazas entre sus manos. Fue él el primero en saludar a la chica.

—Hace mucho tiempo que no te veía por aquí, jovencita. Ten cuidado. No vayas a mancharte.

Jennifer asintió y fue hasta Jay.

—¿Tienes un momento? ¿Podemos salir afuera?

—Claro… Zeb, me voy un momento. Vuelvo enseguida.

—Eso espero. Esa maldita bicicleta tiene que estar lista antes de la hora del almuerzo. Se lo he prometido a su dueño. Aunque sería mejor que se comprara otra. Las cosas tienen una duración…

—No hay cuidado. Volveré a tiempo de acabar de arreglarla.

Jay siguió a Jennifer hacia el exterior.

—¿Quieres dar un paseo? —le preguntó a la chica.

—Mejor que no. Por mi padre, ya sabes…

Fueron a la parte de atrás del taller, oculta de las miradas desde la calle. Jennifer no quería arriesgarse a que Isaiah los descubriera y atacara a Jay como había hecho con Tom.

—Dime, Jennifer, ¿qué quieres?

La voz de Jay sonó hosca. Sus sentimientos estaban confusos. Por un lado, creía estar enamorado de ella. Pero, por otro, Tom se había ido por culpa de ambos. Quizá debió pedirle que le perdonara, aunque su corazón se lo había impedido. Frank estaba muy triste, y Beth también, hablando de Tom a todas horas e imaginando lo que estaría haciendo en la gran ciudad.

—¿Estás enfadado conmigo? —dijo la chica.

—No… Bueno, no lo sé. En realidad no sé qué pensar.

—¿Crees que he tenido la culpa de que Tom se haya marchado?

Jay agachó la cabeza y dejó los brazos flojos a ambos lados del cuerpo.

—Qué sé yo…

—Ojalá no hubiera pasado todo aquello. Lo del lago, y todo lo demás… Ahora seguiríamos siendo amigos los tres, igual que siempre. Y Tom no se habría ido. Pero no he venido a verte por eso. Mi padre me ha dicho algo esta mañana…

La mirada expectante de Jay la animó a continuar. Estaba a punto de que se le saltaran las lágrimas.

—Nos vamos de Sunnyside. Mi padre dice que ya no aguanta más. Que la granja apenas da para vivir y que tiene unos familiares en el Oeste que pueden encontrarle allí trabajo. Estoy harta de este lugar. No me entristece irme. Es lo mejor. Lo mejor para Tom.

Su llanto, ahora desbocado, contradecía esas palabras. Jay la abrazó y le acarició la espalda.

—Yo no creo que eso sea lo mejor. Ni que marcharte tenga nada que ver con Tom.

—Sí, sí que tiene que ver —dijo ella, algo más calmada—. Si yo ya no estoy aquí, él no tiene motivo para no volver. ¿No lo entiendes? Se marchó por mí y por mi padre. Antes de irse estuvimos hablando en el lago. Le dije que iba a hacer caso a mi padre, que me necesitaba, y que él y yo no podíamos seguir juntos. No sé por qué lo hice. Pero eso ahora ya da igual.

Jennifer se apretó contra el pecho de Jay. Éste se mantuvo en silencio. Lo habría dado todo por que ese llanto fuera por su causa. Por que esos sentimientos de Jennifer no tuvieran a Tom como destino, sino a él.

—Tranquila —fue lo único que el muchacho pudo decir.

—Estoy bien… Ahora sé que también te hice daño. De veras que lo siento. No puedo cambiarlo, pero no creas que no me importa.

La pelea empezó sin previo aviso. De pronto, dos estibadores arrojaron al suelo sus ganchos y empezaron a darse puñetazos. Tom oyó los gritos y se unió a un corro arremolinado en torno a los dos hombres. Le parecía increíble que semejantes golpes no fueran capaces de noquearlos a la primera. Pero no; los dos tipos eran malas bestias, con brazos tan gruesos como las piernas de Tom.

—Son dos alemanes —dijo Lambert, como si eso lo explicara todo —. Son hermanos, pero siempre están así.

Lo más normal era pensar que aquellos dos hermanos no se

llevaban demasiado bien. Aunque no era el caso. Cualquiera de ellos hubiera dado la vida por el otro. Aquello no tenía nada que ver con sus sentimientos fraternales. El problema radicaba en sus formas de ser tan distintas. Uno se mostraba siempre callado y taciturno, mientras que el otro se pasaba el día parloteando y bromeando. Poco a poco, la válvula de aguante del primero iba alcanzando su máxima capacidad de presión, y era inevitable que estallara.

—*Du Hurensohn*!

—*Genau wie Sie, dumm*!

Tom se giró levemente hacia Lambert, aunque sin perder detalle de la pelea.

—¿Qué están diciendo?

—Cualquiera sabe… A mí, el alemán siempre me suena a insulto.

Igual que empezó, la pelea terminó abruptamente cuando el alemán parlanchín cayó al suelo con la nariz rota y la cara llena de sangre. Su hermano se lanzó hacia él, pero no para rematarle, sino para darle un abrazo y pedirle perdón entre lágrimas. Aquella mole humana estaba acariciando a su hermano como una niña pequeña a su osito de trapo. Algo insólito.

Tom se dio cuenta, además, de que algunos hombres intercambiaban billetes. Habían apostado en la pelea. Incluso Lars, que también era alemán. Quizá por eso, acabada la contienda, se acercó a los dos hermanos y les dio sendas palmadas en los hombros.

Al verlo, Lambert recordó algo importante que debía decirle a Tom.

—Esta noche hay reunión del sindicato. Deberías venir conmigo. Te conviene estar con nosotros.

Aquello olía a que iban a meterse en líos.

—¿Una reunión del sindicato? ¿Para qué?

—¿Para qué va a ser, chico? Para lo de siempre: tratar de mejorar nuestras condiciones.

—¿Más dinero?

—O más derechos. Depende. La lucha es lenta. Se trata de ir poco a poco, arañando concesiones.

Tom escrutó al francés mientras volvían al trabajo. Lo que había oído de los sindicatos en el campo, lejos de las ciudades, no era precisamente bueno.

—Yo no quiero problemas.

Lambert se detuvo y también miró a Tom. Directamente a los ojos, con una expresión seria que nunca había visto en él.

—Nadie va a regalarnos nada. Algunos compañeros han pagado con la vida su lucha por la justicia social. Hay que seguir, con peligro

o sin él, por nosotros y por los que vengan después.

Aquellas palabras sonaban a consignas políticas. Tom se preguntó con recelo si Lambert sería socialista. De ellos se escuchaban las peores cosas. Apenas tenían fuerza en Estados Unidos, pero en algunos países de Europa, sobre todo en Rusia, los movimientos obreros, comunistas y anarquistas, ganaban cada vez más adeptos. Tom se lo oyó decir a Frank en varias ocasiones. Eso, y que cualquier día la situación iba a estallar.

—Lambert… ¿Puedo preguntarte algo… personal?

—Por supuesto.

—¿Eres socialista?

El francés se rió con ganas. Más que por la pregunta, por la cara alarmada de Tom.

—Aquí no, muchacho. Nuestro sindicato no tiene ninguna ideología política. Puedes estar tranquilo. Supongo que deben haberte dicho que los socialistas son el demonio. Y quizá lo sean. Pero no es menos cierto que los ricos y poderosos también lo son, aunque llenen las iglesias. No quiero hacer un discurso. Sólo quiero que sepas que nuestra lucha es necesaria. O estás con nosotros o tendrás que esperar cada mañana en la verja del muelle a que sobre algún puesto. Y eso no pasa todos los días.

—Entiendo.

—Así me gusta. Esta ciudad acabará haciendo de ti un hombre.

El resto de la jornada, Tom no dirigió la palabra a Lambert. Estuvo pensando en la reunión de la noche. No podía hacer otra cosa que asistir. Sólo esperaba que no tuviera que involucrarse demasiado en el sindicato.

Cuando llegó la hora del almuerzo, finalizada la jornada de trabajo, Lambert le explicó algunas cosas. Como era lógico, Tom ignoraba que, aunque Lars seguía siendo la cabeza visible del sindicato de estibadores, Lambert era el auténtico líder y principal orador en las juntas. No daba la cara ante las autoridades del puerto porque había llegado cuando todo estaba ya en marcha, y resultaba preferible no alterar el orden establecido hasta que fuese conveniente. Lambert tenía experiencia sindicalista en Francia. Allí había sido miembro del partido marxista y tomado parte en varias disputas de lo que ellos llamaban «lucha de clases». Entonces no era estibador, sino estudiante en la universidad.

—Europa Occidental aún no está madura para cambios radicales —afirmó Lambert—. Ya tuvimos la Revolución en mi país. Y, ahora, esta maldita guerra europea, de clases altas contra clases altas, en la que sólo pelean soldados de las clases bajas. Alguien abrirá los ojos en

algún momento. Yo creo que eso ocurrirá en Rusia. Allí la opresión es demasiado grande. ¿Sabes que aún existen siervos en Rusia? Ese bastardo del zar los compra y los vende como si fueran objetos.

—No puedo creerlo… —dijo Tom.

—Pues créelo. Y en tu bendito Estados Unidos la esclavitud fue legal hasta 1865. Y se acabó porque Lincoln ganó la guerra. Aún hoy, en muchos estados del sur, los negros no son tratados como personas. Y hay leyes de segregación. No debería sorprenderte tanto.

—Supongo que tienes razón.

—Nuestro sindicato no hace distinción entre credos, razas o lenguas. Y quiero pensar que yo soy responsable, en alguna medida, de ello. Cuando llegué aquí me trataron como a un excremento de perro por no saber inglés. ¿Puedes creer eso? Aunque Francia ayudó a Estados Unidos en su liberación de los británicos y hasta les regaló la Estatua de la Libertad, como símbolo de su aprecio… La primera nación del mundo nacida libre es ahora un foco de intolerancia e injusticia.

Los pensamientos de Tom seguían centrados en no meterse en líos. Él no era estúpido, y sabía que casi cualquier argumento puede darse la vuelta. Sin embargo, el discurso de Lambert le parecía convincente. Había visto cómo trataban a los negros incluso en Filadelfia, la primera capital de Estados Unidos, que por ello debía empeñarse en servir de ejemplo. Sabía que no se les permitía llegar a oficiales en el ejército. Aunque a él, Frank le había enseñado que todos los hombres nacen iguales y que sólo sus propios actos, a lo largo de la vida, son lo que los distinguen.

—¿Tú crees que la guerra de Europa va a cambiar las cosas? —preguntó Tom.

—Ya te he dicho que no, que es una guerra entre clases altas de los distintos países contendientes. Rusia es nuestra única esperanza. Si los rusos despiertan, podrán instaurar un régimen de justicia que cumpla de veras los ideales de la Revolución: libertad, igualdad y fraternidad. Desbancar del poder a quienes lo detentan, para entregárselo al pueblo, su legítimo dueño.

—Mi… padre —dijo Tom, dudando si emplear esa palabra— siempre hablaba muy mal de los socialistas. Decía que sólo buscan vengarse.

—Sí, así es.

Tom miró a Lambert, extrañado por su respuesta.

—Pero no es venganza, chico. Es justicia. Nadie debería enriquecerse a costa del esfuerzo de los demás. Algún día, eso no volverá a ocurrir. Aunque cueste muchas vidas… ¿Sabes lo que pasó

en Nueva York hace cuatro años? —Lambert no esperó respuesta—. Un grupo de mujeres trabajadoras empezó a oponerse a los abusos de sus patronos. Hubo un incendio en el taller de confección en que trabajaban y muchas de ellas murieron. Más de cien. Algunas saltaron desde las ventanas y se mataron en la caída. Los dueños del negocio, capitalistas feroces, nunca se habían preocupado de la seguridad de sus empleadas. Fue un caso sonado, que conmocionó a toda la sociedad. Los sindicatos presionaron y, a partir de entonces, las cosas cambiaron. Es triste, pero es así: las cosas sólo cambian con fuego y con sangre, mi joven amigo. Y ahora tengo que irme. No te olvides: esta noche a las diez en la iglesia polaca de la calle Veinticuatro.

El templo católico polaco de la calle Veinticuatro se hallaba en el interior de un edificio de fachada de ladrillo, que por el hollín de las fábricas y la vejez se veía de un triste color gris oscuro. El padre Konstantin Nowak, párroco de la iglesia, era un sacerdote nacido en Lodz, una importante ciudad industrial a unos ciento veinte kilómetros al sudoeste de Varsovia. Había emigrado de niño a Estados Unidos con toda su familia. Aún era joven, aunque su rostro estaba avejentado y tenía la nariz ancha y partida, y el pelo tan rubio que las incipientes canas se confundían con los cabellos intactos por el paso del tiempo.

El padre Nowak compartía y aceptaba las ideas del Vaticano en cuanto al trabajo y los trabajadores. Había leído con mucho detenimiento las encíclicas de León XIII, tanto la que condenaba el socialismo como la que impulsaba a los trabajadores cristianos a organizarse en sindicatos. La evolución social era imparable. De modo que, si se quería estar en el mundo, había que aceptar los cambios. Como decía el Papa, «la acumulación de las riquezas en manos de unos pocos y la pobreza de la inmensa mayoría» era una auténtica injusticia. El sacerdote sólo quería orientar a los sindicalistas para que no se apartaran de la doctrina cristiana. La mayoría de los hombres que allí se reunían eran católicos: alemanes del sur, italianos o polacos. Aunque también había algunos rusos y griegos ortodoxos y afroamericanos evangelistas.

Las intenciones del padre Nowak eran más nobles que efectivas. Sus profundos sentimientos, su fe inquebrantable, le hacían estar ciego ante la realidad. Se comportaba con la candidez de un niño, aunque él nunca lo hubiera creído. Tendrían que ser los acontecimientos, tan sólidos como un grabado en la piedra, los que le hicieran comprender al fin la verdad.

—Veo que hoy habéis venido muchos —dijo cuando entró en la amplia sala habilitada en la parroquia para celebrar la reunión—. Si la mitad de vosotros vinierais a la eucaristía del domingo, estaría más que satisfecho.

Lambert se separó de Tom, que acababa de llegar y no sabía muy bien qué decir o cómo comportarse. El francés estrechó la mano del sacerdote. Siempre se mostraba muy atento y solícito con él. Era su estrategia para seguir teniéndolo de su parte. Aunque eso no significaba que no le tuviera auténtico afecto, e incluso admiración. Sencillamente era consciente de que aquel hombre vivía en un mundo de fantasía, ajeno por entero a los problemas de los estibadores y a la lucha del sindicato que él encabezaba.

—¿Cómo está, padre? —le preguntó con una de sus mejores sonrisas, a pesar de su cadavérico rostro de palidez extrema.

—Como siempre, esperando que Dios os ilumine y que todo lo que hagáis sea pacífico.

—Sí, padre. Nadie quiere otra cosa que una lucha pacífica por nuestros derechos.

El sacerdote se sintió satisfecho, como el ángel que se gana las alas por su buen hacer entre los hombres.

—Así me gusta. Jesús, nuestro Señor, era un hombre pacífico y, sin embargo, cambió el mundo. La violencia sólo engendra violencia.

Con cierta sorna, Lambert pensó en recordarle al padre Nowak el episodio de los mercaderes en el Templo de Jerusalén, pero se mordió la lengua. Además, en ese momento, Lars —el alemán de Baviera y rostro público del sindicato— dio un par de fuertes palmadas para llamar la atención del auditorio. Era la hora de comenzar. Los que llegaran tarde o no hubieran podido asistir ya se enterarían de lo que se hablara por los presentes, que en total rondaban los cien.

—Ya sabéis que dicen por ahí que vamos a ir a la huelga —comentó entre una nube de murmullos—. Voy a dar la palabra al compañero Desmoines. Él os lo explicará todo mejor que yo.

Lars hizo un gesto hacia Lambert, que se separó del sacerdote y subió a la improvisada platea, un banco de madera que permitía a todos verle hablar.

—Compañeros, como bien se ha dicho, hay rumores de que vamos a ir a la huelga. Hemos apretado las clavijas a los patronos en estos últimos meses. Se ha conseguido algo. Pero son migajas de la mesa de esos hombres ricos y poderosos. Si hacemos la huelga les haremos ver que vamos en serio. Pero ya sabéis a qué nos arriesgamos. Y no hablo sólo de la policía. La última vez contrataron matones. Hubo muertos y muchos salieron heridos. Aquí, con nosotros, está el padre Nowak.

Todos le conocéis y confiáis en él. Nos ayuda y nos apoya. Me ha pedido que, hagamos los que hagamos, sea de un modo pacífico. Yo os exhorto a ir a la huelga. Todos juntos, como un solo hombre. Pero en paz. Por nuestra parte no habrá provocaciones ni actos violentos.

Dijera lo que dijese, Lambert sabía a la perfección que una huelga llevaría a la violencia. Era inevitable. Si no hacían piquetes para evitar que los esquiroles entraran en los muelles, su fuerza se diluiría. Los trabajadores que no pertenecían al sindicato coparían los puestos, y los patronos incluso podrían pagarles menos dinero por su trabajo.

—¡Habrá que hacer piquetes! —gritó un hombre desde las filas de atrás, adelantándose a lo que Lambert iba a proponer a continuación.

—Sí, pero serán pacíficos. Convenceremos a los demás estibadores para que se unan a nosotros. Si todos estamos juntos en esto, venceremos y lograremos nuestras justas demandas.

Tom estaba embelesado con la oratoria y la capacidad de transmitir convicción del francés. Pero no estaba menos acongojado por lo que se les podía venir encima cuando la huelga comenzara.

—¡Huelga! —vociferó uno de los asistentes, con el puño en alto.

Otros le secundaron, hasta que el auditorio se convirtió en un estridente coro de voces acompasadas.

No todos en la reunión estaban satisfechos. Varios de los asistentes no querían la huelga. Entre ellos el propio Lars. Pero la aclamación de la propuesta no dejaba lugar a dudas. Tenían que someterse a la opinión de la mayoría. Habría huelga. Y nadie era capaz de predecir sus consecuencias.

La mañana era espléndida en la granja. Había llovido en Sunnyside la noche anterior, pero el cielo estaba completamente despejado al amanecer y el frescor de la hierba se extendía por los campos como un perfume. Jay se levantó temprano para ordeñar las vacas antes de ir al taller de Zeb. No había parado de darle vueltas a si debía o no hacer lo que Jennifer le había pedido en su último encuentro, cuando le dijo que ella y su padre se marchaban del pueblo.

Fiona, la leal ama de llaves de los Carter, estaba en la cocina cuando Jay entró en la casa. También Frank acababa de levantarse. Esperaba el desayuno sentado a la mesa, apurando una taza de café muy caliente, como le gustaba tomarlo.

—Buenos días, padre —le saludó Jay.

—Buenos días. ¿Ya has desayunado?

—Todavía no. He estado con las vacas. Sólo he comido un pedazo de queso.

—Pues siéntate. Fiona está haciendo gachas.

La mujer levantó un cucharón y lo movió en el aire, en un gesto que quería decir que las gachas le estaban quedando muy apetitosas.

—Padre —dijo Jay—, tengo que pedirle una cosa.

La mirada apagada de Frank abandonó la negrura de la taza de café y se dirigió hacia su hijo. Desde la partida de Tom no era el mismo. La razón no era sólo que éste se hubiera marchado, como imaginaban Jay y Beth. Ellos no sabían de qué estuvieron hablando los dos en su despacho. Aún le dolía en el alma recordar a Tom diciéndole que él no era realmente su padre. Nunca, ni una sola vez, le había tratado de un modo distinto a sus hijos verdaderos. Ni para bien ni para mal.

—Padre… —insistió Jay, al ver que tenía el pensamiento en otro lugar.

—Sí, hijo, dime.

—Zeb va a participar en otra carrera. Este domingo. Es algo lejos, en Columbus, y tenemos que irnos mañana. Necesita que yo le haga de mecánico. ¿Me da su permiso para acompañarlo?

—Puedes ir. Pero ten cuidado.

A Jay le sorprendió que su padre diera el brazo a torcer tan fácilmente. En verdad, Frank Carter había decidido cambiar. Ser menos severo y cerrado. La experiencia parecía haberle demostrado que se equivocó en casi todo. Si hubiera previsto que Tom iba a enamorarse de esa chiquilla. Si se hubiera enfrentado con el padre de ella. Si hubiera sido capaz de ver las señales de lo que iba a ocurrir… Pero de nada servía ya lamentarse.

—Gracias, padre. Le prometo que tendré cuidado.

Jay no esperó a las gachas. Salió a toda prisa hacia su cuarto.

—¡Jovencito, el desayuno! —le dijo Fiona, pero él ya se había ido.

Una hora después, Jay estaba delante de la oficina del ferrocarril. Compró un billete que le costó la mitad de sus ahorros. Luego fue a las inmediaciones de la granja de Isaiah Sprintze y se escondió en un lugar desde el que podía ver la casa sin ser visto. Esperó allí casi otra hora, nervioso, hasta que Jennifer salió en dirección al granero. Llevaba un cubo para llenarlo de maíz y dárselo a las gallinas. Estar a punto de marcharse de Sunnyside no había cambiado un ápice su rutina. Jay dio un rápido rodeo y la llamó desde detrás de unos arbustos. Se había movido con tanto sigilo que Jennifer se sobresaltó al oír sus susurros.

—¡¿Qué haces aquí?! —le dijo, también en un susurro vehemente.

La chica se apresuró a ocultarse a su lado, mirando antes hacia la casa, donde estaba su padre. Jay sólo extrajo del bolsillo el billete de

tren. Aún se cuestionaba si llevar adelante lo que ella le había rogado hacer.

—Lo he sacado esta mañana. Mi padre cree que me voy con Zeb a una carrera de coches. Es para Filadelfia. Voy a buscar a Tom y a intentar convencerle de que vuelva.

Jennifer cogió el billete y lo miró durante un largo rato. Al devolvérselo a Jay le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Gracias —dijo.

Con ella entre sus brazos, Jay estuvo a punto de devolverle el beso. Reprimió sus deseos, sin embargo. Se limitó a hundir su cara en el pelo revuelto de la joven y a quedarse así, inmóvil. Estaba claro que seguía enamorada de Tom, pero él también la amaba. Por ella iría en su busca a Filadelfia. Por ella. Sólo por ella. Y no por su hermano.

Era casi de noche y los hombres corrían sin rumbo, dispersados por un grupo de pistoleros. Algunos ni siquiera lograron huir, porque yacían en el suelo de cemento del muelle con un agujero en el cuerpo. Todo había comenzado por la mañana, cuando un piquete del sindicato formó una cadena humana ante la entrada del puerto, impidiendo que ningún trabajador accediera a los muelles de atraque de los barcos mercantes. Varios matones a sueldo de la administración portuaria trataron de dispersarlos, pero no lo consiguieron. Uno de los jefes llamó a Lars, que se negó a hablar con él. Hubo una agria discusión fuera, en la propia verja de entrada.

Después todo se calmó en apariencia. Nadie avisó a la policía y el turno de mañana acabó sin que las mercancías que esperaban en las bodegas fueran descargadas. La huelga continuó durante el turno de tarde. Fue al finalizar éste cuando las cosas cambiaron sin previo aviso. Lambert ya suponía que no iban a quedar así. Menos aún cuando la policía no había hecho acto de presencia para dispersarlos y hacer algunas detenciones. Algo que, con un poco de suerte, llamaría la atención de la prensa. Eso era una mala señal.

De improviso, dos coches negros aparecieron por la vía de acceso al puerto y se detuvieron en diagonal por delante del piquete. Una decena de hombres se apearon de los vehículos. Llevaban largas gabardinas y se colocaron frente al grupo de estibadores, cerrándoles el paso. Murmullos inquietos se apoderaron de todos. Uno de los pistoleros alzó su voz sobre ellos y les habló a gritos.

—¡No podéis estar aquí! ¡Marchaos ahora o ateneos a las consecuencias!

—¡Vosotros no sois policías! —le contestó Lars con un grito aún

más fuerte.

El pistolero miró un momento a ambos lados, hacia sus hombres, y entonces hizo un gesto con la cabeza. Todos sacaron a la vez sus armas de debajo de las gabardinas.

Lambert se acercó a Lars y le puso una mano en el hombro, para transmitirle confianza. Esperaba que no se atrevieran a abrir fuego en medio de la calle, a la vista de todo el mundo y contra un grupo tan numeroso. Que sólo quisieran atemorizarlos. Pero se equivocó. El jefe de los pistoleros amartilló su arma y dijo:

—El tiempo se ha acabado.

Una lluvia de balas cayó sobre los estibadores. Los que estaban en la primera fila se llevaron la peor parte. El resto corrió en desbandada, aunque apenas hubiera hacia dónde huir. Tom siguió a Lambert a lo largo del muro que dividía el interior del puerto. Jadeaban de puro miedo. A su espalda, los aullidos de dolor y los disparos no cesaban. Y cada vez se oían más cerca. Llegaron a una zona del muro un poco menos alta. Tom, que era más ágil, consiguió encaramarse. Le tendió una mano al francés cuando una bala le pasó rozando una oreja. Dos matones corrían en su dirección. «¡Allí está Desmoines!», gritó uno de ellos. Otros tenían a Lars inmovilizado en el suelo. Sabían bien a quiénes tenían que cazar. Tom siguió intentando izar al francés, hasta que no tuvo más remedio que desistir. Era eso o permitir que lo mataran. Se dejó caer hacia el otro lado del muro. Lambert se dio la vuelta y recibió un golpe en pleno rostro con la culata de una escopeta.

—Tú te vienes conmigo —dijo el matón.

Durante el tiroteo había llegado un pequeño furgón, que se detuvo junto a los coches. Allí metieron a Lars, a Lambert y a otros dos cabecillas del sindicato. Al francés, medio cegado por la sangre que le caía sobre los ojos, le dio tiempo de ver a uno de los trabajadores charlando amigablemente con los matones. Era el que los había vendido desde dentro. Tuvo que ser él quien los señaló como los cabecillas, el Judas que les había dado su traidor beso.

En el lado opuesto del muelle, Tom seguía corriendo al límite de sus fuerzas, en busca de otra salida. Vio a unos hombres a lo lejos. Le pareció que llevaban traje. No debían de ser de los suyos. Frenó en seco y se puso a cubierto tras unos cajones de madera, rogando para que ellos no le hubieran visto a él. Iba a quedarse ahí escondido hasta que se hiciera totalmente de noche. Y luego encontraría un modo de salir del puerto. Trató de calmar las palpitaciones desbocadas de su pecho. Le daba la impresión de que, si no lo hacía, aquellos hombres conseguirían oírlos y acabaría flotando en el puerto, con un tiro en la

cabeza.

Quizá eso no fuera una completa locura, porque estaban acercándose. Hasta consiguió reconocer a uno de ellos: el hombre de la cicatriz en el rostro que vio durante su primer día de trabajo. Tom se encogió aún más contra las cajas. No lograba entender de qué hablaban, pero los oía conversar y los veía moverse de un lado a otro. La causa de tanta expectación no tardó en quedar clara. El furgón en que los matones habían metido a Lambert y los demás apareció junto con los dos automóviles negros. El hombre de la cicatriz se colocó frente al portón trasero, a la espera de que bajaran a Lambert, Lars y los otros sindicalistas. A Tom se le heló la sangre cuando los vio. Pero no podía hacer nada para ayudarlos.

Los matones los rodearon y los obligaron a entrar en el almacén. El último en hacerlo fue el hombre de la cicatriz. Tom aprovechó que ya nadie podía verle para abandonar los cajones y acercarse, con sigilo, a una de las ventanas. Estaban tan mugrientas que no habría conseguido ver apenas nada de no ser por uno de sus cristales rotos. Había poca luz en el interior. Pero aún menos en el exterior, alumbrado únicamente por los débiles faroles de gas que se encendían en los muelles cuando oscurecía. Tom podía mirar y escuchar sin que se dieran cuenta.

—No me gusta lo que habéis hecho —les decía en ese momento el hombre de la cicatriz a los cabecillas del sindicato—. Esto es un negocio, no una institución de beneficencia. Ya os hemos dado mucho. Pero vosotros pedís más y más. Todo tiene un límite. Un límite que habéis traspasado. Y no hay vuelta atrás.

Tenían a los cuatro sindicalistas arrodillados. Uno estaba sollozando. Lambert, por su parte, se mantenía firme, aunque con una expresión grave. Igual que Lars, cuyo rostro le pareció ahora a Tom tan cadavérico como el del francés.

—¿Nos vais a matar? —dijo Lambert de pronto.

Su voz sonó inesperadamente tranquila. El hombre de la cicatriz se aproximó a él y le miró a los ojos.

—No. Ya ha habido bastantes muertos hoy. Tengo una idea mejor para vosotros, algo que servirá de escarmiento a los demás. Y tú vas primero, maldito francés de mierda. ¡Ponedlo sobre la mesa! —ordenó a sus matones.

Tres de ellos agarraron a Lambert y lo condujeron, casi en volandas, hasta la mesa que ocupaba el centro de la nave. Lo inmovilizaron sobre ella y esperaron instrucciones.

—Agarradle los brazos.

Desde la ventana, Tom negó con la cabeza cuando vio al hombre

de la cicatriz coger un martillo y dirigirse hacia Lambert. A una nueva orden suya, las manos del francés quedaron extendidas sobre la madera, firmemente sujetas por los matones. Intentó revolverse, pero eran mucho más fuertes que él, y otro de ellos le apuntaba con su revólver para que se estuviera quieto.

El primer grito de Lambert rasgó el interior del almacén como el rugido de un animal salvaje. Tom se encogió al otro lado, de espaldas contra la pared del almacén, los ojos cerrados y las manos en los oídos. Ojalá no hubiera oído ese grito. Ojalá todo aquello no estuviera pasando.

El segundo grito fue igual de terrible. Tom se sintió un auténtico cobarde. Pero ¿qué podía hacer?

Hubo un tercer grito. Un horrible y prolongado lamento, que se fue desinflando. Tom ya no consiguió soportarlo más. Regresó a la ventana y desde allí dio él también un grito.

—¡Soltadle, hijos de perra! ¡La policía está en camino!

Todos los hombres se giraron hacia la ventana, como hienas que han localizado a su presa. Todavía con el martillo ensangrentado entre sus manos, el de la cicatriz ordenó:

—¡Cogedle!

Dos matones se dirigieron a toda velocidad hacia la puerta, blandiendo sus armas. Tom se tambaleó en el cajón sobre el que estaba, saltó de él y salió corriendo como un loco hacia las profundidades del muelle, envueltas en una tenue neblina.

—¡Detente, chico, o será peor! —gritaron a su espalda.

Era difícil imaginar que pararse fuera peor que seguir huyendo. Entonces oyó los disparos. El sobresalto le hizo tropezar, y a punto estuvo de caer al suelo de bruces. Recuperó como pudo el equilibrio, con el corazón saltándole en el pecho. Aceleró todavía más su frenética carrera. Ni imaginaba que pudiera correr tan deprisa.

La niebla, venida del mar, se hacía más densa por momentos. Tom se adentró en ella, rogando para que consiguiera ocultarle de sus perseguidores. Estaba dejándolos atrás. Ellos también se dieron cuenta y volvieron a disparar. Tom sintió una quemazón lacerante en un hombro. La sonrisa de alivio que estaba formándosele en el rostro se mantuvo en él durante unos segundos. Luego la sustituyó una expresión de pánico. ¡Me han dado!, gritó en su interior. ¡Dios, me han dado!

Tom casi había llegado al final del muelle de atraque. Sólo unos pocos metros lo separaban del mar, oculto casi por completo en la niebla.

Estaba perdiendo terreno. Sentía su propia sangre corriéndole por

el brazo desde el hombro. Miró hacia atrás un instante. Otro disparo impactó contra el suelo, a su lado, levantando chispas. Pero Tom no lo oyó. Su sonido quedó eclipsado por el estruendo de la bocina de un barco que pareció surgir de la nada, entre la niebla, justo delante de él. Sus luces de posición lo cegaron, y cuando Tom llegó al borde del agua simplemente saltó, sin saber hacia dónde. Un salto de fe, lo habría llamado Frank Carter.

Aquello dejó atónitos a los matones, que se olvidaron por un momento de sus armas y su misión y se limitaron a ver a ese endemoniado muchacho trepando por la cadena del ancla como si fuera un mono. De alguna forma había conseguido encaramarse a ella y no matarse contra el casco del barco.

—Hay que cogerle —dijo uno de los matones, despertando de su letargo.

Pero era demasiado tarde. Tom alcanzó la cubierta del buque y desapareció de su vista. Ninguno de los dos matones estaba dispuesto a jugarse la vida saltando también en dirección al barco. Retrocedieron hacia donde debía estar la pasarela que lo unía con tierra, pero ya había sido retirada. Vieron a un marinero en cubierta y, desde allí, le gritaron para que la colocara de nuevo. El grumete había presenciado la persecución y decidió que lo mejor era ignorar a aquellos tipos y esconderse. El buque estaba a punto de zarpar.

—¡Maldita sea! —exclamó fuera de sí el matón que había hablado antes—. ¡Si vuelves por aquí te arrancaré la cabeza!

No estaba claro si se refería a Tom o al joven marinero. El ancla del barco empezó a recogerse y los motores se pusieron en marcha con un sonido ronco y quejumbroso. Al poco tiempo, el buque iniciaba con parsimonia un movimiento que fue separándolo del puesto de atraque.

—Al jefe no le va a gustar esto —dijo el otro matón.

—Le diremos que el chico está muerto. Que cayó al agua con un balazo en la espalda.

Oculto entre las sombras de la cubierta, Tom no se atrevió a moverse hasta que los dos hombres se perdieron de vista. Tampoco el grumete, agachado no muy lejos de él sin quitarle los ojos de encima ni por un segundo. Estaba claro quién perseguía a quién, pero no el porqué o si aquel muchacho era peligroso. Nunca llegaría a saberlo. Lo vio mirarse el hombro y luego incorporarse bruscamente para coger uno de los salvavidas que jalonaban la cubierta. Justo después de ponérselo se lanzó otra vez al agua. El grumete no resistió la tentación de acercarse a la borda para verle nadar entre la niebla de vuelta hacia el muelle.

El barco estaba ya lejos cuando Tom salió del agua. Vagó por el

interior del puerto durante un buen rato, sin dejar nunca de correr de un lado para otro hasta que encontró una salida. Fuera se topó con un coche patrulla. Estaba parado junto a una estación de servicio. Los agentes estuvieron a punto de detenerle a él, que habló atropelladamente, como un loco; estaba empapado y tenía lo que parecía ser una herida de bala en el hombro. No había tiempo que perder. Cuando consiguió por fin explicarse, los policías lo tomaron en serio. Le hicieron montarse en la parte de atrás del vehículo y le pidieron que les indicara el camino.

No tardaron en llegar al almacén donde habían llevado a los cabecillas del sindicato. El lugar daba la impresión de estar vacío, y aún más desolado si cabe. Aun así, los agentes le dijeron que no saliera del coche mientras ellos iban a inspeccionar el interior. Tom los ignoró y fue tras sus pasos después de verlos entrar. Aunque habría preferido seguir su consejo, porque lo que se encontró hizo que se le encogiera el corazón.

8

El tren se detuvo lentamente en el centro de Filadelfia, justo al lado del ayuntamiento. Jay descendió al andén y caminó hacia el exterior. Los edificios de la estación eran enormes. No en vano, aquella estación de Broad Street era la mayor del mundo. Eso le hizo experimentar una sensación de pequeñez, como si toda aquella grandeza pusiera de manifiesto lo poco que era él frente a la antigua capital de la nación.

Con una pequeña maleta, en la que llevaba ropa limpia para dos días, Jay preguntó por la dirección en que quedaba el sur. Dos días era el tiempo límite de que disponía para encontrar a su hermano. Si no hubiera tenido ninguna pista de su posible paradero, aquélla habría sido una misión imposible. Pero, al menos, sabía dónde empezar a buscarle.

Más de una vez, durante los años pasados en la granja, Tom le había contado dónde vivió antes de que Frank lo adoptara. Se trataba de un puente, en el sudoeste de la ciudad, junto al río Schuykill. Jay ignoraba el nombre de ese puente, pero sabía que se hallaba cerca de unos grandes depósitos, no muy lejos del puerto, y que era refugio habitual de mendigos y chicos de la calle, como Tom lo había sido. Ése era el sitio donde iba a iniciar su búsqueda.

Llevaba consigo un plano de Filadelfia, que había cogido —o más bien sustraído— de la pequeña biblioteca de Sunnyside. Se orientó con él desde la estación y lo dobló para dejar sólo a la vista la zona que debía atravesar. Tuvo que recorrer una buena parte de la ciudad hasta llegar a las inmediaciones del puente. Además de consultar el plano, fue preguntando a varias personas a lo largo del camino, que se volvían cada vez más humildes conforme se adentraba en el sudoeste de Filadelfia. Hubo un momento en que las casas eran mugrientas y cochambrosas. Las gentes caminaban por las calles como si no tuvieran un rumbo fijo. Algunos miraban sin ver, con los ojos perdidos. A Jay le impresionó todo aquello. En el campo había personas pudientes y personas pobres, pero no masas sociales desheredadas.

Llegó al fin a un lugar cuya descripción se correspondía con los relatos de Tom. Estaban los depósitos, el cauce del río, un puente y un grupo de chabolas confeccionadas a base de materiales de desecho. Recorrió la zona en vano, escrutándolo todo por si veía a Tom o algo que le pudiera indicar que había regresado allí. Obviamente no iba a

ser fácil encontrarlo en una ciudad tan grande como Filadelfia, aunque eso no bastó para desalentarlo. Sólo le bajó un poco la moral al afrontar la realidad: que su esperanza de encontrar a su hermano le bastaría para encontrarlo. Un deseo, sin duda, iluso.

Iba a marcharse ya, pero antes de hacerlo desanduvo sus pasos. Decidió repetir su exploración y buscar otra vez, con más ahínco. Bajo el puente, junto al cauce, se topó con un grupo formado por tres mendigos. Estaban sentados en la orilla con unas cañas de pescar hechas a base de simples palos y cordeles atados a sus extremos. Resultaba difícil averiguar si estaban realmente intentando pescar algo que echarse a la boca o sólo pasando el tiempo. Lo único en que es rico un pordiosero.

—Perdonen —les dijo Jay, que no se atrevió a acercarse demasiado.

Los tres mendigos se volvieron al unísono, lo miraron y, sin decir nada, se giraron de nuevo hacia el río. Estaba claro que no tenían muchas ganas de hablar, pero el chico bajó por la ladera y volvió a dirigirse a ellos.

—Perdonen —dijo otra vez—. Estoy buscando a una persona.

—¡A una persona, ja, ja, ja…! —exclamó uno de los mendigos, riendo sin motivo y con expresión de no estar bien de la cabeza.

—Sí, busco a una persona. A mi hermano. Se llama Tom.

—Aquí no hay ningún Tom —dijo otro de los mendigos.

—¿Está seguro? Es de mi misma edad, delgado, alto y con el pelo castaño. Si estuvo por aquí, debió de ser hace un mes, más o menos.

El último mendigo que había hablado se tocó la nariz.

—Hace un mes… —murmuró.

—Eso es. Venía del campo. Se marchó de casa.

—Entonces —dijo el hombre—, será que no quería estar allí. No querrá que lo encuentren.

Jay se había puesto a un lado, delante de él y su inútil caña de pescar. No se le ocurrió ningún argumento para rebatirle, pero la intención del mendigo era distinta de lo que él pensaba.

—Claro, que… Por unos pavos, quizá recuerde algo… Las cosas se me olvidan sin que yo quiera.

Ahora el chico sí comprendió lo que aquel hombre pretendía. Sacó de un bolsillo todas las monedas que llevaba y las contó cuidadosamente.

—Tengo tres dólares y medio.

—No sé yo…

—Por favor —dijo Jay—. Necesito encontrar a mi hermano.

—Es poco, eso. Si nos dieras, no sé, cinco pavos…

—Mire, ni siquiera sé si me está mintiendo. Sólo puedo darle lo que tengo en la mano. Si no lo quiere, quédese ahí pescando zapatos viejos.

Jay se arrepintió al instante de lo que había dicho. No porque no lo pensara, sino porque aquellos hombres podían ser peligrosos. Miró a su alrededor, inquieto. No había nadie más por allí cerca. Jay dio un paso atrás cuando el mendigo levantó una mano para apaciguarle.

—Eh, muchacho, está bien. No hace falta ponerse así. Dame los tres y medio y veré lo que recuerdo.

El mendigo que se había reído antes volvió a hacerlo, ahora por lo bajo. Su otro compañero, el que estaba junto a él, le dio un codazo para que se callara. El primero cogió entre sus manos, echas un cuenco, las monedas de Jay y las contó antes de continuar.

—Tu hermano debía de ser el chico ese que se hizo amigo del pobre Nathan.

Jay no sabía quién era el tal Nathan, ni tampoco le importaba.

—¿Sabe dónde está ahora?

—Creo que se fue a trabajar al puerto. Desde que murió Nathan no ha vuelto por aquí. No sé nada más.

—¿Y dónde está el puerto?

—Por allí.

—Gracias —dijo Jay.

—Si le ves, no le digas que nosotros te hemos dicho nada.

—Descuide.

Jay regresó apresuradamente a la calle, donde volvió a desplegar el mapa. Se ubicó sobre él y luego lo fue girando en la dirección que le había indicado el pordiosero. Tratar de localizar a Tom en un puerto como el de Filadelfia podía ser una labor imposible. Pero no había más opciones. Aquélla era su única pista y tenía que seguirla.

El hospital de la beneficencia que regentaba una congregación religiosa de origen holandés, era un reducto de paz para los pobres. En sus pasillos se mezclaban los enfermos, sus familiares y las monjas, a las que los grandes tocados de su orden ocultaban el rostro casi por completo. Tom preguntó a una hermana por Lambert. Lo habían ingresado allí después de que las autoridades lo liberaran.

—El francés albino, ¿verdad? —dijo la monja—. Al fondo del pasillo, en la penúltima habitación de la izquierda.

Tom avanzó con paso cada vez menos decidido. Le costaba encontrar arrestos para visitar a Lambert en el estado en que aquellos malnacidos lo habían dejado. Cuando llegó al almacén, con los

policías, el hombre de la cicatriz y sus matones ya se habían esfumado. Sólo permanecían allí el francés y su fiel compañero Lars, que consiguió apañárselas para detener las múltiples hemorragias de la mano destrozada de Lambert. Tom pudo vérsela de cerca mientras el alemán y uno de los agentes lo sacaban del almacén, sosteniendo su cuerpo casi inerte por debajo de los hombros. Se había convertido en una masa informe y sanguinolenta.

Más adelante, en el hospital, donde curaron el rasguño de bala de su hombro, Tom averiguó que los cirujanos habían tenido que amputarle a Lambert todos los dedos de la mano derecha a excepción del pulgar. El francés era ahora un impedido. Ya nunca podría volver a trabajar con esa mano. Y había tenido suerte de que Tom interviniera. La intención del hombre de la cicatriz era hacerle lo mismo en la otra mano, y continuar con las de Lars y los otros dos sindicalistas. Ése era su «escarmiento ejemplar» para los demás estibadores, que verían lo que podía ocurrirles de seguir el camino del sindicato. Era la mejor garantía para evitar violaciones futuras a las reglas no escritas del puerto.

Sin llegar a entrar en la habitación, quieto delante de la puerta cerrada, Tom se sintió incapaz de atravesarla. Metió las manos en los bolsillos y notó con incomodidad que él sí tenía dedos. No sabía si entrar o marcharse de allí y volver otro día. Pero eso no era más que un pensamiento cobarde.

Cuando acopió el valor suficiente para atreverse a entrar, casi se dio de bruces con el padre Nowak. Tom no le había oído hablar. Quizá sólo estaba haciendo compañía a Lambert porque se sentía responsable, en alguna medida, de lo ocurrido. Tom lo saludó tímidamente y entró por fin en la habitación. No sabía qué decir a Lambert. Aunque, por suerte, fue éste quien habló.

—Gracias por tu ayuda, chico.

Tom miró por un segundo el grueso vendaje en torno a la diestra del francés.

—Si hubiera avisado antes a la policía…

—No vayas a sentirte culpable. Hiciste lo que podías hacer. Si no es por ti, hubiera perdido también la otra mano… En todas las guerras hay bajas.

—¡Ni siquiera van a pagar por lo que han hecho! —afirmó Tom, y era cierto: nadie había sido detenido—. Yo iré al juzgado y testificaré. No les tengo miedo.

Lambert lo miró con una mezcla de aprecio y melancolía. Negó con la cabeza y dijo:

—No hay nada que hacer respecto a eso, Tom.

Lambert podría acusar al hombre de la cicatriz y sus matones, pero de poco iba a servirle. La única prueba en su contra era su propia palabra. Lars le había dicho que él no declararía, que se había librado por poco esta vez y que tenía una familia que alimentar. También le dijo que lo sentía. Y el francés no esperaba contar con el apoyo de los otros dos sindicalistas, cuando ni siquiera se habían quedado a ayudarle después de que los matones se largaran del almacén. En cuanto a Tom, cualquier abogado mediocre sería capaz de desacreditar su testimonio. Y aquella gente no contrataba abogados mediocres. No, no iba a hacerse justicia. En el mundo real, el dinero y la impunidad van casi siempre juntos.

—Pero anímate, chico. Se ha corrido la voz de lo que ha pasado. La próxima vez que haya una huelga en el puerto, o en otro lugar, lo pensarán dos veces antes de actuar como lo hicieron.

—¿Por qué?

—Porque lo que no nos mata nos hace más fuertes —dijo Lambert, sonriendo y alzando su mano vendada—. Lo que no nos mata nos hace, poco a poco, más fuertes. Recuérdalo, muchacho.

Tom se marchó del hospital para regresar a su pensión a pasar la noche. Donde no parecía aconsejable volver era al puerto, al día siguiente. Aunque lo cierto es que carecía de otra posibilidad si quería seguir pagando la habitación y viviendo en Filadelfia. Era eso o volver a instalarse debajo del puente, lo cual ya no le parecía una alternativa razonable.

También podía volver a Sunnyside. Estaba seguro de que allí lo acogerían de nuevo, aunque no era ése el problema. Se marchó para olvidar a Jennifer y dejar de ser una carga para su familia. Y también estaba la cuestión del orgullo.

—Mi familia… —musitó, mientras deambulaba por las calles próximas a la pensión.

—¡Tom!

La voz que sonó a su espalda le era de sobra conocida, pero resultaba tan inesperado oírla en aquel lugar que le costó reconocerla. No tuvo conciencia de que se trataba de su hermano hasta que se volvió y lo vio frente a él. Puso la cara que deben de poner quienes se encuentran con un fantasma. Jay era la última persona con quien hubiera podido imaginar encontrarse.

—¡Tú! —exclamó—. ¿Cómo…?

—Desde luego, no ha sido fácil. Llevo dos días recorriendo la ciudad de arriba abajo.

La perplejidad de Tom animó a Jay a continuar con sus explicaciones.

—Te seguí el rastro hasta el puerto. Eso no fue muy complicado, la verdad. Pero luego me costó mucho convencer a un tipo de las oficinas para que me contara lo que había sucedido. Fui al hospital donde ingresaron a los heridos y allí, por fin, me llevaron hasta un francés que, según me dijeron, te conocía.

—Lambert.

—Eso, Lambert. Él fue quien me dijo dónde te hospedabas. Y aquí estoy. Te he visto llegar.

Todo eso no aclaró las dudas de Tom.

—Pero, un momento —dijo, aún desconcertado—. ¿Por qué has venido hasta aquí? ¿No habrá pasado algo malo?

—No, no es nada de eso. Todo está… bien. Es difícil de explicar.

La expresión de Tom era seria y expectante. A Jay no le ayudaba mucho esa actitud.

—Nuestro padre está destrozado desde que te fuiste. Y Beth te echa tanto de menos… Ya no hay razón para que estés aquí. He venido a pedirte que vuelvas.

Jay se resistía a contarle lo que en verdad lo había llevado hasta Filadelfia: Jennifer y su marcha de Sunnyside. Por eso, se sintió hasta cierto punto aliviado cuando Tom respondió con una negativa.

—No puedo volver.

—¿Por qué? ¿Es por orgullo? ¿Es… por mí?

El silencio de Tom hizo creer a Jay erróneamente que la segunda opción era la correcta. Se sintió tan mal por ello que decidió renunciar a su propio orgullo.

—Tom, sé que te hice daño. Te traicioné, es cierto. Ojalá pudieras perdonarme…

—No has hecho nada que tenga que perdonarte.

—Nunca volverá a ser como antes, ¿verdad? —Jay no preguntaba. Sus palabras eran una triste afirmación, llena de nostalgia—. Si te sirve de algo, quiero que sepas que nunca me dio igual haberte hecho daño. Lo hice por debilidad y porque yo también estaba enamorado de Jennifer. Fui egoísta. Y débil. Pero nunca te hice daño porque me diera igual hacértelo. Jennifer se marcha de Sunnyside con su padre. Se van al Oeste y lo más seguro es que no vuelvan nunca más. Ella piensa que tiene la culpa de que te marcharas y quiere que regreses. Dice que, ahora que ya no va a estar en el pueblo, no tienes por qué quedarte aquí. Sigue preocupándose por ti, Tom, ¿no lo entiendes? Y cree que lo mejor es que vuelvas a Sunnyside… con tu familia.

—Tu familia ya no es la mía —dijo Tom, contradiciendo sus

pensamientos anteriores.

—Sí. Sí lo es. Siempre lo será.

Tom estuvo a punto de contestar que no podía volver porque había herido a Frank, que tanto le había dado, diciéndole que no era su padre. Y también porque Jay le delató la noche en que Jennifer y él huyeron de Sunnyside. Él, Tom, había sido injusto con quienes más le querían. En lugar de decir todo eso, agachó la cabeza y pronunció un simple: «lo pensaré». Aunque en su mente surgió otra idea: Jennifer. En efecto, por ella se había marchado a Filadelfia; pero, sin ella en Sunnyside, ¿qué sentido tenía regresar?

Esa noche, ya solo en su cuarto de la pensión, Tom estuvo mucho rato tumbado en el camastro, mirando al techo sin poder dormir. Y sin conseguir centrar sus cavilaciones, inconexas y entrecruzadas. Jay le había pedido perdón a su manera, y Frank y Beth le querían y le necesitaban. Parecía claro que debía regresar a casa, aunque la decisión no era sencilla. No podía quitarse de la cabeza las palabras tan duras que, antes de marcharse, había dicho a su padre adoptivo. Alguien que sólo intentó transmitirle una cosa: que fuera íntegro. Que sólo quiso hacer de él un hombre de bien.

De veras no sabía qué hacer, cómo actuar. ¿Volver a Sunnyside? ¿Quedarse en la ciudad? Después de todo lo que había visto allí, quizá su orgullo era lo menos importante. El maldito orgullo. Quizá debía tragárselo, olvidar de verdad a Jennifer y no destruir la oportunidad de una vida que sólo un milagro le regaló.

Pero los argumentos de Jay no bastaron. Le había dicho a Tom lo que fue a decirle, y no tenía nada más que hacer en Filadelfia. Tomó el tren de regreso a la granja y allí nadie le preguntó por la falsa carrera con Zeb Wilkins. Frank sabía que no había ido a ninguna. Lo sospechó desde el principio. Y albergaba la esperanza de que tuviera éxito en lo que se proponía, a pesar de su enfado con Tom. Lo peor de todo era que, en el fondo, comprendía sus motivos. Eso era lo que le hacía sentirse triste. Realmente triste.

SEGUNDA PARTE

9

Año 1917

El día era perfecto para una boda: una soleada y apacible jornada de finales de marzo. Frank se mostraba impecable, con su traje negro y su corbata de lazo. Junto al altar y al pastor, esperaba a la novia, Rachel Cavendish. Después de dos años de noviazgo, se habían decidido a dar el paso hacia el matrimonio. Beth, que ya era toda una señorita de catorce años, estaba encantada con la idea de volver a tener una madre. Aunque en realidad sería como tenerla por primera vez, porque nunca conoció a la suya. A Jay también le entusiasmaba ver tan feliz e ilusionado a su padre.

Y a Tom.

Finalmente, Tom había regresado a casa. Le costó mucho decidirlo, pero venció su orgullo y lo hizo. Fue unos días antes de la Navidad. Cuando llegó, Frank estaba sentado en el porche, con una taza de café caliente y su pipa. Vio a Tom aparecer bajo el arco de entrada de la granja y avanzar por el camino que llevaba hacia la casa. Era la hora del inicio del crepúsculo. Hacía frío y parecía a punto de nevar. Pero lo que Frank sintió fue una oleada de calor. Apenas pudo dar crédito a sus ojos hasta que el chico estuvo cara a cara frente a él. Se irguió en su mecedora, con la taza y la pipa en sus manos temblorosas; se levantó justo después y lo dejó todo sobre una pequeña mesa para abrazar a su hijo adoptivo. De verdad era él.

El cansancio abatido del muchacho contrastaba con la alegría de Frank. En Filadelfia, Tom estuvo trabajando unos meses en la construcción. No quería volver a mezclarse con los estibadores del puerto ni su sindicato, y mucho menos con los maleantes que controlaban el trasiego de mercancías. Por eso hizo valer lo que había aprendido con Sorensen en la carpintería, donde construyó algunas estructuras para pequeñas edificaciones, y no únicamente muebles o revestimientos. No era un experto, pero aprendía con facilidad y estaba dispuesto a trabajar en firme. También se trataba de una labor dura, pero ganaba más dinero que en el puerto y le gustaba mucho más que descargar cajones desde las bodegas de los buques o subirlas a los camiones de reparto.

No regresó a casa porque le fuera mal, sino porque se sentía muy solo. No quiso entablar nuevas amistades. Se levantaba al alba y

regresaba por la tarde, se quedaba en la pensión y luego se acostaba. No hacía nada más. Salvo los fines de semana, en que a veces visitaba la costa de Nueva Jersey y se quedaba horas y horas contemplando el mar.

Pero llegó un día en que comprendió que no podía seguir así. Daba igual la carga que llevara sobre los hombros. En Sunnyside había personas que le querían. Su familia. Así que hizo una última visita a Lambert, que ya estaba recuperado de sus lesiones —en la medida en que podían curarse—, y se había puesto a trabajar en una especie de diario obrero semiclandestino. Luego liquidó su cuenta en la pensión, recogió sus escasas pertenencias, compró un billete de tren y dejó la ciudad atrás.

—¡Tom! ¡Es Tom! ¡Ha vuelto!

Los gritos de Frank, aún abrazado a su hijo, hicieron salir de la casa a Beth, a Fiona y a Jay. Tom estaba allí. En efecto, había vuelto. El reencuentro fue mucho más caluroso de lo que el chico hubiera esperado. Sin reproches ni preguntas. Sobraban las palabras. Cuando Frank lo soltó, Beth le dio un abrazo tan impetuoso que le obligó a soltar la maleta para no desequilibrarse. Fiona le besó cariñosamente en la mejilla y Jay le dio un fuerte apretón de manos. Tom notó que de veras él también se alegraba de que hubiera regresado. Todos se alegraban.

Es más fácil perdonar que pedir perdón. Tom sentía, sin embargo, la necesidad de hacerlo. Por eso le pidió a Frank hablar con él un momento en su despacho, como siempre. Beth se llevó adentro su maleta como si creyera que iba a irse otra vez. Jay se mantuvo fuera un rato, mientras Fiona sacudía la cabeza y se disponía a hacer una gran tarta de bienvenida. En el despacho, ya a solas, Tom se fijó en que su padre adoptivo tenía los ojos trémulos. Lo miró directamente, aunque le costaba hacerlo.

—Lo siento —dijo, nada más. Algo claro y directo. Verdadero.

Con todo su cariño, Frank le puso la mano en el hombro. Casi se atragantó al decir:

—No vuelvas a hacerme algo así.

—No —respondió Tom, avergonzado.

—Ya eres un hombre. Esta vez sí quiero que me des tu palabra.

Tom asintió.

—Me gustaría oírtelo decir.

—Le doy mi palabra.

Ahora fue Frank quien asintió. Ambos se quedaron quietos durante unos segundos, hasta que Beth llamó a la puerta. No podía esperar más tiempo para que Tom le contara, con pelos y señales, todo sobre

su estancia en Filadelfia. Y para contarle ella sus progresos como aprendiz de pianista. Todo volvía a la normalidad.

Aunque sin Jennifer.

En el tiempo que siguió, la granja fue saliendo poco a poco del bache y prosperando de nuevo. Fueron unos años de buenas cosechas y tranquilidad. Frank liquidó su préstamo, compró más tierras y más ganado, y las cosas le fueron rodadas. Ahora tenía dinero y posición. Sus hijos habían crecido y estaba orgulloso de ellos. Beth había cumplido su sueño de estudiar canto y danza, además de ser ya una prometedora pianista. Incluso Frank había adquirido un piano usado, a buen precio, que le regaló para que practicara en casa. Por su parte, Jay se había convertido, al lado de Zeb Wilkins, en un mecánico excelente, que pronto iría a estudiar ingeniería en una escuela técnica. Y por fin Tom, además de seguir trabajando en la carpintería de Sorensen, cada vez con mayor responsabilidad, destacaba en el deporte. Era un prometedor velocista y, por ello, había recibido una oferta para estudiar leyes en la Universidad de Pensilvania.

Hacía ya dos años que Jennifer se había marchado con su padre al Oeste. En ese tiempo, las cosas fueron calmándose entre Tom y Jay, aunque seguía existiendo una grieta entre ellos. Ninguno de los dos la había olvidado, ni podía hacerlo. Ambos la amaron y tuvieron que separarse de ella. Y era precisamente el amor el que había abierto esa grieta, una separación cada vez más estrecha aunque imposible de unir por completo.

Pero aquella mañana de esponsales no había lugar para el rencor. Sólo para la dicha que sentían por Frank. Éste, dispuesto para la boda, dedicó unos últimos pensamientos a sus hijos. Y también a Elisabeth, su primera esposa y madre de Beth y de Jay. Triste y alegre al mismo tiempo, esperó a que Rachel, con su blanco vestido de novia, llegara hasta él por la alfombra roja, entre adornos florales y las hileras de sillas de los invitados. Estaba más hermosa que nunca, con el pelo recogido y una luminosa sonrisa en los labios. Parecía a punto de reír o llorar de felicidad.

El cielo estaba despejado. Todo marchaba bien. Nadie podía imaginar que esa felicidad, compartida por todos de uno u otro modo, duraría muy poco.

La noticia corrió como un reguero de pólvora. Estados Unidos había entrado al fin en la guerra europea. Ya antes, en 1915, estuvo al borde de hacerlo tras el hundimiento del transatlántico británico *RMS Lusitania*, torpedeado por un submarino alemán. Entre su pasaje se

contaban ciento veintitrés ciudadanos estadounidenses. El gobierno de Alemania justificó entonces el ataque, a un buque civil, por la supuesta presencia de armamento en sus bodegas, procedente de Estados Unidos y con destino a Gran Bretaña.

Pero en aquel momento, pese a las quejas y la indignación de los ciudadanos, Estados Unidos optó por mantener su neutralidad oficial. Era un secreto a voces que apoyaba la causa aliada en contra de las Potencias Centrales, capitaneadas por el Reich alemán del káiser Guillermo II. Sin embargo, hacía falta un motivo de peso para que Estados Unidos se implicara de un modo directo y entrara, con todo su potencial, en una guerra que la opinión pública veía como ajena.

Y ese motivo llegó en 1917, en forma de telegrama cifrado. Un telegrama que fue interceptado por los servicios de inteligencia británicos y enviado a sus homólogos norteamericanos. Lo había cursado el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Arthur Zimmerman, al presidente de México, Venustiano Carranza. En él se le conminaba a participar en la guerra de su lado, a cambio de recuperar los territorios del norte que le habían sido arrebatados por Estados Unidos: Arizona, Texas y Nuevo México. La oferta fue declinada, pero llevó al gigante americano a la guerra contra Alemania. Era 6 de abril de 1917.

La proclama se dejaba oír por todas partes. Se requerían jóvenes que defendieran el honor de su país en los campos de batalla de la vieja Europa. En todas partes empezaron a abrirse oficinas de reclutamiento. Varios chicos de Sunnyside ya se habían alistado. Los padres de todos ellos no perdían oportunidad de hacer saber a los demás lo orgullosos que estaban de sus hijos. Las madres, sin embargo, sólo conseguían asentir, con los ojos húmedos, ante el entusiasmo de sus maridos.

Una tarde, Tom y Jay pasaron frente a la oficina del pueblo. Desde fuera, un soldado los llamó para que se acercaran, pero ellos no le hicieron caso y siguieron caminando. No tenían la menor intención de alistarse y de interrumpir un futuro que, a ambos, se les presentaba lleno de luces y de promesas.

—¿Tú crees que hacemos mal? —dijo Jay, un poco más adelante.

—¿Por qué? —dijo Tom—. ¿Por no alistarnos?

Jay asintió. Estaba preocupado, como si fuera algo indigno querer mantenerse al margen.

—Ésta no es nuestra guerra. Si en Europa quieren matarse unos a otros, que resuelvan ellos sus problemas.

—Supongo que tienes razón —aceptó Jay, sin demasiada convicción.

Hubiera o no entrado Estados Unidos en la guerra, lo cierto es que poco había cambiado en la rutina diaria de Sunnyside o en la de ellos mismos. Como hacían con cierta frecuencia, estaban en el pueblo para tomar un helado. La única novedad era que luego irían a ver una película en el recién inaugurado *nickelodeon*. No esperaban nada especial de aquel día, hasta que entraron en la heladería. Durante unos instantes no pudieron creer lo que estaban viendo. Jennifer estaba allí, sentada a una de las mesas. Sola, con un batido de chocolate entre las manos. Tom se quedó totalmente inmóvil, mientras Jay iba hacia ella con una sonrisa.

—¡¿De verdad eres tú?!

La chica no los había visto entrar. Estaba absorta, con la mirada perdida en la espuma de su vaso.

—Jay… —dijo, y sacudió la cabeza.

Se levantó para abrazarle, aunque sus ojos se desviaron hacia Tom. Todavía en la puerta, él mantuvo su mirada hasta que ella la posó de nuevo en Jay.

—¿Cuándo has vuelto?

—Ayer.

—¿Y tu padre?

La expresión de Jennifer se oscureció.

—He venido con él. Ha decidido volver aquí. No le fue muy bien en el Oeste. Acabaron echándolo de la mina donde trabajaba. Por lo mismo de siempre. Sus promesas duraron poco…

—Hola, Jennifer —dijo Tom, acercándose por fin a la mesa.

—Hola, Tom.

Se escrutaron el uno al otro, como si así fueran capaces de adivinar los pensamientos mutuos.

—Tú también volviste —dijo ella—. ¿Cómo te fue en Filadelfia?

—Bueno…

Si Jennifer hubiera sabido cuánto sufrió Tom cuando ella se fue…, cómo la había echado de menos hasta que se convenció de que ya no volvería a verla… Y, sin embargo, la tenía de nuevo frente a sí, tan hermosa como la recordaba. Más hermosa aún, y convertida en toda una mujer.

—¿Vas a quedarte? —le preguntó Jay, que no era ajeno a la actitud de Jennifer y su hermano.

—Mi padre ha recuperado la granja. Está mucho mejor que cuando la dejó. Al menos en estos dos años ha sido bien trabajada.

Tom no pudo evitar pensar en si Jennifer, en esos mismos dos años, habría tenido a alguien con ella. Él no había estado con nadie más, y le asaltó un absurdo ataque de celos que no fue capaz de

reprimir, aunque sí de disimular.

—Estábamos pensando en ir al *nickelodeon* —dijo Jay—. Ponen una película muy buena.

—Me gustaría —contestó Jennifer, después de sopesarlo—. Pero no sé si es buena idea. No quiero que os metáis otra vez en líos por mi culpa.

Jay no estaba dispuesto a rendirse. Se metió la mano en el bolsillo y comprobó que tenía suficiente dinero para dos entradas.

—Yo te invito. No puedes decir que no.

—Pero mi padre… Sigue prohibiéndome que os vea. Ayer mismo me lo recordó, nada más llegar.

—La sala está oscura —insistió él—. Podemos entrar por separado y luego sentarnos juntos cuando apaguen las luces.

La joven dedicó otra fugaz mirada a Tom. Se preguntó si podría leer en sus ojos lo que sentía. Luego sonrió hacia Jay.

—De acuerdo. Me alegro tanto de veros de nuevo, chicos. Otra vez los tres juntos.

—Sí, otra vez los tres juntos —repitió Tom dejando caer las palabras.

Desde que regresó de Filadelfia, ya sin Jennifer en Sunnyside, Tom trató por todos los medios de olvidar sus sentimientos hacia ella. Siguió mucho tiempo enamorado, y hasta pensó más de una vez en ir en su busca para convencerla de que debían estar juntos. Pero no quería causarle complicaciones, ni tampoco a Frank. Ahogó su tristeza en el deporte y resultó ser un magnífico corredor. Cada cuatro años se celebraba una competición mundial, inspirada en los antiguos juegos deportivos de los griegos, a la que llamaban Juegos Olímpicos. La idea de participar en ellos, como parte del equipo norteamericano de atletismo, había centrado sus ilusiones en los últimos tiempos. Pero ahora, con Jennifer allí otra vez, los viejos sentimientos resucitaban.

Ajena a todo ello, Jennifer terminó su batido. Lo hizo de un largo trago y después dijo, sonriente:

—¡Vámonos!

Jay sacó las entradas de los tres en la taquilla del *nickelodeon*. Les entregó sus billetes a Jennifer y a Tom, y luego, según habían acordado, esperaron a que ésta entrara antes de hacerlo ellos, que la siguieron unos minutos más tarde. En la sala no había demasiado público. Los habitantes de Sunnyside estaban divididos sobre la cuestión de si el cinematógrafo era un novedoso entretenimiento o una malévola manifestación demoníaca, y los defensores de esto último aún llevaban ventaja. Mejor para ellos tres, que pudieron elegir sitio a voluntad. Se sentaron en la última fila, la más alejada de la

pantalla.

Poco después las luces se apagaron y comenzó la película. Era una de vaqueros titulada *Arizona*, dirigida por Lawrence B. McGill. Un pianista complementaba con su música la muda cinta, remarcando los momentos de tensión o humor, la acción y las imágenes. Jennifer no tardó en sentarse con Tom y Jay. Le habían dejado un hueco entre ambos y fue allí donde se colocó. Tenían mucho de que hablar y que contarse. Quizá por eso mismo, durante un buen rato, ninguno de los tres dijo nada.

—Nunca me olvidé de ti —susurró Jennifer de pronto, al oído de Tom.

Jay los miró de reojo. Desde la noche en que su hermano y ella hicieron el amor, ya nada había sido igual. Ni podría volver a serlo nunca más. Fue un ingenuo por llegar a pensar lo contrario. Algo muy profundo, en el fondo de su alma, emergió de nuevo. Algo que creía enterrado, olvidado, pero que ahora, como un depredador, le mordía sin misericordia.

—Yo tampoco me olvidé de ti —dijo Tom a Jennifer, también en un susurro—. Ni un solo día.

El taller de Zeb Wilkins seguía como siempre, repleto de mugre y cacharros. Pero, para Jay, estar allí era como estar en casa. Hacía ya tiempo que Zeb le ofreció ser su ayudante permanente y cobrar un buen dinero por las reparaciones de ejes, ruedas, bicicletas, chapas y motores de los ya numerosos automóviles, y algunas motocicletas, que había en Sunnyside.

Durante ese tiempo, Jay convenció a Zeb para que le enseñara a conducir su viejo Ford. El chico tenía talento para pilotar, aunque el dueño del taller no le dejó competir en ninguna de las carreras en que seguía participando. Cuando el Ford pasó a mejor vida, ya sin posibilidades de arreglo, Zeb adquirió otro coche. Uno de carreras, medio destartalado, pero mucho más potente que el viejo modelo T. Juntos lo habían arreglado y ajustado, y por fin tenían opciones reales de vencer en alguna prueba de escasa categoría.

Como todas las tardes, Jay estaba en el taller, limpiando un carburador, cuando Jennifer apareció por la puerta y llamó con los nudillos. Seguía molestándole el denso olor a grasa, así que se quedó en el umbral. Algunas cosas nunca cambian. Al verla, Jay dejó la pieza y se levantó.

—Hola, Jennifer, ¿qué haces aquí?

Su presencia le hizo recordar la última vez que estuvo en el taller.

Fue para decirle que se marchaba, y para pedirle que buscara a Tom en Filadelfia y le convenciera de que regresara al pueblo. Un encargo doloroso que cumplió.

—¿No está Tom contigo?

—No —dijo Jay, tratando de que no se le notara el desagrado que le provocaba cualquier mención que ella hiciera sobre su hermano.

—¿Y no sabes dónde puede estar?

—Se ha ido esta mañana con mi padre. Tenía que inscribirse en una competición deportiva del estado, en Harrisburg, creo. No volverá hasta mañana. ¿No te lo ha dicho?

La chica se mordió el labio inferior y miró hacia lo alto, tratando de hacer memoria. Era tan guapa…

—¡Qué cabeza tengo! —exclamó—. Me lo dijo hace un par de días, pero se me había olvidado.

—Yo termino aquí dentro de poco. En cuanto llegue Zeb podré irme. ¿Te apetece tomar un helado, o que demos un paseo?

—Bueno. Te espero en la helade…

Jennifer no tuvo tiempo de terminar. Zeb apareció en ese preciso momento, tambaleándose sobre una bicicleta con la rueda delantera alabeada y retorcida. Seguía siendo tan peculiar como siempre. Al frenar junto a la entrada, a punto estuvo de caerse o de atropellarla.

—Hola, damita, me alegro de verte por aquí de nuevo —le dijo, con el equilibrio ya recuperado. Luego miró a Jay y le hizo un gesto de saludo.

—Zeb, ¿te importa si me voy hoy un poco más pronto? —dijo éste.

El dueño del taller dejó la bicicleta apoyada a un lado y sonrió.

—No, claro. Puedes irte. No vas a dejar sola a esta señorita.

Jennifer también sonrió. Antes le molestaba mucho que la trataran como una chica, pero ahora le agradaba. Siempre que eso no implicara asumir que era una tonta, o algo así.

Jay se lavó las manos y se quitó el mono de trabajo. Se despidió de Zeb y salió del taller. Mientras caminaba con Jennifer hacia la heladería, se detuvo de pronto y dijo:

—¿Por qué no vamos al prado?

—¿Al prado? —dijo ella, extrañada—. ¿A qué prado?

—Al que íbamos siempre de niños. El que está al otro lado del arroyo.

—Ah, sí. Hace tanto que no voy, que ya no me acordaba. Allí fue donde me rompí el brazo aquella vez, bajando de un árbol.

—Bueno, pero hoy no vamos a escalar árboles, ¿verdad?

La expresión de añoranza de Jay convenció a Jennifer. También a él le tenía mucho cariño. Cuando estuvo lejos de Sunnyside pensó en

Tom como en alguien a quien amaba, pero Jay no quedó excluido de sus recuerdos. En otras circunstancias, hasta podría haber llegado a enamorarse de él. Había vivido muchos momentos inolvidables con Jay, hasta que sucedió lo que sucedió y su padre se la llevó del pueblo.

—Vale —aceptó—. ¿De verdad que no te apetece subirte a un árbol?

Ambos rieron como cuando tenían doce años. Incluso volvieron a actuar como lo hacían entonces, retándose a carreras entre postes y hablando de bobadas. Pero eso cambió al llegar al prado. Jennifer se sentó junto a Jay, bajo las ramas del mismo árbol que los vio crecer. Casi al instante, su rostro se entristeció.

—¿Qué te pasa? —dijo el chico, asustado. No entendía por qué su actitud había cambiado tan repentinamente.

—Nada, Jay. Es que… Es que me estaba acordando de lo felices que éramos. Estos dos años lo he pasado muy mal, ¿sabes?

A Jay le agradó que Jennifer estuviera abriéndole su corazón. A él y no a Tom, aunque sólo fuera porque su hermano no estaba allí.

—Todo por mi padre. Me prometió que dejaría la bebida, pero no lo hizo. Cada vez bebía más y era más violento. Si no hubiera sido por mis tíos, creo que habría podido matarme. Una vez pensé que en el fondo era bueno, y que la culpa de todo la tenía el whisky. Ahora ya no sé qué pensar. Ojalá se muriera…

En ese momento, dos lágrimas afloraron a sus ojos y se agarró del brazo de Jay. Él la miró con ternura y se apretó contra ella.

—Las cosas cambian —dijo—. Nosotros podemos cambiarlas.

Jennifer no entendió el sentido completo de sus palabras, pero asintió y se secó las lágrimas.

—Yo también te quería, Jennifer —dijo Jay de pronto.

Tenía su rostro a un palmo del de ella. Lo aproximó aún más, poco a poco, y cerró los ojos con intención de besarla. Jennifer apartó la cabeza hacia el otro lado y se levantó.

—Sabes que te quiero, Jay. Pero no de esa forma.

Él también se levantó. La dulzura de sus palabras anteriores se transformó en una furia ciega cuando le espetó:

—¡¿Es que sólo puedes pensar en Tom?! Siempre tengo que estar detrás de él. Ser el segundo plato.

—¿Por qué dices eso?

A Jennifer le dolía ver así a Jay por su causa. Aunque ella no tuviera la culpa.

—Desde que llegó aquí, siempre le he seguido en todo lo que hacía. Y hasta tú lo prefieres a él. Estoy harto. Harto de Tom.

Las frases de Jay eran cada vez más dolientes. Se movía de un lado a otro, bufando. De repente se detuvo. Miró a Jennifer con los ojos encolerizados. Dudó un instante y luego se lanzó hacia ella.

—¡¿Qué haces?!

Él le agarró ambas mejillas con fuerza y la besó en los labios a pesar de su resistencia. Ella se apartó en cuanto pudo y le dio una bofetada con todas sus fuerzas. Jay salió como de un trance. Parecía haberse despertado en ese momento de un sueño que le hizo esclavo, por unos segundos, de sus más oscuros deseos.

—Lo siento… —dijo en un hilo de voz.

—¡No quiero volver a verte nunca más!

—Yo…

—Nunca más. O le contaré a Tom lo que has hecho.

Mientras Jay veía cómo ella se alejaba llorando, se maldijo a sí mismo. Y también maldijo a Tom.

—¿Dónde diablos te has metido toda la noche? —preguntó Tom a Jay cuando, al día siguiente, lo encontró por fin en el pueblo—. Frank no paró de preguntarme por qué no venías a cenar y tuve que inventarme una excusa. Y tienes suerte de que no sepa que no has pasado la noche en casa. Le he dicho que habías salido temprano.

—Son cosas… que pasan —respondió Jay, evidentemente ebrio.

—¿Estás borracho?

—Corrección: estoy muy borracho.

Jay apenas era capaz de pronunciar las erres. Tom tuvo un presentimiento extraño y preguntó:

—¿Has estado con Jennifer?

—Sí y no. He estado con ella. Pero no como tú. Ya sabes… aquel día en el lago.

—Eso es agua pasada. ¿Te ha ocurrido algo con ella?

—¡Qué más quisiera yo! —Las risotadas de Jay al decir eso acabaron en amargas palabras—. Ella no quiere nada conmigo. Sigue enamorada de ti. Siempre tienes que ser mejor que yo en todo…

—Eso no es…

—¡Déjame terminar! —le cortó Jay—. No quiero seguir siendo una mera comparsa. Tú te fuiste una vez. Ahora es mi turno. Me marcho a Europa.

Tom lo miró atónito por un momento, para luego exclamar:

—¡¿Qué?!

—Mira. —Jay sacó un papel del bolsillo y lo desplegó antes de mostrárselo a su hermano.

Éste lo cogió y lo escrutó sin dar crédito a lo que estaba leyendo.

—Te has alistado…

—Sí, señor. Me he unido al glorioso ejército de los Estados Unidos de América. Tengo que presentarme mañana para empezar la instrucción. Y luego, a Europa.

Jay acompañó sus palabras con un gesto torpe de la mano, que pretendía indicar lo lejos que iba a marcharse.

—Eres la persona más estúpida que he conocido en toda mi maldita vida —dijo Tom, furioso.

—Estoy de acuerdo. Pienso lo mismo.

Era un estúpido, sí, pero también su hermano. Y no iba a permitir que aquello siguiera adelante. Agarró a Jay por el brazo y lo llevó calle abajo casi a la rastra, sin la menor contemplación, hasta llegar a la oficina de reclutamiento. Tom le hizo sentarse en un banco junto a la entrada.

—Quédate ahí y no te muevas —le ordenó, apuntándole con un dedo.

El soldado que custodiaba el acceso los miró con curiosidad. Tom se volvió hacia él y, con el mismo tono imperativo, le dijo:

—Quiero hablar con el responsable del reclutamiento.

El soldado lo condujo al interior. No había nadie más allí en ese momento, por lo que Tom no tuvo que esperar y accedió directamente a la oficina donde muchos habían firmado, sin saberlo, su propia sentencia de muerte. Al oficial que estaba en su interior no le sentó nada bien que aquel pueblerino entrara sin molestarse siquiera en llamar a la puerta.

—Esto no es ninguna taberna —dijo, visiblemente irritado.

—Eso creo yo también —respondió Tom—. Así que no deberían dejar entrar aquí a hombres borrachos.

—¿Qué quieres decir con eso, muchacho?

Tom colocó sobre la mesa el documento por el que Jay se había comprometido con el ejército. El militar le dirigió un vistazo rápido y dijo:

—Está en orden. No veo nada incorrecto.

Tom tenía las mejillas inflamadas de ira, pero hizo todo lo posible para mostrarse cortés y no complicar aún más las cosas.

—Mi hermano está sentado ahí afuera, completamente borracho. Igual de borracho que estaba cuando firmó este papel. Tiene que haber alguna forma de anularlo.

El oficial se sentó en su silla y puso las manos cruzadas sobre la mesa. No tenía buenas noticias para Tom.

—Me temo que no es posible hacer nada. Si lo ha firmado, ya no

puede retractarse.

—Por favor, ¿es que no lo entiende? No sabía lo que estaba haciendo. ¿Está seguro de que no existe ninguna posibilidad de anulación?

El oficial negó con la cabeza.

—Ninguna.

Tom asintió. Sólo había una cosa que pudiera hacer.

—Entonces yo también quiero alistarme.

—¿Estás seguro…?

La pregunta del oficial no era irónica. Simplemente estaba sorprendido. A pesar de ello, Tom sintió ganas de romperle la cara. Pero era algo que no podía permitirse hacer. Si acababa detenido por agresión ya no le permitirían ir con Jay a Europa y todo aquello carecería de sentido. Maldito seas, Jay, pensó. Y supo que su vida iba a tomar un nuevo rumbo. Uno que, de nuevo, no había elegido él y que iba a obligarle otra vez a dejar atrás todo cuanto amaba en este mundo.

Después de firmar, Tom salió de la oficina y se encontró a Jay durmiendo, acurrucado en el banco donde lo había dejado. Se sentó a su lado y le puso encima su chaqueta. No iba a despertarlo. Le vendría bien descansar para que se le pasara un poco la borrachera antes de que volvieran a casa. Y, antes también de eso, él tenía mucho en que pensar.

Los Carter se preparaban para la cena cuando Tom y Jay finalmente regresaron del pueblo. Frank se había sentado ya a la mesa y Rachel acababa de poner sobre ella un puchero de sopa. Desde que se casó con Frank, era su nueva esposa la que se encargaba de todas las labores de la casa. Fiona, el ama de llaves durante tantos años, decidió marcharse para disfrutar de su vejez después de una vida de trabajo y servicio. Frank le dio un buen dinero extra como agradecimiento. Eso, unido a lo que había ahorrado, le permitirían pasar cómodamente sus últimos años en su localidad natal, un pueblecito a las afueras de Harrisburg.

Los dos muchachos entraron por la puerta de la cocina y se toparon allí con Frank y el resto de la familia. A Tom se le había acabado el tiempo.

—Tenemos algo que deciros.

Frank levantó la vista de su plato. El tono de Tom y la mirada esquiva de Jay no presagiaban nada bueno.

—No os habréis metido en algún lío, ¿verdad?

Tom respiró profundamente. Luego expulsó el aire con un largo suspiro y dijo:

—Jay y yo nos hemos alistado.

—¡¿Cómo?! ¡¿Qué locura es ésa?! —gritó Frank al tiempo que se levantaba como por resorte. La mesa se sacudió y el puchero cayó al suelo, haciéndose añicos. La voz sobresaltada de Rachel se unió al estrépito de la loza partiéndose.

—Nos vamos mañana.

—Eso es imposible. Volved ahora mismo a la oficina de reclutamiento y anuladlo. No intentes replicar, Tom. Te lo ordeno. ¿Cómo ha podido metérsete esa idea en la cabeza…? Y, tú Jay, ¿cómo has podido dejar que te arrastrara a semejante locura?

Frank no podía ni concebir que la idea de alistarse hubiera sido de Jay, y no de Tom. Ninguno de los dos muchachos, cada uno por sus propias razones, quiso contarle la verdad.

—No hay nada que hacer, padre —dijo Jay. Y, luego, quizá para convencerse también a sí mismo de que aquello era real, repitió—: Nos vamos mañana.

Frank se echó las manos a la cabeza. No podía creer lo que estaba oyendo. A Tom se le encogió el corazón de dolor. Ojalá pudiera cambiar todo aquello. Pero no podía. Y había algo que aún le quedaba por hacer antes de marcharse al día siguiente.

Las luces de la casa de Jennifer estaban todas apagadas cuando él llegó. Mil años antes, ella había lanzado piedras a la ventana de su habitación. Lo mismo hizo Tom ahora. Jennifer tardó mucho menos tiempo en asomarse, aunque su rostro reflejaba una aguda preocupación.

—¿Puedes salir? —le susurró Tom.

—Mi padre ha ido a la taberna. Tardará en volver. Ahora mismo bajo.

Jennifer desapareció de la ventana para, momentos después, aparecer en la puerta. Vestía sólo un camisón de algodón blanco. Tom pensó que si existía un Dios, así debían de ser los ángeles a su servicio. Intentó sonreír, aunque apenas lo logró. Ella también parecía triste por alguna razón.

—Jennifer… Lo siento.

Ella lo abrazó.

—Tú no tienes la culpa —le dijo.

Pensaba que Tom se refería a lo que había pasado con Jay el día anterior. Imaginaba que él se lo habría confesado. Tom, por su parte, no entendió cómo era posible que ella supiera ya lo de su alistamiento.

—No podía dejar ir solo a Jay.

—Dejarlo ir solo… ¿Adónde? ¿De qué me estas hablando, Tom?

Jennifer dejó de abrazarlo y le miró a los ojos.

—De la guerra.

—¡Por favor, dime que no te has alistado!

Había desesperación en su voz.

—Jay y yo salimos mañana hacia un campamento de instrucción.

Jennifer lo apartó de sí.

—No puedo creer que me hagas esto ahora —dijo, en un tono de reproche que llegó muy hondo a Tom—. Yo… te amo.

—Y yo a ti. Ya lo sabes. No he tenido más remedio que alistarme yo también. Hoy me he encontrado a Jay borracho como una cuba. Me contó que había estado contigo, dijo un montón de estupideces y luego que se había alistado. No podía dejarle ir solo, ¿lo comprendes? He tenido que alistarme yo también —repitió.

—¿No hay modo de echarse atrás? ¿De anularlo?

—Ya lo he intentado… Lo siento. Pero ¿qué pasó ayer entre tú y Jay?

En ese momento, Jennifer ató todos los cabos. Y decidió que no era el mejor momento para contar la verdad.

—No pasó nada. Sólo estuvimos en aquel árbol junto al arroyo, recordando cosas de cuando éramos críos.

Los ojos de Tom revelaban que quería creerlo pero no era capaz. Algo tuvo que suceder. Lo que fuera. Sin embargo, eso ahora importaba poco. Se querían el uno al otro y el destino se empeñaba en separarlos. Cuando escaparon en el tren tuvieron una oportunidad de conseguir su objetivo, por descabellado que ahora les pareciera. Después ella se marchó con su maldito padre al Oeste. Y ahora no había salida. Las cosas eran como eran y nadie podía cambiarlas.

—¿Qué tal te fue ayer en la prueba? —dijo al fin Jennifer, con lágrimas en los ojos.

—Me clasifiqué. Pero eso ya da igual.

Cuando Tom regresó a casa, Frank Carter ya se había convencido de que, en efecto, la revocación del alistamiento era imposible. Estaba sentado en su oficina, casi a oscuras. Su rostro exhibía una honda expresión de tristeza; casi de desesperación. Toda su alegría por la reciente boda y su desahogada situación financiera, se había convertido, en un suspiro, en la negrura de una tormenta interior.

Arriba, Rachel trataba de consolar a una Beth inconsolable, que no había parado de llorar desde que se enteró de la noticia. Incluso una chica tan joven como ella se daba cuenta de que una guerra no era ningún juego. De una guerra, muchos no regresan. O lo hacen en una

caja de madera. Jay, por su parte, estaba en la habitación, preparando el equipaje.

—Tom.

Frank lo llamó desde su despacho cuando le oyó entrar en casa. En su voz se mezclaban perfectamente la aflicción y la severidad. El muchacho atravesó el salón y entró en la pequeña estancia donde tantas veces había visto a Frank hacer las cuentas de la granja y guardar los documentos relacionados con ella. Y donde le dijo que se iba y le decepcionó hasta lo más profundo. Frank esperó a que entrara y cerrara la puerta antes de hablar de nuevo.

—Si volvéis con vida de Europa, no quiero volver a verte nunca más. Te he criado y educado como a un hijo, y me lo pagas así, marchándote a la guerra sin pedirme permiso, ni tan siquiera mi opinión, y arrastrando contigo a Jay. Sabes que él siempre te ha admirado y ha visto en ti a un hermano mayor, aunque tengáis la misma edad. Incluso fue en tu busca cuando te marchaste… Debías haber pensado en todo eso antes de alistarte. Mejor hubiera sido dejarte en las calles de Filadelfia, o que no hubieras vuelto de allí. No, no debiste volver. Ojalá no lo hubieras hecho.

Las palabras de Frank fueron muy amargas. Tom no podía creer que pensara de verdad lo que había dicho, pero sentía tanto respeto hacia él que prefirió no replicar. Menos aún contarle la verdad: que, en esta ocasión, había sido él quien había seguido a Jay en su despechada decisión de alistarse, y no al contrario. Y sólo para poder protegerlo cuando estuviera con el uniforme y un fusil en los campos de batalla. Él, que apenas sabía disparar una escopeta de caza.

—Adiós, padre —dijo Tom únicamente.

—Como tú dijiste una vez, yo no soy tu padre. Nunca lo he sido. Ni tú eres mi hijo.

El chico contuvo las lágrimas de tristeza y rabia que le venían a los ojos. Se volvió hacia la puerta y dio un paso hacia ella, pero la voz de Frank le hizo detenerse.

—Espera —dijo. Tom se quedó de espaldas, muy quieto—. Sólo te pido una última cosa. Cuida de Jay. No le dejes solo. No dejes que lo maten.

Antes de salir, Tom asintió con la cabeza.

—Lo prometo.

10

En sus inicios, muchos creyeron que la contienda europea iba a durar unos pocos meses; un año a lo sumo. Nuevas armas y tácticas lo auguraban. Los soldados que se encontraron en los campos de batalla fueron a la guerra como quien acude a un torneo medieval, cargados de inflamado patriotismo e ideales caballerescos. Pero se había estancado. Kilómetros y kilómetros de trincheras cruzaban los fértiles campos y prados, angostas y agobiantes, rodeadas de alambre de espino y olor a desolación y muerte.

Nunca antes se había conocido una guerra tan sucia. Tan inhumana y atroz. Los hombres se hacinaban en camarillas donde las ratas medraban, campando a sus anchas. Miles de ellas. Millones. A veces, incluso encontraban su alimento en los cadáveres de soldados recién muertos, cuyos cuerpos no daba tiempo a enterrar. Cualquier noble ideal había quedado reducido a la batalla que se libraba en el cielo, muy por encima del nivel de la tierra, donde los pilotos de rudimentarios aviones de caza se batían en combates singulares. Nada de eso permanecía allí abajo. Se había disipado como hojas en un vendaval.

Después de un tiempo en esas trincheras del inacabable frente occidental, cerca de la frontera entre Francia y Bélgica, todos los días parecían iguales. Aunque había excepciones. Momentos raros en los que, para variar, la alegría superaba al abatimiento. Uno era la llegada del correo. El cartero fue diciendo en voz alta los nombres de los soldados, todos ellos americanos integrados en el cuerpo del ejército francés: los famosos *doughboys*. Muchos recibían cartas y paquetes de sus familias o de sus novias. Otros tenían que contentarse con las cartas que enviaban chicas anónimas a soldados escogidos al azar. Se había convertido en una costumbre popular en Estados Unidos que ningún soldado estuviera completamente solo en el frente, que siempre tuviera un espíritu femenino a su lado, aunque el apoyo fuera únicamente moral.

El cartero dijo el nombre de Jay. Para él había un paquete. Para Tom, dos cartas. El primero abrió su paquete y encontró dentro chocolate, cigarrillos y un buen pedazo de carne curada. También una carta de Frank, con el reverso escrito por Beth. Jay se apartó un poco para leerla en privado.

Querido hijo:

Te envío todo lo que me dejan incluir en un paquete tan pequeño. Confío en que estés bien y que esto te haga el servicio un poco más llevadero. He leído en los periódicos que Alemania y sus aliados están cada vez más débiles, cerca de la derrota. Ojalá sea así y volváis a casa muy pronto. No le digas nada a Tom, pero dale la mitad de lo que te he enviado. Rachel te manda sus recuerdos. Tú y Tom estáis presentes en nuestros pensamientos y oraciones.

Tu padre, que te quiere,

F.

Querido hermano:

Espero que estés matando muchos alemanes. No dejes que te hieran. Y dale a Tom un beso de mi parte. Yo sigo con mis clases de danza, de canto y de solfeo. ¿Sabes que ya he compuesto una pieza para piano, inspirada en una mazurca de Chopin? Tengo muchas ganas de verte, y también a Tom. Tened mucho cuidado, comed bien y abrigaos.

BETH

La parte que había escrito Beth era un poco infantil, pero eso a Jay le alegró. Era bueno que no todo el mundo tuviera presentes los horrores de aquella guerra. Beth le decía que comieran bien y se abrigasen. Como si eso dependiera de ellos o estuvieran en alguna competición deportiva. Jay echaba mucho de menos a su familia. Y no podía quitarse a Jennifer de la cabeza. A veces pensar en ella le causaba un dolor insoportable. Otras, en cambio, imaginaba que las cosas podrían cambiar a su vuelta. Que conseguiría, al fin, que ella lo quisiera a él y se olvidara de Tom.

No imaginaba que una de las dos cartas que su hermano había recibido era precisamente de Jennifer. También éste se retiró en busca de algo de privacidad para leer su correo. Se guardó en el bolsillo la otra carta, de una muchacha de Wyoming que lo había elegido al azar, y abrió la de Jennifer. Estaba escrita de un modo que parecía apresurado, sin firma, con la letra temblorosa y su mala caligrafía de siempre.

He pensado mucho en lo que me decías en tu última carta. Sabes que te quiero y sé que tú aún me quieres también a mí. Sólo por eso haré lo que me pides. Escribiré a Jay y le diré que le espero, que quiero verlo, que le echo de menos. Que lo he estado pensando y que le prefiero a él.

Mentiré por ti, Tom. Porque te amo. Aunque cada noche pienso que ojalá no te hubiera conocido nunca.

La tinta estaba corrida en varios puntos. Jennifer había estado llorando mientras escribía aquella carta. Tom apretó los dientes hasta hacerse daño en la mandíbula. ¿Por qué no podía mandarlo todo al diablo e intentar ser feliz? ¿Por qué maldita razón tenía que hacer siempre lo correcto? No encontró ninguna respuesta satisfactoria para aquellas preguntas. Pero le había prometido a Frank que cuidaría de Jay y, si no hacía algo, el maldito estúpido iba a cometer alguna locura cualquier día y dejarse matar. Por eso le había pedido a Jennifer que le diera un motivo para luchar y sobrevivir, una razón para que deseara volver a casa sano y salvo. Y también por otra promesa distinta a Frank Carter. Una que éste nunca le oyó decir, pero que Tom había formulado más de una vez: pagarle lo que había hecho por él.

El sargento entró en la compañía en ese momento y ordenó a los hombres que se dispusieran a recibir un nuevo ataque enemigo. Acababa de llegar un despacho del alto mando, al que el servicio de espionaje había advertido de su inminencia. Tom fue en busca de Jay. Siempre estaba cerca de él.

—Andando —le dijo—. ¿Qué había en el paquete? ¿Algo bueno? ¿Cigarrillos?

—Sí —contestó Jay secamente. Y, sin decir más, se repartió su contenido entre los bolsillos de la guerrera.

—¡Jennifer! —bramó Isaiah Sprintze desde su cama.

—Ya voy, padre.

Hacía algo más de una semana que Isaiah se había roto una pierna al bajar del granero. Desde entonces no podía levantarse del lecho y dependía de Jennifer para todo. Incluso para hacer sus necesidades, a pesar de que su dormitorio se hallaba en la planta baja, por detrás del espacio que hacía las veces de comedor. Jennifer cogió una bacía y entró con ella en el cuarto. Las paredes estaban mugrientas y agrietadas.

—Aquí estoy, padre.

—Ya era hora. Casi me lo hago encima.

Jennifer apartó la mirada cuando su padre retiró la manta que lo cubría. Estaba desnudo y no le importaba exhibirse delante de su hija. A ella le repugnaba que se comportara de ese modo. Esperó fuera hasta que él volvió a llamarla para que se llevara sus excrementos.

—Tengo hambre —dijo él, al darle la bacía—. Tráeme algo de comer. Y una botella de whisky.

La última reposaba sobre una mesilla que había junto a la cama.

Estaba vacía, aunque Isaiah la había empezado la noche anterior. Jennifer salió de nuevo afuera y vació los excrementos en la caseta del retrete. Olían ácidos por el alcohol y casi le hicieron vomitar. Se lavó las manos en la bomba de agua y las secó en sus ropas como si quisiera arrancarse la piel. Luego regresó adentro y llevó a su padre lo que le había pedido.

Él se quedó adormilado después de beberse unos buenos tragos de whisky. Jennifer suspiró. Ya no podía retrasar más su carta para Jay. Trató de evitar las lágrimas al pensarlo. Aquélla era la carta más difícil que habría imaginado tener que escribir en su vida.

Algo ocurrió de pronto en medio de la cerrada y gélida noche. Una lejana detonación sorda y un silbido cada vez más intenso. Luego, una gran explosión cerca de las trincheras, que arrancó la tierra en medio de una nube de fuego, abriendo un enorme boquete.

—¡Los alemanes atacan! —gritó el sargento de guardia.

Todos los hombres se levantaron de sus catres y corrieron en busca de sus fusiles, sin tiempo para terminar de abotonarse los uniformes. Las bombas caían ya por todas partes.

—¿Qué clase de artillería es ésa? —preguntó Jay a Tom.

—No lo sé. Pero nos van a machacar.

Al otro lado del campo de batalla, los alemanes arrojaban sobre el frente aliado los proyectiles de sus nuevos obuses. Pretendían destrozar las defensas de sus enemigos antes de lanzar una gran ofensiva al despuntar el alba. Tom y Jay llevaban meses luchando sin tregua. Estaban flacos y parecían diez años más viejos. Pero Jay se comportaba ahora de un modo muy diferente a como lo hizo cuando desembarcaron en Francia. Ya no le daba igual vivir o morir. Había recibido la carta de Jennifer y creía que ella lo esperaba al otro lado del Atlántico. El engaño de Tom había surtido efecto.

Los gritos de los mandos se repetían por toda la trinchera. Había que resistir, no ceder un palmo de terreno al enemigo. Ésa era la consigna. Pero pronto se reveló como un imposible. Los soldados aliados retrocedían o quedaban tendidos sobre la tierra, empapada de agua sucia y sangre.

Una de las bombas explotó a la espalda de Tom, que junto a Jay se batía en retirada. Algo viscoso le salpicó el casco y la espalda. No era sólo barro, sino una mezcla sanguinolenta de carne y huesos machacados. Ahogó una arcada y lanzó un grito de horror. Jay estaba a su lado, pero no podía correr a su ritmo. Un pedazo de metralla se le había incrustado en la bota.

—¡Agárrate a mí! —le gritó Tom en medio de la tormenta de explosiones.

En pocos minutos, el campo quedó inundado por una nube blanquecina: estaban usando el mortífero gas de cloro. Lo que quedaba de su regimiento, en desbandada, se replegó en la retaguardia. Se había perdido el terreno ganado en las últimas semanas. Aquella maldita guerra sólo consistía en eso: en un inútil flujo y reflujo de líneas de frente jalonadas por miles y miles de muertos.

Un sanitario de largos bigotes curó a Jay su herida apresuradamente, ya fuera del alcance del gas venenoso. Era sólo un rasguño. El recio cuero de la bota había evitado que resultara más grave. El bombardeo había concluido y las fuerzas se reorganizaban en sus nuevas posiciones. También los aliados estaban a punto de recibir nuevas piezas de artillería y, así, todo quedaría de nuevo equilibrado. Todo seguiría igual.

Horas después, la claridad del amanecer empezaba a convertir la negrura en penumbra. Caía una lluvia fina e incesante. El ambiente era gélido y el olor de la tierra mojada ascendía hacia un cielo totalmente cubierto por las nubes. Durante toda la noche, después de la ofensiva alemana, se habían estado escuchando las detonaciones de disparos solitarios. Ahora la calma parecía total. Pero todos sabían que era sólo el preludio de una nueva batalla.

Los hombres, reorganizados, empezaron a agolparse en las trincheras, con el rostro a menos de un palmo del barro húmedo y pegajoso. Los fusiles estaban ya preparados. Cada corazón latía acelerado. Cada boca emitía vaho en medio de la llovizna. Un corredor del servicio de mensajeros había llevado hasta allí las órdenes del mando. Había que contraatacar adelantándose a otro ataque enemigo.

De pronto, un grito rasgó el silencio. Un grito que se repitió en cada tramo de trinchera.

—¡Calar bayonetas!

Los hombres insertaron los afilados cuchillos en la punta de sus fusiles. Si lograban alcanzar la trinchera enemiga, les servirían en la lucha cuerpo a cuerpo. Pero sólo si alcanzaban la otra trinchera. Ahora, los esbeltos fusiles cubrían la tierra, orientados hacia el mismo lugar como antiguas lanzas medievales.

Tom estaba al lado de Jay. Ambos vestían el uniforme del ejército estadounidense, aunque bajo mando francés. Tom miró un instante a su hermano. Parecía ajeno a la batalla, como dormido con los ojos abiertos. No mostraba ninguna emoción. Sólo atenazaba su fusil con

manos temblorosas por el frío y la humedad. Tom le dio un golpe en el hombro para que recobrara la consciencia.

—Vamos, esta vez haremos morder el polvo a esos *boches*.

La siguiente orden del mando resonó en los campos yermos como un ancestral alarido. Y luego se repitió de nuevo por todas partes, en un eco compuesto de voces distintas:

—¡Por Francia! ¡A la carga!

Los morteros aliados comenzaron a escupir granadas hacia el frente alemán. Miles de soldados emergieron entonces al mismo tiempo de sus agujeros, gritando y disparando. Muchos cayeron al instante, abatidos por el fuego enemigo. Las balas silbaban en el aire y estallaban las bombas, repartiendo muerte al azar. Cada metro ganado quedaba cubierto de sangre.

Tom y Jay abandonaron su trinchera en la segunda oleada. Avanzaron sorteando los cuerpos de los muertos y los heridos. El pie de Jay no parecía resentirse. Estaban avanzando rápidamente hacia las líneas enemigas, pero una granada de mortero estalló demasiado cerca de ellos. A un lado había una zanja. Saltaron dentro de ella.

—¡Hay que seguir, Jay! —dijo Tom, pasado el inminente peligro—. Tenemos que llegar hasta la siguiente trinchera.

Jay tenía la cara hundida en la tierra. La explosión de otra granada les arrojó encima una lluvia de barro y piedras. Tom se cubrió como pudo. Luego se colocó el casco y golpeó de nuevo el hombro de Jay, con mucha más fuerza que antes.

—¡Vamos!

Salieron otra vez al campo raso. Más adelante vieron, boca arriba, el cadáver de Henry Taylor, el robusto muchacho de Kansas con quien habían hecho amistad. Siempre estaba hablando de la chica que dejó en su pueblo. Ya no la volvería a ver. La sangre aún brotaba de lo que había quedado de su cabeza. Jay aminoró la marcha al pasar junto a él, pero Tom le empujó para que siguiera.

La marea de soldados aliados parecía estar superando por fin la resistencia del enemigo. Frente a ellos estaban ya, al alcance de la mano, las trincheras de la vanguardia alemana. Los soldados que los precedían combatían allí cuerpo a cuerpo con ellos. Tom aceleró su carrera. Ahora prefería dejar atrás a Jay. Éste dio un grito a su espalda.

—¡Cuidado! ¡Una ametralladora!

Un pequeño reducto alemán había quedado en tierra de nadie. Varios soldados estaban montando la ametralladora en una zanja lateral. Si conseguían armarla, dejarían a los compañeros de Tom y Jay atrapados entre dos fuegos.

Tom se lanzó hacia ellos. Corrió tan rápido como le fue posible, aunque se le hundían las botas en los charcos y en el barro. Consiguió llegar a pocos metros de los alemanes, pero éstos terminaron de armar la ametralladora antes de que los alcanzara. La giraron hacia él y soltaron una ráfaga. Tom tuvo apenas tiempo de echarse cuerpo a tierra. Jay, que lo había seguido, también evitó la primera ráfaga por muy poco. Los dos se quedaron apretados contra el suelo, a una veintena de metros de distancia uno del otro.

Había que actuar deprisa. Si no, sus compañeros estaban condenados. Y ellos también. No podrían avanzar ni retroceder. Tom cogió una de las granadas de mano de su cinto y retiró el seguro. Ignoraba si sería capaz de acertar a esa distancia. Contó hasta tres y la arrojó con todas sus fuerzas. Antes de volver de nuevo a apretarse contra el suelo, una bala le atravesó el hombro, no muy lejos de donde lo hirieron aquellos matones en Filadelfia. Aunque esta vez no fue un simple rasguño, y otro proyectil le impactó en la cadera. Sintió un dolor atroz y el calor de la sangre brotando de las heridas.

Su granada estalló a un par de metros de la ametralladora. No lo suficiente para acabar con los alemanes, pero sí para desorientarlos. En ese momento, Jay se levantó y corrió hacia ellos enloquecido. Abatió a uno, pero quedaban tres y aún estaba demasiado lejos. Tom apretó los dientes para reprimir el dolor que iba a sentir. Se lanzó hacia las piernas de su hermano cuando éste pasaba junto a él y ambos rodaron por el barro, retorciéndose uno sobre otro, mientras los alemanes se recobraban y volvían a disparar con la ametralladora.

—¡¿Por qué has hecho eso?! —replicó Jay, al tiempo que le empujaba para soltarse—. ¡Hay que acabar con ellos!

—¡¿Es que quieres que te maten?!

Jay no contestó. No hizo falta. Tom vio en sus ojos una luz que también le habría gustado que alumbrara los suyos. Si antes su hermano parecía estar siempre buscando la muerte, ahora luchaba para conservar la vida. Luchaba por Jennifer, aunque ella se encontrara a miles de kilómetros de distancia.

—¡Ahhh! ¡Maldita sea! —exclamó Tom con una mueca de sufrimiento.

Jay se dio cuenta de que su hermano estaba herido y dejó de forcejear. El mundo a su alrededor era un caos de disparos y gritos.

—Te han dado… ¿Estás bien?

Los impactos de la ametralladora hacían saltar pedazos de tierra que caían sobre ellos. El ruido era ensordecedor. Los alemanes focalizaban el fuego en su agujero. Sabían que eran su mayor amenaza.

—Coge tus granadas, Jay. Vamos a acabar con esos hijos de perra.

Jay asintió. Echó mano de su cinto y desenganchó las dos granadas que pendían de él. Tom cogió la última que le quedaba.

—¿A la de tres? —preguntó Jay.

—A la de tres.

Las granadas cruzaron el aire como pájaros de una sombría y exigua bandada. Dos de ellas cayeron fuera del radio de acción de la ametralladora, pero una alcanzó de pleno su objetivo. Un alemán la cogió en sus manos, temblorosas, e intentó devolverla. No le dio tiempo. La explosión despedazó su cuerpo y mató también a los otros. La ametralladora quedó en silencio.

Al ver la escena desde su refugio en el barro, Jay se incorporó. Tom apenas pudo hacerlo. La sangre seguía brotando de sus heridas en el hombro y la cadera. Eran graves. La negrura más absoluta no tardó en cubrirle los ojos.

11

El hospital de campaña había sido improvisado en una antigua iglesia, dañada por los bombardeos enemigos y llena de agujeros y goteras. Los médicos militares se afanaban por salvar la vida de los heridos graves y curar a los más leves, para que éstos pudieran regresar cuanto antes al frente. Cada hombre era importante. Todos los días hacía falta sacrificar miles de ellos por la sola ambición de unos pocos.

No había dejado de llover en una semana. La luz mortecina del mediodía bañaba el rostro de Tom. Una enfermera belga notó que se movía y se acercó a su estrecha cama metálica para tomarle la temperatura. Cuando abrió los ojos y vio su rostro y su albo atuendo, no pensó que hubiera muerto ni estuviera en el cielo, en presencia de un ángel. Tom sabía muy bien dónde se encontraba. Seguía en la guerra, aunque ahora en la retaguardia del campo de batalla.

—Te ha bajado la fiebre —dijo la enfermera, con voz tierna, y sonrió dulcemente.

—¿Cuánto tiempo…? —trató de decir Tom, aunque no pudo terminar la pregunta.

—Casi dos días. Ahora tu deber es descansar. Tienes un buen agujero en el hombro y otro en la cadera. Has tenido suerte de quedarte inconsciente. La anestesia se había agotado.

—Mi… hermano.

—No te preocupes. Él está bien. Ha venido a verte hace un rato. Ah, y hay otra sorpresa para ti, aunque no puedo decirte de qué se trata. Ahora sólo descansa.

Tom relajó los músculos del cuello y dejó reposar de nuevo su cabeza en la almohada. No tardó en quedarse dormido. Pero eso no duró mucho. La voz grave de un oficial le hizo volver en sí a los pocos minutos.

—¿Soldado Carter?

—¿Señor? —respondió Tom automáticamente, sin saber a quién se dirigía.

—Hemos recibido informes de sus mandos sobre su valerosa acción en el campo de batalla —dijo el oficial ceremoniosamente—. Me enorgullece informarle de que le ha sido concedida la *Croix de Guerre*. Es usted estadounidense, pero combate bajo el mando del ejército de Francia y su heroica bandera.

El oficial pidió a su acompañante, un soldado raso, que le diera el

estuche con la medalla. La sacó, se detuvo a contemplarla por un momento en su mano y por fin se inclinó sobre Tom para colocársela en el pecho. Era una pequeña cruz atravesada en su centro por dos espadas. El oficial hizo finalmente el saludo militar y felicitó de nuevo a Tom, antes de desearle una pronta recuperación, darse media vuelta y marcharse con el soldado.

Aquélla debía de ser la sorpresa que había mencionado la enfermera. Tom pensó en Lambert, el sindicalista francés a quien conoció en el puerto de Filadelfia. Él le había dicho que aquella guerra era como un juego para los poderosos de todas las potencias contendientes. Un divertimento de salón, en que los generales trataban de ganar prestigio apostando la vida de los soldados bajo sus órdenes, que eran quienes realmente luchaban y morían. Tom se quitó la medalla del pecho y la dejó sobre una cómoda. Esto es lo que hacen, pensó, cuando quieren que alguien haga mucho por muy poco. Conceder malditas medallas. Era lo mismo que, de niños, él y Jay hacían en la granja colocando una zanahoria colgada de un palo por delante del caballo.

Los días se sucedieron. Tom mejoraba poco a poco. El hombro se le curó sin demasiados contratiempos, pero la herida de la cadera se resistía a sanar. Tardó mucho en lograr ponerse en pie y, cuando lo hizo, se vio obligado a usar una muleta. Tom no quería tener que valerse de un bastón durante el resto de su vida, y se pasaba las horas caminando de un lado a otro para evitar que su cadera y su pierna se agarrotaran. Solía pasear por un pequeño jardín que había en la parte trasera del hospital. Estaba abandonado y lleno de maleza. A pesar de ello, se trataba de un rincón agradable que le hacía olvidarse de la guerra entre sus descuidados matorrales. Una tarde en que el cielo concedió un respiro y el sol volvió a aparecer, Tom fue a sentarse en los restos de un banco de madera, con la pierna extendida y los ojos cerrados. Una voz, a su lado, le hizo despertar de su ensoñación. No estaba imaginando gran cosa: los verdes campos de Sunnyside cuando era niño.

—Veo que nuestro soldadito americano se recupera.

Era la enfermera que estaba con él cuando despertó en la cama del hospital, después de caer herido. Su acento era muy marcado, aunque hablaba un inglés más que aceptable.

—Gracias a sus cuidados —dijo Tom cortésmente.

Era una joven atractiva, más que guapa. El tipo de mujer que gana un poco con cada mirada. Tenía el pelo rubio muy claro, los ojos de un azul celeste y una hermosa sonrisa.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

—Cómo no.

Tom se echó a un lado para dejar libre una parte del banco.

—¿Cómo se llama?

—Adèle. Adèle Exelmans. Soy belga, de Ostende.

—Mi nombre es Tom Carter.

—Ya lo sé. Me lo dijo tu hermano… Jay, ¿verdad?

Tom le corrigió la pronunciación. Ella dijo algo parecido a *Yé*.

—Mi inglés te parecerá horrible —rió ella.

—Nada de eso. Es mucho mejor que mi francés. Se me traba la lengua al pronunciarlo.

Ahora rieron ambos. Al fondo, en la lejanía, se escuchaban cañonazos. La enfermera cambió su expresión al notarlo.

—Los alemanes están cada vez más cerca. Quizá haya que evacuar el hospital.

La joven había dejado los brazos a ambos lados de su cuerpo, con las manos extendidas sobre la madera. A Tom le dieron ganas de coger una de sus manos, la que tenía más cerca. Estaba a punto de hacerlo cuando otra enfermera apareció en el jardín. Se mostraba agitada, con sus ojos saltones y su cabello inverosímilmente pelirrojo. A diferencia de Adèle, no podía considerársela hermosa en ningún sentido.

—¡El doctor Ricard la necesita! —chilló con voz aguda—. Tiene que hacer una amputación.

Adèle asistía al cirujano principal en las amputaciones de miembros. Era una labor terrible, que se practicaba con muy poca anestesia —si es que la había—, y siempre entre aullidos y súplicas del herido.

También aquello era la guerra.

—He de irme —dijo la enfermera, y le hizo a Tom un gesto para que no se levantara.

Corrió detrás de su compañera sin darle tiempo a decir nada. Él se quedó en el jardín durante un rato más, antes de volver al recinto del hospital. Fue cansinamente hasta su cama y se sentó en el fino colchón. Desde allí se escuchaban los gritos de dolor que provenían de la sala de operaciones. Eran del herido, que rogaba que no le cortasen la pierna. No duraron mucho. Fueron sustituidos por quejidos desgarrados que, también al poco, se ahogaron en un lamento y el silencio.

El doctor Ricard apareció desde el fondo de la estancia, con su figura rechoncha, más propia de un carnicero que de un cirujano, aunque en aquellas circunstancias casi era lo mismo. Tenía la bata manchada de sangre. Una parte era fresca, mientras que otra llevaba seca días o semanas. Estaba limpiándose las manos con un trapo, que

arrojó al suelo. Adèle iba tras él, lo recogió y lo puso dentro de una cubeta de metal.

—Ha hecho una intervención perfecta —le dijo.

Era su modo de agradecerle al médico haber sido rápido. Adèle no podía soportar los sollozos de aquellos hombres destrozados. Ojalá fuera dura e insensible como el doctor. Pero no lo era.

Hablaban en francés. Tom les entendía con dificultad.

—Bah —respondió el médico con desgana—. Querida, es como cortar un trozo de madera.

—Le ha salvado la vida a ese soldado —protestó Adèle, intentando dar ánimos al médico.

El doctor Ricard sonrió con cinismo. Se volvió hacia la enfermera y dijo algo que a Tom, apenas lo tradujo mentalmente, se le quedó grabado para siempre:

—Nadie salva una vida. Sólo retrasa una muerte.

Jay apareció una mañana temprano en el hospital de campaña. Le habían concedido un breve permiso para visitar a su hermano. Tan sólo un par de horas, ya que tendría que regresar esa misma tarde al frente. Llevaba un pequeño paquete bajo el brazo, enviado por Frank. Tom le había hecho prometer que no escribiría a su familia contando que lo habían herido, para evitar preocuparlos. Pero Jay no le hizo el menor caso. Frank tampoco quiso escribir directamente a Tom para interesarse por su recuperación. Así que Jay era una especie de intermediario que ponía en contacto a las partes sin comprometer su orgullo.

Los convalecientes que ocupaban las camas de la sala donde estaba Tom eran afortunados. Ellos se recuperarían, con mayores o menores secuelas. Por el contrario, en los pasillos y en las zonas aledañas a los improvisados quirófanos, muchos hombres agonizaban por la fiebre y la gangrena, o simplemente se consumían en sus maltrechos cuerpos. Al entrar, Jay había visto a una enfermera con un cubo metálico lleno de gasas y trapos sanguinolentos, entre los que sobresalían unos dedos lívidos. Estuvo a punto de vomitar, aunque logró ahogar la arcada. Retrocedió unos pasos y se apoyó en un muro, donde esperó unos segundos para recomponerse antes de ir en busca de Tom. Quería mostrarse delante de él lo más entero y animado posible, dadas las circunstancias. Contarle que los mandos militares hablaban de una victoria inminente frente a los alemanes, y que, si eso era cierto, pronto estarían de nuevo en casa.

Jay encontró a su hermano sentado en la cama, con las piernas

encogidas. Estaba haciendo alguna clase de ejercicio de rehabilitación, que le hacía parecer un torpe y agarrotado contorsionista.

—Cuando acabe la guerra puedes pedir trabajo en una feria —dijo Jay sonriendo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Tom, que recuperó una postura normal, al tiempo que le devolvía la sonrisa.

—He desertado…

La expresión de su hermano hizo patente que no había captado la broma.

—Me han dado permiso para venir a verte, hombre. No sabía que la metralla te hubiera alcanzado la sesera.

No lo dijo en voz alta, pero Tom pensó que el que tenía la sesera alterada era Jay. De otro modo, no estarían ahora en Europa ni él tendría un pedazo de hierro incrustado en la cadera.

—¿Cómo va todo? —fue lo que dijo finalmente—. Los obuses se oyen cada vez más cerca.

—No tengas cuidado. Los *boches* están a punto de retroceder. Su avance es temporal. Pronto romperemos sus líneas.

—Eso espero… ¿Qué llevas ahí?

Tom señaló con la mirada el paquete. Las noticias de la guerra cambiaban todos los días de rumbo. Sólo la comida y el tabaco eran reales e importantes.

—Esto es para ti. Padre me ha enviado algunas cosas y he separado la mitad para dártela. Hay chocolate, cigarrillos y leche condensada. No creas que no me cuesta desprenderme de esto. Sobre todo de la leche condensada.

—Quédatelo. Con que me des unos cigarros para luego, me basta.

Estaba claro que bromeaba, pero Jay dijo de todos modos:

—Vamos, Tom, no seas tonto. Acéptalo.

—Me tomaré el bote de leche condensada a tu salud.

—No me importa. Tengo otro guardado. ¿Qué tal estás? ¿Qué dicen los doctores?

—Casi estoy bien. El hombro ya se me ha curado. Lo más lento es lo de la cadera. Todavía me duele y no pueden darme morfina.

—¿Por qué?

—Porque escasea y se necesita en los quirófanos.

Jay recordó los dedos amputados del cubo de la enfermera.

—Pero… ¿te duele mucho?

—A veces, cuando intento andar demasiado sin la muleta. El médico me ha dicho que camine todo lo posible. Si no te importa acompañar a un tullido, puedes venir conmigo afuera. En el jardín no se está tan mal.

Tom pidió a Jay que le acercara la muleta y le ayudara a ponerse en pie. Salieron juntos y pasearon muy despacio entre los arbustos. Los gestos de Tom, cada vez que apoyaba la pierna del lado herido, denotaban su sufrimiento. Pero estaba satisfecho porque la carta de Jennifer hubiera dado tan buen resultado. No sólo había conseguido volver a Jay más prudente, sino renovar su alegría y buen humor. Lo había transformado. Volvía a ser el de siempre. Y volvía a comportarse con Tom casi como en los viejos tiempos. Él, en cambio, tenía también que soportar el dolor de obligarse a expulsar a Jennifer de su cabeza y de su corazón.

Los dos hermanos estaban cruzando un tramo de cemento, que atravesaba la descuidada hierba, cuando Adèle apareció al otro lado. Iba empujando una silla de ruedas en la que estaba sentado un muchacho. El pobrecillo parecía ausente, con la mirada perdida bajo una venda que le cubría casi todo el cráneo. También tenía vendadas las manos y el torso, delgado en extremo. Al pasar junto a Tom, la joven enfermera se detuvo y le saludó muy cariñosamente. Él hizo un gesto para señalar a su hermano.

—Éste es Jay. Creo que ya lo conoces.

Últimamente, Tom se había atrevido a tutearla.

—Sí. Nos vimos cuando te hirieron. Bienvenido, Jay.

—Cuida bien de mi hermano, ¿eh? —dijo el aludido en tono simpático—. Lo necesitamos para derrotar a los *boches*.

Cuando Adèle siguió, ya un poco alejada de ellos, Jay empezó a reírse por lo bajo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó Tom algo molesto. Ya imaginaba cuál era el motivo de esas risitas.

—La tienes en el bote, hermano.

—No digas tonterías.

—Oh, vamos. ¿Es que no te has dado cuenta de cómo te miraba? A esa chica le gustas. Aprovecha ahora, antes de que te den el alta. No la dejes escapar.

—No hay nada de lo que tenga que aprovecharme.

—¡Pareces nuestro padre! ¿Qué forma de hablar es ésa? Es bastante guapa, tiene buen cuerpo, ¿qué más quieres?

—En serio, Jay, no quiero hablar de eso.

—Está bien. Lo que tú digas. Bueno, ¿nos sentamos un rato a fumar unos cigarrillos?

Por sí mismo, Tom no hubiera sentido la menor premura en recibir el alta médica que le devolvería al frente. Pero el temor de dejar solo a

Jay por más tiempo lo impulsaba a acelerar su recuperación. El doctor Ricard pensaba que le movía a ello el fervor patriótico y bélico. Qué gran ironía. No podría imaginarse cuánto odiaba Tom aquella guerra cruel y sucia, llena de ratas y piojos, carnicerías humanas y sórdidos agujeros abiertos en el barro.

Por eso exprimía el tiempo que aún le quedaba de convalecencia en aquel relativo remanso de paz. Y, sin duda alguna, los momentos que más disfrutaba eran sus charlas con Adèle, que se habían vuelto mucho más comunes y cada vez más personales. Aquella tarde, la enfermera acudió a su encuentro habitual con Tom, finalizado su turno. Se la veía más inquieta que de costumbre, como si algo le rondara la cabeza. De repente, sin que él lo esperara en absoluto, ella le soltó, seria y muy triste:

—Lo nuestro no puede ser.

—¿Lo nuestro? Entonces, ¿sientes algo por mí?

Tom ya conocía la respuesta. También él podría sentir por ella algo más que amistad si lograra olvidar de una vez por todas a Jennifer, que seguía omnipresente en sus pensamientos y en su corazón, a pesar de sus esfuerzos.

Estaban sentados en el banco de costumbre, rodeados por la vegetación espesa y salvaje, sin nadie cerca que pudiera verlos. La joven desvió la mirada.

—Es que… —titubeó.

—¿Sí?

—Es que soy religiosa.

—¡¿Eres monja…?!

La pregunta de Tom no era tal, sino una exclamación de sorpresa.

—Hice los votos hace cuatro años, poco antes de empezar la guerra. Yo era muy joven. Apenas tenía diecisiete. Pero, ahora, con todo lo que he visto…

A pesar de todo lo que había visto, seguía siendo inocente y dulce. Se merecía que alguien la amara. Los dos se lo merecían. Tom le cogió la mano y ella no la retiró. Al diablo con todo, se dijo. Al diablo con Jennifer.

—¿Tú crees que Dios puede castigar el amor entre dos personas? —preguntó Adèle—. ¿No es él quien permite cosas tan terribles como esta guerra? ¿Es que sólo va a permitir lo malo y prohibir lo bueno?

Hasta ese momento, Adèle había tenido la cabeza vuelta hacia el lado opuesto de Tom. La giró para mirarle directamente a los ojos.

—No lo sé —dijo él.

La verdad es que no le importaba lo que Dios pudiera pensar de aquello. Acercó sus labios a los de Adèle. Pero no llegaron a juntarse.

Lo impidieron los gritos y el ruido de motores acercándose. Dos camiones llegaban del frente, cargados de heridos. La ofensiva de la que Jay había hablado parecía haber sido un fracaso.

Adèle se levantó. Miró a Tom un momento, con su mano agarrada todavía a la suya. Le costó soltarla. Pero reunió fuerzas para cumplir con su deber y abandonar ese pequeño espacio de felicidad, aislado del sufrimiento del mundo, e ir en busca del doctor Ricard.

También Tom se levantó, con esfuerzo, y entró en el hospital ayudado por su muleta. Un capitán del ejército francés voceaba muy exacerbado. Tom apenas lograba comprender lo que decía, aunque no tardó en verlo con sus propios ojos. Una fila interminable de soldados entraban sosteniendo camillas de heridos. El doctor Ricard y los otros médicos a sus órdenes, examinaban a cada uno de ellos tan deprisa como les era posible. Con simples gestos de la cabeza, o escuetas palabras, decidían quién tendría una oportunidad de curarse o quedaba desahuciado. Algunos llegaban ya muertos. Otros lo estarían pronto, aunque sus heridas no fueran mortales. Parecía que lo único que sobraba en aquella maldita guerra eran hombres.

En cierto momento, el doctor Ricard llamó a Tom, que estaba como una estatua, contemplando la escena.

—Ven aquí, muchacho.

Tom llegó hasta él lo más rápido que pudo. Con la tensión del momento, notó que la cadera le dolía menos, aunque los músculos estaban debilitados.

—Nos han dado orden de evacuar —dijo el médico con frialdad rayana en la indiferencia—. Operaremos a estos heridos y nos marcharemos con los que sobrevivan. Quiero que se lo digas a todos los que pueden andar.

No hubo tiempo de más. Tom acababa de volverse para obedecer las instrucciones del médico cuando un funesto silbido lo llenó todo. Los quejidos y las voces se silenciaron. Fueron un par de segundos expectantes. Todos comprendían lo que ese ruido significaba.

El estallido de la granada de obús alemana produjo un fogonazo y un estruendo ensordecedor. Una nube de fuego y piedras inundó la sala. Los tímpanos de Tom estuvieron a punto de reventar. Un agudo pitido sustituyó a cualquier sonido del exterior. Quedó tendido en el suelo, bajo una traviesa de madera y completamente desorientado. El humo se adueñó de la sala tras el fulgor inicial. Al disiparse, las imágenes que Tom pudo contemplar eran de completa destrucción.

—¡Adèle! —gritó sin escuchar su propia voz.

Arrojó la madera a un lado y se levantó agarrándose a los restos de un muro. Ni siquiera trató de buscar la muleta. Se lanzó cojeando

hacia los quirófanos. Había visto entrar allí a la joven y ahora sólo quedaban escombros. Un dolor lacerante le trepó por la cadera. Seguía como ebrio, incapaz de fijar la mirada y sin equilibrio. Cayó al suelo varias veces antes de llegar a los quirófanos. Un gran arco de piedra se había hundido. Gateó sobre los restos y volvió a gritar con todas sus fuerzas el nombre de Adèle.

El cuerpo del doctor Ricard estaba un poco más adelante, boca arriba y con el torso aplastado. Su lengua estaba fuera de la boca, increíblemente larga y torcida en una sobrecogedora mueca. Tenía los ojos muy abiertos. Tom no se detuvo junto a él. Había demasiados muertos para lamentarse por todos. Sólo la buscaba a ella. Siguió avanzando entre los escombros, con angustia y esperanza.

Entonces la vio. Estaba a unos diez metros, apoyada en una pared que aún seguía en pie, como si se hubiera sentado en el suelo a reposar.

—¡Adèle!

Tom corrió hacia ella golpeándose las rodillas y magullándose las manos. La cogió entre sus brazos y dio gracias a Dios porque estuviera viva. Tenía que estarlo. No podía estar muerta.

Pero lo estaba. La mitad de su cabeza había desaparecido. Al separarla de la pared, una masa indescriptible se derramó sobre el suelo. Frente a ella, Tom se quedó en absoluto silencio, quieto e inexpresivo. Aquel cuerpo destrozado ya no era Adèle. Ya no era más que un pedazo de materia sin vida. Tom se sintió tan inerte como ella. Todo lo que tocaba se destruía.

12

Era la primera vez en toda su vida que Frank Carter estaba enfermo. Beth fue a buscarlo para la cena y lo encontró tirado detrás de la mesa, en el suelo de su despacho. Al desplomarse, había hecho caer la silla y un marco con la fotografía de él y sus hijos, hecha por un fotógrafo ambulante la víspera del día de Acción de Gracias de 1910 —el primero que Tom pasó con ellos—. Estaba inconsciente y Beth fue incapaz de hacerle reaccionar. Llamó a toda prisa a Rachel, que la acompañó al despacho con un frasco de sales.

—Han sido tantos sus disgustos… —dijo Rachel, inclinándose sobre él.

Beth sollozaba a su lado. No podía siquiera imaginar que algo así pudiera ocurrir.

—No puedes morirte, papá.

Las sales hicieron su efecto. Frank entreabrió los ojos y movió la cabeza.

—¡Gracias a Dios! —exclamó su esposa.

Esa misma noche, el médico de Sunnyside reconoció a Frank. Tenía el pulso débil y su ritmo era irregular. En su opinión, la causa del desvanecimiento había sido una bajada de la tensión arterial. Le recomendó guardar reposo en cama un par de días, y también le recetó unas medicinas para que Beth fuera a buscarlas a la botica al día siguiente.

—Ya no somos niños, Frank —dijo el médico, de blanca y vaporosa cabellera, que rondaba los sesenta años.

—Te equivocas si crees que vas a conseguir asustarme, Wilbur. Acabo de cumplir cuarenta y cinco. No soy un viejo.

El médico sonrió levemente. Apreciaba de verdad a aquel hombre testarudo. Dejó por un momento de guardar sus instrumentos en el maletín y dijo:

—Si no cuidas ese corazón tuyo, un día tendrás un disgusto. Yo soy el médico, ¿recuerdas? De ahora en adelante, deberías tomarte las cosas con más calma. En la granja y en tu cabeza.

Era evidente a qué se refería.

—No puedo dejar de pensar en mis hijos. Ahora mismo pueden estar en una trinchera, a punto de lanzar una ofensiva. O repeliendo una de los enemigos. Muchos caen en el campo de batalla cada día. Los periódicos no hablan de otra cosa. A Tom lo hirieron y estuvo a

punto de morir. Es una guerra terrible…

—Creo que puedes estar tranquilo —dijo el doctor, consultando su reloj—. A estas horas en Europa es la hora de cenar.

La pequeña broma no arrancó de Frank la menor sonrisa.

—En serio, amigo mío, descansa. No quiero que tu corazón se pare antes de tiempo. Recuerda lo que le sucedió a tu padre. Él murió de un infarto. Y esas dolencias, a veces, se heredan. Hazme caso, Frank.

Los supervivientes del bombardeo fueron trasladados a otro hospital, situado más lejos del frente. Allí, Tom acabó de recuperarse de las heridas viejas y de las nuevas. Para las del alma, no había lugar ni remedio. En menos de un mes se reincorporó al servicio activo y siguió luchando en aquella guerra que carecía de sentido para él. La cadera aún le hacía cojear levemente, pero ya apenas le dolía. Salvo en los días más fríos y húmedos, cuando el fragmento de metal que estaba dentro de su cuerpo, incrustado en el hueso, parecía cobrar vida. Y debía considerarse afortunado. Muchos perdieron miembros o habían muerto. Como Adèle.

Al regresar, Tom fue recibido en su compañía con vítores, como un héroe. Vio muchas caras nuevas. Otros tantos camaradas que dejó, cuando lo hirieron, ya no estaban. La última ofensiva alemana fue como el ataque de una fiera moribunda, destructivo y encarnizado. Poco después de su avance, sin embargo, los alemanes habían sido nuevamente rechazados. Su amenaza sobre la capital de Francia desapareció en pocos días. La suerte de la guerra estaba echada a favor de los aliados. Esta vez era cierto, y no mera propaganda para elevar la moral de las tropas.

Exhaustos por la tensión y las continuas batallas, los soldados de la compañía de Tom y Jay agradecieron como maná del cielo el breve permiso que, después de varios meses, al fin les concedían: no una semana entera, como debería corresponderles, sino sólo un par de días para visitar París, emborracharse y pasarlo bien con alguna chica ligera de cascos. Los mandos no querían ver la capital llena de soldados del frente, y por eso limitaban la duración de los permisos. Al menos, durante esas cuarenta y ocho horas en la Ciudad Luz, podrían simular olvidarse de la guerra y de todas las penurias.

Tras un pesado trayecto a muy baja velocidad, el tren en que Tom y Jay viajaban se detuvo lentamente en la estación D'Orsay. Lo hizo con un último suspiro en forma de exhalación de vapor, antes de que sus topes metálicos impactaran al final de la vía. Sus treinta vagones estaban repletos de soldados provenientes de diversos destacamentos,

que fueron descendiendo y llenando el andén con sus uniformes color caqui o azul celeste y sus petates al hombro. Todos parecían contentos, como si la guerra estuviera mucho más lejos de sus pensamientos que la verdadera distancia que los separaba del frente y las trincheras, a las que habrían de volver.

Jay bajó antes que Tom. Desde el suelo de cemento se puso a mirar a su alrededor mientras esperaba a su hermano. Éste se quedó unos momentos en la escalerilla del vagón. Desde arriba, otro soldado lo empujó ligera y amigablemente por detrás.

—Vamos, hombre, no te quedes ahí parado. Hay que aprovechar el tiempo.

Tom se apartó a un lado y le dejó pasar. Lo que veía le maravillaba. Más aún por el contraste con el lugar del que venía. En el mar de soldados había también caballeros elegantemente vestidos, algunos niños y damas de aire refinado. Tom pensó en lo que acababa de decirle el otro soldado. Sí, había que aprovechar el tiempo. Estaban en París. Aunque su ánimo no era el mejor para celebraciones. Tenía demasiado presente el recuerdo de Adèle y de todos los demás horrores que tuvo que presenciar. Anhelaba tanto que Jennifer lo confortara… Pero ella debía de odiarlo ahora. Él había hecho que lo odiara, pidiéndole que le escribiera a Jay aquella maldita carta. Tom atajó el pensamiento incómodo que surgió en su cabeza, aunque fue incapaz de convencerse a sí mismo de que no estaba arrepentido de ello.

Miró a Jay de soslayo, como si creyera que éste podía adivinar sus turbias reflexiones. Pero su hermano se mostraba relajado y sonriente. Se acercó a Tom y le dio un codazo de complicidad.

—Anímate un poco, hombre. Me han dicho que aquí hay sitios donde las mujeres bailan casi desnudas, y que son las más bellas y, oh, sensuales de Europa.

El tono de Jay era divertido y sugerente. Pero Tom seguía pensando en Jennifer. Le había contado a su hermano que rompió con ella para hacer más verosímil la historia. Luego éste recibió su carta, la leyó mil veces y acabó por creer. Hasta la llevaba consigo en las trincheras, metida en la guerrera sobre el pecho, a modo de talismán protector.

—No creo que sea para tanto —contestó Tom después de un rato.

—Bueno, pues habrá que averiguarlo, ¿no?

Tom se había sacrificado por él y Jay le hablaba ahora de las mujeres de París como un animal en celo.

—Yo no tengo intención de averiguar nada.

Su hermano lo observó igual que haría con un bicho exótico.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Es que ya no te gustan las mujeres?

Tom le dedicó una mirada fulminante. Jay sólo bromeaba, pero la broma sonó a ofensa en su espíritu herido. Empezó a caminar hacia la salida de la estación, sin molestarse en comprobar si venía detrás. Jay se le unió en el exterior, donde tomaron juntos el tranvía, conducido por una mujer, en dirección al centro de París. Sus calles se mostraban coloridas y majestuosas. El Sena discurría apaciblemente entre ellas. París no se parecía en nada a las ciudades estadounidenses. Ni siquiera a la europea Filadelfia. Pasaron frente al Museo del Louvre, el Hospital de Veteranos y la imponente Torre Eiffel.

Su destino era el Barrio Latino y una de las residencias para soldados de la YMCA, la Asociación de Hombres Jóvenes Cristianos, que, irónicamente, regentaba una acogedora anciana. Al bajar del tranvía, se les acercó un chico que vendía periódicos. Llevaba un taco bajo uno de los brazos, y con la mano libre mostraba desplegada la primera plana.

—¿Un diario, señor? —dijo en francés.

Ni Tom ni Jay tenían intención de comprarle un ejemplar, pero ambos se fijaron en la fotografía de portada. Era de una hermosa mujer a la que, justo un año antes, habían ejecutado en París por espionaje. Su verdadero nombre era Margaretha Zelle, aunque todo el mundo la conocía por su nombre en clave: Mata Hari. No se hablaba de otra cosa, porque fue un caso muy sonado.

Los dos hermanos siguieron su camino y sólo se detuvieron para comer algo. Lo hicieron en un restaurante cercano a la residencia, antes de instalarse en ella. Más tarde, ya en la residencia, la anciana que la regentaba los recibió como una abuelita adorable y les indicó cómo llegar a su habitación. Se trataba de una estancia que habrían de compartir con varios soldados más, presidida por una pequeña y vieja bandera estadounidense y un cartel en que podía leerse la advertencia: «Una bala alemana es más limpia que una prostituta». Jay sonrió a la cara de palo de Tom. No podía decirse que se tratara de un hotel de lujo, pero eso, de dónde venían, no importaba demasiado.

Ahora tenían dos días para descansar y conocer la capital de Francia. Les habían hablado de un local de moda en el que se podía beber buen vino y disfrutar del espectáculo. Eso sí era importante. De camino, se sentaron a una mesa en una de las famosas terrazas de Montparnasse. Había muchas chicas bonitas, que sonreían cuando se daban cuenta de que las miraban. Y también artistas. Pintores de ropas raídas, que trataban de mostrarse al mundo desde el centro mundial del arte. Ni Tom ni Jay entendían nada de expresiones artísticas de vanguardia. En otros tiempos y circunstancias, la mayoría

de aquellos cuadros les habrían hecho reírse a carcajadas.

—Esa chica te está mirando —dijo Jay, con su vaso de cerveza en la mano.

A él le interesaba la pintura aún menos que a Tom. Éste miró a la joven y respondió con poco entusiasmo.

—Es guapa.

—¿Cómo que «es guapa»? —imitó Jay su desgana al hablar—. Es una diosa. Mira qué ojos verdes tiene. Y qué pelo negro tan brillante.

Aquello era demasiado.

—¿Tú no estabas enamorado de Jennifer? —soltó Tom de pronto.

—¿Y qué? ¿Es que no puedo admirar la belleza?

—Tú… Yo… ¡Haz lo quieras, maldita sea!

Tom tuvo que morderse la lengua para no explicarle con toda crudeza por qué no tenía derecho a admirar a ninguna otra mujer.

—Pero ¿qué mosca te ha picado? Llevas todo el día enfurruñado sin motivo.

—No me pasa nada. Termina tu cerveza y vámonos. Estoy harto de estar aquí.

—Está bien, está bien. Lo que tú digas.

Un gendarme pasó junto a ellos y los saludó tocándose la gorra. La chica de los ojos verdes pareció contrariada cuando vio que Tom y Jay se levantaban de las sillas y se marchaban en dirección opuesta a ella. Empezaba a anochecer. La verdadera vida de París comenzaba al hundirse el sol en el horizonte.

Los dos caminaron durante un buen rato. Su destino era un local con espectáculo picante, famoso entre los soldados, donde muchos de ellos aprovechaban al máximo los siempre breves permisos. Tom habría preferido volver a la pensión, pero Jay logró convencerle de que lo acompañara. Tuvieron que preguntar a varias personas por la dirección del local —todas les respondieron cortésmente y con sonrisas—, pero al fin llegaron a Le Touch. Dentro debían de estar la mitad de los americanos de París. Había mesas pequeñas y circulares repartidas por todas partes, un sinfín de señoritas pululando entre ellas y un grupo de bailarinas en el escenario, contoneándose al son de una reducida aunque sonora orquesta.

—No me gusta este sitio —dijo Tom.

—Pues a mí me encanta —respondió Jay, embobado.

—Una copa y me voy.

—Allá tú. Yo pienso quedarme hasta que cierren. Quizá conozca a alguna francesita cariñosa.

Tom prefirió no responder. Había tomado ya un par de cervezas grandes, justo antes, y notaba el hormigueo del alcohol. Una de las

camareras le recomendó que pidiera un coñac. Jay pidió otro.

—Oye, Jay —dijo Tom, inclinándose hacia él para hacerse oír por encima del barullo de la música—. ¿De verdad quieres a Jennifer?

—Ah, ya sé lo que te pasa. Por qué estás así. Sigues enamorado de ella. Y lo entiendo, de verdad. Pero, Tom, ahora Jennifer me quiere a mí.

Tom negó con la cabeza. Los oscuros pensamientos que lo acosaron al bajarse del tren habían regresado con más fuerza que nunca. Sólo le dieron una tregua cuando la camarera regresó con las copas.

—Jennifer te quiere a ti, sí… —dijo luego Tom, y se bebió de un trago la mitad de su coñac—. ¿Y tú no puedes dejar de desnudar con la mirada a todas estas chicas?

Jay empezaba a estar harto del mal humor de su hermano.

—Si estás celoso, lo siento. Tuviste tu oportunidad y la desperdiciaste. Tienes que aceptarlo, Tom.

Éste apuró lo que quedaba de su coñac. No había probado bocado desde el almuerzo. Estaba borracho, pero no sabría decir si lo que salió de su boca a continuación fue producto de eso o de los sentimientos ahogados durante tanto tiempo.

—Estamos en esta maldita guerra por tu culpa, Jay. Por ser un estúpido, porque tú no aceptaste las cosas como son.

A su lado, Jay se mostró sorprendido. Pero la sorpresa duró poco, y se transformó en un creciente enfado.

—Sí —contraatacó—. Sobre todo por no aceptar las cosas como tú querías que fueran. Pero ahora ya no son así, ¿verdad?

—¿Eso crees, pedazo de imbécil?

Jay se quedó callado un momento y su expresión se hizo más grave.

—¿A qué te refieres? ¿Qué quieres decir con eso?

Tom vaciló un instante.

—Que Jennifer nunca te ha querido y nunca te querrá. Al que quiere es a mí.

—Ella me escribió una car…

—¡Lo hizo porque yo se lo pedí!

—No te creo.

—Ah, ¿no? Pues mira esto.

Tom sacó de un bolsillo la carta que había recibido de Jennifer como respuesta a su petición. También él la llevaba siempre consigo. Jay la leyó, muy despacio, rodeado de la música y el humo del local. Cuando acabó de hacerlo, dejó caer el papel sobre la mesa, incapaz ya de sostenerlo, y alzó unos ojos inmensamente tristes hacia su hermano.

—¿Por qué me has hecho esto, Tom?

Éste deseó no haber dicho nada. Pero ahora ya no tenía otra alternativa que confesar la verdad.

—Prometí a Frank que cuidaría de ti. Que no dejaría que te mataran. Pero todo tiene un límite. Si quieres dejarte matar, adelante. ¡Se acabó!

Los ojos de Jay se clavaron en los de Tom.

—Aquel día, cuando Jennifer y tú os fugasteis en el tren, se lo conté todo a mi padre porque estaba enamorado de Jennifer. Hice mal, ya lo sé. Pero era el único modo de que ella no se marchara de mi lado para siempre. Yo nunca… nunca te habría hecho daño a propósito. Como tú acabas de hacer ahora… Te odio, Tom.

Sólo entonces, éste supo que había destrozado el alma de su hermano.

—Lo siento —dijo.

Su arrepentimiento era sincero. Aquello había sido lo más cruel y cobarde que había hecho en toda su vida. Jay se levantó, muy pálido. También él lo sentía, aunque no podía perdonarle. Acababa de perder un amor y a un hermano.

13

Año 1919

Por fin llegó el armisticio, a finales de 1918, y con él la rendición incondicional de las Potencias Centrales. El Reich Alemán, el Imperio Austrohúngaro y las naciones que se aliaron con ellos habían perdido. La guerra había terminado. Los muertos quedaron en los campos de batalla y los vivos regresaban a casa. También los soldados americanos, como Tom y Jay.

Algunas semanas después del armisticio, embarcaron en Cherburgo en un elegante vapor británico de la Cunard Line, que ahora servía como transporte de tropas. La travesía, con escala en Southampton, duró varias jornadas. Por las noches, Tom solía fumar un cigarrillo en cubierta, mirando el cielo estrellado y sintiéndose muy pequeño. Jay no cruzó con él una sola palabra en todo el trayecto, ni Tom intentó hablar con él. Llevaban más de un año sin dirigirse la palabra, desde aquella maldita noche en París.

Las palabras no podían borrar lo sucedido. Lo hecho, hecho estaba. Jay tenía motivos para seguir enfadado. Y para odiar a Tom.

Al llegar al puerto de Nueva York, mientras se iniciaban las maniobras de atraque del navío en el muelle, un soldado empezó a entonar una de las más célebres canciones patrióticas de Estados Unidos: el *Himno de Batalla de la República*. Poco a poco, el resto de los soldados lo fueron secundando desde la borda del buque, uniendo sus voces en un improvisado coro. Pensaban que serían recibidos por miles de personas que los aclamarían por su sacrificio y su victoria en los campos de batalla de Europa. Pero no fue así. Nadie los esperaba. Nadie se acordaba ya de ellos. No hubo vítores ni guirnaldas.

El canto fue perdiendo intensidad hasta desaparecer y confundirse con el monocorde ruido de las turbinas y el oleaje.

Mis ojos han visto la gloria de la venida del Señor:
Él aplasta la cosecha de las uvas de la ira;
Él desata el fatal rayo de su terrible y veloz espada:
Su verdad está en marcha.
¡Gloria, gloria, aleluya!
Gloria, gloria…

Ni Jay ni Tom cantaron con ellos. El barco finalizó su atraque y los hombres fueron descendiendo de él con sus petates. Jay lo abandonó antes que su hermano, sin despedirse siquiera con una mirada. Pero al menos estaba vivo y regresaba a su hogar. Ésa era ya la única preocupación de Tom. En los últimos meses de la guerra, creyó que su hermano se comportaría otra vez como al principio, cuidándose poco o nada de mantenerse con vida. Por suerte, se equivocó. El odio es tan poderoso como el amor.

Ambos se dirigieron a la estación de trenes para viajar a Filadelfia y, de allí, a Sunnyside, aunque con distinta intención. Jay para volver con su familia. Tom para encontrarse con Jennifer y buscar un modo de arreglar las cosas con ella. La ilusión de conseguirlo no cambió la expresión taciturna de su rostro. Una vez más se maldijo por haber hecho lo que le hizo a Jay. Éste no tenía la culpa de amar a Jennifer. Ni le pidió a él que lo acompañara a la guerra. Fue el propio Tom quien quiso cumplir unas promesas que le venían grandes. Intentó ser íntegro, noble, digno de confianza. Y sólo había llevado dolor a las personas a las que más amaba. Ni siquiera estaba ya seguro de que hubiese razones para que Jennifer lo quisiera. Quizá debía quedarse, esta vez para siempre, en Filadelfia y sus calles, en lugar de regresar a Sunnyside.

Pero no era lo bastante fuerte para eso. Por más sufrimiento que hubiera provocado a sus seres queridos, aún necesitaba tener esperanza.

Tom no quiso volver al que había sido su hogar desde que Frank lo acogió. Cuando llegó al pueblo, tras más de un día de pesado viaje en varios trenes, se encaminó directamente a casa de Jennifer. Años antes fue incapaz de hacer nada para evitar que abortaran su huida y que su padre borracho siguiera haciéndole daño. Pero ya no era un crío. Nadie podría impedir esta vez que se fueran juntos para encontrar su propio camino y una vida mejor, lejos de aquel lugar. Si es que ella aún lo deseaba.

Tom inspiró el aire campestre y se detuvo un instante a admirar el paisaje a su alrededor. Era una tarde lluviosa pero cálida, de las que hacen parecer más hermosos que nunca los campos y los bosques. Había barro en el camino hacia la granja de Isaiah Sprintze. Eso le hizo recordar a Tom los campos de batalla de Francia. Qué absurdas eran las guerras cuando sólo se lucha por un palmo de tierra o por la supremacía de una nación sobre otra. Qué triste es que tantos hombres tengan que morir por los delirios de unos pocos. O que se considere

enemigo al que, frente a uno, mata o muere en la misma estéril y vacía lucha.

Cuando llegó por fin a la descuidada casa de Jennifer, llamó a la puerta sin vacilar. Había esperado aquello demasiado tiempo. Se oyó un grito dentro. El padre de la joven le decía que alguien había llamado y que fuera a abrir. Ella apareció en el umbral unos segundos después. Su rostro se iluminó. Los ojos le brillaron como las estrellas que Tom vio reflejadas en ellos en el lago, la noche en que hicieron el amor. Le había dado mil vueltas a qué decirle, a cómo pedirle perdón y hacerle saber que nunca había dejado de amarla. Pero, nada más verla, supo que no iba a hacerle falta ninguna palabra. Sí, quizá hubiera esperanza incluso para él.

—¡Tom! —gritó Jennifer.

Se le abrazó, casi dejándose caer, y le besó con pasión y ternura. Tampoco ella era ya una niña. Ya no le asustaba que su padre pudiera verlos juntos.

—No sabes cuánto te he echado de menos… —dijo Tom, mirándola a los ojos.

La actitud de Jennifer cambió de pronto.

—Oh, Tom, siento mucho lo de Frank.

Su comentario le dejó desconcertado. Ignoraba a qué se refería.

—¿Lo de Frank? ¿Qué le ha ocurrido?

—Creí que lo sabrías. Está agonizando. Tuvo un infarto. El médico dice que no lo superará. Estaba mal de salud desde hace un tiempo. Y todas esas preocupaciones… Hace meses que las cosas no van bien en la granja. Beth no se separa de él. Es la que lo está pasando peor. Y, bueno, Jay…

Los pensamientos de Tom estaban con Frank y, una vez más, con todo lo que aquel hombre había hecho por él. Con su cariño sin condiciones. Pero fue incapaz de evitar otros pensamientos.

—Entonces, ¿has estado con Jay?

—Sí. Y me lo contó todo. Lo que pasó en Francia, cuando estabais en París. No debías haberle dicho la verdad. Lo ha pasado tan mal… Y ahora con lo de su padre… Es un buen chico, Tom. Deberías arreglar las cosas con él antes de que Frank…

—¡¿Quién es?! —se oyó desde dentro en ese momento.

—Es Tom. Tom Carter, padre —contestó Jennifer.

—Te he dicho que no te veas con esa gentuza.

Isaiah lo dijo cansinamente, sin apenas convicción, aunque Tom hizo el amago de entrar en la casa para enseñarle a aquel borracho malnacido a cuidar sus palabras. Jennifer se puso en medio de la puerta y se lo impidió.

—Ve con tu familia ahora. Mañana nos veremos. Esperaré a que mi padre se marche e iré a buscarte.

—Y nos iremos juntos.

—Sí —dijo ella, con una mezcla de alegría y añoranza—. Juntos. Para siempre.

La lluvia aumentó de intensidad. Pero eso no hizo que Tom acelerara el paso. Cuando llegó a la granja de Frank, estaba empapado y con las botas llenas de barro. Antes de que le diera tiempo a llamar a la puerta, Beth la abrió y se lanzó a sus brazos. Ella fue la primera en verle. A Tom le recordó el día en que, ya muchos años atrás, llegó allí con Frank desde Filadelfia, y Beth y Jay salieron corriendo a recibir a su padre.

—Creí que no iba a volver a verte —dijo Beth apretujada contra el pecho de Tom, llorando bajo la lluvia.

Sabía que esas lágrimas no eran por él.

—¿Cómo está Frank?

—Muy mal. El médico cree que no pasará de esta noche.

—¿Y Rachel?

—Está con él, en la habitación. Tom, no sé si papá será capaz de… Está casi todo el rato inconsciente. Se alegrará de tenerte a su lado. Tienes que verle.

—Deja que me limpie primero las botas.

Para Tom no era fácil entrar de nuevo en aquella casa. Tampoco decidir si quería o no estar otra vez frente a frente con su padre adoptivo. Tenía miedo de lo que pudiera decirle esta vez y, más aún, de lo que podría responderle él.

Aún indeciso, optó por pasar al salón. Se encontró a Jay allí sentado, inmóvil en medio de un silencio oscuro. Los dos hermanos se escrutaron el uno al otro. El rostro de Jay mostraba amargura. A Tom le fue imposible reprimir un agudo sentimiento de culpa. Beth había desaparecido escaleras arriba. Regresó al poco tiempo junto con Rachel, a quien había ido a avisar de la llegada de Tom.

—Hola, Rachel —la saludó éste.

—Me alegro de verte, hijo —dijo ella cariñosamente.

Se la veía delgada y exhausta por la falta de sueño y la preocupación. Beth se fue a hacer compañía a su padre, mientras Rachel y Tom tomaban asiento junto a Jay. Nadie habló. Había mucho que decir, pero aquél no era el mejor momento para hacerlo. Pasaron unos minutos en una espera tensa, todos con su pensamiento puesto en el hombre que yacía en su lecho de muerte.

—No le queda mucho tiempo —anunció Rachel al cabo de un rato.

Tom comprendió lo que quería transmitirle con eso. Ella siempre había sido una buena profesora y él un buen alumno. Se levantó de su asiento y se dirigió al piso superior. Hizo acopio de valor frente a la puerta de la habitación de Frank.

Beth le sonrió levemente al verlo entrar. No hizo falta que Tom le dijera que prefería quedarse a solas con él. La muchacha salió del cuarto y cerró la puerta tras de sí. Tom contempló el cuerpo moribundo de Frank. Era tan frágil, tumbado boca arriba en la cama, con los brazos lánguidos a ambos lados del cuerpo… Parecía veinte años mayor a como lo recordaba. De todo su vigor ya no quedaba nada, ni de su franca sonrisa o su mirada limpia de hombre bueno.

Tom se aproximó al lecho y se sentó en una silla que había junto a él. Frank tenía los ojos semicerrados y respiraba lentamente y con esfuerzo.

—Ni siquiera sé si puedes oírme… Fuiste el padre que nunca tuve. Y ahora todos tus buenos deseos… han quedado en nada. Mírame… Pero lo intentaste. Lo intentaste. Te portaste conmigo como nadie lo ha hecho nunca. Te quiero, papá.

Tom se arrodilló junto a la cama y se puso a llorar como un niño. Como nunca había llorado. Ni siquiera cuando era niño.

—¿Eres tú, hijo? —dijo Frank en un hilo de voz.

Abrió un momento los ojos y giró pesadamente la cabeza.

—Sí, padre.

—Te quiero, Tom. Me alegro… de haberte…

No terminó la frase. Uno de sus brazos se movió hacia Tom con la mano extendida. Éste se la agarró y sintió el frío que recorría sus dedos. Frank volvió a perder la conciencia.

Esa misma noche, de madrugada, el doctor anunció que Frank Carter había muerto. Tom estaba fuera, fumando un cigarrillo bajo las nubes que ya no descargaban sobre Sunnyside. Lo apuró con una última calada y luego pisó la colilla en el suelo.

Al entierro de Frank Carter asistieron muchos de los vecinos de Sunnyside. Frank había sido un hombre muy querido por casi todo el mundo. Jay, Beth y Tom iban vestidos de negro, encabezando el cortejo fúnebre, sólo por detrás de Rachel. Al contrario que el día anterior, hoy brillaba el sol y los prados olían a hierba fresca. El olor de la vida, que contrastaba con la realidad de la muerte que espera en cualquier recodo del camino.

Mientras los sepultureros bajaban el ataúd de Frank a la fosa, Tom

miró a los asistentes. Jennifer estaba entre ellos, aunque no su padre. Ni siquiera ante un hecho tan luctuoso se ablandaba aquel hombre. Pero el tiempo de soportar su dominio llegaba a su término para Jennifer. Esa misma noche, Tom iría en su busca para llevársela lejos de allí sin mirar atrás.

Rachel echó un puñado de tierra sobre el féretro. Lo mismo hicieron Beth, Jay y, por último, Tom. Después, los sepultureros terminaron de cubrirlo con sus palas. Sólo quedó un leve montículo y una lápida de mármol toscamente labrado en que podía leerse: FRANK S. CARTER. 1873-1919.

De vuelta en la granja, los más allegados acompañaron a Rachel y a los hijos de Frank. Jay y Tom aún no habían cruzado una palabra. Fue este último quien aprovechó un momento a solas, en la cocina, para dirigirse a su hermano.

—Siento lo que hice, Jay.

—No tienes por qué disculparte.

—Sólo quiero que sepas que…

—No digas nada más —le cortó Jay—. No sirve de nada.

A Tom se le ocurrieron mil cosas que responder a eso. Pero prefirió no insistir. El dolor de Jay estaba justificado, y nada de lo que él dijera podía cambiar ese hecho.

—Adiós entonces. Me marcho de Sunnyside.

Jay asintió y abandonó la estancia. Tom se quedó solo, en la cocina, donde había dejado su maleta preparada. Se despidió de Beth y de Rachel y, minutos más tarde, de camino a la granja de Jennifer, sintió una repentina liberación. Dejaba atrás sus mejores recuerdos, pero también los más tristes. Frank ya no estaba y él ya no tenía familia. Hasta que formase una propia con Jennifer. Miró al horizonte como quien mira hacia un futuro que puede cambiar la suerte y el destino; como a una pequeña luz que brilla entre tinieblas.

Una luz que se apagó nada más llegar a casa de Jennifer. La encontró sentada en los escalones del porche, mirando al suelo. Tom soltó su maleta y se agachó delante de ella. Comprendió al instante la razón. Incluso con la poca luz del crepúsculo, pudo distinguir dos moratones sanguinolentos que circundaban sus ojos.

—¡Ese hijo de perra! —dijo Tom con los dientes apretados.

—Eso ya no importa. Estamos juntos. Nunca volverá a pegarme.

—No. Eso te lo juro.

Tom se lanzó con ira hacia la puerta. Ni siquiera en la guerra había sentido algo parecido. Allí luchaba contra hombres que no le habían hecho nada, ni tenían la culpa de tener un fusil entre sus manos, aunque trataran de matarle. Aquello era distinto. El padre de Jennifer

había hecho daño, una vez más, a la mujer a la que amaba con todo su ser.

Entró en la casa dando un empujón a la puerta que la hizo abrirse de golpe y chocar contra la pared. Jennifer se puso de pie, asustada, y trató de detenerle. Pero esta vez no fue capaz. Tom avanzaba a tientas en la penumbra sin reparar en los objetos que iba encontrándose en medio. Tiró una silla y un jarrón, que estaba sobre el poyete de la chimenea. El ruido despertó a Isaiah. Sus voces y toses guiaron a Tom hasta su cuarto. Lo sacó de la cama y le obligó a ponerse en pie.

—¡¿Cómo puedes pegar a tu hija, hijo de perra?!

—¿Qué haces tú aquí? —respondió Isaiah, y trató de golpear a Tom, como ya había hecho en una ocasión.

Pero éste esquivó el golpe y lanzó el puño contra su cara. El impacto le rompió la nariz y le hizo caer al suelo. Se llevó las manos al rostro, lleno de sangre. Desde la puerta, Jennifer lanzó un grito y corrió hacia el interior para agarrar a Tom del brazo.

—¡Basta! ¡No le pegues más, por favor! —gritó sollozando.

Tom volvió en sí. Los gritos de Jennifer consiguieron por fin hacerle reaccionar. Dio un paso hacia Isaiah, que aún no había sido capaz de incorporarse, y le dijo:

—Se acabó. Me llevo a Jennifer. Ojalá te ahogues en whisky para que no puedas hacerle daño a nadie más.

Se giró hacia ella y asintió. No merecía la pena seguir allí ni un segundo más. Se dio la vuelta para salir de la habitación, pero un golpe en la cabeza le abrió una brecha y estuvo a punto de dejarle inconsciente. El dolor era lacerante e insoportable. Tom se agarró al marco de la puerta para no caerse y se volvió hacia Isaiah. A través de la sangre roja que le caía por el rostro, vio a éste empuñado lo que quedaba de la botella que le había partido en el cráneo.

Jennifer volvió a chillar. Pero Tom ni siquiera fue capaz de oírla. Fuera de sí, se abalanzó con un alarido sobre su padre, que consiguió esquivarle y le arrojó el resto de la botella. Tom levantó una mano y la paró, abriéndose una brecha en la palma. Jennifer seguía gritando. Tom recogió la botella rota del suelo y fue hacia Isaiah, que empezó a retroceder, amedrentado, hasta que tropezó y cayó de espaldas. Al hacerlo, se golpeó la nuca con el marco de la ventana y quedó tendido en el suelo como un fardo.

—No… —susurró Jennifer—. ¡Lo has matado! —gritó después con todas sus fuerzas.

A un lado, Tom se quedó mirando, impasible, el cuerpo de Isaiah. No hizo nada para ayudarle, ni para comprobar si aún vivía. Sólo se quedó allí, inmóvil, contemplando la escena y a Jennifer, abrazada al

hombre que le dio la vida y que atormentó casi todos los días de ella. El malnacido no merecía piedad. Y la de Jennifer menos que ninguna. Pero ella no dejaba de llorar.

El sheriff detuvo a Tom de madrugada. Él mismo fue a entregarse mientras Jennifer se quedaba en casa, junto al cadáver de su padre. Encerraron a Tom en un calabozo y el juez de Sunnyside fue puesto enseguida al corriente de la situación. Éste consideró que un juicio por homicidio excedía sus capacidades, de modo que ordenó cursar aviso a la autoridad estatal para que Tom fuera trasladado ante un tribunal superior.

Jennifer tardó dos días en ir a visitarle a su celda. El sheriff, siempre prudente, tuvo el detalle de dejarlos a solas.

—¿Cómo estás? —dijo Tom sin atreverse a mirarla a los ojos.

Jennifer tenía el rostro desencajado. No iba a resultarle fácil decir lo que había venido a decirle.

—Sabes que siempre te he querido —contestó ella, sin responder a la pregunta.

Habían pasado sólo cuatro años desde aquella noche en el lago, pero los ojos de Jennifer parecían haber envejecido mucho más que eso. Ya no eran niños. Ninguno de los dos, en ningún sentido.

—Y yo siempre te he querido a ti —dijo Tom—. Desde aquella noche en que huimos juntos.

—Pero nos cogieron. Las cosas nunca son como queremos que sean, ¿verdad?

A Tom le habría gustado contestar que, a veces, nosotros hacemos que las cosas sean como queremos. Pero no lo hizo. Jennifer tenía razón.

—¿Qué va a pasar ahora con nosotros? —fue lo que Tom acabó preguntando.

—Diré en el juicio que fue un accidente. Ésa es la verdad. Ojalá no te envíen a prisión. Pero, pase lo que pase, yo ya no puedo seguir contigo. Ya no.

La expresión de Tom se hizo muy dura.

—No te entiendo. Siento lo de tu padre. Pero se merecía algo así. ¿Vas a dejar que, incluso después de muerto, te siga jodiendo la vida? ¿No te hizo ya bastante daño cuando estaba vivo?

—Era mi padre, Tom. Has matado a mi padre. Te he perdonado todo, pero eso no puedo perdonártelo.

Jennifer consiguió evitar las lágrimas, pero su voz temblaba cuando se levantó y le dijo:

—Adiós, Tom.

Jennifer le miró una última vez y luego se marchó. En la soledad del calabozo, Tom dio un puñetazo contra los ladrillos de la pared. Se desolló los nudillos, pero recibió con gratitud el dolor. Era lo único con lo que siempre había podido contar.

El juicio de Tom duró poco. Todo lo sucedido estaba claro. Sólo había un testigo y el acusado no negó ninguno de los hechos. Tras conocer éstos, sus circunstancias y los antecedentes, llegó para el juez la hora de dictar sentencia. Su deber era condenarlo. El delito había sido probado: homicidio involuntario. La ley estaba contra Tom, aunque la justicia estuviera de su parte. Isaiah Sprintze se había buscado lo que le pasó. Por desgracia, el juez no podía saltarse la ley, ciega y escrita en los libros. Ni siquiera para rendir con ello tributo a la justicia. Condenó a Tom a diez años de trabajos forzados en la penitenciaría del estado, en Filadelfia. La menor condena que podía imponerle.

—Hijo, sé que sabes que has obrado mal —dijo el juez, tras leer la sentencia—. Nadie puede quedar impune por algo como lo que tú has hecho. Sin embargo, teniendo en cuenta los antecedentes y que fuiste condecorado en la guerra, considero que la pena mínima será más que suficiente. Espero que el tiempo en prisión te sirva para reflexionar y para hacer de ti un hombre mejor. Si no, la justicia habrá fallado.

Tom escuchó su sentencia sin mover un solo músculo. Volvería a hacer lo que hizo, sin dudarlo. No intentó justificarse a sí mismo ni buscar el perdón. Después de lo que había visto en los campos de Europa, esa clase de refugios de la conciencia le quedaban demasiado lejanos. Si tenía que pagar, pagaría. En lo más hondo de su ser, ya todo le daba igual. Las cosas nunca son como queremos que sean. Se lo había dicho Jennifer cuando fue a visitarlo al calabozo, en la oficina del sheriff de Sunnyside. Entonces tenía razón, y seguía teniéndola.

Antes de que los alguaciles se lo llevaran de la sala de vistas, Tom miró un momento a Jay y a Beth, y también cruzó con Jennifer una última mirada. Trató de memorizar cada detalle de su rostro. Pensaba que esta vez, de veras, ya nunca más volvería a verla.

Pero se equivocaba.

14

Año 1925

El Duesenberg Speedster descapotable de Adam Norris se detuvo, con un chillido de las ruedas, en el adoquinado francés que bordeaba la casa de campo de su padre, a las afueras de Albany. El joven saltó ágilmente fuera del vehículo y se encaminó, con paso decidido, hacia la entrada de la mansión. Se le veía tan contento como cuando aparecía con una de sus nuevas novias. Lo cual, a decir verdad, sucedía cada par de semanas, si no menos.

De pronto se paró. Había olvidado su cartera en el coche y tuvo que regresar a buscarla. Ya con ella bajo el brazo se dirigió de nuevo hacia la mansión, con el mismo aire satisfecho. Uno de los criados de la casa se cruzó con él dentro, en el inmenso recibidor.

—Hola, Fred —le saludó Adam—. ¿Está mi padre en su despacho?

—Buenos días, señorito Adam. El señor está en la biblioteca.

—Gracias.

Adam renovó su paso brioso de camino a la biblioteca. Se trataba de una amplia estancia de estilo victoriano, perfecta para aquella casa construida antes de la guerra de Secesión y adquirida por su padre hacía ya algunos años. Siguiendo el capricho de su esposa, lo remodeló todo. Todo menos aquella vieja biblioteca, de rancio regusto inglés, que tanto le agradaba.

—¡Padre! —gritó Adam nada más encontrarse entre las oscuras maderas de la biblioteca.

—¿Ya has regresado?

La voz de Benjamin Norris sonó desde algún lugar elevado. Y lo hizo en un tono mucho menos entusiasta que el de su díscolo hijo. Durante unos segundos, éste no logró descubrir su posición, en lo alto de la escalera de filigrana de hierro forjado que circundaba las estanterías.

—Mira, padre. Baja de ahí y mira esto.

Adam fue hasta la mesa de alabastro que ocupaba el centro de la habitación, alrededor de la cual se disponían varios sillones de cuero corinto. Se sentó en uno y abrió su cartera. Del interior extrajo un buen taco de papeles, que dejó sobre la mesa. Benjamin Norris llegó al nivel del suelo, se puso sus gafas, que llevaba colgadas del cuello, y se aproximó. Su hijo lo miró con una enorme sonrisa de satisfacción,

mientras se arrellanaba en su asiento.

—Títulos de propiedad —dijo Benjamin Norris en voz queda, como si contuviera el resuello por la expectación.

—Exacto.

—¿Esto es lo que has comprado con el dinero que te asigné?

Movido por el consejo de su esposa, Benjamin había intentado enderezar la vida disoluta de su hijo e inculcarle un ápice de responsabilidad. Por ello, le entregó cien mil dólares con los que invertir por su cuenta en algún negocio. Algo que pudiera tomarse en serio, no como sus producciones teatrales. La esperanza del padre de Adam era que esos negocios impidieran a su hijo pasarse los días y las noches en continuas juergas. También, que le enseñaran que el dinero no crece en los árboles ni es ilimitado, por mucho que su familia poseyera. Benjamin Norris lo sabía bien. Todo cuanto tenía se lo había ganado con el sudor de su frente, centavo a centavo, trabajando en los tiempos duros, cuando el Atlantic Commercial Bank —del que era uno de los propietarios y miembro del consejo de dirección—, no era más que una pequeña oficina en Albany.

—¿Te has vuelto loco? ¡Acciones de la radio! —exclamó Benjamin Norris al examinar los títulos de propiedad.

—Acciones de futuro —apostilló su hijo con el índice en alto.

—Pero… ¿Has invertido en esto los cien mil dólares?

—No, sólo la mitad. El resto, en otro negocio igual de interesante.

—Espero que tengas razón, hijo. No sé si la radio tiene ese futuro tan brillante en el que tú pareces confiar… ¿Cuál es ese otro negocio que has mencionado? Aunque no sé si quiero saberlo…

—Antes déjame decirte que no me cabe duda del éxito de la radio. Las primeras emisiones populares comenzaron hace apenas seis años, y ya hay miles de emisoras por todo el país. El crecimiento es el mejor indicador de un negocio, como tú sueles decir. El otro asunto en que estoy a punto de colocar el resto de los cien mil dólares es la producción de una obra musical en Broadway. Una obra buenísima, de un autor genial.

—¡¿Otra obra?! Creí que habíamos dejado claro que eso es una majadería. ¿Cuánto de mi dinero llevas ya gastado en esas veleidades?

—Tú lo habías dejado claro, padre. Yo sigo confiando en el mundo del espectáculo. Si todo va bien, incluso he pensado en producir una película.

Adam había salido a su madre, se dijo Benjamin. Era imposible discutir con él.

—Hijo, no voy a llevarte la contraria. Te di el dinero con todas las consecuencias. Sólo espero que tengas razón con lo de la radio… En

cuanto a los malditos musicales, ¿a quién pretendes engañar? Sé que lo haces para llevarte a todas esas bellezas a la cama.

No había un reproche verdadero en las palabras de Benjamin. Él ya no era un hombre joven, pero todavía recordaba cómo era serlo. Con una sonrisa aún mayor que la que había presidido su rostro en toda la conversación, Adam pronunció un escueto y solemne:

—Sí.

—Ha sido una temeridad correr con ese viejo Peugeot. Pero no lo has hecho nada mal, muchacho. Me gustaría ver cómo conduces uno más potente y bien construido de verdad.

La sonrisa de Jay se volvió luminosa ante las palabras del todopoderoso Harry Miller, dueño de una de las más importantes escuderías de automóviles de competición, que se le había acercado al finalizar la carrera en el circuito de Nazareth. Sus palabras despectivas hacia el Peugeot de Jay sólo eran una pose de rivalidad. No en vano la marca francesa había ganado tres veces las 500 Millas de Indianápolis, por delante de escuderías tan poderosas como Duesenberg, Frontenac, Packard o la propia Miller, que ahora dominaba las carreras.

—Gracias, señor Miller —dijo Jay, retirándose las gafas protectoras.

Salió del habitáculo de su coche y se le acercó. Después de quitarse el casco de cuero y los guantes, le tendió la mano y ambos hombres se dieron un recio apretón. Jay señaló con la cabeza hacia el box del equipo de Miller, donde se veían dos de sus flamantes coches.

—Si me presta uno de los suyos, estaré encantado de mostrarle lo que soy capaz de hacer.

Miller dirigió también la mirada hacia sus vehículos, admirándolos como si nunca los hubiera visto.

—Ahí tienes un Special 122. El número 21. ¿De verdad te atreves a pilotarlo?

El corazón de Jay dio un vuelco. Aquel coche de carrocería pintada en flamante color rojo era lo máximo en competición. El año anterior había superado los 250 kilómetros por hora de velocidad en el lago Muroc de California. Era el sueño dorado de cualquier piloto. Jay se lanzó hacia él como si creyera que iba a despertarse en cualquier momento. A toda prisa, se colocó de nuevo el casco y las gafas en su mugriento rostro, saltó en el interior de la cabina, arrancó el motor y levantó el dedo pulgar de su diestra.

Desde un lado, Harry Miller movió el brazo hacia la pista para indicarle que saliera a ella. Luego le mostró tres dedos. Tres únicas

oportunidades de hacer un buen tiempo. El motor del coche rugió como una bestia enfurecida. Sus revolucionarios neumáticos Michelin, recién llegados de la fábrica, chillaron sobre el hormigón y dejaron sobre él una estela de goma negra. Jay abandonó la zona de boxes y tomó la estrecha vía lateral que daba acceso a la pista de carreras, un óvalo peraltado en forma de D, de una milla terrestre y un octavo por expreso deseo de su fundador, lo que equivalía exactamente a una milla náutica.

La primera vuelta le sirvió a Jay para tomar contacto con la máquina. Era suave y dócil aunque, a la vez, brutal. La clase de automóvil que podría llevar un novato a baja velocidad, pero que requería una enorme pericia a quien pretendiera exprimirle todo su jugo.

Jay aceleró a fondo al salir de la última curva antes de la recta principal. Al cruzar la línea de meta, Harry Miller puso en marcha su cronómetro de mano. Si aquel joven hacía la vuelta en poco más de un minuto, sería un buen tiempo. Pero un tiempo que podrían hacer muchos pilotos sin talento. Por debajo del minuto estaba la excelencia. Algo que tenía que ver, a partes iguales, con la habilidad y el valor.

En la primera curva, Jay entró demasiado rápido. Tuvo que cambiar la trayectoria para no derrapar y estrellarse contra el muro, lo que le hizo perder velocidad. Aprovechó la posición y la altura sobre el peralte para enderezar el morro y abrir gas. El tramo recto en esa parte del óvalo era más corto. Jay no quería cometer de nuevo el mismo error y redujo demasiado antes de tomar la curva. Estaba nervioso. Intentó acelerar muy pronto y tuvo que volver a cortar gas. Eso le impidió apurar el motor, pero al menos hizo que la trazada de la tercera curva fuera casi perfecta. Mantuvo el acelerador en el punto justo para desembocar en la recta de meta y pasar por ella a toda velocidad.

Su tiempo no fue bueno. Miller detuvo el cronómetro parcial en un minuto siete segundos. De todos modos, sólo era la primera vuelta. El chico tenía que adaptarse a un coche que nunca había conducido. Miller se mantuvo expectante. La segunda ronda fue algo mejor, aunque no lo suficiente: un minuto tres segundos. Quizá se había equivocado con aquel muchacho.

Sin embargo, algo le hizo no parar definitivamente el cronómetro. Esperó a que volviera a pasar por meta en la tercera vuelta. Su última oportunidad para ir más allá de los coches de segunda y dar el salto a un equipo con la capacidad técnica de ganar las más importantes y prestigiosas carreras.

—¡Cincuenta y nueve con cinco! —gritó Miller en cuanto Jay cruzó

por última vez la línea de meta.

No se había equivocado, después de todo. Jay Carter tenía madera de campeón.

El viento suave del otoño se hacía sentir en todos los rincones de Nueva York. Con la misma languidez, un taxi se detuvo ante el teatro Lyceum, en la calle Cuarenta y cinco. Su fachada con seis columnas corintias lo hacía parecer un templo de la Antigüedad, aunque algo distorsionado por la marquesina ondulada y repleta de bombillas. La joven que descendió del taxi lucía espléndida. Era feliz desde que la seleccionaron para representar un papel secundario en la obra *Cenicienta traviesa*, su primer trabajo en el fastuoso Broadway. Un mundo de glamour y buena vida con el que soñaba. Y, algunas veces, los sueños se cumplen.

—Buenos días —le dijo al empleado que se encargaba de vigilar el acceso al teatro por la puerta de artistas.

—Buenos días, señorita. Ya conoce el camino, ¿verdad?

—Sí, Pauly. Gracias.

La joven caminaba como si sus pies no estuvieran tocando el suelo, y su rostro podría iluminar el escenario por sí solo. Atravesó un corto pasillo y accedió a la zona de camerinos. El suyo era compartido, pero eso no le importaba. Algún día tendría uno para ella sola, con su nombre escrito en la puerta bajo una rutilante estrella de purpurina: BETH CARTER.

—Hola, preciosa —dijo una voz a su espalda, sacándola de su ensoñación.

Beth se volvió. Un hombre alto y apuesto, con aspecto de rico, la miró de arriba abajo. Ella sonrió tímidamente. No lo conocía, pero estaba segura de que era Adam Norris. Tenía que ser él. El hijo del banquero que gastaba su fortuna, a partes iguales, viajando por el mundo y produciendo obras musicales en Londres, París y Nueva York. Se decía de él que siempre estaba rodeado de mujeres, pero que nunca había tenido una novia formal. Y eso, a una chica, siempre le resulta atrayente. Sin contar con sus millones.

—Usted debe de ser el Gran Jefe.

Ése era el nombre con que el director de la obra se refería a Norris. Beth lo pronunció alargando las vocales y con cara de pilla.

—Prefiero Adam. Encantado de conocerla. ¿Usted es…?

—Beth. Beth Carter. Hago el papel de Clara Field.

Ahora fue Norris quien puso expresión de chico malo.

—Ya lo sé. Sólo bromeaba. Estuve en las audiciones. La elegí

personalmente, ¿lo sabía?

—Pues no. Pero se lo agradezco de veras. Estoy segura de que no le defraudaré.

—Yo también estoy seguro de ello, Beth. ¿Me permite que la llame Beth, señorita Carter?

—Bueno, lo prefiero a preciosa.

Ambos rieron. Adam Norris se acercó a ella y le tendió la mano con la palma hacia arriba. Cuando Beth le dio la suya, la tomó delicadamente y la llevó a sus labios mientras se inclinaba. No la besó, limitándose a rozarle la piel con la punta de la nariz. Había aprendido en Europa que era así como debía hacerse.

—Me permitirá que la invite a almorzar o a cenar uno de estos días —dijo con la misma cortesía.

—Puede…

—¿Puede que me permita invitarla o puede que acepte la invitación?

Aquel hombre empezaba a gustarle a Beth. Era desenvuelto, directo, amable, guapo y rico. Pero no había que dejar que él supiera que pensaba eso.

—Aún no lo he decidido.

—Insistiré.

Unas fuertes palmadas interrumpieron la conversación. Provenían del corredor que desembocaba en el escenario. Las siguió una voz grave y profunda, que pertenecía al director de la obra.

—¡Cinco minutos para el ensayo general!

Beth siguió con su velado flirteo.

—Tengo que prepararme para mi número. Si no, el jefe podría enfadarse conmigo y despedirme.

—No lo creo —dijo Adam, y sacudió la cabeza.

—Más vale no correr riesgos. Nunca se sabe…

Aquella misma noche, Beth y Adam Norris salieron a cenar. Él la llevó a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Un local para ricos y poderosos, donde las normas de la mayoría no imperaban, como la Ley Seca. Adam pidió champán Heidsieck Monopole.

—¡Champán francés! —exclamó Beth—. Me encanta el champán. Pero… está prohibido. ¿No pueden detenernos?

—No aquí. No a nosotros. Disfruta del champán sin miedo. ¿Sabías que ésta es la marca que llevaba el *Titanic* en sus bodegas y la favorita del último zar de Rusia?

—No sé si debemos beberlo, entonces.

El gesto de Adam fue de no entender lo que ella quería decir. Creía que estaba refiriéndose de nuevo a la prohibición.

—Lo digo porque el *Titanic* se hundió y el zar acabó fusilado… —explicó Beth.

Adam soltó una sonora carcajada. Decididamente, aquella chica no era sólo una cara bonita y un cuerpo capaz de hacer que un hombre perdiera la cabeza.

—Tranquila. Ya te he dicho que nada puede ocurrirnos a nosotros.

Beth no estaba tan segura de eso. Pero ¿para qué preocuparse? Era momento de disfrutar y aprovechar el tiempo.

—¡Hummm! ¡Está riquísimo! —dijo al probarlo, tras brindar con Adam.

—Mira qué color amarillo pálido tan hermoso. Y qué burbujas tan finas y tan rectas en su ascenso. Así es como se reconoce un buen champán.

Beth pensó que, de ningún modo, Adam Norris iba a llevársela a la cama esa noche. Aunque no descartaba que eso pudiera cambiar en la segunda cita. Al fin y al cabo, la vida le sonreía y no era cuestión de hacerle cambiar el gesto.

—¡Vamos, Carter, dale fuerte! ¡Ya es tuyo!

Los gritos del alcaide de la penitenciaría Eastern State de Filadelfia sonaban más intensos que los del resto de los espectadores del combate. Tom los escuchó desde el improvisado ring, montado en el gimnasio. Tenía a su oponente frente a él, mirándole sin verle, con la cara cubierta de sangre y sudor, los ojos en blanco y ya vencido. Sin embargo, Tom le lanzó un último derechazo que le hizo levantar los pies del suelo y caer sobre su espalda como un saco de patatas. Los vítores inundaron la sala. Una vez más, había vuelto a dejar *KO* a un adversario.

—Bien, chico, bien —le felicitó el alcaide mientras Tom se limpiaba en su esquina del ring—. Sigue así y hasta haré que te guste la cárcel.

Se acababa de cumplir el sexto año de Tom en prisión. Aunque estar encerrado era duro en sí mismo, al principio las cosas le habían ido relativamente bien. El anterior alcaide era un hombre justo que, al igual que Tom, sirvió en la guerra de Europa —él como oficial—. Cuando conoció los hechos por los que lo habían condenado, y supo que el muchacho había recibido una medalla en el frente, lo acogió como su protegido. No le otorgó ningún privilegio especial, pero tampoco le impuso ninguna carga que aumentara el sufrimiento de verse privado de libertad. Incluso recurrió a él en alguna ocasión como mediador ante los otros presos. Y no porque Tom tuviera un

comportamiento ejemplar, sino porque demostró que podía fiarse de él.

Al principio, nada más ingresar en la penitenciaría, se le asignó trabajo en el pavimentado de las calles de la ciudad y en la construcción de una carretera en las afueras. Él y otros tantos presos se afanaban de sol a sol por un plato de comida y un mísero catre. Tom no se hizo amigo de nadie. Pasaba el tiempo solo o trabajando, dando absurdos paseos en círculo por alguno de los patios de la penitenciaría, o fortaleciendo sus músculos en el gimnasio. Trataba de pasar desapercibido, hasta que un día se vio envuelto en una pelea y acabó rompiéndole los dientes a un tipo duro que cumplía una condena de veinte años. Ya nadie volvió a meterse con él, ni el alcaide le impuso castigo alguno. Sólo una reprimenda que no empañó su buena relación.

Después de acabar la carretera, se encomendó a los presos reconstruir unos almacenes de grano, arrasados por un incendio. En ese trabajo quedó patente lo que Tom había aprendido con su jefe, Max Sorensen, en la carpintería de Sunnyside. Le seguía agradando construir; mucho más que adoquinar pavimentos o extender arena, asfalto y grava por los caminos. Quizá era porque en las carreteras y calles siempre se mira hacia abajo, hacia el suelo, mientras que en los edificios se alza la mirada hacia lo alto a medida que crecen.

Además de lo que ya sabía de carpintería, Tom aprendió mucho sobre basamentos y muros, arcos, ladrillos y pilares de carga, y la confección del hormigón o la colocación de vigas y remaches. Se aficionó a devorar toda clase de publicaciones —las que llegaban a la biblioteca de la penitenciaría— sobre los nuevos edificios que se estaban proyectando y erigiendo en Chicago y Nueva York, o los más emblemáticos del Viejo Continente. Le maravillaba descubrir cómo la Torre Eiffel, que tuvo la oportunidad de contemplar en su funesta visita a París, seguía siendo la construcción humana más alta del mundo; que la Gran Pirámide de Keops, en la meseta de Guiza, estaba compuesta por más de diez millones de toneladas métricas de piedra. O que torres de antiguas catedrales, iniciadas durante la Edad Media, como la de Colonia, superaban los ciento cincuenta metros de altura.

Tom se adaptó poco a poco e hizo llevadera su condena. Al principio, en los oficios religiosos de los domingos, pensaba en cualquier cosa menos en que pudiera existir un ser superior y bondadoso que velara por los seres humanos. Se acordaba de Jennifer, con dolor; un dolor que ningún dios evitó. Pero los días pasaron, formando semanas, y las semanas meses, que sumaron años.

El primer alcaide se ocupó de intentar que un buen muchacho

como él no se estropeara. En la guerra vio cómo muchos buenos chicos se convertían en animales. Ésa era una senda que rara vez tenía vuelta atrás. Pero todo cambió con el nuevo alcaide, que reemplazó a su predecesor cuando éste fue ascendido y enviado a un destino más importante. El nuevo jefe de la penitenciaría no era mejor que los presos. Sólo había tenido más suerte en la vida. Desde su misma llegada empezó a alentar los abusos de los guardias, que antes se veían atados para campar a sus anchas. Creía que el miedo era la mejor manera de administrar disciplina. Impuso castigos crueles para quienes no se sometieran a sus normas, y compró con privilegios a los que las acataban sin discusión. No pretendía reformar a aquellos hombres, sino únicamente evitarse a cualquier precio quebraderos de cabeza y tener una existencia sosegada.

Un día, de calor insoportable, los presos trabajaban sin camisa bajo el sol de verano. Tanto tiempo de trabajos forzados había fortalecido a Tom. Su estatura y su cuerpo musculoso llamaron la atención del nuevo alcaide. En contraste con Tom, él era un hombre achaparrado y regordete, de mediana edad, que no hacía más que secarse la calva con un pañuelo. Vio a Tom y lo observó a distancia durante un buen rato. Luego se le acercó, vestido con su traje de color claro que le colgaba, con cercos de sudor en las axilas, como si fuera dos tallas mayor de lo apropiado.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le preguntó.

Tom dejó de serrar una tabla y se irguió frente al pequeño hombrecillo. Lo miró con pose sumisa pero gesto desafiante. El alcaide sonrió, satisfecho. Poseía un instinto para lo que buscaba. Algo que no sólo exigía un cuerpo fuerte, sino una actitud férrea y resuelta. Como la que, sin duda, estaba en los ojos de aquel preso. Parecía la clase de hombre que puede ser destruido, pero no vencido.

—Me llamo Tom Carter, señor.

—¿Has boxeado alguna vez?

La pregunta sorprendió a Tom.

—No, señor, nunca.

—Da igual. Eso puede arreglarse… ¿Te gustaría hacerlo?

—¿Me permite hablar con franqueza?

—Claro, muchacho.

—No, señor, no me gustaría.

El alcaide sonrió de nuevo, ahora paternalista, y se volvió hacia uno de los guardias.

—Anderson —lo llamó—. Lleva a este preso de vuelta a la penitenciaría y mételo en la nevera. Una semana de incomunicación. —Luego miró hacia Tom de nuevo y añadió—: Dentro de esa semana

te lo preguntaré de nuevo, muchacho.

Mientras Tom subía a uno de los camiones de los cuidadores, para ser conducido a la nevera —un nombre irónico con ese calor—, el guardia que lo custodiaba le dijo:

—Hasta Dios se olvida de los que van a ese agujero.

Tom no levantó la mirada del suelo, aunque masculló:

—De mí se olvidó hace mucho tiempo…

Aquello había ocurrido hacía ya casi un año. Después de una semana en la nevera, Tom volvió a negarse. La siguiente vez pasó dos semanas. Al salir, el alcaide le repitió la oferta. Si boxeaba para él en sus combates privados, le iría bien el resto de su condena. En caso contrario, quizá no saliera con vida de allí. Finalmente Tom aceptó pelear.

A partir de entonces, siempre que cruzaba las cuerdas del ring, fuera quien fuese su adversario, imaginaba que sus puños se lanzaban contra el alcaide. Eso era lo que le daba fuerzas para continuar. El odio. Sólo el odio.

La modesta casa que Jay acababa de comprar se hallaba cerca de la confluencia entre los ríos Allegheny y Monongahela, en el meandro que el primero forma a su paso por Pittsburgh, la Ciudad del Acero, en el oeste del estado de Pensilvania. Jay regresaba a ella contento y cargado de ilusión. Había logrado un puesto en la escudería Miller y disputaría la «Carrera de las Carreras» para cualquier piloto de ese o del otro lado del Atlántico: las 500 Millas de Indianápolis. Lo haría como cuarto piloto del equipo, pero eso daba igual. Aquél era el primer paso hacia la realización de su gran sueño, y quería compatirlo cuanto antes con su mujer.

—Ya estoy en casa —dijo al entrar.

Se quitó la gabardina mojada y la colgó de una percha. Le llegó un olor delicioso, proveniente de la cocina. Fue hasta ella, como guiado por un hechizo. La cocinera, una mujerona de color con vivos y expresivos ojos, se volvió sin dejar de remover el cucharón que tenía metido en un puchero al fuego.

—Me alegro de verle, señor —dijo.

—¿No está mi esposa?

—Ha salido un momento. Pero volverá enseguida.

Jay notó que se le abría el apetito. Fue al salón y se sentó en su sofá favorito, de alto respaldo y terciopelo marrón, situado frente a la chimenea. Miró las llamas ondulantes y benignas. Él también ardía, pero en deseos de que llegara el día de recorrer el óvalo de ladrillos de

Indianápolis, a toda velocidad, con uno de los mejores automóviles de competición del mundo. Sin darse cuenta, se quedó medio dormido al arrullo del calor. Llevaba dos noches en las que apenas había conseguido pegar ojo.

Ni siquiera oyó la puerta de la calle, al abrirse y cerrarse poco después. Una voz de mujer llamó a la cocinera y su propietaria irrumpió en la sala. Jay seguía allí, arrellanado en su sillón.

—¿Por qué no me dijiste que volverías hoy? —dijo ella.

Jay se incorporó y la miró con una sonrisa adormilada.

—Para darte una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—En realidad tengo dos —dijo Jay.

Se metió la mano en un bolsillo interior de la chaqueta y extrajo un pequeño estuche alargado. Se lo entregó a su esposa muy despacio. Ella lo abrió y se quedó atónita. Era una gargantilla de perlas.

—¡Oh…! ¡Es maravilloso! Pero… No podemos permitírnoslo.

Al decir esto, no sólo pensaba en los gastos comunes, sino en que llevaba dos semanas de retraso en el período. Jay no lo sabía y ella pensó que aún no debía contárselo. Al fin y al cabo, lo más probable es que fuera sólo eso: un simple retraso.

—Sí que podemos permitírnoslo —dijo Jay, exultante—. Ahora ya sí. Ésa es mi segunda sorpresa. Me han fichado en el equipo Miller. Se acabaron las carreras de segunda categoría. ¡Voy a competir en la próxima edición de la Indy 500!

—¡Jay! —exclamó ella, abrazándolo.

—Por eso te he comprado el collar. Desde que hubo que vender la granja, hemos pasado estrecheces. Pero eso ya terminó. Por fin voy a poder darte todo lo que mereces… Te quiero, Jennifer.

Cuatro años después de la muerte del padre de Jennifer, ésta y Jay se habían casado. A él no le importó sentirse como un segundo plato, porque la amaba y estaba seguro de que, con el tiempo, ella olvidaría a Tom. Después de que lo encarcelaran, Jennifer se quedó sola en la granja y Jay empezó a ayudarla en las tareas para conseguir sacarla adelante. No le resultó fácil mantenerse a distancia, ni soportar sus lamentaciones sobre Tom y cómo pudo haber sido su vida con él.

Pero esos momentos se fueron espaciando, al mismo tiempo que la distancia entre ambos mermaba. Jay se portó bien, y estaba allí, con ella. Una cosa llevó a la otra y, casi sin darse cuenta, estaban prometidos. Beth y Rachel se alegraron por los dos. Por mucho que echaran de menos a Tom, habían tenido que aceptar que tardaría mucho en volver. Si es que volvía. Por eso su felicidad no quedó condicionada a que esa unión pudiera no ser perfecta. La vida rara vez

lo es.

Pocos meses después de la boda, la pareja se trasladó a Pittsburgh, la ciudad donde Jennifer había vivido de niña y de la que tenía sus primeros recuerdos, como el de sus abuelos que contó a Tom. La elección no fue adrede. A Jay le ofrecieron trabajo en un taller de coches de carreras y lo aceptó. Allí empezó a competir de verdad, a conocer los entresijos de las mecánicas de carrera y a destacar como piloto.

Pero eso ya era historia. A partir de ahora vendría su gran oportunidad.

15

Año 1926

Las sábanas de seda marrón de la cama de Beth estaban arrugadas y retorcidas. Se acurrucó entre ellas con pereza, sin ninguna prisa por levantarse. La obra en que ella participaba, *Cenicienta traviesa*, había sido cancelada. Sólo duró tres meses, aunque Beth había gustado al público y a la crítica, y pronto tendría otro papel. Entretanto, las facturas de su apartamento en Manhattan se las costeaba Adam Norris. Llevaba dos meses saliendo con él, y lo cierto es que se había acostumbrado pronto a la buena vida.

—Tengo que irme —dijo Adam, sentado al borde de la cama.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Son las once de la mañana. Debo atender mis negocios.

En aquel momento, a punto de comenzar la primavera, Adam estaba organizando un nuevo musical en Broadway. Uno a la medida de Beth, en el que pudiera lucirse y demostrar todo su talento.

—Y tú, querida, deberías pensar en salir de la cama también. Esta tarde quiero presentarte a unas personas.

Adam sonrió enigmáticamente. Terminó de abotonarse la camisa y se levantó para ponerse los pantalones. Mientras lo hacía, Beth le tiró de las perneras con intención de que volviera a quitárselos.

—¿No has tenido suficiente? —dijo Adam sonriendo.

Ella lo miró con gesto sugerente.

—En realidad, sí. Pero es que no quiero que te vayas. Quédate un ratito.

—Soy rico. Tengo todo el tiempo del mundo. Mi padre se encarga de amasar su fortuna mientras yo me la gasto. Pero creo que preferirás que siga con lo del nuevo musical, en vez de que pasemos todo el día en la cama.

Beth soltó los pantalones y volvió a tumbarse. Se rodeó con las sábanas y emitió un largo suspiro.

—Bueno, pero esta noche me llevarás al Blue Note.

—Prometido. Y ahora hablemos en serio un momento. Las personas que vas a conocer por la tarde son dos ingleses: un director teatral y un coreógrafo.

—¡Ingleses! Me dan pereza…

—A mí también. Pero estos dos son de lo mejor que hay en el

mundo del musical londinense. Tengo muy buenas referencias de ellos. Me van a costar una millonada, así es que espero que trabajéis en armonía y que forméis un equipo tan perfecto como un reloj suizo. ¿De acuerdo, nena?

—Claro. Intentaré olvidar que son ingleses. Con eso supongo que bastará.

—Así me gusta —añadió Adam.

Antes de ponerse la chaqueta se inclinó sobre la cama y besó a Beth. Aquella relación le daba a Adam el calor de alguien que lo espera a uno cada día. Algo muy agradable. Aunque sólo eso. Tenía que reconocer que al principio estuvo a punto de enamorarse de ella. Quizá hasta lo hizo. Beth cumplía todos sus requisitos. Pero a Adam le gustaban demasiado las mujeres como para comprometerse y ser fiel a una sola.

Cuando bajó a la calle, su chófer estaba apoyado en el capó leyendo el periódico. Al verle, lo arrugó y lo echó dentro del habitáculo, se quitó la gorra y fue a toda prisa a abrirle la puerta de atrás. Después regresó a la parte delantera y ocupó su puesto al volante.

—¿Adónde vamos, señor Norris? —preguntó.

—Al número noventa y siete de la Octava Oeste.

—¿Emma, señor?

—Ya sabes que no me gusta que te pases de listo, Scott —dijo Adam, cruzando con el chófer su mirada en el retrovisor.

Un par de días después de su primer combate, Tom fue conducido al despacho del alcaide. Éste quería hablarle en persona de un asunto delicado. Los combates de boxeo que estaba organizando en la penitenciaría no eran únicamente para su disfrute personal. Pretendía ganar dinero con ellos. Los asistentes serían hombres adinerados de Filadelfia y toda la región, dispuestos a pagar por una buena pelea sin árbitro y con puños desnudos.

—Necesito que esos ricachones te vean luchar. Harán apuestas entre ellos, y si le rompes la cabeza a alguno de tus oponentes, esas apuestas subirán. Así que ya sabes lo que quiero.

Sí. Tom sabía lo que quería el alcaide. Quería que uno de los presos que también participaban en los combates acabara muerto sobre el ring.

—No estoy dispuesto a matar a nadie.

El alcaide se rascó la zona de la cabeza donde aún tenía pelo. Luego se puso a dar golpecitos suaves y regulares en la mesa.

—He leído tu expediente. Estuviste en Europa, en la Gran Guerra. ¿Allí no mataste a nadie?

—Sí. Pero no es lo mismo.

—¡¿Cómo que no?! —vociferó el alcaide, que perdía fácilmente los estribos—. Eso era peor. Seguro que mataste a muchachos cuyas madres todavía consideraban sus niñitos. No creo que la mayor parte de esos chicos hubieran hecho nada reprobable. Pero la gentuza que hay aquí… Lo menos malo que tenemos cumple diez años de condena.

Sus palabras fueron mordaces. Tom cumplía precisamente diez años de condena.

—Le repito que no voy a matar a nadie, y menos a golpes.

—Está bien, muchacho, está bien —dijo el alcaide, con una indulgencia nada propia de él. Tom era su mejor baza y no había necesidad de forzar la situación. Al menos por ahora—. Yo no he dicho que tengas que llegar tan lejos. Sólo quiero que le rompas la cara a tu adversario. Que se la rompas sin contemplaciones, ¿entiendes?

—Sí, señor. Entiendo.

—Bueno, bueno. ¿Ves como no era para tanto? Tú hazme ganar dinero y yo me encargaré de que tu vida sea más fácil, ¿eh, muchacho?

Después de eso, el alcaide llamó a un alguacil para que se llevara de nuevo a Tom a su celda. Dijera éste lo que dijese, el alcaide estaba convencido de que no iba a defraudarle. Bastaría con un pequeño empujón más para que se convirtiera en un depredador sediento de víctimas. Lo llevaba en las venas.

Eso creía el alcaide, que se jactaba de conocer bien a las personas. Para él sólo había dos clases de hombres: los que dan un paso adelante y los que dan un paso atrás. No existía una clase intermedia, ni podía existir. Era algo que no había cambiado desde que el mundo es mundo. Y aquel Tom Carter pertenecía al grupo de los que no retroceden.

Pero, en la soledad de su celda, a Tom se le humedecieron los ojos de rabia. El alcaide le pedía que hiciera daño. Daño de verdad. Que se lo hiciera a otro preso, a cualquier oponente que él escogiera. Por pura diversión de hombres adinerados, que apostaban y disfrutaban viendo saltar sangre y dientes desde un ring. Esa clase de combate era una lucha entre bestias salvajes, donde los espectadores se transformaban también en bestias, igual de salvajes o más que los contendientes.

Tom sopesó sus opciones. Le había dicho al alcaide que no pegaría tan duro como para matar. Sin embargo, no había razones que

apoyaran eso. ¿Por qué no aceptar de una vez por todas lo que era? Ya no era otra cosa que un animal enjaulado, sin capacidad de decisión ni esperanzas. ¿Por qué no hacerlo? Mató en la guerra, en efecto; y también al padre de Jennifer. ¿Deber? ¿Accidente?… ¿Qué importaba eso ahora?

Arrodillado junto a su catre, Tom trató de encontrar esa razón para seguir resistiendo, para no tomar el camino fácil que le marcaba el alcaide. Sus músculos estaban crispados y se estaba haciendo daño, sin darse cuenta, en las manos, de tan apretados como tenía los puños.

Una razón…

Y la encontró. Una vez más la encontró en Frank Carter, en su padre. En su memoria. Aunque ya no pudiese verlo ni saber de él, porque estaba prematuramente muerto, Tom preferiría morir a matar. Eso era algo que no volvería a hacer, por ninguna circunstancia, aunque le costase su propia vida.

Se levantó del suelo y su cuerpo se relajó. Aceptar así la muerte le confirió una tranquilidad inesperada. Aspiró hondo y exhaló el aire muy despacio. Sobre el catre tenía un libro de la biblioteca. El alcaide le permitía acceder a todos sus títulos, y poco menos que hacer lo que quisiera, con tal de que siguiera boxeando para él. Era un libro sobre el gótico francés. Se tumbó en el fino colchón, aplastado y sucio, y se orientó hacia el lugar desde donde llegaba más claridad. Al volver a abrir el libro se le antojó que seguir leyéndolo era totalmente absurdo. Como si un hombre quisiera volar hasta el sol con unas alas hechas de cera y plumas de ave. Como si un hombre pudiera siquiera mirar al sol sin quemarse los ojos.

Volvió a cerrar el libro y llamó al carcelero.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo éste en tono molesto. Tom le había hecho levantarse de la silla que ocupaba en el rellano exterior.

—Me gustaría ir al gimnasio —respondió secamente.

El alcaide había dado orden de que se permitiera a Tom usar las instalaciones a sus anchas, siempre que se tratara de actividades acordes con el boxeo. Como lo era aumentar su musculatura.

—Muy bien.

El carcelero abrió la cerradura de la celda, empujó la reja y se echó a un lado. Con Tom ya fuera, de espaldas a él, añadió:

—Pero que no se te vea en otro sitio que no sea el gimnasio.

Tom ralentizó el paso, sin volverse, y asintió. Luego siguió caminando hasta desaparecer al fondo del corredor.

Durante los meses siguientes a su fichaje por Miller, Jay había

disputado varias carreras menores en la costa Este del país. Sólo los dos pilotos oficiales del equipo estaban preparados para disputar, al completo, el campeonato del mundo de ese año, que daba comienzo en Indianápolis y comprendía otros cuatro grandes premios en Europa: Miramas, Lasarte, Brooklands y Monza. Jay tenía que demostrar en la Indy 500 que merecía un puesto en ese campeonato, por delante de Herbert Jones, el tercer piloto de Miller. Y ambos estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

Los coches de Miller eran realmente soberbios. Mejores aún de lo que Jay había imaginado antes de conducirlos. Entregaban su potencia de un modo suave y continuo, y los motores se estiraban como las últimas notas de los violines de una orquesta. Todo en aquellos automóviles estaba bien diseñado y mejor construido. Con un Special 122, Jay había logrado la victoria en el circuito de Atlanta. Luego destrozó el coche en Chicago, en un accidente del que salió ileso. Jones no alcanzaba puestos tan meritorios, pero tampoco estrellaba los coches. Por eso Miller no había tomado aún su decisión, que dependía de la Indy 500.

Cada noche, al acostarse, Jay soñaba despierto con ocupar un puesto de honor en la parrilla de salida del gran premio de Indianápolis, sobre los ladrillos de su enorme óvalo de dos millas y media. Soñaba con colocarse el casco y las gafas, sentado en el estrecho habitáculo de su coche, antes de recibir la indicación de poner en marcha el motor. Entonces, los miles de espectadores guardarían un silencio absoluto hasta que, casi al unísono, inundara el circuito el atronador sonido de los bólidos, formados sobre la pista. Miles de caballos de potencia relinchando por las toberas de escape, más impetuosos y agudos a medida que los pilotos fueran pisando los aceleradores de sus máquinas.

Eso era un sueño. No muy distinto en realidad de los que había tenido de crío. Pero los sueños se forjan día a día con las acciones y los hechos. Jay estaba ahora sentado en su Special 122, con el corazón desbocado a la espera de que le llegara su turno para salir a la pista. Los entrenamientos libres habían terminado hacía unos minutos, y acababa de comenzar la clasificación para establecer el orden en la parrilla de salida. El sol, que debía estar luciendo en esa jornada de finales del mes de mayo, se encontraba oculto tras negras nubes de tormenta que amenazaban con descargar en cualquier instante.

Un mecánico se acercó a Jay, acompañado del propio Harry Miller en persona.

—Carter —le dijo aquél, elevando la voz por encima del ruido de los motores que ya estaban en marcha—. Tu coche pierde un poco de

aceite.

—¿Es grave? —preguntó Jay.

—Creo que no. He ajustado las tuercas y cambiado las arandelas. No he visto fisuras en la parte inferior.

—Bien.

—En todo caso —intervino Miller—, si notas cualquier fallo, abandona la clasificación, ¿me oyes, muchacho? No quiero que acabes perdiendo todo el aceite y gripando el motor.

—Okey, jefe.

Interiormente, Jay se dijo que haría lo que tuviera que hacer para no quedarse fuera de la carrera. Eso era algo que no quería ni imaginar. Mientras terminaba de prepararse, rezó una plegaria en silencio. Cuando le llegó el momento de salir a la pista, encendió su motor y pisó el acelerador con tanta suavidad como si estuviera acariciando a Jennifer. Su amada Jennifer… Ella se había quedado en Filadelfia. A Miller no le gustaba que los pilotos llevaran a las carreras a sus mujeres o sus novias. Eso podía distraerlos de lo que estaban haciendo. Y tenía razón. Además, el retraso en el período de Jennifer se había ya convertido en un notorio embarazo.

Por ella, por su futuro hijo y por todas las ilusiones que lo habían guiado en su vida, Jay rezaba ahora —no lo había hecho desde la muerte de su padre—. Inició la marcha, abandonó los boxes y recorrió el óvalo del circuito en su primera vuelta. La segunda era la que contaba. Desde la parte más alta de la curva anterior a la meta, enfiló la recta y pisó a fondo el acelerador. El coche rugió como siempre, aunque Jay creyó notar una leve vibración inusual. Prefirió no darle importancia. Lo que le pasara a su motor ya no dependía de él. Pasó por meta con gas a tope y se lanzó hacia la primera curva del óvalo. Un pequeño error de pilotaje, y el coche saldría despedido sin remedio hacia el muro, jalonado de vidas segadas.

La tenue frontera entre la vida y la muerte hizo pensar a Jay en la guerra. Y en Tom. Su hermano estaba ahora preso, mientras él disputaba la calificación para la Indy 500. Jennifer era suya. Lo era de verdad. Y esperaban un hijo. Qué extraño es el destino, se dijo Jay mientras enfilaba la contrarrecta a casi doscientos kilómetros por hora.

Entonces ocurrió. Un hilo de humo blanco empezó a salir por el escape. El motor se quejó y perdió un ápice de potencia. Jay apretó el pie con tanta fuerza que parecía capaz de atravesar el fondo. Había caído ligeramente su velocidad, aunque eso no le impediría clasificar y poder tomar la salida. Sólo le retrasaría en la formación de parrilla.

—¡Dios, por favor, no te pares! —gritó dentro del habitáculo.

El humo se hizo más intenso. El director de carrera ordenó que le mostraran la bandera negra para que se retirara de la pista. Estaba dejando un reguero de aceite deslizante sobre ella. Pero Jay ni siquiera vio la bandera. Pasó de nuevo por meta con el motor en llamas y continuó hacia los boxes en el momento en que otro piloto del equipo, precisamente Herbert Jones, salía para dar su vuelta. El motor de Jay reventó justo en el vértice de la primera curva. Sin aceite, los pistones quedaron agarrotados en el bloque de fundición y el vehículo quedó sin control.

El impacto fue considerable, aunque no tanto como lo hubiera sido de ocurrir en la vuelta de clasificación. Jay iba relativamente despacio, por lo que sólo sufrió una conmoción leve. Algo desorientado, pudo aun así salir por su propio pie del coche. El director de carrera mostró la bandera roja para cancelar temporalmente la prueba. Pero fue tarde para Jones. Entró en la curva a toda velocidad, pisó la gran mancha de aceite que había dejado el vehículo de Jay y se fue directo contra el muro.

Su Miller Special se aplastó como el fuelle de un acordeón y explotó en medio de una nube de fuego. Salió despedido hacia el lugar donde Jay aún estaba junto a su coche. A punto estuvo de atropellarlo el amasijo de hierros en que quedó convertido. Se detuvo sólo a unos metros de él, boca abajo y en llamas. Jay corrió en su dirección. Le parecía oír la voz de Jones pidiendo auxilio. Aunque eso era imposible…

Trató de dar la vuelta al coche mientras las asistencias del circuito corrían hacia el lugar del accidente. Jones seguía con vida. Gritaba desde dentro, atrapado en el habitáculo, quemándose vivo sin poder escapar. Jay también gritaba, impotente. Hasta que ambos se quedaron en silencio. Jones había muerto, al fin, entre las llamas. Jay se retiró de su cadáver calcinado, andando como un autómata, para dejarse caer de espaldas contra el muro, con las manos y los brazos abrasados.

Sabía que la culpa del accidente había sido suya. Miller le advirtió con toda claridad que abandonara si su motor perdía más aceite. Pero no lo hizo. Ahora había un muerto más sobre los ladrillos de Indianápolis. Y sobre su conciencia.

Jennifer llegó al hospital en cuanto le fue posible. Entró en la habitación de Jay y lo vio en la cama, con los brazos vendados hasta los hombros. El médico dijo que había tenido suerte. Sus pulmones acabarían por recuperarse del todo. El humo y el aire abrasador que

inhaló podían haberle matado a él también.

—¡Jay! —gritó Jennifer, y corrió a abrazarse a su marido.

Él no dijo nada. Le costaba respirar. Estaba serio y en silencio. No había exteriorizado sus sentimientos desde el accidente. Miller le hizo una breve visita. Estaba furioso. Le comunicó que prescindía de sus servicios, e incluso que se encargaría de que no volviera a correr nunca más. Le dijo a la cara que lo que había hecho era un crimen, algo indigno de uno de sus pilotos. Y Jay sabía que era verdad.

Pero la vida sigue. Jennifer estaba embarazada. Tenía una familia. Ahora Jay no quería pensar en nada. Ya habría tiempo para eso cuando terminara de recuperarse y saliera del hospital. Entonces buscaría el modo de dar un giro a su existencia, porque el futuro ya nunca podría ser el que él soñó.

Beth recibió un telegrama de Jennifer esa misma noche, al regresar a su apartamento. Volvía del ensayo general de la nueva obra de Adam Norris. Llevaban ya más de un mes de ensayos. El texto era bueno y las canciones, aún mejores. Debía estar tan feliz como el día en que la eligieron para un papel en *Cenicienta traviesa*. Incluso más. Pero no lo estaba. No podía estarlo por culpa de Adam. Se maldijo por enamorarse de él, y sintió una punzada de dolor al hacerlo. Había descubierto que ella no era la única, que Adam se citaba con otras mujeres. Le había jurado amor eterno pero, para él, eterno no significaba para siempre.

Y las malas noticias no acababan ahí. El telegrama decía que Jay había sufrido un accidente y estaba ingresado en el hospital. Jennifer usaba un tono tranquilizador en el breve texto. La vida de Jay no corría peligro. Aun así, le pedía que fuera enseguida a visitar a su hermano. Estaba preocupada por él, por cómo había sido el accidente y por cómo se sentía, más allá de sus heridas.

El chófer de Adam llevó a Beth hasta la capital de Indiana. El viaje duró casi todo un día, más las horas de sueño cuando tuvieron que parar a hacer noche, cerca ya de Indianápolis. Beth llegó al hospital a la hora de la comida. Jennifer había salido un momento de la habitación, y Jay estaba adormilado en la cama. Su hermana entró sin hacer ruido y lo miró por un instante en silencio. Aquella escena le resultaba dolorosamente familiar. Pero recordó que Jennifer le había dicho que Jay estaba fuera de peligro. Su respiración era pesada. Se acercó a él y le acarició el rostro con dulzura. Jay se despertó creyendo que se trataba de Jennifer, que no le había dejado solo más que en breves intervalos. Al darse cuenta de que no era ella, sino Beth,

trató de incorporarse en el colchón, sin poder ayudarse de los brazos.

—No te esfuerces, Jay —le dijo su hermana, a punto de echarse a llorar al verlo tan desvalido.

En ese momento, Jennifer entró también en la habitación. Se abrazó a su cuñada y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Beth.

—Fue un accidente…

—¡No! —exclamó Jay con una voz tan ronca que apenas podía reconocerse su timbre. El humo le había quemado parcialmente las cuerdas vocales.

—¿Qué quieres decir con que no fue un accidente? —dijo Beth.

Fue Jennifer la que respondió. Jay había girado la cabeza hacia el lado contrario.

—Nada, Beth. Al coche se le rompió el motor y Jay se estrelló contra el muro.

—Dile la verdad —masculló Jay, todavía sin atreverse a mirar a su hermana a la cara.

—El aceite de su motor cayó en la pista y… Y otro piloto lo pisó y perdió el control de su coche.

—¿Murió? —preguntó Beth, esperando que la respuesta a su pregunta fuera negativa.

—Sí.

—Pero, pero… Los coches se rompen. En las carreras hay accidentes y mueren pilotos. Papá siempre lo decía. Correr es muy peligroso…

Beth divagaba, sin saber qué decir. Si el accidente de su hermano hubiera sido simple y llanamente eso, las cosas no estarían así.

—Nunca me lo perdonaré. No volveré a competir nunca más —dijo Jay, con su voz cavernosa—. Nunca. No sé qué voy a hacer ahora…

16

La celda de Tom tenía manchas de humedad en los muros y en el techo, en forma de arco. Estaba tumbado sobre el camastro, con la mente en blanco, esperando el momento en que fueran por él para llevarlo al ring. Ya sabía quién iba a ser su adversario: un tipo gigantesco, de origen noruego, que cumplía cadena perpetua por asesinato. Su aspecto físico era impresionante pero, bajo su apariencia brutal, se escondía una terrible lentitud de movimientos. Era lo que en el argot se llamaba un paquete. A Tom le bastaría con esquivar sus golpes e ir minándolo hasta dejarlo *KO*. Casi le daba lástima aquel conejillo de Indias, elegido a propósito por el alcaide y que a esa hora estaría jactándose entre sus compañeros de una victoria que no podía conseguir.

El propio alcaide había pedido a Tom que no sólo dejara *KO* al noruego, sino que se tomara su tiempo para hacerlo y le infligiera daños visibles. Quería sangre, una nariz rota, dientes por el suelo. Que los adinerados asistentes disfrutaran e hicieran suculentas apuestas. Que Tom se convirtiera en su favorito para futuros combates.

—Levántate, muchacho —dijo un alguacil mientras abría con su llave la puerta de la celda.

Tom tenía muy presente la promesa que se hizo a sí mismo, y obedeció de mala gana. Eso contribuyó que el guardia le apremiara con un gesto ostensible. Cuando Tom salió, se le puso detrás y, de camino a la antesala que hacía las veces de vestuario, le dijo:

—Espero que tumbes a ese gigante. He apostado diez dólares por ti. No me hagas perderlos. Eso no me gustaría. Ni a ti tampoco, te lo aseguro. Dicen por ahí que ese noruego te machacará. Pero yo creo que no podrá contigo, ¿verdad?

Por delante de él, Tom no contestó. Sólo hizo un leve gesto de asentimiento. Al llegar al vestuario, dejó sus ropas sobre un banco de madera y se vistió con un calzón. No había botas ni guantes. Se vendó las manos con una simple tela gruesa y volvió a enfundarse su calzado del uniforme de presidiario. Estaba terminando de prepararse cuando su contrincante entró en la sala. Se llamaba Arsen y había nacido en un pueblecito del norte de Noruega, cerca de la frontera con Suecia.

—¿Tienes miedo? —preguntó a Tom con una mueca arrogante.

—Tengo tanto miedo como tu madre cuando te vio al nacer.

El gigante se lanzó contra Tom, pero el guardia que lo acompañaba

le detuvo, esgrimiendo su porra.

—Eh, dejadlo para el combate. Tendréis tiempo de romperos la crisma uno al otro.

El noruego bufó y gruñó, mientras Tom terminaba de atarse los zapatos sin inmutarse. Había aprendido que las amenazas son algo vano. A la hora de la verdad, lo que vale son los hechos. Y, ésos, es mejor no revelarlos antes de tiempo. Lo aprendió de niño. Estaba a punto de pelearse con un compañero de la escuela, al que amenazó con darle un puñetazo. El otro no dijo nada, y aprovechó en cambio para pegar él primero. Tom acabó mordiendo el polvo y con una valiosa lección bien aprendida.

El cuadrilátero ocupaba el centro del gimnasio. A un lado había varias filas de gradas, mientras que el otro estaba repleto de sillas. Más de cien personas se apiñaban en el local, expectantes. Tom y el noruego atravesaron el pasillo que conducía al ring y entraron en él pasando entre las cuerdas laterales. Los asistentes parecieron volverse locos al verlos; todos gritando, todos sedientos de sangre. Hasta los alguaciles armados que custodiaban las salidas les lanzaron miradas intranquilas. Sobre el ring, en dos esquinas opuestas, había un taburete con una toalla y, al lado, un cubo de metal. Cada boxeador tenía asignado otro convicto para ayudarle a limpiarse la sangre y animarle, si flaqueaba, a seguir luchando. El alcaide, de pie en medio del ring, no podría estar más satisfecho.

—Caballeros —anunció, levantando un brazo para pedir silencio—, el combate está a punto de comenzar. A mi izquierda tengo a Arsen Kruemenacher, o como diablos se diga. Una torre humana de más de cien kilos y la fuerza de un oso. Nacido en Noruega, tierra de hombres duros. Y a mi derecha, a Tom Carter, de este glorioso estado de Pensilvania, cuna de la Nación. El combate será en asaltos de tres minutos y terminará cuando uno de los dos esté en el suelo y no pueda levantarse.

El alcaide pidió a ambos luchadores que se acercaran a él. No tenía intención de darles las últimas instrucciones sobre juego limpio, habituales en el boxeo deportivo. Ni tampoco les pidió que se estrecharan la mano antes de comenzar. Sólo les dijo una cosa, con total frialdad, antes de abandonar el ring y dejarlos solos:

—No me decepcionéis.

Un alguacil hizo sonar la campanilla. El noruego se lanzó al instante sobre Tom, con el puño en alto. Éste lo esquivó y dejó que chocara contra uno de los postes del ring. Aprovechó su desorientación para acercarse por un lateral y darle un puñetazo en pleno rostro. La nariz del noruego comenzó a sangrar, lo que le

enfureció aún más.

Eso era ventajoso para Tom. La furia ciega. Al terminar el primer asalto, él no había recibido ningún golpe directo, mientras que su oponente tenía el rostro cubierto de sangre. El alcaide se mostraba radiante y complacido. Sus invitados lo estaban pasando en grande y comenzaban a jalear a Tom para que destrozara a ese gigante extranjero, como si hacerlo fuera un deber patriótico.

—¡Te voy a matar! —gritó el noruego al iniciarse el segundo asalto.

Una vez más, Tom esquivó sus golpes, rabiosos y mal dirigidos. Y siguió pegándole con media fuerza para minar su resistencia. El alcaide le había dado instrucciones para que la pelea durara al menos cinco o seis asaltos. Entonces podría tumbar al noruego. Éste sangraba cada vez más y empezaba a moverse con menos energía. Se tambaleaba ligeramente, deslizando sus pies sobre las manchas de sangre del suelo, que sólo era suya. Tom aguantó sus embestidas, encajando nada más que algún golpe que otro, y fue contando los asaltos. Llegado el final del quinto, buscó con la mirada al alcaide, que le hizo un gesto de asentimiento.

Al noruego le costaba ya moverse. El temible oso nórdico parecía ahora un pelele de feria. Tom esquivó su último puñetazo y lo miró, por un instante, antes de golpear. Su mente se quedó entonces en blanco. No pensó en lo que se había prometido mientras le lanzaba un terrible gancho, que le impactó en plena mandíbula. El gigante se quedó como congelado y luego dio un paso atrás. Volvió a quedarse quieto un momento, con los brazos flácidos. Su mirada era ausente, en unos ojos enmarcados por sendos círculos oscuros. Abrió la boca, y de ella salieron dos o tres dientes, acompañados por un fino reguero de sangre. El público contuvo la respiración. Un silencio absoluto cayó sobre el gimnasio, hasta que el noruego se derrumbó como una gruesa columna a la que hubiera fallado la base, y quedó tendido sobre su espalda.

Un alarido surgió entonces desde las gradas y las sillas. Aclamaba al vencedor. A Tom. El alcaide saltó al ring y lo agarró por el brazo derecho, que levantó entre aplausos. Nadie se molestó en comprobar si el noruego aún respiraba. Ni siquiera el propio Tom, que lo observó con la misma mirada vacía que, un poco antes, había visto en los ojos de su oponente.

Más tarde, mientras éste era llevado a la enfermería, el alcaide fue a visitar a Tom al vestuario. Estaba contento y sonreía como un colegial entusiasmado.

—¡Muy bien, muchacho! Lo has hecho muy bien. Así me gusta.

A Tom le repugnó la felicitación. Y, más aún, que realmente la mereciera. Casi había matado a aquel tipo. Lo que juró no hacer por ninguna circunstancia. ¿En qué se había convertido? El alcaide le dio una nueva palmada en el hombro que le hizo volver a la realidad.

—Yo voy a ganar mucho dinero y tú vas a vivir muy bien, muchacho. Sólo sigue así. Y para que veas que soy un hombre generoso, voy a premiarte por lo de esta noche. Tengo una sorpresita para ti. Te espera en tu celda. Pero pásate antes por la ducha, hazme caso.

El premio era una prostituta. Iba vestida con una especie de pieles gastadas y un vestido igual de viejo. Era una puta barata, traída de los muelles. Tom llevaba casi siete años sin tocar a una mujer. Le hizo el amor como un autómata, sin pensar en nada, sin hablar, sin acordarse de quién era siete años atrás.

Cuando terminó y se la llevaron, Tom simplemente se quedó dormido bajo el techo abovedado y húmedo de su celda.

El coche de Adam Norris se detuvo frente al apartamento de Beth. Bajó sin esperar a que el chófer le abriera la puerta y subió de dos en dos los peldaños que conducían a la entrada. Tomó el ascensor en cuanto llegó a la planta baja y miró la hora en su Patek Philippe de oro. Era tarde. Su chófer le dijo que le había parecido ver a Beth cerca del apartamento de Emma, una de sus amantes, con la que Adam había pasado la tarde. Él no creía en casualidades. Aquello quizá significara que Beth estaba al tanto de sus deslices amorosos.

Ella le abrió la puerta en camisón. Al ver que era Adam, su gesto contrariado se transformó en una sonrisa. Había aprendido a fingirlas muy bien en los últimos tiempos. Como Adam sospechaba, ella sabía lo de sus otros líos. Al menos el de aquella zorra, esa tal Emma. Pero no iba a decírselo a él. Le necesitaba, y ahora su hermano Jay también. No era una tonta ni una simple. Le gustaría que el mundo fuera mejor, aunque ese deseo no cambiaba nada.

—¿Por qué no me has dicho que ibas a venir? —preguntó a Adam.

—No creí que fuera a darme tiempo. Y he preferido darte una sorpresa.

Adam entró en el apartamento. Cogió dos vasos del mueble bar del salón y se sentó en un sofá. Beth se quedó de pie, mirándole.

—He traído algo delicioso —dijo él, y sacó de un bolsillo de su chaqueta una botella con forma de petaca.

—¿Qué es?

—Coñac francés. Me lo hace llegar un buen amigo desde París, en

valija diplomática.

Adam se golpeó los muslos para indicarle a Beth que se sentara en sus rodillas. Creer que no había sido descubierto, después de todo, lo había puesto de muy buen humor. Ella obedeció y le rodeó con un brazo, mientras él alargaba los suyos para llenar los vasos. Luego le dio uno a Beth y cogió el otro para brindar.

—Por nuestro próximo éxito en Broadway.

Ambos bebieron un sorbo del coñac. Adam ojeó la etiqueta. Más de medio siglo los separaba de las uvas con que se elaboró.

—Cuando lo embotellaron todavía se luchaba en la guerra de Secesión.

—¿Recuerdas lo que me dijiste de invertir en una empresa de taxis? —dijo Beth, cambiando de tema. O, más bien, sacando un tema al que llevaba un tiempo dándole vueltas.

—Sí. Claro que lo recuerdo. Es un buen negocio. Hay dinero en las calles, y el dinero hace que la gente quiera vivir mejor. Tomar un taxi en esta ciudad ya no es un lujo, pero para muchos sigue siendo una novedad.

—Podrías contar con mi hermano Jay…

—¿Tu hermano Jay? ¿Cómo está desde su accidente?

—Él está bien. Podría volver a correr, si quisiera, aunque su antiguo jefe de equipo está dispuesto a no permitírselo.

—Eso no tiene por qué ser un obstáculo insalvable —dijo Adam con su expresión de rico que se cree omnipotente.

—No, no es ése el verdadero problema. Jay sigue culpándose de la muerte del otro piloto, ya sabes. Sufre… pesadillas. Se despierta en plena noche alterado. Él no sabe que lo sé. Me lo ha contado su mujer.

—Mal asunto. Si lo que le impide volver a competir está en su cabeza… Bien. Dile que venga a Nueva York y se pase a verme.

—Gracias. De verdad.

A pesar de su relación con Adam, llena de falsedades, los sueños de Beth se estaban cumpliendo en Broadway. Vivía a lo grande y podía ayudar a su hermano a salir de la depresión en que se hallaba sumido desde el accidente de Indianápolis. Quizá lo más importante en la vida sea el amor, y eso no lo tenía. Pero nada es perfecto. Ésa era una verdad que golpearía a todos en no mucho tiempo. Y lo haría sin ninguna misericordia.

Dicen que el remordimiento es como morder una piedra. Y justo eso sentía Tom en la soledad de su celda. Una semana antes estuvo a punto de matar al gigante noruego con quien el alcaide le había

obligado a pelear. Por fortuna, las lesiones que le causó no eran demasiado graves y el tipo se estaba recuperando gracias a su fortaleza física. Pero, si el gancho hubiera tomado una dirección algo diferente, quizá ahora estaría muerto, con los huesos de la nariz incrustados en el cerebro.

Y lo peor era que, en ese momento, a Tom no le importó lo más mínimo. Lanzó el puño con todas sus fuerzas, sin reparar en las consecuencias. Sólo tuvo la suerte de no matar a aquel hombre. Ambos la tuvieron.

—El alcaide quiere verte en su oficina.

La voz de uno de los alguaciles resonó en el corredor. Tom estaba sentado en el catre, con la espalda apoyada en la pared. Se limitó a ponerse de pie y esperar a que el guardia le abriera la puerta de la celda. Por primera vez empezaba a sentir que se merecía estar allí preso; que quizá el destino mezcla las causas y los efectos en una maraña compleja e inextricable. Puede que a él ese destino lo hubiera castigado sin auténtica culpa, cuando mató por accidente a Isaiah Sprintze. Pero la culpa afloraba ahora, porque estaba dentro de su corazón y siempre lo había estado.

Tom tuvo que esperar unos minutos en la antesala del despacho del alcaide. Le dejaron sentarse en una de las parcas sillas que formaban una hilera junto a la pared. El secretario del alcaide lo escrutó sin pudor, como quien contempla a las fieras de un circo, con cierto temor y repugnancia no exentos de fascinación.

Fue el mismo alcaide el que apareció en la puerta de su despacho, acompañando a un hombre a quien Tom nunca había visto. Era obvio que se trataba de un juez o un magistrado, porque el alcaide, al despedirse, se refirió a él como «señoría».

—Ven conmigo, muchacho —dijo el alcaide cuando su invitado abandonó las oficinas.

Entraron juntos en el despacho. El alcaide fue hasta un pequeño mueble bar para servirse una copa. Preguntó a Tom si quería beber algo. Cada vez lo trataba mejor y le dedicaba un rostro sonriente que hubiera engañado a cualquiera que no lo conociera. Le ofreció whisky o coñac, que Tom rechazó.

—Pero siéntate, no te quedes ahí de pie.

Tom obedeció. Su semblante serio hizo al alcaide negar con la cabeza, con condescendencia.

—Deberías estar más contento. He dado instrucciones para que te visite una señorita después de cada combate. La del otro día no fue un premio aislado. Podrás tener mujeres, mejor comida, libertad dentro de los muros de la penitenciaría… Deberías estar contento, sí. ¿Por

qué no lo estás? Ese paquete de la última velada ni siquiera te tocó. Eres bueno con las manos, chico.

Esa última frase recordó a Tom una muy similar. Se la dijo Max Sorensen años atrás, cuando trabajó con él en el nuevo granero de Frank, después de quemarlo siendo niño. Sorensen se refería a algo constructivo, y no destructivo como el alcaide, que le hablaba de buenas manos para boxear y hacer daño.

—Estoy bien —dijo Tom.

—Me alegra oír eso. Pero no te he hecho venir para charlar. El próximo sábado habrá combate. Y esta vez no tendrás como rival a un ogro retrasado. Estoy seguro de que ganarás igualmente, pero te costará. Créeme.

—¿De quién se trata?

—Un chico nuevo, del campo como tú. Acaba de llegar. Lo han condenado por extorsión e intento de homicidio. Una mala pieza, ya me entiendes… Lo importante es que él ya era boxeador antes de todo eso. Me he informado y ganó varias competiciones regionales. Un tipo duro. Incluso agredió a los guardias que lo trasladaban en el furgón. Ahora lo tengo en la nevera, pero haré que lo saquen esta misma tarde para que empiece a prepararse. ¿Qué te parece? Un combate digno.

—Sí, digno —masculló Tom.

—No me gusta que uses ese tono —dijo el alcaide—. Tú ocúpate de pelear y no pienses demasiado. Ya sabes lo que quiero de ti. ¿Comprendido?

—Sí, claro.

—Pues vuelve a tu celda. O, mejor, ve al gimnasio. La velada del sábado será grande. No me hagas quedar mal.

Tom hizo caso al alcaide. No sólo ese día, sino todos los demás hasta el sábado. Se dedicó a entrenarse y a no pensar. Al llegar la tarde del combate, estaba tan vacío como la cáscara de una sandía. Ni siquiera se tomó un pequeño tiempo para lamentarse. De nada servía y ya no lo necesitaba.

Por la noche, el gimnasio estaba más lleno de espectadores que nunca. Los que ocupaban las primeras filas llevaban consigo los consabidos periódicos, que empleaban para cubrirse cuando la sangre salpicaba desde el ring. Allí había hombres solamente. Todos con gesto expectante. Fue el alcaide el que, una vez más, presentó a los púgiles. El chico nuevo no era muy alto, pero sus brazos parecían las piernas de un varón de complexión normal. Tenía la nariz deformada y achatada por los golpes, y mandíbula de perro de presa. No debía de tener más de veinte años. En sus ojos no había brillo. Parecían muertos.

Si Tom hubiera podido mirarse en un espejo, habría visto que los suyos no eran muy distintos.

Tras las consabidas presentaciones del alcaide, el combate dio inicio con el sonido de la campanilla. Tom pegó primero. El otro muchacho encajó el golpe como una roca. Se separó un poco y luego avanzó con paso firme. Tom logró esquivar su primer puñetazo, pero no el segundo. Aquel tipo era rápido. Muy rápido. Pero también lo era Tom, que se zafó de él y le devolvió los golpes, uno en el hombro y otro en pleno rostro. Este último hizo que el muchacho se tambalease levemente. Eso le encendió. Ambos sabían ya que el combate iba en serio.

Cuando volvió a sonar la campanilla, indicando el final del primer asalto, cada uno regresó a su rincón y se sentó en su banqueta. Tom comprobó sus dientes. Tenía la sensación de que uno de la mandíbula inferior le bailaba, pero sólo tenía un corte en el interior del labio. Se enjuagó y escupió el agua sanguinolenta en un cubo. Tenía el pelo mojado por el sudor, que empezaba a resbalarle desde la frente sobre los ojos. Tuvo tiempo de secarse con una toalla antes de que el descanso finalizara.

El segundo asalto fue aún más duro. El jovencito lanzaba golpes terribles, veloces, casi sin recorrido. La baza de Tom era su envergadura. Sus puños resultaban más lentos, pero cada vez que impactaban contra su oponente el golpe era mayor. Hubo un momento en que creyó que iba a perder el conocimiento. Pero justo después fue él quien hizo retroceder al muchacho, que también estuvo a punto de caer. Tom tuvo entonces la oportunidad de noquearlo. Lo vio tan claro como un sendero en medio del bosque. Sólo tenía que lanzar su brazo siguiendo la guía y el combate habría terminado.

Pero se contuvo. Algo le hizo detenerse. No fue un titubeo, sino algo más profundo. Al fondo de ese sendero irreal apareció el rostro de Frank Carter. El rostro que tenía cuando lo recogió en las calles de Filadelfia; cuando se agachó frente a él y Tom pensó que iba a pegarle.

No podía seguir luchando.

Pero tampoco retirarse. El alcaide no se lo hubiera permitido. Por eso hizo lo único que sí podía hacer: quedarse quieto y recibir los golpes de su adversario. Encajarlos hasta que ya no fue capaz de seguir aguantando y cayó de espaldas, con las cejas y los labios rotos, sangrando por la nariz y los pómulos, y toda la cara y el pecho cubiertos de sangre.

El alcaide se levantó en su asiento con incredulidad.

—¡¿Es que te has vuelto loco?! —le gritó, rabioso, aunque su voz

quedó acallada por los feroces aullidos del público.

Tom no le oyó. Ni tampoco el estruendo de gritos y silbidos. Antes de llegar al suelo estaba ya inconsciente. Pero, en el último momento, mientras veía llegar hacia él el puño de su oponente, sintió que Frank le sonreía. Quizá, después de todo, no se hubiera convertido en un monstruo.

Tercera parte

The WORLD MAGAZINE
The World

DOMINGO, 15 de diciembre de 1929

¿PELIGRA EL EMPIRE STATE?

Por VALERY MARQUAND

Nueva York. Una metrópoli que ha crecido como ninguna otra, acogiendo la riada de inmigrantes de Europa, transformando su identidad y su fisonomía a ritmo frenético, buscando las alturas con ciclópeas moles de metal y cemento que miran hacia las nubes por encima de los hombres y mujeres más poderosos y ricos de la Tierra. Edificios como el reciente Chrysler Building se alzan hoy, cual gigantes, en medio de la ya apelmazada isla de Manhattan.

Para muchos, Nueva York es la nueva capital del mundo. Centro económico y financiero de Estados Unidos, la primera potencia mundial. Para otros, sin embargo, no es otra cosa que el purgatorio de todos los excesos cometidos. Un lugar en el que sufrir por las culpas de un mundo desaforado y ciego, donde el mero esfuerzo por subsistir ha reemplazado a toda ilusión, sueño o anhelo. En nuestros días, la vicisitud se cierne sobre nuestras cabezas: el fantasma de una crisis económica sin precedentes, el colapso de un modo de vida que augura terribles consecuencias. La muerte de una época.

No parece que eso vaya a frenar la construcción de nuevos y mayores rascacielos. Esta carrera por arañar el cielo comenzó a principios de siglo, con el Flatiron Building y, un poco más tarde, con el, al decir de los expertos, edificio moderno más hermoso de Estados Unidos: el Singer Building. De sus ciento ochenta y siete metros, que lo llevaron a batir el récord mundial de altura para rascacielos en 1908, hasta los trescientos diecinueve del Chrysler este año, sólo median veintiuno. Si esta progresión continúa, tendremos un edificio de un kilómetro en el año 2036, y de una milla para 2133. Aunque eso no lo verán nuestros ojos…

Lo que sí han visto es cómo se coronaba, con una sorprendente aguja de acero,

el nuevo edificio de la Corporación Chrysler: el rascacielos actualmente más alto del mundo. Una esbelta mole que ha superado a la célebre Torre Eiffel de París. Aunque esta proeza humana se quedará pequeña en poco tiempo, como las aspiraciones de sus propietarios, para quienes el segundo puesto es una derrota. Ahora, un proyecto aún más ambicioso —a decir verdad, el más ambicioso de todos—, promete convertirse en la más alta construcción humana de la Historia. Un edificio que tomará su nombre del apodo del estado de Nueva York: Empire State Building —un nuevo Empire State, en realidad, porque ya existe un pequeño edificio de nueve plantas con ese nombre, que muy pocos conocen, situado entre las calles Broadway y Bleecker, y cuyo parecido con el nuevo será nulo.

La bolsa quebró hace poco más de un mes. Los más importantes analistas financieros auguran una terrible crisis económica. Numerosos bancos han cerrado ya sus puertas y las empresas reducen personal a marchas forzadas, debatiéndose por seguir en funcionamiento. Riadas de trabajadores desocupados recorren las calles. Se palpa en el ambiente que un modelo de entender el mundo ha sido derribado, con el papel de las acciones, antes valioso, que ha caído hundiéndose con la rapidez del hierro.

Se acaba de hacer público que el Empire State se alzará hasta los 381 metros, 62 más que el Chrysler, que se coronó exactamente el día en que el mercado de valores experimentó su primer tambaleo. Quizá no es el mejor momento para acometer un proyecto tan ambicioso. ¿Deberá abandonarse? ¿Se volverá al proyecto inicial, menos desaforado y más económico, de sólo cincuenta pisos?

Hallaremos respuesta a estas preguntas. Pero antes conozcamos los antecedentes de esta moderna «Torre de Babel»; y, acaso, cuál podría ser esta vez el castigo por el orgullo de pretender erigirla.

Se cuenta que, a mediados de 1928…

… John Jacob Raskob se detuvo un instante frente a las obras del nuevo rascacielos de la poderosa Corporación Chrysler. Cuando estuviera terminado sería un edificio majestuoso y, lo más importante, el más alto del mundo; más alto aún que la Torre Eiffel, el gigante de hierro de París. En los ojos de Raskob había una mezcla de envidia y contenida satisfacción. Tendría que soportar por el momento la derrota, aunque sería algo temporal. Sabía que estaba cerca de un golpe de mano que cambiaría las tornas. El edificio de Walter Chrysler iba a ser un símbolo de grandeza para la compañía de automóviles de Michigan, que acababa de adquirir Dodge y pretendía trasladar su sede a Nueva York. Pero pronto sus ínfulas sucumbirían bajo el poder de la propia empresa de Raskob, la Empire State Building Company.

Todo marchaba bien para el hijo de un fabricante de cigarros neoyorquino que llegó a ser vicepresidente de la General Motors y de DuPont, y acababa de ser elegido presidente del Comité Nacional del

Partido Demócrata. Su abuelo, católico y originario de la región de Eifel, en el oeste de Alemania, había emigrado a Estados Unidos con una mano delante y otra detrás. Pero vivió el «sueño americano». América daba a todos la oportunidad de prosperar, como él lo había hecho.

Raskob era un filántropo, además de un duro hombre de negocios con inversiones en numerosas industrias, y creía firmemente en que cada ciudadano era capaz de mejorar sus condiciones gracias al mercado de valores. Con pequeñas inversiones, todos podrían llegar a ser ricos. Y por eso apoyaba el crecimiento de esas inversiones en bolsa entre las clases humildes. Creía en América y en el pueblo americano. Y también en la libertad individual para decidir lo mejor para cada uno. Por eso se oponía con firmeza a la Ley Seca.

Siguió caminando por las calles de Manhattan, alejándose del solar del edificio Chrysler. Pensó en su abuelo, y en el hecho de que naciera precisamente en la región de Eifel. La misma de la que también era originaria la familia del gran Alexandre Eiffel, cuyo apellido real, el complicado Bönickhausen, se cambió y se le añadió una efe para no desentonar en Francia, donde resultaba poco menos que impronunciable. Aquello era una señal. Tenía que serlo. Y, si no lo era, los hombres tenemos la capacidad de convertir las casualidades en algo más. Dirigirlas y transformarlas en eso a lo que llamamos Destino. Raskob no creía que el Destino estuviera escrito en las estrellas, sino dentro de nosotros y en nuestra fuerza y resolución de llevarlo adelante.

Al llegar al lugar al que se dirigía, desapareció por la entrada del edificio en que se hallaba el más prestigioso estudio de arquitectura de Nueva York: Shreve, Lamb & Harmon. Llegaba puntual. Uno de los socios, su amigo William Lamb, lo esperaba en su despacho. Cuando Raskob entró, el arquitecto le hizo un saludo que él no se molestó en devolver, aunque no por descortesía. Sus pensamientos estaban captados por lo que iba a proponerle. Se limitó a sentarse y a sacar un lápiz del bolsillo de su chaqueta, que puso de pie sobre el escritorio de Lamb. Éste lo miró sin entender el gesto. Pero pronto Raskob disipó sus dudas.

—Bill, ¿cómo de alto puedes hacerlo sin que se caiga?

El poderoso industrial miró al arquitecto fijamente, con gesto grave. Aquello no era ninguna broma. Hablaba de un edificio. Pero no de un edificio cualquiera. Lamb conocía bien las aspiraciones de Raskob, y de tantos otros hombres ricos que ansiaban conquistar el cielo de la metrópoli más importante del país. Al arquitecto, que había estudiado en París, aquellas aspiraciones le recordaban a un visionario

del neoclasicismo, llamado Étienne-Louis Boullée. Muchos habían tachado sus irrealizables diseños de megalómanos, meras locuras carentes de proporción humana. Como el Cenotafio de Newton, una esfera hueca de ciento cincuenta metros de diámetro, con una bóveda repleta de orificios con el fin de simular en su interior, en pleno día, las estrellas del cielo nocturno. Sin embargo, él no compartía esa opinión. Boullée soñó con algo que ahora, un siglo después de su época, no sólo era realizable, sino el símbolo de una nueva era.

Lamb se quedó en silencio unos segundos. Luego asintió, mirando a Raskob con la misma fijeza que éste. Pero también con una leve sonrisa. Hizo un meticuloso cálculo mental y por fin sentenció:

—Más de trescientos metros.

—¿En cuánto tiempo?

—Si utilizamos en parte un diseño base ya elaborado, lo adaptamos y lo ampliamos, con las técnicas de construcción más modernas… dos años.

—Bien, pues ponte a trabajar en ello ahora mismo. Rompamos los límites. Y no perdamos tiempo. El tiempo es dinero, amigo mío.

Para abordar la ingente labor y convertir el desafío en realidad, Raskob fundó la compañía del Empire State con cuatro socios: su amigo y jefe Pierre du Pont; el primo de éste, Coleman du Pont, y los hombres de negocios Louis Kaufman y Ellis Earle, de las industrias petrolera y minera. Cuando llegara el momento, Raskob los convencería para nombrar al antiguo gobernador de Nueva York, el popular Al Smith, como presidente de la compañía. Pero sólo si era derrotado en las elecciones presidenciales de ese año. Smith, al igual que Raskob, era católico, y había conseguido que lo eligieran como candidato demócrata a la presidencia, cuya elección se celebraría el martes después del primer lunes de noviembre.

Mientras tanto, el proyecto tomó forma en las mesas de dibujo. Los planos, elaborados a partir de trabajos previos, estuvieron listos en tan sólo unas semanas. Lamb en persona se encargó de dotarlos de elegantes líneas modernistas. Con Raskob a la cabeza, iban a vencer a todos. A Walter Chrysler, con su aguja secreta; a David Rockefeller junior, con su gran Centro, y a todos los demás. Al llegar el penúltimo mes del año, Al Smith perdió estrepitosamente las elecciones frente al republicano Herbert Hoover, y pasó a presidir la compañía del Empire State, cuyo proyecto definitivo fue más allá de los trescientos metros. El mayor rascacielos del mundo habría de superar esa cifra en ochenta y un metros, para convertirse también en el primer edificio de más de cien plantas. Con el fin de acelerar la construcción se emplearía una estructura metálica prefabricada, procedente de las fundiciones de

Pittsburgh, en Pensilvania. Los buques de carga ya estaban preparados para llenar sus bodegas con las enormes piezas y trasladarlas hasta el puerto de Nueva York.

El Empire State iba a erigirse en los terrenos del hotel Waldorf Astoria, símbolo de unos tiempos ingenuos y, a su manera, esplendorosos. En los libros de historia se narraba que, en aquel preciso lugar, George Washington libró una batalla crucial para la independencia americana. Ese suelo, en el corazón de Manhattan, estaba regado con la sangre de patriotas. Hombres que lucharon por un ideal y por la libertad, para alumbrar la primera nación del mundo nacida con el espíritu de hacer a todos los hombres iguales. Un bonito sueño con el que muchos soñaron, pero del que casi todos habían despertado.

El inicio de la demolición del antiguo Astoria fue como una celebración. Raskob y sus socios se frotaban las manos. Sabían que en los tiempos revueltos se hacen las grandes fortunas. O se aumentan aún más. Simbólicamente, desde la azotea del propio edificio condenado, Raskob, Du Pont y Al Smith contemplaban el pasado y preveían el futuro. Un futuro que era suyo. Al Smith derribó con unas cuerdas una parte de la elegante balaustrada. La vetusta construcción del lujoso hotel estaba a punto de desaparecer en el polvo para dejar espacio a su gran rascacielos. Cada tiempo tiene unos señores. La belleza tenía ahora que ceder el paso a la magnificencia y la practicidad. Y, quizá, a la grandeza.

Al menos ésta se hallaba como objetivo en el corazón de los propietarios, y también en el de Smith. Él había luchado durante toda su vida por los derechos de los más desfavorecidos y por mejorar la vida de la gente. Se había ganado el cariño de los ciudadanos de Nueva York y la consideración de hombre honesto, y hasta sentimental. Pero, en política, eso no suele ser suficiente. Tras su derrota en las presidenciales, había doblado la cerviz. Ya no era joven ni tenía la energía necesaria para seguir luchando en causas ajenas. A pesar de ello, para Smith el Empire State era un símbolo de esperanza y no un simple negocio. Un símbolo de esperanza elevándose, desde la base empobrecida de la ciudad de Nueva York, para mirar hacia las estrellas. Ésa era su visión.

A su lado, Raskob le dio una amigable palmada en el hombro a Pierre du Pont. Luego miró al horizonte. Ellos también eran luchadores, como Al Smith, y aunque les impulsaba la ambición, ése no era su único motivo, ni el dinero su única fe. Sabían que el poder era algo que se podía ganar o perder, y que sólo la posición en cada momento los separaba de las gentes sencillas. Ésa sí era su fe, y la fe

mueve montañas. Incluso es capaz de erigir montañas nuevas. Algo que, justamente, se disponían a demostrar.

El Empire State empezó rompiendo con el pasado. Literalmente, pues una marea de quinientos trabajadores se lanzó a destripar el viejo Astoria. Primero sacarían de él lo que pudiera aprovecharse o fuera valioso, y después demolerían la estructura hasta los cimientos. Cuando ya todo se hubiera eliminado, hasta el último escombro, dejando un profundo hueco en el enorme solar, habría al fin sitio para el edificio que, en no mucho tiempo, se convertiría en el «Techo del Mundo» y en un fiel reflejo del espíritu humano.

De las muchas caras del espíritu humano.

DATOS OBJETIVOS DEL PROYECTO:

- Altura desde la base: 381 metros
- Número de plantas: 102
- Diseño: Shreve, Lamb & Harmon
- Construcción: Starrett Brothers & Eken
- Número de ventanas: 7.500
- Número de ascensores: 64
- Área en su base: 8.094 m2
- Superficie total: 257.211 m2
- Espacio útil: 250.500 m2
- Peso total: 340.000 Tm
- Revestimiento interno y externo: 20.000 m2 de piedra caliza y 1.000 m2 de mármol
- Servicios: 760 km de cable eléctrico y 113 km de cañerías
- Mirador panorámico en el piso 86 y base de atraque para dirigibles en el 102

17

Año 1929

Al menos un millar de personas se agolpaban frente a la sede del Atlantic Commercial Bank, contenidas por los guardias de seguridad. La verja estaba cerrada desde primera hora de la mañana. En la calle, una mezcla ininteligible de chillidos ascendía hacia las ventanas de los pisos superiores. El presidente del banco, Benjamin Norris, miraba hacia abajo desde su ventana del décimo piso. Lucía el sol, pero sus tinieblas interiores le oprimían. En sólo unos días, unas horas, todo se había derrumbado. La bolsa de Wall Street sufrió las mayores pérdidas de su historia. Dieciséis millones de acciones cambiaron de mano y se desató el pánico. Eso había ocurrido unas semanas antes. El jueves más negro en toda la existencia de la Bolsa.

El Atlantic estaba condenado. Los préstamos de alto riesgo superaban con mucho a los activos, y era cuestión de días que la Reserva Federal tuviera que intervenirlo. Todas aquellas personas que reclamaban sus ahorros se encargarían de hacer el resto. El miedo es como una ola en el mar. Al llegar a la costa, rompe en ella de un solo golpe. Cada uno de los miles de clientes asustados no podría hacer quebrar a gran un banco como el Atlantic. Pero la suma de todos ellos no sólo lo llevaría a la bancarrota, sino que llevaría a la bancarrota a todo el país.

Benjamin Norris abandonó la ventana y fue hasta la mesa del despacho. Sobre ella había un interfono. Presionó el botón que comunicaba con su secretaria.

—¿Sí, señor? —dijo ella al otro lado.

—¿Puede venir un momento, Margaret?

La mujer apareció a los pocos segundos, con una libreta y un lápiz en la mano.

—Usted dirá —dijo la secretaria, que no lograba disimular su preocupación.

—Cancele todas mis citas de hoy.

—Muy bien, señor. ¿Desea algo más?

—Estoy terminando de escribir unas cartas. Se las dejaré sobre mi escritorio para que las envíe. Son urgentes.

—Vendré a buscarlas cuando usted las acabe.

—Gracias, Margaret. Puede retirarse.

La secretaria sonrió levemente y salió del despacho, cerrando tras de sí la puerta. Benjamin Norris se aflojó el nudo de la corbata y soltó el botón que cerraba el cuello inmaculado de su camisa. En realidad, las cartas ya estaban cerradas y con sus nombres escritos en los sobres: su mujer y su hijo Adam. Volvió a la ventana para contemplar de nuevo a la muchedumbre, que seguía voceando. Hizo un gesto de amargura con la boca y emitió un suspiro. Toda aquella gente se quedaría sin voz antes de que el Atlantic abriera sus ventanillas.

Una alta verja de hierro separaba al gentío de la puerta de entrada. Benjamin Norris alzó un momento los ojos al cielo. No hacía mal tiempo. Luego subió al alféizar y se arrojó a la calle. El ruido sordo de su cuerpo al caer provocó el silencio. El silencio que la muerte siempre trae consigo.

En la penitenciaría, la vida de Tom no se vio afectada por el crack del mercado de valores; ni por los centenares de bancos arruinados o los millones de personas en paro y familias que quedaron en bancarrota, cuando, de un día para otro, el papel de las acciones dejó de valer incluso el precio de las fibras de celulosa que lo componían. Pero, al quedar libre, cumplidos sus diez años de condena, se encontró frente a frente con la realidad de un mundo que se hundía.

Fuera cual fuese la situación, no podía ser peor que la cárcel. Los últimos años habían sido un infierno dentro del infierno. Desde su negativa a seguir boxeando, el alcaide se había encargado de hacerle la vida imposible. Eso duró casi dos años. Pero un buen día, de improviso, el alcaide dejó de celebrar combates y de presionarle. No volvió a fijarse en él, ni para bien ni para mal. Y en los últimos meses, había sido reemplazado por otro alcaide al frente de la penitenciaría. Un hombre duro, pero humano, con quien Tom apenas tuvo relación.

Algunos dijeron que el anterior alcaide estaba enfermo. Otros, que fue apartado por las altas esferas políticas, que acabaron sustituyéndolo y enviándolo lejos. En realidad, nadie sabía lo que pasó con él. Lo único cierto es que desapareció y Tom logró encontrar un tiempo de tranquilidad. Ahora estaba de nuevo en la calle, libre, pero con unos antecedentes nada beneficiosos. Si antes de iniciarse la crisis ya era muy difícil para un ex convicto encontrar un empleo, ahora, en medio de ese alud de desgracias, resultaba poco menos que imposible.

Tom se pasó el primer día de libertad vagando por las calles de Filadelfia en busca de una ocupación; la que fuera. Pero ni siquiera en los muelles consiguió esta vez encontrar un hueco, a pesar de su experiencia como estibador. Ni tampoco en la construcción. Muchas

obras permanecían cerradas, con los materiales abandonados en medio de los solares y carteles anunciando su cese. Tom estaba sin blanca y empezaba a hacer frío. No tenía nada que hacer en Filadelfia. Ésa era la conclusión a la que llegó al darse cuenta del panorama. Lo mejor era marcharse hacia el oeste, al campo. Quizá allí tuviera más suerte, en alguna granja como la de su familia adoptiva.

Un amable camionero lo recogió en las afueras de la ciudad. Por el camino estuvieron charlando de la situación económica y de cómo las cosas parecían ir de mal en peor, como piezas de dominó que van cayendo una detrás de otra. Sin embargo, el camionero hablaba con una media sonrisa en la boca que a Tom le sorprendió, hasta que el motivo quedó aclarado.

—Yo tenía todos mis ahorros en la bolsa —dijo el hombre—, pero me retiré a tiempo. No como tantos de esos sabihondos de las finanzas. Decían que las acciones iban a subir y a subir como la espuma, para siempre. Pues míralos ahora, en el arroyo y sin un centavo.

—¿Sabías que la bolsa se iba a desplomar? —le preguntó Tom, incrédulo.

—¡Qué va! Si fue mi mujer la que acertó… Es medio india, ¿sabes?, y soñó que no se qué antepasado suyo, en forma de búfalo, se comía las hojas de un arbusto. Pero las hojas eran cuadradas y blancas, y también caían monedas al suelo. Menos mal que me obligó a vender, porque si no ahora mismo… ¡uf, estaríamos en la ruina!

—Pero qué es lo que pasó. Es que he estado… fuera del país.

—Anda, hombre, no hace falta que disimules. Tienes toda la pinta de haber pasado una buena temporada a la sombra.

—¿Y por qué me has recogido?

—Porque tengo buena suerte, ¿no lo has notado? Sabía que no eras un ladrón. Porque no eres un ladrón, ¿verdad?

La pregunta fue acompañada de una débil risilla que terminó de un modo algo tembloroso.

—No, claro que no. No tienes de qué preocuparte.

—Eso ya lo sé. Sólo estaba bromeando. Bien, lo de la bolsa… Un día bajaron las acciones, pero volvieron a subir un poco. Luego no sé qué pasó con un gran banco, que compró un montón de millones de dólares. Pero eso fue justo lo que dio miedo a todo el mundo: que se intentara calmar a la gente. Mala señal. Todos empezaron a vender, incluso los pequeños como yo, y la cosa se fue a pique. Más o menos así ocurrió.

—No lo entiendo.

—Ni tú ni nadie, amigo. Ni tú ni nadie. Dicen que mucha gente

compraba acciones a crédito, que se invirtió demasiado en la construcción, que las acciones no valían tanto como se pensaba… No sé. Para mí que fue un poco de todo.

El destino del camionero no era hacia el oeste, de modo que dejó a Tom en una estación de servicio a unos cincuenta kilómetros de Filadelfia, antes de despedirse de él y desviarse para proseguir su ruta hacia el norte. Tom entró en un sucio bar de carretera que había en los alrededores. El local estaba lleno de camioneros, como el que lo había llevado hasta allí.

—¿Qué vas a tomar, guapo? —le preguntó la camarera, una mujer de mediana edad con aspecto vulgar y pueblerino.

Tom se había sentado solo a una de las mesas que jalonaban el ventanal. Sostenía la carta del menú, repleta de platos que se le antojaban suculentos. Se metió un momento la mano en el bolsillo y sacó el dinero que le quedaba. Contó las monedas. Todo su capital ascendía apenas a un dólar.

La camarera esperaba con un bloc de notas en la mano. Acababa de coger el lápiz que tenía detrás de una oreja.

—Tomaré un café solo y unos huevos revueltos.

—¿Con jamón o con beicon?

Tom volvió a mirar las monedas. No se habían multiplicado.

—Tendrá que ser con beicon.

—Muy bien —dijo la camarera con desgana.

Mientras esperaba su comida, Tom escuchó la conversación de dos hombres que estaban sentados a la barra, de espaldas a él. Hablaban de un nuevo rascacielos que iba a construirse en pleno Manhattan y que iba a llamarse como el estado de Nueva York, Empire State.

—Dicen que será el más alto del mundo —comentó uno de ellos, masticando un pedazo de bistec—. He oído que quieren hacerlo rápido. Y para eso van a tener que contratar a muchos hombres. Ya han empezado con las excavaciones.

—Pueden contratar a toda la gente que quieran —contestó el otro, que apuraba su ardiente café a sorbos y entrecortaba las palabras—. Nadie tiene un centavo…

—Los ricos siempre ganan.

—Sí. A costa de nosotros.

Tom se desentendió del resto de la conversación. Pero lo del rascacielos era interesante. Un edificio como aquél suponía una oportunidad de trabajar. Y necesitaba un empleo. Además, en la penitenciaría había leído mucho sobre la arquitectura moderna, e incluso hubo momentos en que soñó con subir a uno de esos rascacielos y contemplar la tierra desde lo alto, alejado de sus sombras

y hedores.

Los últimos años de cárcel habían sido los más difíciles. Durante más de un año, sólo le dieron media ración de comida, ya de por sí escasa. Se quedó en los huesos y alguna vez se dijo que no llegaría a la mañana siguiente. Pero cuando el alcaide decidió olvidarse de Tom, éste volvió a los trabajos forzados. Siguió allanando carreteras, construyendo muros y edificios, picando piedra para hacer adoquines. Poco a poco, recuperó las fuerzas y su peso normal. Aquel alcaide no había sido capaz doblegarle. Pero estaba otra vez en el mundo, tenía que comer y estaba dispuesto a lo que hiciera falta para conseguir un trabajo. Salvo robar. Como ex convicto, un nuevo delito podía hacer que le cayera la cadena perpetua, y Tom preferiría morir a pasar el resto de su vida en la cárcel.

Lo único claro era que su destino inmediato estaba en ese gran edificio que iba a alzarse en la ciudad en la que todos eran unos recién llegados. El lugar en que las distintas lenguas se unían en una sola y los afanes en una lucha común: Nueva York.

El edificio del diario *New York World* se hallaba al sudeste de la isla de Manhattan. Era más alto que los edificios de sus competidores. En la parte superior tenía un pináculo desde el que Joseph Pulitzer, su fundador, había contemplado durante años la ciudad y a los demás periódicos, inclinando hacia abajo su mirada. El *World* todavía encarnaba la prensa progresista; la cara de la moneda opuesta al imperio mediático levantado por William Randolph Hearst y su periodismo amarillo.

Valery Marquand se agarró el pequeño sombrero, en forma de caperuza, al cruzar la calle en dirección al *World*. La atravesó corriendo, por delante de un coche que se dirigía al puente de Brooklyn, al que hizo frenar y que le dedicó un sonoro bocinazo. Pidió perdón con la mano sin mirar siquiera al conductor. Así era en todos los aspectos de la vida: prefería arriesgarse a tener que esperar.

Entró en el edificio del *World* con el mismo paso acelerado. Llegaba tarde a su reunión con el redactor jefe, Linus Lonnegan. Subió en ascensor hasta la penúltima planta y cruzó la redacción a toda prisa. Los periodistas se afanaban tras sus máquinas de escribir. A Lonnegan también se le veía muy ocupado. Llevaba un rato hablando cuando Valery entró en la sala de reuniones. El hombre, algo rechoncho, le dedicó una mirada fulminante. Ella le devolvió un amago de sonrisa y se sentó a la mesa en el único sitio libre.

El redactor jefe del *World* comentaba con sus mejores reporteros

una idea del propio director del periódico, Herbert Bayard Swope. Quería reportajes de impacto sobre la incipiente crisis económica para el magazín dominical. Lo que fuera, con tal de que tocara la fibra sensible: historias humanas, próximas, de personas con nombre y apellido, con las que los lectores pudieran identificarse, emocionarse e inspirarse en esos tiempos duros que empezaban a golpear a la sociedad estadounidense.

Valery era la única mujer en aquel grupo. Sólo gracias a Bayard, un hombre moderno y avanzado en sus ideas, podía desempeñar el puesto de reportera en el diario. Por desgracia, el padre de Valery —reputado juez de la Corte Federal— no era tan progresista. Cuando se enteró de que su hija quería dedicarse al periodismo le dio un ultimátum: su carrera o su familia. Valery no lo dudó un instante. Estaba convencida de que el periodismo era lo que deseaba y lo que debía hacer. Eso ocurrió tres años atrás. Desde entonces, no había vuelto a hablar con su padre, excepto en las celebraciones familiares y sobre poco más que trivialidades.

Cada uno de los reporteros citados a la reunión con Lonnegan explicó lo que se le había ocurrido para cumplir el encargo de Bayard. Todos se centraban en visitar las fábricas o los comedores sociales, los muelles o las instituciones de caridad. Nadie habló de implicarse personalmente. Lonnegan agitó la cabeza y dio una larga chupada a su puro cubano. No veía clara ninguna de las aportaciones de sus mejores periodistas. Miró hacia Valery, sentada al fondo de la mesa. Ella le ofreció otra de sus encantadoras sonrisas y parpadeó varias veces.

—¿Y tú? ¿Hoy no abres la boca?

—Todavía no tengo nada… —mintió ella.

Contrariado, Lonnegan suspiró y dijo:

—Entonces habrá que seguir pensando. El jefe quiere algo realmente bueno. Algo que conmueva el corazón de América. Seguid en ello. Ahora, podéis iros.

Todos los reporteros abandonaron la sala. Todos excepto Valery, que se quedó junto a una estantería, fingiendo consultar uno de los manuales de periodismo. No habló hasta que el último de sus compañeros estuvo fuera y a suficiente distancia.

—Le he mentido —dijo a Lonnegan—. Sí que tengo una idea. Y es buena.

—¿No podías haberla compartido con nosotros antes? ¿O es que se te acaba de ocurrir?

—El problema es precisamente que no quería compartirla con esos… chacales.

Lonnegan asintió. No le gustaba que hablara así de sus

compañeros, pero debía reconocer que no le faltaba una pizca de razón.

—¿De qué se trata?

—La construcción del Empire State.

El redactor jefe se encogió de hombros.

—Ya has escrito sobre eso. No te sigo.

—Ese edificio va a ser el más alto del mundo, la obra humana más ambiciosa desde las Pirámides de Guiza. Lo que he escrito hasta ahora sobre él es irrelevante. Poco más que un compendio de datos y un poco de oficio… —El rostro de Valery traslució el entusiasmo que sentía por lo que iba a decir a continuación—: Lo que he pensado es conseguir un trabajo en el edificio y escribir un reportaje con mis propias vivencias.

La expresión de Lonnegan pasó de la incredulidad a la risa.

—¡Eso es imposible, querida mía! Allí sólo cogen hombres y, no te ofendas, pero tú eres una mujer. No es trabajo para señoritas —añadió al final con cierto sarcasmo.

Valery decidió no darle vueltas a eso de no ofenderse por ser mujer. Salirse de sus casillas no sería bueno para tratar de convencer a su jefe de que la idea no era descabellada.

—Respóndame sólo a una pregunta. ¿No cree que se trataría de un gran reportaje?

—Por supuesto que sí. Sabes que te considero uno de mis mejores reporteros. Eres una periodista de raza. Quizá puedas escribirlo con uno de tus compañeros masculinos. Él sí podría…

—¡No! —le cortó Valery—. Quiero hacerlo yo sola.

—Me temo que esta discusión es estéril. Eres una mujer y eso no puede cambiarse, ni es culpa mía. Ésa es la realidad.

Lonnegan habló en tono tajante. Frente a él, Valery ahogó una nueva protesta y abandonó la sala bufando. No estaba dispuesta, en absoluto, a que la cosa quedara así. Pero hay que saber cuándo replegarse antes de contraatacar. Sobre todo, si se tiene un buen plan.

El policía terminó su cigarrillo y entró en el local. Saludó con un toque de la gorra a la mujer que regentaba la tienda y se dirigió hacia el fondo. Ella no intentó detenerle, e incluso se las apañó para ofrecerle una sonrisa. No le gustaba aquel hombre de mirada inexpresiva, pero menos aún querría tenerlo en su contra. En la trastienda había un tipo sentado a una mesa, jugando al solitario con unas cartas. Se levantó al ver al policía, lo saludó levemente y oprimió acto seguido un botón oculto en la pared. Una puerta falsa se abrió por detrás de unas cajas

apiladas y el policía desapareció a través de ella.

Al otro lado, al final de un largo pasillo, la tienda pequeña y vetusta se convertía en un amplio espacio donde había mesas de juego, una barra americana y hasta un escenario. Aún era pronto. A esa hora pocos clientes habían llegado al local clandestino. Las alegres conversaciones bajaron de tono, a la vez, nada más entrar el policía. Se llamaba Owen O'Connolly. Todos le temían. Si había un hombre en la corrompida Nueva York que tuviera el alma negra de veras, ése era él.

Corrían muchas historias en torno a O'Connolly, y ninguna buena. Una de ellas afirmaba que sólo se hizo policía al regresar de la guerra de Europa, donde sirvió en el cuerpo de infantería. Supuestamente, allí perdió la escasa humanidad que pudo existir alguna vez en su corazón. El último día de la contienda, cuando ya nadie quería matar o arriesgarse a morir, él pasó horas acechando en la trinchera. Esperó pacientemente hasta que un soldado alemán, muy joven, se descuidó y se dejó ver al otro lado. O'Connolly le disparó sin titubear. Uno de sus compañeros le recriminó el haberlo hecho: «No debía tener más de quince años», le dijo. A lo que O'Connolly respondió fríamente: «Pues ya no cumplirá los dieciséis». Minutos después llegó la noticia del fin de la contienda.

Fuera o no cierta aquella historia, nadie dudaba de que O'Connolly habría sido capaz de hacer algo así. Y esa clase de hombres tiene mucho valor para otra clase de hombres. Owen O'Connolly había sabido colocarse, como un muelle, entre dos personajes poderosos de Nueva York: un comisario corrupto, relacionado con las altas instancias del ayuntamiento, y Adam Norris. Los tres manejaban un gran negocio de juego, prostitución y alcohol ilegal.

—Owen —lo saludó Adam yendo a su encuentro, con su impecable esmoquin negro—. ¿Quieres tomar algo?

—Whisky. Pero no del que les das a ésos. Del tuyo.

Adam levantó la mano, y un camarero sacó de debajo de la barra una botella de Glenlivet. La puso entre los dos hombres junto con dos vasos anchos, que llenó hasta el borde. O'Connolly vació el suyo de un solo trago.

—Ah, un buen elixir de esos malditos escoceses. ¿Cómo van los negocios?

—Ya sabes que van bien.

En ese momento apareció Beth y se acercó a los dos hombres. Estaba cansada y parecía mayor de lo que era. Aún no había cumplido los treinta, pero mostraba unas arrugas marcadas en torno a los ojos que el maquillaje no conseguía disimular por completo.

—Ya conoces al inspector O'Connolly, ¿no es así, nena? —dijo Adam, contrariado. Era una forma sutil de decirle que no pintaba nada allí y que le molestaba su interrupción.

Beth recordó cuando Adam se refería a ella como querida. Pero de eso hacía mucho tiempo.

—Sí, lo conozco —se limitó a decir, ignorando la indirecta de Adam.

O'Connolly no le quitaba a Beth los ojos de encima, haciéndola sentir sucia. Nadie la asustaba y repugnaba en la misma proporción como aquel hombre de ojos impenetrables.

—¿Nos disculpas un momento? —le dijo Adam.

Cogió a Beth del brazo y la llevó aparte.

—Te he dicho mil veces que no quiero verte cuando estoy hablando de negocios.

—Lo siento —contestó Beth, servil—. Es que… Jay…

—No vuelvas a hablarme de ese estúpido fracasado de tu hermano —musitó entre dientes—. Tuvo su oportunidad y la desaprovechó. Punto final.

Durante tres años, Jay había sido socio de Adam. Éste puso la mayor parte del dinero y, entre los dos, fundaron una compañía de taxis en Nueva York. Jay y Jennifer vendieron su casa de Pittsburgh y se mudaron a la Gran Manzana. Al principio, el negocio floreció a la luz de la bonanza económica. Pero después del crack del mercado de valores, la pequeña empresa no tardó en venirse abajo. El mundo entero empezó a venirse abajo. El propio padre de Adam se había suicidado arrojándose por una ventana, cuando su banco, incapaz de convertir los dólares en su equivalente en oro, como mandaba la ley, fue intervenido por el gobierno federal.

Adam estuvo a punto de perderlo todo y quedarse en la calle, como cualquier desarrapado. Sus negocios teatrales, que daban pérdidas desde hacía tiempo, se hundieron por completo. Lo mismo ocurrió con la mayoría de sus otras inversiones, a excepción de una modesta emisora de radio. Pero ni siquiera todos esos contratiempos hicieron vacilar un ápice su deseo feroz de no ser pobre. A cualquier precio. Por eso se introdujo en los negocios ilegales, la producción y tráfico de alcohol, el juego, la prostitución. Quiso que Jay se le uniera, que organizara el transporte clandestino de alcohol como había organizado la compañía de taxis. Pero el hermano de Beth se negó y ahora malvivía con un único taxi que conducía él mismo, y con el que apenas ganaba bastante para dar de comer a Jennifer y a sus dos hijos.

—Yo, Adam…

—Mira, Beth, cuando le veas, dile a Jay que mi oferta sigue en pie.

Quiero tener conmigo a alguien que sepa llevar un camión como él sabe hacerlo, que enseñe a los otros y que sea capaz de burlar a la policía si se hace necesario. Ya se lo expliqué. Las condiciones no han cambiado. La decisión es suya. No hay más que hablar.

Jay aparcó su taxi bruscamente, subiéndose a la acera con la rueda delantera y dando luego marcha atrás un par de metros, para alejarse de la boca de riego que había taponado. Se quitó la gorra, la echó en el asiento del copiloto y bajó. Era noche cerrada. Cuando salió de casa, esa mañana, también era aún de noche. Había pasado todo el día dando vueltas con su taxi por las calles, o estacionado en las zonas más populosas y, sin embargo, sólo había conseguido hacer un par de servicios.

El coche necesitaba algunas reparaciones y la sustitución de varias piezas gastadas. Él mismo lo haría si tuviera dinero para comprar los repuestos. Pero no lo tenía. De seguir así las cosas, pronto iba a verse obligado a vender el taxi —su único sustento—, y entonces ya no sabría qué hacer para pagar las facturas que se le amontonaban. Su hermana le había insistido varias veces en que se uniera a Adam en sus negocios turbios. Por lo menos en el del alcohol ilegal, que no consideraba como algo realmente indigno. A su modo de ver, esa prohibición resultaba absurda, y la prueba de ello era que no la compartieran la mayoría de los países civilizados. Además, no podía decirse que fuera un crimen comerciar con algo cuya legalización defendían figuras políticas tan destacadas como el gobernador Franklin Roosevelt y el alcalde Jimmy Walker, o magnates del periodismo como Herbert Bayard y hombres de negocios como John Raskob.

Jay estaba de acuerdo con esos argumentos, pero sabía que un negocio ilegal siempre está rodeado de indeseables, y también lo que el alcohol puede hacer con la vida de una persona. Lo sabía por el padre de Jennifer. Y también por su propia hermana… Desde que se canceló su última obra de Broadway, al comienzo de la crisis económica, se había dado a la bebida. Quizá incluso desde antes. Jay era consciente de que la desdicha de su hermana no sólo se debía a sus decepciones profesionales, sino también al modo en que Adam la trataba.

—Hola, cariño —dijo Jennifer al ver a su marido entrar en casa, un humilde apartamento en la ciudad de Jersey.

Jennifer habló arrastrando las palabras, como si le costara pronunciarlas o estuviera demasiado cansada para hacerlo de manera

correcta.

—¿Qué hay de cena? —dijo Jay, mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba caer pesadamente sobre un sillón—. Huele muy bien.

—He hecho un guiso de carne. ¿Qué tal ha ido el día?

—¿Un guiso de carne? Estupendo… El día, como siempre. No ha sido demasiado bueno.

Jay sacó un pequeño bolso de cuero y lo abrió delante de su mujer. Dentro había poco más de seis dólares.

—¿Sólo esto? —dijo ella—. Ya casi no me queda nada de dinero. ¿Qué vamos a hacer?

—Apretarnos el cinturón. ¿Qué, si no?

Jennifer le miró con resignación. Trajo el guiso de la cocina y le puso a Jay un buen plato. Luego se sirvió uno más escaso para ella.

—¿Y los niños? —preguntó él.

—En la cama. Katie te ha hecho un dibujo. Mira.

Jennifer se levantó de la mesa y cogió, de un aparador, el papel con el dibujo. Era poco más que un garabato. Katherine era su hija pequeña. Aún no había cumplido los dos años. El hijo mayor se llamaba Frank, como el padre de Jay. Al ver el dibujo, éste sonrió. Su mujer y sus hijos eran lo único que le impulsaba a seguir luchando. Si no los tuviera, no sabría qué hacer. Seguramente acabar involucrándose en los negocios ilegales de Adam y sus secuaces.

—¿A que está muy bien para una niña tan pequeña? —dijo Jennifer.

—Me recuerda al pintor ese francés tan famoso —dijo Jay, y dejó el dibujo a un lado.

Jennifer se encogió de hombros.

—Sí, ese que pinta como si estuviera loco, con colores chillones y formas extrañas… ¿O es italiano? Bueno, qué más da.

Jay sacudió la cabeza y, al volver a mirarla, captó una desprevenida expresión de tristeza de Jennifer, que ésta se apresuró a disimular. Levantó la mirada hacia ella y le sonrió de nuevo, ahora con más dulzura. Alargó una mano para cogerle la suya.

—Confía en mí —dijo—. Ya sé que ahora todo nos va mal, pero la suerte tiene que cambiar para nosotros.

—Beth ha estado aquí esta tarde.

El gesto de Jay se ensombreció. Imaginaba el rumbo que iba a tomar la conversación.

—Me ha dicho que Adam Norris podría tener algo para ti. Sé que se portó mal cuando la empresa de taxis quebró, pero…

—No hablemos de Norris, ¿quieres? ¿Cómo está Beth?

—Ella está bien. Sigue intentando encontrar un papel en algún

musical, aunque todo es muy difícil ahora.

—Mientras siga con Norris, no tendrá problemas…

—No sigue con él por eso, Jay —le recriminó Jennifer—. Beth está muy enamorada.

—Ya.

Jennifer pensaba que era el orgullo de su marido lo que le impedía aceptar ninguna oferta de Adam. Ella sabía muy poco de a qué se dedicaba éste realmente y en qué consistían los «negocios» en los que quería que Jay se involucrara, aparte del tráfico de alcohol. Y menos aún de que aquel malnacido tratara a Beth como a una furcia y la engañara con otras mujeres delante de su cara. No era el caso de Jay, que por eso no admitía el dinero que su hermana intentaba darle de vez en cuando. No era de ella sino de su novio, y estaba tan sucio como el propio Adam Norris. A veces, Jay sentía la tentación de sacar a Jennifer de su ignorancia, pero ¿qué bien le haría?

—¿Ha traído Beth la carne de este guiso? —preguntó de pronto.

—Sí. Y también leche y huevos. Por los niños.

Jay se levantó con el plato y volvió a echar lo que quedaba de su contenido en el puchero.

—Voy a acostarme. Mañana tengo que levantarme temprano.

Cuando Jennifer se quedó sola, permitió que volviera a su rostro la preocupación y la tristeza que la asaltaban. Había hecho bien en no decirle nada a su marido de su nuevo embarazo. Las cosas ya estaban bastante complicadas. Se acarició el vientre y pensó en la criatura que crecía dentro, y que nunca llegaría a nacer. Una víctima más de los malos tiempos, sin ni siquiera la oportunidad de luchar.

18

Era aún muy temprano, aunque el incansable Linus Lonnegan se encontraba ya trabajando en su despacho, un espacio de grandes ventanales que miraban hacia la redacción. A través de ellos, como si de una pecera se tratara, podía observar y controlar a todos sus reporteros. Estaba enfrascado revisando una columna del periódico. Por eso no vio a una figura deslizarse furtivamente hasta el aseo, con una gran bolsa en una de sus manos.

Minutos después, quien había entrado en el aseo salió de él y cruzó la redacción hacia el despacho de Lonnegan, ahora sin tanto sigilo. Aun así, éste no notó su presencia hasta que llamó con los nudillos al cristal de su puerta.

—Adelante —dijo, sin levantar la vista del artículo.

—Buenos días —respondió quien lo había interrumpido.

Era un jovencito delgaducho, ataviado con ropas amplias y vulgares.

Lonnegan lo miró por fin, de arriba abajo. Emitió un chasquido contrariado y frunció el ceño.

—¿Y tú quién diablos eres?

—Me llamo Sam Clemens. He venido porque quiero hablar con el señor Herbert Bayard.

La carcajada de sarcasmo de Lonnegan resonó en el interior del despacho. Se puso en pie y se inclinó sobre la mesa, con ambas manos en ella.

—Así que te llamas igual que Mark Twain… Mira, muchacho, no te conozco ni sé cómo te han permitido entrar, pero ya estás largándote de aquí o llamaré para que te echen de una buena patada en el trasero.

—Le repito que quiero ver al señor Bayard. ¿Se atreve a apostar diez dólares a que lo consigo?

La amenaza del redactor jefe se transformó en indignación. Se le encendieron los ojos y gritó:

—Diez dólares o un millón, ¿qué más da? Como si quieres invocar el espíritu del mismísimo Joseph Pulitzer. ¡Largo de aquí!

—Tomo en firme su apuesta.

La situación se había tensado lo suficiente. El joven dio un paso adelante y miró muy de cerca a Lonnegan.

—¿Está seguro de que quiere que me vaya? —dijo con una voz

distinta, más suave y aguda.

—¡Qué diablos…! —exclamó de pronto el redactor jefe, aunque no pudo terminar la frase. Era como si hubiera visto un fantasma en pleno día.

Se había dado cuenta al fin. Aquel muchacho no era un muchacho: era Valery Marquand. Le había engañado completamente con su atuendo, su nuevo y radical corte de pelo —más incluso que el corte a lo *garçon* que se estilaba en aquellos días—, teñido de negro, y su voz impostada.

—Entonces, jefe, ¿puedo ver a Bayard o no?

Lonnegan estaba atónito, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo y una graciosa expresión de asombro.

—Sí… Creo que sí —dijo, sacudiendo la cabeza.

A Herbert Bayard le encantó la idea de Valery de escribir un reportaje trabajando realmente en la construcción del Empire State. Aunque antes tuvo que ver, con sus propios ojos, la transformación que la hacía parecer un muchacho. Un muchacho muy joven, delicado y delgaducho, pero lo bastante convincente. Se quedó de piedra. Nunca hubiera creído que se trataba de una mujer disfrazada. Y eso que él tenía ojo para las mujeres. Tanto como para las noticias o el póquer.

—Esta joven es prodigiosa. Creo que debemos darle una oportunidad a la señorita Marquand —dijo a Lonnegan, con una enorme sonrisa que terminó en carcajada.

El redactor jefe seguía teniendo sus dudas.

—No estoy seguro de que eso sea bue…

Bayard lo interrumpió con un gesto de la mano. Se había puesto serio de pronto.

—Señorita, usted pretende entrar en un mundo duro en el que no hay contemplaciones. Yo voy a ser igual de duro. Tengo que serlo, para asegurarme de que no la arrojo en las fauces de una manada de lobos. Va a demostrarme que merece llevar adelante su plan… ¿Ve ese archivador de ahí? Si consigue levantarlo sola, permitiré que haga su reportaje. Incluso me encargaré personalmente de llamar a un viejo amigo de la escuela y pedirle que le encuentre un hueco en la construcción del Empire State.

Valery miró primero al archivador y luego a Bayard. Asintió sin vacilar. No se hubiera atrevido a discutir con él, y menos cuando confiaba en sus fuerzas. Era una mujer, pero eso no la convertía en un ser débil e inútil, incapaz de llevar a cabo un trabajo de hombres, como muchos de ellos pensaban. Fue hasta el archivador, un mueble estrecho y no muy alto de robusta madera. Trató de abarcarlo con sus

brazos, pero estaba demasiado cerca de la pared para que las manos le cupieran por detrás. Aplicó todas sus fuerzas para intentar separarlo de ella, aunque no logró moverlo ni un milímetro. Parecía que estuviera clavado al suelo.

—Un momento —dijo jadeando—. Puedo hacerlo.

El segundo intento no resultó mejor que el primero. Aquel archivador pesaba demasiado. En su mente apareció la imagen de Alejandro Magno cortando con su espada el Nudo Gordiano. Deseó tener en sus manos una maza para destrozar aquel maldito archivador. Siguió tratando de izarlo hasta que acabó de rodillas, aferrada a él.

—No puedo… —reconoció al fin.

Había sido derrotada por un mueble. Por un maldito mueble, nada menos.

Frente a ella, Bayard mostraba una sonrisa paternalista y Lonnegan contenía, a su pesar, el aliento. Su expectación fue en vano. Aunque ni él ni Valery lo supieran, aquel archivador no era más que el secreto disfraz de una caja de caudales de recio acero templado y media tonelada de peso. Ni siquiera los tres juntos habrían sido capaces de levantarlo un palmo.

Antes de que Valery se pusiera de nuevo en pie, el director del *World* se le acercó y le puso la mano en el hombro. Ella estuvo a punto de pedirle que la retirara. No necesitaba la condescendencia de nadie. Se irguió y dijo con orgullo:

—Usted gana. No escribiré mi reportaje.

Bayard pareció casi sorprendido al oír eso. Y su respuesta fue lo más inesperado de un día ya de por sí inusual.

—Yo gano, en efecto. Pero usted va a escribir ese reportaje. Aunque no haciéndose pasar por un muchacho. Le conseguiré un puesto administrativo en las oficinas de la obra. Encuentre allí a un trabajador que encarne todo lo que usted busca. Alguien que le transmita los valores de superación y de esfuerzo que el país necesita en estos tiempos. Sólo le ruego que tenga mucho cuidado. Ya le he dicho que va a entrar en un mundo en el que no hay contemplaciones. Sé que no le asustan los retos. No deje que esa virtud se convierta en una desventaja.

—Por supuesto que no, señor —dijo Valery, exultante, aunque enseguida recapacitó y añadió—: Como mujer no podré mezclarme con el resto de trabajadores. Me costará mucho conseguir de primera mano la información necesaria para el reportaje.

—Tómelo como un reto adicional. Encontrará la manera, no me cabe duda. Bien, llamaré a mi viejo amigo. Ahora ocupa un alto cargo en el ayuntamiento. Creo que podrá buscarle una ocupación adecuada

en el Empire State, que le permita acceder a cualquier lugar de la obra y a los trabajadores.

Valery miró a Bayard con recobrado entusiasmo. Poco después, ella y Lonnegan salieron de su despacho. Ya fuera, de regreso a la planta en que se encontraba la redacción, su jefe le dijo:

—Tienes agallas, chiquilla.

Valery se sintió henchida de orgullo. Para un hombre tan poco dado a los elogios como Lonnegan, aquella afirmación tan campechana era un auténtico cumplido.

—Gracias, jefe. En realidad, el mérito es casi todo suyo. Ayer me recordó que soy una mujer y que ésa es la realidad. La realidad no puede cambiarse, aunque siempre hay un camino alternativo, si existe la voluntad de hallarlo. Y yo lo he conseguido.

—Tengo que darte la razón en eso. A la vista está.

—También fue usted quien me enseñó algo que nunca debía hacer, aunque hoy lo hagan muchos periodistas.

—¿A qué te refieres, Valery?

—«Nunca dejes que la realidad te estropee una noticia.» Esta vez no va a ser sólo el emblema de esos malos periodistas, ¿no cree?… Y, por cierto, me debe usted diez pavos. Una apuesta es una apuesta.

Jennifer habría preferido no decirle a nadie lo que estaba resuelta a hacer. Ni siquiera a la vecina de al lado, su única amiga, a quien dejó al cuidado de los niños. Pero acabó contándoselo por miedo de que algo fuera mal y nadie supiera adónde había ido. Salió de casa temprano, poco después de que Jay se marchara con el taxi, y caminó por las gélidas calles de Jersey hacia un lugar del que había oído hablar a otras mujeres entre susurros, en el mercado. Se trataba de una barbería donde se practicaban abortos.

Sabía que lo que iba a hacer era un crimen. Pero lo había pensado y sopesado una y otra vez, y estaba convencida de que era la única solución. Con Frankie y Katie ya resultaba casi imposible ajustar las cuentas. Una boca más que alimentar haría que todos pasaran hambre. Si al menos Beth o ella hubieran podido convencer a Jay de trabajar para Adam Norris… El amor por sus dos hijos la impulsaba a destruir la incipiente vida que llevaba en su vientre. Pensó en un Dios en el que no creía. No podía existir, si dejaba que hubiera tanto dolor en el mundo. Por eso no tenía miedo a ningún castigo divino. Sólo la tristeza de quien arranca una parte de sí. Ya nunca volvería a ser la misma, después de salir del sótano de la barbería sin ese pequeño corazón inocente que aún latía dentro de ella.

Se detuvo un momento en la calle, a unos metros de la puerta, para preguntarse a sí misma por última vez si estaba segura de lo que iba a hacer. Conocía la respuesta de antemano. No tenía otra opción.

—Buenos días —dijo tras cruzar el umbral.

El barbero la miró de arriba abajo. Además de éste, en el local sólo había un hombre mayor, que también la miró con ojos de viejo verde.

—¿Qué desea? —preguntó el barbero.

—Quería ver a la señorita Mary.

—Pase a la trastienda. Ella está allí.

En la barbería depilaban a mujeres y también les arreglaban las uñas. Ésa era su tapadera. Jennifer cruzó el local y desapareció por la puerta del fondo. Al otro lado había una especie de oscuro almacén con varias sillas. La señorita Mary se levantó al ver a Jennifer. Era una mujer de unos cuarenta años, enjuta y poco agraciada. Ya conocía a Jennifer. Habló con ella unos días atrás y fue quien le explicó el proceso.

—Querida, veo que te has decidido a hacerlo. Es lo mejor en los tiempos que corren.

—Supongo que sí.

—¿Cuál va a ser el futuro de un niño que nazca hoy? El futuro es negro.

La mujer condujo a Jennifer hacia una escalera que comunicaba con el sótano. Cerró tras de sí la puerta y encendió la luz. Allá abajo había una rudimentaria camilla y una mesa con instrumental que recordaba vagamente al de un médico.

—Vete desnudando y luego túmbate ahí —dijo la señorita Mary, señalando la camilla— Ahora vuelvo.

Jennifer esperó a que la mujer desapareciera en el piso superior antes de empezar a quitarse la ropa. Lo hizo lentamente, con la mirada perdida. Dobló cada prenda, una a una, y las colocó, todas juntas, encima de una mesa que tenía un dedo de polvo. Ahora estaba completamente desnuda. El embarazo aún no había alterado su figura. Seguía teniendo un cuerpo tan esbelto como cuando era una jovencita. Como cuando hizo el amor con el primer hombre al que amó, y quizá el único al que había amado de verdad.

De repente, sintió frío. Se sentó sobre la camilla y se abrazó a sí misma para darse un poco de calor. Aquel sótano era frío, sí, y húmedo. Pero el frío de Jennifer le venía de dentro. Se fijó en las paredes desconchadas, con pústulas de humedad. Y en la mortecina luz de la única bombilla, que colgaba del techo igual de desnuda que ella. Bajó la mirada al suelo, ennegrecido por la suciedad. Cerró los ojos para no ver nada más. Y esperó.

De pronto, se oyeron unos gritos arriba. Jennifer pensó que quizá fuera la policía. Tenía que vestirse e intentar huir, pero no consiguió moverse de la camilla. ¿Qué iba a ser de sus hijos? ¿Qué iba a ser de Jay? ¿Y de ella misma? Aterrada, escuchó las voces agitadas del barbero y la señorita Mary. Las siguieron unos pasos firmes, apresurados. Y luego Jay irrumpió en el sótano. Sus ojos estaban encendidos de cólera.

—¡¿Qué está pasando aquí?! —gritó con todas sus fuerzas.

Era su marido, el padre de sus dos hijos. Pero Jennifer se cubrió sus partes íntimas. Nunca se había sentido tan desnuda.

Por la mañana, Jay había regresado al apartamento minutos después de que ella se marchara. Había olvidado la bolsa con el almuerzo. Le extrañó que Jennifer ya no estuviera en casa y llamó a la puerta de la vecina. Ésta puso una cara de espanto y culpabilidad tan notorios, que Jay sospechó que algo sucedía. Consiguió hacerla confesar y corrió en busca de Jennifer. Pasara lo que pasase, no estaba dispuesto a permitir que matara a su hijo. Por su familia, haría lo que fuera.

—Yo… —dijo Jennifer. No consiguió decir nada más.

Pensó que Jay iba a pegarle, como lo había hecho tantas veces su padre. Pero él se limitó a decir:

—Vístete ahora mismo y vámonos a casa.

Jennifer obedeció. Al poco, los dos salieron al exterior. Ella delante y él detrás. Jay esperó a que estuvieran en el coche para volver a hablar. No lo hizo con furia. No estaba enfadado con Jennifer. Pero su tristeza era infinita.

—Sabes que te quiero, y que tú y los niños lo sois todo para mí —dijo con los ojos trémulos—. Vas a tener ese hijo. Vamos a tenerlo. Sé por qué has hecho esto. La culpa es mía. Pero se acabó. No voy a esconder más la cabeza. Hablaré con Beth y le diré que estoy dispuesto a trabajar para Norris.

19

Principios de 1930

La enorme extensión de Central Park apareció ante los ojos de Tom, al amanecer, como una reserva natural domesticada en medio del hormigón y el ladrillo. Su forma perfectamente rectangular ponía de manifiesto que se trataba de una obra humana, tratando de acotar el último reducto de la vida salvaje que ocupó toda la isla de Manhattan antes de la llegada del hombre blanco desde Europa, cuando los nativos imperaban en aquellos parajes. Fueron holandeses quienes, recién liberados de la dominación española, arribaron a esas tierras allá por 1626 con intención de establecerse. En lugar de conquistarlas a fuego y espada, optaron por comprar la isla a los indios que la habitaban a cambio de una cantidad ridícula de dinero. Poco después se establecieron allí treinta familias holandesas protestantes, que fundaron en el sur la ciudad de Nueva Amsterdam.

Ésta fue creciendo durante el gobierno de Peter Stuyvesant, hasta que la Corona británica tomó el control directo, y su nombre fue cambiado por el de Nueva York. Se asentaron colonos ingleses y tropas armadas. Nueva York medró, aunque siempre fue una ciudad conflictiva para la metrópoli hasta la guerra de la Independencia. Hubo cruentas batallas entre los sublevados americanos y el ejército británico. Por fin la ciudad quedó bajo el dominio de la nueva nación, y se convirtió en su capital provisional. Los cambios fueron grandes, pero no fue hasta el siglo XIX cuando empezaría a convertirse en la ciudad más importante de Estados Unidos. Se urbanizó a pasos agigantados, se tendieron puentes, se construyeron almacenes y vías férreas para el abastecimiento, se amplió el puerto, se establecieron industrias y los transatlánticos empezaron a unir Nueva York con el Viejo Continente.

A principios del siglo XX contaba ya con cuatro millones de habitantes, y era por derecho propio la capital económica, comercial y de negocios de la pujante nación norteamericana. Riadas de inmigrantes europeos llegaron en oleadas a la gran ciudad del otro lado del océano: primero irlandeses y alemanes, y luego italianos, polacos, judíos y casi de cualquier lugar. Nueva York resplandecía tras la Gran Guerra. Pero ahora, con la crisis brutal que se cernía sobre el país y el mundo, los brillos se transformaban rápidamente en sombras.

Tom estaba atravesando el parque hacia el sur, pero se detuvo un momento frente a las puertas del zoológico. No llegó a entrar en él, aunque se sentó a descansar en un banco junto a la puerta. En aquellos tiempos los animales de la selva vivían mejor que las personas. Y se habían amansado también más que ellas. Las bestias sólo seguían sus instintos, pero los seres humanos poseían la facultad de pensar y decidir. Por eso eran capaces de tanto mal.

No estuvo allí mucho rato. Hacía frío y tenía que seguir. Más abajo, grandes edificios flanqueaban Central Park, sobre todo en su parte final. Parecía imposible que tales gigantes de cemento y hierro pudieran alzarse, firmes hacia lo alto, sin caer derrumbados como castillos de arena. Tom se quedó contemplándolos, hipnotizado, tratando de recordar lo que había leído en prisión para compararlo con la realidad. En especial le impresionó el hotel Sherry-Netherland, una mole de estilo modernista, de más de ciento setenta metros de altura que se convertía, al elevarse, en una especie de estirada torre propia de un *château* francés.

El reloj de su fachada marcaba las siete y media de la mañana. Tom continuó su camino hacia el sur. Fue descendiendo por la Quinta Avenida y, a unas manzanas de su destino, se encontró con otro rascacielos aún más alto, el Mercantile Building, de casi ciento noventa metros de altura. Se colocó bajo su sombra y elevó la mirada al cielo plomizo, recorriendo su impresionante fuste. No se trataba de una construcción hermosa, pero sí imponente. Casi daba miedo imaginarse arriba. Y pensar que el nuevo rascacielos, donde él iba a intentar trabajar, iba a ser aún mucho mayor…

Centenares de automóviles circulaban por las vías, de las que emergían columnas de vapor de agua a través de las rejillas de los sumideros. Poco a poco, las calles se fueron llenando de gente, que iba de aquí para allá como una marea humana. O como las hormigas de un gran hormiguero, pensó Tom, si es que pudiera verlas desde lo alto de un rascacielos. En aquel momento se estaban construyendo en Manhattan más de veinte edificios que habrían de superar los doscientos metros de altura. ¡Doscientos metros! Tom trató de imaginar el tiempo que tardaría en recorrer esa distancia a su máxima velocidad. Eso le hizo recordar el trozo de metralla que tenía en la cadera. No le había afectado cuando boxeaba en prisión, pero estaba seguro de que correr sería otra cosa. Cada vez que lo había intentado, a los pocos minutos se había movido de su posición, hincándose en la carne y provocándole un dolor lacerante. Y eso con el tiempo en calma. En días como aquél, húmedos, a punto de nevar, con ese frío, no quería ni pensarlo.

Todo le resultaba nuevo y maravilloso. Por unos instantes se olvidó de la realidad. Siguió su camino hacia la oficina de contratación, preguntando a un par de transeúntes por el solar del Empire State. El proyecto era famoso. Todo el mundo parecía conocerlo. Le dijeron que siguiera por la Quinta Avenida hasta la calle Treinta y cuatro. El solar ocupaba un gran espacio, del que salían camiones cargados de material de excavación. La oficina se hallaba a un lado, y no era más que una pequeña caseta de madera que contrastaba con los enormes edificios que Tom acababa de ver.

Se colocó en la fila de hombres que esperaban frente a ella. Después de esperar varias horas, se había marchado sin el trabajo. Sólo gracias al dinero de la cartera del hombre que murió delante de él pudo comer algo y cenar esa noche. Luego buscó un albergue en que hospedarse y se acostó. Cuando era niño le agradaba dormirse pensando en el futuro, en todo lo que podría hacer cuando fuese un hombre. Ahora, sin embargo, prefería dejar la mente en blanco, olvidarse de sí mismo y, sencillamente, dormir. Dormir hasta el día siguiente, cuando la luz mortecina del sol invernal entrara por el ventanuco de la habitación y le robara los sueños.

Aunque, esa vez, el amanecer no le encontró en la cama. Tom se había levantado de madrugada para volver al solar en que iba a construirse el rascacielos. A pesar de que era muy pronto, ya había unos cien hombres formando una fila y esperando su turno. Algunos estaban sentados en el suelo helado, cubiertos con mantas. Otros preferían mantenerse de pie. Unos tosían y otros se frotaban las manos, bajo sus guantes sucios.

Mientras esperaba a que abrieran la oficina, Tom miró un momento hacia el lugar donde había muerto el hombre al que trató de ayudar el día anterior. No se distinguía del resto de la calle. Era igual de gris y estaba igual de desgastado por las suelas de los hombres y mujeres, afortunados o desafortunados, que lo pisaron durante tantos años, en tiempos mejores o en esos últimos tiempos.

Empezaba por fin a amanecer cuando la oficina de contratación se abrió de nuevo. Un hombre de aspecto somnoliento apareció en la ventanilla y anunció a los que esperaban que podían ir pasando. No era el mismo que se la había cerrado en las narices. La fila inició su lento avance. Pero esta vez, cuando Tom llegó hasta la oficina, sí tuvo oportunidad de hablar con el encargado.

—¿Has trabajado en la construcción? —le preguntó éste.

—He estado en varios edificios, en Filadelfia. También he hecho carreteras. Conozco los oficios de albañil y carpintero. Sé soldar y poner ladrillos, preparar el hormigón…

Tom no sabía qué más decir. El hombre lo miró con los ojos entornados.

—¿Ex convicto?

—Desde hace poco. Pasé diez años en prisión.

—Se te ve fuerte y sano. Mientras no crees problemas… ¿Vas a crearnos problemas?

—No, señor. Le juro por mi vida que no.

—Espero que sea verdad. De acuerdo —sentenció el hombre—. Coge este papel y ve adentro. Pregunta por el capataz Casals. Él dirá si sigues o te largas.

El nombre sonó muy extraño a Tom. No quería parecer estúpido. Aun así preguntó:

—¿Cómo ha dicho que se llama el capataz?

—Ca-sals. Es mexicano o español, o algo así. Le reconocerás porque tiene un mostacho de morsa. Vamos, ve adentro, no tengo toda la mañana.

—Gracias —dijo Tom con voz apenas audible, y traspasó la valla metálica que daba acceso al solar.

El interior era un ruidoso hervidero de hombres y de máquinas. Los primeros se afanaban en romper en pedazos lo que quedaba de los cimientos del Waldorf y del Astoria, el gran hotel del siglo XIX que había resultado de la unión de dos contiguos, y cuyo solar era capaz de albergar la base del Empire State. Las máquinas, con palas y orugas, recogían y levantaban los escombros para descargarlos en camiones volquete, que accedían por un lado y se marchaban por el otro, a través de una vía de acceso que cruzaba el enorme agujero. Al menos había allí medio millar de trabajadores, desmantelando lo que aún servía o tenía valor y destruyendo todo lo demás.

Sin perder de vista la intensa actividad, Tom caminó, bordeando el solar, por una plataforma lateral situada al nivel de la calle. Un poco más adelante, en efecto, reconoció a Casals de inmediato. No sólo porque su enorme bigote negro pareciera efectivamente el de una morsa, sino porque todo él lo parecía, dada su amplia y redondeada figura. No obstante, su porte denotaba cierta extraña elegancia.

—¿Señor Casals? —le preguntó Tom al llegar hasta él.

El hombre se quitó la gorra un momento y dejó a la luz su calva.

—Mateu Casals. Yo soy —dijo—. Si te han indicado que te presentes a mí, supongo que debes de ser albañil o carpintero.

—Sí, señor. Las dos cosas —contestó Tom, que no pudo evitar fijarse en el marcado acento del capataz. Le costaba entenderle.

—Un chico formado… Bien. Como ves, ahora se está excavando para colocar los cimientos. —Casals señaló hacia un lado—. Todos

esos camiones en fila se están llevando la tierra y la piedra, y luego traerán el cemento. Entonces se colocarán los pilares de acero de la base. Ponle tres o cuatro semanas para que lo hagan. Luego entraremos nosotros a trabajar. Y lo haremos en firme. Eso será para el día de San Patricio. Han fijado esa fecha por algún motivo sentimental, supongo. De todos modos, me gustaría ver ya qué eres capaz de hacer. Sólo quiero conmigo a hombres que sepan lo que se hacen.

Tom apenas captó la segunda mitad de la parrafada de Casals. Necesitaba ganar dinero. Necesitaba comer. Y lo necesitaba ahora, no dentro de tres o cuatro semanas.

—Entonces, señor Casals, ¿todavía no ha empezado el trabajo?

—¿Es que no has oído nada de lo que te he dicho? —dijo el capataz, aunque su tono no era en absoluto tan severo como lo parecían sus palabras—. Claro que ha empezado el trabajo. Lo que no ha empezado es lo que tú, si es que de veras conoces el oficio, tendrás que hacer aquí.

—Pero… Yo pensaba…

—Mira, yo también soy un empleado y no puedo perder todo el día charlando. Aún tengo decenas de tareas que organizar. Lo que hay es lo que hay. ¿Quieres hacer la prueba o prefieres marcharte?

Tom no vaciló al contestar. Tenía que hacerse con el trabajo, aunque se viera obligado a buscar otra cosa hasta que la excavación terminara.

—Hágame la prueba.

—¿Qué prefieres, albañilería o carpintería?

—Lo que usted decida.

—Bien, muchacho. Pues te probaré para las dos cosas. Constrúyeme ahí, junto a esa hormigonera, una estructura para colgar una polea. En esa caseta hay herramientas y madera. Tienes media hora, aunque deberían sobrarte por lo menos diez minutos.

A Tom le sobraron quince. Midió y serró los maderos con precisión, los clavó con firmeza y, sobre ellos, colocó dos crucetas en forma de uve invertida conectados por una traviesa. Sin decir nada, Casals le mandó después levantar un pequeño muro de ladrillos, para lo que le concedió otra media hora. Observó a Tom, mientras seguía con su trabajo, manejar con agilidad el mortero y la espátula. En ambos casos, al comprobar el resultado, el capataz asintió varias veces, de nuevo sin decir una palabra. Fue Tom el que habló, delante del muro de ladrillos. Cogió un poco de mortero en la mano y lo deshizo entre los dedos.

—Esta mezcla tiene demasiada agua —dijo.

Casals lo miró con extrañeza, para luego imitarle. Él también tomó algo de mortero y lo frotó entre sus palmas.

—Tienes razón, chico —convino, con su marcado acento—. Esto está mal hecho. Luego me encargaré de las reprimendas… En cuanto a ti, estás contratado. Saca el papel que te habrán dado en la oficina. Te lo firmaré para que te hagan la tarjeta de trabajador. Eres bueno y quiero que estés directamente a mi cargo. El horario es de ocho y media a cuatro y media, con media hora para comer. Las horas extra se pagan aparte, a salario doble. Igual que los sábados, si es que hace falta venir alguno.

Tom habría soltado un grito de alegría si no hubiera estado tan abatido. Algo salía bien, aunque no iba ser inmediato. Había conseguido el ansiado trabajo en el Empire State, pero de poco iba a servirle hasta que empezara realmente a ganar dinero con él. Y nada podía hacer para acelerar la retirada de los restos del antiguo Astoria y la colocación de aquellos pilares de acero, de los que el capataz le había hablado, y que habrían de servir de base al nuevo edificio. Hasta entonces, hasta que el duro suelo de Manhattan estuviera lo bastante agujereado para sostener al inmenso rascacielos, seguía sin trabajo y sin blanca.

El ahora mandaba sobre el futuro. Tom se encontró de nuevo vagando por la ciudad. Esta vez se trataba de Nueva York en vez de Filadelfia, pero lo esencial para él no era muy distinto. Caminaba sin rumbo entre las calles, con las manos embutidas en los bolsillos del abrigo. Dentro de uno encontró un papel suelto. Incluso antes de sacarlo y leer lo que estaba escrito, supo de dónde provenía. Ése era el papel que estaba en la cartera del hombre que murió a su lado el día anterior, en la cola de la oficina de contratación. La dirección escrita en él debía de ser la del pobre diablo. Le había dicho que tenía una hija y que él era lo único que le quedaba en el mundo. Tom recordaba eso perfectamente, pero más valía olvidarse de todo. No tenía la culpa de que aquel hombre hubiera muerto. Ningún compromiso le hacía responsable de su hija. Eso se dijo a sí mismo, mientras se encaminaba de todos modos hacia la dirección, que resultó pertenecer a Brooklyn.

Cruzó a pie el puente sobre el río East que comunicaba la isla de Manhattan con esa otra parte de Nueva York. Era hermoso y esbelto, como la seda de una araña que une dos ramas de un arbusto. Al otro lado, la vista era espléndida. Los edificios de Manhattan parecían surgir del agua, sin una base sólida en tierra. Contempló el *skyline* de la ciudad unos minutos bajo el arco que el puente describía sobre el

río. Una pareja joven se colocó cerca de él. Los dos parecían muy enamorados. Se besaron y se abrazaron, mirando hacia el mismo sitio. Tom los observó con envidia. Ya casi no recordaba lo que sentía cuando amó. Ni siquiera estaba ya seguro de que el amor fuera un sentimiento real y no una simple ilusión.

La dirección escrita en el papel no quedaba muy lejos del puente. A Tom le llevó quince minutos llegar hasta ella. Correspondía a una vieja pensión, de fachada sucia y deslucida. El letrero que la anunciaba parecía a punto de desplomarse, sin que nadie hiciera nada para remediarlo. Tom se quedó mirando desde el otro lado de la calle. Había llegado hasta allí, pero ahora no conseguía decidirse a entrar. Se obligó a hacerlo al pensar de nuevo en aquella niña cuyo padre había muerto a su lado. Eso no le comprometía a nada. Sólo tenía que explicarle al dueño de la pensión lo sucedido y pedirle que buscara a algún pariente de la niña capaz de hacerse cargo de ella. Alguno debía de tener en algún lugar. Si no, las autoridades la meterían en un orfanato y asunto solucionado. Así de sencillo.

Así de sencillo. A Tom le vino a la memoria su infancia en las calles de Filadelfia y, antes de eso, el tiempo en que estuvo acogido en aquel orfanato regentado por monjas del que escapó.

Cruzó la calle y subió por la escalera agrietada que conducía a la puerta de la pensión. La atravesó y se dirigió, por un estrecho pasillo, hasta el mostrador de la vacía recepción.

—¿Hola…?

Nadie salió a responder. Sobre el mostrador había un timbre. Tom iba ya a pulsarlo cuando un hombre, de baja estatura y piel arrugada como un melocotón, apareció desde la parte de atrás.

—Buenas noches —saludó.

Su voz era completamente neutra.

—Vengo por… —empezó a decir Tom, aunque no sabía cómo continuar.

—Si quiere una habitación son dos dólares por noche. Diez a la semana. Por adelantado.

El hombre le cortó sin miramientos. Estaba acostumbrado a tratar con pobres diablos que no tenían donde caerse muertos.

—No, yo no quiero una habitación —dijo Tom.

—Aquí no damos comidas ni cenas, salvo a los huéspe…

—¿Tienen ustedes aquí a una niña? —le cortó Tom esta vez.

La pregunta cogió al hombre de improviso. Pero no tardó en responder, con suspicacia:

—¿Es amigo de su padre? ¿O un familiar?

—No. En realidad, su padre… Su padre murió ayer.

—Ya me temía yo que habría pasado algo malo. No vino anoche y ha dejado la habitación sin pagar. Tenía que haberle hecho caso a mi mujer. No debí fiarle.

Tom sintió ganas de aplastarle la nariz de un puñetazo. Acababa de decirle que había muerto y él seguía hablando con el mismo tono de voz apagado, pensando sólo en su ruin alquiler. En lugar de eso, se obligó a tranquilizarse y le preguntó:

—¿Cuánto se le debe?

—Tres dólares y cincuenta centavos. ¿Los va a pagar usted?

—No tengo dinero.

—Eso pensaba… Entonces, llévese a la niña.

—No soy familiar suyo. Ya se lo he dicho.

—Pues llamaré a los servicios sociales y que ellos se hagan cargo.

La ira de Tom resurgió al oír a aquel hombre decir en voz alta lo mismo que él había pensado antes de entrar. Pero quizá tuviera razón, a fin de cuentas, y acudir a los servicios sociales fuera lo mejor. No para la niña, seguramente… Una vez más recordó su propia niñez. Completamente solo hasta que un hombre a quien no conocía se hizo cargo de él.

—Yo pagaré la habitación —dijo Tom—. Y la comida. He conseguido un buen empleo y empiezo… dentro de poco. Deme una semana. Sólo le pido eso. Le pagaré el doble de lo que cuesta si usted y su mujer cuidan de la niña.

—¿Qué trabajo es ése? —le interrogó el dueño, receloso.

—En la construcción del Empire State.

—Ah, sí, el nuevo rascacielos… Están locos. Ahora no es momento de embarcarse en esa clase de proyectos. Deberían gastar todo ese dinero en algo más productivo…

Tom imaginó que aquel hombre, que hablaba con tanto desprecio, debía de haber perdido sus ahorros en la bolsa. Pero no tenía argumentos para saber si eso era cierto, así que no discutió sus palabras y, sencillamente, añadió:

—A mí no me importa todo eso. Lo único que sé es que el sueldo es bueno.

—Entonces, ¿pagará el doble por la niña…?

—Sí, ya se lo he dicho. El doble.

—Eso hace, con las comidas… dieciocho con cuarenta dólares a la semana. Por dos, treinta y seis con ochenta.

—Le daré treinta y cinco a la semana, ¿de acuerdo?

—Espere aquí un momento. Tengo que consultarlo con mi mujer.

El dueño desapareció por donde había venido. Tom estaba seguro de poder sacar el trato adelante. Cuando empezara a trabajar en el

Empire State le pagarían algo más de quince dólares al día, con los sábados y los domingos libres. Eso sumaba unos noventa dólares a la semana.

El hombrecillo volvió a aparecer en el mostrador.

—Mi mujer dice que de acuerdo. Pero que no se retrase o llamaremos a los servicios sociales.

—No lo haré —dijo Tom—. Le doy mi palabra.

El dueño puso una nueva mueca de disgusto. Hacía mucho tiempo que había dejado de creer en la palabra de nadie.

—Una semana. Ni un día más.

—No le digan que su padre ha muerto —fue la respuesta de Tom.

Éste se dirigía ya hacia la salida cuando el hombre le preguntó:

—¿No quiere saber el nombre de la niña? —Tom no quería, pero él respondió antes de que pudiera decírselo—. Se llama Milka. Creo que es un nombre judío.

De vuelta en Manhattan, Tom se sentó en un banco de un parque. Estuvo allí mucho tiempo, aovillado dentro de su abrigo, reflexionando sobre qué hacer a continuación. Porque algo tenía que hacer. Podría aguantar unas semanas durmiendo en la calle, hasta empezar a trabajar en el Empire State, pero era obvio que no aguantaría tanto tiempo sin comer. Y ahora, además de encontrar el modo de mantenerse a sí mismo, debía arreglárselas para costear los gastos de la pensión y la comida de esa niña. De Milka.

Sí, hubiera preferido no saber su nombre.

Después de darle muchas vueltas, sólo se le ocurrió una solución. La única cosa en el mundo que podía hacerle ganar dinero fácil y rápido. También era algo que había aprendido en la cárcel, y que odiaba con toda su alma: luchar contra otro hombre encima de un ring.

Nueva York era una ciudad grande y ávida de violencia. El boxeo estaba en alza. A Tom no le costó encontrar aquella misma noche lo que buscaba: un garito en que se organizaban combates y apuestas ilegales. No eran combates muy distintos de los de la cárcel. Los espectadores estaban igual de sedientos de sangre, pero al menos había guantes para los puños y hasta una especie de árbitro. Los aspirantes se presentaban ante un viejo entrenador, que los examinaba someramente, calculaba su peso y decía si eran aptos. Luego se los emparejaba, se hacían las apuestas y empezaban las peleas.

Tom venció las dos en las que luchó. Eso le hizo ganarse diez dólares y la felicitación del dueño del local, que le invitó a volver siempre que quisiera. Necesitaba tipos como él, duros y sin nada que perder. Así veía a Tom, que también habló, antes de irse, con el viejo

entrenador. Éste se le acercó después del último combate. Al hombre le brillaban los ojos con la nostalgia de tiempos pasados y, para él, mejores.

—Chico —dijo—, si no fuera tan viejo para entrenar y tú tan viejo para empezar, podría hacer de ti un boxeador de verdad. Tienes madera, sí señor. Tienes madera.

Aquel hombre amaba el boxeo tanto como Tom lo odiaba. Pero era bueno, en las actuales circunstancias, tenerlo de su parte. Igual que al dueño. Gracias a eso, Tom tenía asegurado el sustento hasta que empezara a trabajar en el Empire State. Algo que ansiaba con todas sus fuerzas: trabajar en un lugar que iría creciendo en altura mientras todo a su alrededor se desmoronaba.

Las coristas del local clandestino de Adam Norris tenían embelesados a los clientes, que jaleaban sus evoluciones sobre el escenario, acompañadas de una pequeña orquesta y con muy poca ropa. El entusiasmo iba en aumento conforme las horas pasaban y el alcohol hacía su efecto. Al final de cada noche era habitual que los gorilas de Adam tuvieran que contener los ímpetus de más de un cliente demasiado eufórico. Salvo que estuviera dispuesto a pagar por conocer mejor a su bailarina favorita.

Las mesas de ruleta francesa, dados y *blackjack* ocupaban gran parte del local, mientras que el póquer se jugaba en una sala aparte. El propio Adam solía participar en algunas de esas timbas. Se consideraba un gran jugador, y lo cierto es que lo era. Esa misma noche lo estaba demostrando, una vez más, con tres altos cargos de la administración pública de la ciudad. El siniestro Owen O'Connolly se mantenía de pie a su lado, contemplando la partida con su cara impávida. Él también habría podido ser un gran jugador de póquer si el juego le hubiera interesado.

Jay apareció por la puerta de atrás y lo llamó. El policía fue hacia él y ambos salieron al callejón. Ya no hacía tanto frío. Las últimas nevadas debían de haber sido las postreras del invierno neoyorquino, que empezaba a remitir en su crudeza.

—¿Qué quieres, Carter? —dijo O'Connolly, con su insensibilidad habitual.

—Tenemos un problema. Han cogido a uno de los nuestros con un camión y un cargamento.

—¿Quién ha sido el imbécil que se ha dejado pillar?

—Douglas Grady —dijo Jay—. Creo que está herido.

—Grady… Lo habrán llevado a un hospital. ¿A cuál?

—Aún no lo sé. Pero lo averiguaré.

—Hazlo. Y rápido. No nos conviene que cante. Ese Grady sabe demasiado.

Jay comprendía perfectamente lo que eso significaba. O'Connolly enviaría a uno de sus hombres al hospital para sacar de allí a Grady, si es que era capaz de andar; o para matarlo, en caso contrario, y cerrarle el pico para siempre. Era la ley de ese tipo de vida. Todos conocían los riesgos. Se ganaba dinero fácil, pero igual de fácil era acabar con un balazo en la cabeza o en el fondo del puerto con un pijama de cemento.

—Cuando te enteres de en qué hospital está —dijo O'Connolly—, quiero que vayas allí y lo elimines.

—No soy un asesino.

—Nadie lo es hasta que lo hace la primera vez. Es como perder la virginidad.

—No. Yo no voy a matar a nadie, y menos a sangre fría. Hablaré con Adam.

O'Connolly agarró a Jay por el cuello de su abrigo. Acercó su nariz a la suya como si fuera a golpearle con la frente.

—Quédate con tus remilgos. Se lo pediré a un hombre de verdad, que no sea un cobarde como tú.

Jay tenía suficiente con organizar los transportes de alcohol y conducir él mismo en numerosas ocasiones, sirviendo de guía. No deseaba volver a los tiempos en que había que visitar los locales que adquirían la bebida a los competidores para «convencerlos» de comprar su alcohol. Era difícil crear una zona de influencia en un negocio donde todos querían su propio pedazo y buscaban marcar como osos su territorio en el bosque. En un bosque de hormigón y asfalto, a base de amenazas, palizas y alguna que otra bomba incendiaria.

—¡No soy ningún cobarde, hijo de perra! —le espetó Jay.

O'Connolly estaba ya de espaldas, a punto de regresar al interior del garito. Se detuvo y giró la cabeza hacia un lado. Antes de hablar chasqueó la lengua.

—Si ahora mismo pusiera un revólver en tu mano y yo me quedara de espaldas, indefenso, ni aun así tendrías los cojones de disparar. Eres un maldito cobarde. Por eso tuviste que dejar las carreras.

Jay sintió ganas de tener ese revólver en la mano y demostrarle a O'Connolly lo equivocado que estaba. Pero agachó la cabeza y se contuvo. Antes de empezar a trabajar para Adam se había jurado a sí mismo no caer más bajo de lo que ya estaba. Lo juró por Jennifer y por sus hijos. A veces, con tipos como O'Connolly, se arrepentía de

aquel juramento. Si tuviera una sola oportunidad, una oportunidad clara…

—Sé lo que estás pensando —dijo el policía—. Puedo leerte la mente. Ten cuidado conmigo. Yo sólo doy la espalda una vez.

20

Como todos los 17 de marzo, la comunidad católica de Nueva York se engalanaba para la festividad de San Patricio. La catedral del mismo nombre, erigida en honor al santo patrón de Irlanda, parecía ahora empequeñecida al lado de los nuevos rascacielos de Manhattan a pesar de su enorme tamaño y sus torres neogóticas de más de cien metros de altura. El ímpetu de la fe había cedido ante el ímpetu del dinero. La belleza que se alzaba hacia los cielos se veía superada por el aprovechamiento de cada metro, la funcionalidad y los nuevos afanes del hombre.

Era muy temprano, pero los preparativos se dejaban ver ya ante la catedral, que más tarde, entrado el día, rebosaría de gente. En su exterior empezaban a congregarse los fieles. También habría un gran desfile, el más vistoso del año en Nueva York. El último había sido un auténtico espectáculo, pero éste, con la crisis económica golpeando a todos, inclinaría el protagonismo hacia los rezos y las plegarias. Algo que a Tom le parecía mezquino: pedir lo que se necesita a un ser superior, que lo puede todo y que lo deja a uno a merced de sus designios. Cuando era niño solía hablar con Dios y pedirle cosas buenas, pequeñas y grandes. Cosas que casi nunca obtuvo de él.

Pasó junto a la catedral sin detenerse. No tenía el menor interés en esas celebraciones. Sólo una vez se había parado frente a San Patricio, cuando llegó a la ciudad recién salido de la penitenciaría. Y lo hizo durante el breve espacio de tiempo que le llevó contemplar la luminosa fachada blanca en toda su extensión. Luego pasó de largo, igual que ahora. Su única plegaria en aquellos días era encontrar un empleo, y no la dirigió al cielo ni a ningún santo.

Esa mañana comenzaba ese trabajo que, al fin, había conseguido. Al llegar al solar del Empire State se quedó quieto un momento, en la esquina de la Quinta Avenida con la calle Treinta y cuatro. La excavación había rebajado sólo dos metros respecto a los cimientos del Astoria. Gracias al firme suelo de Manhattan, no hacía falta más profundidad. Se habían bombeado toneladas de hormigón para crear el basamento. Los pilares de acero que servirían de apoyo al futuro rascacielos surgían de la rocosa tierra, hendidos en zapatas de hormigón, como enormes clavos verticales en un país de gigantes. Los cimientos se habían ultimado y varios ascensores estaban ya en funcionamiento, pues pertenecían al antiguo hotel. Resultaba irónico

que los elevadores empleados por los hombres y mujeres más ricos y famosos de Nueva York, fueran ahora a utilizarse por parte de obreros y operarios.

Allí apenas había espacio para almacenar materiales de construcción. Todo tenía que ir instalándose a medida que llegaba del puerto o por carretera. La organización era perfecta. Enormes grúas se movían cargando las piezas prefabricadas, procedentes de las fundiciones de Pittsburgh. Los camiones llegaban por una calle y se marchaban por la otra, como en una cadena de montaje. Cada viga de acero iba numerada y se correspondía con una posición única y exacta en el sinfín de planos, como una materialización de éstos, que debía instalarse de inmediato.

El Empire State despertaba. A Tom lo citaron ese día, pero las obras ya estaban en marcha a pleno rendimiento, y centenares de hombres comenzaban a la vez su jornada de trabajo en el solar. Tom mostró a un portero la tarjeta que le habían dado y que le acreditaba como empleado. Éste le indicó el camino de la oficina donde tendría que fichar cada mañana al llegar y cada tarde al salir. Dos veces más al día, unos empleados le pedirían que acreditase su identidad en el mismo puesto de trabajo. Todo debía hacerse con la misma precisión y meticulosidad, para que funcionara y pudieran cumplirse los estrictos plazos.

La oficina estaba en el primer piso, dentro de un pequeño cuarto de madera con la puerta siempre abierta. Tom buscó la ficha con su nombre en el estante de la pared, la introdujo en el reloj, que emitió un quejido, y volvió a dejarla en su lugar. Después buscó a su encargado, el peculiar Mateu Casals. Éste se acordaba perfectamente de Tom y pareció bastante complacido al verlo de nuevo. Pero frunció enseguida el ceño al darse cuenta del aspecto de su mano izquierda. Tom se la había lastimado hacía dos noches, en su último combate de boxeo. Mostraba una contusión hinchada y amoratada. No fue a ningún médico y no estaba seguro de si se habría fracturado algún hueso.

—Muchacho, así no me sirves —sentenció Casals.

—Usted dígame lo que hay que hacer y yo lo haré.

—No creo que puedas. Te dolerá. Te dolerá mucho.

—Menos que quedarme sin el empleo.

El capataz enarcó las cejas y se encogió de hombros. Apreciaba a los hombres resueltos. Decidió darle una oportunidad. Quizá ahora le costara un poco hacer lo que le mandara, pero en cuanto se recuperase, estaba seguro de que sería un trabajador espléndido y abnegado. Como él solía decir, y lo sabía bien, todo se hace por miedo

o por hambre. Desde luego, aquel muchacho no tenía cara de temer a nada o a nadie, pero sí de haber pasado hambre.

En la obra había un médico y algunas enfermeras, aunque Casals juzgó poco conveniente que Tom mostrara una lesión como ésa en su primer día de trabajo. Antes de comenzar, en realidad.

—Está bien, muchacho —le dijo—. Espero que sepas lo que haces.

Tom asintió agradecido. Llevaba un pedazo de tela en el bolsillo. Tendría que vendarse la mano bien prieta para que el dolor fuera soportable durante toda la jornada, y para que no se lastimara más de lo que ya estaba. Dobló la tela en una faja alargada, la sesgó en su extremo para poder hacer un nudo al final e intentó agarrarla con la palma de la mano lesionada, pero no fue capaz de hacer la presión necesaria con el pulgar. A unos metros de él había un chico del agua, un jovencito de unos trece o catorce años, encargado de dar de beber a los trabajadores y venderles picadura de tabaco. Lo llamó. El muchacho corrió hacia él y empezó a llenar una taza de metal.

—No tengo sed. Necesito que me ayudes.

El chico devolvió el agua al recipiente principal y se quedó expectante.

—Aprieta aquí, por favor —dijo Tom, señalando el extremo de la venda en su mano—. Muy bien. Ahora aguanta porque voy a tirar con fuerza.

Tom fue dando vueltas a la tela alrededor de su mano. Apretó cuanto pudo.

—¿No te duele? —dijo el chico.

La cara de Tom mostraba que sí le dolía. Pero no le quedaba más remedio que aguantarse.

—No es nada —masculló, con los dientes apretados.

Terminó el vendaje y le pidió al muchacho que atara los extremos sobre su muñeca. Éste lo hizo cuidadosamente.

—Gracias, chico. Ahora sí querría un trago. ¿Cómo te llamas?

—Pete —dijo con voz trémula. Y luego con más firmeza—: Me llamo Pete Whitney.

—Yo soy Tom Carter. Gracias de nuevo, Pete.

Mirando a ese joven, Tom pensó en el tiempo pasado, en los años perdidos. Podía haber sido como aquel muchacho, de ojos limpios y expresión sincera. Se alegró de que no hubiera visto ni sufrido lo que él. Sólo con mirarle, sabía que era así.

—¡Eh, tú! —gritó al chico otro de los hombres que trabajaban cerca de Tom—. Mueve el culo y ven para acá.

—Ya voy.

Tom cogió un cinturón de herramientas y regresó adonde estaba

Casals dando instrucciones a una cuadrilla. Éste comprobó su mano y le dio una palmada en el hombro. No quiso encargarle labores demasiado pesadas, aunque allí no había trabajos blandos. Ni siquiera el de los chicos del agua, como el que acababa de ayudarle con el vendaje.

—Vuestra primera labor será proteger el armazón metálico —explicó Casals—. Hay que cubrirlo con productos que lo aíslen del hormigón. Cuando los operarios encargados de esa labor lo hagan, vosotros tendréis que ir levantando muros de ladrillo con la misma forma del armazón. Es para proteger el metal del calor y el fuego. Los ladrillos son refractarios e ignífugos. Al principio yo estaré con vosotros para supervisarlo todo, no os preocupéis. Hoy no os exigiré mucho. Mañana, ya veremos.

Sin que Tom se diera cuenta, alguien llevaba un tiempo observándole furtivamente. Era una joven. La única mujer que había en esa parte de la obra y, a excepción de las enfermeras y las cocineras, quizá la única mujer en todo el edificio en construcción. Se fijó por primera vez en Tom cuando éste se colocaba la venda con la ayuda del chico del agua. Desde entonces, la joven había seguido observándolo mientras cargaba maderos, los serraba o ponía clavos. Todo al mismo ritmo, o incluso superior, que cualquier otro, y aguantando sin quejarse el dolor que indudablemente debía sentir en aquella mano herida.

El olfato de la joven le decía que aquel hombre tenía una historia a sus espaldas. En aquel preciso instante decidió saber más de él. Aunque con mucho tacto. Nadie podía descubrir que en realidad era Valery Marquand, periodista del *World Magazine*. Eso le granjearía los recelos de casi todo el mundo y haría su trabajo poco menos que imposible. Los jefes de la obra habían dicho a los capataces que ella pertenecía al equipo de los propietarios, y que estaba allí para comprobar que el trabajo avanzaba correctamente y entregarles informes regulares. Era la tapadera que el amigo del director del *World*, que a su vez era íntimo del coronel Starrett —uno de los constructores—, le había conseguido para cumplir su deseo de infiltrarse en el Empire State.

Valery sonrió para sí. Estaba exultante por haber podido finalmente salirse con la suya. Aunque atajó la sonrisa por temor a que mostrara lo que tenía en la cabeza. Lo que no pudo evitar fue pensar de nuevo que aquel hombre de mirada profunda —Tom, creía haber oído que se llamaba— tenía algo especial. Allí estaba su historia. Eso le decían sus afinados instintos de reportera.

—¡Buenas noticias! —gritó Adam nada más entrar con su llave en el apartamento de Beth.

Ella no respondió, pero Adam estaba seguro de que se encontraba allí. La había llamado por teléfono hacía menos de media hora, y le aseguró que lo esperaría en el apartamento.

—¡Ya estás así otra vez! —exclamó Adam al verla.

Beth yacía sobre la cama, medio desnuda. A su lado había una botella de ginebra por la mitad. Ya no se molestaba en esconder que bebía más de la cuenta.

—Hola, cariño. ¿Quieres usar esto? —dijo, abriéndose la bata de seda y mostrándole su sexo.

—Vamos, Beth, tápate. Sabes que no me gusta que bebas estando sola.

—Ya. Y a mí hay tantas cosas que no me gustan…

Adam la miró con desprecio. Cada vez le atraía menos sexualmente, aunque había algo en ella que le hacía seguir aguantándola sin saber por qué.

—Si no estás lo bastante borracha como para escucharme, tengo algo importante que decirte.

—Ah, ¿sí?

—Te he conseguido un papel en un musical.

Beth se incorporó de pronto, de nuevo lúcida. La mitad del alcohol que había consumido pareció desvanecerse en sus venas y su cerebro.

—¡¿Un papel?!

—Sí. Pero no es una gran obra. Ya sabes que el público demanda otras cosas ahora. Es una especie de vodevil. Lo bueno es que serás una de las artistas principales.

Al oír eso, Beth volvió a tenderse en la cama. Se dejó caer hacia atrás, aunque no estaba disgustada. Mejor un papel en un vodevil que nada, que seguir siendo sólo la puta de Adam. Se alegró con amargura, recordando lo que estuvo a punto de salir bien y que ya nunca ocurriría. Todo lo que estuvo a punto de salir bien…

—¿Qué te parece? —dijo Adam.

—Bien. Genial. ¿De qué va la obra?

—Es una parodia de los rascacielos y de Nueva York. No conozco muy bien el argumento, pero creo que trata de unos constructores que compiten por hacer el edificio más alto y por conquistar a unas chicas. Hay una pieza en que las bailarinas salen a escena con sombreros en forma de rascacielos, y cosas por el estilo.

—¿Y cuándo empiezo?

—Ya están ensayando. La chica que hacía tu papel ha sufrido una… indisposición y ha tenido que dejar la obra.

Beth sabía lo que eso significaba. Pero ya no le importaba nadie más que ella y, quizá, su hermano Jay y su familia.

—Qué suerte —dijo.

—Qué suerte, sí —repitió Adam.

—Y a esa otra chica, ¿qué es lo que le ha pasado?

Últimamente, Beth nunca perdía la ocasión de provocar a Adam. Ésos eran los únicos momentos en que no se sentía una mera pertenencia suya.

—No quieras saber más de la cuenta. Déjalo estar.

—Ya sé que piensas que soy una idiota. Pero te equivocas. No soy una lumbrera, pero tampoco soy estúpida.

—¿A qué viene eso ahora, Beth?

Ella no respondió. Se incorporó otra vez y alargó la mano para coger la botella de ginebra. No se veía ningún vaso cerca. No lo necesitaba. Adam se la arrebató de las puntas de los dedos.

—Te he dicho que no me gusta que bebas sola.

—Pero si ya no estoy sola —dijo ella mirándolo fijamente—. Estoy contigo. ¿O es que quieres decir que, estando contigo, estoy sola…?

Divagaba como una auténtica alcohólica. En ese momento sonó el teléfono del salón. Beth ni siquiera hizo el amago de ir a atenderlo. Fue Adam quien lo cogió, con la botella de ginebra aún en su mano.

—Dígame.

—Adam, ¿eres tú? Soy Jay. Tenemos que vernos ahora mismo. Estoy en la oficina.

—¿Qué sucede?

—Problemas.

Adam colgó el auricular. Regresó a la habitación y se inclinó sobre Beth para darle un beso en la frente. Ella se mostró tan inexpresiva como un cadáver.

—Ahora tengo que irme. Mañana vendrá mi chófer a buscarte a las nueve y media. Sé puntual —dijo.

Cuando Adam salió del apartamento, Beth abrió un armario y sacó de él otra botella de ginebra. Fue al cuarto de baño y se miró la cara en el gran espejo, sobre el lavabo de griferías doradas. La imagen que vio reflejada no era la suya. Al menos, no la que ella recordaba. Se había convertido de pronto en otra persona. Tenía ojeras, los ojos hundidos y sin brillo, y los labios arrugados en una mueca patética.

Abrió la botella y se la puso en la boca. Iba a beber, pero su imagen en el espejo se lo impidió. Sintió vergüenza, aunque no la suficiente como para dejar la botella. Se volvió hacia un lado, donde podía esquivar su propia mirada acusadora, dio un largo trago y se puso a llorar.

—¡¿Qué diablos ocurre?! —gritó Adam al irrumpir como un mal viento en su oficina.

El lugar donde llevaba sus negocios ilegales era una oficina aneja a su local clandestino. Allí tenía montado un falso bufete de abogados que usaba como tapadera. Había un par de abogados que lo eran de verdad, pero sólo al servicio de Adam y de encubrir sus trapicheos. La organización crecía cada vez más y los problemas se multiplicaban. Lo bueno era que casi siempre podían solucionarse con dinero o con plomo. Allí estaban esperándolo varios de sus hombres, entre ellos Jay. Y también Owen O'Connolly, a quien ni siquiera Adam se atrevía a enfrentarse directamente. Los dos hombres estaban enzarzados en una discusión.

—No te alteres, Adam —dijo Jay, con las palmas de las manos a la altura del pecho.

—Lo que tu chico no se atreve a decirte es que hemos perdido otro cargamento. Un camión entero de cerveza.

El que habló fue O'Connolly. Estaba fumando un cigarrillo, sentado en el borde de una mesa y contemplando la brasa del extremo como hipnotizado.

—¿Ha sido la policía? —preguntó Adam. Y dando por sentado que así era, añadió—: Encárgate de hablar con ellos, Owen.

—No, no ha sido la policía —intervino Jay.

—Entonces, ¿quién?

—No lo sabemos.

—Tú no, pero yo sí —le cortó O'Connolly—. Una vez más ha sido la gente de Audie Forrester.

Jay miró encolerizado al policía. Estaba harto de que lo tratara como una basura.

—No estamos seguros de que eso sea verdad.

—Pues habrá que averiguarlo, maldita sea —dijo Adam—. Estoy harto de Forrester. Voy a darle una lección que no olvidará. Se acabó jugar al ratón y al gato. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

Los otros hombres asintieron en silencio, mientras Jay y O'Connolly se lanzaban una mirada desafiante.

—Esto no va a quedar así… —siguió Adam—. Owen, tú encárgate de que la policía no intervenga. Esto es algo que debemos resolver nosotros. Avisa a los chicos. Y tú, Jay, prepara dos coches llenos de armas para cuando te dé la orden. Será pronto.

En los últimos tiempos, Adam había aprendido una ley tan real como despiadada: el animal grande se come al pequeño y el fuerte impera sobre el débil. Toda la civilización humana no había logrado cambiar esa ley de la jungla ni un ápice. En cualquier entorno salvaje,

la fuerza da el derecho a dominar y a sobrevivir. Era una simple cuestión de causa y efecto.

—Esta vez no voy a limitarme a robarle un cargamento suyo como represalia. Quiero que esta situación acabe. Para siempre.

A medida que hablaba, Adam se convencía más y más de que dar una lección definitiva a Forrester, retirarle de la circulación, era una excelente idea. Tuviera o no que ver con el robo del camión. Su negocio no podía estancarse. Como un tiburón, debía mantenerse siempre en movimiento. O crecía o estaba condenado a desaparecer.

—En marcha —ordenó.

Todos salieron, a excepción de Jay, a quien Adam llamó antes de que abandonara la estancia.

—Quiero hablar contigo un momento. Cierra la puerta.

—¿Qué pasa?

—Owen me ha contado lo de tu problema.

Jay se quedó en silencio, tratando de imaginar lo que esa sucia rata irlandesa había podido decir sobre él. Entonces comprendió a qué se refería Norris.

—Es cierto que desde mi accidente me cuesta dormir. Pero no es nada que tenga que preocuparte.

—No es sólo eso —dijo Adam, muy serio—. Que no puedas conciliar bien el sueño no es lo que me preocupa. Yo tampoco puedo. Es por tus desvanecimientos.

—No sé lo que te han dicho, pero no sufro ninguna clase de desvanecimientos. A veces me asaltan mis recuerdos, sólo eso. Todos tenemos fantasmas.

—Bien. Pero si se convierte en algo más, dímelo. No quiero perder otros cargamentos. Vete a casa y quédate cerca del teléfono. Cuando te necesite haré que te llamen.

El gesto de Adam se suavizó. Sólo quería dar un toque a Jay, que estuviera alerta, que no bajara la guardia. Estaba seguro de que no le fallaría. Porque, en su negocio, fallar era equivalente a morir.

Cuando Jay salió, O'Connolly volvió a entrar en la sala. Adam se sorprendió al verlo de vuelta tan pronto. Le había dado sus instrucciones, aunque el policía nunca cumplía órdenes. Sólo las acataba a su manera, conjugando los intereses de Norris con los suyos propios. Eso era algo que a éste le irritaba cada vez más. Algún día, si se le presentaba la oportunidad, se encargaría también de resolver ese asunto.

—Creo que ya lo hemos discutido todo… —dijo Adam secamente.

—Hay algo que debes saber —dijo O'Connolly sin ninguna emoción en la voz.

—Tú dirás.

Adam se arrellanó en su sillón y cruzó las manos.

—Ya me he encargado de los chicos del puerto.

Se refería a un grupo de rateros de poca monta que estuvieron a punto de arrebatarles un cargamento de vino francés de contrabando, llegado a Nueva York por vía marítima desde el puerto holandés de Rotterdam.

—¿Nos darán más problemas? —inquirió Adam.

—No lo creo —dijo el policía y soltó una especie de risa irónica—. Los dos cabecillas están en el fondo del muelle con unos bonitos zapatos de cemento.

El rostro de Adam se contrajo. Eso no era lo que había esperado. Le quedaban muy pocos escrúpulos, pero creía que aún guardaba una mínima parte de su conciencia intacta. Siempre que sus represalias no superaran la violencia de los ataques o el peligro de sus atacantes, sentía que continuaba a salvo.

—¡Los has matado!

—¿Y qué pensabas? ¿Que iba a dejarlos irse de rositas?

—No tenías que haberlo hecho. No eran nadie. Bastaba con darles un buen susto.

O'Connolly miró a Adam con una mezcla de desprecio y condescendencia. No estaba a su altura. Nunca lo estaría. Aunque esa debilidad serviría a sus fines, llegado el momento.

—¿Acaso no me tienes a tu lado para hacer lo que hay que hacer? Si tienes remordimientos, piensa en los beneficios. Que esas minucias no te impidan dormir.

—Te estás pasando de la raya…

—No hay ninguna raya, jefe.

El policía pronunció esa última palabra con el tono de un insulto. Adam captó perfectamente el desafío, pero optó por no hacerle frente. O'Connolly estaba en lo cierto: jugaban a un juego sin reglas en el que sólo se podía ganar apostándolo todo en cada partida.

—Está bien… Pero la próxima vez infórmame antes.

—Lo haré, no te preocupes. Aunque ya no te importará que actúe de la misma forma. Con Forrester, por ejemplo.

—Eso seré yo quien lo decida.

—Sí, aunque la conciencia sólo se pierde una vez. Ya va siendo hora de que pierdas del todo la tuya. Sólo sirve para hacerle a uno vulnerable. Lo sé bien, soy policía —dijo O'Connolly. Se quedó callado un instante, mirando fijamente a Adam, y añadió—: ¿Quieres que me encargue de Forrester o no?

Los ojos de Adam Norris brillaron con furia contenida. Pero

enseguida se apagaron. Bajó los párpados y asintió levemente. Lo hizo con indiferencia. Ni siquiera sintió la menor emoción contra el policía por tener razón en todo lo que había dicho.

Tom empezó dolorido su segundo día de trabajo. Por la noche había vuelto a boxear, a pesar de su mano dañada. La usó sólo para protegerse y lanzó todos sus golpes con la sana. Aun así, mermado y limitado, ganó otros dos combates y veinte dólares más. Si se hubiera roto del todo la mano habría tenido que dejar el empleo en el Empire State. Lo sabía, y por eso tuvo cuidado y encajó más golpes de la cuenta. No podía perder su trabajo. No sólo luchaba por él. Por primera vez, desde que se vio forzado a boxear en la cárcel, sabía por qué luchaba.

Vista desde su interior, la gran base del Empire State parecía emerger del suelo como las fauces de una serpiente legendaria. Sus colosales dientes se proyectaban hacia lo alto, afilados y temibles, mientras el resto de su boca iba conformándose alrededor, en la forma de poderosas estructuras metálicas, encofrados de madera y bloques de hormigón. Los avances, en tan sólo un día, eran apreciables. Los ingenieros habían previsto que los más de cien pisos del proyecto definitivo iban a alzarse en menos de doscientos días. Algo impensable hasta ese momento. En ningún otro rascacielos se había hecho más cierta la frase, repetida hasta la saciedad en las oficinas de los propietarios, de que «el tiempo es dinero».

Los materiales se habían dispuesto en zonas de depósito temporal, todo en el interior para dejar despejadas las calles Treinta y tres y Treinta y cuatro. Una gran hormigonera se alzaba en el medio, sobre unas gruesas patas de madera. Los hombres mezclaban en ella el cemento Portland, la cal y el agua en las proporciones adecuadas. Tom recordó el día en que puso de manifiesto que la mezcla no era correcta. Imaginaba que un fallo así sólo se debía a que aún no se había empezado, en aquel momento, la construcción propiamente dicha. Si se quería construir un coloso como el Empire State, nada podía fallar.

Después de fichar en la oficina, Tom atravesó la planta con cuidado. Varios obreros del metal fundían remaches de acero en hornos a altísimas temperaturas. Otros llenaban capazos con materiales o herramientas, que se izaban mediante poleas manuales. En un extremo del solar había una caseta alargada. De ella entraban y salían ingenieros, con planos en sus manos, y lo comprobaban todo mientras daban instrucciones. Varias personas tomaban notas de las

actividades que se iban realizando, para elaborar, jornada a jornada, el ajuste necesario a las previsiones.

Lo que más llamó la atención de Tom era que allí no había esas caras largas y tristes que había visto en la ciudad desde que salió de la penitenciaría. Los hombres trabajaban razonablemente contentos. Quizá justo por eso, porque tenían trabajo, y bien pagado. No como tantos otros, algunos de los cuales empezaban a instalarse en chabolas en el mismo Central Park. Una especie de nuevo barrio de Manhattan al que se referían como *Hooverville*: la Ciudad de Herbert Hoover, el presidente republicano que, junto con su secretario del Tesoro Andrew Mellon y sus medidas económicas erróneas, su excesiva permisividad con los bancos y con el mercado de valores, había contribuido a sumir al país y al mundo en esa crisis sin precedentes.

Tom estaba empezando su trabajo cuando una voz chillona llamó su atención.

—Mira a ése —se burló un albañil calvo y gordo—. No puede ni con su sombra. ¿Necesitas ayuda, niño?

El hombre se refería a Pete, el chico del agua, en tono sarcástico. Varios de los trabajadores que estaban con él se rieron. Un capataz había ordenado al muchacho que llevara al otro lado de la planta un capazo con ladrillos, y él apenas podía con ellos. Dio la impresión de estar a punto de rendirse, pero de pronto frunció el ceño en un gesto decidido y se incorporó. Con un esfuerzo redoblado, fue capaz al fin de levantar el peso y transportarlo hasta donde le habían dicho.

Tom no comprendió la milagrosa recuperación del muchacho hasta reparar en una joven que estaba al otro lado de la planta, con una carpeta en una mano y un lápiz en la otra. La miró de arriba abajo como todos los demás que se encontraban allí trabajando, aunque con un poco más de discreción. Era una mujer muy apetecible. El chico debía de haberla visto también, y por eso quiso comportarse como si ya fuera un hombre. Tom sonrió. Al final, aquel crío de apariencia tan frágil tenía un ánimo resuelto y sangre en las venas. Tom miró al tipo que se había burlado de él y pronunció la amenaza velada más vieja del mundo:

—¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño?

El aludido se dispuso a replicar, hasta que vio a Tom erguirse, mostrando toda su envergadura. Aún le dolía el cuerpo por los golpes del último combate, pero eso sólo lo sabía él.

—Eh, eh, que yo soy un hombre pacífico —se apresuró a decir el albañil—. Además, ¿a ti qué más te da? ¿Es que es tu hijo, o qué?

—No. Pero si vuelves a meterte con él tendrás que vértelas conmigo. ¿Queda claro?

El albañil levantó los brazos y le mostró a Tom las palmas. Le había quedado completamente claro. Enseguida volvió a su conversación con sus compañeros, como si nada hubiera ocurrido. Mientras, Pete se acercó a Tom.

—Gracias, señor.

—No me llames así, chico. Soy sólo Tom.

En ese momento, éste se dio cuenta de que la joven lo miraba. ¿Y no era eso mismo, en parte, lo que había pretendido? ¿Atraer su atención? ¿Quién estaba ahora intentando mostrarle que era un hombre? Tom sacudió la cabeza y volvió al trabajo. Prefería no pensarlo. Ya tenía bastante de qué preocuparse sin las complicaciones de una mujer.

Esa tarde, acabado el turno, Casals hacía un recorrido por los avances de sus hombres. Cuando llegó a Tom le dio una de sus cariñosas palmadas en la espalda. Estaba muy satisfecho con él. Ojalá todos fueran así. Entonces se podría levantar aquel rascacielos incluso más rápido de lo que estaba proyectado. Y ello a pesar de que, de cumplirse los plazos, iba a convertirse no sólo en el edificio más alto del mundo, sino en el que, con mucha diferencia, más rápidamente sería erigido y rematado.

—¿Qué tal va eso? —le dijo Casals mientras colocaba las herramientas para marcharse.

—Bien, jefe. Muy bien.

Era cierto. Tom estaba muy agradecido y contento de trabajar allí. Aunque cometió un error en la respuesta que dio a la siguiente pregunta de Casals.

—¿Qué te parece esta Dama?

Así solía referirse el capataz al Empire State: como *La Dama*.

—Bueno, para mí no es más que un edificio, y esto es sólo un trabajo.

—¡¿Cómo que es sólo un edificio?! ¡¿Cómo que sólo un trabajo?!… Muchacho, estás participando en la construcción del edificio más importante que se haya levantado nunca. Esto no es sólo un trabajo, como el Empire State nunca será sólo un edificio.

—Yo… —intentó excusarse Tom, que no entendía la mitad de lo que decía Casals, de lo rápido que hablaba.

—Esta Dama es una catedral moderna. Aunque los hombres ya no crean en Dios, aun así se alzan al cielo y están más cerca de él. Deja eso y ven conmigo.

Tom siguió al capataz hasta la calle. Ignoraba lo que se proponía,

pero no había otra cosa que pudiera hacer que seguirle en silencio.

—No es más que un trabajo… —refunfuñaba Casals cada cierto tiempo, en voz baja pero tono irritado y gesticulando.

Caminaron hacia el sur por la Quinta Avenida con paso acelerado —de hecho muy acelerado para un hombre tan grueso como el capataz— hasta unas cuantas manzanas de distancia del solar del Empire State. De pronto, Casals se detuvo en seco. Tom estuvo a punto de chocar contra su espalda.

—¡Mira! —dijo el capataz con el dedo señalando calle arriba—. Cuando la Dama esté acabada, desde aquí se verá como un faro que iluminará a todos los ciudadanos de Nueva York. ¿Ves esos edificios que ahora parecen tan altos? El Empire State sobresaldrá por encima de todos ellos. La Torre Eiffel de París se quedará pequeña. La catedral de San Patricio será una triste y achaparrada iglesia de barrio. Hasta superará al magnífico edificio Chrysler. No, muchacho, el Empire State no es un edificio más, ni un edificio cualquiera. ¿Acaso sabes cuántos rascacielos se están construyendo ahora mismo en esta isla? Pues ninguno se acercará, ni de lejos, al nuestro. Al nuestro, Tom, quiero que lo entiendas y te lo grabes a fuego.

—Pero…

Casals estaba decidido a no dejar a Tom despegar los labios, más que para coger aire. Siguió hablando con la misma vehemencia, rapidez y entusiasmo genuino.

—Yo vengo de muy lejos. Allá en Barcelona, donde nací, estuve algunos años trabajando con el gran Antonio Gaudí, el mayor arquitecto de todos los tiempos. Él ideó las creaciones más increíbles que la imaginación pueda concebir. Formas inspiradas en la naturaleza, en los sueños, en lo que muchos creyeron irrealizable, como la Sagrada Familia. —El capataz señaló ahora la zona del bajo Manhattan—. Mira hacia ese otro lado. Hasta le encargaron un proyecto para esta ciudad. Sí, ¿puedes creerlo?: un hotel, el Gran Hotel Attraction, de 340 metros de altura, o sea, mayor que el Chrysler o la Torre Eiffel. Y eso, hace veinte años. No sé qué ocurrió, porque yo… —titubeó— me fui de Barcelona al año siguiente. Sólo vi los primeros bocetos, y ya nunca se convertirá en realidad. Gaudí murió en 1926. Pero desde que estoy aquí, año tras año, he visitado el lugar con la esperanza de que se obrara el prodigio. Nuestra Dama pertenece a un tipo de arquitectura muy diferente, pero estoy seguro de que el Maestro estaría orgulloso. Así que no vuelvas a decir que trabajar en el Empire State es sólo un trabajo, ni que es sólo un edificio.

—No —aceptó Tom apabullado.

—La arquitectura es la materialización del espíritu humano. Gaudí solía decir que el arquitecto es capaz de ver las cosas antes de que estén hechas. Yo creo que todos podemos lograrlo, aunque no seamos arquitectos. Sólo con intentar imaginarlas. Así pues, muchacho, mira hacia el lugar donde se está construyendo la Dama. ¿No la ves surgir desde el suelo y elevarse por encima de la ciudad? ¿No ves su esbelta figura, sus miles de ventanas luciendo en la noche, su pináculo en forma de aguja? ¿Puedes verla?

—Sí —dijo Tom, con los ojos fijos en el aire y en las nubes.

Ojalá fuera verdad. Ojalá él pudiera sentir lo mismo que Casals. Era cierto que el Empire State no era sólo un edificio. Ciertamente era algo más. El símbolo de una época cuyos gigantes habían sido derribados para dar espacio a una nueva era, con nuevos gigantes. Gigantes de acero y cemento, erigidos con sudor y esfuerzo.

—Eso está bien, chico. Eso está bien. He puesto en ti muchas esperanzas. Yo también sé imaginar a las personas antes de terminar de construirse. Y ahora lárgate. Tengo que volver a casa o mi mujer me dará con una sartén en la cabeza.

Por primera vez, Casals rió a carcajadas. Como si se hubiera liberado de una gran tensión. Quizá la que le ocasionaba no tener a nadie con quien compartir su pasión por la arquitectura. Ahora estaba satisfecho, pero no pudo evitar sus recuerdos de Barcelona y de Gaudí, de su juventud y de los motivos que le obligaron a emigrar a América en el lejano 1909. Dolorosa nostalgia que le mordía de cuando en cuando.

Tom se quedó mirándole alejarse y luego se giró hacia el Empire State fantasma; ese que algún día se alzaría donde ahora únicamente había un solar y unos pilares de acero. Intentó verlo materializarse ante sus ojos. No lo logró. Aunque hubo un momento —un breve instante—, en que creyó percibir una figura nebulosa. Una figura apenas distinta del cielo, al fondo, que surgía como una hermosa mujer ataviada de blanco.

21

Al día siguiente, Tom se presentó en el trabajo con una disposición muy distinta. Aunque no lo sintiera más que como algo etéreo, intangible, al menos ahora creía comprender lo que estaba contribuyendo a construir. De repente, todas las lecturas que había hecho en la cárcel, todos los conocimientos que había adquirido, cobraron sentido. Las construcciones humanas no eran un simple fruto de su actividad, sino algo vivo, cargado de sentimientos y de afanes. Como los de Mateu Casals. Por eso se acercó un momento a él, antes de comenzar la jornada, y le dijo un sencillo: «gracias».

El capataz entendió perfectamente lo que quería decir con esa palabra. Y sonrió cálidamente antes de darle una fuerte palmada en la espalda, poner su gesto severo habitual —que no era más que una fachada—, y decirle:

—¡Venga, a trabajar, holgazán!

Durante toda esa mañana, antes de la pausa del almuerzo, Tom ya no sólo estuvo mirando el pequeño espacio en que desarrollaba su labor. Ahora se fijaba en el conjunto, en su crecimiento, en lo que hacían los otros, todos, para levantar aquella Dama. Sintió que se le ensanchaba el espíritu, algo que no le sucedía desde hacía diez años.

Un hombre giraba la rueda de una polea manual, como la que Tom construyó en su prueba; otro empujaba una vagoneta con ladrillos a través de unos raíles provisionales; dos subían por escaleras hacia lo alto de la unión de unas vigas; varios más las cubrían con una pintura protectora. En el suelo había mallas metálicas a punto de colocarse para reforzarlo. Un hombre gritó desde lo alto, pidiendo un remache; el que tenía por debajo se lo lanzó con precisión. La actividad era incesante. Y Tom participaba en ella. Casals le había encargado levantar un muro provisional en torno al hueco de un ascensor de servicio. Pidió los ladrillos al hombre de la vagoneta y una cubeta de mortero al encargado de distribuirlo.

A mediodía, al llegar la hora del almuerzo, Tom estaba exhausto pero también satisfecho y contento. Dentro de la obra había un restaurante para los trabajadores, aunque él no fue allí con los demás compañeros. No lo hizo por falta de compañerismo, o ninguna otra razón personal. Se quedó solo porque no quería gastarse el dinero del menú, aunque Casals le había asegurado que era excelente y muy barato. Llevaba su propia comida en una bolsa de papel de estraza,

que había dejado por la mañana en el cuarto de las herramientas. No podía hacer más gastos hasta que cobrara su primera semana. Extrajo del interior de la bolsa su contenido, un pedazo de pan, algo de embutido y queso. Se sentó en un extremo de la planta, con los pies colgando hacia abajo y la mirada en la calle Treinta y tres.

Así, de espaldas y empezando su comida, no se dio cuenta de que, otra vez, la misma joven del día anterior le observaba desde atrás: era Valery, con su carpeta en la mano, antes de irse ella misma a almorzar. Estuvo tentada de acercarse a él y preguntarle si podía sentarse a su lado. Aunque perdió la oportunidad cuando un grupo de ruidosos italianos aparecieron, parloteando y riendo. Fueron ellos quienes se acercaron a Tom y Valery optó por retirarse. Ya habría tiempo de «atacar» a su objetivo.

Los italianos preguntaron a Tom si él era también de origen transalpino, aunque sus facciones no se correspondían con ello. Les extrañó que no hubiera ido a almorzar al restaurante. Sólo los italianos preferían llevarse al trabajo su propia comida. Para ellos, comer no era el simple acto de alimentarse y llenar el estómago.

—*Ma che cosa*… Pero ¿qué es eso que estás comiendo? —dijo uno de los italianos, un joven casi tan alto como Tom, aunque con la piel más morena y grasiento pelo negro.

El tono del muchacho era simpático. A Tom le agradaba el acento cantarín de los italianos, que no se parecía en nada al seco de Casals.

—Mi comida —respondió Tom, de un modo demasiado obvio.

—Ya lo veo. Pero así no se puede almorzar, hombre. Vas a perder la alegría.

Eso era algo que Tom había perdido hacía mucho. Pero, aun así, le hizo gracia la salida del italiano, que tomó asiento a su lado y le ofreció un pedazo de su embutido. Era grueso y lustroso, muy diferente del suyo.

—Prueba este salami, compañero. Seguro que nunca has comido uno igual.

—Gracias —titubeó Tom antes de cogerlo.

Aquel embutido era realmente delicioso, ligeramente picante y muy blando en la boca.

—Giovanni Paola. Pero todos me llaman Gianni.

—Tom Carter —correspondió éste.

—Bueno, en realidad mi apellido debería ser Foppapedretti —dijo el italiano mientras ofrecía la mano a Tom—, pero se lo cambiaron a mi padre en la isla de Ellis, cuando llegó a América. Al funcionario del registro debió de sonarle muy raro y le endosó el de su pueblo, en Calabria, donde nació. Por eso ahora llevo un apellido que es un

nombre de chica. Ah, América…

El italiano rió y contagió su risa a Tom y al resto del grupito. Uno de ellos, en tono burlón, exclamó:

—¡Si no eres más que una damisela! Se ve por cómo trabajas.

Gianni levantó un dedo y le señaló, con gesto serio por un instante, antes de contestar y romper en nuevas y sonoras risotadas.

—¡Pregúntale a tu hermana! —casi gritó, con la mano puesta en la entrepierna.

Todos rieron con él. Incluso Tom. Aquel tipo le transmitía ánimo, aunque él no buscaba relacionarse demasiado con nadie. Cuando terminaron de comer, el grupo de los italianos volvió al trabajo. Lo mismo hizo Tom, que se pasó la tarde colocando estructuras metálicas en el suelo. Enrejados que servían para dar consistencia y fuerza al hormigón, que iba vertiéndose desde los conductos de una gran hormigonera, elevada sobre una alta estructura de madera. Cuando se alcanzaba el nivel adecuado, unos obreros alisaban la superficie y terminaban de distribuir el hormigón, de modo que quedara nivelado y sin burbujas.

A los lados se insertaban una especie de agujas metálicas que estaban conectadas a un motor eléctrico, y que producían vibraciones con el fin de mejorar el fraguado y la compactación del hormigón, así como su homogeneidad al contribuir a eliminar el aire. Al mismo tiempo, dos operarios recogían muestras del hormigón en unos vasos especiales, para efectuar posteriormente el ensayo de resistencia del material. En un descanso, Tom preguntó a Casals para qué servían esas muestras.

—Es un método nuevo, de un ingeniero de California. Proctor, creo que se llama. Son probetas para llevar al laboratorio. Se mide su dureza y su capacidad de resistir la cizalladura.

—¿La qué?

—El esfuerzo lateral que soportan. Este edificio tiene una base de acero, pero también logra su estabilidad estructural gracias a los muros y los pilares de hormigón. ¿Eres capaz de imaginar la fuerza del viento sobre cualquiera de las caras del edificio, cuando esté terminado?

—La verdad es que nunca había pensado en eso.

—La fuerza del viento es enorme, inaudita. Así navegaban antiguamente los barcos, ¿no? De hecho, los días de mucho viento no se podrán poner en funcionamiento las grúas, ni instalar cierta clase de elementos. Esperemos que eso no suceda a menudo, porque no puede haber retrasos… Bueno, se acabó la lección, muchacho —dijo Casals, señalando a espaldas de Tom—. Hay que echar la siguiente

capa de hormigón ahí. Vamos, gánate el sueldo como hasta ahora.

Aquella misma tarde, minutos antes de finalizar el turno, por fin Valery se acercó a Tom. Esta vez no lo hizo a propósito, aunque trataba de no alejarse mucho de él para poder observarle. Estaba muy alterada, mirando hacia lo alto con temor.

—Pero… ¡¿qué hace ese hombre?!

Su ahogado grito, señalando un punto sobre sus cabezas, hizo a Tom seguir con la mirada la dirección de su dedo. Sobre ellos, a una altura ya considerable, un operario caminaba entre estrechas vigas de metal como si estuviera en el mismo suelo. Al llegar a una cruceta, saltó de una a otra con una agilidad sorprendente.

Ella seguía mirándolo, angustiada y con el gesto de alguien que está en presencia de un espectro. Tom se rió.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —dijo Valery, que bajó la cabeza para dirigir sus incrédulos ojos hacia Tom.

—Que es un mohicano.

—¡¿Y qué?! —exclamó ella, ahora indignada—. ¡¿Es que porque sea un indio da igual que se rompa la crisma?!

Tom rió de nuevo.

—Créeme, es más fácil que tú o yo nos caigamos andando por aquí abajo que él desde ahí arriba.

—No entiendo…

—Es un mohicano. Los de su tribu no tienen vértigo. Lo llevan en la sangre. Es por su raza.

—Eso… Eso es absurdo.

—Pregunta a quien quieras, si no me crees.

Gianni, que ahora estaba a su lado, oyó lo último que decían y se apresuró a confirmar las palabras de Tom.

—Esa gente es de lo que no hay. Se hicieron famosos en Chicago, con los primeros rascacielos. Siempre los contratan para instalar los armazones de los edificios. Que yo sepa, ninguno ha muerto por un accidente. ¡Hasta les pagan más que a nosotros!

Gianni dijo eso, soltó una solitaria carcajada y continuó con su trabajo. Empujó su carretilla hasta el fondo de la planta, donde aún disponía de tiempo para rematar un muro en torno a un pilar de carga.

—Lo siento —dijo Valery a Tom.

—Olvídalo. A mí también me sorprendió verlos trabajar. Pensé que era la gente más valiente del mundo. Pero sólo es que no tienen miedo.

—De todos modos, lo siento. Por haber creído que lo decías por ser un nativo. Aunque, ahora que lo pienso, ¿todavía hay indios mohicanos? Yo creía que ya no quedaba ninguno vivo.

Valery lo decía por la famosa novela *El último mohicano*, de James Fenimore Cooper, escrita a principios del siglo XIX. Tom no la conocía y negó con la cabeza, al no entender a qué venía eso.

—Ya ves que sí los hay —dijo, a modo de sentencia.

—Sí, ya veo… ¿Me dejas que te invite a una cerveza? —dijo Valery de pronto, sin pensarlo dos veces—. Por cierto, me llamo Valery… Smith.

A Tom le extrañó que una mujer fuera tan lanzada y directa. En toda su vida sólo había conocido a otra igual, que ahora estaba hundida en lo más profundo de sus recuerdos.

—¿Cerveza, dices? ¿No sabes que beber alcohol está prohibido, Valery… Smith?

Tom ignoró la mano que le ofrecía la joven, y ella la retiró sin inmutarse.

—Bueno, me refiero a esa especie de cerveza que dejan servir en los bares. Ayer vi cómo defendías a ese chico. Fuiste muy…

—No lo hice por el chico —la cortó Tom.

—¿Entonces…?

—Ese animal que se estaba metiendo con él me… —iba a decir algo como «me toca las pelotas», pero en vez de eso dijo—: se pasó de la raya.

—Sí, ese tipo es un imbécil. Se pasa el día desnudándome con la mirada. Así que continúas mereciendo que te invite a una cerveza. Y creo que no deberías rechazarla.

La mención de que aquel albañil la desnudaba con la mirada hizo que Tom, casi instintivamente, le diera también un repaso al cuerpo de Valery. Algo que ella no dejó de notar. Luego Tom se quedó cavilando un momento. Había que reconocer que la joven tenía determinación.

—Está bien —aceptó al fin.

—¡Estupendo! Conozco un sitio cerca que estoy segura de que te gustará.

—Yo soy Tom. Tom Carter.

—Lo sé.

Unos minutos más tarde, Valery y Tom salieron juntos y tomaron la calle Treinta y cuatro hacia el oeste. El local al que se dirigían no estaba lejos. Durante el trayecto, Valery aprovechó para hablarle más

sobre ella. Para contarle más mentiras.

—Trabajo en el gabinete de ingeniería.

—¿Eres ingeniero?

La pregunta llevaba un cierto tono de incredulidad que a Valery le resultó comprensible. Tom no parecía ser contrario a una mujer ingeniero. Sólo denotaba genuina extrañeza por algo tan poco habitual.

—No, no soy ingeniero. Me limito a redactar los informes de avance de la obra. Para los constructores, ya sabes, el coronel Starrett y su equipo.

—Ajá.

Valery sonrió por dentro. Rodeada siempre de periodistas, con su diarrea verbal, era una refrescante novedad estar con una persona que economizaba tanto sus palabras.

—¿Y tú? —dijo igual de escueta.

—¿Yo…? Yo soy albañil y carpintero.

En aquella respuesta, en su tono, había algo más que el significado que contenían las meras palabras. A Valery le pareció notar un punto de tristeza. Y, quizá, incluso melancolía.

—¿De dónde eres, Tom?

Él se mantuvo en silencio. Sólo contestó después de un rato. Lo primero que le vino a la mente fue decir que era de Sunnyside, Pensilvania. Pero no dijo eso.

—De Filadelfia.

El letrero y la entrada del local aparecieron al fondo de la calle: Twin Six, un nombre que hacía referencia a los viejos motores de automóvil de doce cilindros dispuestos en dos hileras, los poderosos doble-seis. Valery conocía el garito por un artículo que escribió en el *World* uno de sus compañeros varones. A ella le horrorizaba, pero lo consideraba perfecto para su idea preconcebida de un trabajador del Empire State. La clase de sitio que gusta a los hombres rudos y sencillos.

—Tus modales son finos —dijo Tom de pronto.

Él tenía una educación. Habría ido a la universidad si las cosas no se hubieran torcido. Incluso podría haber sido una estrella del deporte si aquel maldito fragmento de metralla alemana no estuviera incrustado en su cadera. Al menos, hacía mucho que no le molestaba.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Valery a la defensiva.

Tom se encogió de hombros.

—Se nota que no eres una chica de la calle.

—Bueno… pues lo soy. Me fui de casa a los catorce —mintió ella —. No aguantaba a mi padre, y mi madre no era más que una mujer

servil que vivía para él. Por eso me largué.

—Ah.

Una vez más, Valery recurría a textos que había leído en su periódico sobre verdaderas chicas humildes y vidas desgarradas. Nunca podría resultar del todo convincente, porque las vivencias no se pueden sustituir con lecturas.

—Ya hemos llegado —anunció.

El interior del local era oscuro y el aire se podría cortar, denso y viciado por el humo. Estaba lleno de clientes, muchos ya medio borrachos a esa hora. Había también algunas chicas, las camareras, que se movían entre los clientes ligeras de ropa y con aspecto de estar hambrientas en más de un sentido. Sobre el escenario, un quinteto de jazz amenizaba la velada, con piano, batería, dobro, contrabajo y trompeta. Además de un aire espeso, allí se respiraba una extraña mezcla de tristeza y diversión, de olvido y ganas de vivir. Así eran las cosas en Nueva York. Todo cambiaba con rapidez y no había horizontes fijos a los que dirigir la mirada. La clave era amoldarse y no pensar demasiado en el futuro o en el pasado.

—Una mesa, por favor —pidió Valery a una camarera, al ver que Tom no decía nada.

La joven miró a éste con deseo, y a Valery con envidia, antes de pedirles que la siguieran. Los colocó hacia el centro de la sala, en una pequeña mesa redonda con dos sillas y mantel blanco. Su vista del escenario no era mala.

—¿Qué van a tomar?

Esta vez fue Tom quien habló.

—Dos copas de cerveza.

—¿Nacional o mexicana?

—No sé qué diferencia…

—La nacional es un sucedáneo —terció Valery, más informada que él; y luego añadió hacia la camarera—: Mexicana, por favor.

La chica asintió, esbozando una leve sonrisa torcida, y fue en busca de lo que le habían pedido. Al poco tiempo reapareció con una bandeja y las copas de cerveza Modelo, importada ilegalmente. Las autoridades solían hacer la vista gorda con la cerveza o, como corruptela, aceptar pequeños sobornos para permitir su venta. Hasta los prohibicionistas la veían como una bebida alcohólica poco peligrosa.

—A la salud de la Decimoctava Enmienda —dijo Valery con su copa en la mano, a modo de brindis.

Tom levantó la suya y la chocó con la de ella. Imaginaba que esa enmienda debía de ser lo que todo el mundo conocía por Prohibición

o Ley Seca. Ambos dieron un trago al dorado líquido. En ese momento, el conjunto de jazz inició un nuevo tema. Valery meneó la cabeza al ritmo de la música.

—¿Te gusta el jazz? —preguntó a Tom.

—La verdad es que no mucho.

Valery dejó de moverse.

—Vaya… ¿Siempre eres tan franco?

—No.

La respuesta de Tom la hizo sonreír. No esperaba que dijera eso, y menos cuando su pregunta era retórica.

—Pues eso plantea un dilema.

—¿Cuál?

—Que si no siempre eres tan franco, ¿cómo puedo saber si lo has sido al decir que no siempre eres tan franco?

Tras unos segundos de reflexión, Tom dijo:

—Es cierto. No lo sabes.

Valery volvió a sonreír. Aún más intensamente que antes. Cada vez le parecía más claro que había subestimado a aquel hombre. Ni ella era una auténtica chica de la calle ni él un trabajador cualquiera del Empire State Building.

—Cuéntame algo sobre ti, Tom.

—No hay mucho que contar.

—Estoy segura de que sí —dijo ella, arrastrando las palabras de un modo muy sugerente.

Durante esa noche, Tom y Valery bebieron mucho más que aquella primera cerveza. La joven pensaba que el alcohol sería capaz de vencer las reticencias de aquel hombre para hablar de sí mismo. Ingenuamente, no había contado con que pudiera afectarla a ella mucho más y mucho antes que a su recio interlocutor. Tampoco contó con acabar divirtiéndose realmente aquella noche y disfrutar de la conversación, más allá de su interés como periodista. No logró sonsacar a Tom como pretendía, pero sí lo bastante para que le contara una parte de su historia. Una con pocos detalles y omisiones evidentes, pero también sincera y emotiva.

—Lo único que yo quería es que mi padre estuviera orgulloso de mí. Se lo debía. Pero ocurrió todo lo contrario. Me aparté de mi familia, jodí a mi hermano Jay, perdí a la única mujer a la que he amado y me pasé diez años en prisión. Todo lo bueno es falso…

Valery se sentía tan a gusto con Tom y tan acunada por el alcohol, que también ella se puso, sin pretenderlo, al descubierto y dijo:

—Mi padre no está orgulloso de mí. Creo que nunca lo ha estado.

—Hace mucho que no le ves, ¿verdad?

En un primer momento, Valery no entendió a qué se refería Tom. Sus palabras la cogieron con la guardia baja. No recordaba la mentira que ella misma le había contado sobre cómo dejó su casa a los catorce años porque no aguantaba a su padre. Debía tener más cuidado.

—Oh, sí. Hace mucho que no le veo, sí. Las cosas no siempre son como queremos —sentenció.

Esa frase recordó algo a Tom. No sabía exactamente qué. Era como si ya la hubiese escuchado antes. Quizá Jennifer le había dicho alguna vez algo parecido. No estaba seguro pero, en cualquier caso, era verdad.

—¿Cómo tienes la mano? —preguntó Valery, rompiendo el incómodo silencio.

Él aún llevaba puesto un vendaje; un simple pedazo de tela que, después de todo un día de trabajo, se veía algo mugriento.

—No es nada.

Tom retiró la mano cuando ella trató de cogérsela. Le resultaría muy fácil dejarse llevar. Valery era una joven preciosa, inteligente y divertida. Pero él no quería en modo alguno involucrarse en una nueva relación. Las relaciones son complicadas, y ahora tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

—¿Eres boxeador, Tom? —dijo Valery de pronto.

—¿Boxeador? ¿Por qué lo dices?

A Tom le resultó extraño que pudiera saberlo. No se dio cuenta de que era algo evidente.

—Tienes la mano lastimada y tu cara está llena de marcas. ¿De qué otra cosa pueden ser?

—Sí, es verdad.

Hasta ese momento, Tom nunca se había fijado en sus propias marcas del rostro, fruto de los combates. Creía que no eran tan acusadas. Y no lo eran, de hecho, salvo las de su último combate, en el que recibió más golpes de la cuenta para proteger su mano lesionada.

—Bueno, creo que es hora de que nos marchemos —dijo él, atajando el rumbo de la conversación—. Mañana hay que madrugar.

Valery no protestó. Salieron afuera, con ella manteniendo difícilmente la verticalidad y Tom bastante achispado también. Éste se ocupó de ponerla más o menos erguida, mediante un gesto torpe. Ya no estaba acostumbrado a la encantadora fragilidad de las mujeres. Hacía frío. Más aún por el contraste con el sofocante interior del local. No parecía que la primavera estuviera a punto de llegar a Nueva York.

Tom dudó en poner su abrigo sobre los hombros de Valery. Estaba demasiado viejo y sucio. Pero se decidió a hacerlo cuando la vio andar tambaleándose. Si se descuidaba, acabaría pillando una pulmonía.

También decidió acompañarla a casa antes de volver a su pensión en Jersey. Valery trató de declinar tímidamente su ofrecimiento, pero él insistió. Los dos se encaminaron calle abajo, en dirección al sur. Ella le había dicho que vivía en la parte más meridional de Manhattan.

No habían recorrido ni dos manzanas cuando, de pronto, vieron aparecer frente a ellos a un policía que acababa de doblar la esquina. Era tarde y apestaban a alcohol. Si al agente le daba por ponerse desagradable, esa noche acabarían en un calabozo. Más les valía no correr riesgos y evitar cruzarse con él. Tom empujó a Valery sin demasiados miramientos para que se metiera por un callejón. No fueron lo bastante rápidos y, además, a ella se le escapó una estúpida risita, pensando que aquello era alguna clase de juego. El policía los vio e hizo sonar al instante su silbato.

—¡Corre! —gritó Tom.

Ambos se lanzaron por el callejón, que parecía moverse con vida propia, como si fueran las entrañas de un gusano oscuro y gigante. El policía los siguió durante un buen rato, agarrándose la gorra, voceando y dando más pitidos. Tom tuvo que tirar de Valery, que se quedaba atrás. Por suerte para ellos no se cruzaron con ningún otro policía y aquél no era ya ningún jovencito. Se quedó resoplando, poco después, sobre sus manos apoyadas en las rodillas.

Parecía que habían logrado despistarlo. Aun así, era mejor no confiarse. Con mucho cuidado, Tom y Valery se detuvieron para comprobar que ya no los seguía. Estaban en el borde del parque Washington. Más tranquilos, después de la carrera, se dejaron caer, también ellos extenuados, en uno de los bancos del parque.

—Casi nos coge —dijo Valery, jadeando pero divertida. Al fin y al cabo, para ella una detención no sería más que una nueva experiencia.

Tom no contestó. Sólo hizo un gesto de asentimiento.

En aquel momento, borracha y agotada, con la espalda contra el respaldo del banco y un hombro apoyado en Tom, Valery tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener las distancias. Para seguir dando más peso a su reportaje del *World* y no sucumbir a su impulso: el repentino deseo de besar en los labios a ese Tom Carter a quien le sentaban tan bien todas aquellas cicatrices.

El sonido de las remachadoras atronaba en el enorme solar. Los transeúntes que se acercaban demasiado a las obras del Empire State, solían fruncir el ceño y pensar en las pobres personas que ocuparan el resto de edificios de la zona. A medida que las vigas de acero llegaban al solar, las grúas las izaban hasta su posición aproximada. Allí, los

instaladores montaban en ellas, como si fueran caballos, y ayudaban a guiarlas, con cables y cuerdas, hacia el punto de unión con el resto de la estructura. Entonces se fijaban mediante remaches incandescentes, que se lanzaban por los aires con grandes tenazas y eran recogidos al vuelo por los remachadores en latas de metal. Finalmente los introducían en sus orificios correspondientes, atravesando las uniones, y los extremos se aplanaban, formando cabezas con estridentes martillos neumáticos.

Más de una vez se había intentado aprobar el uso de pernos, en lugar de remaches, que podían colocarse en frío y sin ruido, para luego asegurarlos mediante gruesas tuercas antes de ser soldados. Los constructores de Nueva York y Chicago afirmaban que eran igual de seguros que los remaches, pero de momento las autoridades competentes no habían aceptado su uso en los rascacielos. Así que, de ocho y media de la mañana a cuatro y media de la tarde, de lunes a viernes, ésa era la rutinaria y molesta sinfonía que acompañaba a los trabajadores y a cualquiera que se acercara a las obras del Empire State.

Esa mañana, Tom estaba reparando la estructura de madera de uno de los raíles que atravesaban el suelo, construidos para trasladar vagonetas con materiales de construcción. Le dolía levemente la cabeza, algo que no iba demasiado bien con el barullo de los remachadores. Aprovechó una breve pausa para beber un poco de agua, mojarse la nuca y echar un nuevo vistazo a la caseta de los ingenieros. Eran ya más de las once y Valery aún no había dado señales de vida. Se dijo que lo más probable era que ella simplemente estuviera recuperándose de la borrachera, pero, aun así, empezaba a sentirse preocupado.

Fue entonces cuando la vio aparecer en el otro extremo de la planta. Incluso a esa distancia se la veía con los ojos apagados y el típico aire cansino de la resaca. Más tranquilo, Tom volvió a su tarea, de espaldas a Valery. No vio que ella se le acercaba hasta que le tocó en el hombro.

—Ah, eres tú —dijo Tom, volviéndose.

Con resaca o no, la sonrisa de la joven seguía igual de bonita. Dirigió un momento los ojos hacia arriba, haciendo notar cuánto la contrariaba el ruido.

—He estado pensado en lo de anoche. Fue divertido. Yo me divertí mucho. Tenemos que repetirlo.

Las palabras de Valery eran sinceras, pero en su interior sentía una inquietud que no se permitió manifestar. La noche con Tom había sido divertida, en efecto. En realidad, demasiado divertida. Se había

levantado con tal dolor de cabeza que no tuvo fuerzas para ir al Empire State a la hora habitual. Sólo a partir de media mañana se sintió lo bastante bien para hacerlo. Bebió mucho más de lo debido, y creía recordar que hasta le había hablado a Tom de su padre. Del suyo de verdad. Eso no podía ocurrirle nunca más, por ningún concepto.

Tom se secó el sudor de la frente con la manga. Tenía el cuerpo empapado, a pesar del frescor de la mañana.

—No, creo es que mejor que no lo repitamos —dijo.

—¡¿Por qué?! —exclamó Valery, más contrariada que sorprendida. No comprendía esa reacción tan tajante.

—Porque beber está prohibido y, si me detienen, perderé el empleo.

—Tienes razón. La próxima vez no beberemos ni una sola gota. Lo prometo.

—No, Valery. No habrá próxima vez. No puedo arriesgarme. No sólo yo dependo de mí.

Eso sí que consiguió sorprenderla. Ni siquiera había imaginado que Tom pudiera estar casado o tener hijos. Simplemente creyó lo contrario, al ver que no llevaba alianza. Aunque ahora se daba cuenta de que eso no significaba nada.

—¿Es que tienes familia?

—No. No es eso.

—¿Entonces…? —insistió ella con cierto alivio.

Los gritos del capataz pusieron fin a la conversación. Llamaba a Tom para que se diera prisa con la estructura. Parecía de muy malas pulgas esa mañana. Se acercó para comprobar el trabajo. Valery se apartó unos metros y se puso a fingir que hacía anotaciones en su libreta.

—Bien, muchacho —dijo secamente Casals—. ¿Cómo tienes la mano?

—Ya está casi curada —mintió Tom. Aún le dolía mucho cuando la forzaba.

El capataz asintió.

—La base está lista. Acompáñame.

Ambos hombres montaron en uno de los ascensores de carga y subieron a la parte más alta de la construcción. Las obras avanzaban rápidamente. Los materiales prefabricados, la cantidad de hombres trabajando y el hecho —siempre recordado por los capataces— de que no había espacio para acumular materiales, hacían que día a día se apreciara de un simple vistazo el crecimiento del edificio. La estructura alcanzaba ya la altura de varios pisos. Los forjados se endurecían bajo el hormigón y los pilares de acero se erguían por

encima, a medida que las grúas iban descolgándolos y los remachadores los afianzaban en su lugar definitivo.

—Voy a darte una buena noticia —dijo Casals, ya arriba—. Aunque llevas poco tiempo aquí, he visto que conoces bien tu oficio y me pareces un hombre de confianza. Quiero que te hagas cargo de una de mis cuadrillas de albañiles, la de los más jóvenes. Espero que sepas imponerte.

A Tom le halagó el ascenso.

—De acuerdo.

—Lo más importante es que te hagas respetar. Yo me fío de ti.

Tom asintió, agradecido. Ganaría más dinero y quizá ya no tendría que volver a boxear, ni hacerse daño o hacérselo a otros. Ése era, por el momento, su único deseo: empezar a forjarse un nuevo horizonte y transitar por él hacia una nueva vida. Aunque no tuviera ya las ilusiones de su niñez y su juventud.

Unos cuantos hombres esperaban a Casals al fondo de la planta. Uno de ellos era Gianni, el simpático italiano. El capataz le hizo un gesto a Tom para que lo siguiera, y juntos fueron a su encuentro.

—Éstos van a ser tus muchachos —dijo Casals ya a su altura, y miró hacia ellos antes de girarse hacia Tom—. Necesito que trabajéis duro. Los propietarios quieren que se mantenga el ritmo de construcción hasta coronar el edificio. No puedo fallarles y, para eso, vosotros no me podéis fallar a mí. ¿Entendido?

Un coro de voces apagadas le respondió. Casals se afiló el mostacho y repitió, con voz más firme:

—¿Entendido?

La respuesta fue ahora más intensa, casi entusiasta. El capataz sacudió la cabeza, satisfecho, a pesar de que, por alguna razón, seguía de malas pulgas.

—Así me gusta. Éste es Tom. Vosotros responderéis ante él, y él ante mí. Espero no tener quejas suyas. Aquí se viene a trabajar y a obedecer. Este edificio va a ser el orgullo de Nueva York y el vuestro. Creedme, algún día contaréis a vuestros nietos que ayudasteis a levantarlo.

Un poco más tarde, cuando Casals se quedó de nuevo a solas con Tom, desplegó un plano sobre una mesa y le mostró lo que quería que hiciera su cuadrilla. Fue pasando un dedo por las líneas y dando golpecitos cada vez que quería resaltar algún detalle.

—¿Comprendes la estructura? —dijo.

—Creo que sí.

—Es muy ingeniosa y sólida. Aunque lo mejor de todo es el equipo que ha diseñado el sistema de trabajo. Jamás he visto una

organización más precisa. Por eso necesitan que seamos igual de diligentes a la hora de realizar los trabajos de albañilería. Son esenciales. Como ya sabes, una vez colocada la estructura metálica hay que levantar muros que protejan las vigas del calor, por los posibles incendios. Ése seguirá siendo tu principal trabajo en esta fase. Mira aquí, muchacho. —Casals señaló un punto del plano—. Aquí van los raíles que permiten circular a las vagonetas con materiales en cada planta. Mientras se hacen los muros, los instaladores de las vigas y los remachadores seguirán elevando la estructura. Luego se tenderán los suelos y, por fin, las paredes exteriores. Algunas acciones son muy peligrosas. Un error, una pérdida de equilibro, un paso en falso y eres hombre muerto.

Tom asintió.

—Mira siempre lo que hay sobre tu cabeza. Si se cae un remache o un tablón de un andamio, y te da en la cabeza, es el adiós. Habrá una enorme cantidad de tablones, colocados entre las vigas para que los soldadores puedan llegar a las uniones de éstas. Diles lo mismo a los hombres de tu cuadrilla. Tú eres responsable de ellos y debes velar por su seguridad. Todos tenemos aquí un trabajo con grandes riesgos. Si algo falla, alguien morirá. No lo olvides.

Tom volvió a asentir y se esforzó por memorizar los detalles que Casals le iba desgranando sobre el plano.

—A medida que el edificio crezca, todo será más difícil —continuó éste—. Pero no insalvable. Créeme, he trabajado en construcciones tan complejas como ésta. Incomparablemente menores en envergadura, eso sí. Tienes que pensar en la maquinaria de un reloj. Cada pieza ha de cumplir su función para que no adelante ni atrase.

—¿No es bueno adelantar trabajo?

—No, muchacho. Cada equipo depende de los otros, y todo tiene que estar listo en su momento preciso, ni antes ni después. Hay que seguir el programa de tareas que han diseñado los constructores. ¿Lo comprendes? Si los remachadores intentan sellar las vigas metálicas sin remaches, no podrán hacerlo. Y si los soldadores intentan hacer su trabajo cuando los andamios no están listos, de nada servirá, porque no podrán llegar a las uniones de las vigas.

—Entendido. Cada uno hace su trabajo y lo hace a su tiempo.

—Eso es. Lo has cogido. Ya está bien de teorías. Ve con tu cuadrilla y poneos manos a la obra.

Después de más de un año, el letrero en la marquesina de un teatro volvía a tener escrito el nombre de Beth Carter. Ella lo miró sin la

ilusión ni el orgullo de antaño. Había madurado. Conocía la vida. Ya no era una jovencita inexperta que cree que todo es posible si se desea con la intensidad suficiente. Ahora sabía que poco importa lo que es posible o lo que se desea. Todo tiene su propio peso, queramos o no sostenerlo, podamos o no sostenerlo. Como el crack económico del año anterior. Como el desamor. Como el alcohol que, día a día, inundaba sus venas y le embotaba el cerebro. Aunque sólo gracias a él era capaz de soportarse a sí misma.

—¿Estás contenta? —le preguntó Adam, ya reconciliado con ella tras su última pelea.

—Mucho —dijo Beth, y sonrió todo lo que pudo.

—Ya verás. Vas a triunfar. Dentro de poco tendrás otra vez una obra a tu medida. Una obra de categoría.

El chófer se detuvo junto a la puerta del teatro. Adam bajó primero y dio la mano a Beth para ayudarla a salir del coche.

—Esta noche es el gran estreno. Quiero que todo salga a la perfección. El productor de la obra está seguro de que será un éxito. Los precios de las entradas no son los de hace uno o dos años, pero se trata de algo temporal. Pronto las cosas volverán a su cauce.

—Espero que sí, Adam.

—Seguro que sí. Hay que tener fe.

No era precisamente fe lo que tenía Adam, sino la confianza de sentirse fuerte. Pensaba que nada podía vencerlo. A diferencia de Beth, él sí confundía, en cierto extraño sentido, sus deseos con la realidad. Aunque no era precisamente un iluso.

—Vamos adentro —dijo—. Quiero que conozcas a una persona.

—¿A quién?

Beth creía conocer a todos los integrantes de la obra. Llevaba ensayando con ellos varias semanas. Adam carraspeó y dijo:

—Es una amiga.

Entraron juntos en el teatro por la puerta trasera, la que daba al callejón de servicio. Les abrió el director en persona, que había llegado minutos antes con esa «amiga» que Adam había mencionado. Beth se quedó estupefacta al verla, aunque logró borrar a tiempo de su rostro el gesto de sorpresa.

—Te presento a Emma Peterson. Se va a encargar de la promoción de la obra. Ya sabes, relaciones públicas, contactos con la prensa y todo eso.

—Encantada —dijo Beth tendiendo su mano a la mujer.

Era la misma Emma con la que Adam se veía esporádicamente desde hacía al menos cuatro años. Aunque él seguía ignorando que lo supiera. Y era mejor que las cosas continuaran así.

—Lo mismo digo —correspondió la mujer, y cogió lánguidamente la mano de Beth.

Ésta sintió un escalofrío, pero le dedicó una convincente sonrisa.

—Te he organizado varias entrevistas con los medios de prensa para después de la función —continuó—. Tengo a un par de importantes críticos en el bolsillo.

—Más bien en el mío —se burló Adam.

Ella le dedicó una mirada cómplice que volvió a disgustar a Beth, aunque no perdió el gesto amable.

—También está lo de la radio —continuó Emma—. El próximo sábado cantarás un par de canciones en las ondas. La radio es el medio más pujante. Adam lo sabe bien.

—No me hables de la radio… —se quejó él—. Perdí mucho dinero con eso.

—Pero hiciste bien en mantener el control de tu emisora. Las acciones ahora no valen mucho. Lo que vale es la difusión de programas. Hazme caso. La radio es el futuro.

Aquella atractiva mujer no era un simple florero al servicio de la libidinosidad de Adam. Eso fue lo que más dolió a Beth: darse cuenta de que era una auténtica competidora. Si no hubiera traspasado ya la frontera del cinismo, se habría derrumbado allí mismo.

—Voy a vestirme a mi camerino —dijo.

Adam la cogió de las manos y le hizo un gesto de ánimo.

—Muy bien. Tengo toda mi confianza depositada en ti.

La mención de la palabra confianza sonó irónica en los oídos de Beth. Se limitó a contestar con la respuesta que más pudiera desviar la imaginación de Adam de sus auténticos pensamientos.

—Lo sé. Tu confianza en mí es… mi inspiración.

22

El costo de las obras del Empire State era ingente. Además de los materiales de construcción e instalaciones, cada semana había que pagar a todos los trabajadores, obreros del metal, albañiles, plomeros, carpinteros, conductores de camión, camareros, vigilantes… A un mismo tiempo llegaba a haber tres mil personas realizando su trabajo de un modo coordinado, en el solar o fuera de él, para que el edificio más alto del mundo siguiera creciendo en su privilegiada ubicación de la Quinta Avenida.

El viernes era día de cobro. Un furgón blindado llegó a la hora convenida, con cajas repletas de dinero y guardias armados. El pago —unos doscientos cincuenta mil dólares en total— se efectuaba allí mismo, en cada una de las plantas del edificio. Cuando los pagadores llegaron a la suya, Tom se incorporó a la fila que se había formado, sin reparar en Valery, que se encontraba un poco más atrás.

Ella sí estaba al tanto de su presencia, pero ahogó el impulso de acercarse y hablar con él. No lo hacía desde el día siguiente a su aventura nocturna por las calles de Manhattan. Había decidido dejar pasar un tiempo antes de volver al ataque. No iba a desistir tan fácilmente de Tom ni de su historia. Sobre todo de Tom. Aunque no era aún el momento. Se limitó a seguirlo con la mirada, mientras la fila iba avanzando, hasta que le vio mostrar su tarjeta de identificación y recibir su paga semanal.

Tom contó a un lado su dinero, lo guardó en un bolsillo de la camisa y volvió al trabajo. Al acabar la jornada, Valery lo vio marcharse a toda prisa, sin despedirse de nadie, ni siquiera de Casals. Era obvio que tenía algo urgente que hacer. Ella ignoraba el motivo, y eso le picó la curiosidad periodística. Quizá fuera interesante saber adónde iba con tanta prisa, un viernes por la tarde, un hombre que no tenía familia.

Cuando Tom se dirigió a la salida de la obra, ella fue detrás. No quiso acercarse demasiado y, por eso, estuvo a punto de perderlo. Tom abandonó el solar desde la salida de la calle Treinta y tres, dobló por la Quinta Avenida y se puso a caminar, a paso ligero, hacia el sur. Valery casi tuvo que correr tras él. Eso no le parecía lo más discreto para una persecución furtiva, pero no podía hacer otra cosa. Era incapaz de seguir su ritmo de otro modo. Si Tom se paraba a mirar algo, o se giraba de pronto, la vería.

Por suerte para ella no lo hizo. Siguió caminando hasta la boca del metropolitano, compró un billete en la taquilla y tomó el tren con destino a Brooklyn. Valery lo imitó, con cuidado de que no se diera cuenta de que lo seguía. Se metió en el mismo vagón, envejecido y sucio, con la cabeza gacha y colocándose en el lado contrario. Él se mostraba ajeno a lo que le rodeaba. El trayecto duró varios minutos, en un tren que emitía quejidos al tomar las curvas y parecía a punto de precipitarse sobre las calles en los pasos elevados.

Ya en Brooklyn, Tom siguió caminando con la misma prisa. Recorrió varias calles y, por fin, desapareció en el interior de una pensión de mala muerte. Valery estaba segura de que no vivía allí. Se lo había dicho él mismo la noche en que salieron juntos y se emborracharon. Él vivía en Jersey, al otro lado de la ciudad; de hecho, aunque estuviera unida a Nueva York, era otra ciudad e incluso otro estado.

Valery se quedó esperando junto a una esquina. No tenía idea de si Tom iba a salir en poco tiempo o no lo haría hasta el día siguiente, pero decidió esperar. Y acertó con la corazonada, porque él abandonó la pensión una media hora más tarde. De nuevo en la calle, se quedó un momento quieto, como si estuviera pensando en algo. Luego se puso a caminar hacia el sitio por el que había venido, pero sin acelerar el paso.

Por detrás de los cubos de basura del callejón en que se había escondido, Valery lo vio pasar. Esperó un momento a que se alejara, salió del callejón y lo siguió de nuevo a distancia prudencial. Quizá descubriera alguna otra cosa interesante, pero lo único que Tom hizo fue regresar al metro y viajar ahora hasta Jersey. Allí se metió en una fonda y comió algo. Cuando terminó la cena, cruzó la calle y entró en otra pensión, muy parecida a la de Brooklyn aunque incluso más miserable. Valery no perdió detalle. Esperó fuera una hora más, pero esta vez Tom ya no salió.

No hubo nada particularmente extraño en todo lo que hizo. Aunque eso no evitó que Valery se marchara con la cabeza llena de dudas y de posibles respuestas. ¿Qué pudo estar haciendo en la pensión de Brooklyn? ¿Por qué no se quedó allí? ¿A quién vio? Dudas y especulaciones: algo que solía ser bueno para una periodista, pero que no siempre lo era para una mujer.

Era preferible no dar rienda suelta a la imaginación. Valery emitió un largo suspiro y se centró en un asunto muy distinto. Al día siguiente le esperaba un pequeño viaje que la agobiaba de veras, en lo más profundo de su ser. Se trataba de un compromiso ineludible con su familia: el cumpleaños de su padre. De su querido y odiado padre.

A primera hora de la mañana, Valery se levantó sin haber dormido apenas. Tenía que tomar el tren para Washington. Su mente seguía confusa acerca de Tom, aunque decidió olvidarse de todo durante ese fin de semana. Necesitaba concentración para lo que se le venía encima en los próximos dos días. Recuperó su verdadera identidad —la de Valery Marquand y no Smith—, cogió una pequeña maleta y salió de su apartamento como quien va a librar una batalla. Abajo tomó un taxi y le indicó al chófer que la llevara a la estación de Pensilvania, la segunda en importancia de la ciudad por detrás de Grand Central Terminal, que conectaba Nueva York con el resto del país por vía férrea.

El cumpleaños de su padre era al día siguiente; el honorable juez Harold Virgil Marquand, de la Corte Federal de los Estados Unidos de América. Valery había prometido ir a casa en esa celebración, que su rancia familia se tomaba muy en serio, aunque no tenía la menor gana de presentarse delante de ellos. Le preguntarían por su trabajo y saldría a relucir la discusión de siempre: por qué se independizó y se hizo periodista, en lugar de buscarse un marido y vivir como una dama de la alta sociedad. Algo que, al parecer, le estaba predestinado por designio divino.

El viaje duró seis horas que se le hicieron largas y aburridas. No telefoneó para avisar de su llegada. De ese modo nadie iría a buscarla a la estación y podría disfrutar un poco más de su soledad. Un taxi la condujo hasta el elegante barrio de Georgetown, en el noroeste de Washington y muy cerca del río Potomac. La mansión de su familia se hallaba en el centro de una amplia parcela vallada y rodeada de jardines. Nada más bajar del taxi, Hattie, la criada negra que la había cuidado desde que era una niña, salió corriendo a su encuentro. Pero se detuvo en seco al verla de cerca, con los ojos abiertos como platos.

—¡Señorita Portia, ¿qué se ha hecho en el pelo?! —exclamó.

Todavía lo tenía corto por su intento de disfrazarse de muchacho. Aún más corto de lo habitual, ya que ella seguía a su manera la moda y lo llevaba casi al estilo *garçon*.

—Es el último grito en París —dijo con una desganada sonrisa. Odiaba que la llamaran por su primer nombre: Portia Valery Marquand.

—Oh —exclamó la criada—. Muy, muy… elegante, señorita. Sí, eso, elegante.

Valery se rió al fin y le dio un abrazo a la criada. Era la persona a la que más echaba de menos en toda esa enorme casa.

—Sabía que venía, señorita Portia, y le he preparado su postre favorito.

—¿Tarta de manzana?

—Acabo de sacarla del horno.

—No he desayunado. Con gusto me comeré un buen pedazo.

Hattie se separó de Valery y la miró otra vez, de arriba abajo.

—No le vendrá mal comer un poco. ¿Qué le dan en Nueva York? Se la ve muy flaca. Con el pelo así, casi parece un chico.

—Eso creo yo también, Hattie —dijo Valery, y le guiñó un ojo.

En ese momento apareció en la puerta Olivia, su madre, con su porte de auténtica dama de la alta sociedad. Se quedó arriba, contemplando a su hija mayor desde la escalinata. Hacía ya demasiado tiempo que Valery se había marchado para seguir su propia vida, alejada de la familia. Sólo se veían cuatro o cinco veces al año, por Acción de Gracias, Navidad y los cumpleaños de los miembros de la familia.

—Hija —dijo al abrazarse a ella, a punto de que se le saltaran las lágrimas.

Hattie se marchó discretamente, dejándolas a solas.

—Madre, no te pongas así. Nos hemos visto hace unos meses, en Navidad.

—Te he echado tanto de menos… Para mí es como si hubiera pasado un año. Demasiado tiempo. Querría poder verte aquí cada día, Portia.

—No me llames así, madre. Ya sabes que detesto ese nombre.

Olivia espantó el comentario con un gesto de la mano, como lo haría con una inoportuna mosca.

—¿Cuándo has llegado? Nadie me ha dicho que hubieran ido a buscarte a la estación…

—He venido en un taxi —dijo Valery, y previendo un gesto de reproche de su madre, añadió—: Así he podido llegar antes a casa. ¿Y el Honorable?

—No me gusta que llames así a tu padre. Espero que no vengas con intenciones de provocarle. La última vez se enfadó mucho.

Valery y su padre mantenían una pésima relación. Él siempre quiso que se comportara como una señorita de su condición, se quedara en casa hasta encontrar a un hombre adecuado, y sólo se marchara para fundar su propio hogar, a imagen y semejanza del suyo.

—De acuerdo —aceptó Valery—. Entonces, ¿cómo está mi venerado progenitor?

—Eres incorregible. Veo que hay cosas que no cambian. Tampoco para tu padre. En fin… Él está bien. Ya imaginarás que absorbido por su trabajo.

—Siempre ha sido así. Es verdad que hay cosas que no cambian.

—No seas insidiosa, Portia. Todo lo que ha hecho ha sido por ti, por mí y por tu hermana Caroline. Supongo que no pondrás eso en duda.

—Supongo que no —dijo Valery, más por agradar a su madre que por auténtica convicción.

En realidad, ella y su padre eran más parecidos de lo que ambos serían capaces de aceptar. Aunque había una diferencia notable. Su padre anteponía sus férreas convicciones a todo y a todos, creyendo servirles mejor así. Vivía para la justicia, aunque ésta destruyera el mundo. En cambio, Valery nunca hubiera antepuesto un ideal a las personas que amaba. La frontera entre ambos planteamientos era difusa en la práctica, pero existía.

—Vamos adentro —dijo Olivia—. Te acompañaré a tu habitación.

—Primero bajaré a la cocina. Hattie me ha hecho una tarta de manzana de las que sólo ella sabe hacer.

—Como prefieras, hija. Estás muy delgada. Y, por cierto, ¿qué te has hecho en…?

—¿El pelo? —dijo Valery, y se lo acarició con la mano—. Es una historia muy larga.

—Confío en que me la cuentes.

—Sí, madre. Ya te la contaré.

Tom se levantó muy pronto aquel sábado. La noche anterior, cuando fue a Brooklyn para pagar los gastos de la pensión de Milka, los dueños le dijeron que la niña llevaba unos días con tos y poco apetito. Él subió un momento a la habitación y comprobó que lo que decían era cierto. Milka estaba durmiendo, respiraba con dificultad y su frente ardía. Era ya tarde para avisar al médico. Pidió a los dueños que estuvieran al tanto de ella y prometió regresar al día siguiente a primera hora.

Cuando llegó a la pensión por la mañana, como había prometido, se los encontró muy alborotados. La niña se había despertado en medio de la noche, tosiendo, respirando con mayor dificultad y ardiendo de fiebre. Tom les pidió que llamaran a un médico enseguida. Él se haría cargo de sus honorarios y del costo de las medicinas. Esperaba que fueran suficientes los cuarenta dólares que aún le quedaban, después de pagar los gastos de la niña y los suyos propios.

Se le pasó por la cabeza que nada de eso sería asunto suyo si no hubiera cogido la cartera de aquel hombre moribundo. Debía de haber miles de niños abandonados en Nueva York y en peores condiciones

que Milka. Pero él no conocía a ninguno de ellos. Milka, por el contrario, tenía un rostro y un nombre, que él una vez prefirió no saber. Pero lo sabía y nadie más en el mundo se preocupaba por ella. No podía olvidarse y abandonarla. Frank Carter no lo hubiera permitido.

El médico llegó a los pocos minutos. Era un hombre mayor, que iba vestido con un traje anticuado y sobado. Su maletín mostraba en algunos lugares la urdimbre del tejido marrón por debajo del cuero negro. Se aseguró de que Tom podía pagarle la consulta antes de atender a la niña. Él también necesitaba ganarse la vida en esos tiempos de crisis.

—Padece una infección aguda —dijo tras reconocerla en la habitación—. Necesitará que le prescriba algunos medicamentos. Le escribiré la receta.

—¿Son muy caros? —preguntó Tom.

—No demasiado. En cualquier caso, los necesita. Si no, la infección podría agravarse y matarla.

Las palabras del médico fueron secas, como si estuviera hablando de una máquina en lugar de un ser humano. Tom le dio el dinero de la visita y se guardó la receta en un bolsillo. Salió de la habitación poco después de hacerlo el doctor. Los dueños de la pensión le indicaron dónde podía encontrar una botica. No estaba lejos. Salió a la calle y la encontró sin dificultad. Allí esperó, sin abrir la boca, a que le prepararan las fórmulas. Se quedó sin blanca, pero tuvo suficiente para pagar las medicinas. Luego regresó a la pensión y subió a la habitación de Milka.

La niña se despertó un momento y preguntó por su padre. Tom no tuvo valor para contarle la verdad. Era tan pequeña… Debía de tener cinco o seis años, no más. Le dijo que su padre estaba de viaje y que volvería pronto. Que él era un amigo y cuidaría de ella.

Sólo en eso no mentía: en que cuidaría de ella. Pasara lo que pasase, lo haría. Por la memoria de su padre.

—Portia…

El honorable juez Marquand se dignó levantar la vista de su escritorio y dedicarle una palabra a su hija Valery. Nunca se permitía un instante de puro ocio. En aquel momento revisaba unos documentos en el despacho de su casa, con sus pequeñas gafas de concha en la punta de la nariz. Se las quitó y las dejó caer sobre el portafolios de cuero que ocupaba el centro de la mesa.

—Felicidades, padre —dijo ella.

—Mi cumpleaños es mañana.

—Bueno, entonces retiro mi felicitación.

Ambos se miraron como pistoleros en un duelo del lejano oeste. Se hizo el silencio. Sólo faltó que una ráfaga de viento hiciera cruzar entre ellos una salsola. Harold Marquand volvió a ponerse las gafas y a dirigir su mirada a los documentos.

—¿Te quedarás a la celebración?

A Valery le dieron ganas de espetarle que no, que sólo había soportado seis horas de tren para saludarle y decirle a la cara lo cretino que era. Pero se contuvo. Después de todo, era su padre y le debía cierto respeto.

—Sí. Mi tren de vuelta a Nueva York sale mañana a las cinco de la tarde.

—Bien —dijo él secamente.

—Bien —contestó ella tratando de imitarle, aunque en su voz había un punto de lamento.

Una vez más, su padre había vencido el duelo. Como siempre. Por eso Valery se había marchado de casa y seguido su propio camino. Ni en cien años hubiera convencido al honorable juez Marquand de que estaba equivocado respecto a ella. Nunca la tomó demasiado en serio, como si sólo fuera una niña a la que se le antojaban tonterías y frivolidades.

Pero no lo era. Ya no era una niña, sino una mujer que había logrado abrirse camino en un mundo de hombres. Y ahora más que nunca, ocupando un puesto en la construcción del Empire State, rodeada de trabajadores rudos y curtidos. ¿Qué pensaría él si lo supiera? Poco le importaba, en realidad —o eso era lo que le gustaría creer—. De lo que sí estaba segura era de que nunca volvería a colocarse bajo el ala protectora de su padre. Aunque para ello tuviera que unirse al circo Ringling como domadora de fieras.

El sol acababa de desaparecer por el horizonte. Aún había algo de luz, que atravesaba el cielo cubierto de nubes, pero tardó menos en consumirse que el camión de Jay en cruzar Manhattan. Cerca del muelle se levantaba una fábrica en la que, de día, se producían disolventes industriales y, de noche, una especie de matarratas al que llamaban whisky. La noche era brumosa y no había nadie a la vista en las inmediaciones. Como de costumbre, O'Connolly había hecho bien su trabajo. Él era el encargado de que ningún policía rondara por allí cuando resultaba conveniente.

En cuanto el vigilante hubo abierto el candado y retirado la

cadena, para abrir la verja metálica y dejar franco el acceso, Jay metió el camión cisterna marcha atrás. Mientras, otros dos hombres tiraban de una manguera que salía por una ventana de la parte baja del edificio. Al otro lado, en el interior, la manguera estaba conectada a un contenedor metálico lleno de whisky de la peor clase. Aquel líquido era una mezcla de alcohol etílico y metílico con aromas y colorantes, capaz de dejar ciego literalmente a un hombre a poco que abusara de su consumo.

—¡Puedes abrir el grifo, Kyle! —dijo el hombre que acababa de meter la boca de la manga en el depósito de la parte de atrás del camión.

El líquido empezó a ser bombeado desde el contenedor. El proceso completo duraba algunos minutos. Jay bajó para fumarse un cigarrillo con el hombre que estaba de guardia, junto a la verja exterior. Era el auténtico vigilante de las instalaciones, un chico nuevo que se ganaba unos dólares por ese «trabajo» extra. La estrecha calle estaba desierta y brumosa, a la luz débil y amarilla de una única farola.

—Qué noche de perros —dijo Jay y ofreció un cigarrillo al vigilante.

—Es por la humedad —contestó éste, y cogió el cigarrillo—. ¿Falta mucho para terminar?

—No. Será sólo un momento.

Jay estaba dando fuego al chico cuando los faros de un coche aparecieron al fondo de la calle. Apagó el mechero y se metió hacia dentro para que no se le viera. Por delante de él, el vigilante se colocó en la verja con el cigarrillo temblándole entre los labios.

—Tranquilo —le susurró Jay—. Espera a que pase y actúa como si no ocurriera nada fuera de lo normal.

Jay tenía un mal presentimiento, que se confirmó cuando el lujoso automóvil se detuvo justo en la entrada. El hombre que lo conducía apagó el motor y descendió de él. Era un caballero bien vestido, con un abrigo caro, sombrero y lustrosos zapatos. Se dirigió al vigilante, que estaba muy tenso y sin saber cómo reaccionar.

—Buenas noches, chico —le saludó el hombre—. ¿No sé si podrás ayudarme? Me he perdido.

Su sonrisa era bobalicona. Parecía venir de una fiesta, o haber empezado una él solo. Tenía un aire algo ausente y las mejillas sonrosadas.

—¿Señor…? —dijo el chico, a punto de atragantarse.

El hombre lo observó con impaciencia.

—¿Qué te sucede? ¿Acaso piensas que soy un ladrón? Sólo quiero que me indiques cómo llegar a Park Avenue. Te daré un dólar.

—¿Pa… Park Ave… nue?

—Sí, Park Avenue. ¡Válgame el cielo! ¿Eres un poco corto o qué? Con esta bruma me he despistado y no sé dónde estoy.

Para ser el vigilante de un almacén, aquel muchacho parecía demasiado asustadizo, se dijo el hombre. Se acercó a él y se metió la mano en un bolsillo del abrigo para sacar su cartera. El chico se asustó, dio un paso atrás, se tropezó con el bordillo y cayó al suelo. Creía que el tipo iba a sacar una pistola. Éste fue hacia él para ayudarle y entonces vio el camión y a Jay, escondido junto al muro que rodeaba la fábrica.

—¡¿Pero qué diablos…?!

No pudo acabar la frase. Todavía tenía la mano dentro del abrigo. Jay creyó, al ver la reacción del vigilante, lo mismo que él. Sacó con rapidez su arma y disparó al desconocido. La detonación resonó en el aire denso de la noche. El hombre se desplomó con un agujero en el centro del pecho. Murió al instante. Jay se agachó junto a él y comprobó que no llevaba pistola. Lo que iba a sacar era la cartera.

—¡Maldita sea! ¡Oh, Dios…! ¡Pero qué he hecho!

Empezó a dar vueltas alrededor del cadáver como si fuera un rito capaz de resucitarle. Tenía las manos a ambos lados de la cabeza, con la pistola, caliente aún, aferrada en una de ellas.

—¡Ha sido por tu maldita culpa! —le gritó al muchacho. Y, recuperando un poco la frialdad, añadió—: Cierra ahí, estúpido, pon el candado y ayúdame a llevar el cuerpo al camión.

—Alguien… habrá oído el disparo.

—¡Claro que alguien lo habrá oído, joder! Debería pegarte un tiro a ti también. Maldito imbécil…

Era la segunda vez que Jay mataba a un hombre desde que volvió de la guerra. Pero la primera que lo hacía de un balazo. Al otro lo mató con aceite y ambición.

Juntos arrastraron el cadáver hacia el interior de la fábrica. El hombre que se encargaba de llenar la cisterna con el whisky apareció corriendo. Tenía el rostro desencajado. Jay no le dejó decir nada más que un juramento, que profirió al ver el cuerpo. Le ordenó que se quedara con el vigilante mientras él llamaba por teléfono a Adam.

—Terminad de sacar la mercancía y vámonos de aquí cuanto antes.

El teléfono estaba dentro de la fábrica. Jay entró por el acceso del almacén. A pesar del frío, le sudaban las manos. Lo que acababa de suceder era muy grave. Aquel tipo al que había matado no era un maleante, sino alguien distinguido. Se notaba por su indumentaria y su automóvil.

—Lo fundamental es no dejar huellas de lo que ha pasado —le dijo

Adam al otro lado del teléfono, más tranquilo que Jay—. Saca de la calle el coche de ese tipo y espera a Owen. Él sabe cómo actuar en estos casos. Sobre todo, calma, ¿entendido? Lo hecho, hecho está.

Jay colgó el teléfono y salió al exterior del edificio. El cadáver estaba ya en la caja del camión, envuelto en unas mantas. Se encargó de meter el coche del muerto en el recinto de la fábrica. No podía soportar quedarse allí quieto.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo uno de los hombres—. Hemos acabado con el whisky. El depósito está lleno. ¿Nos marchamos?

—No. Todavía no. Órdenes del jefe. Hay que cerrar todo y esperar.

—¿Adónde se ha ido mi papá?

Milka estaba mejor. La fiebre le había bajado un poco. Su débil voz despertó a Tom, que se había acomodado en la única silla de la habitación y acabó durmiéndose sin darse cuenta. Volvía a preguntar por su padre. Tom abrió la boca para contarle de nuevo la misma mentira: que se había ido de viaje y que él era un amigo suyo que estaba allí para ocuparse de ella.

Pero no tuvo valor.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó.

—Tengo frío.

Tom la arropó y le colocó encima también su abrigo, extendido sobre las mantas.

—¿Mejor?

—Sí. ¿Y mi papá?

—Tu papá… Tu papá no va a volver, pequeña.

—¿Se ha ido muy lejos?

—Sí, muy lejos…

—¿Se ha ido al cielo?

La pregunta dejó a Tom completamente desarmado. La niña debía de haber escuchado otras veces cosas acerca de largos viajes de personas que habían fallecido.

—Sí. Tu papá está en el cielo.

Sin decir nada más, la niña metió la carita debajo de la sábana y se puso a llorar. Tom se quedó a su lado muy quieto, sin saber qué hacer o qué decir.

—Mi mamá también se fue al cielo —dijo ella al rato.

—¿Y tus abuelos?

—No sé.

La niña seguía llorando. Quizá no comprendía con exactitud lo que significaba la muerte, pero sí sabía que las personas que se iban al

cielo ya nunca volvían a aparecer.

—Pero ¿sabes una cosa? —dijo Tom—. Antes de marcharse me pidió que te dijera que te quería mucho, y que estaría con tu mamá mirándote desde las nubes.

Si no fuera porque se trataba de una cosa seria, Tom se habría sentido como un memo, diciendo nada más que tonterías. Las nubes de las que hablaba eran de tierra y estaban dos metros por debajo del suelo.

—¿Me cuentas un cuento? —dijo la niña de pronto, un poco más calmada.

—Sí… Aunque creo que no sé ninguno.

—¿No sabes el de Blancanieves y los siete enanitos?

Tom rebuscó en su memoria. Se veía más o menos capaz de recordarlo. Era uno de los favoritos de Beth cuando era pequeña.

—Sí, ése sí lo sé.

—Pero no me gusta.

—¿Entonces…? —dijo Tom, esbozando por primera vez una leve sonrisa.

—Cuéntame uno que no sepa.

—Está bien. Te contaré uno que casi nadie sabe.

—Ah, ¿sí?

—Es un cuento muy secreto, de un niño huérfano que vivía cerca de un lago, al que le gustaba mucho correr y que llegó a ganar una medalla.

—¿Y tenía novia?

—Sí. Una muy guapa.

—¿Y se casó con ella?

Tom se quedó callado un momento y bajó la mirada. Cerró los ojos, pero enseguida levantó de nuevo la mirada hacia a la niña y volvió a sonreír. Asintió con la cabeza y dijo:

—Claro que sí. Y fueron felices para siempre.

La espera de Jay y sus compañeros no fue larga. O'Connolly apareció en una media hora, con cara de pocos amigos. No dijo nada hasta que le mostraron el cuerpo. Al llegar había visto su coche, escondido en el interior del recinto de la fábrica. Era un Cadillac, un modelo caro. Como Jay imaginaba, eso no podía significar nada bueno.

—¿Sabes a quién acabas de matar? —dijo O'Connolly sin levantar la voz.

Su gesto impertérrito se conmovió levemente. Tampoco aquello era una buena señal, viniendo de alguien con la frialdad del policía.

—¿Lo… conoces? —preguntó Jay, con un nudo en la garganta.

—No sé qué diablos ha pasado aquí, pero nos has metido en un buen lío. Ese tipo es Bartholomew Johnson, uno de los asesores personales de Bear James.

Bear James era el sobrenombre del alcalde de Nueva York, Jimmy Walker.

—Ha sido un accidente. Se paró con el coche para pedir indicaciones. El vigilante creyó que iba a sacar un arma y yo le disparé por error.

—No hace falta que me lo cuentes. Me da igual cómo haya sucedido. Lo único que importa es eliminar las manchas de sangre, meter el cuerpo en el maletero de su coche y hundirlo todo en los pantanos de Jersey. ¿Dónde cayó al recibir el disparo?

—Cerca de la entrada.

—Ven conmigo.

Había un charco de sangre junto a la puerta y un reguero que terminaba en la parte de atrás del camión, donde metieron el cadáver. O'Connolly comprobó las salpicaduras de sangre en la verja y en la ropa de Jay.

—Cámbiate de camisa en cuanto llegues a casa —le dijo el policía —. Después tírala a la basura, pero hazlo lejos de donde vives. Ahora hay que limpiar toda esta mierda. ¿Dónde está el arma?

El nerviosismo de Jay casi le hizo preguntar «¿qué arma?». Pero la respuesta era evidente. O'Connolly se refería a la que había usado para disparar al asesor del alcalde. La sacó de su funda y se la entregó. El policía la recogió en un pañuelo, que plegó sobre ella antes de guardársela.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Lo mismo que tú con la camisa. Hacerla desaparecer. Basta ya de charlas. Hay que limpiar toda esta mierda.

Los hombres se repartieron el trabajo. Usaron el jabón y las sábanas que O'Connolly había llevado en su coche. Lo recogieron todo cuidadosamente y lo ataron con una soga como un fardo. Luego lo metieron en el maletero del coche del muerto, junto con el cadáver.

—Que otro de los chicos lleve el camión a nuestro garaje —dijo O'Connolly—. Tú, Jay, te encargarás del coche y de hacerlo desaparecer. Conozco un lugar. Sígueme a cierta distancia y sin hacer tonterías. Si algún agente te da el alto, yo seguiré y me largaré. Será mejor que lleves un arma preparada. Pídele su revólver a uno de los chicos. No puedes dejar que te cojan. ¿Has comprendido?

Jay asintió. Cerró los ojos y pensó un momento en todo lo que había pasado.

—Sí.

—Pues en marcha.

El conductor del camión dio a Jay su arma mientras el vigilante de la fábrica abría la verja. Éste esperó a que los tres vehículos abandonaran el lugar. Después volvió a cerrar, colocó la cadena y puso en ella el grueso candado. Aún le temblaban las piernas mientras los veía desaparecer entre la bruma.

O'Connolly guió a Jay hasta una zona pantanosa, al este de Jersey. Sin bajarse de su coche, le indicó con la mano el punto en el que debía arrojar el vehículo. Jay frenó cerca de la orilla sin poner el freno general. Luego salió, cerró la puerta y lo empujó hasta que cogió carrerilla y saltó a las negras aguas, bajo la oscuridad casi total de la madrugada.

El coche fue hundiéndose lentamente hasta que el agua llegó al nivel de las ventanillas. Unas últimas burbujas de aire gorgotearon en la superficie antes de que desapareciera para hundirse hasta el fondo. Jay esperó un minuto y luego caminó hacia la parte de arriba, donde O'Connolly lo esperaba.

—Ya está hecho —dijo antes de ocupar el asiento del acompañante.

—Si crees en algo, reza para que no lo encuentren. Y no te olvides de deshacerte de esa camisa.

—No, no lo olvidaré. Y tú deshazte de mi pistola, ¿eh?

Si el policía le había escuchado, no lo dejó traslucir.

—Volvamos a Nueva York. Mientras a Johnson lo den por desaparecido, las cosas no se pondrán feas. Pero como encuentren el cadáver, el alcalde pondrá a todo el cuerpo de policía en pie de guerra. Y querrán tener un culpable al que enviar a la silla eléctrica.

—Es imposible que lo encuentren aquí.

—En mi experiencia, lo imposible ocurre demasiadas veces…

El ruido de unos pasos acelerados anunció la llegada de Caroline a la habitación de Valery. Irrumpió en ella como un vendaval, y descorrió la cortina de un golpe mientras gritaba llena de entusiasmo. A diferencia de Valery, a su hermana menor le encantaban las celebraciones familiares.

—¡Despierta, marmota! ¿Has visto qué día tan bonito hace?

—¿Qué hora es, por amor de Dios?

—Las ocho en punto. Hora de que te levantes y vayamos al prado a montar a caballo.

—Oooh…

Valery metió la cabeza debajo de la almohada, pero Caroline se sentó en la cama y se la quitó por la fuerza. Su rostro estaba tan iluminado que resultaba imposible contradecirla.

—Cinco minutos más, por favor…

Después de toda la semana levantándose a las siete para ir a trabajar, a Valery le hubiera gustado recuperar un poco de sueño. Pero iba a ser imposible, por lo que veía. Se quedó sólo un par de minutos más en la cama, con Caroline sentada a su lado y observándola en silencio. Sólo lo rompía para cantar los minutos. Una tortura efectiva.

—¡Está bien! Ya me levanto.

—Vale. Te espero en la cocina.

Caroline salió poco menos que corriendo de la habitación. Valery se incorporó en la cama y se frotó los ojos. La luz del sol entraba por la ventana. Era un precioso día de invierno, frío pero de cielo despejado. Valery pensó que su padre tenía suerte de que hiciera un tiempo tan bueno para la celebración de su cumpleaños, cuando lo que merecía era una tormenta con truenos y relámpagos.

—Bueno, quizá no tanto —dijo en voz alta.

Se vistió y bajó a la cocina, donde Caroline terminaba su desayuno. Hattie la saludó y le puso en la mesa unas gachas de avena, leche y un jugo de naranjas de California recién exprimidas. Valery la observó con cariño.

—Cuánto te echo de menos en Nueva York…

—¡Pues lléveme a la Gran Manzana! —exclamó la criada.

—No sé si te gustaría vivir allí.

—¡Claro que no! —dijo Caroline, y se rió.

También Hattie soltó una carcajada.

—Claro que no —repitió—. Allí todo el mundo está loco… Quiero decir…

El titubeo de la criada hizo que Valery se uniera a las risas.

—Sí, tienes razón. Loco de atar. Imagínate, hasta las mujeres trabajan en la construcción.

Hattie abrió mucho los ojos y se inclinó levemente hacia atrás.

—¿Es eso cierto?

—Qué tonta eres —dijo Caroline—. ¿No ves que está tomándote el pelo?

Valery asintió y terminó su desayuno. El resto de la mañana, ella y Caroline lo pasaron montando a caballo en la finca familiar. Cuando terminaron, a Valery le dolía todo el cuerpo. Había perdido la costumbre, aunque unos años atrás montaba a diario. Las dos hermanas regresaron a casa con el tiempo suficiente para asearse y cambiarse de ropa. A las doce del mediodía, exactamente a las doce,

empezaría la celebración del cumpleaños de su padre.

No fue una sorpresa completa para Valery comprobar que había dos invitados más a la comida, fuera de su familia. Uno era el novio de Caroline, un muchacho llamado Paul Gregory Honfleur, que estudiaba leyes en Washington y era hijo de un adinerado terrateniente de Luisiana al que la crisis no parecía haber afectado. Era el perfecto cachorro de la política, destinado a ocupar, en el futuro, un puesto en el gobierno. El otro invitado, también un joven de la alta sociedad, se llamaba Everett Alexander Sheldrake, y fue una especie de novio de Valery cuando eran adolescentes.

La familia había aceptado a ambos como buenos partidos para sus hijas. Cada vez que se ofrecía la posibilidad, la madre de Valery trataba de volver a emparejar a ésta con Everett, sin comprender que a ella le atraía en la misma medida que saltar desnuda sobre una mata de cactus. Con los años, ni siquiera recordaba cómo pudo tener nunca una relación sentimental con alguien tan aburrido y petulante.

—Querida Portia —la saludó, tomando su mano delicadamente en la suya—. Tan hermosa como siempre. Más aún. Me gusta tu corte de pelo. Muy moderno.

La sonrisa de Everett era tan exultante como la del gato de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Pues yo a ti te veo un poco más calvo. ¿Tenías esas entradas hace unos meses?

—Eh… No me he fijado —dijo el joven, tocándose los lados de la frente con ambas manos.

—¿Cómo que no? Si parecen el canal de Panamá…

—Veo que nunca cambiarás, Portia. Siempre bromeando.

—Si tú lo dices…

Everett se giró cuando el honorable Harold Marquand entró en el salón, acompañado de su esposa Olivia.

—Aquí tenemos a nuestros anfitriones —dijo cortésmente—. Permítame saludarla, señora. Y a usted felicitarle, querido juez Marquand.

—Oh, sí, felicidades —añadió Valery por lo bajo. No había hablado con su padre en toda la mañana.

El novio de Caroline también se acercó y fue igualmente amable y cortés. A Valery le dieron ganas de salir corriendo de la casa y volver enseguida a Nueva York.

La mesa estaba preparada. La madre de Valery anunció que podían pasar al comedor. Las criadas sirvieron el primer plato en una vajilla de porcelana de Meissen. Durante la comida, Everett trató varias veces de iniciar una conversación con Valery. Su madre se dio cuenta de las

reticencias de ella y no dudó en intervenir.

—Portia está trabajando en un importante reportaje para su periódico de Nueva York.

—Lo cierto es que es un reportaje de calado —dijo Valery, creyendo que les impresionaría—. Estoy trabajando de incógnito.

—¿No será algo arriesgado? —preguntó Olivia con aprensión.

—No, no lo creo. Me he infiltrado en las obras de construcción del Empire State.

Todos se quedaron en silencio. También su padre, que seguía con la mirada fija en su plato. Valery había logrado captar la atención de los demás, pero no la suya. Sintió el aguijonazo de su desdén.

—Trabajo cada día con los hombres que están levantando el mayor rascacielos del mundo. Como uno más, observándolos para captar su esencia. Mi reportaje mostrará el lado más humano de ese símbolo de superación que es el Empire State, en medio de una sociedad que se hunde en muchos sentidos.

—¿De veras? —dijo Everett, con un punto de incredulidad en la voz.

A Valery le resultó particularmente ofensivo su tono.

—Bueno —dijo—, en realidad no es tan importante.

—Estoy seguro de que no —exclamó su padre sin mirarla.

Parecía ajeno a la conversación, pero no era así en absoluto. De hecho, lo único que le interesaba de lo que se estaba hablando allí era lo que decía su rebelde hija. Tenía la expresión neutra que tanto fastidiaba a Valery desde que era niña. Cuando discutían o la regañaba, en lugar de mostrar sus sentimientos ponía esa cara inexpresiva y se quedaba en silencio. Algo que ella tomaba como un desprecio insoportable.

—Evidentemente, padre, yo no hago nada de valor, como lo que haces tú.

—Evidentemente.

—Caroline tiene algo que anunciarnos —intervino la madre para rebajar la tensión.

La joven se puso muy tiesa, llena de emoción. Le brillaban los ojos. Miró a Valery con una sonrisa pícara. Había estado con ella toda la mañana y había sido capaz de contenerse para no contárselo.

—¡Paul ha pedido mi mano!

—Sí, y tanto mi marido como yo hemos aceptado —dijo la señora Marquand—. Dentro de un mes celebraremos la fiesta de petición de mano, como manda la tradición.

Un matrimonio decente y respetable suscitaba más interés que todo el esfuerzo de Valery. Más que el Empire State. Más que lo que

significaba.

—Enhorabuena, hermanita. Espero que seas muy feliz y que sigas toda tu vida lo que mandan las tradiciones.

Su felicitación era sincera, a pesar de la ironía. Despreciaba la clase de vida en que su hermana iba a sumergirse, pero no dudaba de que a ella le haría feliz. El juez volvió a intervenir. Habló mirando a Caroline, aunque fue obvio que sus palabras se dirigían a Valery.

—Las tradiciones no son un capricho, sino el reflejo de una vida respetable. Nunca olvides eso, hija.

Tampoco Valery olvidaría esa ofensa. Ella no cumplía las tradiciones, luego no era respetable a los ojos de su padre. Eso era lo que en realidad había querido decir. Se levantó de la mesa y arrojó su servilleta sobre el mantel de encaje.

—¿Qué haces, Portia? —exclamó el juez, y al menos Valery consiguió que su tono fuera irritado.

—¿No lo ves, honorable padre? Me largo de aquí para que podáis disfrutar en paz de vuestras maravillosas tradiciones.

Caroline se puso a llorar. Su madre, sentada a su lado, la rodeó con un brazo por los hombros. Paul, su prometido, no sabía qué hacer. Se había puesto de pie al levantarse Valery, aunque se mantuvo callado y con la mirada fija en ninguna parte. Everett, por el contrario, sintió la necesidad de comportarse según su rancia idea de caballerosidad.

—Portia, te ruego que te sientes y pidas disculpas a tu familia.

—¡Ni el mismo Dios podría forzarme a hacer eso!

—¡Ahora también blasfemas! —vociferó Harold Marquand.

Valery no recordaba haberle visto hacer eso nunca. Perder por completo los estribos no iba con él, siempre mesurado y reflexivo.

—Me has amargado la celebración y me has amargado la vida —continuó—. Nunca debí dejarte estudiar. Así quizá hubieras seguido el camino recto.

—Querido padre —dijo Valery, mirándole fijamente a los ojos y con la sensación de que, por primera vez en su vida, tenía una posición dominante—, ese camino recto que acabas de mencionar puedes metértelo donde te quepa. Cada día veo a hombres que caminan por una senda tortuosa y que merecen más respeto que cualquier persona que conozca en ese camino recto tuyo. Ellos representan la realidad, no tú y tus monsergas de sillón y despacho.

—¡Oh! —exclamó su madre, horrorizada y a punto de desmayarse.

Valery se volvió y empezó a caminar hacia la salida sin esperar la réplica de su padre. Aunque sabía que llegaría y la escuchó perfectamente.

—¡Espero que no vuelvas a pisar está casa mientras yo viva!

—De acuerdo —dijo ella en voz baja, y notó un vacío dentro de sí. Quizá una pizca de arrepentimiento.

Pero lo hecho, hecho estaba.

23

Cuando Jay se despertó, Jennifer no estaba a su lado en la cama. Le había costado mucho conciliar el sueño, dándole vueltas una y otra vez a lo sucedido. Se pasó la noche en una duermevela casi delirante, donde se mezclaban la culpa y el miedo. Pero en algún momento debió de caer rendido. Era ya muy tarde, quizá incluso mediodía. Desde la cama, escuchó las voces de sus hijos en la sala de estar y a Jennifer haciendo algo en la cocina. Se sentó en la cama y se frotó la cara con las manos. Frente a él, vio la silla en la que siempre dejaba su ropa.

La camisa…

Se levantó de un salto y fue hasta la silla. Su ropa no estaba. Jennifer debía de haberla recogido por la mañana. Salió a toda prisa del dormitorio. Frankie y Katie jugaban en la alfombra de la sala de estar. Jay entró en la cocina. Jennifer estaba de espaldas, delante de los fogones.

—¿Ya te has levantado? —dijo sin volverse—. Anoche te acostaste muy tarde.

—Sí… Llegó un cargamento.

No hacía falta añadir de qué. Menos aún delante de los niños. Jennifer sabía que Adam comerciaba con alcohol ilegal y organizaba apuestas y partidas clandestinas de póquer. Eso era lo que le había contado Jay para evitarse problemas mayores. Su mujer no era ninguna ingenua. Se trataba de cosas que casi todo el mundo toleraba y prefirió confesarle una parte de la verdad a que tratara de descubrirla toda por sí misma. Lo que Jennifer no sabía era hasta qué punto eran sucios esos negocios. Aunque, con un tercer hijo en su vientre, a punto de nacer, era lo mejor.

—Supongo que buscas esto —dijo a Jay, y le señaló su camisa sobre el fregadero.

Las salpicaduras de sangre cubrían una buena parte de la pechera. Jay trató de pensar rápido e hizo lo único que podía hacer: mentir.

—Lo sé, lo sé. No debía haberlo hecho, pero ayer no pude contenerme.

—¿De qué hablas, Jay? ¿Contenerte en qué? —preguntó Jennifer, volviéndose al fin hacia él. Una arruga de preocupación le surcaba la frente.

La curva de su embarazado era ya obvia. Jay se acercó a ella y la

acarició.

—Creo que he mencionado alguna vez a ese estúpido policía irlandés que es amigo de Adam Norris. Owen O'Connolly. ¿No sé si te acuerdas de él?

Jennifer asintió, aunque en realidad sólo le sonaba vagamente el nombre.

—Es un tipo al que nunca he soportado. Anoche ya no aguanté más y le rompí la nariz de un puñetazo.

—¿Y él te pegó también a ti? —dijo Jennifer, aún preocupada, aunque de un modo distinto.

Se estaba tragando la mentira. Cómo iba a imaginar que Jay había sido capaz de matar a un hombre de un balazo. Ni siquiera sabía que llevaba una pistola en la guantera de su coche.

—Ni me rozó. Lo tumbé antes de que pudiera tocarme.

El propio Jay se sorprendió de su sangre fría. Aquella forma de vida indigna le había calado más de lo que pensaba.

—Bueno… ¿Qué quieres que haga con la camisa? La sangre no sale bien. Puedo lavarla, pero…

—Nada de eso. Dámela y yo la tiraré a la basura.

—¿Por qué tirarla? La cortaré en trozos y me sirven como trapos.

Jay no quería levantar nuevas sospechas en Jennifer. Titubeó ligeramente, pero enseguida aceptó.

—Sí, claro, tienes razón. Para qué tirarla… Aunque ahora nos va mejor. No hay por qué aprovechar cualquier trapo. Si todo sigue así, dentro de poco nos mudaremos a un apartamento mejor.

—Ya. Pero, mientras tanto, ahorrar todo lo posible no será malo. Por si acaso las cosas se tuercen. Ya nos ha pasado antes… No me gusta confiar en el futuro.

Jay asintió y la besó. No creía que pudieran encontrar el coche de Johnson con su cadáver en el maletero. Lo darían por desaparecido y no tendrían caso, ni qué investigar o por dónde empezar a hacerlo. A pesar de la advertencia de O'Connolly, era imposible que esa camisa, con pequeñas salpicaduras de sangre, tuviera ninguna relevancia. Y, menos aún, fragmentada en pedazos y dentro del armario de su cocina.

Owen O'Connolly no tenía intención de ser toda la vida un segundón; el mero protegido de un comisario corrupto, bien conectado con las altas esferas del ayuntamiento. Hasta ahora no había sido más que una especie de intermediario, entre los «dignos» servidores de la ley y el pueblo y el lucrativo mundo del hampa. Nada más que eso. Pero ahora

se presentaba ante él una oportunidad largamente esperada.

—Puede usted entrar.

La secretaria de Leo Baracca le indicó que pasara al despacho. Baracca pertenecía al concejo neoyorquino, y se decía de él que era la mano derecha del presidente del mismo, además de un estrecho colaborador del alcalde demócrata James J. Walker. Era, por tanto, un hombre poderoso y bien relacionado, que aprovechaba la mano ancha de Bear James para sus propios manejos, le proporcionaba chicas de cabaret y le organizaba de vez en cuando alguna que otra discreta timba de póquer.

—Siéntate, Owen —dijo Baracca con gesto de preocupación. Esperó a que lo hiciera y añadió—: ¿Sabes ya lo de Bart Johnson?

—Lo he leído en la prensa —contestó O'Connolly después de un largo suspiro hipócrita.

—Nadie sabe dónde diablos se ha metido ese botarate. Al parecer había discutido con su esposa, según le ha contado ella al alcalde. Bart se marchó enfurecido y con varias copas encima. Su mujer está segura de que fue a ver a una fulana de lujo en Park Avenue, con la que se encontraba a menudo. A saber dónde estará ahora…

—Bueno… Yo lo sé —soltó O'Connolly como una losa.

—¿He oído bien…?

—Sé dónde está y sé lo que le ha pasado.

—¿Quieres decir que le ha sucedido algo grave?

—Bastante grave, sí. Ha muerto.

—¡¿Qué?! —gritó Baracca, se levantó del asiento y añadió en italiano—: ¡*Cazzo, porca miseria*…! ¿Quién ha sido?

—Uno de los chicos de Adam Norris.

—Ese *pezzo di merda* me hace ganar mucho dinero, pero esto no va a quedar así…

O'Connolly miró fijamente a Baracca, levantó una de sus manos y soltó la parrafada más larga que el político le había escuchado pronunciar desde que lo conocía.

—Bart Johnson era un cero a la izquierda, no nos engañemos. Su único valor era ser amigo del alcalde Walker, y para aprovecharnos de eso nos viene mejor que esté muerto. Tú ya sabes la verdad, pero deja el asunto en mis manos. Sé dónde está su coche con el cadáver dentro, sé exactamente quién lo mató y tengo el arma que puede incriminarle. Pero aún no hay que revelar nada. Actuaremos llegado el momento. El alcalde te estará eternamente agradecido.

—¿Qué quieres a cambio de esa información?

—No mucho… Si tú te anotas un tanto, yo quiero anotarme otro.

—Puedes estar seguro de ello. ¿De qué modo?

—Quiero el control directo de todos nuestros negocios. Estar por encima de los jefes de todas las bandas. Eso es lo que quiero.

Lo que O'Connolly le pedía sí era mucho. De hecho, demasiado. Pero, como buen político, Baracca no dudó en prometerlo.

—De acuerdo. Tienes mi palabra… Me sorprendes cada vez más, O'Connolly. No lo tomes como una crítica, pero ¿es que ni siquiera distingues entre el bien y el mal?

—Oh, sí los distingo. Pero me da igual. Eso es lo que me diferencia de ti.

Y era lo que le daba fuerza. Los hilos estaban entrelazados y empezaban a mover a sus víctimas, ajenas a ello como muñecos de guiñol. Todavía no era el momento, pero su tiempo llegaría. Y no tardaría mucho en hacerlo.

Desde el sur de Manhattan, en la ría que forma la desembocadura del río Hudson, se divisaban varias islas. Entre ellas Liberty Island, con su impertérrita Estatua de la Libertad. Esa hermosa alegoría era lo que contemplaban los inmigrantes llegados desde el Viejo Mundo al Nuevo, desde sus antiguas urbes y deprimidos campos europeos a la moderna Nueva York. Todos miraban extasiados, desde las cubiertas de los barcos, aquella imponente estatua que Francia regaló a Estados Unidos como conmemoración de su independencia. Un regalo del primer país de Europa que se sacudió el yugo de la opresión al primero del mundo que nació sin ese yugo. Un faro imaginario cargado de significación: *la Libertad iluminando al Mundo*.

Tom caminaba recorriendo el extremo de la isla. Se detuvo un momento y dirigió su mirada a la estatua. Parecía de color verde brillante y refulgía bajo el sol, que por fin se dejaba ver, en todo su esplendor, en un cielo completamente libre de nubes. Pensó en aquella enorme figura, con su antorcha, su libro y su diadema de rayos. Su luz iluminaba un mundo que no era real, sino la fantasía de unos pocos. Allí estaba ella, quieta y congelada, hiciera o no buen tiempo, mostrando siempre su mismo gesto, impasible a lo que sucediera a su alrededor.

—Eso es lo bueno de ser de piedra —masculló Tom.

Aquella mañana se había ido pronto de la pensión de Milka. La niña estaba mucho mejor, y no quiso esperar a que se despertara por temor a que volviera a hacerle preguntas sobre su padre. Por la noche, antes de que se durmiera, le había prometido ir a verla todos los viernes. Era el día de cobro y, de todas formas, tenía que ir a la pensión a pagar los gastos.

Una sensación de apego confortaba a Tom y le hería en la misma medida. Todos los días pensaba que su vida era estéril y que la había desperdiciado. Pero luego recordaba también los momentos importantes. Ojalá pudiera cambiar el pasado, aunque, en cada circunstancia, tuvo motivos para hacer lo que hizo. Así, si volviera atrás, estaría condenado a repetirlo todo tal y como sucedió.

A veces pensaba que ya nada tenía importancia. La vida no era más que seguir vivo, respirar al día siguiente el mismo aire que el día anterior, y ver el mismo cielo y la misma tierra hasta ya no despertarse de nuevo. Ahora, con esa niña a su cargo, notaba que servía para algo más. Su espíritu pugnaba entre aceptar ese apego como algo bueno, o rechazarlo como un peso extra que sólo hacía más dura su lucha.

También estuvo un rato pensando en el Empire State. Le satisfacía ver cómo todas las piezas encajaban en él con perfección. Allí no había cabos sueltos ni anhelos mutilados. El edificio seguía creciendo a toda velocidad. Funcionaba como una armoniosa maquinaria, entre una labor ruidosa y frenética. Era algo portentoso. Los arquitectos e ingenieros verificaban continuamente sus planos y sus cálculos, mientras los capataces y encargados daban instrucciones a los trabajadores, que las cumplían como un pacífico ejército.

El trabajo era duro, pero la paga lo compensaba, y el número de hombres contratados, el necesario. Incluso el restaurante interno del edificio, de la cadena Lord's, era excelente. Por fin Tom se había decidido a frecuentarlo, cuando Casals le convenció de que apenas costaba más que llevarse el almuerzo de casa, además de comer caliente y mucho más variado. Se había abierto ya un segundo local, más arriba, y había otros proyectados para cuando el edificio creciera. Los dueños del edificio no los instalaron para hacer negocio, sino para reducir el tiempo que los trabajadores invertían en su almuerzo. Casi todos los utilizaban: irlandeses, polacos, judíos, indios…, iban a diario y estaban satisfechos de él. Sólo seguían resistiéndose la mayoría de los italianos, como el simpático Gianni.

La brisa acarició el rostro de Tom y le hizo volver al presente. Era una brisa aún fresca, a pesar del sol, aunque menos de lo que hubiera sido si llegara del norte. Tom se levantó el cuello de su chaqueta y empezó a caminar justamente en esa dirección. Sólo se detuvo para comer algo en una *trattoria* barata de Little Italy. No había desayunado y tenía hambre. Le gustaba la comida italiana y el trato cálido de la gente. En el fondo, era comprensible que sus colegas de esa nacionalidad no prefirieran el restaurante del Empire State.

Terminado el almuerzo, se encaminó hacia el metro con intención

de tomarlo para regresar a su pensión en Jersey. Pero algo le llevó a pararse en seco en medio de la calle. Lo hizo tan de repente que un despistado transeúnte chocó contra él por detrás.

—Oh, disculpe, se lo ruego —dijo el hombre, que iba leyendo el periódico y supuso que la culpa era suya.

Tom le hizo un gesto con la mano, sin mirarle. Sus ojos estaban clavados en un punto, al otro lado de la calle. Eran las letras de la marquesina de un teatro. Bajo el título de la obra estaba escrito el nombre de su hermana Beth. No podía creerlo. Beth. Tom ignoraba por completo que ella hubiera conseguido llegar a Broadway. Sintió una oleada de orgullo y satisfacción. Los recuerdos más felices de su vida retornaron a su mente, todos juntos, entremezclados como las fibras de una tela. Sonrió y se acercó a la taquilla, que estaba cerrada. Comprobó en un cartel los horarios y el precio de las entradas. No eran demasiado caras. La primera función comenzaba a las siete, y la taquilla se abría a las cinco.

Tom no tenía reloj, pero estaba seguro de que no faltaba mucho para esa hora. Optó por dar vueltas a la manzana hasta que abrieran. Entonces compraría una entrada, asistiría a la obra y disfrutaría con el triunfo y la felicidad de su hermana como si fueran suyos. Ella había conseguido lo que siempre soñó, y eso era una grata e inesperada sorpresa.

Entonces, de pronto, Tom ralentizó el ritmo. Se puso a caminar más despacio hasta que se detuvo, de nuevo, frente al teatro. El taquillero estaba abriendo ya la ventanilla. Pero Tom no estaba tan seguro de querer comprar esa entrada y reencontrarse con Beth. Si ésta había alcanzado su sueño, él ahora sólo podría ser un lastre, una rémora del pasado. Sólo podría ensuciar su felicidad. Y no tenía derecho a hacer eso.

Se dio la vuelta y cruzó la calle. El metro quedaba cerca. Mejor dejar las cosas como estaban. Miró una última vez atrás, para leer el nombre de Beth Carter en grandes letras rojizas. Sonrió y sacudió la cabeza antes de marcharse, con tristeza y alegría simultáneas. A veces, pensó, es mejor olvidar el pasado; dejar que el tiempo, simplemente, siga su curso sin interferir en sus designios.

Cuarta parte

24

Finales de 1930

La mañana era hermosa. El sol penetraba tímidamente las nubes en el horizonte con su luz dorada. Bajo aquel reflejo benigno, amanecía el 9 de septiembre de 1930. Por fin había llegado el día que tan ávidamente esperaban los dueños y los constructores del Empire State: el de la coronación de la estructura metálica con la última viga del gigantesco armazón interno, de cincuenta mil toneladas de acero, que habría de sustentar todo el peso del rascacielos.

El presidente de la Corporación del Empire State en persona, Al Smith, colocó un cofre de cobre bajo una losa de piedra, en el arco de granito sueco de la gran entrada al edificio por la Quinta Avenida. El cofre contenía varios objetos simbólicos: fotografías de la construcción, de los diseñadores e ingenieros, de los propietarios y constructores, así como un ejemplar del diario *The New York Times* de ese día y una unidad de todos los billetes y monedas en circulación. Luego remató con una llana de plata la losa que cubría el hueco y, sonriente y con la campechana simpatía que le caracterizaba, se dirigió a sus cinco mil espectadores —la mitad de los cuales eran trabajadores del edificio—, para decirles que él sólo era un miembro más del gremio de albañiles y que tenía su tarjeta en la oficina.

—Ciertos objetos representan a una época —continuó diciendo Al Smith—. Si algún día, en el futuro, este edificio se derriba para abrir espacio a uno aún mayor, nuestros descendientes podrán conocer la historia de este día.

Antes de ascender al último piso, para contemplar a sus pies la ciudad de Nueva York, Smith anunció a los espectadores y periodistas que ese acto marcaba sólo la finalización del proyecto inicial del Empire State. Como había ideado, junto con John Jacob Raskob hacía menos de un año, aún faltaba levantar la base de atraque para dirigibles, que otorgaría al rascacielos su silueta definitiva.

—No nos contentamos con haber superado todos los registros: iremos más allá, haciendo del Empire State el primer edificio de más de cien plantas, con un puerto aéreo donde podrán descender los pasajeros de dirigibles provenientes de Europa y cualquier otro lugar del mundo.

Ufano, Smith se dirigió a uno de los revolucionarios ascensores ya

instalados en el edificio, de la compañía Otis. Mientras ascendía al piso ochenta y seis, trató de disfrutar genuinamente de la celebración y no pensar en una de sus mayores preocupaciones. Se trataba precisamente de los ascensores, a los que la normativa impedía superar la velocidad de algo más de doscientos metros por minuto. Los constructores querían que se pudiera llegar a la planta superior en torno a un minuto, lo que obligaba a elevar esa velocidad por encima de los trescientos cincuenta metros.

—Ya hablaré yo con Jimmy —masculló Smith, refiriéndose al alcalde de Nueva York, que había prometido estudiar la petición siempre que se demostrara segura.

Ya arriba, el presidente de la Corporación recorrió el horizonte con la mirada. Aquél era el punto más elevado que jamás hubieran erigido los hombres. La vista se perdía a más de cincuenta kilómetros de distancia. Se mantuvo allí varios minutos, atónito y tratando de imaginar cómo sería cuando se finalizara, con otros sesenta metros más de altura.

A pesar de la celebración, el tiempo apremiaba y no se pudo dar la mañana libre a los trabajadores. Simplemente iniciaron más tarde su jornada laboral. En cuanto Al Smith se retiró, las grúas comenzaron de nuevo a hender el aire con los grandes bloques de metal pendiendo de sus extremos. Todo se ponía otra vez en marcha, a toda prisa, como si el deseo de ascender hacia los cielos motivara realmente a los hombres que construían esa Torre de Babel moderna. Así definió Valery al Empire State en su primer artículo publicado en el *World Magazine*. Pero, al contrario que en el zigurat bíblico, no había confusión de lenguas. Cada hombre, viniera de donde viniese, empleaba la misma; ya fuera de origen alemán, italiano, polaco o indio, judío o gentil, alto o bajo, rubio o moreno. Ésa era la fuerza de una nación surgida del crisol de muchas otras. Nadie era un auténtico extranjero en Estados Unidos, y menos que en ninguna parte, en Nueva York.

La dureza del trabajo y esos tiempos de crisis, hacían a cada uno mirar por lo suyo. Sin embargo, algo fraternal rodeaba a todos aquellos hombres. Gracias a ellos, a su esfuerzo, el Empire State crecía a marchas forzadas. En sólo seis meses se había completado la estructura metálica interna. Los trabajadores la recorrían como escaladores o acróbatas, moviéndose aquí y allá sobre plataformas a cientos de metros del nivel del suelo. Sobre todo los indios mohicanos, capaces de atravesar una viga colgada en el vacío como si estuvieran caminando por tierra firme.

Tanta actividad contrastaba con la calma interior que Tom había

ido acumulando en los últimos meses. Su trabajo estaba consolidado y no tuvo necesidad de volver a boxear. La salud de Milka era perfecta y ahora asistía a una escuela del barrio, que dependía de la parroquia católica, aunque ella era de origen judío. Incluso los avaros dueños de la pensión donde se hospedaba la niña, se habían dejado doblegar, al fin, por la ternura, y trataban a Milka con más cariño que al principio. Tom lo notaba en sus cada vez más habituales visitas. La única espina que aún tenía clavada era la de su hermana Beth.

Durante ese tiempo, se preguntó muchas veces si debía o no recuperar el contacto con ella. En más de una ocasión esperó en el exterior del teatro a que la función terminara, con la idea de presentarse después ante su hermana. Llegó a hacerlo una noche, aunque a distancia, para que no pudiera verle. Él sí la vio a ella, muy guapa y elegante, acompañada de un hombre que la recogió en un lujoso automóvil, con su propio chófer. Desde el otro lado de la calle, Tom sintió la tentación de acercarse y hablar con ella. Y de preguntarle por Jay. Pero no se atrevió a hacerlo. Sólo se quedó observándola, inmóvil y oculto, hasta que Beth se fue en el coche, para luego regresar, como siempre, a su pensión en Jersey.

No se quejaba. Las cosas le iban bien, para variar. Incluso podía llamar a alguien su amigo. Él, que huía de relaciones demasiado afectivas y trataba siempre de mantener las distancias. Solía comer con Casals, en alguno de los restaurantes, o con Gianni y el mismo indio mohicano que había asustado a Valery por sus acrobacias. Días después de aquel episodio, lo había conocido en un descanso a través del capataz, que lo llamó para preguntarle ciertos detalles de la unión de las vigas. Se llamaba M˘achooksis —aunque todos le llamaban Mack—, y había estado trabajando en el edificio Chrysler antes de unirse a las cuadrillas del Empire State. Era un tipo de pocas palabras; algo que gustó a Tom, aunque eso no quisiera decir que el charlatán de Gianni, en el polo opuesto, no le agradara también.

En cualquier caso, la persona por la que Tom sentía más apego era el propio Casals, con su bondosa mezcla de malas pulgas y paternalismo. Incluso había intentado animarle a que buscara una escuela nocturna donde terminar sus estudios y, quizá algún día, incluso hacerse arquitecto. El capataz trataba a Tom con cariño y respeto, aunque lo que más les unió fue un triste acontecimiento acaecido durante la construcción del edificio. Tuvo que ver con Pete Whitney, el chico del agua al que Tom había defendido una vez.

Como casi todo lo malo, ocurrió sin previo aviso. Era un día de mucho viento, pero los ingenieros decidieron continuar con el trabajo. Una fuerte ráfaga hizo que una enorme viga se descolgase de la grúa y

se precipitara por el hueco de la estructura. Varios hombres —indios como Mack—, que esperaban a que estuviera a su alcance para fijarla y asegurarla, saltaron para ponerse a salvo. La viga fue cayendo a plomo, golpeando en todas partes y girando hasta que se detuvo violentamente. Ninguno de aquellos trabajadores resultó herido, pero el impacto quebró una plataforma y Pete, que estaba allí con su bidón de agua, quedó colgado a casi ciento cincuenta metros de altura.

Casals se hallaba en la misma planta, cerca de él, y corrió a socorrerle. Se arrojó al suelo, ofreciéndole su mano libre al pobre muchacho, que gritaba de pánico.

—¡No mires abajo! —le ordenó Casals.

Pete lo hizo. Vio el abismo y, aterrado, se revolvió, empujando con sus piernas en el aire. Trató de asir la mano de Casals. Pero, en el momento de hacerlo, su otra mano se deslizó en el pulido cemento. El capataz estiró su brazo cuanto pudo. Llegó a rozar los dedos del chico. Casi pudo agarrarlos, justo cuando éste se precipitaba al vacío. Su cuerpo tardó una eternidad en llegar abajo, sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo. Se aplastó como un odre contra el suelo, salpicando de sangre una zona inverosímilmente extensa.

El entierro de Pete fue sufragado por la Corporación del Empire State, que le procuró una sencilla tumba con una cruz de madera sin más adorno que un letrero con su nombre. Las letras parecían ya borradas en el mismo día del sepelio, como se borran los recuerdos que nadie se esfuerza por mantener en la memoria. Fue una mañana de fina lluvia, al inicio del otoño. El chico no debía de tener familia, o nadie se molestó en avisarla, porque sólo Tom, Casals y un puñado más de trabajadores acudieron a su entierro. También Valery estuvo presente. La ceremonia transcurrió deprisa y sin emoción. El sacerdote pronunció unas palabras tan gastadas que ni él mismo parecía escuchar.

A todos les afectó en mayor o menor medida la inesperada muerte del muchacho. Pero ninguno lo pasó tan mal como Casals, que no conseguía perdonarse no haber sido capaz de salvarlo. Si hubiera llegado un poco antes, si hubiera extendido un poco más el brazo… Ese estado de espíritu le trajo al presente recuerdos de su pasado, también dolorosos, y viejos remordimientos que había intentado olvidar, pero que ahora le mordían nuevamente con toda su furia.

Ese mismo día, de vuelta en Manhattan, el capataz y Tom se encontraron durante la comida. Casals había estado callado durante toda la mañana, pero ahora se sinceró con él. No fue una decisión tomada conscientemente. Era sólo que necesitaba achicar de su corazón una parte del dolor. Nadie puede huir de sí mismo.

—Te dije una vez que tuve que irme de mi tierra. Pero no por qué. Desde que abandoné Barcelona, con más o menos tu edad, no le he contado esto a nadie —dijo el capataz, con los ojos vidriosos—. Ni siquiera a mi mujer o a mis hijos. No sé por qué te lo cuento a ti…

Tom estaba de acuerdo. Hubiera preferido no escuchar lo que venía a continuación, pero se obligó a hacerlo porque aquel hombre era su amigo.

—Yo era joven en 1909. Era verano. Barcelona es una hermosa ciudad del Mediterráneo. De clima suave y gentes amables. Aquel verano fue muy caluroso. La humedad se metía por debajo de la piel. Yo era un idealista que creía en la libertad de cada individuo. España estaba en guerra. Una guerra absurda en África, en un lugar llamado Protectorado de Marruecos. Mis compañeros y yo nos opusimos con manifestaciones y revueltas. Éramos anarquistas. Soñábamos con un mundo sin gobiernos, policía ni ejércitos… Ilusos… —Los ojos de Casals estaban trémulos evocando a sus compañeros perdidos—. A mí me cogieron. Yo sabía lo que la policía les había hecho a otros, cómo las gastaban esos malnacidos… Me amenazaron con torturarme para que les diera información. Desde el agujero donde yo estaba, desnudo e indefenso, se oían gritos terribles… Terribles. No pude soportarlo. Les dije todo lo que querían saber.

Tom sopesó bien sus palabras antes de responder, recordando cómo a él le doblegaron en la penitenciaría para que boxeara.

—Vamos, Casals, nadie puede soportar que lo torturen. Cuando estuve en la cárcel aprendí eso.

El capataz suspiró.

—Lo que nunca me perdonaré no es el hecho de haber delatado a mis compañeros. Lo que nunca me perdonaré es que no les hizo falta torturarme.

Tom no tenía respuesta para eso. Bajó la mirada y vio las manos crispadas de Casals. En una aferraba el mango de un tenedor. El extremo estaba dentro de la otra, cerrada en un puño. De él empezó a brotar la sangre. Había llegado a clavarse las puntas sin darse cuenta.

Desde ese día, entre ambos hombres se consolidó una profunda amistad. Casals le contó muchas más cosas de su juventud, no todas negativas. Le habló de su trabajo en la Sagrada Familia, antes de las revueltas de Barcelona, con Antonio Gaudí, uno de los arquitectos más geniales de los tiempos modernos. Tom no tenía la menor idea de quién fue Gaudí ni de qué era la Sagrada Familia. La primera vez que le habló de todo eso, Casals estaba emocionado y no le dejaba

intervenir, por lo que tuvo que conformarse con escuchar sin formularle preguntas.

Ahora el capataz se encargó de explicárselo. Y logró que Tom se interesara por aquella clase de arquitectura, tan distinta de la de los rascacielos pero, según él, con una conexión íntima y más de un punto en común.

—Son dos formas de alzarse a los cielos. Una iglesia o una catedral lo hacen para aproximarse a Dios. Un rascacielos, para mostrar lo que hay en el espíritu humano. En todo caso, la fe está siempre detrás de estas montañas de piedra. Un rascacielos también muestra el espíritu humano.

—Pero, sobre todo, el afán por ganar dinero —dijo Tom.

—Te equivocas, muchacho. Daría igual que el dueño de un rascacielos no tuviera alma, porque no es él quien lo levanta. Son los hombres que trabajan en él. Somos nosotros. Durante la Edad Media, en Europa, muchos peregrinaban a lugares donde había reliquias o con fama de milagros, y a Tierra Santa. Pero a donde más viajaban era a las catedrales. Como la de Santiago de Compostela. Pocas hay en el mundo tan importantes como ésa. Gaudí siempre me decía que yo estaba destinado a dedicarme a la construcción. Lo decía porque mi nombre es Mateu, en catalán, como el maestro Mateo que construyó el Pórtico de la Gloria de la catedral.

—Pero el Empire State no es una catedral, aunque sea más alto que ninguna.

—No, no una catedral, pero sí un símbolo. Y quizá, en el futuro, un centro de peregrinación. Está en el centro de la ciudad que es centro del mundo. Eso importa, y mucho. Además, ¿tú crees que en los tiempos que corren los dueños levantan este rascacielos por pura ambición personal? No es así. Los precios están cayendo, no se encuentra en el centro financiero de Nueva York, es demasiado espacio libre. ¿Acaso pagan mal, nos explotan? No. Lo hacen, sobre todo, por demostrar quiénes son. Eso tiene una parte de ambición, pero otra de espíritu. Tú mismo sientes eso al trabajar aquí. No te molestes en negarlo. Lo sé.

Antes de que su cabeza se moviera para mostrar asentimiento, los ojos de Tom brillaron: ahora sí estaba orgulloso de trabajar en aquella Dama. Lo que decía Casals era cierto. Era un hombre sabio, y a Tom le agradaba escucharle y aprender de él. Aunque no siempre estaban de acuerdo.

También Valery se les unía algunas veces. Ella y Tom no habían vuelto a salir juntos, pero Valery consiguió ir rompiendo poco a poco su resistencia y acercándose de nuevo a él. Últimamente estaba muy

distinta. Ya no pululaba entre los hombres con el mero fin de obtener de ellos informaciones para su reportaje. Valery Marquand, la implacable periodista del *World*, había aprendido algo importante en aquellos meses. Ella, que se creía muy distinta de su estirada y encorsetada familia, se había dado cuenta al fin de que no lo era, con toda su rebeldía de niña rica.

Los hombres que trabajaban en el Empire State sí eran diferentes. Hombres como Tom y como Casals, o Gianni y Mack, que necesitaban cada centavo para sobrevivir o para alimentar a sus familias. Ellos no tenían elección. Ella sí. Por eso eran distintos. El único modo de lograr que aquel reportaje suyo no acabara siendo una cáscara vacía, era tratar de ver la vida con los mismos ojos de esos hombres tenaces.

Valery calculó cuánto dinero ganaría realmente en su ficticio empleo, y decidió vivir sólo con eso durante el tiempo que pasara en el Empire State. Cada día se esforzaba más en aprender a comportarse como una auténtica mujer trabajadora. En cierta ocasión en que nadie la veía, recordó cómo el pobre Pete tuvo que soportar la burla de unos hombres que lo apremiaban para que llevara un capazo de ladrillos al otro extremo de la planta. Como el que ahora tenía delante de ella.

Estaba sola. Todos habían ido a comer. Dejó su carpeta en el suelo, miró a ambos lados y lo cogió por las asas. Consiguió levantarlo, aunque nunca hubiera imaginado que pesara tanto. Eso también le trajo a la memoria el armario que el director del *World* le pidió una vez que levantara, para demostrar si podía hacer el trabajo de un hombre. Qué lejos quedaba eso. Apretó los dientes y se prometió a sí misma que, o lo conseguía, o se largaría de allí y se olvidaría para siempre de su reportaje. Ésa era la prueba para demostrar si era digna de escribir sobre aquellos hombres. Algo quizá absurdo, basado en la mera fuerza bruta, pero que se materializó en su mente con la fijeza de un símbolo. Necesitaba demostrárselo a sí misma.

Le costó más que ninguna otra cosa que hubiera hecho en toda su vida. Más que tomar cualquier decisión o que exprimir su mente para escribir sus artículos y sus noticias. Fue duro, pero lo logró. Lo acarreó como un pato mareado, tambaleándose, a punto de soltarlo a cada paso. Lo llevó hasta el lado opuesto de la planta y luego regresó por su carpeta, caminando torcida. Al día siguiente sabría lo que era deslomarse. Pero eso no la detuvo. Quien pensara que las mujeres son el sexo débil, se equivocaba. Los hombres son más fuertes, pero no más duros ni resueltos.

Valery estaba satisfecha consigo misma, aunque lo que realmente quería era estar cerca de Tom. Sólo por las noches recuperaba su identidad real, frente a la máquina de escribir, cuando pasaba a limpio

sus notas. Una vez a la semana daba cuentas a su jefe directo en el *World*, Linus Lonnegan, que estaba sorprendido con la abnegación de la joven. En sus informes, escritos por las noches en su Remington portátil, Valery hablaba cada vez más de un tal Tom Carter. Por encima de la intrépida periodista, de ideas avanzadas y espíritu indomable, había también el corazón de una mujer.

Y Lonnegan empezaba a comprender que, para Valery, ese tal Tom Carter, trabajador del Empire State, no era sólo el protagonista de su reportaje.

25

Beth ya no lograba contener por más tiempo la humillación. Entró en el despacho del productor del musical y se topó con Adam y Emma encima de la mesa, muy juntos, a punto de besarse. Él se retiró enseguida, pero la mirada de la mujer la delató. Más que eso: en realidad ella quería que Beth comprendiera la situación. Ignoraba que ya sabía, desde hacía mucho, que estaban liados. Lo sufría en silencio, haciéndose la tonta por conveniencia. Pero aquello era demasiado. Adam se levantó y fue a su encuentro.

—Esto no es lo que parece.

La excusa no podría ser menos original.

—¡Eres un cerdo! —le gritó Beth; y luego a Emma—: ¡Y tú una maldita zorra!

—Vamos, vamos, cariño. No saquemos las cosas de quicio.

Beth se dio la vuelta y se lanzó a correr por el pasillo. Adam trató de seguirla, pero recapacitó, se detuvo en seco y volvió al despacho. Esta vez no cerró la puerta.

—Deberías romper de una vez con esa chiquilla estúpida —dijo Emma.

Adam la miró con expresión dura.

—Ya sabes lo que hay. No me pidas más de lo que puedo darte.

—Está bien —concedió la mujer—. Pero te equivocas.

En su interior, sin querer aceptarlo, Adam estaba empezando a creer lo mismo. No le bastaba una sola mujer, ésa era la verdad, pero había algo en Beth que le impedía dejarla. Lo sintió desde el mismo instante en que la vio por primera vez, en aquel teatro tan distinto a éste, a punto de estrenar *Cenicienta traviesa*. Con ella se sentía… en casa. Sí, ésa era la expresión.

Ojalá Beth lo supiera y aceptara sus líos. Así todo sería mucho más fácil. Porque últimamente estaba llegando al colmo de su medida.

El taxi se detuvo delante del apartamento de Jay y Jennifer. De él descendió Beth, que pagó la carrera conteniendo las lágrimas a duras penas. Corrió hacia el portal, subió la escalera a toda prisa y llamó al timbre de la puerta como si el dedo se le hubiera pegado al minúsculo pulsador.

Jennifer abrió al poco, enfadada y con el pequeño John en sus

brazos. Tanta insistencia con el timbre había despertado al niño. Pero su enfado se convirtió en preocupación al ver a su cuñada, a quien no esperaba ese día y que parecía a punto de ponerse a llorar. Se echó a un lado para dejarla entrar. Por su cabeza pasaron las ideas más funestas.

—¿Ha pasado algo? —dijo en un susurro angustiado, que consiguió resonar en la desnudez de la escalera—. ¿Le ha ocurrido algo a Jay?

Beth se puso por fin a llorar. Negó con la cabeza y levantó una de sus manos.

—No, no, Jay está bien. Es que yo…

Ella también habló en voz baja. A su espalda, Jennifer cerró la puerta y, sin soltar al niño, alargó uno de sus brazos para ponérselo a Beth en el hombro.

—¿Qué te pasa?

—Yo… Adam… —contestó ella, volviéndose.

—Estaba preparando café. Vamos a la cocina y me lo cuentas todo con tranquilidad, ¿de acuerdo?

Jennifer depositó lentamente a Johnny en su cesto, sacó un pañuelo de un bolsillo de su chaqueta y se lo dio a Beth para que se secara los ojos. Aunque era sólo cuatro años mayor que ella, la vida la había hecho madurar más deprisa y de un modo distinto. Quizá no conocía las intrigas y las malas intenciones entre las que Beth se movía como un pez en un estanque, pero su comprensión del mundo era mucho más profunda y realista. Eso creía, al menos.

Las dos mujeres atravesaron el salón y fueron hasta la cocina. Frankie y Katie estaban en la escuela, de modo que podían hablar con tranquilidad.

—¿No está Jay? —preguntó Beth, y se dio cuenta enseguida de que era una pregunta tonta—. Claro que no. Si no, no me habrías preguntado antes por él.

Jennifer asintió y retiró del fuego el puchero con el café. Se sentó frente a Beth y sirvió un par de tazas.

—Ahora dime qué te ha pasado con Adam.

—Me da vergüenza contártelo… Soy tan estúpida…

—Tú no eres estúpida. No digas eso.

—Sí, sí que lo soy. Hace mucho que sé que Adam sale con otras mujeres. Hoy le he sorprendido con una en el teatro. El muy canalla estaba con ella escondido en el despacho del productor. Un segundo más y les habría cogido besándose.

—No me sorprende… No me entiendas mal. Es que Adam no es trigo limpio. No creas que me gusta que Jay trabaje para él.

—Adam no es malo. Sólo que… Además, yo le necesito. Si no fuera

por él, estaría en el arroyo.

Los ojos de Jennifer mostraron comprensión. Desde que era muy joven, sabía que las cosas casi nunca son como uno desea.

—Quizá deberías… —empezó a decir, pero no terminó la frase.

—¿El qué? ¿Mandarle a paseo?

—Eso también puedes hacerlo. Pero me refiero a que quizá deberías hablar con él. Decirle que estás muy disgustada y que necesitas que aclare las cosas contigo. Sin ser muy brusca. Los hombres montan en cólera con mucha facilidad y, por alguna razón que no entiendo, cuando les pasa eso suelen comportarse por impulsos, como niños enrabietados. Es mejor que le hagas sentir culpable. No le des la oportunidad de hacerse el ofendido.

—Sí, creo que tienes razón… —dijo Beth, pensativa—. Eso es lo que voy a hacer. No le pediré abiertamente que elija entre esa zorra y yo.

—Es mejor así.

A pesar de lo que le había dicho a Beth, con la mejor voluntad y cariño, Jennifer no estaba segura de que sirviera para algo. Apenas conocía a Adam, pero sí lo bastante para darse cuenta de que era de la clase de tipos que se sienten los amos del juego. Y ésos se comportan igual que los caballos con anteojeras. Sólo miran hacia delante, para bien o para mal.

Unos días después del acto protagonizado por Al Smith, para conmemorar la finalización de la estructura fundamental del Empire State, hubo otra celebración más. Pero ésta no era de los dueños y jefes, sino de los propios trabajadores. Siguiendo la vieja costumbre europea de poner un abeto en lo alto de los tejados de los edificios, en Estados Unidos se solía coronar los rascacielos con una bandera de la Unión: las barras y estrellas que representaban al país y a todos sus habitantes, ondeando al viento de las alturas conquistadas.

Los hombres encargados de hacerlo formaron una cadena humana para alcanzar el extremo de la viga más exterior, en el piso ochenta y seis. Aunque aún faltara culminar el edificio con el muelle de atraque para dirigibles —una torre circular y troncocónica de más de sesenta metros—, la verdadera estructura base alcanzaba esa planta, a 320 metros sobre el nivel de la calle. Y ése era ya el punto más elevado de las construcciones humanas en la historia.

Casals llamó a Tom para que lo acompañara arriba. Quería que lo viese con sus propios ojos. Los trabajadores del metal habían subido la gran bandera, plegada en torno al mástil, en uno de los ascensores

más veloces. También habían dispuesto un orificio en la viga elegida, para hincar el soporte, dejarla allí y que todos pudieran contemplarla al mirar hacia lo alto o desde el resto de los edificios circundantes. Cuando estuvo colocada, los vítores llenaron el aire, y las gorras de los trabajadores se elevaron aún más, lanzadas por éstos. Varios fotógrafos de la prensa tomaron instantáneas del momento para sus diarios. Entre ellos, el enviado del *World*, el periódico de Valery, un chico joven con mucho talento al que ella evitó con ahínco. Desde que llegó a Nueva York, venido de Boston, aquel jovenzuelo no hacía otra cosa que tirarle los tejos; hasta que ella le tiró a él un ardiente café en el peor sitio de los pantalones. Desde entonces, su relación era cualquier cosa menos cordial.

Cuando todo terminó, Casals bajó con Tom para continuar con el trabajo. Valery se quedó arriba un poco más, imaginando frases para su reportaje. Luego descendió también. Lo hizo, sin darse cuenta, en el mismo ascensor que el fotógrafo. Él la miró de arriba abajo sin saber qué decir. Hacía mucho tiempo que no la veía por el *World*, pero ignoraba que estuviera allí de incógnito. Ella trató de eludir la conversación, y lo consiguió gracias a la animadversión que se había ganado con él. Ya abajo, suspiró de alivio. No quería que nadie supiera quién era en realidad, y no había pensado en que pudiera descubrirla otro periodista o un reportero gráfico. A partir de entonces se andaría con más cuidado. Sobre todo teniendo en cuenta que las obras avanzaban más rápido de lo programado, y pronto habría más periodistas por allí.

Por su parte, y después de muchas reflexiones, Tom había tomado una decisión importante. Los cambios en su vida, su buena situación en el trabajo, el hecho de haber podido hacerse cargo de Milka y haberse olvidado de la cárcel y el boxeo, su amistad con Casals y sus otros compañeros… Todo eso le había hecho darse cuenta de que la vida continúa, y no es necesario renunciar siempre a lo que sea que depare el destino. No se engañaba respecto a éste —las esperanzas para el futuro seguían siendo escasas—, pero tampoco se sentía ya derrotado. Al contrario. Era como si el peso de lo que había sufrido en los últimos años se hubiera aligerado hasta hacerse llevadero. Y eso le decidió a reencontrarse finalmente con Beth.

Una tarde regresó al teatro en que ella actuaba y, esta vez sí, compró una entrada en la taquilla. Aguardó a que abrieran las puertas y ocupó su localidad, en la parte más alta y barata. La obra era, en realidad, bastante mediocre, y el argumento algo picante. Aunque a Tom no pudo gustarle más la representación. Le pareció que su hermana estaba preciosa y que actuó de un modo excepcional. Mejor

que nadie. La vio bailar y cantar como un ángel, alegre y risueña. Para él, Beth era ya una gran estrella en el deprimido, pero aún rutilante, firmamento de Broadway.

Acabada la obra, esperó ante la puerta de artistas a que su hermana saliera. Ella se quedó petrificada al verlo. Tardó algunos segundos en reaccionar, sin dar crédito a lo que sus ojos le mostraban delante de sí. Antes de que se diera cuenta de quién era él, Tom se fijó en que parecía cabizbaja, triste, en contraste con su papel en el musical. Eso no evitó que ella le dedicara una enorme sonrisa al lanzarse a sus brazos.

—¡Tom! Pero… ¡¿Eres realmente tú?!

—¿Quién quieres que sea, hermanita?

—Estás tan… Te veo tan… —Beth se separó de él sin soltarle los brazos—. Estás estupendo. Dios, no sabes cuánto te he echado de menos. ¿Cómo me has encontrado? ¿Qué es de tu vida? No volvimos a saber nada desde lo de la penitenciaría…

—Es una historia muy larga. Pero cuéntame de ti. Y de Jay. ¿Está bien?

Esa pregunta ensombreció casi imperceptiblemente el rostro de Beth, aunque ella se apresuró a borrar esa expresión.

—Todos hemos tenido problemas. Aunque los hemos superado. Jay se hizo piloto de carreras. Tuvo que dejarlo por un accidente, pero ahora tiene un buen trabajo… en una empresa de transportes.

—¿Tuvo un accidente?

—Bueno, no exactamente. Un compañero suyo murió y eso le hizo retirarse —dijo Beth sin entrar en detalles.

Tampoco tenía intenciones de contarle en qué trabajaba Jay realmente, ni de hablarle sobre su relación con Adam. Mantuvo imperturbable su sonrisa y añadió:

—Las cosas nos van bien, teniendo en cuenta lo mal que está todo. ¿Y tú? ¿Qué haces en Nueva York?

—Trabajo en la construcción del Empire State.

—¡Eso es estupendo! Dicen que va a ser el edificio más alto del mundo.

—Sí. Ya lo es, y aún no está terminado. Y no sólo será el más alto, sino también el más majestuoso —sentenció Tom, evocando el entusiasmo que le había transmitido Casals y que ahora compartía—. Es algo grande trabajar en él. Será una obra que perdure y que mostrará a todos que Nueva York no se rindió con la Depresión.

—Veo que tú tampoco te has rendido —dijo Beth—. Por lo de la cárcel y todo lo que sucedió.

Tom estuvo a punto de mencionar a Milka, pero la historia era

complicada y optó por dejar eso para otra ocasión.

—¿Y Rachel? —preguntó, refiriéndose a su antigua maestra y segunda esposa de Frank.

—Rachel… murió. El año pasado. Llevaba un tiempo delicada, desde lo de papá… Fue de unas fiebres.

—Vaya. Lo siento mucho. Lamento no haber podido ir a su entierro.

Después de un silencio que llegó a hacerse incómodo, Beth dijo:

—Bueno, Tom, habrá que cenar algo, ¿no? Yo invito. Tenemos tanto de que hablar…

Aquella noche, Adam Norris no iba a acudir al teatro para recoger a Beth, ni tampoco pensaba ir por ella más tarde. Estaba ocupado en su guerra particular con las bandas rivales. O eso fue lo que le dijo, de modo que Tom y su hermana pudieron ir juntos, ellos solos, a tomar un bocado en un pequeño restaurante cercano al teatro. Allí se contaron sus historias. Todo lo sucedido desde que Tom fue encerrado en la penitenciaría.

Durante su relato, Beth mencionó que Jay se había casado y tenía tres niños pequeños. Pero en ningún momento habló de Jennifer. Hasta que Tom, al fin, le preguntó por ella.

—¿Qué fue de Jennifer? ¿Sabes cómo le fue?

—Sí… En realidad… Lo cierto es que Jennifer se casó con Jay.

Una punzada de dolor sacudió el corazón de Tom, pero la sofocó de inmediato.

—Lo lamento —apostilló Beth, que podía imaginar lo que su hermano estaba sintiendo ahora.

—No tienes por qué lamentarlo —dijo él con una leve sonrisa—. Jay siempre la quiso, y ella también le quería a él.

—Sí, eso es cierto. Pero no como a ti.

Beth no pretendía herirle, haciendo aflorar el pasado con esa crudeza. Pero lo que decía era verdad y ambos lo sabían. Tom se permitió por un instante imaginar una vida imposible. La que pudo tener y nunca tuvo, ni tendría.

—Las personas cambian —dijo—. Todo cambia.

Quizá por el rumbo que había tomado la conversación, Beth se sintió dispuesta a contarle a Tom otras crudas verdades.

—Adam Norris, mi novio, es el dueño de la empresa de transportes donde trabaja Jay. Y también trabaja con Adam en otros asuntos menos… legales.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, alcohol ilegal, juego… Todo eso. Ya sabes.

—Entiendo.

La expresión dura de Tom desarmó a su hermana, que trató de justificar a Jay.

—El mundo está del revés. Tiene que dar de comer a su familia. Aunque esté metido en asuntos turbios, él es un buen chico. Siempre lo ha sido.

—Supongo que sí…

—Te daré sus señas. ¿No quieres conocer a tus sobrinos? Estoy segura de que Jay y Jennifer se alegrarán de verte. Aunque sea doloroso, es tu familia.

Beth sacó de su bolso un lápiz y un pedazo de papel, y escribió en él la dirección. No esperó a que Tom contestara.

—Les avisaré de que vas a ir a verlos. Debes hacerlo, Tom. Te lo pido por favor. Ahora que has vuelto, estoy segura de que todo va a ir mejor.

Bonitas palabras. Pero sólo eso.

—Está bien —dijo él por fin—. Un día de estos les haré una visita.

De regreso a Jersey, Tom mantuvo todo el tiempo apretado en su puño el papel con la dirección de Jay y Jennifer. Más de una vez estuvo tentado de arrojarlo al suelo y olvidarse de él para siempre. No llegó a hacerlo y, sin saber muy bien por qué, lo dejó abandonado en el fondo de su bolsillo. En ningún caso pensaba ir a visitarlos. Le habría gustado ver a Jay, y también a Jennifer. Pero no a los dos juntos.

Horas después, Tom se hallaba tumbado en su catre de la pensión, con los ojos abiertos en la oscuridad. Se arrepentía de haber ido esa noche al teatro para reencontrarse con Beth. Jay y Jennifer se habían casado. Hasta tenían hijos. Y Beth, un novio metido en negocios sucios, en los que Jay también andaba. Nada era como debía ser. No sólo a él le había alcanzado la mala suerte, si es que ella era la culpable.

Trató de alejar aquellas ideas turbias pensando en Milka. Y en Valery. Sí, en Valery también. Últimamente charlaban más a menudo, aunque Tom nunca se había permitido acercarse demasiado a ella, ni que ella se le acercara demasiado a él. No quería enamorarse de nuevo, como estuvo a punto de sucederle con Adèle durante la guerra. Bastante había sufrido ya, por la guerra, por Jennifer y por todo. Esta noche sufría otra vez por ella… Eso sí que no lo espera. Se había convencido de haberla olvidado, quizá porque creyó que nunca volvería a aparecer en su vida.

Las revelaciones de Beth le habían hecho daño. Algo seguía enquistado en su corazón, como una semilla esperando germinar a la

primera gota de lluvia. Tom no sabía si era lo que quedaba de su amor hacia Jennifer, o si no se trataba más que de resentimiento. De resentimiento por que ella, al final, hubiera acabado prefiriendo a Jay.

Sobre su cama, incapaz de dormir, se preguntó si era cierto que huir del amor le ahorraría sufrimientos. Y también se preguntó qué sentido tenía seguir ignorando a Valery. Poseía todo lo que un hombre —él— podría desear, y no dudaba de que estuviera dispuesta a entregárselo.

Al día siguiente, en el Empire State, fue en su busca sin más vacilaciones y la invitó a salir esa misma noche. Ella se mostró muy sorprendida. Pero aceptó el ofrecimiento y se pasó el resto de la jornada con una sonrisa en los labios. Tom no debió haberlo hecho. No le importó que aquello tuviera consecuencias para ella. Ni siquiera lo consideró. Antes pudo haberse enamorado fácilmente de una mujer como Valery. Ahora, que se lanzaba a su conquista por puro despecho, sentía en lo más íntimo que jamás podría amarla de veras.

Su alegría de los últimos tiempos desapareció. Toda la dureza que había ido adquiriendo con los años y las experiencias, con el dolor y los golpes recibidos, se tornó fragilidad. El filo de la navaja más afilada es también el más fácil de mellar.

—Me alegro mucho de que me invites a salir —dijo Valery.

Tom le dedicó una sonrisa que no sentía. La cogió de la mano y dijo sólo lo que ella quería oír.

—Yo también me alegro. ¡Vamos a divertirnos!

—¿Cómo es que ahora quieres salir? Pensaba que…

—He recapacitado. Soy un idiota. Me he dado cuenta de que hay que disfrutar un poco.

—Estoy de acuerdo. Bueno, no en lo de que eres un idiota, pero sí en lo de disfrutar… ¿Qué quieres que hagamos esta noche?

—Podríamos cenar algo y luego ir a bailar. ¿Te parece?

Ella lo miró con algo en sus ojos que hizo a Tom sentir una punzada de remordimiento. Aún tenía su mano cogida y notó cómo Valery la apretaba cariñosamente.

—No bailo demasiado bien —dijo ella.

—Yo tampoco —confesó Tom—. Lo he dicho porque… Creí que, siendo mujer…

—No te apures. Gracias por la oferta, pero ¿qué tal si vamos a cenar y luego tomamos una cerveza? Sin emborracharnos, ¿vale?

—Vale.

Tom se despidió de ella y se retiró para empezar con su trabajo. Fue en busca de Casals, al que aún no había visto, para que le diera instrucciones. Por una vez, el capataz sonreía como un niño

entusiasmado. Se debía a la culminación de la estructura del edificio.

—Buenos días, muchacho —saludó a Tom, animoso.

—Buenos días, jefe.

—Te habrás fijado en que la cúspide está ya casi terminada, ¿no?

Lo cierto era que Tom no se había fijado en ella, pero se guardó mucho de reconocerlo. No quería contrariar a Casals.

—Sí, claro. Claro que me he fijado.

—Por fin La Dama adquiere su forma definitiva. Qué hermosa es, y qué dignidad en el porte. Ay, si mi maestro pudiera verla ahora… Tom, ¿conoces los estilos arquitectónicos románico y gótico?

—Leí sobre ellos en prisión. Pero son europeos, ¿no?

—Sí. En Estados Unidos no existen en su forma verdadera. La catedral de San Patricio pertenece al estilo que llaman neogótico. ¿Sabrías distinguirlos?

—Creo que sí. El románico es menos elevado y el gótico tiene torres más altas y bóvedas picudas.

Casals sacudió la cabeza, sin perder su gran sonrisa.

—No está mal esa definición. Capta la esencia, en cierto sentido. Pero no es exacta. Lo que los distingue es que el románico empleaba muros gruesos y sólidos, que apenas dejaban espacio para las ventanas. La sombra imperaba sobre la luz. El gótico, por el contrario, permitió estructuras más ligeras, más picudas, como tú las has llamado. Las ventanas crecieron y la luz venció a las sombras. El gótico es luz, muchacho. Luz y elevación.

—Como La Dama —apostilló Tom.

—Como La Dama, eso es, aunque las antiguas catedrales se construían en períodos de más de cien años. Quienes las empezaban no llegaban a verlas terminadas. Pequeñez de la vida humana y grandeza del espíritu, al mismo tiempo. Ahora levantamos monumentos como La Dama en un solo año. Hemos unido la grandeza de las antiguas catedrales con la precisión de las maquinarias de relojería.

En ese momento, un supervisor se acercó a ellos. También aparecieron por el ascensor Gianni y los otros hombres de la cuadrilla de Tom. Casals cambió de tema. Apartó las ensoñaciones del hombre que amaba lo que hacía y volvió a la parte más rutinaria de su actividad.

—Vamos adelantados al programa —dijo, y señaló en el plano la planta en que estaban, la cuarenta y tres—. Todas las labores llevan adelanto, así que podremos cumplir con los objetivos. Más que cumplirlos, la verdad. Los cortadores de piedra son los únicos que tienen algún problema. Hoy empezaremos a levantar los muros del

perímetro, antes de que los instaladores coloquen las losas de piedra del revestimiento exterior y los adornos de acero inoxidable.

—Muy bien, jefe —dijo Tom, que miró a sus hombres y añadió—: Ya habéis oído. Manos a la obra, muchachos.

Después de las ocho horas de dura jornada, colocando ladrillos al borde del abismo y protegido únicamente por andamios situados varias plantas más abajo, Tom volvió en busca de Valery. Ficharon juntos en la oficina del piso inferior y abandonaron el edificio.

Después de esa noche, sólo por una cosa Tom sintió que no estaba siendo un completo canalla. A pesar de lo que habían hablado, sí se emborracharon. Y acabaron en la puerta del apartamento de Valery. Estaba claro que quería que Tom subiera. Podría haber pasado la noche con ella haciendo el amor. Pero se contuvo. Se despidió de Valery con un leve beso en los labios y se marchó. Apenas un roce que, a ella, le supo dulce como la miel.

26

La tarde era lluviosa. Una tarde otoñal, de cielo gris plomo. Tom tenía los pies y la parte baja de los pantalones empapados. Llevaba media hora bajo una estrecha cornisa que no bastaba para resguardarle de las húmedas ráfagas de viento. Desde el otro lado de la calle contemplaba un apartamento del edificio. Lo había localizado contando las plantas hasta la séptima, y luego un cierto número de ventanas hacia el lado izquierdo. Había luz dentro. A veces, una sombra cruzaba las cortinas de lo que parecía el salón. Si alguna de esas sombras hubiera retirado la cortina, y mirado hacia la calle, lo habría visto allí enfrente, calándose de cintura para abajo sin decidirse a subir.

—¿Lo hago o me largo? —se preguntó Tom.

Habló en voz baja, casi mascullando las palabras, pero la dueña de la mercería, frente a cuyo escaparate se había refugiado, lo oyó a la perfección. Había salido a mirar el cielo para decidir si iba a escampar o si la lluvia seguiría para rato. La mujer, de mediana edad y cara de no muchas luces, lo miró con espanto. Creyó que Tom estaba considerando atracar su tienda, o algo aún peor. Se metió dentro a toda prisa. El ruido de los cerrojos corriéndose bruscamente sobresaltó a Tom.

Éste se repitió mentalmente la pregunta, pero ahora con apremio. O cruzaba la calle y entraba en el edificio donde vivían Jay y Jennifer, o se marchaba de allí de inmediato. A Tom no le importaba ser un cobarde. Nunca tuvo la necesidad de demostrarse nada a sí mismo, de modo que podía hacer cualquiera de las dos cosas. La lluvia se intensificó. Un coche dio un bocinazo a unos niños que cruzaban la calle sin mirar. Tom los siguió, nada más pasar el coche. Subió los escalones del portal y entró en él. El portero le preguntó adónde iba. Él le contestó y siguió hasta el ascensor. El piso, al que Jay y Jennifer se habían mudado tras el nacimiento de Johnny, no estaba en la zona más cara de Manhattan, pero tampoco en un barrio humilde. Había que ganar bastante dinero para poder costearse un alquiler allí.

Tom cerró las portezuelas de madera y oprimió el botón que marcaba la séptima planta. Al llegar arriba, miró hacia la escalera. La distancia que le separaba de ella y de la puerta de Jay y Jennifer era casi la misma. Todavía estaba a tiempo de darse la vuelta y marcharse. Pero ya había tomado su decisión.

—¡Tom! —exclamó Jay nada más abrir la puerta. Se lanzó a él y le dio un abrazo en el mismo pasillo—. Cuando Beth me dijo que vendrías, no podía creerlo… Pero entra, por favor.

A pesar del cariño que Jay le mostró, algo había cambiado. Tom no sabía qué era, sólo lo percibía. Lo percibía con claridad. Se habían hecho adultos. Eso debía de ser. Los niños lo olvidan todo de un día para otro. Ellos, en cambio, ya no eran capaces de olvidar. Tenían bien presentes sus diez años de vivencias separadas y también todo lo anterior que compartieron y que, por eso mismo y dadas las circunstancias, resultaba ahora incómodo.

—¡Jennifer! Ha llegado Tom. ¡Hijos, venid a conocer a vuestro tío!

Los dos niños mayores aparecieron antes que ella. Katie y Frankie se colocaron al lado de su padre, frente a Tom, muy tiesos. Parecían soldados firmes ante un oficial superior. Jay se rió.

—¿Qué hacéis? Es vuestro tío. Dadle un beso.

Los niños obedecieron. Tom se agachó y recibió el abrazo y el beso tímido y fugaz de ambos. Sintió una inmediata ternura, lo que le ayudó a aliviar hasta cierto punto su desasosiego. Les dedicó una sonrisa y, luego, sacó dos enormes caramelos de un bolsillo y se los tendió en la mano.

—¿Qué se dice? —detuvo Jay a sus hijos cuando éstos se disponían ya a abrir los envoltorios.

—Gracias —respondieron al unísono.

No es que Tom hubiera pensado nunca seriamente en tener hijos, pero conocer a Katie y a Frankie le hizo sentir una especie de nostalgia. Esos niños podrían haber sido suyos. Suyos y de Jennifer. Al igual que Johnny, que estaba tumbado en su cunita, agitando alegremente los brazos y las piernas y haciendo gorjeos con la boca. Jay lo cogió en brazos y se lo mostró a Tom.

—Éste es el pequeño de la casa. Nació en julio. Sólo tiene tres meses. Míralo. ¿A que es precioso?

—Sí que lo es —dijo Tom con el tono más alegre de que fue capaz —. Se parece mucho a…

Jennifer apareció por fin. Llevaba el pelo recogido y estaba realmente hermosa. No era la jovencita que Tom recordaba. Se había convertido en una mujer, aunque lo que perdió en lozanía con los años y los embarazos lo había ganado en maduro atractivo.

—Hola, Tom. Me alegro de que hayas decidido venir.

Desde que Beth les contó que se había reencontrado con Tom, Jay ni consideró que pudiera no ir a verlos. Jennifer sí lo hizo. De hecho, creyó que nunca lo haría. Sin embargo, allí estaba, delante de ella. Otra vez. Como si el tiempo no hubiera pasado, o fuera un simple

paréntesis.

—Yo también me alegro —dijo Tom, sin poder evitar quedarse mirándola fijamente.

Antes de que Jay lo notase, la propia Jennifer interrumpió el momento.

—Beth nos dijo que estás trabajando en el Empire State.

—Sí. Soy albañil y carpintero. Aprendí carpintería en Sunnyside con Sorensen. ¿Os acordáis de él? Y albañilería en la cárcel.

Hubo un silencio tenso. Los diez años de Tom en la penitenciaría fueron consecuencia de la muerte del padre de Jennifer. Él ignoraba qué tipo de sentimientos despertaría en ella su comentario. No podía saber que Jennifer lo había perdonado. Con los años, comprendió que Tom sólo quiso protegerla porque la amaba. Aunque eso también pertenecía al pasado.

—Espero que tengas hambre —dijo Jay—. La cena está lista, ¿verdad, cariño?

Y ahí acabó todo. Tom nunca habría supuesto que pudiera ser tan fácil el reencuentro con su hermano y la mujer que le hizo descubrir el amor. Ninguno de los tres parecía dispuesto a sacar a la luz los viejos fantasmas de antaño, de modo que la velada transcurrió sin embarazosas menciones a sus vidas. Charlaron sobre trivialidades, sobre la situación económica, sobre los niños y, sobre todo, sobre el Empire State; sobre La Dama. Tanto Jay como Jennifer escucharon embelesados las historias de Tom sobre indios mohicanos surcando los cielos, vigas de metal similares a los huesos de un esqueleto, la base de atraque para dirigibles que se estaba instalando en la cúspide o las comparaciones con otros edificios de Nueva York y del mundo. De lo que no habló con ellos fue de Valery, ni tampoco de Milka.

Tom se despidió de Katie y de Frankie cuando Jennifer los acostó —Johnny llevaba dormido ya un par de horas—, y después siguieron hablando un rato más.

En cierto sentido, Tom se sintió decepcionado. No es que buscara el conflicto, ni meter el dedo en la llaga, pero darse cuenta de un modo tan apabullante de que ninguno de los tres era como recordaba, como cuando tenían quince años, le hizo experimentar algo difícil de definir. Desconcierto, quizá. Ya no había franqueza entre ellos. Se habían convertido en adultos, con todo lo que eso implica.

—Bueno, Tom —dijo Jay tras apurar su taza de café—, tengo que ir un momento a ver a mi jefe. ¿Me acompañas? Me gustaría presentártelo.

—Beth me habló de él. ¿Adam? Es su novio, ¿verdad?

Tom percibió que Jennifer apartaba la mirada ante la mención de

Adam.

—Así es —dijo Jay—. Podemos ir en mi coche. Luego te dejo en casa.

La sencilla despedida de Jennifer fue para Tom el último episodio de aquella noche que no sabría cómo calificar. Resultó igual de leve y carente de sentimentalismo que todo lo demás. Ya fuera, ella le dijo desde el umbral:

—Ahora que nos hemos reencontrado, tienes que volver algún otro día.

—Sí.

—Venga, Tom, vámonos —le apuró Jay.

Éste le cogió del brazo y lo llevó hasta el ascensor. Tom se dejó, aunque lo cierto es que hubiera preferido marcharse él solo y olvidar aquella velada. Nadie hubiera podido decir que no fue agradable. Al menos en apariencia. En su corazón, sin embargo, sintió que había perdido lo que aún quedaba del recuerdo de los niños que un día fueron.

Había dejado de llover, aunque las calles estaban aún mojadas y Jay conducía demasiado rápido. En un par de ocasiones, Tom se agarró al asiento y se puso tieso, en una instintiva reacción protectora. Jay lo notó y soltó una carcajada.

—No te preocupes, hermano. Sé lo que tengo entre las manos.

—Esto no es un coche de carreras… —musitó Tom, intentando no mostrar que le estaba asustando con su forma de conducir.

—No, no lo es.

En la voz de Jay había un punto de nostalgia. Tornó serio su gesto y estuvo un buen rato sin decir nada, con la mirada fija en las calles. A Tom le resultó un silencio tenso. Quiso deshacerlo cambiando de tema a algo más positivo.

—Tienes un bonito piso y un estupendo coche. Se nota que las cosas te van bien.

Jay no contestó. Tom se dijo que quizá le hubiera molestado algo de lo que él había dicho. Pero notó que, de pronto, su hermano se inclinaba sobre el volante, al tiempo que el coche se desviaba del centro del carril. Con una sensación cercana al pánico, vio que Jay tenía los ojos cerrados. Las ruedas rozaban ya el bordillo de la acera cuando le gritó:

—¡JAY!

De un modo instintivo, éste dio un volantazo. El automóvil quedó otra vez derecho tras un pequeño derrape en el asfalto mojado.

—¿Qué diablos ha sido eso? —dijo Tom.

Jay estaba ahora completamente despierto. Sus ojos, abiertos como platos.

—Nada. A veces tengo… ligeros desvanecimientos. No es nada.

—¿Cómo que no es nada? ¿Y si llegas a ir solo? ¿Y a esta velocidad? ¿Qué te ha dicho el médico?

Tom supuso de modo erróneo que su hermano había ido a ver a uno.

—No es nada.

El tono de Jay fue tajante, aunque eso no redujo la preocupación de Tom. Como tampoco lo hizo entrever la culata de una pistola en la guantera del coche, medio oculta entre unos papeles que Jay cogió.

El tráfico era escaso. No tardaron mucho en llegar al local de Adam Norris, que estaba en un buen barrio, cerca de la casa de Jay y más aún del Empire State. Tom y él descendieron del automóvil y se encaminaron hacia un callejón. La tienda que servía de tapadera al garito estaba cerrada a esas horas. Tendrían que acceder a él por un lugar alternativo, disimulado en la antigua entrada a una carbonera. Jay bajó hasta el fondo de un tramo de escalera descuidada, seguido de Tom, y golpeó con los nudillos una puerta de metal sin ningún distintivo. Enseguida se descorrió un pequeño ventanuco alargado y aparecieron, enmarcados en el hueco, unos ojos inquisitivos. Al ver a Jay, el ventanuco volvió a cerrarse y la puerta se abrió.

—Bienvenido, jefe —saludó un hombre del tamaño de un armario, con un inesperado aspecto bonachón.

El gigante se quedó mirando a Tom sin decir nada. Jay lo señaló con el pulgar y dijo:

—Éste es mi hermano.

—Ah, encantado.

La manaza del hombre estrujó la diestra de Tom sin pretenderlo. Por suerte, la que éste se había roto boxeando era la izquierda. Ya estaba curada desde hacía meses, pero aún le molestaba de vez en cuando; igual que su cadera, que sólo se hacía notar, sin llegar a producirle dolor, en días húmedos como aquél.

Más allá de una antesala sobria, en la que sólo había una mesa y una silla, Jay atravesó una cortina y accedió a un pasillo iluminado por una única bombilla desnuda. Al fondo había otra puerta. Allí volvió a llamar, aunque esta vez oprimiendo el pulsador de un timbre. Al otro lado, una luz parpadeó y otro de los hombres de Adam abrió la puerta. Desde el pasillo, Tom creyó oír un leve murmullo lejano. Ahora comprobó que se trataba del barullo y la música del local clandestino. Le sorprendió que estuviera tan bien insonorizado. Jay le

aclaró el motivo sin ser consciente de ello.

—Era un antiguo teatro. Un sitio perfecto para lo que ahora es.

A un lado estaba el escenario. Delante de él había mesas, ocupadas casi todas por hombres solos, de mediana edad, que no perdían detalle de las evoluciones de las coristas. En comparación con el local al que Tom había ido con Valery, aquél era mucho más luminoso y de mayor nivel. También tenía mesas de juego al fondo, cerca de la barra del bar. De espaldas, sentado a un taburete, estaba Adam y, junto a él, de pie, O'Connolly. Ambos saboreaban un licor y fumaban.

Jay dio su abrigo a una joven de largas y torneadas piernas —sólo ocultas por unas medias oscuras de rejilla—, y le hizo un gesto a Tom para que también le entregara el suyo.

—Gracias, preciosa —le dijo Jay, sin perder detalle de su trasero cuando se dio la vuelta para llevar las prendas al guardarropa—. Esto está lleno de tentaciones —añadió hacia Tom—. Ven conmigo. Voy a presentarte a mi jefe.

Los dos hermanos atravesaron el local hacia la barra. O'Connolly se quedó mirándolos y Adam se volvió al percatarse de su presencia. Frunció levemente el ceño al ver a Jay acompañado de un desconocido. No sabía quién podía ser y no le gustaban las sorpresas.

—Hola, Adam. Parece una buena noche —dijo, echando una mirada al local, repleto de clientes—. Quiero presentarte a mi hermano Tom. Hacía años que no nos veíamos.

—Es un placer, Tom —dijo Adam, ya de pie junto a su taburete y tendiéndole la mano—. De modo que tú eres el célebre hermano de Beth. Ella me ha hablado de ti.

—Yo tengo que irme —dijo secamente O'Connolly antes de que pudieran presentarle.

Hizo un gesto con la cabeza a Adam, apagó su cigarro en un cenicero y, sin mirar siquiera a Jay, se marchó hacia la estancia aledaña en que se celebraban las partidas privadas de póquer.

Tampoco Jay le hizo el menor caso. Se apoyó en la barra y llamó al camarero.

—Si te gusta el whisky —dijo a Tom—, puedo invitarte a uno de los buenos. Adam sólo tiene de lo mejor. Al menos para los amigos.

Adam sonrió cortésmente, sin demasiada convicción.

Tom no había bebido whisky desde la noche en que él y Jennifer se escaparon de Sunnyside.

—Hace mucho que no lo pruebo.

—Éste te gustará. Vamos. La noche es joven. Lewis, dos escoceses especiales con una pieza de hielo —le pidió al camarero—. En vaso ancho.

—No sé por qué insistes en estropear el whisky poniéndole hielo —dijo Adam con un gesto algo más amable—. Y bien, Tom, ¿cuál es el motivo de tu visita a la espléndida Nueva York?

—En realidad no estoy de visita. Vivo en Jersey.

—Mi hermano trabaja en el Empire State —terció Jay.

Adam cogió su vaso. Jay hizo lo mismo con el suyo y el de Tom.

—¿Por qué no nos sentamos? —propuso el primero.

Los tres hombres ocuparon una de las mesas que quedaban más cerca de la barra y alejadas del escenario. Nada más hacerlo, Adam miró un momento a Tom, lo escrutó, y al fin dijo:

—Boxeador, ¿no es cierto?

El gesto de Jay mostró sorpresa. Tom no había mencionado nada de eso durante la cena. Tenía algunas pequeñas cicatrices en el rostro, pero no se le ocurrió pensar que fueran por boxear. Seguramente eso pertenecía a su período en la cárcel, y era comprensible que no quisiera hablar de ello. De hecho, se le notaba algo incómodo por la pregunta.

—Hace tiempo —dijo Tom escuetamente, y dio un sorbo de su vaso mirando hacia otro lado.

—Si estás interesado en boxear —insistió Adam—, yo puedo arreglar algún combate. Podrías ganar una buena bolsa. Pareces fuerte. Tengo ojo para eso.

Algo muy parecido le había dicho a Tom aquel alcaide de sus tiempos de presidiario.

—Ya no boxeo. Lo dejé.

—Es tu decisión, por supuesto. Sólo quiero que lo tengas presente.

—¿Qué te parece el whisky? —dijo Jay cambiando de asunto.

—No está mal.

—Un tipo difícil de satisfacer, mi hermano, ¿eh? —bromeó Jay con Adam—. Este whisky viene directamente de la destilería en las Highlands de Escocia.

—En este negocio es importante tener buen género —dijo Adam—. Aunque no sólo. Pocos distinguen un buen escocés de un matarratas cuando llevan un par de copas de más. Lo que nunca puede faltar son mujeres bonitas y diversión de calidad. ¿Eres jugador, Tom? ¿Ruleta, cartas…?

—La verdad es que no.

—Pues, si no quieres probar una de nuestras mesas, quizá prefieras pasar un rato con alguna de las chicas.

La expresión contrariada de Tom no pasó desapercibida a Jay. Nunca le había gustado que trataran a las mujeres como ganado. Temiendo que su hermano pudiera responder a Adam de mala

manera, le preguntó:

—¿Seguro que no te apetece una partidita de dados?

Tom ignoró su pregunta y respondió a la de Adam.

—No me gustan las prostitutas —dijo secamente.

—¿Y quién ha hablado de prostitutas? Son camareras… cariñosas, dispuestas a satisfacerte si las tratas bien.

Adam no se tomó a mal las palabras de Tom ni su tono molesto. En aquel local era el dueño y señor. Y a los señores les complace ser magnánimos de vez en cuando con quienes consideran inferiores. Apuró su whisky y alzó la mano para llamar a una camarera.

—Todo hombre necesita a una mujer —dijo—. O a más de una.

La camarera se acercó al instante y se inclinó hacia la mesa, con su amplio escote bien a la vista. Era una chica jovencísima y con un cuerpo repleto de formas hechas para el pecado.

—¿Qué desea, señor Norris?

—Harriet, quiero que conozcas a mi amigo Tom. ¿Te gustaría pasar un buen rato con él?

—¡Claro que sí! —exclamó ella, alegre de complacer a su jefe.

—Ahora tráenos una botella de Glenlivet y luego hablamos.

—Okey, jefe.

La muchacha se marchó contoneándose.

—Hay que reconocer que Dios hizo un trabajo de primera con Harriet —bromeó Adam, sin lograr ninguna reacción por parte de Tom —. ¿Qué te pasa, hombre? ¿No me digas que estás enamorado de alguna?

—La verdad es que sí —mintió él en parte.

No había mencionado a Valery durante la cena, cuando Jay y Jennifer le preguntaron si se había casado o tenía novia. Tom lo evitó porque no quería ver la reacción de Jennifer. Prefería no saber si aún le importaba.

—Pero ¿no decías que…? —empezó a decir Jay.

—Sí, bueno, acabamos de empezar. No sé adónde llegaremos.

—En mi experiencia —terció Adam, personalizando ahora lo que había insinuado antes—, una mujer no es bastante. Pero tú te lo pierdes…

Jay era consciente de que no se trataba de una simple broma. El sufrimiento de su hermana Beth era la prueba.

—Déjalo ya, Adam. —Al notar que su tono era demasiado brusco, añadió—: Por favor.

El jefe de Jay lo fulminó con la mirada. Había agotado por esa noche su altiva magnanimidad y no estaba acostumbrado a que le dijeran qué podía o no hacer o decir. Pero enseguida recuperó el buen

humor cuando Harriet regresó con la botella de whisky. La dejó en la mesa y guiñó un ojo a Tom antes de retirarse.

—Se me ocurre una idea —dijo Adam—. Ahora que os habéis reencontrado, ¿por qué no salimos una noche a cenar todos juntos? Tú y tu chica, Jay y su esposa y Beth y yo. Os llevaré a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Conozco bien al dueño. Hago negocios con él.

Tom pudo imaginar la clase de negocios que harían juntos. O bien le extorsionaba, o bien le suministraba alcohol ilegal. Quizá chicas para sus clientes. No parecía haber un rincón de la sociedad exento de la creciente corrupción, fruto de la crisis.

—Es una gran idea —dijo Jay, ansioso por hacer las paces con su jefe—. ¿Qué te parece, hermano?

—Se lo diré a Valery.

—¡Bonito nombre! —exclamó Adam—. Pero díselo como si ya estuviera hecho. Nunca dejes que una mujer decida por ti. Y algún día tendremos que hablar de ese Empire State tuyo. Quizá ahí sí podamos hacer algún que otro negocio juntos. —Antes de que Tom pudiera replicar, Adam siguió hablando—. ¿Te importaría esperar aquí un par de minutos? Jay y yo tenemos que tratar de un asunto privado. Toma lo que quieras. Invita la casa.

—Gracias, pero debería irme ya.

—Sólo será un momento, Tom —dijo Jay—. Si me esperas, te acerco a tu pensión en mi coche. A esta hora no vas a encontrar ningún transporte que no sea un taxi.

—Iré dando un paseo.

—¿Un paseo a estas horas? ¿Hasta Jersey? Es un paseo muy largo… Tardarás horas.

—Me vendrá bien caminar un poco. No hace frío y no creo que vuelva a llover.

Jay escrutó a Tom para tratar de saber si se había enfadado. No lo parecía.

—Está bien. Pero prométeme que llamarás en breve. Otra vez juntos…

Aquella frase recordó a Tom una muy parecida, dicha cuando Jennifer regresó con su padre a Sunnyside después de haberse marchado al oeste. Entonces creyó que era cierta. Que volvían a estar juntos, él, Jay y Jennifer. Ahora, por el contrario, sabía que eso ya nunca podría suceder.

—Sí, te llamaré —dijo Tom.

Los tres se levantaron de la mesa y Adam añadió:

—Ya nos presentarás a esa tal Valery. Tengo curiosidad por

conocer a la mujer que ha sido capaz de conquistar a un hombre como tú.

Tom no estaba seguro de qué quería decir con eso.

—Lo haré… Bien, gracias por el trago.

—No te olvides de la cena pendiente. Una invitación es una invitación. Lo pasaremos bien, y quizá podamos hablar un poco más de boxeo y del Empire State. Me interesa ese asunto.

Tom dio un apretón de manos a Adam y otro a Jay. Éste llamó de nuevo a Harriet, que se acercó a toda prisa.

—Por favor, acompaña a mi hermano al guardarropa y dale su abrigo. Ya se marcha.

La jovencita hizo un mohín de disgusto. Casi siempre tenía que lidiar con hombres maduros, o incluso viejos, y ese tal Tom le había gustado. Le hizo un gesto para que la siguiera y atravesó el local con él detrás. Ante la taquilla del guardarropa, se le acercó y le dijo al oído:

—Termino mi turno dentro de media hora.

Era una oferta tentadora, que en otro momento y otras circunstancias, Tom seguramente hubiera aceptado. Pero no esta noche. Hoy sus planes eran otros.

—Adiós, Harriet.

Tom recogió su abrigo y salió del local, desandando el camino que había tomado antes. Se despidió del matón de la entrada y, al poco, se encontró de nuevo en la calle cubierta de agua. El cielo nocturno estaba salpicado de nubes dispersas, pero como Tom había supuesto —o más bien deseado— ya no llovía. Una pálida luna brillaba en lo alto. Pudo ver su reflejo en uno de los sucios charcos del suelo.

Era muy tarde. Aun así, Tom no tenía intenciones de regresar a su pensión. El metro estaba cerrado y los tranvías ya no funcionaban desde hacía horas. Casi en la oscuridad, a pesar de la tímida luz de la luna, de alguna que otra farola amarillenta y de los faros de los escasos automóviles, fue caminando hacia el puente de Manhattan. Se desvió antes de llegar, por una callejuela del Lower East Side, donde estaba el apartamento de Valery. Quería verla.

Tom lo ignoraba, pero ella tenía en realidad un bonito apartamento en el exclusivo barrio de Chelsea, a cargo de su elevado salario en el *World*. Se había mudado a aquel cuchitril en el sudeste de Manhattan, en un barrio obrero y deprimido, como parte de su decisión de vivir, mientras escribía su reportaje, como lo haría un auténtico trabajador del Empire State. Tom tardó casi una hora en

llegar. Un viejo reloj, en el escaparate de una tienda, amenazaba con marcar las dos de la madrugada. Eso no le detuvo. Subió los peldaños que conducían a la puerta exterior del edificio y la empujó con decisión. Estaba abierta. Valery vivía en la última planta, la cuarta. Tom cruzó el estrecho portal, completamente a oscuras —la luz no parecía funcionar—, y ascendió por una escalera de madera deformada. Se detuvo frente a la puerta de Valery. Tanteó la pared con la mano hasta encontrar el timbre.

El sonido retumbó en el hueco de la escalera. Tom insistió varias veces. Al cabo de un par de minutos, la voz de Valery sonó al otro lado de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, con cierta ronquera y un poco alterada.

—Soy yo, Tom.

Valery abrió de golpe, pero la puerta se detuvo en seco por la cadena de seguridad. Volvió a cerrar, la retiró y abrió de nuevo. Estaba en camisón, bata y zapatillas, con el pelo revuelto. Ya no lo llevaba tan corto como cuando trató de hacerse pasar por un jovencito. Su cara mostraba sorpresa y alarma.

—¿Qué sucede? Entra —añadió, echándose a un lado para que Tom pasara.

—Nada. Sólo quería verte.

—¿Qué hora es?

—Ya deben de ser las dos.

—¿Qué has venido a hacer aquí, Tom?

El tono de la pregunta de Valery no era recriminador, sino esperanzado.

—Necesitaba estar contigo. Yo…

Las palabras no eran el fuerte de Tom. Ni sabía muy bien qué decir ni cómo decirlo. Ni siquiera si quería hacerlo. Se acercó a Valery y la estrechó entre sus brazos. Eso fue suficiente. Ella le hundió la cabeza en el pecho. Luego levantó la mirada y puso sus labios en los de él. Esta vez no fue un beso leve, sino uno profundo y apasionado. Tom no se separó de ella mientras le desabrochaba el lazo de la bata, que empujó desde sus hombros para hacerla caer al suelo. Luego hundió las manos en su pelo hasta acabar acariciándole la nuca y el cuello.

Valery fue retrocediendo hasta toparse de espaldas con una de las paredes. Desabrochó los pantalones de Tom y tiró de ellos hacia abajo. Él se inclinó para quitarle el camisón, que dejó al descubierto su cuerpo desnudo; unos pechos pequeños pero firmes y bien modelados, unos hombros esbeltos, un vientre que se hundía hacia el sexo y culminaba en unas piernas largas y perfectas. Tom la levantó por los muslos y la penetró contra la pared, con furia. Ella lanzó un agudo

gemido que se fue apagando hasta hacerse entrecortado.

—Nos van a oír los vecinos —dijo, mordiendo la oreja de Tom para aplacar su torrente de placer.

—¿Y qué nos importa?

Tom también gemía. Ambos se miraron un momento a los ojos, él dentro de ella, inmóviles por un instante. Entonces Tom la apretó contra su pecho y la llevó hasta la habitación. La dejó caer en la cama mientras se quitaba el resto de la ropa. Luego se colocó sobre ella y la besó en los tobillos, subiendo por las piernas, que separó para hundir la cabeza en su sexo.

Valery ahogó un grito mientras apretaba la coronilla de Tom con ambas manos. Notaba su cuerpo tórrido, sus pechos hinchados y su cuerpo entero ávido de su sexo. Le levantó la cabeza y le hizo ascender sobre ella hasta que volvió a penetrarla, con los labios ahora en sus pechos y sus pezones duros.

No cruzaron más palabras hasta quedar exhaustos. Tom se durmió boca arriba, con Valery a su lado, rodeándole con los brazos.

Cuando él se despertó, antes de amanecer, ella aún dormía. A la escasa luz que entraba por la ventana, se quedó un rato mirándola, tan hermosa, tan confiada, tan fuerte y delicada a la vez.

Tom pensó que era un mal hombre. Se había aprovechado de la situación. Estaba seguro de que Valery sentía algo por él que él no sentía por ella.

Antes de levantarse de la cama la miró de nuevo. Y, entonces, no tuvo tan clara la frialdad de sus sentimientos. Los apartó de su mente, se vistió y se marchó del apartamento sin despertarla. Aunque, antes, le dio un beso en la frente.

27

Valery había llegado a un punto en que se consideraba con derecho a sentirse parte del Empire State. Por eso había vivido los últimos meses como un humilde trabajador más, mudándose a una casa como las suyas, comiendo lo que ellos comían y estirando el dinero todo lo posible. Y no le había resultado fácil. Por más separada que tratara de considerarse de las señoritas y caballeros de la alta sociedad, y por más que despreciara su indolencia, lo cierto es que no estaba acostumbrada a pasar estrecheces. Seguía estando lejos de los hombres que la rodeaban en el Empire State, pero ahora podía mirarlos directamente a la cara y hacer que su reportaje no fuera un simple ejercicio de estilo, sino el reflejo de algo vivido y real.

Eso llenaba a Valery de entusiasmo. Y ahora tenía una razón más para estar feliz: Tom. Estaba enamorada de él; alguien que no se perdía en reflexiones o chácharas, alguien que actuaba. Valery nunca fue una mujer que creyera necesitar a un hombre. No hasta el punto de confundirle con el aire que respiraba. Pero a Tom lo necesitaba. Sólo un detalle ensombrecía su felicidad. Él ignoraba quién era ella realmente. Debía contarle la verdad, pero no acababa de atreverse. Le aterraba pensar que Tom se enfureciera al enterarse de que había estado engañándolo todo aquel tiempo.

Durante la mañana, los propietarios habían hecho una visita a las obras, junto con los constructores. Visitaron una de las plantas casi terminadas, donde comprobaron con satisfacción las evoluciones de los operarios y, especialmente, de los instaladores de conducciones. El Empire State debía ser un rascacielos preparado para el futuro, con bombas de presión para el agua de las tuberías y el suficiente hilo de cobre para transmitir energía eléctrica y líneas de teléfono. También estudiaron atentamente el núcleo de los ascensores. Un responsable de la empresa Otis, que había establecido una oficina provisional en el mismo edificio, acompañado de varios ingenieros, les mostró el proyecto de sesenta y cuatro elevadores, capaces de transportar varios miles de personas cada hora y dotados de potentes motores eléctricos de última generación.

Valery acompañó también a los visitantes. Tom estaba trabajando cuando el grupo pasó a su lado. Se fijó en ella, y en la absoluta familiaridad con la que se desenvolvía entre aquellos hombres. Para ser una simple empleada, de orígenes humildes, parecía tratar con

ellos a una distancia demasiado corta. A la hora de comer, los propietarios y los constructores ya se habían marchado en sus lujosos automóviles. Pronto Al Smith regresaría para colocar el último remache, en la cúspide. Un remache muy especial, de oro puro en lugar de acero. Otro acto simbólico, hacia los que se sentía tan inclinado.

Tom bajó al restaurante del edificio y se sentó a una mesa, solo. Casals estaba en una reunión con los arquitectos y demás capataces. Por algo relacionado, una vez más, con la resistencia de la estructura superior.

Valery se acercó hasta la mesa de Tom.

—¿Puedo sentarme?

Él estaba dándole vueltas a si debía o no aceptar la invitación de Adam Norris para cenar todos juntos: él, Valery, Jay, Beth y Jennifer. Jennifer.

—Claro —contestó, acompañando sus palabras de un gesto de la mano.

—Esta mañana te fuiste sin avisar.

—Entro a trabajar más pronto que tú. No quería despertarte.

—Qué considerado…

Tenía una preciosa sonrisa. Pero, por más encantadora que fuera, no bastaba para sacar a Tom de sus dudas interiores. Aquella noche había hecho el amor con ella y, sin embargo, no dejaba de pensar en Jennifer.

—¿Vendrás también esta noche? —dijo Valery, extrañada por el aire taciturno de Tom.

—Eh… No. Esta noche voy a ir con los chicos a tomar una cerveza por ahí. Con Gianni y con Mack.

Tom sentía que se estaba involucrando en una relación sin futuro. Y cuanto más próxima notaba a Valery, cuanto más contenta e ilusionada la veía, más resquemor sentía él por no estar siendo honesto. Lo que no comprendía era que el mal ya estaba hecho. Con lo que acababa de decir, sólo logró hacerle daño.

—¿Con los chicos…?

—Así es —respondió Tom secamente.

Valery lo miró con los ojos trémulos. No tanto porque fuera a salir con sus amigos de la obra, sino por el tono y la actitud que mostraba de repente.

—¿He hecho algo que te haya molestado? ¿Estás enfadado conmigo?

—No. Claro que no. Es sólo que… Estamos yendo demasiado rápido.

Era una excusa manida y de pasquín barato, pero Valery se aferró a ella de todos modos. Creyó lo que Tom le dijo porque quería creer.

—Sí, puede que tengas razón. No importa. Saldremos otro día —dijo ella, resignada.

Quizá para compensar la decepción de Valery y aliviar un poco su propio sentimiento de culpa, Tom soltó sin pensarlo:

—Anoche, antes de verte, cené con mi hermano y su mujer. Viven aquí, en Nueva York. Hacía muchos años que no los veía y sólo he sabido dónde viven porque hace unos días me encontré con mi hermana. A ella también hacía años que no la veía.

—Eso es estupendo, ¿no? Que os hayáis reencontrado, quiero decir.

—Bueno, hay cosas complicadas entre nosotros. Ya te conté algo el día en que nos emborrachamos. Pero no te dije todo lo que pasó. Es una larga historia. Algún día te la contaré…

—Espero que lo hagas.

—Sí, bueno. Lo que quería decirte… preguntarte en realidad, es si te gustaría salir a cenar una noche con mi familia.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Valery, que no sabía por dónde iba a salir Tom y estaba en ascuas.

—Será en un sitio fino. Uno que conoce el jefe de mi hermano. Así es que tendremos que ir bien vestidos. Yo puedo pedirle prestado un traje a mi hermano. No sé si tú…

—No hay problema. Tengo… una amiga que puede dejarme un vestido. Trabaja en una tienda de ropa —explicó Valery echándole imaginación.

Era de esperar que una joven trabajadora como ella no pudiera permitirse tener en su armario ningún traje elegante.

—Bien. ¿Seguro que quieres ir conmigo?

—Seguro. Será divertido.

Valery se las ingenió para transformar su inquietud en alegría. Esa noche no iba a poder estar con Tom, pero éste le había pedido que lo acompañara en algo tan íntimo como una cena con su familia, reencontrada tras años de separación. Eso sólo podía significar que él sentía y pensaba lo mismo que ella.

Intentó centrarse en ese hecho y no darle más vueltas a lo que Tom pudiera hacer por ahí con sus compañeros. Confiaba en él, aunque sólo conocía una pequeña parte de su vida, y casi sin detalles. Algo que, sin duda, iba a cambiar después de esa cena con su familia. Eso la alegraba doblemente. Por lo que significaba en su relación con Tom y

también por su reportaje, en el que éste había ido adquiriendo un creciente protagonismo a costa del propio Empire State. Valery era cada vez más consciente de que, incluso obras tan grandiosas como el mayor rascacielos del mundo, no significan nada sin los hombres que, a pesar de todos los obstáculos, luchan para levantarlas. Ellos eran quienes realmente merecían admiración. El gran Empire State Building no debía ser otra cosa que el símbolo de que aquellos hombres existieron y se dejaron en él la piel, la esperanza y, a veces, hasta la vida.

Valery abrió su carpeta y tomó algunas notas sobre estas y otras reflexiones parecidas. El reportaje no sólo sería su gran oportunidad de ganarse el respeto en el mundo del periodismo, sino el modo de que no se perdiera el recuerdo de hombres como Tom Carter.

Pensar en su trabajo hizo que se le ocurriera una idea descabellada que, además de divertida, le permitiría estar cerca de él esa noche. Meses atrás se había hecho pasar por un muchacho, para convencer a su jefe y al director del *World* de que merecía escribir aquel artículo. Y consiguió engañar a ambos. ¿Por qué no habría de engañar su disfraz también a otros? Vestida como un hombre podría ir a cualquier sitio donde fuera Tom, sin que nadie —especialmente él— se diera cuenta de su verdadera identidad.

Estaba claro que el disfraz daba resultado. Lo único que no estaba dispuesta a hacer esta vez era cortarse de nuevo el pelo. De todos modos, no lo tenía demasiado largo. Le bastaría recogerlo en la parte superior de la cabeza y cubrirlo con una gorra. Esa estratagema le permitiría seguir a Tom y a sus compañeros y espiar todos sus movimientos. La idea le provocó a Valery un poco de remordimiento, pero también de excitación. Por eso se convenció de que, con ello, su reportaje se vería enriquecido, al tener la oportunidad de compartir sin restricciones una velada típica de los trabajadores del Empire State.

Con el turno a punto de finalizar, Tom estaba acabando de recoger sus herramientas y de poner los restos de unos ladrillos en una vagoneta de desperdicios. Cuando terminó fue hacia la mesa de obra donde Casals estaba, como casi siempre, consultando un plano.

—Jefe, ¿tiene algo que hacer esta tarde? Los chicos y yo vamos a salir por la ciudad.

—No, muchacho, gracias. Soy demasiado viejo y tengo una mujer demasiado celosa.

—Si cambia de opinión, estaremos abajo cuando termine el turno.

—Gracias de nuevo, pero no me esperéis.

En ese momento se les acercó uno de los ingenieros adjuntos al

proyecto. Era uno muy joven e inexperto, que hacía el trabajo sucio de los técnicos realmente importantes. Casals le guiñó un ojo a Tom y le tocó el brazo para indicarle que no se marchara todavía. Éste se preguntó qué tramaba el viejo zorro, aunque podía imaginárselo.

El cálculo de tensiones y esfuerzos del Empire State había sido efectuado con una precisión impecable, y la calidad del trabajo no le iba a la zaga. Aun así, por mera precaución y dado que se había coronado la estructura metálica con la base para el atraque de dirigibles, que no estaba en el proyecto original, los responsables del diseño habían decidido aumentar la resistencia en ciertas partes clave del edificio. Para ello iban a requerirse nuevas acciones, como la instalación de vigas adicionales, que aquel joven ingeniero iba a transmitirle a Casals para que sus hombres se encargaran de protegerlas con hormigón y ladrillos.

—Este edificio es como un Stradivarius —dijo el capataz en tono paternalista.

El ingeniero lo miró con expresión de no entender a qué se refería.

—¿Un qué…?

—Antonio Stradivari fue un fabricante de violines. —Ante la mirada de besugo del ingeniero, añadió—: De Cremona, en Italia. Nadie los hacía mejor que él. Y nadie era más rápido en construirlos. Este edificio es así. Crece más rápido que ningún otro de la historia, y es también el más alto y perfecto que se ha levantado jamás. El Stradivarius de los rascacielos.

Sin que el ingeniero se diera cuenta, Casals volvió a guiñarle el ojo a Tom. No era la primera vez que veía al capataz buscarles las cosquillas a sus superiores. De hecho, una vez le preguntó por qué lo hacía, cuando eso podría traerle complicaciones o llevarle incluso a perder su empleo. Pero la respuesta de Casals sólo disipó en parte sus dudas: «No me gusta que me digan cómo hacer mi trabajo».

Consciente o no de que estaban burlándose de él, el joven ingeniero respondió de malas pulgas:

—Bien, bien. De todos modos, reforzaremos la estructura. Hemos efectuado nuevos cálculos y es lo más aconsejable —añadió, pedante, aunque esa tarea estuviera muy por encima de su nivel y sus capacidades.

Luego pasó a explicar en detalle las nuevas faenas que el equipo de Casals debía acometer. Tom se obligó a tragarse todas aquellas tediosas instrucciones. Después del desplante de Casals, le parecía un poco brusco largarse sin más. Cuando terminó, solos de nuevo, el capataz aprovechó que Tom seguía allí para continuar con su perorata. Tom nunca había conocido a nadie a quien le gustara tanto

conversar.

—En mi tierra, las personas que construyen edificios de valor son artistas. Además de saber mucho, tienen pasión. No como ese ingeniero.

Casals señaló con la cabeza hacia el lugar por donde había desaparecido el joven técnico. Tom sonrió por la insolencia del capataz. Éste abrió los brazos, suspiró y, sacudiendo la cabeza, dijo:

—Es una locura esa idea de que los pasajeros de un Zeppelin desciendan de la barquilla ahí arriba. Claro que así podrán aparecer luego en medio de la Quinta Avenida. Pero no creo que dé resultado.

—¿Por qué? —preguntó Tom. Y antes de que Casals respondiera, dijo también—: ¿Qué es eso de un *sepelin*, un tipo de dirigible?

—Zeppelin, muchacho, Zeppelin. Sí, un dirigible. El dirigible por excelencia. ¿No has oído hablar de ellos?

El capataz miró a Tom, extrañado. Últimamente los Zeppelin eran muy populares. Aunque enseguida comprendió por qué no los conocía. Diez años en la cárcel alejan mucho a un hombre de la actualidad y las noticias.

—Pero sabrás quién es Charles Lindbergh, ¿verdad?

—Sí, eso sí. Es el héroe de la aviación. El primer hombre en cruzar el Atlántico en su avión, el *Espíritu de San Luis*. Estuvo a punto de morir congelado.

—Lindbergh ha sido el primero en cruzar el Atlántico en un vuelo sin escalas y en solitario —concretó Casals—. Los Zeppelin son aeronaves alemanas, inventadas por un científico de esa nación de cerebritos. Para mí que son los tipos más inteligentes del mundo. Han inventado la mitad de las cosas, tienen a los más importantes músicos y filósofos… Aunque son un poco peligrosos con su obsesión militarista, como con ese tal Hitler del que tanto se habla. Pero bueno, nadie es perfecto.

La mirada de Tom dejó claro a Casals que se estaba desviando del tema.

—Sí, los Zeppelin… Bien, son globos inmensos llenos de hidrógeno que surcan los cielos como transatlánticos del aire, casi tan enormes como el *Titanic*. El más famoso es el *Graf Zeppelin*, que ha viajado varias veces de Alemania a Estados Unidos, y hasta ha dado la vuelta al mundo. Aterrizó en Nueva Jersey el año pasado.

—Pero ¿por qué dice que no saldrá bien lo de atracar en lo alto del Empire State?

—Porque son peligrosos. Ya te he dicho que están llenos de hidrógeno, y ése es un gas muy explosivo. Una pequeña chispa y ¡paf!, se convierten en una bola de fuego. El mes pasado explotó un dirigible

inglés, del tamaño del *Graf Zeppelin*, en un bosque de Francia. Murieron casi cincuenta personas. ¿Te imaginas si estallara una de esas moles sobre La Dama, aquí, en medio de Manhattan? Sería una catástrofe como no se ha visto. Es una auténtica locura. Y, además, hace demasiado viento para atracar con seguridad. Espero que se den cuenta a tiempo.

—¿Se lo ha dicho usted a los arquitectos?

—No, chico. Pensarían que el loco soy yo. Ellos sabrán lo que hacen… Son los tiempos que nos ha tocado vivir. Está bien pensar en grandes rascacielos, aeronaves gigantes y millonarios que surcan los cielos para luego aparecer en el centro de Nueva York. Pero no hay que olvidarse de los que estamos a nivel del suelo, ni de nuestra seguridad. En este país no hay nada más importante que ser emprendedor y ganar dinero. Y eso es bueno, no digo que no. Pero América es demasiado dura con los que tienen poco o nada.

El silbato que indicaba el final del turno dio un matiz de discurso a las palabras del capataz. Éste se tocó el mostacho y enarcó las cejas.

—Creo que me estoy poniendo sentimental —dijo—. Bueno, Tom, márchate y diviértete esta noche. Pero no te acuestes muy tarde. Mañana nos espera un día duro.

—Como lo son todos. Hasta mañana, jefe.

Cuando Tom llegó afuera, después de quitarse el mono de trabajo y fichar en la oficina, sus compañeros ya lo esperaban en la calle. Además de Mack y de Gianni se les habían unido dos robustos hermanos polacos, de caras anchas y pelo rubio, y un canadiense de Quebec, que había abandonado las gélidas tierras de ese país y llegado a Nueva York con los primeros atisbos de la crisis. Los cinco se encaminaron hacia el sur. Uno de los polacos conocía un garito, cerca del puerto, donde podrían comer algo, tomar unas cervezas y divertirse con las que él calificó como «chicas alegres». Era un sitio, además, en el que permitían la entrada a personas de raza india, como Mack.

A Tom, en realidad, no le apetecía demasiado ese plan. Sólo se les había unido para no tener que ver a Valery esa noche y, quizá, tomar una decisión definitiva sobre su relación con ella.

—¿De dónde eres tú, Tom? —le preguntó el polaco que los guiaba.

—De un pueblo de Pensilvania. Sunnyside —dijo, en lugar de Filadelfia, como solía hacer.

—¿Y has dejado a alguna novia allí?

La pregunta le cogió por sorpresa.

—Hace mucho de eso…

—¿Cómo se llamaba? ¿Cómo era? ¿Tenía buena pechuga?

El polaco hablaba como un animal en celo, si es que los animales en celo pudieran hablar.

—Vamos a dejarlo, ¿de acuerdo? —dijo Tom muy serio, casi violento.

El polaco levantó las manos, mostrando las palmas, y miró hacia su hermano, que le devolvió la misma expresión de extrañeza. La llegada del tranvía alivió la repentina tensión. Alguien hizo una broma sobre un tipo que pasó a su lado y, con el buen humor otra vez presente, montaron en el tranvía. Ninguno se dio cuenta de que un delgaducho jovencito lo hacía tras ellos. Pagó su billete y se colocó lo más alejado que pudo, disimulando sin perderlos de vista.

La noche era apacible, aunque un tanto húmeda. Soplaba una ligera brisa del sur que traía el salitre y el olor del mar hacia el interior. Después de abandonar el tranvía, aún quedaba un trecho para llegar al local. Los edificios cercanos al puerto eran muy grandes y estaban sucios y descuidados. Al fondo se veían enormes grúas y almacenes de exiguas ventanas en comparación con su envergadura. Algunos marineros caminaban por las calles, con sus gruesos abrigos de lana y sus gorras de loneta azul.

Tom y sus cinco compañeros entraron en una especie de nave llena de humo y olores indefinibles. También hasta allí les siguió el jovencito. Había muchos hombres dentro, bebiendo y armando escándalo. Varios estaban peleándose en ese momento. Uno le rompió a otro una silla en la espalda. Otro voló de un puñetazo hasta caer encima de una mesa. Una mujer ya mayor, vestida como una fulana, les gritó que pararan. No le hicieron caso y envió a dos gorilas, que redujeron a los borrachos y los echaron a patadas del garito.

—¡Aquí no quiero peleas! —chilló la mujer por encima del barullo. Su voz era tan desagradable como la sirena ronca de un barco—. ¡El que no sepa comportarse, que se vaya a otro lado!

También había chicas en el local. Servían las mesas con vestidos muy escotados. Algunos clientes les daban palmadas en las nalgas o las sentaban sobre ellos. Tom no pudo evitar comparar aquel antro con el local de Adam Norris. Éste era la versión proletaria y miserable del que regentaba el jefe de Jay. Se fijó en que, al fondo del local, había una pequeña puerta tapada con una cortina de tela oscura. Uno de los marineros la atravesó con una chica agarrada del brazo. Al retirar la cortina, le pareció ver una escalera. Seguramente conducía a alguna clase de habitaciones. Aquello era poco menos que un prostíbulo.

—Ven aquí, guapa —gritó Gianni a la camarera que estaba más cerca de ellos.

—Guapo tú, morenazo —le respondió ella—. ¿Queréis una mesa?

—Una que esté cerca de ti.

La mujer se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Yo siempre estoy cerca de las mesas donde hay mocetones como vosotros. —Tom notó que la camarera le dedicaba una mirada lasciva —. ¿Qué vais a tomar, muchachos?

—Todos tomaremos cerveza. Y algo de comer. Lo que haya.

—Venid conmigo.

Por delante de ellos, la camarera fue sorteando las mesas hasta llegar a una vacía, en un lateral del fondo, cerca de la puerta tapada con la cortina. Tras ellos, el muchacho que los seguía se sentó en un taburete de la barra desde el que podía observarlos sin que notaran su presencia.

—Aquí estaréis bien. Ahora mismo os traigo las cervezas y la comida.

Sin esperar respuesta, se alejó contoneándose. El canadiense se quedó con la mirada fija en su trasero hasta que dejó de verlo.

—Menuda yegua —dijo, agitando una mano.

Mack, que era de pocas palabras, abrió la boca para decir a Gianni con sorna:

—Creo que le has gustado.

Los polacos y el canadiense asintieron y se rieron a carcajadas. Tom también sonreía divertido. Él no tenía intención de liarse con ninguna fulana, pero había aceptado que esa noche debía tratar de divertirse. No podía estar todo el rato con cara de perro. Decidió apartar de sí todo lo que le afligía y prepararse para una noche sin pesos sobre el espíritu o la conciencia.

Cuando la camarera regresó, con dos enormes jarras de cervezas y unos bocadillos, se inclinó exageradamente sobre Gianni al colocar los vasos en la mesa. Le puso el pecho a pocos centímetros de la cara, le guiñó un ojo y le tocó la pierna muy arriba.

—Eres un tipo muy guapo, ¿sabes? —le dijo al oído—. Si quieres, luego podemos quedarnos a solas y conocernos mejor…

El italiano asintió con gesto extasiado, como si no tuviera voluntad propia.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó uno de los polacos cuando la camarera volvió al trajín del local.

—¡Que quiere casarse conmigo! —berreó, de buen humor.

—La tienes en el bote —terció el canadiense.

El otro polaco apuró la mitad de su cerveza de un trago, se limpió

la boca con la manga y dijo:

—Seguro que te la ha puesto como una piedra.

Todos se carcajearon de nuevo, excepto el aludido, aunque enseguida se unió también a las risas.

—Tú puedes quedarte con ésa —le dijo el canadiense—. Pero yo no me voy a ir esta noche sin llevarme una alegría.

Con gesto de ratón que husmea, echó una rápida mirada al local. Enfrente de ellos había dos chicas apoyadas en la barra. Le devolvieron la mirada y se acercaron. Sabían distinguir a un posible cliente.

—Hola, muchachos —saludaron—. ¿No estáis muy solos?

—Yo no quiero estarlo —dijo el canadiense, y agarró del brazo a una de las chicas para sentarla sobre él.

Ella se rió con picardía. Su compañera la imitó y se puso en las piernas de uno de los polacos.

—¡¿Y yo qué?! —se quejó su hermano—. ¿Y mis amigos? —añadió refiriéndose a Tom y a Mack.

Mack apretó los labios, haciendo un mohín de fingida pena, mientras que Tom levantó una de sus manos.

—Yo sólo quiero tomar unas cervezas —dijo.

Desde la barra, Valery asistió a distancia a toda la escena. No podía escuchar lo que decían, entre el ruido ensordecedor del local, pero creyó comprender a la perfección lo que estaba ocurriendo y dónde acabaría todo aquello: Tom iba a hacer lo mismo que los otros e irse con una fulana a pasar la noche en una habitación del garito. Eso le hizo sentir tristeza, ira y unos terribles celos. Aunque su última reacción la tranquilizó un poco.

Aguzó la vista y el oído aún más para no perder el mínimo detalle de lo que ocurría. Pero alguien se le colocó justo delante. Un chico un poco mayor de lo que ella aparentaba con su disfraz, feo como un demonio y visiblemente ebrio. Sin mediar palabra se sentó en un taburete a su lado.

—Buenas noches —dijo con voz pastosa.

Valery trató de ignorarle, pero él no estaba dispuesto a darse por vencido.

—Apuesto a que has venido a lo mismo que yo.

—Lo dudo —musitó Valery.

—Has venido a buscar el calor de un lecho —insistió él.

Su redicha forma de expresarse hizo pensar a Valery en que parecía un periodista barato. En aquel momento, más que nunca, le pareció que era verdad lo que siempre decía su madre acerca de los hombres jóvenes: que son todos iguales y sólo piensan en una cosa.

Trató de separarse de él, moviéndose en su asiento. Estaba nerviosa y ya se había bebido, casi compulsivamente, una jarra de cerveza. Pidió la segunda. La servían los camareros de la barra, pero una de las chicas de la sala se fijó en ella y en su circunstancial acompañante. Cuando vio a éste la cara, titubeó. Pero luego miró a Valery y se acercó a ella.

—¡Uy, qué jovencito…! ¿Sabe tu mamá que estás aquí? ¿Quieres un vasito de leche?

A pesar de la burla, la camarera le había cogido del brazo mientras hablaba. Aquel muchacho era muy guapo y delicado. Casi femenino. No le importaría pasar con él la noche enseñándole los misterios del amor.

—Si quieres puedo arroparte en la camita cuando oscurezca.

Alguien llamó a la camarera y ésta se alejó sonriendo. Luego volvería por el chico. Por si esa humillación fuera poco, el joven borracho se acercó de nuevo a Valery y se atrevió a decirle con sonsonete:

—Ésa quiere meterte en la cama, pero no para arroparte.

—Pero si me ha tratado como a un niño…

—Me parece que tienes mucho que aprender de las mujeres. Ya verás cómo intenta algo contigo.

Obviamente, Valery tenía la misma experiencia con furcias que un casto sacerdote. Oculta detrás de su jarra de sucedáneo de cerveza pensó que aquello era increíble. Trató de convencerse de que se trataba de una valiosa experiencia para su reportaje, y se repitió, como un mantra, que le sería útil asistir a una noche de diversión de los trabajadores del Empire State. Pero eso no servía para hacerla sentir más calmada. Estaba segura de que la camarera volvería. ¿Qué podía hacer? ¿Irse y perder a Tom de vista?

Mientras pensaba la respuesta, apuró su primera jarra de cerveza y luego dio buena cuenta de la segunda. Empezaba a notar el embotamiento del alcohol.

—Sólo quiero pasar un buen rato —dijo al muchacho de al lado, sin venir a cuento.

—Pues tranquilo. Si quieres pasar un buen rato, te aseguro que lo harás.

En la mesa de Tom, Gianni, uno de los polacos y el chico canadiense acabaron de cenar, terminaron sus bebidas y se levantaron con las fulanas. Se despidieron de los otros entre risas y se dirigieron con ellas más allá de la cortina. Los demás pidieron una nueva ronda.

Valery se encogió en su taburete al ver que la camarera que se le había insinuado regresaba, como vaticinó el borracho. No sabía qué

hacer excepto huir. Pero titubeó y perdió su oportunidad. La mujer se plantó delante de ella.

—¿Te vienes conmigo o qué? —dijo a modo de pregunta, aunque no lo era.

Agarró con fuerza a Valery de un brazo y tiró de ella, a punto de hacerla caer del taburete. El borracho la miró con los ojos bizcos y le dedicó un leve gesto de despedida con la mano. Mientras, Valery y la camarera estaban ya al otro lado del local. Sin previo aviso, ella se volvió y le dio un ardiente beso en la boca, que atrajo las miradas de los hombres a su alrededor. Con pánico, Valery comprobó que también Tom la estaba mirando, a pocos metros de distancia. Intensificó el beso con la mujer para que no se le viera el rostro y fue avanzando hasta la cortina, tras la que desapareció con ella siguiendo el mismo camino que los compañeros de Tom unos minutos antes.

—¡Diablos! —exclamó el chico borracho de la barra—. Y parecía una mosquita muerta…

—Las apariencias engañan —le dijo uno de los camareros, que estaba frente a él poniéndole otra cerveza, y le dio una palmada en el hombro.

Al otro lado de la cortina, la camarera guió a Valery. En la parte alta había un pasillo con puertas a ambos lados. Se dirigió a la primera que estaba abierta y ambos entraron en ella. Sin dejarla hablar, la camarera cerró a su espalda y se lanzó en los brazos de Valery. Bajó una de sus manos con intención de acariciarle la entrepierna, pero ella la detuvo a tiempo y se separó.

—¡Quieta! —dijo secamente.

La mujer la soltó con una mirada de extrañeza y desdén.

—No serás mariquita, ¿verdad?

—No —suspiró Valery—. Es sólo que…

Se dio cuenta de que iba a ser muy difícil explicarle a aquella mujer la verdad. Y, además, con ello se pondría al descubierto, sólo Dios sabía con qué consecuencias. Por eso decidió mentir.

—Estoy enamorado de otra persona. Y no estaría bien acostarme contigo.

—¿Es que no te gusto?

—Claro que me gustas. En otras circunstancias te echaría ahora mismo sobre la cama y… te arrancaría la ropa.

Valery rezó para que aquello no hubiera sonado de un modo completamente ridículo. ¿Qué diría un hombre de verdad en esa situación? El gesto duro de la camarera cambió de pronto. Se había tragado la mentira. Si aquel muchacho fuese invertido no la habría besado como lo hizo antes. Sabía besar a una mujer, de eso no había

duda. Se enterneció con el cuento del enamoramiento y eso la llevó a sincerarse.

—Yo también estoy enamorada. Pero él no me quiere. Es un marinero que sólo me busca cuando está en tierra, para darse unos revolcones.

—Siento oír eso. Y te entiendo. Los hombres somos… unos egoístas.

Jennifer estaba sola aquella noche. Jay tenía trabajo y le dijo que iba a llegar tarde. Acostó a los niños y luego estuvo un rato tratando de leer un poco. Pero le fue imposible concentrarse. No podía dejar de pensar en Tom. De pronto había vuelto a su vida, haciendo que se preguntara si nunca debió separarse de él.

La noche en que su padre murió podían haber escapado, otra vez, lo más lejos posible. También pudo haber mentido en el juicio. Él ni siquiera trató de defenderse porque sabía que ella ya no le quería. Eso fue lo que le dijo en los calabozos del sheriff de Sunnyside. Pero no era verdad. A pesar del dolor que llenaba entonces su corazón, nunca dejó de amarle. Y, aunque también quería a Jay, ahora se daba cuenta de que eso no había cambiado.

Comprobó que Johnny estaba plácidamente dormido en su cuna. Antes de ir ella también a acostarse, mientras se desvestía, se dijo que tenía que sacarse todo aquello de la cabeza. Su amor por Tom era ya imposible. Ella misma lo cortó de raíz, y contribuyó a que Tom pasara diez años de duros trabajos y encierro en la penitenciaría. Le costaba creer que no la odiara, aunque sabía que no era así. Lo había visto en sus ojos. Y, sin embargo…

—Ya basta, niña estúpida —se dijo en voz baja, y pensó en sus hijos.

El ruido de la cerradura de la entrada la hizo incorporarse. Se secó los ojos a toda prisa y esperó a que Jay apareciera en la habitación.

—¿Ya estás aquí, cariño? —le dijo.

—Sí. Me he despachado antes de lo que esperaba.

—¿Qué tal el trabajo?

—Como siempre.

El tono de Jay era cariñoso, pero tenía la voz apagada. Como alguien que está agotado, y no sólo por la fatiga. Dejó su chaqueta en una silla y se sentó junto al borde de la cama. Mientras se desabrochaba los zapatos, preguntó a Jennifer:

—¿Ha llamado Tom?

—No. ¿Tú crees que lo hará?

—Espero que sí. Me alegro tanto de haberlo visto… Después de todo, no hay heridas que no puedan cicatrizar.

Jennifer pensó que sí hay heridas que nunca cicatrizan: las que lo destruyen a uno. Como ella hizo con Tom, enviándole a la cárcel y casándose con su hermano.

—Yo también me alegré de verlo —dijo, usando sin querer el pasado.

—Llamará, ya lo verás. Somos su familia.

28

Tom tardó una semana en llamar. Pero al fin lo hizo. Tuvo que hacerlo. Beth lo esperó una tarde en el exterior del Empire State. Estuvo allí durante horas, escrutando la salida de trabajadores hasta que lo vio aparecer. Fue a su encuentro y lo abordó como si hubiera sido una casualidad. Su hermano iba con Valery, que ya se había olvidado —o al menos recuperado— de su inusitada experiencia en el tugurio del puerto.

—¿No vas a presentarnos? —dijo Beth, sonriendo con su rostro cansado, al ver que Tom no se decidía a hacerlo.

—Sí… Cómo no. Beth, ésta es Valery. Valery, mi hermana Beth.

Las dos mujeres se dieron la mano. Beth se quedó mirando a Valery unos instantes y asintió con la cabeza, al tiempo que entornaba los ojos.

—Una chica muy guapa. No la dejes escapar.

Valery esperaba que Tom dijera algo consabido, como «no lo haré», u otra frase similar. En lugar de eso, titubeó y se limitó a asentir.

—Y dime, Valery, ¿te ha dicho ya Tom lo de la cena?

—Hace unos días. Estaré encantada de ir.

—Bien. Entonces, hermanito, no tienes excusa. ¿Cuándo vas a llamar a Jay?

—Pronto.

Beth imaginó que ese momento no llegaría nunca sin su intervención.

—Deberías llamarle hoy mismo. Se llevó una alegría la otra noche. Siempre estuvisteis muy unidos. Ya sé que es duro para ti, lo comprendo. Pero seguimos siendo una familia.

Junto a Tom, Valery trató de imaginar cuál era la causa de que la velada con su hermano hubiera sido tan dura para él. Viejos recuerdos, viejas heridas, posiblemente. Algo normal en cualquier familia. Ella lo sabía bien.

—Yo me encargaré de que le llame —dijo a Beth.

Entre ambas surgió una inmediata simpatía. Casi complicidad.

—Entonces lo dejo en tus manos, querida. Ay, los hombres… Ahora tengo que ir al teatro. Hermano, deberías llevar a Valery un día a ver mi obra. Para eso la hago. Te dejaré unas invitaciones en la taquilla a tu nombre, sin fecha. Cuando te decidas a llevarla, allí estarán esperándoos.

Beth se despidió, llamó a un taxi y se fue. Empezaba a tener la esperanza de que realmente, al fin, volvieran a ser una familia. Que todo iría mejor a medida que el país superara la crisis. Jay podría dejar sus negocios con Adam, y ella encontrar a un hombre bueno que no la tratara como a una cualquiera, a pesar del lujo y todas las palabras huecas.

—Llamarás a tu hermano, ¿verdad? —dijo Valery a Tom cuando se quedaron solos.

—Sí —fue su escueta respuesta.

—¡Pues hazlo! Aquí cerca hay un café con teléfono. No te llevará más que un par de minutos.

Tom se quedó pensativo.

—De acuerdo. Vamos. Además, tengo hambre. Podemos comer algo ahí mismo.

La noche del sábado, Tom fue hasta el apartamento de Valery para recogerla e ir juntos al centro de Manhattan. Él llegó en el tranvía, pero su intención era tomar luego un taxi. Un día es un día, y al fin y al cabo, todos los gastos de la cena y la velada iban a correr por cuenta de Adam Norris.

Antes había estado en casa de Jay, que le prestó un traje adecuado para la velada. Él no poseía más que ropa vulgar o de trabajo. Era más alto que su hermano, pero tuvo la suerte de que Jennifer hubiera guardado un traje de cuando Jay estuvo algo grueso. Aun así, tuvo que bajarle el dobladillo de los pantalones. La situación se presentó de lo más incómoda, porque Tom creyó que Jennifer le tomaría directamente las medidas, aunque finalmente lo hizo sobre los pantalones que llevaba.

Tom nunca se había sentido tan elegante como en ese traje. No tuvo la oportunidad. Se dijo que incluso podría pasar por uno de esos caballeros importantes que visitaban el Empire State de cuando en cuando, para comprobar los avances en la obra. Hasta Milka se sorprendió de verlo tan bien vestido. Tom pasó a verla un momento para llevarle unos dulces y un pequeño juguete, una cajita con varias bolas de metal que debían insertarse en unos agujeros. A la niña le costó reconocerlo a primera vista. Le preguntó adónde iba, y él sólo le dijo que había quedado con una amiga.

Una amiga que lo deslumbró de veras esa noche, nada más abrirle la puerta de su apartamento. Fue para Tom como encontrarse cara a cara con un ángel. Valery llevaba un vestido de color claro, con los hombros descubiertos, y se había recogido el pelo en un minúsculo

moño. Estaba realmente preciosa. Sus ojos verdes resaltaban en su piel muy blanca, bajo el cabello castaño oscuro.

—Estás… Estás… —Tom se quedó sin palabras.

Valery sonrió y le tendió la mano.

—Caballero…

Frente a ella, Tom le tomó la mano mientras salía. Luego se puso a su lado y ella le agarró del brazo con total delicadeza y naturalidad. De nuevo a Tom le pareció difícil creer que fuera una chica de origen humilde.

—¿De dónde has sacado el vestido? —dijo, aún atónito.

—Ya te lo dije. Es de una buena amiga.

Bajaron la estrecha escalera y, ya en la calle, se pusieron los abrigos. El de Valery era de fino paño. A Tom le había prestado el suyo su hermano, al igual que el traje y los impolutos zapatos de cordones. Caminaron hasta una vía por la que circulaban numerosos taxis. Tom paró uno de un silbido. A pesar del modo tosco de llamarlo, iban tan elegantes que el taxista se bajó para abrirles la puerta.

Valery lanzó a Tom una mirada pícara. Se le veía incómodo ante esos lujos a los que no estaba acostumbrado. Ella, en cambio, se mostraba en su salsa, aunque hubiera preferido no estar engañando a Tom con su falsa identidad. Cada vez le costaba más seguir disimulando. Pretendía contarle la verdad lo antes posible, en cuanto se presentara la ocasión… y fuera capaz de reunir el suficiente coraje.

La noche era espléndida. El otoño había dado una tregua y, tras las recientes lluvias y los primeros fríos, parecía más el final del verano. El taxi atravesó las calles cuadriculadas de Manhattan hacia el norte, en dirección a Central Park, y tomó Madison hasta su intersección con la Sesenta y uno. Aquélla era una de las zonas más opulentas de la ciudad. Tom descendió del automóvil, tendiendo su mano a Valery, y luego pagó la carrera al taxista, propina incluida. No recordaba haber dado una propina en toda su vida, pero la ocasión lo merecía.

La entrada del restaurante formaba un arco cubierto, con un conserje delante de ella. El letrero con el nombre relucía, formado por retorcidos tubos de neón: Leonard’s House. Tom y Valery, otra vez cogidos del brazo, cruzaron la acera hacia la puerta. El conserje la abrió y les hizo una leve reverencia.

—Bienvenidos —dijo, con una estudiada entonación.

Allí no parecía haber crisis. Los ricos que quedaban eran tan ricos, o más, de lo que lo eran antes. Aquello era una burbuja que los aislaba del resto del mundo, pobre, hambriento y falto de esperanza. Nada más entrar, un recepcionista los esperaba frente a un atril con el libro de reservas. Los saludó con la misma amabilidad que el conserje y les

preguntó si tenían reserva.

—Sí. A nombre de Adam Norris —dijo Tom.

La mención a Norris iluminó la expresión del recepcionista. Levantó la mano para llamar al maître, un hombre rechoncho, de mediana edad, que los recibió con una enorme sonrisa en su redonda cara. El recepcionista le informó de que eran invitados de Adam Norris.

—Oh, bienvenidos —dijo de un modo simpático aunque algo empalagoso—. Síganme, se lo ruego. Les tengo preparada la mejor mesa del restaurante.

Antes pasaron por el guardarropa. Un botones cogió sus abrigos y los llevó al interior de una sala. El maître les hizo un gesto para que lo siguieran. No se trataba de un local demasiado grande y la luz tenía la intensidad justa para hacerlo extremadamente acogedor. Un pianista negro amenizaba la velada con música sin estridencias, y estaba decorado con gusto. No se parecía en nada a los sitios que Tom había estado frecuentando en los últimos tiempos. Los demás clientes, que llenaban prácticamente el restaurante, hablaban en voz queda, comían despacio y con decoro, e iban vestidos como lo que eran: damas y caballeros.

—El señor Norris aún no ha llegado. Son ustedes los primeros —dijo el maître, ya en su destino, una amplia mesa redonda con seis sillas.

Valery se colocó junto a la suya y esperó, por mera costumbre, a que Tom se la retirara. Éste dudó un momento, sin saber qué hacer. Ella le hizo un leve gesto con la mirada y por fin comprendió. Lo hizo y luego se sentó a su lado.

—¿Puedo ofrecerles una bebida? —preguntó el maître, tratando de no sentirse apurado por el desliz de Tom.

—Yo tomaré una soda —dijo Valery.

—Cerveza para mí, por favor —pidió Tom.

—¿No prefieren los señores una copa de vino blanco? Lo servimos en una tetera y en tazas por si recibimos alguna visita inesperada. Pero les aseguro que es de la mejor calidad.

Tom miró a Valery, que asintió.

—Muy bien. Vino entonces.

Cuando el maître se retiró, Tom hizo el amago de quitarse la chaqueta. La temperatura era muy agradable, incluso algo cálida. Valery le detuvo, poniéndole una mano en el brazo, y negó con la cabeza. Tom se sorprendió. No sabía que fuera de mal tono quitarse la chaqueta. Así sería muy incómodo cenar.

—Todos los demás hombres tienen la chaqueta puesta —dijo

Valery, muy sutil.

Ninguno de los dos dijo nada. Valery no quería avergonzar a Tom, y él no quería que lo avergonzara. Nunca le había importado tener unos modales pueblerinos. Educados y atentos, pero no elegantes. Absurdamente quizá, empezó a experimentar una cierta sensación de nerviosismo. Aunque se sintió aliviado al tener a Valery junto a él. Lo cual volvió a plantearle la duda de por qué ella sí sabía todas esas cosas.

Poco después, el maître regresó con una bandeja en la que había una tetera de metal cromado y dos tazas de porcelana azul y blanca. Colocó la tetera en el centro de la mesa y las tazas frente a Tom y Valery. Luego las llenó hasta la mitad y levantó las cejas en un gesto cómplice.

—Espero que el té sea de su agrado. Viene directamente de las ubérrimas tierras de la vieja Francia.

Aún no se había dado la vuelta cuando una voz sonó a su espalda. Era la de Jay, que venía seguido de Jennifer. Los habían visto desde la recepción y no esperaron a que el maître o un camarero los acompañara a la mesa.

—¡Tom! ¡Valery!

Su hermano se levantó de la silla para saludar a Jay y a Jennifer. Valery esperó sentada a que Jay la saludara, cogiendo delicadamente su mano y haciendo el gesto de besarla. Se notaba que, en los últimos años, había aprendido cosas que Tom ignoraba. Él le hubiera plantado los labios en el dorso de la mano.

Acto seguido, Jay separó la silla de Jennifer. Ésta se sentó y saludó a Valery.

—Tenía muchas ganas de conocerte —dijo.

Era cierto, aunque la razón de tanto interés no fuera inofensiva. En sólo unos segundos escrutó a la novia de Tom y sacó conclusiones. La primera y fundamental, que se trataba de una joven realmente atractiva. Estaba elegantísima y lucía como una auténtica dama.

Valery, por su parte, se fijó más en las miradas fugaces, incluso huidizas, que cruzaron Jennifer y Tom, sentados casi uno frente al otro. Jay, que se había colocado junto a Valery, comentó:

—Tom nos ha dicho que tú también trabajas en el Empire State.

—Sí. Elaboro informes de progreso para los constructores.

—O sea, que controlas a Tom —rió Jay.

—En cierto modo podría decirse que sí.

—Pues vigílalo bien…

El tono pícaro de Jay daba a entender que lo tuviera atado en corto, lejos de otras mujeres. Era una simple chanza que a Valery no le

hizo la menor gracia. Aun así, se esforzó por sonreír y asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Ya estáis aquí, chicos?

Beth apareció poco menos que corriendo hacia la mesa. Dejó atrás al maître, que iba hacia allí seguido de Adam. Éste fumaba un cigarrillo y caminaba mayestáticamente erguido, con estudiada parsimonia. Así se movían los pavos en la granja, se dijo Tom. Mientras Beth daba besos en las mejillas a Jennifer y Valery, Adam estrechó la mano de Tom. No hizo lo mismo con Jay, al que saludó con un simple gesto. Luego besó las manos de las mujeres, con tanta delicadeza como antes hizo Jay. A Valery le dedicó un «preciosa» en voz baja que sonó poco menos que lascivo. Una vez todos estuvieron sentados, llamó al maître.

—¿Me permitís que elija por vosotros? —dijo abriendo la carta, y sin esperar respuesta continuó—: Tomaremos unos entrantes: ostras y canapés variados. El cordero es espléndido. Aunque, quizá… mejor el solomillo de buey. Con guarnición de *parmentier*. Y más vino. Blanco y tinto. Languedoc y Burdeos.

El maître anotó todo en su pequeña libreta, hizo una servil reverencia, acompañada de la inevitable sonrisa, y dijo:

—Excelente elección, señor Norris.

La charla empezó tímidamente, con el consabido intercambio de palabras insulsas y triviales. Beth se bebió dos tazas de vino en un suspiro, antes siquiera de llegar los entrantes a la mesa. Durante la cena, Tom y Jennifer siguieron lanzándose miradas, a veces equívocas —al menos para Valery—. Adam hizo lo mismo, aunque con menos disimulo, hacia la propia Valery, lo que le llevó a recibir un pisotón de Beth por debajo de la mesa. Todos bebieron más vino, fueron tomando confianza y, al pedir los postres, la charla era ya animada y abierta. El centro de ella, por descontado, Adam Norris y su desmedida vanidad. Era una extraña mezcla entre encantador y despreciable.

—Perdí mucho dinero en la bolsa. Casi todo. Aunque peor le fue a mi padre, que se tiró por la ventana de su banco. —Si Adam estaba apenado por ese hecho, no lo dejó traslucir—. Él fue quien hizo correr el falso rumor de que los banqueros se estaban suicidando. La prensa, siempre la prensa, que lo magnifica todo…

Valery se tragó su orgullo profesional ante el comentario que, aunque le costara admitirlo, a veces estaba justificado.

—En fin —continuó Adam después de encender un nuevo cigarrillo —, el pobre diablo al menos se marchó a lo grande: todo el país se enteró de su muerte.

—Eso es cruel, Adam —dijo Beth.

—Todo el mundo nace y todo el mundo muere, querida. Lo que importa es cómo se vive. Hay una cosa que nunca te he contado. Antes de suicidarse, mi padre me dejó una carta. ¿Sabes lo que ponía en ella? Una simple frase: «No dejes que te pase lo mismo que a mí». Y eso he hecho. No dejar que me pase lo mismo que a él. Jamás dejaré que algo así me ocurra.

Adam Norris era un cínico. Siempre había tenido todo lo que se le antojó y no sabía vivir con menos. Los medios para lograr sus propósitos no le importaban. Más para continuar exhibiéndose que a modo de justificación, añadió:

—Yo no hago ningún mal a nadie. Me limito a darle a la gente lo que pide. Es la ley de oferta y demanda. La base del comercio desde el principio de los tiempos.

Tom jugueteaba con su taza de vino, un tanto ajeno al discurso autocomplaciente de Adam. No es que le resultara antipático, pero había conocido a tipos más simpáticos que él que hubieran vendido a su madre por muy poco. En todo caso, era el jefe de Jay y el novio de Beth, y no debía inmiscuirse en sus asuntos. La última vez que se inmiscuyó en asuntos ajenos le tocó pasar diez años en prisión.

—Bueno, Tom —dijo Adam dejando su charla sobre sí mismo—. ¿Qué hay del asunto del boxeo? ¿Te lo has pensado mejor?

—No tengo nada que pensar —respondió él secamente.

—¿Qué pasa, hombre, que le diste demasiado fuerte a alguien? —insistió Adam—. Conozco boxeadores de raza que abandonaron por eso. Tipos fuertes, pero demasiado blandos…

El comentario encendió a Tom. Adam sabía cómo aguijonear a un hombre.

—Sólo he boxeado por obligación o por necesidad. No me gusta y espero no volver a hacerlo nunca más.

—¡Una declaración muy impresionante! —exclamó Adam, que incluso dio una palmada—. Los tipos con agallas no necesitan demostrarse nada a sí mismos ni fanfarronean. Me gustas, Tom. Si no quieres boxear, quizá pueda tener un puesto para ti en mi organización. Trabajarías junto a Jay, y te aseguro que ganarías mucho más que en el Empire State.

—Gracias, pero no me interesa. Prefiero tener…

Tom no acabó la frase. Se mordió la lengua a tiempo. Iba a decir que prefería tener un trabajo honrado, sin pensar en Jay, en Jennifer y en Beth. Sólo lo habría dicho a solas, cara a cara con Adam. No era ése el momento de disputas.

—Aunque, en realidad, ni siquiera necesitas trabajar para mí y ganar un buen dinero —dijo Adam con un punto enigmático. Tras una

leve pausa para captar la atención de Tom, se explicó—: Ese rascacielos tuyo es el más grande de todos, ¿verdad? Eso significa que se necesitará mucho cobre para los tendidos eléctricos y las instalaciones. El cobre está muy valorado. Seguro que tú sabes dónde se guarda y qué seguridad hay por las noches.

—¿No estarás insinuando…?

—Cogerlo, sí —dijo Adam en voz más baja y le guiñó un ojo, antes de mirar a Jay con el gesto mucho más serio.

—Eso es un delito y… robar es inmoral —le soltó Tom, que también bajó el tono al final de la frase.

Adam rió con ganas.

—La moral es para señoras ricas, Tom. Además, todo eso lo cubren los seguros. Son empresas multimillonarias. No es para tanto.

—Para mí sí lo es. Estoy orgulloso de trabajar en el Empire State. Ese trabajo me ha cambiado la vida. Y, además, no sólo dependo de mí…

Tom se mordió la lengua. Sin darse cuenta, había estado a punto de mencionar a Milka. No había razones objetivas que le impidieran hablar de la niña, pero algo le hacía reservarse eso para él. Algo muy íntimo y difícil de expresar. Como si contárselo a alguien fuera revelar un secreto pacto entre él y su padre adoptivo, que nadie más debía conocer.

—Bueno, no sigamos hablando de ello… por ahora —dijo Adam—. Ésta no es una cena de negocios. —Desvió su atención hacia Beth para preguntarle—: Querida, ¿cantarás esta noche para nosotros?

Antes de que ella pudiera responder, Jay exclamó:

—El sábado estuvo en la radio, con la orquesta de Charley Riva.

—Y cantó como un ángel —apostilló Adam.

Ella se sonrojó levemente y agradeció los cumplidos con una sonrisa tímida. No era más que una actuación. Una más. Sabía perfectamente cómo fingir esa clase de gestos.

—Si insistís… —dijo, e hizo la consabida pausa teatral.

Todos comentaron algo en ese sentido, impulsándola a cantar.

—Entonces, me debo a mi público.

Adam llamó al maître, que se presentó a toda prisa, y le pidió que hablara con el dueño. No era más que una formalidad. En menos de un minuto, el dueño en persona apareció junto a la mesa. Saludó a todos muy efusivamente y, él mismo, acompañó a Beth hasta el pequeño espacio dedicado al piano. Pidió atención al resto de los clientes. La iluminación se redujo en la sala, al tiempo que un foco de luz blanca se encendía sobre su posición.

—Señoras, señores, permítanme presentarles a Beth Carter,

rutilante estrella de Broadway y dotada de una voz extraordinaria. Esta noche va a hacernos el honor de interpretar, para todos ustedes, una canción que espero sea de su agrado.

El dueño se retiró y dejó a Beth el centro del escenario. Antes de comenzar, ella habló al oído al pianista. Éste se sorprendió al saber la pieza que Beth deseaba interpretar. Incluso a él mismo no le pareció apropiada para aquel distinguido restaurante de blancos, aunque la hubiera tocado muchas veces en otra clase de sitios. Con cierta aprensión, puso los dedos sobre el teclado del magnífico Bechstein de gran cola, a la espera de que Beth le hiciera la señal para comenzar.

Odio ver cómo desaparece el sol del atardecer
porque mi amor va a abandonar esta ciudad.
Si me siento mañana como me siento hoy
haré las maletas y me rendiré.
Esa mujer de San Luis, con su anillo de diamantes
atrajo a ese hombre.
Si no fuera por ella, por ella
el hombre que yo amo no habría ido a ningún lado.
Tengo el blues de San Luis.
No puedo estar más triste.
Ese hombre tiene el corazón como una piedra que se lanza al mar
o no se habría alejado de mí.

Las sonrisas de la mayor parte de los clientes se fueron desdibujando de sus rostros. Aquella canción era un *blues*, música negra. Un género cada vez más popular, pero no para ser interpretado en aquel lugar ni en aquella ocasión, sino más bien en sitios como el Cotton Club de Harlem. Por el contrario, en la mesa de Adam, Valery empezaba a sentir una franca simpatía por aquella mujer, casi de su misma edad, que desafiaba de un modo tan evidente las costumbres del mundo que le había tocado vivir. Como le gustaría pensar también de sí misma.

Por su parte, Jay y Tom habían estado más atentos a la canción de su hermana que a ninguna otra cosa, y Jennifer parecía al borde de la risa. Sólo Adam mostraba un gesto torcido. Sabía por qué lo estaba haciendo. Se lo estaba haciendo a él. No se trataba de ningún desafío a la sociedad, como pensó Valery, sino uno personal y directo. Aquel *blues* contaba la historia de una despechada mujer negra, que era fácil de asimilar a la propia Beth. Su hombre, que la engañaba con otra, era Adam. El resto resultaba aún más evidente. Lo único que contuvo a este último fue que nadie podía deducir ese sentido de la canción. Su orgullo quedaba preservado a los ojos de todos. De todos menos de él.

Cuando Beth terminó, los aplausos fueron muy tímidos. Más que

eso: fríos y otorgados por mera cortesía. Había interpretado la canción con entusiasmo y talento, casi como una auténtica cantante de color. Sus movimientos sinuosos, sus suspiros y jadeos escandalizaron a algunas damas. Y también a más de un caballero, aunque no tanto como le sedujo. Porque ésa era la definición perfecta: Beth estuvo seductora, cálida hasta lo tórrido. Antes de regresar a la mesa se dirigió un momento al pianista, le acarició el hombro de su impecable esmoquin y le dio las gracias. Éste le guiñó un ojo y continuó con sus insulsas baladas de ambiente.

—Te creerás muy graciosa… —le dijo Adam de pie junto a la mesa, en voz muy baja, al colocarle de nuevo la silla. Su tono era glacial.

—¿Es que no te ha gustado? Yo creo que la canción no podía ser más apropiada.

—Ya hablaremos tú y yo después.

Adam prefirió no discutir delante de todos. Beth había bebido de más y temía que acabara montando un escándalo. La única que la felicitó fue Valery.

—Ha sido increíble. La verdad es que tienes talento. Ni Bessie Smith habría cantado tan bien.

—¿Te gusta el *blues*? —dijo Beth, sorprendida de que Valery conociera a la intérprete que había hecho famosa esa canción negra.

—¡Me encanta! —exclamó ella—. Tiene toda la fuerza de centurias de dolor en el alma. Es la expresión suprema de quienes sólo podían expresarse mediante la música y la poesía no escrita. Es un grito de libertad de quien no la posee. Estoy leyendo una novela, *El halcón maltés*, de un escritor joven que se llama Dashiell Hammett, y en ella está presente esa misma fuerza, aunque…

La expresión atónita de sus compañeros de mesa truncó la parrafada de Valery. En especial, el gesto de Tom. No abrió la boca, pero era evidente que aquella noche estaba deparando muchas sorpresas.

—Así que lees novelas… —dijo Adam.

—Bueno, alguna vez he leído alguna. Es una distracción como cualquier otra.

Valery intentaba arreglar el estropicio. Se dejó llevar por el entusiasmo y eso le hizo meter la pata. No debía expresarse como una persona culta, sino como alguien que trabajaba en la construcción del Empire State, y no precisamente en las altas esferas. Su fallo era imperdonable. Durante un momento, tuvo el deseo de decir la verdad y acabar de una vez con aquella farsa. De confesar a qué se dedicaba en realidad, y revelarle a Tom que no se llamaba Valery Smith, sino

Marquand, de origen galés, y hasta contarle que su querido y odiado padre era miembro de la Corte Federal de Estados Unidos. Si no hubiera sido por las miradas que les había visto cruzar a Tom y a Jennifer durante toda la noche, lo habría hecho.

—¿Y qué te parece? —insistió Adam.

—¿El qué…? —contestó ella, sumida en sus pensamientos.

—Ese tal Hammett. Creo que he oído hablar de él, pero no estoy seguro.

Lo que Valery hubiera querido responder es que Dashiell Hammett era un escritor brillante y muy prometedor, injustamente infravalorado por el género de sus novelas. Como tantos otros escritores. No hay muchos que sepan apreciar a la primera lo que, a menudo, acabarán idolatrando cuando un autor está encumbrado. Sin embargo, lo que Valery dijo fue:

—No está mal. Es bastante entretenido.

Ésa era la opinión que tenía de Hammett una de las telefonistas del *World* que, como Valery, también era aficionada a leer novelas, aunque de Agatha Christie principalmente.

—Bueno… —dijo Jay abriendo los brazos y aprovechando la pausa —, creo que ha llegado la hora de que nos marchemos. Al menos Jennifer y yo. Ya es muy tarde, y no nos gusta dejar a los niños solos tantas horas con la niñera. Sobre todo al pequeño.

—¿Seguro que no podéis quedaros un poco más? —dijo Adam—. Había pensado que fuéramos a bailar.

—No, seguro, Adam —dijo Jay, y Jennifer asintió a su lado.

—Entonces, nos veremos mañana en la oficina.

—Nosotros también nos vamos —dijo Tom—. Gracias por la cena.

—¿Seguro que no te apetece ir a bailar? —le preguntó Valery, que pretendía tener la oportunidad de enmendar su error.

La mirada de Tom fue desconcertante. Ni demasiado seria ni demasiado amable. Ni dura ni fría. De lo que no había duda es de que era negativa. Valery optó por aceptar su decisión.

—No, es cierto. Se ha hecho tarde. Quizá en otra ocasión.

—¡Seguro! —exclamó Beth, contenta de veras de haber conocido a Valery—. Esto hay que repetirlo.

Adam hizo uno de sus gestos calculados, de galán buscavidas, y se despidió también de todos. Se quedó con Beth en la mesa. Durante un buen rato no dijo nada. Fue ella la que habló.

—¿No íbamos a ir a bailar?

—Ya no me apetece —dijo él secamente. Se encendió un cigarrillo y añadió—: Vamos, te dejaré en casa.

Fuera, Tom y Valery se despidieron de nuevo de Jennifer y de Jay. Éste tenía su coche aparcado en la puerta del restaurante. Se ofreció a llevar a su hermano y a su novia, pero Tom declinó el ofrecimiento. Su mirada era muy parecida a la del restaurante. Sólo cambió su expresión un momento, cuando se acercó a Jennifer y le dio un beso en la mejilla.

Ya a solas, Tom se desató. Le asaltaban las dudas y necesitaba resolverlas cuanto antes.

—Mira, Valery, llevas una ropa demasiado elegante y se nota que estás acostumbrada a vestir así. A mí me parece que me quema este traje, y la corbata me está ahogando. Sabes todo el tiempo cómo comportarte. Sabes dirigirte a un maître de un sitio como ése, colocarte delante de la silla o que un hombre no debe quitarse la chaqueta para comer, aunque haga calor. Me ha dado la impresión muchas veces en la cena de que portarte de un modo… normal era lo que de verdad te estaba costando. Y, luego, tu gran discurso sobre el *blues* y el escritor ese del que nos hablaste. ¿Qué está pasando, Valery? ¿Tienes algo que contarme?

Por supuesto, Tom tenía razón en todo. Últimamente Valery había convivido mucho tiempo con él y con Casals. El ambiente del Empire State, o de los sitios a los que habían ido juntos hasta ahora, estaba tan alejado de su vida que a ella le resultaba más sencillo fingir en esas circunstancias. Era siempre consciente de no pertenecer a esos lugares, y no le costaba tanto seguir su papel de jovencita humilde. Pero aquel local refinado había anulado sus defensas. Le era demasiado cotidiano. Podría haber optado por admitir todo eso y ser completamente sincera con Tom, por una vez. Sin embargo decidió pasar al ataque. A ella también la asaltaban las dudas. Ella también quería saber si Tom tenía algo que contarle.

—¿Y tú? ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo mirabas a la mujer de tu hermano? ¿Y de cómo te miraba ella a ti?

Aquello alcanzó de pleno a Tom. En el boxeo se le llamaría un golpe bajo. Por un instante se quedó desarmado, sin saber qué decir. Llegados a ese punto, sólo le quedaba una alternativa: contarle a Valery toda la verdad y ofrecerle las piezas que le faltaban por saber.

—Te conté que cumplí diez años en prisión. Que fue por matar al padre de la chica de la que estaba enamorado, allá donde vivía en Pensilvania. Lo que no te dije es que aquella chica era Jennifer. Jennifer, la mujer de mi hermano Jay…

Valery se sintió como si una bomba acabara de explotar dentro de su mente, anulando todos sus sentidos. Era evidente que Tom seguía enamorado de Jennifer. Por eso, casi como un autómata, más como

una especie de venganza que de correspondencia a su sinceridad, le contó también la verdad sobre ella.

—Mi trabajo en el Empire State es una tapadera. No redacto ninguna clase de informes para la propiedad. Ni siquiera me apellido Smith. Mi nombre es Valery Marquand, reportera del *New York World* y del *World Magazine*. Mi jefe me consiguió el falso trabajo en el Empire State para documentar un reportaje, desde dentro, de la construcción del edificio. Tú ibas a ser el protagonista de ese reportaje. El lado humano.

Las últimas frases de Valery llevaban consigo una nota de amargura.

—Me has engañado —dijo Tom sin alzar la voz.

—Sí, te he engañado. A ti y a todos. Mi padre es juez de la Corte Federal de Estados Unidos. Uno de los mejores, según dicen, si no el mejor. Soy una niña rica jugando a observar el mundo de los pobres. Tienes derecho a enfadarte. Y ahora, si no te importa, voy a tratar de encontrar un taxi.

29

El día siguiente era domingo. Tom pasó horas completamente perdido y confuso. Estaba dolido por las mentiras de Valery, pero se preguntaba a sí mismo hasta qué punto tenía derecho a ello. Él también la había engañado, y de un modo mucho más cruel, haciéndole pensar que estaba enamorado de ella cuando seguía estándolo de Jennifer. Pero ¿era eso cierto? ¿De verdad seguía amándola? Quizá lo fue en un principio, aunque ya no estaba seguro de nada. ¿Se podía amar a dos mujeres a la vez?

Beth era la única persona a la que podía recurrir para aliviar su peso interior y despejar sus dudas. Después de hacer una breve visita a Milka, Tom acudió de nuevo al teatro donde actuaba su hermana. Esperó frente a la salida de artistas a que terminara la obra. No estaba de humor para vodeviles. Después de un par de horas vio por fin salir a Beth. No tuvo reparos en abordarla directamente y espantar a un grupo de entusiastas admiradores que también la aguardaban. Ella, como siempre, tenía gesto de cansancio y también de preocupación. Pero su rostro se iluminó un poco al ver a Tom, a quien dio un cariñoso beso.

Después de caminar juntos un par de manzanas, entraron en un pequeño restaurante. Era un sitio acogedor donde podrían charlar con tranquilidad. Beth imaginaba de qué quería hablarle su hermano: de Jennifer. Ella también había notado su cruce de miradas durante la cena. Si volvían los fantasmas del pasado nadie saldría con bien. Lo poco que alguno de ellos pudiera ganar, no compensaría lo que todos iban a acabar perdiendo. Debió dejar a Tom hablar primero, pero estaba demasiado triste y agitada como para no hacerlo ella antes. Adam seguía enfadado por su numerito en Leonard's House y no sabía nada de él desde la noche anterior.

—¿Qué opinas de Adam? —le preguntó a Tom.

—Casi no le conozco.

—Dime la verdad.

—No me gustan los negocios a los que se dedica. Y menos aún, que Jay esté metido en ellos.

Sólo faltaba añadir que Adam tampoco le gustaba, pero se reprimió.

—Son tiempos difíciles —dijo Beth para justificar a Jay—. Era eso o perderlo todo. Tiene a Jennifer y tres niños.

—Lo sé…

Los pensamientos de Tom volvieron a sus combates de boxeo en la cárcel. Había luchado hasta machacar por completo a otros seres humanos sólo porque las circunstancias le llevaron a ello. Él no era diferente de Jay. No tenía derecho a juzgarle. Aunque hubo un momento en que se plantó, cuando no quiso seguir luchando se limitó a encajar los golpes. Siempre existe esa alternativa.

—Adam no me quiere —dijo Beth de pronto—. Estoy con él porque me conviene. Puedes pensar que soy una puta, si quieres, pero ésa es la verdad. Hace tiempo que sé que me engaña con otras. Y bebo demasiado. Ésa soy yo. No la chica de Broadway que canta en el teatro y en la radio. Eso es sólo fachada. La verdadera Beth Carter es una mujer hundida y despreciable.

No hubo respuesta por parte de Tom. Se limitó a apretarle la mano con cariño.

—¿No crees que soy una zorra?

Beth empezó a llorar. Hacía tanto tiempo que era incapaz de llorar así…

—No —dijo Tom—. Creo que eres una mujer maravillosa y que no deberías dejar que nadie te haga creer lo contrario.

Ella se calmó y, casi al instante, volvió a sonreír. Tom se dijo que ya no tenía delante a la niña pequeña que creció en Sunnyside y a la que todo le asustaba. Su hermana se había convertido en una mujer fuerte. Quizá demasiado fuerte.

—Cuéntame por qué has venido a verme —dijo ella.

Tom dudó en descargar sus penas sobre quien cargaba ya con tantas, pero se oyó a sí mismo decir:

—He roto con Valery.

Beth no pareció sorprendida.

—¿Por Jennifer?

—No… No lo sé… Sí, por Jennifer, supongo. Pero es que…

—¿Qué, Tom? A mí puedes contármelo. Te conozco mejor que nadie.

Beth miró a su hermano con ternura, recordando el tiempo, no tan lejano en su corazón, en que ella era una niña feliz. Tom nunca se dio cuenta y Beth nunca se atrevió a decirle nada, pero también ella estuvo enamorada de él durante un tiempo, al poco de llegar a la granja. Enamorada como una cría que no sabe nada del amor ni de la vida: ingenua y sinceramente. Le parecía tan romántico tener en casa a un huérfano recogido de las calles de Filadelfia…

—Basta de recordar el pasado —se dijo a sí misma en voz alta, sin que Tom comprendiera a qué se refería—. Has dicho que lo tuyo con

Valery se ha terminado.

—Me mintió.

—¿Cómo que te mintió? Esa chica está loca por ti. Hazme caso. Soy mujer y entiendo de estas cosas.

Tom sacudió la cabeza.

—No, no es eso. Me ha mentido en… en todo lo demás. No trabaja realmente en el Empire State. Es periodista y está haciendo un reportaje para su periódico, de incógnito. Su padre es juez y su familia es rica.

Ese último comentario, expresado por Tom como si se tratara de un crimen, hizo que Beth soltara una carcajada.

—Vaya, vaya. Eso sí que no me lo esperaba. Es un enredo más retorcido que una pieza de Broadway.

—No estoy bromeando.

Beth se puso muy seria. No por la reprimenda de Tom, sino porque lo que iba a decir era importante y lo había aprendido a base de desengaños.

—Ya sé que no estás bromeando, Tom. Valery te ha mentido, de acuerdo. Pensabas que era una desvalida trabajadora de clase baja y ha resultado ser una periodista de familia rica. Pero es una joven preciosa, inteligente, divertida, con ideas propias y con coraje, que, lo merezcas o no, está enamorada de ti. ¿Has venido a pedirme consejo? Muy bien. Pues aquí tienes mi consejo: trágate tu orgullo y pregúntate si te gusta o no esa mujer. Quiero decir, ¿te gusta estar con ella, hablar con ella, reírte con ella y meterte en la cama con ella? Porque en eso consiste el amor. Y, si sientes eso por alguien, tienes que lanzarte de cabeza, por más que duela algunas veces.

Tom se dio cuenta de dos cosas. Una era que Beth no hablaba sólo de él y de Valery. La otra, que empezaba a sentir por Valery todo aquello.

—Pero no es Jennifer —dijo Tom, aunque sólo era la parte final de una frase que debía haber empezado por un «sí».

—Olvídate de una vez de Jennifer. Está casada con Jay. Tienen tres hijos. Les va bien. Ella le quiere. A su manera, pero le quiere, no lo dudes. Lo vuestro ya no es posible. Se pasó el tiempo. No lo tomes como algo terrible. La vida es así, hermano, y a veces por una buena razón. Vuelve con Valery. Hazme caso. Con ella puedes ser feliz.

—Quizá tengas razón. Pero es que… maldita sea, lo he pasado tan mal…

Aquélla era la primera vez que Tom dejaba aflorar de veras sus sentimientos. Sin cáscara, sin coraza.

—Ya lo sé, Tom. Siempre has sido tan buen chico… Papá te quería

más que a ninguno de nosotros, estoy segura. Más que a sus verdaderos hijos. Cuando Jay y tú estabais en la guerra siempre andaba preocupado por ti. Fue muy duro para él todo lo que pasó. Pero siempre escribía a Jay y le preguntaba cómo estabas, si te iba bien…

—Yo… no lo sabía.

—Papá sentía que adoptarte era lo mejor que había hecho en toda su vida. Estaba orgulloso de ti, Tom.

Si los años no le hubieran endurecido tanto, se le habrían saltado las lágrimas. Nunca creyó que oiría eso. Haber pensado lo contrario durante tanto tiempo fue el gran peso que había cargado sobre sus hombros. Ahora se sentía liberado de esa carga, feliz de repente contra cualquier pronóstico.

—Te quiero, hermana.

Beth le apretó afectuosamente el brazo.

—Lo sé.

Valery, en cambio, se pasó llorando todo el domingo, con una mezcla de desamor y rabia. Había regresado a su lujoso piso de Chelsea. Necesitaba verse rodeada de sus cosas, en un ambiente que conocía bien y adoraba. La precariedad del otro apartamento sólo la dejaba más deprimida. Y le recordaba quién era en realidad; tanto como lo que había querido ser y nunca sería.

La farsa había terminado. Se sentía impotente y triste. Llevaba media vida huyendo de relaciones serias, precisamente para evitar sentirse así algún día y perder su independencia en el sentido más íntimo. De poco le había servido. Si fuera una periodista dada a lo melodramático, diría que Tom le había roto el corazón. En realidad, los corazones no se rompen, pero sí es posible perder las ilusiones cuando uno se da cuenta de que no puede evitar seguir amando a quien no le ama.

Frente a su máquina de escribir y sus notas, Valery se preguntó qué sentido tenía regresar al día siguiente al Empire State. Si Tom contaba a todos quién era ella en realidad, ya no podría completar su reportaje para el periódico, con lo que seguir allí resultaría absurdo. Y, en cualquier caso, tampoco creía tener las fuerzas necesarias para terminar su trabajo.

No obstante, el lunes por la mañana se encaminó otra vez hacia el edificio. Había decidido que sí iba a terminar su reportaje. Como fuera. Si tenía que caer derrotada, no sería por falta de lucha. Lo único que esperaba era no encontrarse con Tom. O, al menos, que la evitara

y la dejara en paz. No quería sufrir más por su causa. Eso deseaba, pero él estaba esperándola frente a la caseta donde ella solía trabajar.

—Estuve buscándote ayer —le dijo. Estaba muy serio.

A Valery le costó unos segundos comprender por qué no había sido capaz de encontrarla. Hasta que cayó en la cuenta de que debió de haber ido al apartamento del Lower East Side, el que conocía, mientras que ella había estado todo el día en el otro, el verdadero. Pensó en explicarle eso, pero tenía una cuestión más evidente que aclarar.

—¿Para qué querías verme?

No había hostilidad en su voz. Tan sólo sorpresa, atenuada por el dolor que le producía ver a Tom. Era previsible que él no hubiera vuelto a dirigirle la palabra nunca más.

—Lo siento —dijo Tom, que también evitó explicaciones innecesarias.

Valery se encogió de hombros. Ella también lo sentía, pero eso no cambiaba nada.

—Lo mío con Jennifer se acabó —añadió él—. Quiero estar contigo.

Valery no respondió de inmediato.

—Bien.

—Bien —repitió Tom—. Ahora tengo que seguir trabajando. Si quieres nos vemos luego.

—De acuerdo.

No fue una reconciliación romántica, llena de lágrimas y apasionados besos. Valery estaba demasiado confusa. Se sentía un poco como una enferma a la que los médicos han convencido de que está sana, sin que ella lo note de verdad. Porque, ¿qué significaba todo aquello en el fondo? Si, después de tantos años, Tom seguía enamorado de Jennifer, eso no podía haber cambiado de la noche a la mañana. Carecía de sentido y, sin embargo, acababa de decirle que quería estar con ella y no con Jennifer.

Él ya había vuelto al trabajo cuando esa idea caló por fin en Valery, haciéndole sentir una profunda alegría, a pesar del recelo y la incertidumbre. Se pasó el resto de la mañana tratando de alejar los malos pensamientos y convenciéndose a sí misma de que las palabras de Tom eran sinceras. Genuinamente sinceras.

A la hora de la comida no se unió a él, como era habitual y deseaba más que nunca. No se explicó a sí misma la razón. Pero, de tener que hacerlo, diría que tenía miedo de que Tom se hubiera arrepentido de sus palabras. Comió sola en un restaurante fuera de la obra y regresó a su apartamento en busca de sus notas. No las había

llevado consigo esa mañana, aunque su decisión seguía en pie. Ocurriera lo que ocurriese, no permitiría que sus sentimientos interfirieran en su trabajo.

Por su parte, Tom estuvo comiendo con Casals en uno de los restaurantes del edificio. El capataz se dio cuenta enseguida de que algo le afligía y supuso, acertadamente, que se trataba de un asunto de faldas.

—¿Qué te pasa, muchacho? No haces más que mirar hacia la entrada. ¿Es que esperas a alguien? ¿A una joven y preciosa muchacha, quizá?

—Prefiero no hablar de eso.

—¿Es para tanto? —dijo el capataz, intuitivo.

—No lo sé. De veras que no lo sé.

—Si no lo fuera, no estarías así. Soy mayor que tú, sé lo que se siente y sé también cuánto puede trastocar una mujer la paz de un hombre. Y lo necesario que es que lo haga. El secreto es no pensar demasiado. Lo mejor es dejarse llevar sin romperse la cabeza.

—Lo mío es más complicado que eso.

—Siempre lo es. A todos nos parece que lo nuestro es lo más complicado del mundo. Y, aunque lo fuera, la clave sigue siendo no pensar demasiado. Hazme caso, muchacho.

—Lo intentaré.

El resto de la jornada, Tom hizo lo contrario de lo que Casals le había aconsejado. No dejó de pensar en Valery, aunque tuvo la presencia de ánimo suficiente para no intentar verla hasta el final del turno. Lo que le había dicho por la mañana no fue impulsivo, pero tenía la sensación de que le había faltado algo por decir, y quería asegurarse de tenerlo claro antes de hablar con ella otra vez. Cuando sonó el silbato de la obra, se dirigió con calma hacia la calle y esperó a que Valery saliera. Enseguida la vio aparecer. Se le acercó y la cogió de la mano. Ella intentó decir algo, pero él se adelantó.

—No te merezco. La pura verdad es que no te merezco.

—¿Me dejas que te invite a una cerveza? —dijo Valery con un sonrisa comprensiva.

Tom sonrió también al reconocer la misma pregunta con la que Valery le convidó a que salieran juntos por primera vez. Y supo lo que aquel gesto significaba: ella estaba dispuesta a empezar de cero.

Caminaron juntos hasta un restaurante barato del sur de Manhattan, agarrados todo el tiempo de la mano como dos adolescentes. Tomaron un bocado, bebieron unas sodas, se miraron con el deseo de ser felices y, después, se fueron a pasar la noche al verdadero apartamento de Valery. Empezar de cero significaba

precisamente eso: mirar hacia delante, en lugar de hacia atrás. Quizá el amor no lo puede todo, pero, entonces, nada lo puede.

Otra vez llovía. El otoño estaba siendo muy inestable. Tan pronto hacía un calor impropio de las fechas como caía una lluvia fría que recordaba el inicio del invierno. Aquella mañana, los chicos de los periódicos se refugiaban bajo soportales o cornisas, pregonando sus noticias de portada. Los repartidores se movían como fantasmas, bajo chubasqueros en forma de poncho, y casi nadie que no tuviera verdadera necesidad de hacerlo se asomaba a las calles.

Adam Norris contempló desde su coche una fila de desempleados que miraban a ninguna parte. Se había detenido en un cruce. Todos esos hombres estaban apoyados de espaldas contra un muro, protegidos por un saliente del edificio, unos con las manos en los bolsillos y otros con los brazos lánguidos. Varios niños pasaron corriendo y gritando, como si el mal tiempo no les afectara. El último se tropezó con uno de los hombres de la pared y cayó al suelo de bruces. No fue culpa de aquel tipo, pero ni siquiera se dignó acercarse al chiquillo para ayudarle a levantarse.

El automóvil de Adam atravesó algunas calles más, hasta un barrio mucho más elegante. El chófer estacionó junto a la acera, dejando atrás ese mundo al que no pertenecía y del que se sentía a enorme distancia. Él nunca permitiría que otros forjaran su destino, entregándose a la corriente sin oponerse a ella y dejándose llevar. Tampoco se permitiría aferrarse a nada ni a nadie hasta el punto de acabar hundiéndose juntos. Por eso iba a hacer lo que iba a hacer. El momento había llegado.

—Está bien, Scott —dijo al chófer para que no se bajara a abrirle la puerta.

—Gracias, señor. Le esperaré aquí.

Adam no contestó. Cogió su paraguas y lo abrió antes de descender del vehículo. A unos metros se hallaba el apartamento de Beth. El lujoso apartamento que él pagaba. El portero le saludó al verlo llegar y le abrió la puerta. Dentro, Adam tomó el ascensor y se encendió un cigarrillo antes de llamar al timbre.

—¡Ya va…! —dijo ella al oír el insistente zumbido.

Acababa de levantarse y estaba desayunando a base de pan tostado con mermelada, leche y una copa de ginebra. El gesto grave de Adam la asustó.

—¿Por qué no has abierto con tu llave? ¿Ha pasado algo?

—Todavía no —dijo él, sin contestar a la primera pregunta.

Ya en la sala de estar, vio la ginebra en la mesa. Esta vez no sacudió la cabeza, reprobador, ni le recriminó nada a Beth. Ella había dejado de ser de su incumbencia.

—He venido a decirte que se acabó. Lo nuestro no tiene futuro ni razón de ser.

—¿Por qué…? —acertó a decir Beth, a punto de atragantarse.

—¿Por qué? Porque estoy harto de ti.

—Al menos podrías darme alguna razón.

El silencio de Adam duró unos instantes que parecieron mucho más largos de lo que fueron.

—Ve buscando otro sitio. Quiero que estés fuera de este apartamento a final de mes.

—Eres un cerdo, ¿lo sabías?

—Supongo que es cuestión de opiniones, querida.

Beth estaba a un paso de Adam. Apenas tuvo que estirar el brazo para propinarle una sonora bofetada. Él la encajó sin inmutarse. Torció el gesto por un momento, con la mirada fija en Beth y llena de desprecio. Se dio la vuelta y se marchó por donde había venido. Beth se quedó sola.

Era extraño. Sabía que este día iba a llegar tarde o temprano. En cierto modo se alegraba de romper con esa vida. Quizá nunca se habría atrevido a dar por sí misma aquel paso, pero ahora pensaba aprovecharlo en cuanto decidiera qué hacer con su vida. Algo que no iba a resultarle nada fácil porque, a pesar de todo, nunca había dejado de amar a Adam.

Se sentó de nuevo a la mesa y terminó su desayuno. Aunque no se bebió la copa de ginebra.

Jay no sabía por qué Adam estaba de tan mal humor aquella mañana. Lo llamó a su despacho y le habló tan secamente que pensó que, quizá, estaba molesto con él. Adam no dijo a nadie que había roto con Beth, pero estaba seguro de que ella se lo contaría a su hermano antes o después. Cualquiera que fuese su reacción, prefería mostrase frío y pagar con Jay su enfado. Al mirarlo, veía los ojos de Beth, y eso le hacía sentir ira.

—Quiero que hables con tu hermano.

—¿Con Tom?

—Sí, con Tom. ¿Es que no es ése tu hermano?

El tono de Adam fue extremadamente brusco. Tiránico.

—Okey. ¿Y de qué tengo que hablar con él?

—Del asunto del cobre. Quiero ese cobre. Podemos sacar muchos

miles de pavos, y es un golpe muy fácil. Siempre que él colabore.

—No creo que…

—No te he preguntado tu opinión —le cortó Adam.

—Bien.

—Bien. Ve a verle y dile que le daré el diez por ciento de lo que saquemos al venderlo. Eso será más de lo que ha ganado en toda su vida. Díselo así. Y también que yo no olvido un desprecio. Déjale claro que es una amenaza. Una amenaza de alguien que no amenaza en vano.

Jay frunció el ceño.

—¿Y si va a la policía?

—Si va a la policía haré que Owen busque el modo de incriminarlo en cualquier delito. Estuvo en la cárcel, ¿no? Se juega la perpetua. No creo que quiera arriesgarse. Díselo también.

—Es mi hermano —dijo Jay, muy serio—. No puedo consentir que…

—¡Basta! —volvió a cortarle Adam—. Si no quieres que le pase nada malo, consigue convencerle. Lo dejo en tus manos.

Sin decir nada más, Jay salió del despacho y fue directamente a la calle en busca de su coche. Condujo hacia el Empire State por las calles mojadas. Estacionó el vehículo en la calle Treinta y tres y caminó hasta la entrada. Un vigilante le preguntó qué quería. Dijo que necesitaba ver a un familiar suyo que trabajaba allí.

—Lo siento, pero no puede usted pasar.

—Tengo que hablar con él. Se llama Tom Carter.

—Tendrá que esperar a la hora de la comida. Vaya entonces a esa oficina —dijo el vigilante, señalando con el dedo una caseta de obra— y pregunte por él.

—¿A qué hora?

—A partir del mediodía.

Jay se apartó, aunque se quedó de pie al otro lado de la calle, mirando el cielo. Estaba cada vez más gris, anunciando un nuevo aguacero. Desde ese punto, sin ángulo de visión, el Empire State parecía infinito; una estructura que se iba haciendo escalonada en altura por obligación de las ordenanzas municipales. Las autoridades no querían ver la ciudad cubierta por moles cúbicas que impidieran a la luz del sol llegar hasta el suelo.

Hasta más de la mitad de su altura ya no estaba al aire la estructura metálica interior. Por encima, aún se veía el esqueleto de poderosas vigas oscuras, atravesado por muros y andamios. Contemplándolo, Jay quiso ser Tom. Cambiarse por él. Una vez más, porque ya lo había deseado muchos años antes, cuando Jennifer lo

quería a él. Y ahora, aunque era suya, sabía que no le había olvidado. Siempre estaría un paso por detrás de su hermano. Pero Tom no tenía la culpa.

—Ojalá la tuviera. Ojalá nunca hubiera venido a la granja —masculló Jay para sí, con una voz apenas audible y sin sentirlo de verdad.

No podía hacer otra cosa que esperar. Compró un periódico, buscó un café en las cercanías y se sentó dentro a hacer tiempo. Necesitaba pensar el modo de convencer a su hermano para que cometiera un delito y que no pudieran incriminarle por ello.

Cuando llegó la hora del almuerzo, tenía una idea aproximada de cómo proceder. Por él, se hubiera olvidado del asunto. Pero estaba seguro de que Adam no iba a dejarlo pasar fácilmente. El cobre era un metal valioso, dúctil y apreciado en la fabricación de cableado eléctrico. Con la cantidad necesaria en el Empire State, el golpe podría ser muy lucrativo. Y sencillo, como había dicho Adam. Bastaría con que Tom se enterara de la ubicación del cajetín eléctrico que daba suministro a las alarmas. Si él lo desconectaba por la tarde, antes de salir del trabajo, esa misma noche sería factible amenazar a los vigilantes, acceder al interior con un camión y cargarlo de cobre. Simple y rápido. Sin complicaciones.

Frente a la puerta de salida de los trabajadores, Jay esperó a Tom. Prefirió no preguntar por él. Eso era dar eventuales pistas, si es que el golpe se llevaba a cabo. Se quedó al otro lado de la calle, esperando. Le extrañó que apenas salieran hombres, aunque había escuchado desde fuera el silbato que anunciaba la hora de comer. Jay ignoraba que dentro hubiera restaurantes, y que el resto de los hombres, los que no los frecuentaban, solieran llevarse de casa la comida. No tuvo más remedio que acercarse a la oficina que le había indicado el vigilante por la mañana.

—Busco a Tom Carter —dijo frente a una ventanilla.

Le atendió una señorita. Tenía unos ojos saltones que parecían bizquear a cada palabra que salía de su boca.

—¿Tom Carter? —repitió—. ¿Trabaja aquí?

A Jay le dieron ganas de decirle que no, que lo preguntaba por preguntar. Pero no le convenía mostrarse insolente ni llamar la atención.

—Sí. Es albañil, creo. O carpintero.

—Espere, por favor. Enviaré a un chico a llamarlo.

La joven hizo eso, avisó a un chico, casi un niño, le dijo el nombre de Tom y lo mandó en su busca. Después de unos minutos, éste apareció al fin delante de Jay.

—¿Qué haces aquí? —le dijo extrañado.

—¿Tienes un poco de tiempo?

—Es la hora del almuerzo.

—Yo tampoco he comido. Te invito. Hay un sitio aquí cerca que está bien.

—¿Me dejarán entrar con esta ropa?

—El dueño es amigo. Y no se trata de ningún local elegante, no te preocupes.

Caminaron juntos hacia la Quinta Avenida. Empezaba de nuevo a llover y a hacer frío, y Tom había dejado su abrigo en la obra. El restaurante se hallaba en la calle Treinta y dos, a sólo cuatro o cinco manzanas del Empire State, y no era tan normal como había dicho Jay. Sin embargo, no tuvieron problemas para que los dejaran entrar.

—¿Por qué has venido a buscarme? —dijo Tom, ya en el cálido interior, al ver que Jay no hablaba.

—Comamos y te lo cuento con tranquilidad.

El dueño los saludó efusivamente. Era un maduro irlandés de dos metros de altura y cara de niño. Acomodó a los dos hermanos en una mesa junto a la ventana. Desde allí se veían pasar los coches y los transeúntes bajo el incipiente aguacero.

—Se adelanta el invierno —comentó Jay.

—No creo que me hayas traído aquí para hablar del tiempo, ¿verdad?

Una rolliza camarera, que debía de ser de la familia del dueño, apareció con sendos platos de guiso de carne. Cuando se fue, Jay le reveló a Tom lo que tenía que decirle.

—Es por el asunto del cobre.

Esperaba la reacción de Tom. Éste levantó los brazos y separó la silla de la mesa, con intención de marcharse.

—Por favor, Tom, escúchame. La cosa no va conmigo. Es Adam quien se ha empeñado. Déjame que te diga lo que tengo que decirte, y luego si quieres te vas.

Tom no contestó. Miraba a Jay con gesto severo. Pero volvió a acercarse a la mesa.

—Adam está obsesionado con ese asunto. No sé por qué. Hoy estaba muy raro. No la tomes conmigo. Yo sólo voy a repetirte lo que él me ha dicho. En primer lugar, que tú te llevarás un diez por ciento de lo que se saque por la venta. Pero que, si no colaboras, buscará el modo de incriminarte en algún delito falso a través de ese perro de O'Connolly. Sabe que estuviste en prisión. No puedes arriesgarte a volver.

Eso no fue exactamente lo que dijo Adam, pero Jay pensó que sería

bueno tensar la situación al máximo. El gesto de Tom se endureció. En sus labios había una mueca de desprecio.

—Que haga lo que quiera. No voy a participar en un robo.

—¡Chisss, no levantes la voz! Ya lo sé, ya lo sé. Estoy de acuerdo contigo. He estado pensando en cómo dejarte al margen y que Adam no se entere. Sólo necesito que desconectes las alarmas. No será difícil para ti, y nadie lo sabrá.

—No, Jay. Escúchame tú ahora. No sólo no voy a participar: no voy a dejar que lo hagáis. ¿Lo entiendes ahora? Si ese policía con el que andas me echa encima un delito, que lo haga. No voy a dejarme amedrentar.

Jay asintió.

—Está bien. Espero que no creas que yo tengo algo que ver con todo esto.

—Bueno, trabajas con esos malnacidos, ¿no es cierto?

La recriminación de Tom era merecida. Jay le mantuvo la mirada, pero luego la bajó, avergonzado.

—Sí, es verdad. Y lo siento. Lo siento, hermano.

Lo primero que hizo Tom al regresar a la obra fue, empapado por la lluvia, dirigirse a la caseta de los vigilantes. Durante las noches, un par de hombres se quedaban en esa caseta, conectada a las alarmas, turnándose para hacer las rondas de vigilancia. Sólo una vez habían tenido que actuar. No se trató de un intento de robo, sino de un pequeño incendio en una de las plantas, que a los bomberos no les costó mucho sofocar gracias a la presión de las bombas de agua instaladas en el edificio.

La caseta estaba aún vacía. Los vigilantes nocturnos no llegaban hasta horas más tarde, después de que el trabajo de los obreros finalizara. Tom volvió a su puesto y se pasó toda la tarde callado y taciturno. Valery fue en su busca en cuanto acabó el turno, pero él le dijo que se fuera sola y lo esperara en su apartamento. Tenía un asunto del que ocuparse, aunque iría después a recogerla para salir a cenar y a tomar algo por ahí.

Ella obedeció. Sin embargo, una duda la asaltó de nuevo. Tenía que ver con esas desapariciones de Tom. Nunca podía quedar con ella los viernes por la noche y, en muchas otras ocasiones, se excusaba para hacer algo de lo que nunca le había hablado. Aquello era muy extraño y no estaba dispuesta a dejarlo estar. Aunque, en esta ocasión, tuvo que aguantarse.

Después de salir del trabajo, Tom se quedó en las inmediaciones de

la obra, protegido de la incesante lluvia y esperando a los vigilantes nocturnos. Cuando los vio aparecer, fue hacia ellos y los saludó. Estaban cruzándose a toda prisa con los últimos compañeros de día, y ya conocían a Tom tras meses en la obra. No le resultó difícil entablar una conversación en la misma puerta, a cubierto del aguacero. Al menos con uno de ellos, que se quedó en la entrada mientras el otro iba a ocupar su puesto en la caseta de la alarma.

—Así que trabajas aquí —dijo el vigilante, un tipo de mediana edad, con bigote y cara de buena persona.

—Sí. Es un buen trabajo.

—Sí que lo es. Ojalá yo tuviera tanta suerte. La vigilancia nocturna es muy aburrida. Y más en noches como ésta.

—Ya lo supongo. Y debe de ser peligrosa también.

El vigilante negó con la cabeza.

—No demasiado. Aquí no hay nada valioso que robar. Y el incendio que hubo no fue gran cosa.

—Es que… he oído algo.

Ahora el vigilante aguzó el oído. Pero antes de seguir, Tom le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Abe. Abe Harrod.

—Yo soy Tom Carter —dijo éste, tendiéndole la mano—. Mira, Abe, he oído por casualidad a unos tipos hablando del cobre. Eso sí tiene valor, ¿no?

El vigilante pensó un momento y asintió.

—Pero tendrían que venir con un camión para llevárselo.

—Justamente eso dijeron. Que iban a desconectar las alarmas y a traer un camión.

—Desconectar las alarmas… Eso sólo se puede hacer desde dentro.

Tom agitó la mano para indicar al vigilante que había dado en el clavo.

—Pues tened cuidado y estad atentos. Alguien de aquí podría estar compinchado con ellos.

—Sí, claro. Lo haremos —dijo el hombre, con gesto de auténtico agradecimiento. Si un robo como ése ocurría durante su turno, lo menos que perderían ellos era el empleo.

—Bueno, Abe. Yo tengo que marcharme.

—No sé cómo agradecértelo.

—No hace falta. Con que no dejéis que pase nada, me conformo. Al fin y al cabo, somos compañeros, ¿no?

Tom se marchó después de dar un nuevo apretón de manos al vigilante. Se sentía satisfecho. Sin su colaboración, quizá Adam y sus

hombres no se atrevieran a intentar el robo del cobre, pero más valía ser prevenido.

Ya era tarde para la cena. Aun así, y a pesar de la noche de perros, fue directamente en busca de Valery. Se excusó de nuevo con ella sin decirle lo que había estado haciendo, y salieron juntos a cenar algo. Ella no quiso insistir. Pero había tomado una decisión: estaba resuelta a descubrir lo que Tom le ocultaba.

—¿Te ocurre algo, Jennifer? Estás muy callada.

Jay acababa de sentarse en un sillón, casi desplomándose sobre él. Estaba exhausto, después de pasarse horas al volante de su coche a la cabeza de un convoy de cerveza mexicana. Pero, sobre todo, por la tensión con Adam. Una vez entregado el cargamento, había ido a verle a su oficina para recibir nuevas instrucciones y para hablarle de la negativa de Tom en el asunto del cobre del Empire State.

Adam no montó en cólera, como Jay esperaba y temía. Se limitó a extender las manos sobre la mesa de su despacho y a negar con la cabeza, sin alterarse. La razón no tenía nada que ver con que hubiera optado por olvidarse del asunto. Al parecer, durante la ausencia de Jay, la banda de Forrester había incendiado uno de los almacenes en que se producía alcohol ilegal y que trabajaba para ellos. O'Connolly estaba organizando una respuesta adecuada. Aunque no convenía precipitarse.

—Vete a casa esta noche y descansa un poco —dijo Adam—. La venganza ha de servirse fría. Pero estate preparado. Dentro de poco empezará la guerra. Del asunto del cobre hablaremos más adelante. Cuando hayamos acabado con ese maldito Forrester.

Adam también le contó que había roto con Beth. Lo hizo en dos palabras, con indiferencia, dejando claro que, por su parte, eso no cambiaba las cosas con él. A Jay no le sorprendió la ruptura, ni tampoco le hizo sentirse mal por su hermana. Pensaba que ella estaría mejor sola o con algún otro hombre que no la tratara como una basura. Pensó en ir a darle ánimos, pero era muy tarde y acabó por no hacerlo. Además, estaba agotado. Lo único que deseaba era llegar a casa y tener un poco de tranquilidad. Sin embargo, Jennifer parecía contrariada por algo.

—Estaba pensando en… cosas —dijo ella, en respuesta a su pregunta de por qué estaba tan callada.

—¿Y en qué estás pensando, si puede saberse?

—En nada especial. Cosas mías.

—¿No será en Tom?

La pregunta tan directa de Jay hizo que Jennifer titubeara antes de contestar.

—En cierto modo… sí.

—Esa chica, Valery, es un encanto. Y a Tom le va como anillo al dedo.

Con frecuencia, Jennifer dudaba sobre si su marido aún sentía celos de Tom. Parecía que ya no, pero quizá eso no fuera más que una fachada o un modo de engañarse a sí mismo.

—Yo también creo que esa chica es perfecta para él —mintió Jennifer, aunque añadió algo que era verdad—: Espero que sea feliz.

—Sí. Ha debido de pasarlo muy mal. Por la cárcel y todo eso. Hubo un tiempo en el que me dio igual lo que le pasara. Pero ya no. Me he dado cuenta de que nunca trató de hacerme ningún mal. Espero que me haya perdonado por todo.

Jennifer no estaba segura de comprender a qué se refería exactamente su marido.

—Estoy segura de que Tom no te guarda ningún rencor.

—Eso espero… Por cierto, me gustaría invitar a cenar a Beth. Mañana no tiene función y le vendrá bien un poco de apoyo.

—¿Por qué?

—Adam ha roto con ella.

—Bueno —suspiró Jennifer—. Era de esperar. Y hasta le vendrá bien.

—No lo sé… Ya veremos. ¿Te parece bien lo de la cena de mañana?

—Sí, claro, díselo. Prepararé algo especial.

Jay suspiró.

—Ojalá cambien algunas otras cosas de su vida, y todo le vaya mejor a partir de ahora.

Jennifer frunció el ceño, extrañada.

—¿A qué cosas te refieres?

—Ya sabes…

—No. No lo sé.

Jay había hablado de más. No se había dado cuenta de que Jennifer ignoraba el problema de Beth con el alcohol. Pero no era el momento de sacar el tema.

—Me refiero a que Adam no está enamorado de ella —dijo—. Tiene talento y no le necesita. Podrá encontrar trabajo en algún musical que no tenga nada que ver con él, y buscarse a un hombre que la quiera de verdad.

—Sí, estoy de acuerdo —contestó Jennifer, simulando tragarse el anzuelo—. Aunque ella siempre fue tan sensible… Desde pequeña.

¿No te acuerdas de que lloraba por todo? Y las cosas están difíciles. Espero que no se abandone. ¿Cuándo acabará esta maldita crisis…?

No, Beth no iba a abandonarse ni a hundirse. Ya no. Había aprendido a ser fuerte. Por el camino quedaron la niña que fue una vez y también la jovencita que llegó al rutilante Broadway, cargada de ilusiones y con la cabeza rebosante de sueños. Quizá hubiera por delante otros nuevos, capaces de sustituirlos.

—Voy a dejar Nueva York —le dijo a Tom.

Él se alegró de que su hermana y Adam hubieran roto, aunque era consciente de que eso tendría consecuencias. El musical donde Beth trabajaba era patrocinado por su ahora ex novio, y seguramente no siguiera haciéndolo. Pero Tom no imaginó que marcharse de la ciudad fuera una opción para ella. No es que no lo comprendiera. Lo mismo había hecho él saliendo del pueblo y yéndose a Filadelfia, cuando Jennifer le dejó.

—¿Y adónde irás? —preguntó Tom— ¿Vas a volver a Sunnyside?

—No seas tonto —rió Beth—. Claro que no. ¿Qué iba a hacer yo en un pueblo tan pequeño? Además, ya no hay nada que me ate a él. Ni siquiera sé qué ha pasado con la granja, desde que la vendimos.

—No sabía que la hubierais vendido.

—Fue poco después de morir papá. Rachel volvió a su antigua casa, en el pueblo y ni Jay ni yo teníamos intenciones de quedarnos allí para siempre. Así que liquidamos las deudas con el dinero de la venta y nos marchamos. No me arrepiento de ello.

—Entonces, ¿adónde tienes planeado ir?

—A California.

—¡¿California?!

La cara de asombro de Tom lo decía todo.

—Sí, en cuanto termine el musical que estoy haciendo me iré a California. ¡A Hollywood! Pienso convertirme en una estrella de cine, ¿qué te parece, hermanito?

—¿Tú crees que es buena idea?

—Por supuesto. ¿Sabes cuánto ha crecido el número de espectadores, a pesar de la crisis? Con mi experiencia en Broadway, no creo que me sea difícil entrar en ese negocio. Ahora que empieza el cine sonoro estoy segura de que habrá sitio para una chica que sabe cantar y actuar, guapa y con buena voz —dijo Beth con una sonrisa pícara.

—He oído hablar del cine sonoro —comentó Tom, sin demasiada convicción—. Hasta dicen que pronto las películas serán en color.

—¿Lo ves? Todo el mundo habla de eso. El teatro va a ir cuesta abajo y el cine es el futuro.

—Te veo decidida.

—Entusiasmada, hermano. Se acabó Adam, se acabó Broadway y, espero, se acabó la bebida. Voy a cambiar… Por cierto, ¿os habéis reconciliado ya Valery y tú?

Las cosas eran más complicadas que un simple sí o no. Tom y Valery estaban otra vez juntos. Aunque, en lo más íntimo de su ser, él no sabía lo que el futuro iba a depararles. La vida le había enseñado a no dar nada por sentado.

—Sí, nos hemos reconciliado. Te he hecho caso.

—Pero sigues pensando en Jennifer…

—No, de verdad. Tenías razón. Se acabó.

—Sobre todo, trata de no hacer daño a Valery.

—Eso no puedo asegurarlo.

Beth acarició la mejilla de Tom.

—No hay nada seguro en esta vida.

La misma respuesta se habría podido aplicar a las dudas que Tom tenía sobre el futuro de su hermana. Como si ella fuera capaz de presentirlo, asintió con la cabeza y le dijo:

—No te preocupes por mí.

Beth le dedicó una hermosa sonrisa. Estaba llena de afecto y también de confianza. Durante aquella extraña conversación, Tom no pudo evitar pensar que ella estaba huyendo hacia delante. Pero aquella sonrisa de su querida hermana logró convencerlo de lo contrario. Tom no sabía si Beth iba a acabar o no convirtiéndose en una estrella de Hollywood, pero sí que estaría bien y que tendría de nuevo una oportunidad de ser feliz.

—Es verdad —dijo Tom—. No hay nada seguro.

Los dos se miraron con ternura. Beth estaba a punto de desaparecer de nuevo de su vida, y eso hizo a Tom decidirse a abrirle su corazón. No sólo en lo referente a Valery, sino a Milka. Por eso le contó lo que no había contado a nadie.

—Hay algo que me gustaría que supieras antes de irte —empezó a decir, algo embarazado y sin saber muy bien cómo continuar—. El caso es que… tengo una niña a mi cargo.

El gesto de Beth fue tan notorio como el suyo cuando ella le dijo que se iba a California.

—¡¿Una niña?! —exclamó, y soltó una nerviosa carcajada de sorpresa. Se había quedado estupefacta.

—Sí. Se llama Milka. Tiene cuatro o cinco años.

—Pero…

—Su padre murió y yo me hice cargo de ella. Era lo único que podía hacer.

Beth se quedó callada, tratando de asimilar la más que inesperada noticia. Tom esperó a que ella pudiera recobrarse y hablar de nuevo.

—Vuelve atrás, hermano. Por lo menos media milla… ¿Y dónde está esa niña? ¿Quién cuida de ella?

—Está en una pensión de Brooklyn. Yo pago todos sus gastos. La cuidan los dueños de la pensión.

Beth agachó la cabeza y emitió un largo suspiro. Pensó que los hombres, a veces, parecen tontos.

—¿La has dejado con unos desconocidos? ¿Por qué no la tienes contigo?

—Pues… No, no lo sé. La verdad es que…

—¿Quién era su padre? ¿Qué le pasó?

—Un… compañero del Empire State —dijo Tom, porque eso fue lo único que se le ocurrió—. Murió de repente y su hijita se quedó sola. No tenía a nadie.

Tom se había prometido devolverle a Frank lo que le había dado. Él había muerto, y ya nunca podría hacerlo, pero cuidar de Milka era un modo indirecto de cumplir su promesa. Aunque él prefiriera creer que lo hacía por los míseros dos dólares y catorce centavos que había en la cartera de su padre.

—Eres un buen chico, Tom —dijo Beth—. No me extraña que papá estuviera orgulloso de ti. Pero las cosas hay que hacerlas bien. Ve ahora mismo a buscar a esa niña y llévatela contigo. Te guste o no, ahora es tu hija.

30

Los preparativos del día de Acción de Gracias flotaban en el ambiente. Ni siquiera en ese tiempo de crisis, las gentes iban a renunciar a una celebración en la que se recordaba que la mayor adversidad puede superarse, y que la esperanza premia a quienes mantienen en su corazón un poco de fe. Porque la fe no es muy exigente con los corazones. Sólo les pide que no dejen apagarse del todo la llama que la mantiene viva.

Valery y Tom iban a ir a celebrarlo a casa de Jay y Jennifer, con Beth y los niños. Tom había decidido seguir el consejo de su hermana respecto a Milka y llevarla a vivir con él. Pero tenía que buscarse un apartamento y aún no lo había hecho. Ni tampoco había encontrado el momento ni la forma de hablar con Valery sobre la niña. Sus excusas para no salir con ella sonaban cada vez menos sinceras y convincentes. Valery había ido dejando las cosas correr por miedo a descubrir una desagradable verdad. Pero aquello se había acabado. Fuera lo que fuese lo que Tom le ocultaba, iba a descubrirlo de una vez por todas. Prefería eso a vivir engañada.

Un par de semanas antes de Acción de Gracias, Tom volvió a darle una excusa burda para no quedar. Con la mejor de sus sonrisas, Valery le contestó que no había problema. Se despidieron a la salida del Empire State, y cada uno se fue por su lado. Eso creyó Tom, porque Valery se detuvo al doblar la esquina y comenzó a seguirle subrepticiamente, como ya había hecho unos meses atrás. A pesar de ello, se sorprendió cuando, una hora más tarde, vio a Tom entrar en la misma pensión que la otra vez.

No estaba muy segura de a qué conclusión había llegado entonces, pero no tenía la menor duda de por qué estaba allí ahora: había ido a encontrarse con una mujer. Con Jennifer. Sólo podía tratarse de ella. Esa pensión de mala muerte era el escondrijo donde disfrutaban en secreto de su relación. Valery se sintió enferma. Todas las palabras de disculpa de Tom eran falsas. Pero ¿por qué? ¿Para qué se había molestado en mentirle?

No iba a marcharse hasta averiguarlo. Entró en la pensión y aporreó sin contemplaciones la campanilla del mostrador. Un hombre apareció, contrariado, y le espetó de malas pulgas:

—¡¿A qué viene tanta prisa?!

—Busco a un… primo mío. Se llama Tom. Es alto y…

—¿Tom Carter? —la cortó el hombre.

—Sí…

La respuesta de Valery quedó suspendida en el aire.

—Está arriba, con Milka, como siempre.

—¡¿Milka?!

Valery se sintió completamente perdida. Se había preparado para descubrir que Tom la engañaba con Jennifer, pero que él estuviera con una tercera mujer, esa tal Milka, resultaba impensable. Y lo que más le dolió fue la familiaridad con la que ese hombre se había referido a la relación entre ambos.

Estaba a punto de darse la vuelta, para marcharse sin mirar atrás y con el corazón deshecho, cuando Tom apareció en el hueco de la escalera. Los tabiques del edificio eran finos como papel de fumar. Había creído oír su voz desde arriba, por imposible que eso pareciera. Sólo bajó a echar un vistazo y quedarse tranquilo. Pero verla en la recepción tuvo el efecto contrario.

—¡¿Qué haces aquí?! —exclamó.

Tom estaba atónito. Su mente no había atado los cabos. Aunque era obvio que aquello no podía ser una casualidad.

Valery se arrojó sobre él y empezó a darle golpes en el pecho. Sus ojos estaban cuajados de lágrimas.

—Te he seguido, maldito embustero. Ya sé lo que haces todas las noches, cuando desapareces. Vienes a ver a esa mujer. ¡Te odio! ¡Te odio con todo mi corazón!

—¿Qué quieres decir, Valery? ¿De qué mujer estás hablando?

Ella no le hizo caso.

—Creí que te quería. Pero ya no.

Tom cogió a Valery por los brazos, con toda la suavidad posible.

—Habla conmigo… —le dijo.

Las fuerzas parecieron abandonar a Valery. En cambio, su llanto se hizo más intenso.

—Sé que estabas con Milka, Tom. ¿Por qué sigues intentando engañarme?

El dueño de la pensión regresó al cuarto interior. Él era quien le había hablado a aquella joven sobre Milka, y no quería meterse en problemas.

—Milka… —repitió Tom, como si oyera ese nombre por primera vez.

Y finalmente comprendió.

—Milka no es una mujer. Es una niña.

Valery emitió un suspiro y detuvo su llanto. Miró a Tom con tanta incredulidad como deseos de creer.

—¿Una niña…? —dijo balbuceando—. ¿Tienes una hija?

—Su padre murió y yo me hice cargo de ella. Es una historia muy larga.

Por más deseos que tuviera de creerle, Valery se preguntaba si eso no sería otra mentira.

—¿Erais amigos?

—No. No lo conocía.

—¿Entonces…?

Tom se quedó callado otra vez. Su gesto se endureció antes de decir:

—Le robé todo su dinero. No sé por qué lo hice —mintió.

Lo hizo por hambre. Como le había dicho Casals en una de sus charlas, todo se hace por hambre o por miedo. Sobre todo por hambre.

—¿Lo mataste tú? —preguntó Valery temerosa.

—No. No, claro que no. Murió delante de mí en la cola de la oficina de contratación del Empire State. Entonces le cogí la cartera.

—¿Y cuánto dinero había en ella?

—Eso no importa. Me quedé con todo lo que tenía… ¿Y tú por qué me has seguido? No tenías derecho.

—Lo siento mucho, Tom.

Él esbozó una sonrisa tan leve que podría haber sido una mueca refleja. Una mueca, en todo caso, llena de ternura. Secó las lágrimas de Valery con los dedos y se quedó mirando sus ojos llenos de amor. Unos ojos capaces de conmover a un hombre. Le daba miedo pensar que podría ser feliz con ella. Siempre que lo hizo, la realidad le golpeó sin misericordia.

Valery bajó levemente la cabeza y cerró los párpados por un breve instante.

—Te quiero —dijo al volver a abrirlos.

No fue una de sus frases grandilocuentes, como las que utilizaba en los artículos para el *World*. A menudo, lo más profundo y verdadero se dice con las palabras más sencillas. Tom no respondió lo que era de esperar. No le dijo a Valery que él también la quería, aunque no tuviera ya dudas de que así era.

—Milka no tiene a nadie… Bueno, me tiene a mí. Ahora yo soy su padre —dijo, repitiendo las palabras de Beth—. Voy a mudarme a un sitio más grande y a llevarla conmigo. ¿Te parece bien?

Valery lo miró con auténtico amor.

—Claro, Tom. No sé cómo no lo has hecho antes.

Jay y sus hombres se movían sigilosamente en la penumbra de un

almacén solitario. Su trabajo aquella noche era muy sencillo: llevar dos camiones repletos de alcohol ilegal hasta allí y hacer la entrega. Pero algo tan rutinario para ellos como eso, se convirtió de pronto en una situación sin salida.

—¡Una trampa! ¡Es una trampa!

Los gritos de uno de los hombres alertaron a todo el grupo. Estaba saliendo a la carrera del almacén, pero ya no tuvo tiempo de decir nada más. A su espalda, un disparo le acertó a la altura de la nuca y le hizo caer de bruces. Ya estaba muerto cuando quedó tendido en el suelo entre espasmos nerviosos.

Jay y otros dos hombres se parapetaron detrás de los camiones. Les habían tendido una emboscada, en efecto. Y muy bien urdida, porque un coche repleto de hombres armados cortó en ese momento el acceso principal. No había modo de escapar. Una lluvia de balas cubrió los camiones desde dos ángulos. Jay se lanzó dentro de una de las cabinas, agachado, y cruzó hasta el otro lado. Justo al hacerlo, uno de los suyos fue abatido. El último hombre que quedaba de su grupo había corrido desde la parte trasera del otro camión y se encontró con Jay.

—¡¿Qué hacemos?! —le gritó, asustado como un niño. Y no era mucho más que eso.

—No lo sé.

Jay tenía familia. Una mujer y tres hijos. No podía morir allí. Y sólo había dos modos de intentar evitarlo: empezar también a disparar o deponer su arma y entregarse. Elegir una u otra opción dependía de quiénes fueran aquellos hombres. Si se trataba de policías, lo mejor era rendirse. Si pertenecían a una banda rival, tendría que luchar por su vida.

Sus dudas se disiparon cuando una voz ronca y disfónica se alzó sobre el ruido de las detonaciones, que se detuvieron por un instante.

—Estáis rodeados. No tenéis escapatoria. Os conmino a entregaros en nombre de la policía de Nueva York. Arrojad las armas y salid con las manos en alto.

—Dame tu pistola —dijo Jay volviéndose hacia el muchacho. Había tomado por ambos una decisión y no quería sorpresas—. ¡De acuerdo, no disparen! ¡Aquí están nuestras armas!

Las lanzó bien lejos, y luego levantó cuanto pudo los brazos. No iba a dar a los policías una excusa para considerarlo una amenaza. La tenue luz de los faroles que jalonaban el recinto iluminó la inquietud de su rostro.

—Levanta los brazos tú también, maldita sea —apremió a su compañero.

Pero éste no le hizo caso. En lugar de eso, corrió para intentar ganar la tapia que circundaba el patio. Tenía más de dos metros. Sin embargo, el chico logró encaramarse a ella de un salto. No le sirvió de mucho, porque un torrente de disparos le agujereó la espalda. Durante unos segundos tuvo aún fuerzas para seguir izándose con los brazos. Hasta que ya no pudo más y se deslizó angustiosamente hacia el suelo. Quedó allí de rodillas, con la cabeza apoyada en el muro.

Jay contempló la escena, impotente. Durante todo el tiempo no paró de gritar que estaba desarmado. Varios agentes corrieron hacia él, lo tiraron al suelo y lo esposaron. Al caer, se aplastó la nariz contra un adoquín. Estaba empezando a llover. Notó cómo la sangre se mezclaba con el agua de lluvia, y sólo entonces tomó plena conciencia de que aquello era real.

Conocía los riesgos de trabajar con Adam. Cualquier otra noche podía haber acabado igual que ésa, o aún peor, con un tiro en la cabeza. Pero nunca quiso pensar demasiado en ello. Y menos desde que mató a aquel hombre, a ese tal Johnson cuyo cadáver hicieron desaparecer O'Connolly y él. Se había cerrado más que nunca, sin darle a su conciencia la menor oportunidad de recriminarle nada. Lo contrario hubiera sido insoportable. Desde su accidente en Indianápolis y el crack de la bolsa, con Jennifer esperando su tercer hijo, las opciones quedaron reducidas a seguir la corriente y recoger la basura que Adam le ofreció. Pero ahora todo había acabado. Pasaría años en prisión. ¿Qué iba a ser de Jennifer y de los niños?

Aquella misma noche, en casa, Beth se había despedido de él y de Jennifer después de la cena. Jay apenas tuvo tiempo de decirle adiós y desearle suerte, porque tenía que cumplir un encargo. Beth les contó sus planes sobre el cine y California. A Jay no le pareció mala idea, aunque sólo fuera porque hacía años que no veía tan ilusionada a su hermana. Recordaba haber pensado que a él también le gustaría cambiar de vida.

Algo que ya no sería posible.

Eran más de las doce. A esa hora inusual, pasada la medianoche, dos hombres aguardaban una llamada telefónica en un despacho del ayuntamiento: Leo Baracca y Owen O'Connolly. La llamada se produjo poco tiempo después de que Jay fuera detenido. Baracca habló con el jefe de policía, que le informó de todos los detalles. O'Connolly sólo esperaba una información. Ardía en deseos de saber si Jay había sido capturado con vida. Ésa era su principal baza. La clave de su plan.

Baracca agradeció al jefe de policía su labor, con palabras

zalameras propias de un político de raza, y luego colgó el teléfono. O'Connolly estaba en ascuas.

—Está vivo —dijo, tras una breve pausa para dar una chupada a su puro.

Frente a él, O'Connolly hizo una mueca complacida.

—Ahora me toca actuar a mí.

—¿Crees que podrás convencerle para que revele el paradero del coche con el cadáver de Johnson? Sólo él y tú conocéis el lugar exacto desde el que lo arrojasteis al río. Pero tiene que confesar.

—Deja eso de mi cuenta.

O'Connolly no dudaba de que Jay acabaría haciendo exactamente lo que él quisiera. El pobre diablo se resistiría a confesar el paradero de Johnson. No era estúpido y supondría, con razón, que eso implicaba atribuirse un crimen. Pero O'Connolly le haría creer que el círculo estaba estrechándose a su alrededor y que la policía sabía más de lo que él pensaba. También le convencería de que confesar, aunque no fuera toda la verdad, podría reducir su condena. De lo contrario, le esperaba la silla eléctrica en Sing Sing.

La expresión de Baracca mostraba una mezcla de satisfacción y repugnancia.

—Eres un mal bicho, Owen —dijo, a modo de halago.

—Bueno, es lo que se lleva en estos tiempos…

Al día siguiente, ni a Jennifer ni a Beth les permitieron ver a Jay en los calabozos de la comisaría. Tampoco a Tom. Sólo el abogado, a sueldo de Adam, pudo entrar en el oscuro sótano para hablar con él y preparar la defensa. De momento se le acusaba de asociación de malhechores, extorsión y tráfico ilegal de alcohol. Delitos muy graves que podían suponerle una larga estancia en prisión.

El abogado le prometió que Adam se encargaría de que a Jennifer y a los niños no les faltara el sustento. Lo principal era atenuar la condena y no irse de la lengua. Eso ya lo sabía Jay. Si cantaba, ese abogado con gafas de concha y aire de universitario se transformaría, como por arte de magia, en su peor enemigo. Su seguro de vida y el de los suyos estaba en aguantar la tormenta y cumplir la condena que le fuera impuesta.

Aunque ésos no eran los planes de Owen O'Connolly. A él también le dejaron entrar en los calabozos. Se presentó por la tarde, a última hora, y le contó a Jay todas las mentiras que le había dicho a Baracca. Actuó mejor que Gary Cooper y logró convencerle de que revelara a las autoridades el paradero de Johnson. Aunque le costó disipar sus

dudas.

—¿No debería estar aquí mi abogado? ¿Esto lo sabe Adam…?

Sin responder a ninguna de sus preguntas, O'Connolly siguió tejiendo su tela de araña.

—Es mejor que yo me ocupe. Tengo contactos en las altas esferas, en el ayuntamiento, ya sabes. El nombre de Adam no debe aparecer en este asunto. —Jay asintió a eso—. En tu confesión, dirás que Johnson apareció de pronto durante la recogida de un cargamento de alcohol. Se puso nervioso y sacó su pistola. Tú no disparaste. Sólo sacaste la tuya para asustarle. Fue otro de los hombres que te acompañaban quien lo abatió. Puedes decir que uno de los que murieron anoche. Así no podrá desmentir tu versión. Disparó y Johnson resultó muerto. Un desgraciado accidente. El alcalde Walker está obsesionado con la desaparición de su asesor. Yo me encargaré de que te conceda el indulto como agradecimiento por desvelar el misterio. De todos modos, están a punto de encontrar el coche. Si lo consiguen por su cuenta, te acusarán a ti del asesinato, además de los otros delitos. ¿Y sabes lo que eso significa? Ya no se trataría de pasar unos años en la cárcel, sino de acabar en la silla eléctrica. ¿Es eso lo que quieres? ¿Dejar viuda a tu mujer y huérfanos a tus hijos?

A Jay todas esas explicaciones le llenaron de terribles dudas. Pero también de miedo. Nunca se había fiado de aquel tipo y era el peor momento para empezar a hacerlo. Le parecía obvio que a O'Connolly no podía importarle lo que a él le ocurriera. Ahora se arrepentía de haberle entregado el arma con la que disparó al asesor del alcalde. A menudo se había preguntado si de verdad la habría hecho desaparecer. Pero era mejor no pensar en eso.

-—Quiero hablar con Adam antes de hacer nada —dijo.

El policía ya esperaba algo así.

—¡¿Es que no has entendido nada?! No puedes hablar con Adam. Nadie puede saber que tú tienes nada que ver con Adam, ¿lo entiendes? Si dependiera de mí, dejaría que te achicharraran vivo en Sing Sing. Pero que tú confieses lo de Johnson es lo mejor para Adam y para nuestros negocios. Y por eso voy a salvarte el culo. A nadie le interesa que vayas a juicio, encuentren el coche, y la mierda salpique por todas partes. Así que hoy es tu día de suerte, porque en esta ocasión me tienes de tu lado.

Aquellos argumentos no disiparon del todo las dudas de Jay. Pero estaba confuso y aterrado y, como O'Connolly bien sabía, el mejor modo de elaborar una mentira era mezclarla con un poco de verdad. Eso acababa de hacer, haciéndole creer que todo aquello no lo hacía por él, sino por Adam. El propio Jay había llegado a la misma

conclusión. Y eso fue lo que le condenó.

—De acuerdo. ¿Qué quieres que haga?

—Así me gusta. Por el momento, mantén la boca cerrada. Yo iré preparando el terreno y ya te avisaré.

Ambos hombres se miraron a los ojos. O'Connolly mantuvo una expresión de aparente franqueza. Antes de marcharse dio a Jay una palmada en el hombro, a través de las rejas. Fue como el beso del traidor. Sin embargo, Jay trató de sonreír y pronunció un casi inaudible:

—Gracias.

El policía estaba satisfecho con el curso de los acontecimientos. Todo había salido, hasta ahora, según su plan. Aunque no contó con Tom. Tom, que había regresado a la vida de Jay. Ése fue su error, insignificante en apariencia, pero que, llegado el momento, pagaría muy caro.

—¡No puedo creer que ese estúpido de Jay haya cantado!

Adam Norris se movía por su despacho como un animal frenético en una jaula demasiado pequeña.

—Él mismo es quien se ha metido en la ratonera —mintió O'Connolly desde su silla, muy tranquilo en contraste con Adam—. Cree que así podrá negociar una salida a su situación.

Aquél era un nuevo acto en el plan del policía. Después de haber engañado a Jay para que confesara dónde había ocultado el cadáver del asesor del alcalde, era el momento de hacerle creer a Adam que estaba a punto de traicionarle, yéndose de la lengua. Sin que Jay pudiera sospecharlo, O'Connolly acababa de convertir a Adam en su enemigo.

—Esto no me gusta, Owen. No me gusta…

—No debes preocuparte demasiado. Jay sabe que implicarte pondría en peligro la salud de su familia. De todos modos, llegado el momento, me encargaré de él. Sólo puede traernos problemas.

Los furiosos pasos de Adam se detuvieron en seco. No tenía dudas acerca de lo que insinuaba O'Connolly. Miró al policía y se limitó a asentir. Tenía su aprobación para eliminar a Jay en cuanto se presentara la oportunidad.

—Hazlo discretamente. Que no puedan relacionarlo conmigo.

—Ya pensaré algo —dijo O'Connolly, que en realidad sabía perfectamente lo que iba a hacer.

Por fin, después de muchos esfuerzos, Tom había logrado que le dejaran ver a su hermano. Le dijeron que sólo podría quedarse con él unos minutos y luego tendría que largarse. Antes, esa misma mañana, Tom había hablado con Jennifer. Esta vez no hubo miradas con doble significado. La situación era muy grave y Tom hizo lo posible por evitarlas. Aunque no le resultó fácil. Era muy duro tener ante sí a la mujer a la que había amado tanto. Se sentía extraño, a solas con ella, como si el tiempo en la cárcel sólo hubiera sido un mal sueño. Con Jay detenido, no existía una fuerza material que le impidiera cogerla de la mano y llevársela. Dejarlo todo y empezar una nueva vida juntos, sin pensar en nada.

Pero eso no iba a ocurrir. Todo lo que Jennifer le dijo demostraba que quería de veras a su marido. Tom fue su primer amor. Un amor que nunca se borraría de su corazón, pero que había acabado. Darse cuenta de ello alivió la carga de su espíritu. Años atrás simplemente le hubiera hundido. Ahora, sin embargo, sentía alivio.

Se despidió de Jennifer con un beso en la mejilla y volvió a percibir el olor de su piel, su calidez. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo… Ya no sintió lo mismo que cuando era apenas un niño. Por primera vez, supo que él tampoco la amaba. Sólo había sido un recuerdo al que aferrarse; un espejismo congelado entre el boxeo y los trabajos forzados.

Sus pensamientos le trajeron a Valery. Aquellos ojos verdes amorosos e invictos, aún jóvenes, limpios, confiados.

Ahora, en los sótanos de la comisaría, los barrotes del calabozo arrastraron a Tom al funesto presente. Una sensación de angustia se apoderó de él. También él se había visto en aquella situación, cuando estuvo encerrado en el calabozo de la oficina del sheriff de Sunnyside como preludio a diez años en la penitenciaría. Eran pensamientos aciagos que, por el bien de Jay, Tom trató de ahuyentar.

Éste se alegró de la visita. Tenía el ánimo invadido por ideas encontradas, inconexas, como hilos de un tejido deshilachado que se desatan por un lado al tratar de anudarlos por el otro. Tanta tensión se había cobrado un precio en su aspecto, oscuro y desaliñado.

—Sólo me dejan quedarme un momento —dijo Tom.

—¿Cómo está Jennifer?

—Bueno… Ya sabes que ella es fuerte. Lo está llevando bastante bien.

—Mi abogado me ha dicho que pueden caerme diez años. ¿Lo imaginas, Tom?

Jay parecía olvidarlo, pero él no sólo lo imaginaba: sabía lo que era estar diez años privado de libertad.

—No te preocupes por Jennifer y los niños —dijo—. Beth y yo…

—Ya lo sé, hermano. Con todo lo que te he hecho, y tú ahora vas a…

No pudo terminar la frase. Estaba emocionado al ver que, contra la adversidad y los avatares del destino, la voluntad y el cariño superan cualquier obstáculo.

—Olvida eso ahora, Jay. Lo que importa es que tu abogado prepare bien el juicio y te consiga la menor condena posible.

—Lo cierto es que… —Jay dudó si contarle a su hermano el plan de O'Connolly—. Tom, ¿recuerdas la noche en que te presenté a Adam en su garito?

—Sí.

—Cuando llegamos, estaba sentado en la barra con un tipo a su lado. Uno alto y con cara de pocos amigos.

—Sí, creo que lo recuerdo.

—Es policía, pero trabaja para Adam. Se llama Owen. Owen O'Connolly. Él me ha propuesto una salida y creo que la voy a aceptar.

Owen O'Connolly: ése era un nombre que Tom no olvidaría.

—¿De qué se trata?

—Lo que importa es que puedo conseguir un indulto. Que ni siquiera se llegue a celebrar el juicio, ¿entiendes?

—Eso no puede ser gratis. ¿De qué se trata? —insistió Tom.

—Tengo que decirles dónde está el cadáver de un asesor del alcalde que… desapareció hace unos meses.

—¡¿Lo mataste tú?!

—Chssst, habla más bajo… No, no lo maté yo —mintió—. Fue un… accidente. Uno de los chicos se asustó y disparó contra él. Es una historia muy larga. Yo sólo tengo que contar eso mismo, contar la verdad, y decir dónde está el cadáver.

—No me parece una buena idea.

—Owen tiene contactos. En la policía y en el ayuntamiento. Él sabe bien lo que hay que hacer. ¿Qué quieres, que me pase media vida sin ver a Jennifer y a mis hijos?

Parecía que había un ligero tono de reproche en las palabras de Jay. Como si Tom estuviera tratando de truncarle su plan para salir libre de aquella situación.

—Supongo que tienes razón —convino—. Vosotros sabréis lo que es mejor. Pero, si todo sale bien, deberías dejar a Adam y todos esos negocios sucios. Puedes trabajar conmigo en el Empire State. Soy amigo de uno de los encargados. Estoy seguro de…

—Gracias, hermano —le cortó Jay—. Cada cosa en su momento. No creas que no lo he pensado. Todo lo que he hecho ha sido por

Jennifer y por los niños. Si padre me viera ahora…

—No pienses en eso. Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos.

—Es verdad, Tom. Pero se acabó, te doy mi palabra. Si salgo de este atolladero dejaré a Adam y me buscaré un empleo decente. Ahora que estamos juntos otra vez, creo que las cosas podrán mejorar.

Tom ya no tuvo tiempo de responder. Un policía abrió la puerta metálica del pasillo que daba a los calabozos y le dijo que el tiempo había acabado. Tenía que irse ya. Los dos hermanos se dieron un afectuoso apretón de manos, sin saber que ya nunca volverían a verse.

QUINTA PARTE

31

El Empire State se aproximaba a su finalización. En noviembre se había rematado el pináculo que habría de servir como plataforma de atraque para dirigibles, en el piso 102. La fachada del edificio exhibía sus ventanas de marco de aluminio y sus muros de piedra, distinguidamente ornamentados con bandas de acero inoxidable. En el interior se habían instalado los motores eléctricos de los innumerables y veloces ascensores, y se ultimaban las conexiones eléctricas, el alumbrado, los teléfonos, las conducciones de agua y los sistemas de calefacción y ventilación.

La Dama se vestía de gala para su puesta de largo en sociedad, programada para el Primero de Mayo. Pero antes, Al Smith ya había colocado el último remache de la estructura; el remache áureo que emulaba el broche de oro con que debían finalizarse los grandes proyectos. También se había coronado el punto más alto de las construcciones humanas con una nueva bandera de Estados Unidos, colocada por los trabajadores.

Una mañana durante la hora del almuerzo, contemplando el edificio desde el exterior, Casals había recordado a Tom el día en que le hizo imaginarlo, cuando su volumen era sólo aire y anhelo. Ahora se había convertido en una realidad sólida y tangible, solemne como un obelisco egipcio o una columna romana de triunfo; un faro cuya luz simbólica fuera capaz de guiar, en aquella noche de los tiempos, el espíritu de los hombres a buen puerto y les impulsara a seguir remando sin desfallecer.

—¿Qué me dices ahora, chico? —le preguntó Casals con los ojos fijos en su Dama—. ¿Estás orgulloso?

—Sí —contestó Tom con convicción—. Lo estoy.

—Un hombre orgulloso de sí mismo es un hombre. No lo olvides.

El Empire State se había convertido para Tom en algo más que un trabajo. Aquella frase que le valió la reprimenda de su jefe, le recordaba lo cerca que había estado del abismo, y cómo se había levantado para mirar al cielo y recuperado la esperanza. Su vida no tendría ya sombras demasiado alargadas si no fuera por su hermano, por Jay. Incluso había aceptado una vida sin Jennifer. Pero Jay…

Sin embargo, ese día no estaba hecho para lamentaciones. Tom y Casals se habían colocado a cierta distancia del flamante Empire State para asistir a un acontecimiento memorable: el ensayo de atraque de

un dirigible de la compañía de neumáticos Good Year. Mientras un avión de reconocimiento sobrevolaba Manhattan, comprobando la maniobra, la grácil aeronave fue aproximándose lentamente a la cúspide del rascacielos. Un intento anterior se había frustrado por el exceso de viento. Pero hoy el aire estaba quieto y en calma, y el tiempo era despejado, perfecto para la prueba.

El dirigible no era tan grande como los Zeppelin alemanes. Sus motores lo acercaron poco a poco a la base de atraque, donde un equipo de operarios del aeródromo de Jersey aguardaba para afianzarlo. Desde el dirigible lanzaron cabos. Los que estaban abajo fueron asiéndolos para amarrarlos, como en los buques llegados a puerto. Un sistema de poleas mantenía quieto y fijo el dirigible mientras se desplegaba la escalerilla.

—No me imagino a esos caballeros y damas millonarios, muchos de ellos casi ancianos, bajando por ahí —dijo Casals, sin dejar de mirar hacia lo alto.

A esa distancia, apenas se distinguían las maniobras, y nada en absoluto sus pormenores. Pero sí vieron cómo la escalerilla conectaba la aeronave y el edificio. Todo parecía ir bien, hasta que una traicionera ráfaga de viento empujó al gigantesco globo. Su tamaño y ligereza le hicieron escorarse como una vela.

—¡Cuidado! —gritó instintivamente Tom.

Su grito se confundió con los de varios cientos de personas alrededor, que también se habían detenido a contemplar la espectacular prueba.

Arriba, los operarios trataban de evitar que las amarras arrancaran el extremo superior del Empire State. El ingeniero que dirigía las operaciones ordenó cortar los cabos. No había tiempo de soltarlas y la tensión lo hacía imposible. El dirigible continuó escorándose de un modo inverosímil. El viento seguía arreciando. A esa elevación, las corrientes de aire resultaban impredecibles. Incluso en días tan propicios como ése.

—¡Se van a matar! —vociferó una señora en la calle, agarrándose al brazo de su marido como si ella misma viajara en la aeronave.

Por fortuna, los operarios lograron soltarlo justo cuando un terrible crujido anunció que la parte superior del puerto de atraque se desprendía. La escalerilla quedó colgada del dirigible, con riesgo de que cayera. Uno de los hombres se trabó con una de las sogas y salió volando por los aires, agarrado a ella y girando sobre sí mismo. Parecía a punto de caer, pero eso no sucedió, al menos por el momento. El dirigible se alejó del edificio y cruzó la ciudad hacia un lugar seguro donde tomar tierra.

Tom, el capataz y el resto de los improvisados espectadores ahogaron sus gritos de pánico. Aquel hombre había estado a punto de morir, y nadie sabía si iba a lograr salvarse. Tendría que aguantar ahí colgado durante el tiempo que la aeronave tardara en descender al suelo.

—Espero que lo consiga —dijo Tom, con los puños apretados por la tensión.

Casals seguía con la mirada hacia el punto por el que la aeronave había desaparecido.

—Yo también lo espero, muchacho. Pobrecillo… Están locos, lo digo y lo repito. Ojalá no vuelvan a intentarlo. Pero vamos adentro, Tom. Quiero saber si los demás están bien. Están locos de atar…

Dentro del edificio había un gran revuelo. Todos se habían enterado del desastre de la maniobra. El equipo de los propietarios discutía, de vuelta en la oficina del piso inferior, con varios ingenieros. Valery estaba allí, asistiendo a la fuerte disputa. Tom dejó a Casals, que tomó un ascensor, y se acercó a ella.

—¿Qué están diciendo? —le preguntó.

—Los dueños siguen empeñados en hacer atracar dirigibles, pero los ingenieros están en contra.

—No me extraña. Ha sido…

—Dicen que un hombre ha quedado colgado de una de las amarras.

—Sí. Lo he visto desde fuera.

—Pero ¿ha caído?

—No. Aunque no sé si llegará a tierra sano y salvo.

La discusión de los distintos equipos subía velozmente de tono. Alcanzó un punto tan acalorado que el coronel Starrett, presente en representación de los constructores, dio un grito que hizo callar a todos. Era un hombre duro y autoritario, al que se le notaba el pasado militar. Habló a todos como si fueran los soldados de un cuartel.

—¡Basta! Lo que no se puede hacer, no se puede hacer. Yo hablaré con Al Smith y se lo diré con claridad. Hasta que se tome una decisión definitiva, no habrá más pruebas. Ahora hay que reparar los desperfectos, y eso no se hace con palabras ni con chácharas.

Todos los presentes asintieron y se mantuvieron en silencio. Un silencio tenso, fruto de la reprimenda y de la peligrosa situación que se había generado. Valery tomó algunas notas en su cuaderno.

—Tengo que irme arriba —le dijo Tom.

Ella asintió.

—¿Nos veremos luego? ¿Sabes algo más de tu hermano?

Tom no le había contado a Valery nada sobre el plan de Jay para

librarse de la cárcel. Su padre era juez y le pareció inoportuno decírselo. Como pedirle que recurriera a él para ayudar a Jay, algo que se le había pasado por la cabeza más de una vez.

—Jay sigue igual. Todavía no hay fecha para el juicio. En fin, ya veremos… —Tom la besó en la mejilla, con expresión algo triste—. Luego vengo a buscarte.

Por la tarde, Casals y él supieron al fin que el muchacho colgado del dirigible había sobrevivido. Los tripulantes lograron izarlo a tiempo, y él se aferró de tal modo que ni podía abrir las manos. Se enroscó en la cuerda mientras lo subían, con tanto miedo en el cuerpo que ni un huracán hubiera sido capaz de arrancarle de ella.

También supieron que no se volverían a repetir los ensayos de atraque. Smith, Raskob y sus socios habían aceptado por fin la realidad. Se trataba de una idea magnífica, colosal, pero descabellada. El pináculo del Empire State tendría que reconvertirse en un esbelto mirador, sin otra utilidad que alzarse más arriba que ninguna otra construcción del planeta.

Había llegado el cuarto jueves del mes de noviembre: el día de Acción de Gracias. Desde el año en que Frank murió, ningún día de Acción de Gracias se presentaba tan amargo para los Carter. Con Jay entre rejas, no podía tratarse de una auténtica celebración. Tom, Valery y Milka fueron los últimos en llegar. Beth ya estaba con Jennifer desde primera hora de la mañana, ayudando a preparar el pavo, el relleno, la salsa de arándanos y la masa de las tartas.

—Hola, parejita —los saludó cariñosamente Beth, que fue quien acudió a abrir la puerta. Se quedó mirando a Milka y, en tono infantil, añadió—: ¿Quién es esta niña tan guapa?

Por insistencia de Valery, Tom ya había contado a todos quién era Milka y que él estaba ocupándose de ella. También por iniciativa suya, la niña lucía un precioso vestidito nuevo. Hasta entonces, Tom había dejado que la dueña de la pensión se ocupara de comprarle la ropa necesaria, limitándose a pagarla.

—Me llamo Milka —dijo la niña con desparpajo no exento de vergüenza, que demostró al esconderse parcialmente detrás de Valery.

—Es un nombre muy bonito —dijo Beth. Luego se fijó en la cazuela que Tom llevaba en brazos—. ¿Qué es eso?

—No tengo ni idea —reconoció él.

Valery acudió en su rescate.

—Es una receta *chic* para la cena.

Se trataba de una especie de puré de lentejas. Ella misma lo había

preparado la noche anterior, siguiendo las instrucciones de un viejo amigo del *World*, experto en gastronomía. Valery jamás había cenado lentejas en Acción de Gracias. Ni siquiera oyó hablar de algo parecido. Pero su amigo, siempre a la última, le convenció de sorprender a todos con un plato inusual. Tuvo que hacerle caso. Ella nunca había aprendido a cocinar, y se consideraba tan torpe y poco desenvuelta en esos menesteres como un pulpo en una tienda de porcelanas.

—Vamos, entrad. Jennifer está en la cocina.

Mientras Beth se llevaba la cazuela, Tom, Valery y Milka pasaron al salón. Frankie y Katie estaban allí, sentados a la mesa y jugando a pintar con sus lápices de colores. Tom les dio un beso y les presentó a Milka y a Valery. La niña se sentó junto a ellos, un poco amedrentada.

—¿Dejáis a Milka que pinte con vosotros? —les preguntó Tom.

Katie exclamó un «¡claro!», mientras Frankie, que no dijo nada, le ofrecía papel y unos lápices.

—¿Qué estáis dibujando? —les preguntó Valery.

—Yo un caballito —dijo Katie, y le mostró su dibujo.

Valery sonrió al verlo. Igual podía haber sido un caballo que una vaca lechera. Aunque no estaba del todo mal para una niña de su edad.

—Muy bonito. ¿Y tú, Frankie?

El niño acabó de retocar una parte y le dio su papel. Era una casita con una familia. La suya, sin duda. En el dibujo, todos sonreían.

—Te faltan las nubes —dijo Valery.

—No hay nubes —protestó Frankie—. No me gusta la lluvia.

—Algunas nubes no traen lluvia. Son esas blancas, como de algodón.

—Sí, pero a veces se hacen grises y llueve.

A Valery le daba igual convencerle o no de colocar nubes en el cielo de su dibujo, pero le hicieron gracia los argumentos del crío y decidió insistir.

—Si no lloviera nunca, no podrían crecer el césped ni las flores, y los árboles se secarían.

El niño se quedó pensativo y, al fin, cogió uno de los lápices y se puso a dibujar una nube. Tom miró a Valery y sonrió.

—Se te dan bien los niños.

No era un mero cumplido. Hasta Milka parecía más a gusto con ella que con él.

—¿Tú crees…?

Más que una pregunta, fue la expresión de un temor. Valery nunca había sentido la necesidad de tener hijos. Quizá porque no había conocido al hombre adecuado. En todo caso, le horrorizaba

imaginarse embarazada y, peor aún, dando a luz.

—¿Ya habéis llegado? —exclamó Jennifer, que acababa de salir de la cocina para saludarlos.

Por mucho que intentara esconder lo que sentía, en su rostro se notaban la preocupación y el cansancio acumulado de las noches en vela. Se acercó a Tom y le besó en la mejilla. Luego hizo lo mismo con Valery, antes de, por último, ir hacia Milka.

—¿Me das un beso, preciosa?

La niña se encogió en la silla y simuló estar muy concentrada en su dibujo, que apenas era todavía algo más que una serie de trazos irreconocibles. Fue Jennifer la que se inclinó sobre ella para besarla en la frente. Luego dijo a Tom y a Valery:

—Gracias por haber venido.

—Gracias a ti por la invitación —correspondió Valery, que no podía evitar cierta tensión cada vez que Tom y ella estaban juntos—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Hay que ir poniendo la mesa.

—¿Dónde está el pequeñín? —preguntó Tom.

—Johnny está durmiendo. Acaba de comer y se ha quedado dormido y satisfecho. Qué felices son a esa edad… —suspiró Jennifer, resignada—. Niños, quitad todo eso de ahí encima, que vamos a cenar.

Frankie y Katie obedecieron sin chistar. Estaban bien educados. Tom cogió a Milka en brazos, junto con su dibujo, y la llevó hasta una mesa de café. Al hacerlo, evocó para sí su infancia en Filadelfia. De niño, el tiempo le parecía infinito. Sobre todo en verano. Aquella época, sin colegio ni preocupaciones, duraba toda una vida. Ahora, sin embargo, tenía la sensación de que los días eran cada vez más cortos y los años pasaban cada vez más deprisa.

Mientras Valery y Beth acompañaban a Jennifer a la cocina, Tom se quedó en el salón con los niños. No pudo evitar mirarlos y pensar que podrían haber sido hijos suyos. Suyos y de Jennifer. Entonces, por primera vez, no lo deseó. Había llegado a creer que nunca podría enamorarse de Valery. Enamorarse de verdad. Pero se equivocó por completo. Lo que sentía por Jennifer era algo sagrado, una vivencia atesorada como un diamante. Nunca se olvidaría de ese amor. Pero la vida continúa, avanza, cambia. No se puede vivir anclado en el pasado. Valery era el presente. Ella le había abierto los ojos del corazón.

Durante la cena, todos evitaron hablar de Jay, aunque ninguno dejó de pensar en él. La conversación se centró principalmente en Valery y su verdadera identidad, y también en Milka y las circunstancias en que Tom la había acogido. En un momento en que

Beth charlaba con Valery, Tom y Jennifer cruzaron una de sus miradas. Pero no fue como las de aquella cena con Adam, la noche en que Beth cantó su escandaloso *blues*. Jennifer buscaba en Tom seguridad. La seguridad de que todo iría bien y Jay saldría del atolladero en que estaba metido.

Tom desvió los ojos hacia su plato. Frankie y Katie ya se habían acostado, y también Milka dormía en la habitación. Lo que Tom iba a decir rompería el relativo buen ambiente de la noche, pero en algún momento tenía que contarles la conversación que mantuvo con su hermano días antes, en el calabozo de la comisaría.

—La semana pasada me dejaron ver a Jay.

—¡¿Por qué no me lo habías dicho?! —exclamó Jennifer.

—Sólo me dejaron hablar con él un momento. —Se adelantó a la siguiente pregunta de Jennifer y añadió—: Él está bien. Por lo visto hay una posibilidad de que no vaya a la cárcel.

El gesto esperanzado de Jennifer le hizo titubear. Quizá le estaba dando falsas esperanzas. No confiaba demasiado en lo que Jay le contó sobre su plan para evitar la condena. Por eso se había resistido hasta ahora a contar que le había visto.

—¿Cómo? —acertó a decir Jennifer, con la voz trémula.

—Le está ayudando un tal O'Connolly.

La expresión de Jennifer cambió de pronto.

—¿Owen O'Connolly?

—Sí, eso es. Al parecer es un policía corrupto que le…

—Pero, Tom —le interrumpió ella—, O'Connolly y Jay no pueden ni verse. Hace tiempo, incluso se pelearon. Se pelearon en serio. Jay volvió a casa con la camisa llena de sangre.

Tom encajó rápidamente aquella nueva información. Eso le hizo sacar ciertas conclusiones, pero no se atrevió a compartirlas con Jennifer.

—Bueno, aunque no se lleven bien, los dos trabajan para Adam, y a él no le interesará acabar metido en este asunto… Además, Jay también me prometió que lo dejará todo cuando esté libre.

Tom trataba de convencerse a sí mismo tanto como a los demás. Era evidente que Adam no querría verse involucrado y tener problemas con la justicia. Pero eso podía ser bueno para Jay o todo lo contrario. En cualquier cadena, el eslabón más débil es siempre el primero en romperse.

Jennifer no consiguió hablar más. La que lo hizo fue Beth.

—Ojalá tengas razón.

«Ojalá no la tenga», pensó Tom.

Valery no quiso intervenir, con Jennifer y Beth presentes. Sólo

después de despedirse, ya en la calle y de regreso a casa, dijo a Tom lo que había estado mascando sobre su hermano.

—¿Sabes cómo piensa Jay librarse de la cárcel?

Ése era el punto clave.

—Confesando que uno de sus chicos mató accidentalmente a un asesor del alcalde —dijo Tom, con Milka dormida en sus brazos.

—¿No te referirás a Bartholomew Johnson?

—En realidad no lo sé. Jay no llegó a decirme su nombre.

Valery se puso muy seria y pensativa, con la mirada fija en el suelo. En cualquier caso, fuera quien fuese el muerto, había algo en todo aquello que no encajaba.

—Confesar que se está envuelto en un homicidio, y de alguien tan importante, no es una buena idea —dijo—. Créeme, mi padre es juez y sé de lo que hablo.

Las brumas de la mañana aún no se habían disipado por completo cuando el furgón policial abandonó la comisaría en que Jay quedó detenido. Junto a él, en la parte de atrás, viajaban dos agentes con sus uniformes azul oscuro. Su misión era confirmar que la información revelada por el detenido era auténtica.

En su confesión, Jay había contado todo lo que O'Connolly le dijo, punto por punto, y ahora estaba de camino al lugar en que se había deshecho del cuerpo del asesor del alcalde. El conductor del furgón tenía instrucciones precisas. Una vez llegaran a la zona, Jay mismo los conduciría al punto exacto desde el que lanzó a las aguas el coche con el cadáver de Johnson. En las cercanías esperaban ya una lancha de la guardia costera con un buzo, una grúa, más policías, el médico forense de guardia y un sórdido agente judicial enfundado en su gabardina.

El furgón salió de la vía asfaltada y atravesó un pedazo de tierra, mojada por la humedad de la madrugada. Uno de los policías abrió las puertas de atrás mientras el otro hacía un gesto a Jay para que descendiera. Con las esposas apretadas, éste estuvo a punto de perder el equilibrio al intentar bajar de un salto. Estaba tenso y asustado. Hacía horas que trataba de no pensar en lo que iba a hacer.

Ya era tarde para echarse atrás. Caminó un centenar de metros con los policías a ambos lados. Un poste de teléfonos torcido marcaba el lugar desde el que O'Connolly y él empujaron el coche al agua. Lo recordaba a la perfección. No hubo ningún motivo para haberlo hecho desde allí. Simplemente les pareció un buen lugar, lo bastante alejado y solitario como para que nadie pudiera encontrar el cuerpo jamás. Y así había sido durante todo ese tiempo.

—Aquí —dijo Jay, señalando el lugar con ambas manos.

El agente judicial llamó a la lancha. Ésta se aproximó lentamente y el buzo saltó al agua. En la primera inmersión no halló nada. El lecho estaba removido y era muy difícil ver algo, a pesar de la escasa profundidad. Fue la segunda vez que se sumergió cuando hizo la señal para que le lanzaran, desde la lancha, un cabo con un garfio. Bajo las aguas, lo enganchó al parachoques del automóvil y luego salió a la superficie. Estaban a pocos metros de la orilla. Mientras izaban al buzo a bordo de la lancha, un agente de la guardia costera lanzó el otro extremo del cabo a tierra. Allí lo recogió un policía, que ayudó al conductor de la grúa a atarlo y afianzarlo al remolque.

Desde ese momento hasta que emergió la parte trasera del coche, los minutos transcurrieron muy despacio para Jay, que contemplaba las maniobras con angustia. Poco a poco, el lujoso automóvil del asesor del alcalde abandonó las aguas en las que había estado sumergido para regresar al exterior, como un legendario buque fantasma en miniatura. Estaba cubierto de una pátina que había alterado su color y su aspecto, una especie de lodo oscuro adherido a la carrocería. Durante un buen rato, siguió chorreando agua a través de las uniones de las puertas y el capó. Y también del maletero.

El agente judicial apuntó algo en su libreta de mano. Luego llamó al forense y pidió a uno de los policías que abriera el maletero. Los dos primeros se quedaron a cierta distancia mientras lo hacía. Sólo cuando el policía asintió, para hacerles notar que el cadáver estaba allí, el agente judicial y el forense se acercaron al coche y comprobaron que el cuerpo pertenecía a Bartholomew Johnson. Un fotógrafo del juzgado tomó varias fotografías del cuerpo para adjuntar al expediente, con cadenciosos flases que iluminaron la mortecina penumbra.

A esa hora, otros cuatro agentes de la policía irrumpían en el piso de Jennifer y Jay. Acababan de requisar el coche de éste, en cuya guantera encontraron su pistola, colocada por O'Connolly esa misma noche. A los peritos no les sería difícil relacionar aquella arma con el proyectil alojado en el cuerpo de Johnson. Ante la mirada de estupefacción de Jennifer, registraron también su casa. No había demasiado allí que les pudiera interesar, salvo unos trapos manchados de sangre: los pedazos de la camisa de Jay, con las salpicaduras de sangre de Johnson, que ella se empeñó en guardar.

El alcalde Walker tendría al culpable de asesinar a su amigo; Baracca se habría ganado un tanto con él por dirigir a las fuerzas policiales hasta el asesino, y O'Connolly, siempre en la sombra, tendría también su recompensa. La que Baracca le había prometido.

En los pantanos, la actividad era frenética, pero Jay no tenía ya nada más que hacer allí. Le devolvieron al furgón mientras el forense levantaba el cadáver. Jay se dejó llevar sin resistirse y en ningún momento se fijó en quién estaba ahora al volante. Sólo reparó en que los agentes que lo acompañaron hasta los pantanos no eran los mismos que regresaban ahora con él. Sin saberlo, su sentencia de muerte estaba firmada.

Era un criminal confeso. Porque era a él a quien iban a acusar, por más que hubiera dicho en su confesión que fue otro quien disparó. Resultaría fácil convencer al juez de que eso era falso; un último intento de atenuar el castigo por el asesinato de Johnson. A nadie podría importarle ya que lo mataran. Y más cuando había tratado de escapar…

En la parte trasera del furgón policial no había ventanas. Jay era incapaz de saber dónde estaba, pero era evidente que el trayecto fue demasiado corto como para haber llegado ya a la comisaría. La puerta del furgón se abrió con un quejido. Jay tuvo un mal presentimiento. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz, vio a Owen O'Connolly delante de él.

No supo decidir si aquello era o no una buena señal. Por eso se mantuvo en silencio y salió del furgón con cautela, a un gesto del policía. El mal presentimiento seguía allí. Y lo que Jay vio a su alrededor no contribuyó a apaciguarlo. Estaban en otra zona pantanosa y yerma, que no sabría ubicar. El aire apestaba a podredumbre y a alguna clase de producto químico, que debía de provenir de las fábricas oscuras que se erguían como espectros en el horizonte. La voz de Jay sonó rota cuando por fin habló.

—¿Para qué me has traído aquí, Owen?

Los dos agentes que acompañaban a Jay bajaron también del furgón. Ambos estaban a sueldo de O'Connolly y tenían tan pocos escrúpulos como él.

—Has hecho bien tu papel, Jay —respondió el policía enigmáticamente.

Estaba satisfecho. Su plan había salido a la perfección, y la parte que venía ahora era la más fácil. Y, para él, la más satisfactoria.

—¿Vas a liberarme? —dijo Jay.

—En cierto modo… ¡Vamos, lárgate de aquí!

Jay no estaba seguro de querer huir y convertirse en un proscrito.

—Eso no es lo que acordamos.

—No, no lo es —dijo O'Connolly sonriendo.

Eso fue lo último que Jay oyó de sus labios. Los agentes le agarraron por ambos brazos y le dieron la vuelta. Antes de que Jay pudiera decir nada más, O'Connolly le disparó dos veces por la espalda con su pistola Colt reglamentaria.

Los agentes soltaron a Jay, que cayó de rodillas para luego desplomarse de bruces sobre el barro. Sólo entonces comprendió. Pero fue demasiado tarde. Ya era hombre muerto desde el día en que aceptó seguir el plan de O'Connolly.

32

Tom no supo que Jay había muerto hasta el día siguiente. Fue Beth quien acudió al Empire State para darle la noticia. Tenía el rostro desencajado y se dejó caer en sus brazos como un pelele de trapo. Aquel golpe fue el más duro que había recibido en toda su vida. Llegó a aceptar que Jay tuviera que pasar unos años en prisión, como lo aceptó con Tom. Pero no podía siquiera imaginar que aquello terminara de ese modo. Con Jay muerto.

—Intentó escapar —dijo Beth.

—¿Escapar? ¿Por qué?

—Fue de regreso a la comisaría. Después de decirles dónde estaba el cadáver de Johnson.

—Eso no tiene sentido…

Si Jay estaba siguiendo el plan de O'Connolly, ¿por qué motivo habría intentado huir? Se suponía que su confesión iba a valerle el indulto de sus otros delitos. Salvo que…

—¿Qué estás pensando, Tom? —dijo Beth.

—Nada —mintió él—. ¿Cómo se lo ha tomado Jennifer?

—Imagínatelo. Está destrozada. Y los pobres niños… La policía estuvo en su casa y lo revolvieron todo. Encontraron una camisa con manchas de sangre y también una pistola en el coche de Jay. Dicen que es con la que mató a ese tal Johnson.

Beth se echó a llorar. Tom la abrazó con fuerza y la besó en la frente.

—Jennifer me ha dicho que va a regresar a Sunnyside. Todavía es dueña de la granja de su padre.

Tom asintió.

—Quizá sea lo mejor. No creo que quedarse aquí le venga bien. Dile que no se preocupe por el dinero…

—Jay tenía ahorrados varios miles de dólares. Lo suficiente para empezar de nuevo.

Tom acompañó a Beth hasta su apartamento. Aún no se había mudado. La dejó en la cama, un poco más tranquila. Hubiera pasado la noche con ella, pero tenía que pensar. Solo.

Caminó durante horas por las calles, a pesar de que la noche era fría. Soplaba un viento gélido del norte que hacía mecerse los primeros adornos de la cercana Navidad. El mundo nunca se detiene, ni se deja de mover porque uno de sus hijos se haya perdido. Algo

muy triste e igual de necesario. Tom pensó en las grandes empresas y las grandes fortunas. Los hombres se empeñaban cada día en alcanzar sus metas, pero, al final, todos estaban destinados al mismo lugar. Como las aguas del río Hudson, cuya desembocadura en la bahía, al sur de la isla, contemplaba ahora desde los viejos muelles de Battery Park.

Sus reflexiones eran tan borrosas como sus sentimientos. La impotencia y la rabia no le dejaban razonar con claridad. Aquella noche iría con Valery. Sólo ella podía apaciguarle. Todo en su interior estaba confuso, salvo ella.

Como la propia vida, el trabajo en el Empire State tampoco podía detenerse. Era igual que las empresas y los hombres en que Tom había estado pensando la noche anterior: tenía que seguir creciendo hasta su culminación, para convertirse en un símbolo de la ciudad de Nueva York y de todo el país, ajeno a los sentimientos de las personas que lo construían.

Tom llevaba poco tiempo trabajando esa mañana cuando Casals se le acercó. A él no le sobraba dinero para comprar periódicos, pero de camino a la obra había leído sus sensacionalistas portadas. Sabía que al hermano de Tom le acusaban del asesinato del asesor del alcalde, y que, probablemente, sólo su propia muerte a manos de la policía le había librado de la silla eléctrica.

—¿Qué tal estás, muchacho? —le dijo a Tom.

Los preámbulos sobraban. Éste se sentó en el borde de una viga saliente de la parte más alta, desde la que podía contemplar una vista despejada y esplendorosa de la ciudad.

—Prefiero no hablar de eso.

El capataz ya había oído esa misma respuesta otras veces, pero, como de costumbre, se resistió a darse por vencido. No para satisfacer ninguna curiosidad morbosa, sino porque realmente se preocupaba por Tom.

—¿Te importa si me siento contigo?

El asentimiento de Tom fue tan leve que apenas movió la cabeza.

Casals se puso a su lado, en la viga, y los dos se mantuvieron callados durante un buen rato, contemplando el horizonte. Desde allí, hacia el este, podían verse las playas de Long Island y el océano Atlántico. El mar parecía negro, bajo unas nubes blancas que cubrían el cielo y amenazaban nieve.

—No tienes que contármelo si no quieres —manifestó el capataz—. Pero ya sabes que yo he vivido más que tú, y quizá pueda servirte de

algo.

—Mi hermano está muerto.

Casals ya lo sabía. Se limitó a seguir con la mirada fija en el horizonte.

—Estaba detenido —siguió Tom—, pendiente de juicio. Intentó escapar y la policía lo abatió.

—Lo siento de veras, muchacho.

Tom no lo dudaba. Sabía que aquel hombre tenía buen corazón, por más que él también hubiera sufrido a lo largo de los años. No de todo el mundo podía decirse eso. El dolor es muchas veces un atajo y una excusa para salpicar a los demás. No para Casals. Aun así, le costaba contarle aquello y abrirse a él.

—No lo comprendo… —dijo Tom.

El capataz imaginaba que se refería a la injusticia con que suele asociarse la muerte de un ser querido, que nunca parece comprensible. Pero Tom dejó claro que no hablaba de eso cuando añadió:

—Mi hermano iba a confesar lo del asesinato, pero diciendo que había sido otro. Y eso iba a hacer que se le concediera un indulto y lo dejaran libre.

El propio Tom se dio cuenta de que lo que había dicho era casi imposible de entender. Lo era también para él. Y empezaba a pensar que sabía por qué.

—Creo que todo es mentira. Que le tendieron una trampa. Mi hermano andaba metido en asuntos turbios…

—¿Sospechas de alguien? —dijo Casals.

—De su jefe. Y de un policía corrupto que trabajaba con él. Jay no era un santo, pero no se merecía esto…

La rabia hizo aflorar dos lágrimas a los ojos de Tom.

—No voy a dejar las cosas así —dijo, con los puños apretados—. Me da igual si son asesinos, si tienen armas…

El capataz se removió en la viga. Temía que Tom fuera a cometer alguna locura.

—Si peleas contra molinos de viento, perderás.

—No le entiendo.

—En mi país hay un libro muy famoso que cuenta las aventuras de un hombre que, como los caballeros medievales, se echó a los caminos en busca de aventuras. Estaba loco y veía gigantes donde sólo había molinos de viento. Trató de vencerlos con su lanza, y perdió. Si hubieran sido auténticos gigantes, también habría perdido. Habría perdido porque sólo llevaba una lanza.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Dejarlo estar y olvidarme?

—Yo no quiero nada, Tom. Sólo te digo que no te ciegues. Al final,

lo que decidas será lo que hagas. Sé cómo eres. Pero ten en cuenta que no se puede vencer a un gigante con un simple palo.

Casals se puso de pie y dio a Tom una palmada en el hombro. Se dio la vuelta y se alejó despacio. Sólo se detuvo un momento para añadir:

—Un solo hombre no puede cambiar el mundo, muchacho.

Tom hubiera querido creer, en ese momento, que Casals estaba equivocado. Deseó poseer la fuerza y la fe para mover montañas. Sus sentimientos eran un fuego que le consumía. Como una llama en la palma de la mano, devorando la carne hasta que la retirara y decidiera cómo actuar. Su mirada hizo que el capataz levantara un brazo y terminara lo que quería decir.

—Pero también es verdad que muchos creen que, si no pueden cambiar el mundo, no vale la pena hacer nada, mover un dedo. Sé que tú no eres de esa clase de hombres. Lo único que te digo es que pienses bien lo que vas a hacer. Hay juegos en los que la única forma de ganar es no jugar.

En los siguientes días, Tom se apoyó por completo en Valery para soportar el dolor por la muerte de Jay —la llama en la palma de la mano—. Visitó a Jennifer varias veces. Incluso la acompañó a la estación del tren, cuando llegó el momento de regresar a Sunnyside. La despedida fue breve. Ninguno de los dos tenía mucho que decirse ya. Los niños parecían ajenos a todo, jugando con Milka a un lado del andén. Tom les dio un beso y subió el equipaje. Antes de marcharse dio también un último beso a Jennifer, y sólo le dijo una frase antes de hacerlo: «No te olvidaré».

Ella comprendió bien su significado. Tom siempre estaría ahí si lo necesitaba. Así era él. Siempre lo había sido. Un buen chico con mala suerte. Si es que la mala suerte no era el amargo castigo, en un mundo imperfecto, de quien hace lo que tiene que hacer sin pensar en su propia conveniencia.

Ahora, con Jennifer y los niños fuera de la ciudad, Tom podía poner en marcha su plan. Había decidido seguir el consejo de Casals y pensar bien cada paso que iba dar. Lo primero era conseguir un arma. Un revólver o una pistola. No quería ver a Adam Norris sin la seguridad de llevar un arma en el bolsillo. En los últimos días había estado preguntando discretamente en la obra a algunos de sus compañeros con fama de pendencieros. Le costó que alguno le dijera cómo contactar con alguien del mercado negro. Pero al fin lo consiguió. Le hablaron de un tal Luca, un italiano de los bajos fondos

que se dedicaba a comerciar con todo aquello de lo que no debían tener constancia las autoridades, o que no se deseaba divulgar. Tom tenía su dirección: una lavandería en Little Italy. Allí debía preguntar por él y convencerle de que no era un polizonte de paisano buscando un ascenso.

La lavandería estaba entre las calles Elisabeth y Hester. Al llegar, Tom se dio cuenta enseguida de que el negocio era una tapadera. Dentro, esperando en unas austeras sillas de metal, había dos tipos con aspecto de cualquier cosa menos italianos. Se acercó al mostrador. Tras él apareció un hombre grueso y moreno, con pelo grasiento y largas patillas. Éste, por el contrario, no podía parecer más italiano que los personajes de las tiras cómicas de los diarios.

—¿Qué se le ofrece? —dijo con cara de pocos amigos y un acento tan marcado como su aspecto.

—Busco a Luca.

—¿Luca? No conozco a ningún Luca.

—Yo… Me dijeron que podía encontrarle aquí.

—He dicho que no conozco a ningún Luca.

Tom se dio la vuelta y se marchó sin despedirse. El gesto del dependiente le invitaba a ello desde que entró en el local. Era extraño. Pensó que debían de haberle informado mal. Pero ya afuera, cerca de un callejón, una voz lo llamó desde las sombras.

—¡Pssst, eh!

—¿Es a mí? —dijo Tom.

—Sí, claro, ¿a quién quieres que sea?

La situación resultaba sospechosa, y aquel barrio no era el más indicado para ser imprudente. De todos modos, Tom se encaminó por el callejón hacia la voz sin rostro, preparado, eso sí, para la eventualidad de tener que salir corriendo o liarse a puñetazos. Al fondo, en la parte más oscura, pudo distinguir por fin al tipo que lo había llamado. Era una versión joven y delgada del italiano de la lavandería.

—¿Buscas a Luca?

—Sí.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Tú eres Luca?

—Soy un… amigo suyo.

El tipo no paraba de mirar hacia la calle principal, por encima del hombro de Tom.

—Necesito un arma —dijo éste—. Me dijeron que…

—¡Eh, para el carro un momento! ¿Un arma para qué?

—Eso es asunto mío.

—Depende.

El silencio de Tom obligó al italiano a explicarse.

—Si buscas un arma para dar un golpe en este barrio, no tenemos nada de que hablar.

—No es para eso. Se trata de un… ajuste de cuentas.

El tipo movió el hocico, echó una mirada a Tom de arriba abajo y asintió.

—Eso me vale. ¿Qué necesitas? ¿Una Thompson? ¿Algo más pequeño?

—Un revólver o una pistola.

—¿De qué calibre?

—No lo sé. Del suficiente.

—Te veo muy verde… Si quieres potencia, puedo conseguirte un Colt militar del calibre 45 o un Smith & Wesson del 44. También tengo los que usa la bofia. Si prefieres pistolas, puedo conseguirte una Walther PP alemana y una Colt M.

—Elige tú por mí y acabemos de una vez.

—¿Sabes disparar un arma?

—Estuve en la guerra…

—Bueno, yo que tú elegiría algo manejable… Un Colt del 38 o la Walther PP del 9 corto. El Colt tiene seis balas. La Walther carga siete y no se encasquilla ni debajo del agua. Esos alemanes saben construir un arma.

—¿Cuánto pides por la Walther?

—Cincuenta pavos. Más diez de la munición… Eso hace sesenta.

—De acuerdo.

—De acuerdo —repitió el italiano, sorprendido de que no le hubiera discutido el precio—. Espérame aquí. Vuelvo enseguida.

Luca desapareció por una puerta al fondo del callejón. Tom aprovechó la espera para contar el dinero. Sesenta dólares era mucho, pero eso ahora carecía de importancia. Se guardó el poco dinero sobrante en el bolsillo y se sentó en un hueco de la pared. Estaba empezando a nevar. El frío era cortante.

Luca no tardó mucho en volver. Llevaba una mano oculta debajo de sus ropas. Al llegar a la altura de Tom, éste se levantó y sacó el dinero del bolsillo. Luca le entregó una pequeña bolsa de papel, arrugada y sucia.

Mientras el italiano contaba el dinero, Tom le echó un vistazo al contenido de la bolsa, aunque sin extraer la pistola ni las cajas de cartuchos. La volvió a arrugar y la guardó en un bolsillo interior de su abrigo.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo —dijo Luca—. Si

necesitas algo más, ya sabes dónde estoy. Una advertencia gratis, porque me has caído bien: matar a alguien a sangre fría es más difícil de lo que parece.

Los dos hombres se separaron sin decir nada más. Tom tenía lo que había ido a buscar. Ya sólo restaba aclarar las cosas con Adam Norris y Owen O'Connolly. De un modo u otro.

El local clandestino de Norris quedaba cerca del Empire State. Tom fue caminando bajo la incipiente nevada sin prestar atención a los adornos navideños, cada vez más numerosos conforme aumentaba el nivel social de los barrios. A pesar de la crisis —o precisamente por ella—, con trece millones de parados, miles de empresas y fábricas cerradas, el sistema económico hundido… las gentes se preparaban para elevar sus plegarias a sus respectivos dioses. Los cristianos, en la Navidad; los judíos, en la cercana Janucá; y todos los demás, cada vez que tenían la oportunidad de llevarse a la boca un plato de comida caliente.

Sin embargo, para Tom no se acercaban días de paz ni amor fraterno. En la puerta de un comedor social, dos mujeres encopetadas colgaban una especie de guirnalda. Por las bandas que les cruzaban el pecho y la cruz que había a un lado, debían de pertenecer a algún grupo cristiano de ayuda a los desfavorecidos. Tom pasó de largo. Qué fácil era para las clases pudientes practicar actos caritativos y mantener la dignidad. Quien no ha sentido nunca auténtica hambre o auténtico frío no sabe lo que es mantenerse y aguantar la adversidad; vencerlas y demostrar la pasta de que se está hecho. Ni siquiera sabe lo que es la fe. La fe de verdad. Esa que puede mover montañas y que es tan difícil de alcanzar como fácil de perder.

Tom no tenía fe, pero le quedaba su amor por Valery y el odio por los hombres que habían metido a Jay en el mundo del hampa. ¿Cómo pudo ser su hermano tan estúpido? Podía haber dejado su mala vida y regresado a Sunnyside con Jennifer y sus hijos, a la granja Sprintze, para dedicarse a reparar automóviles, como siempre hizo, o a cultivar la tierra, como Frank les había enseñado. Éste siempre consiguió darle a su familia todo lo necesario y algún que otro capricho, aunque nunca llegara a ser rico y hubiera tiempos duros en los que pasaron auténticas estrecheces. Frank Carter siempre vivió con dignidad y honestidad. Ésa era la memoria, el legado y el mejor recuerdo que Tom atesoraba de él. De su padre. Ojalá pudiera, algún día, dar el mismo ejemplo a Milka. Aunque, por desgracia, él no era como Frank.

La tienda que servía de tapadera al garito de Norris estaba abierta.

Tom optó por entrar en ella, en lugar de ir por el callejón. La dependienta le preguntó con inquietud qué deseaba. El aspecto de Tom no hacía presagiar nada bueno.

—Quiero ver a Adam Norris.

—Lo siento, pero eso es…

—Avísele. Ahora. Dígale que está aquí Tom Carter, el hermano de Jay.

La mujer pulsó un timbre que había debajo del mostrador. No pretendía complacer a Tom, sino que uno de los matones de su jefe se hiciera cargo. El hombre en cuestión era grande como un armario, y apareció al poco por detrás de la cortina que daba a la trastienda.

—Qué —se limitó a decir a la mujer.

—Quiero ver a Norris —respondió Tom por ella.

El matón le tomó las medidas. Luego se quedó mirándolo a los ojos con la fijeza de un perro de presa.

—¿Y tú quién eres?

—Tom Carter. Bastará que le digas eso.

El hombre no parecía tener muchas luces. Por la forma de su nariz y sus orejas, parecía tratarse de un ex boxeador. Uno algo sonado. El perfecto esbirro descerebrado y obediente.

—Espera aquí —dijo, y regresó por donde había venido.

Minutos después, el matón regresó con un gesto menos áspero. Se quedó bajo la cortina, con ella recogida parcialmente.

—El señor Norris ha dicho que puedes pasar.

Tom lo siguió hacia la zona donde estaban las mesas de juego y el escenario, pero no llegó hasta allí. Al despacho de Adam Norris se accedía por un corredor lateral, en cuya antesala había otro hombre. Éste, más despierto que el anterior, le cacheó para verificar si llevaba encima un arma. No tardó en descubrir la bolsa con la Walther y la munición. Después de quitarle ambas cosas y verificar que la pistola estaba descargada, dijo:

—Esto se queda aquí. Cuando salgas podrás recogerlo.

—Bien —dijo Tom.

Ese mismo hombre llamó con los nudillos a la puerta del despacho de Adam. La voz de éste se escuchó desde dentro.

—Hazle pasar.

Al otro lado de la puerta, el panorama cambiaba sustancialmente. En contraste con la parquedad de la antesala, el despacho de Norris estaba decorado con muebles lujosos. Aunque no era muy grande. Lo suficiente para una mesa de trabajo, un par de butacones, un sofá, otra mesa circular y las correspondientes sillas.

—Siéntate, Tom —le dijo Norris desde su butaca.

—Estoy bien de pie.

—Como quieras. Wally, déjanos solos.

Antes de retirarse y cerrar la puerta, el matón mostró a su jefe la bolsa con la pistola.

—Tenía esto en el abrigo —dijo—. Una pistola descargada y dos cajas de balas.

Adam asintió y levantó la mano para indicarle de nuevo que se marchara.

—Bueno, Tom. ¿Puedo preguntarte por qué has traído una pistola?

—No.

Adam sonrió con una mueca helada.

—De acuerdo. ¿Y una copa? ¿Puedo ofrecerte una copa?

—No, gracias.

—Tú dirás lo que te trae por aquí.

—Mi hermano. Jay.

Los brazos de Adam se abrieron en un gesto amplio. Chasqueó los dedos y dejó caer los puños sobre la mesa.

—Ha sido algo lamentable. Muy lamentable.

—Quiero saber qué pasó.

—Yo diría que todo está bastante claro. Lo cogieron con un cargamento de alcohol ilegal, se asustó, confesó el lugar donde había escondido el cuerpo de Johnson, trató de escapar de camino a la comisaría y la policía lo abatió para evitarlo. Fin de la historia.

Tom sintió un arrebato de furia que le costó dominar. Lo provocó el tono condescendiente de Norris y su completa falta de tacto, sin duda intencionada. No estaba hablándole de alguien cualquiera, sino de su hermano muerto.

—Estuve con Jay en los calabozos de la comisaría. Fue unos días antes de que lo mataran. Me dijo que todo eso de confesar el crimen de Johnson era para evitar que lo metieran en la cárcel.

—No puede ser. Dime tú cómo pudo llegar a esa conclusión tan absurda… ¡No sabes los quebraderos de cabeza que eso me ha dado!

La actitud de Adam cogió a Tom por sorpresa. Parecía realmente estupefacto por lo que acababa de decirle. Quizá estuviera actuando, pero Tom no lo creía.

—Jay me contó que uno de tus hombres le convenció de que podría conseguirle un indulto. Sólo tenía que confesar y decirle a la policía dónde encontrar el cuerpo del asesor del alcalde. Owen O'Connolly. Es así como se llama ese policía que trabaja para ti, ¿no es verdad?

—Owen O'Connolly… —dijo Adam, como si ese nombre se resistiera a salir de su boca. Sus ojos mostraban un total desconcierto.

No, no estaba actuando. Tom tenía ahora la certeza absoluta.

—¡Maldito hijo de perra! —exclamó Adam de pronto—. Creo que empiezo a comprender… Y te pido disculpas, Tom. Yo estaba equivocado. No confío en que me creas, pero yo no tuve nada que ver con eso. Owen me dijo que la idea de confesar fue de Jay.

Aquello era verdad, pero no toda la verdad. Norris realmente ignoraba que el policía hubiera sido el instigador de la confesión de Jay. Pero, cuando éste le dijo que iba a cantar, aceptó sin vacilar que lo eliminara. Tom no conocía esa segunda parte de lo ocurrido, por suerte para Adam. Éste pensó rápido. Podía aprovecharse de la situación y eliminar a un enemigo en la sombra: O'Connolly, a quien haría pagar por su traición. Ignoraba los detalles, pero no era difícil imaginar qué habría ganado el policía actuando así.

—Ese cerdo nos ha engañado a todos, Tom, y creo que entiendo por qué. Hacer que tu hermano confesara el crimen de Johnson, y luego que acabara muerto, ha debido de hacerle ganar muchos puntos con algunos de los hombres más poderosos de la ciudad. Supongo que ya sabes que Johnson, además de asesor del alcalde, era su amigo. No puedo saber lo que O'Connolly se propone exactamente, pero gracias a ti sé que ya no puedo fiarme de él.

—A mí todo eso no me importa —dijo Tom, volviéndose hacia la puerta con intención de marcharse.

Ya sabía a quién cobrar la muerte de Jay. El resto no le interesaba.

—Aguarda, por favor —le pidió Adam—. Quiero ayudarte. Es lo menos que puedo hacer. O'Connolly es un tipo muy peligroso y no tiene ningún escrúpulo. Yo puedo mantenerte informado de todos sus movimientos. Si vas a liquidar a ese cerdo traidor, debes estar seguro de no fallar. Porque eso es lo que pretendes, ¿verdad, Tom?

Él no era tan simple como para confiar sin más en alguien de la calaña de Adam Norris. Pero la conversación que habían mantenido, y el ansia con que éste pronunció su última frase, le hicieron no rechazar inmediatamente su ofrecimiento. Tenerlo de su lado era una buena baza. Se dice que «los amigos de mis amigos son mis amigos», y algo parecido puede aplicarse a los enemigos. Tener uno en común no convertía a Tom y Adam en amigos, aunque sí en una especie de aliados.

33

Empezaba a anochecer, cerca de las fiestas navideñas. Las luces doradas y rojas del crepúsculo se rendían ante el negro incipiente de la noche. Olía a frío y a tristeza. Tom cogió de la mano a Valery. Estaban paseando cerca de los muelles. Desde lejos les llegaba la melodía del villancico *La primera Navidad*, entonado por un pequeño coro de hombres y mujeres, a la puerta de una iglesia. Valery se apretó contra Tom.

—¿Qué va a hacer Jennifer ahora? —dijo ella en voz queda, como si temiera interrumpir el hermoso cántico.

Tom tardó un rato en contestar. Aquel villancico era el favorito de su padre adoptivo. Sintió una punzada en el pecho al recordar la felicidad pasada.

—Supongo que tratará de poner otra vez en marcha la granja de su padre.

—¿Y tú?

—¿Yo…? Nada —mintió.

Valery sabía que Tom había comprendido la pregunta. Últimamente lo notaba más hosco y distante de lo habitual. No creía que eso se debiera sólo al luto por la muerte de su hermano, pero tampoco podía imaginar qué estaba detrás. Tom no le había contado aún que Jay no murió por haber intentado escapar, sino que lo asesinaron.

«Cuida de Jay. No le dejes solo. No dejes que lo maten.»

Las últimas palabras que Frank Carter le había dirigido a Tom antes de que se marchara a la guerra de Europa, volvían ahora como puñetazos en pleno rostro.

«No dejes que lo maten.»

Pero lo habían matado. Como a un perro. Sin ninguna misericordia. Fue víctima de un plan miserable para obtener una dosis mayor de influencia. Tom sabía perfectamente qué iba a hacer, pero no quería decírselo a Valery. Ella notó que sus ojos estaban vidriosos, casi como los de un loco. Tom le apretó la mano con tanta fuerza que, sin querer, llegó a hacerle daño. Pero Valery no se quejó. Siguieron caminando en silencio y pasaron junto al coro.

Miraron al cielo y vieron una estrella
hacia el este, luminosa, sobre ellos en la lejanía.

Y a la tierra dio una gran luz
que continuó en la noche y en el día.

Tom se fijó en la pequeña y humilde iglesia frente a la que estaba el coro. Le recordaba a la parroquia polaca de Filadelfia donde se reunió con Lambert y los demás miembros del sindicato de estibadores.

—Te quiero, Tom.

Valery sí dijo la verdad. Toda la verdad, limpia y sin reservas. Él se detuvo. Tenía que pagarle con la misma moneda.

—La muerte de mi hermano no fue un accidente. Ese policía corrupto con el que trabajaba lo montó todo desde el principio. Han matado a mi hermano, ¿lo entiendes? No voy a dejar que las cosas queden así.

Sus ojos volvieron a mostrar la misma locura de antes. Valery fue capaz ahora de reconocer lo que era. Odio. Odio y sed de venganza. No se trataba de un simple arrebato, Valery estaba segura.

—¿Qué vas a hacer? Me estás asustando. Deja que hable con mi padre. Ya sabes que es juez. Si lo que dices es cierto y puede probarse, estoy convencida de que se hará justicia y de que los culpables acabarán en prisión. Confía en mí, por favor.

Tom no iba a desistir. Conocía muy bien la clase de justicia de la que Valery hablaba. Era la misma que permitió que salieran impunes quienes destrozaron la mano de Lambert y mataron a media docena de sus compañeros estibadores.

—Yo me ocuparé de esto —dijo.

Eso logró exasperar a Valery, que se soltó con brusquedad de su mano.

—¡¿Que tú te ocuparás de esto?! ¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¿Y si haces que te maten a ti también…? —Dejó colgada la frase, que hubiera querido terminar con «¿qué será entonces de mí?». Y de Milka.

—No me importa que me maten, con tal de llevarme a O'Connolly por delante.

—¿Te importa más tu hermano muerto que yo viva? ¿O que esa niña que ahora es tu hija? —dijo Valery al borde de unas lágrimas que iba a evitar a toda costa.

No le importaba que aquella pregunta fuera injusta. En ese momento, incluso se arrepentía de haber conocido a Tom. Ella era feliz antes de eso. Tenía su carrera y sus ambiciones, y un futuro ilimitado. ¿Cómo se había dejado arrastrar hasta ese punto? ¿Cuándo se había convertido en una mujer plañidera y frágil, desesperada por

un hombre?

—No tengo elección —dijo él.

—No lo hagas, Tom. Por favor.

—Mira, Valery, has tenido la mala suerte de cruzarte conmigo. No quiero arrastrarte. Deberías irte ahora mismo y olvidarte de mí para siempre.

—¿Crees que podría dejarte cuando más me necesitas? Eso nunca te lo haría.

Era cierto que Tom la necesitaba más que nunca. Valery estaba equivocada al pensar que prefería a su hermano muerto que a ella o a Milka vivas. Pero eso no bastaba, ni podría frenar su decisión de acabar con O'Connolly. Cuanto antes desapareciera del mundo ese malnacido, mejor para todos.

Valery tuvo que reunir todas sus fuerzas para no abrazarse a Tom y gritarle que lo necesitaba y que sólo lo tenía a él. Sabía que eso no serviría de nada. Pero tampoco iba a quedarse impasible, esperando a ver cómo se dejaba matar.

Esa misma mañana había llegado una carta de Jennifer, la primera que le enviaba desde Sunnyside. Tom no la recibió hasta volver a casa por la noche, después de dejar a Valery en su apartamento. Se la entregó la dueña de la nueva pensión a la que se había mudado. Era más limpia y acogedora que la antigua, y el cuarto de Tom tenía una habitación extra, donde ahora estaba instalada Milka. Él había ido a recogerla a casa de la dueña, la afable señora Perry, una viuda con quien había llegado a un acuerdo para que se hiciera cargo de la niña cuando él no estuviera.

Entró en su habitación y dejó la carta encima de una mesa. Allí siguió, sin ser abierta, mientras le daba un baño a Milka y luego la cena. Sólo regresó al salón después de meterla en la cama, contarle un cuento y darle un beso de buenas noches. Pero la carta continuó sobre la mesa, con Tom sentado en el sofá-cama a un metro de ella. Le costaba decidir si debía o no leerla. Lo más probable es que sumara un fardo más a sus espaldas, y Tom ya cargaba con demasiados: el asesinato de Jay, su tensa situación con Valery y el futuro que le esperaba a Milka si a él llegaba a ocurrirle algo. No haber conseguido aún resolver esa última cuestión era lo único que le sujetaba, y la razón de no haberse lanzado ya contra O'Connolly.

Sin moverse del sitio, leyó una vez más el remite de la carta y volvió a comprobar el matasellos de Sunnyside. Por fin alargó la mano y rasgó el sobre, casi con frustración. La carta era una fina hoja,

escrita por ambas caras con letra temblorosa.

Querido Tom:

Sunnyside sigue tan bonito como siempre. No tanto el pueblo, que nunca fue gran cosa. Me refiero a los bosques y los campos. Aunque hace mucho frío, ayer fui a pasear con los niños y llegamos hasta el claro al que solíamos ir los tres juntos, ¿te acuerdas? Nunca olvidaré los ratos que pasamos allí. Ni tampoco aquella noche en el lago, nuestra huida en el tren, nuestros deseos alocados que terminaron tan mal.

Me casé con Jay porque lo amaba. Y porque estaba enfadada contigo. Sé que no tuviste la culpa de lo de mi padre. Él se lo buscó. Pero no supe encajarlo. Estaba tan triste y furiosa, y además tú luchaste tan poco… Creí que era porque no me querías lo bastante.

Ahora sé que no era así. Volver a verte fue como respirar otra vez el olor de los prados de Sunnyside. Quizá me odiarás por esto, pero tengo que decirte que siempre te amé. Incluso estando con Jay. Y sé que tú también a mí. Lo vi en tus ojos cuando volvimos a encontrarnos.

Lo siento. Tú tienes ahora otra vida, con otras personas. Pero tenía que decírtelo. Ojalá lo dejaras todo y vinieras a Sunnyside conmigo. Podríamos hacer como si nada hubiera sucedido, borrar el pasado y mirar sólo al futuro.

Cuando pienso en ti me doy cuenta de lo mucho que te amo. Y que te necesito.

JENNIFER

Tom siguió con la carta en la mano durante mucho tiempo después de haberla leído y releído. No se había equivocado al pensar que iba a traerle una nueva carga, aunque no imaginó que sería tan pesada. Jennifer le ofrecía, sin ambages ni más impedimentos, lo que él llevaba media vida soñando y deseando. El destino tiene un sentido del humor tortuoso. La noche antes, Valery le había preguntado si su hermano muerto era más importante que ella viva. En su carta, Jennifer venía a preguntarle lo mismo.

Al día siguiente, Valery no fue al Empire State. Era imperioso que se encontrara con Beth. Tenía la esperanza de que, a diferencia de ella, su hermana sí fuera capaz de disuadir a Tom de la locura que se proponía llevar adelante. Pensaba sinceramente que existía otro modo de conseguir que el culpable de la muerte de Jay recibiera su merecido. No en vano, su padre, el honorable juez, le había inculcado un respeto casi venerador hacia la justicia. No hacia la ley y los tribunales, que cambian con los hombres, sino hacia un ideal de justicia en que sólo podía haber una máxima: la equidad.

Beth no esperaba a Valery, y menos tan temprano. De malas pulgas abrió la puerta de su apartamento, creyendo que podría ser Adam para apremiarla a que se fuera. Al ver que no se trataba de él, cambió el gesto a uno mucho más amable. El de Valery, en contraste, era poco menos que trágico. Entró como una exhalación en la lujosa sala de estar, se dejó caer en un sillón y luego se levantó otra vez, casi inmediatamente. Beth no necesitó interrogarla para saber el motivo de su visita.

—Tom va a matar a ese policía que trabajaba con Jay —dijo angustiada.

—¿A O'Connolly?… Lo cierto es que no me extraña.

Ante la mirada perpleja de Valery, Beth continuó.

—Tom siempre ha sido… ¿Cómo decirlo?… Cuando era niño parecía travieso, porque siempre andaba metido en líos. Pero no lo era, en realidad. Es sólo que siempre acababa haciendo lo que creía que debía hacer, sin importarle las consecuencias. ¿Te contó por qué estuvo en la cárcel?

A Valery no le gustaba el rumbo que adquiría esa conversación, pero respondió de todos modos.

—Me dijo que mató accidentalmente al padre de Jennifer.

—Ese cerdo la maltrataba y le pegaba un día sí y otro también. Es verdad que Tom no lo mató adrede, aunque aquel bastardo se lo habría merecido. ¿Entiendes a qué me refiero? Se hizo justicia a través de Tom.

—¡Y eso le hizo pasar diez años en prisión, Beth! Tienes que ayudarme a convencerle de que no haga nada esta vez.

—¿Tú crees de verdad que no debe hacer nada?

La amargura de Beth encontró su reflejo en la expresión desesperada de Valery; la de alguien que lucha contra algo imposible de evitar.

—Mi padre es un juez muy influyente. Hablaré con él. Ya se lo he dicho a Tom, pero a mí no me hace caso. Él no debe inmiscuirse. Es mejor que lo deje en manos de la policía. Las autoridades sabrán…

—Bonitas palabras. Pero vacías, querida. La policía y los jueces son corruptos. Te sorprendería saber a cuántos tiene Adam en nómina. Y Jay era miembro del hampa. Nunca investigarán su muerte. Para ellos sólo es un indeseable menos. Desengáñate. Además, si no hiciera nada, Tom no podría vivir con ello. Confía en él, en su integridad.

—De eso es precisamente de lo que tengo pavor… Ayúdame a tratar de disuadirle, te lo ruego.

Beth miró a Valery con una extraña mezcla de piedad y soberbia. La novia de su hermano no había pasado por los infiernos ni se había

revolcado en el fango. En su mundo, los buenos luchaban contra los malos y los vencían. Como en las películas de Hollywood. Pero no en el de Beth. En el suyo no había cabida para esas hermosas fantasías.

—No puedo ayudarte —le dijo con aspereza—. Ni quiero hacerlo.

—Es imposible que estés hablando en serio…

—Ponme a prueba. Si quieres que hable con Tom, lo haré. Pero no para lo que tú pretendes, sino para todo lo contrario. Tú no has perdido a un hermano. No confío en que puedas entenderlo.

En silencio, Valery se dirigió a la salida. Paró un instante en el umbral y se volvió de nuevo hacia Beth:

—Ni tú pareces entender que yo amo a Tom.

Su intento había tomado la dirección opuesta a la que Valery esperaba. Se sentó en los escalones de acceso al portal de Beth, preguntándose qué hacer a continuación.

—Tengo que conseguir que me escuche.

Se refería a Tom. Su única alternativa era intentar otra vez disuadirle. Ignoraba qué nuevos argumentos podría utilizar, aunque ya se ocuparía de eso llegado el momento.

Regresó al Empire State y recorrió a toda prisa, de una punta a otra, la planta donde Tom estaba trabajando últimamente. Se tropezó varias veces, tragó polvo, se magulló las piernas y se arañó los brazos, pero su búsqueda resultó infructuosa. Él no estaba allí. Decidió ir en busca de Casals, con la esperanza de que supiera decirle dónde se había metido Tom. Era posible que éste se encontrara simplemente en cualquier otra planta, o hasta que le hubieran encargado ir a comprar material o alguna herramienta fuera de la obra. Pero, al reconocer de lejos al capataz, Valery corrió en su dirección con un nudo en el estómago.

—Ah, estás aquí —dijo él—. Tom te andaba buscando esta mañana.

—¿Tom? ¿A mí? ¿Sabe dónde está?

La mueca de preocupación de Casals hizo que los nervios de Valery se crisparan aún más.

—Pensaba que tú sabrías dónde ha ido… Sólo estuvo aquí un momento, con Milka.

—¿Ha traído a Milka al Empire State?

La propia Valery encontraba frustrante convertir en una pregunta cada nueva respuesta del capataz, pero no podía evitarlo.

—Sí, trajo a la niña. Y no sé para qué, la verdad. Luego me dijo que tenía que marcharse, sin darme ninguna explicación, pero…

Casals vaciló. Era consciente de lo que Valery sentía por Tom. Las razones del capataz para estar preocupado por él, seguramente la

harían volverse loca de ansiedad.

—Pero ¿qué? Dígamelo, por favor, Casals.

—Es una tontería mía. Ya sabes cómo somos los viejos… —Intentó escabullirse, pero los ojos angustiados de Valery le impidieron seguir con la farsa—. Tom se despidió de mí esta mañana como si no fuera a volver nunca. Me dijo que se alegraba de haberme conocido y me dio un abrazo.

—Oh, no. Va a hacerlo —dijo Valery en un susurro lleno de inquietud—. Dios, va a hacerlo… Tengo que detenerle antes de que sea tarde.

Casals no le preguntó a qué se refería. Por la conversación que él y Tom mantuvieron acerca de cómo murió su hermano, podía hacerse una idea bastante clara de ello.

—Quizá esté en la pensión… —sugirió.

Era una opción lógica. Si él tuviera intenciones de ir a matar a un hombre, esperaría la llegada de la noche. Lo haría en medio de la oscuridad y no a plena luz del día.

Valery no dejó de presionar el timbre de la señora Perry ni cuando ésta apareció por fin en la puerta. Las dos se conocían ya y, ante el gesto desencajado de Valery, la mujer le preguntó:

—¿Qué te ocurre, hija mía?

—Tengo que ver a Tom, pero no contesta a su llamador.

—Oh, no sabía que hubiera regresado.

La mujer estaba malinterpretando las palabras de Valery. Era normal, porque ésta se veía incapaz de explicarse como es debido. En realidad, Valery no sabía si Tom se encontraba o no en su cuarto. Había estado llamando insistentemente al timbre sin que él contestara. Lo normal habría sido pensar, sin más, que no estaba allí. Pero lo que Valery imaginaba, por el contrario, era a Tom tirado en el suelo sobre un charco de sangre, con un disparo en la cabeza. Y a Milka a su lado, también muerta. Aquel policía corrupto debía haberse enterado de sus intenciones y se le había adelantado. A Valery le resultaba imposible explicarle a la mujer todos esos detalles confusos y terribles, o encontrar algún fallo en su —al menos para ella— implacable lógica. Por eso se limitó a decir:

—¡Tiene que abrirme su puerta!

La señora Perry se quedó tan impresionada con la vehemencia de Valery que no le pidió más explicaciones.

—Claro, hija, claro. No te preocupes. Voy a buscar la llave.

Valery se la quitó de las manos cuando la mujer volvió. Se lanzó

corriendo escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos. Llegó a la puerta de Tom, pero las manos le temblaban y no logró encajar la llave a la primera. Sólo ahora, la señora Perry había conseguido llegar al tope de la escalera, en la otra punta del corredor. La mujer resoplaba. Valery le había contagiado su desasosiego.

La llave entró en la cerradura y giró con un clic metálico. Valery la dejó colgando en la puerta y se lanzó al interior como si huyera de una manada de lobos. Recorrió el salón, la pequeña cocina anexa, el cuarto de baño y la habitación de Milka. Volvió a recorrerlo todo de nuevo, para calmar hasta la más irreflexiva parte de su mente. Y por fin llegó a la conclusión de que no había cadáveres ni charcos de sangre. Se sentó en el sofá, con los latidos de su corazón convencidos aún de lo contrario. Fue entonces cuando vio la carta encima de la mesa. Era de Sunnyside. Con el remite de Jennifer.

—¿Está todo en orden, hija?

La voz de la señora Perry sonó ahogada y próxima. Sin pensar en lo que hacía, Valery se escondió la carta en un bolsillo. Justo después, la dueña de la pensión apareció en el umbral.

—Todo está bien, señora Perry —dijo Valery del modo más sereno que pudo—. Le ruego que me perdone. Debe de pensar que me he vuelto loca.

La pobre señora desechó inmediatamente la idea con la cabeza, aunque en su interior no estuviera tan convencida de ello.

—¿Y Milka? —dijo Valery, recordando a la niña—. ¿La ha dejado con usted?

—No. Se ha ido con ella. Llevaba una maleta y me dijo que estaría fuera unos días.

«Y me lo dice ahora», pensó Valery con furia contenida. Pero se mordió la lengua.

—¿Y usted no le ha preguntado adónde iba?

La mujer encogió levemente los hombros y negó con la cabeza. Nunca había sido una cotilla, y lo que Tom fuera a hacer no era de su incumbencia.

—Bien. Ahora debo marcharme —dijo Valery—. Le dejo mi dirección. Si Tom regresa, ¿sería tan amable de mandar a alguien a avisarme?

—Sí, por supuesto.

Una vez en la calle, Valery estuvo algunos minutos sentada en un banco de un parque cercano. Al igual que Tom la noche anterior, dudó si debía o no leer la carta que tenía en el bolsillo. Violar de ese modo la privacidad de otra persona —de Tom, además—, iba en contra de todos sus principios. Pero necesitaba saber.

Leyó la carta una sola vez. Deprisa. Todo su amor no había bastado para hacer desistir a Tom de su venganza, pero el que Jennifer le declaraba en esa carta sí debía haber sido suficiente para conseguirlo. Tom ya debía de estar de camino a Sunnyside para encontrarse con ella. Por eso se había despedido de Casals y hecho las maletas. Tom y Jennifer se harían cargo de la niña igual que Frank Carter y su familia se hicieron cargo de él. Era un final feliz para todos. Excepto para Valery.

Mecánicamente, volvió a guardarse la carta en vez de tirarla. Sintió de golpe todo el frío que exhalaban los parches de hierba del parque. El viento gélido que mecía los árboles sin hojas revolvió también sus cabellos. No se molestó en apartárselos de la cara.

Se quedó mucho tiempo en aquel banco, sentada en medio del viento y del frío. En algún momento de la tarde acabó cogiendo un taxi para regresar a su casa. Pidió al taxista que parara a algunas manzanas de distancia. Se esforzó en contener las lágrimas. No quería que nadie la viera llorar, aunque aquélla fuera la última vez que pensaba hacerlo por un hombre.

Recorrió caminando, muy despacio, los últimos metros. Estaba ya a sólo unas puertas de distancia cuando distinguió dos bultos que parecían sentados en un saliente, justo al lado de los escalones de acceso a su portal. Uno era grande y el otro mucho más pequeño. Un policía, que estaba haciendo su ronda, se detuvo junto a ellos, haciendo girar su porra en la muñeca.

—¡Valery!

Milka salió corriendo y consiguió abrazarse a sus piernas antes de que ella fuera capaz de identificar su voz.

—Mira, Tom: ha llegado Valery —dijo la niña, explicando lo obvio.

El policía dejó de mover la porra y se volvió hacia Valery. Cuando llegó a su altura, frunció el ceño y le preguntó:

—Señorita, ¿conoce a estas personas?

—Sí. Son amigos míos.

—¿Vive usted aquí?

—Así es.

Durante unos segundos, pareció que el agente dudaba de la veracidad de sus palabras. En aquel barrio elegante, la policía se encargaba de mantener alejados a los pobres y los pedigüeños. Valery sacó sus llaves del bolso y se las mostró, agitándolas de un modo parecido a como él hacía con la porra. Tom estaba ya en pie. Dio una mano a Milka y, con la libre, cogió su maleta.

—Bien —dijo el policía, que no se alejó unos metros hasta que Valery abrió la puerta.

Tom parecía no querer entrar. Él y Milka se quedaron un momento en el umbral. Valery le miró a los ojos. No tenía argumentos nuevos que darle. Sólo nuevas razones para pedirle exactamente lo mismo que ya le había pedido.

—No te vayas, por favor. No me dejes.

—Tengo que hacerlo.

No hubo en sus palabras el menor atisbo de emoción.

—No, Tom. No tienes por qué hacerlo —dijo Valery—. Puede que Jennifer te quiera, pero yo también te quiero.

Tampoco para eso tenía otros argumentos. Seguía convencida de que Tom y Milka iban a marcharse a Sunnyside, y que sólo habían venido a despedirse.

—¿De qué estás hablando?

—De la carta que te ha escrito Jennifer.

Valery no llegó a sacarla del bolsillo, para mostrársela, y él no quiso saber cómo había llegado a sus manos.

—No voy a irme con Jennifer.

Valery no le creyó. Levantó la vista hacia el policía, que había cruzado la acera pero aún seguía observándolos.

—Si al menos ella ha conseguido que te olvides de tu venganza… —dijo Valery en voz baja—. Ya has estado en la cárcel por un homicidio. Si cometieras otro te condenarían a cadena perpetua. O a la… Te agradezco que hayas venido a despedirte. No debías haberte molestado. Adiós, Tom.

A pesar de la amarga despedida, Valery no lloró. Se había prometido no volver a hacerlo. A su lado, Tom se quedó en silencio, con el ceño fruncido. Y entonces entendió de qué le estaba hablando.

—¿Podemos subir un momento? —dijo.

—Sí…, sí.

Ahora era ella quien que no le entendía. Milka había vuelto a aferrarse a sus piernas. La separó dulcemente y se agachó para ponerse a su altura.

—Vamos a casa, cariño. Aquí hace mucho frío y se te va a helar la nariz.

Valery se la tocó con un dedo, lo que hizo a Milka soltar una risilla feliz y divertida.

—Vale —respondió la niña.

La sonrisa que Valery se había forzado a mostrarle a ella se desvaneció al instante, en un mar de tristeza. Los tres entraron en el portal y, sin decir nada más, cruzaron la elegante moqueta verde que cubría el suelo y tomaron el ascensor.

Ya arriba, Valery cogió de la mano a Milka y entró con ella en el

apartamento. Por detrás lo hizo Tom.

—¿Me das un caramelo? —dijo la niña.

—No llevo ninguno encima, aunque, ¿qué te parece si vas a ver si hay chocolate en la cocina?

—¡Síii!

Valery le abrió la puerta de la cocina. Tom la siguió con la vista y esperó a que desapareciera en su interior.

—Ya te he dicho que no voy a irme con Jennifer. Ella no me ha hecho desistir de acabar con ese malnacido de O'Connolly. Jay era mi hermano. No tengo elección.

—Pero… La carta…

Tom obvió el comentario. No le importaba que Valery la hubiera leído.

—Estoy aquí porque quiero pedirte que te ocupes de Milka. Sé que no tengo ningún derecho a hacerlo, pero creo que es lo mejor. No puedo pedírselo a Beth. Va a marcharse a California y ya tiene bastante con sus propios problemas. No quiero que Milka acabe en un orfanato. Ella te adora, a ti se te dan bien los niños y tienes dinero. Contigo estará bien.

A Valery le costó asimilar toda aquella información, aunque su sentido resultaba innegable. Al final era cierto que Tom no pretendía marcharse a Sunnyside con Jennifer. Pero nada había cambiado acerca de su decisión de tomarse la justicia por su mano. Por eso Valery no creyó que valiera la pena volver a rogarle que no lo hiciera.

—Puedes estar tranquilo, Tom. Yo me ocuparé de Milka.

Justo en ese momento, la niña apareció en el umbral de la cocina y gritó, en tono triunfal:

—¡Ya he encontrado el chocolate!

—Es sólo un segundo, cariño —le dijo Valery—. Siéntate a la mesa y no te manches.

Obediente, Milka volvió adentro.

—Bien —dijo Tom—. Ahora debo irme.

—¿No vas a despedirte de ella?

—Es mejor que no. Dile que he ido… con su padre. Eso. Dile sólo eso.

Valery faltó a su compromiso justo después de que Tom se marchara. Le pidió a una vecina de confianza que se hiciera cargo de la niña y salió, a su vez, del edificio. Tenía que ir cuanto antes a Washington. Sólo había una cosa que aún pudiera hacer: hablar cara a cara con su padre y convencerle de que moviera sus hilos para llevar a los

culpables ante los tribunales y ayudar a Tom. Esperaba que eso sirviera para demostrarle que no necesitaba destrozar su vida para que se hiciera justicia.

Llegó a la estación justo a tiempo de tomar uno de los últimos trenes del día, que arribaba a Washington pasada la medianoche. Nunca antes, en toda su vida, Valery deseó con tanto empeño ser capaz de acelerar el tiempo. Ignoraba cuándo pensaba actuar Tom, pero nada le impedía hacerlo esa misma noche. Milka era lo último que lo ataba, y ya no la tenía con él.

Valery no trató siquiera de imaginar cómo se desarrollaría la conversación con su padre. La última vez que se vieron, cruzaron palabras muy duras. Pero el juez Marquand era su única esperanza, y ella estaba dispuesta, en esta ocasión, a rebajarse ante él todo cuanto hiciera falta. Estuvo dando vueltas a los mismos pensamientos durante el trayecto. Y, cada vez que lo hacía, se tornaban más inmanejables y funestos, como piedras que caen de una montaña y acaban provocando un alud.

Cuando llegó a la mansión familiar, la verja del jardín estaba cerrada. Ella aún conservaba un juego de llaves, pero se dio cuenta de que, con tantas prisas, lo había olvidado en Nueva York. Podía simplemente accionar el timbre de llamada, pero lo descartó. Sería mejor y más rápido entrar por un hueco del muro que cerraba la parcela, oculto entre la vegetación, que ella y su hermana conocían desde niñas y nunca se había tapado. Bordeó el perímetro hasta él. Se agachó, separó las ramas y entró con cuidado de no clavarse una. Ya en el interior, evitó la puerta principal y fue bordeando la casa hasta uno de sus flancos. Allí había un acceso directo al despacho de su padre. Era la una de la madrugada, aunque no sería extraño encontrarlo allí. El juez Marquand dormía apenas cuatro horas cada noche. Desde que Valery tenía recuerdos, siempre se quedaba a trabajar hasta muy tarde. Cuando ella era una adolescente, la luz encendida de aquel despacho, en plena madrugada, le truncó más de una escapada nocturna en verano para verse con algún chico.

Pero, esta noche, el despacho de su padre estaba a oscuras. Valery se dirigió entonces a toda prisa hacia la escalera de servicio que conducía al piso inferior, ocupado por las cocinas y las dependencias de los criados. Aquella entrada estaba siempre abierta. Si conseguía no despertar a toda la casa, se ahorraría dar explicaciones innecesarias. Valery entró en la cocina, acompañada del chirriar de la puerta. Casi al instante, vio una luz encenderse más allá del pasillo contiguo. Avanzó hacia ella con decisión, hasta doblar una esquina y toparse con una forma oscura que agarraba algo metálico.

—¡Ah! —Hattie y Valery ahogaron el mismo grito al mismo tiempo.

El leve ruido de la puerta había despertado a la criada. Pensando que se trataba de un ladrón, había cogido lo primero que encontró a mano —el crucifijo de su mesilla— y se había dirigido, con él en ristre, hacia la cocina.

—¡Señorita Portia, ¿es usted?! —La criada por fin la reconoció—. Me ha dado un susto de muerte.

Valery se puso un dedo en los labios para indicarle que hablara bajo.

—¿Dónde está mi padre? No he visto luz en su despacho.

—¿Qué sucede, señorita? —dijo la criada, ahora en voz baja, pero tan preocupada como antes temerosa.

—Ahora no puedo contártelo, Hattie. Necesito hablar con él lo antes posible.

La expresiva criada se quedó con cara de aprensión. Que Valery tuviera que ver a su padre con tanta urgencia no podía ser por nada bueno. Más aún teniendo en cuenta que no se dirigían la palabra.

—Su padre, el señor juez, no está en casa —dijo Hattie, afligida aunque no fuera culpa suya—. Esta tarde tenía una reunión en el Capitolio.

Mencionó la palabra «Capitolio» como si estuviera hablando del mismísimo Olimpo. Valery suspiró. Cuando su padre tenía una de esas reuniones, solía quedarse a pasar la noche en un hotel de la ciudad.

—¿Quiere que despierte a su madre?

—No, no —se apresuró a decir Valery.

Como no se le ocurría ninguna otra cosa, la criada dijo:

—Su habitación está lista, señorita Portia. Sólo hay que poner sábanas limpias en la cama. Si me da un momento…

Valery se sintió furiosa con su padre. ¿Por qué maldita razón había elegido precisamente esa noche para tener una reunión? En cualquier caso, ella tenía claro que no iba a meterse en ninguna cama.

—¿Sabes en qué hotel está alojado?

Su padre solía alternar entre un par de ellos. Ambos decentes y aseados, pero no lujosos. Al austero juez Marquand no le gustaba desperdiciar el dinero público que pagaba las cuentas. Si quería hablar esa misma noche con su padre, Valery no iba a tener otra opción sino presentarse en uno de esos hoteles.

Hattie no tuvo tiempo de responder. Se quedó callada al oír el motor de un coche, proveniente del exterior de la casa. Valery se dijo que quizá el destino no fuera tan despiadado después de todo. Corrió hacia una de las ventanas que, desde el salón, daban a la fachada

principal. Era su padre, que acababa de estacionar bajo los arcos de la entrada. Su imponente figura descendió del automóvil con parsimonia, apoyándose de camino hacia la puerta en su bastón de bambú con empuñadura metálica. Valery corrió entonces hacia el recibidor, donde casi se dio de cara con él justo cuando éste entraba. El juez se quedó petrificado al verla. Fue como toparse con un fantasma.

El mango del bastón se le deslizó de la mano y cayó al suelo. Ella no dijo nada. Y él tardó unos segundos en hablar.

—¡Portia! ¿Qué haces aquí?

—Yo… Es una larga historia.

—Pues mañana me la contarás —dijo él, recobrado de la impresión y con su no siempre inquebrantable gesto.

—No, papá. Necesito contártela ahora. Es una cuestión de vida o muerte.

La frase estaba tan manida que ni siquiera en este caso, donde era cierta, sonó demasiado convincente.

—¿Puedo al menos quitarme el abrigo? —dijo el juez.

Hattie, medio oculta al pie de la escalinata central, corrió hacia él como un pato mareado. Cogió el abrigo y se lo llevó al guardarropa.

—Vamos a mi despacho. Hattie, tráenos café. Bien cargado.

Con aquel trajín, lo sorprendente era que nadie más se hubiera despertado en la casa. Valery siguió a su padre. Lo hizo a un paso por detrás, con la mirada fija en el impecable cuello blanco de su camisa. A pesar de todo lo que había estado pensando en el tren, ahora no sabía por dónde empezar.

El juez ocupó su elegante sillón de madera labrada, detrás del escritorio. Valery se sentó enfrente, en una de las dos sillas de cuero verde. Había esperado que se colocaran en los sofás de la mesa de té. Como cuando era niña, le interrumpía durante su trabajo, y él iba allí con ella y se quedaba unos minutos hablándole de cosas que ya no recordaba y que la hacían sentirse segura y confiada.

Pero eso quedaba ya muy lejos.

—¿Y bien? —dijo él—. ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar a mañana?

—Antes que nada, quiero que sepas que no recurriría a ti si no fuera absolutamente necesario.

—Lo doy por supuesto.

Valery obvió el comentario mordaz y prosiguió.

—Tengo que pedirte algo. Y te ruego que olvides por un momento nuestras diferencias. Lo que tengo que pedirte no es por mí. Es por el hombre al que amo.

34

Hacía horas que, oculto entre las sombras, Tom esperaba a que O'Connolly apareciera. Sabía, por Adam Norris, que iba a estar esa noche en su local y que siempre utilizaba la puerta del callejón para salir. Lo único que Tom deseaba era que lo hiciera solo. Y tuvo suerte. Sintió el impulso de no demorarse más: abalanzarse sobre el policía, llamarlo por su nombre, para que lo mirara a la cara antes de morir, y vaciarle el cargador de su pistola en el pecho sin decir nada más. El motivo, él lo conocía mejor que nadie.

Pero Adam había hecho prometer a Tom no acabar con O'Connolly cerca de su local. No quería verse implicado en el tiroteo, y eso resultaría poco menos que inevitable si lo hacía en el callejón. A suficiente distancia, sin que pudiera verle, Tom lo siguió hasta la calle principal. O'Connolly tenía aparcado allí su coche. Cuando se montó en él, confiado, Tom saltó hacia la puerta del acompañante, la abrió de un golpe y lo encañonó. El gesto de sorpresa del policía no dejó traslucir temor alguno. No era de los que se amedrentan por que alguien les apunte con un arma.

—Tú eres el hermano de Jay, ¿verdad? —le preguntó tranquilamente.

—Dame el revólver que tienes en el tobillo.

Tom conocía ese detalle gracias también a Adam. El gesto impertérrito de O'Connolly vaciló. Hizo lo que Tom le había ordenado, y éste se guardó la pistola sin dejar ni un momento de apuntarle con la suya.

—Arranca y vámonos de aquí —ordenó Tom.

—¿Y si no lo hago? ¿Vas a disparar?

—¡Ahora!

—Está bien, está bien. —O'Connolly encendió el motor—. ¿Adónde deseas ir en esta bonita noche?

La ironía resultaba patente con sólo mirar el cielo a través del parabrisas, congestionado por nubes a punto de descargar. El policía intentaba poner a Tom nervioso, pensando que quizá eso le diera una oportunidad. Aunque su táctica no parecía estar funcionando. El tono de Tom era firme cuando se dirigió a él de nuevo.

—Vamos al sitio donde asesinaste a Jay.

—De acuerdo —dijo éste, sin negar la acusación—. Conozco bien el camino.

Había que salir de la isla para llegar desde Manhattan a los pantanos de Jersey. Lo hicieron por el nuevo túnel de la calle Canal, atravesando bajo tierra el lecho del río Hudson. O'Connolly condujo a buena velocidad, con aplomo, sin abrir la boca. Tom estuvo todo el tiempo vigilante. Esperaba que el policía intentara algo, pero éste no quiso darle una excusa para disparar.

—Hemos llegado —anunció O'Connolly tras poco más de media hora de trayecto.

—Baja del coche.

Los dos hombres descendieron del vehículo. Tom cogió las llaves y se las guardó en un bolsillo del abrigo.

—Dime dónde lo mataste. Exactamente.

—Ahí delante.

—Camina.

Unos pasos por detrás, Tom siguió a O'Connolly hasta el punto en que éste se detuvo. El policía abrió los brazos y giró sobre sí mismo, al tiempo que daba un par de puntapiés a la tierra con el extremo del zapato.

—Aquí fue. Justo aquí. ¿Y ahora qué? ¿Tienes lo que hay que tener para disparar contra mí?

Tom aferró la empuñadura de su arma y acarició el gatillo. Quería acabar con O'Connolly, pero su dedo no le obedecía. Recordó lo que le dijo el italiano que le vendió la pistola: que matar a sangre fría es más difícil de lo que parece. Incluso con un animal como aquél, eso era cierto.

—Hay que tener cojones para dispararle a alguien indefenso, ¿verdad? —se mofó el policía—. Yo no lo dudaría. Te cosería a balazos como a un perro rabioso. Pero tú eres un cobarde, igual que tu hermano. Jay nunca dio la talla. Disfruté liquidándolo. Gimoteó, se arrastró y acabó llorando como una niña pequeña.

O'Connolly volvía a intentar poner a Tom furioso para que bajara la guardia. Era un juego arriesgado, pero su única alternativa.

—¡Mientes! —gritó Tom en la soledad del pantano—. Jay nunca se hubiera humillado así, hijo de perra.

—Piensa lo que quieras. Es la verdad.

El policía vio que la mano le temblaba ligeramente. Tom separó un poco el dedo del gatillo. Había decidido seguir con su plan original. No iba a dispararle. No iba a matar a aquel hombre que nunca mereció siquiera vivir. No era tan simple como para picar su anzuelo. Trataba de alterarle para que cometiera un titubeo, un error que él pudiera aprovechar.

—Bastardo… No voy a matarte. Sólo quiero que escribas una

confesión y la firmes. Luego te entregaré a la policía y pagarás por lo que has hecho.

Al decir eso, sacó una libreta de un bolsillo, junto con un lápiz, y se los arrojó a O'Connolly al suelo. Éste soltó una carcajada de incredulidad.

—Iluso… ¿Crees que voy a hacer lo que me pides? Si tienes valor, dispara. Si no, lárgate y laméntate hasta el final de tus días.

Tom dio un paso hacia él.

—Coge la libreta y escribe.

—No —dijo O'Connolly con serenidad.

No podía imaginar lo que pasaría a continuación. Creyó que Tom no iba a atreverse a disparar. Pero se equivocó. Tom bajó el brazo ligeramente y apretó el gatillo. La sorda detonación se perdió en la inmensidad del pantano. A diferencia del proyectil, que impactó contra la pierna izquierda del policía. O'Connolly cayó de rodillas, agarrándose la pierna con ambas manos. Por primera vez, Tom pudo ver en su rostro algo que le agradó: una mueca de dolor.

El policía se miró la herida y luego alzó los ojos hacia Tom. Éste seguía apuntándole. El cañón todavía humeaba. En la mirada del policía había más sorpresa que dolor. O'Connolly se levantó a duras penas, evitando apoyarse en la pierna herida.

—Tarde o temprano llegarán mis compañeros —dijo, escupiendo las palabras—. Ya deben de estar de camino. Alguien habrá oído el disparo y les habrá avisado. Si hasta se oyen las sirenas. Y, cuando lleguen, ¿a quién crees que van a creer? Pase lo que pase conmigo, tú irás a la cárcel por el resto de tu vida y te…

Tom había vuelto a colocar el dedo en el gatillo. Esta vez, el policía no dudaba de que iba a volver a disparar. Pero de nuevo se equivocaba. Tom bajó el arma.

—No voy a matarte —repitió—. He dicho que cojas la libreta.

Tom habría deseado con toda su alma poder hacerlo, pero simplemente no era capaz. Y se maldijo a sí mismo por ser tan débil. Entre gemidos reprimidos de dolor, O'Connolly se rió entrecortadamente. Parecía más una siniestra tos que una risa. No estaba dispuesto a dejar que Tom se saliera con la suya. Firmar una confesión no entraba en sus planes. Aunque la negara después, el caso se investigaría. Saldrían a la luz sus relaciones en el mundo del hampa, y entonces sus apoyos en el ayuntamiento y la policía se disolverían como el humo de un cigarrillo en el aire. Nadie iba a defenderle cuando no fuera útil. Se quedaría solo. Apretó los dientes y se apoyó en la pierna herida. Un dolor lacerante le recorrió los nervios hasta la base de la espalda. Aun así, logró avanzar lentamente hacia

Tom.

—¡Quieto!

—Dispárame ya. Acaba de una vez.

—Estás muerto de todos modos —dijo Tom—. Norris sabe que le traicionaste. Él es quien me lo ha contado todo. Por eso he sabido dónde encontrarte y que siempre llevas una pistola escondida en el tobillo. ¿Fue la que usaste con Jay, bastardo? Mi hermano tenía una familia. Has dejado huérfanos a sus hijos por tu cochina ambición. Por cochino dinero.

Las recriminaciones de Tom no afectaron al policía. Mataría cien veces a cien tipos como Jay a cambio de dinero y poder. El dinero y el poder mueven el mundo. Adam Norris tenía ambas cosas. Si realmente sabía que lo había traicionado —y O'Connolly no lo dudaba—, entonces en verdad era hombre muerto. Aunque Tom no lo matara, algún otro se encargaría de hacerlo. Que así fuera. Pero no iba a irse solo al infierno.

Entre gemidos reprimidos de dolor, miró a Tom con odio. Con odio auténtico. Con la debilidad del odio desbocado.

—¿Así que Adam sabe que le traicioné? Traición. Bonita palabra en su boca. Lo que no te habrá dicho es quién me ordenó matar a Jay. Fue él. Fue tu amigo Adam Norris. Se cagó de miedo cuando supo que iba a confesar lo de Johnson. Te ha engañado como a un pobre imbécil.

A medida que O'Connolly hablaba, Tom fue acercándose a él poco a poco, hasta tenerlo a un par de metros de distancia. El policía se mantenía en pie sobre su única pierna intacta, aunque inclinado hacia un lado. La mente de Tom estaba ahora cuajada en las sombras, como un páramo neblinoso en la más oscura de las noches. O'Connolly se puso recto y le escupió con desprecio:

—Si tuvieras cojones dejarías esa pistola y pelearías como un hombre.

Por primera vez en su vida, Tom se alegró de haber boxeado. Arrojó la pistola lejos de ambos y avanzó hacia el policía con paso firme. Éste intentó lanzarle un primer golpe. Tom lo detuvo sin apenas inmutarse y le propinó un tremendo puñetazo en pleno rostro, que le hizo caer de espaldas. Esperó, inmóvil, a que se levantara. O'Connolly trató de abalanzarse sobre él. Se lanzó hacia su estómago como un toro embravecido. Consiguió agarrarse a su cintura y hacerle retroceder hasta que Tom le golpeó con ambos puños en la nuca.

Lo hizo con todas sus fuerzas. O'Connolly cayó de bruces al suelo. Tardó unos segundos en moverse. Le costó enormemente levantarse de nuevo. Pero aquel tipo era realmente duro. Se puso en pie, en

equilibrio inestable sobre su pierna sana, que le temblaba y apenas era capaz de sostenerle erguido. Había vuelto a su rostro una mueca de desprecio, más intensa que nunca.

El de Tom se mostraba impertérrito. El policía lo miró directamente a los ojos.

—Disfruté matando a tu hermano. Como el que aplasta una rata con una piedra. No valía nada…

O'Connolly hablaba entre jadeos, a punto de derrumbarse. Pero, en el último momento, saltó hacia el lugar donde Tom había arrojado la pistola. Éste se quedó perplejo por un breve instante, y corrió tras él. Cuando cayó sobre su espalda, el policía tenía la pistola en su mano. Trató de girarse para apuntarle. Disparó un tiro que se perdió en la oscuridad. Forcejearon hasta que Tom consiguió separarse, pero no pudo arrebatar la pistola a O'Connolly.

Entonces corrió hacia el coche, seguido de un par de disparos que no le alcanzaron. El policía estaba arrodillado, pero una vez más se levantó y fue caminando hacia Tom, que se había protegido detrás del vehículo.

—¡Ahora qué, hombrecito! ¡Ahora verás lo que hago contigo!

Tom estaba agachado detrás. Sigilosamente rodeó el coche hasta ponerse a la espalda de O'Connolly. Éste se dio cuenta de la treta cuando ya era demasiado tarde. Se volvió para apuntar, aunque no le dio tiempo a apretar el gatillo. La rabia de Tom anulaba su razón. Actuó sin pensar, con la mente en blanco. Un resorte interior dio la orden a su brazo. Apretó el puño y lanzó un gancho terrible a la nariz del policía. Un gancho como el que lanzó una vez contra uno de sus contrincantes en la penitenciaría. Pero, en esta ocasión, con toda su furia.

Los huesos de la nariz del policía crujieron, hincándose en su cerebro. En ese mismo instante soltó la pistola y se derrumbó como un muñeco de trapo, cayendo inerte sobre el frío barro. Estaba muerto.

No era el primer hombre al que Tom mataba. Aunque sí la primera vez que mataba a uno al que quería matar. No como en la guerra, obligado a enfrentarse contra soldados a los que no conocía y cuyo único delito era haber nacido alemanes, igual que él había nacido americano. Tener un motivo para matar a O'Connolly no le hizo sentirse bien. Pero tampoco mal.

Sólo se sintió vacío.

Valery llevaba en silencio varios minutos. Su padre la escrutaba impasible, sin mover un músculo. Al menos, se habían cambiado de

lugar. Ahora estaban en los sillones de la mesa de té. Aunque eso no parecía significar nada. Su hija le había explicado todo del mejor modo que pudo. Hizo un gran esfuerzo para establecer el orden de la información según la técnica periodística, empezando con lo más relevante para pasar a los datos personales y terminar en los detalles. Aun así, a pesar de que su redactor jefe la habría felicitado por la brillantez con que expuso el caso, su padre seguía insensible como una roca frente al oleaje.

Aunque, incluso la roca más sólida y firme, acaba siendo erosionada por las olas.

—Si todo lo que dices es cierto, y puede probarse, la policía se encargará de investigar. El caso pasará a un juzgado, se instruirá y, al fin, la verdad saldrá a la luz —dijo él a modo de sentencia.

—No puedo creer que digas eso en serio —respondió Valery, aunque hacía poco hubiera tratado de convencer a Tom de lo mismo con argumentos muy similares. Su conversación con Beth le había abierto los ojos—. Sabes tan bien como yo que la policía, en especial la de Nueva York, está llena de hombres corruptos.

La batalla dialéctica había comenzado, y eso que Valery tuvo la delicadeza de no mencionar que también muchos jueces eran igual de deshonestos. Su padre no iba a dar su brazo a torcer fácilmente.

—Eso no justifica que se altere el orden de las cosas para orientarlas en beneficio de nadie. Si la policía es corrupta, o un juez, por ejemplo, ¿qué debemos hacer? ¿Cómo debemos obrar? ¿Saltándonos las normas sin más?

—No, papá. No estoy hablando de saltarse ninguna norma. Sólo de asegurar que los pasos del proceso son imparciales, veraces, ¡justos!

—Justos… —musitó él—. No es justo interferir en el sistema. Yo soy juez en la Corte Federal y eso me otorga influencia. Pero ¿qué pasa con quienes no tienen ese poder? ¿Es justo que alguien se aproveche de su posición cuando la mayoría no puede hacerlo? Nadie debe ser más que nadie ante la ley, y yo no voy a mover un dedo para cambiar eso.

—Por el amor de Dios, papá. ¿Quién ha dicho nada de cambiar la igualdad de cada individuo ante la ley? Si un sistema no funciona, meter la mano en el engranaje y hacer que lo haga como debe, aunque sea por una vez, no es aprovecharse ni buscar una ventaja.

El juez Marquand golpeó con su puño el brazo del sillón.

—¡Lo es! Quizá tú no lo entiendas, o no quieras entenderlo, pero es así.

—Papá, siempre te he respetado. Lo creas o no, admiro tu honestidad y tu rectitud. Pero a veces el exceso de rectitud lleva a la

inflexibilidad. Y la inflexibilidad desemboca en el fanatismo.

—¿Me llamas fanático por querer defender el sistema de valores que impera desde hace más de dos mil años? ¿Me pides que deprecie los ríos de sangre vertidos para llegar a donde estamos, un estado de derecho con sus fallos y errores, pero con un espíritu inquebrantable? La justicia no puede relativizarse. Así empiezan todas las tiranías.

—Mucha de esa sangre que dices la hicieron verter hombres honestos y rectos como tú, que creían estar haciendo lo mejor. ¿Te atreves a hablar de tiranías? Tú te has convertido en un inquisidor, papá. Te compadezco. La justicia debe ser ciega, pero no sus servidores. Espero que algún día te mires en el espejo y veas que tus ojos sólo pueden distinguir la cáscara de las cosas.

El juez Marquand se levantó de su asiento y cruzó, bufando, la habitación. No podía tolerar que su propia hija le hablara en esos términos. Él siempre había servido a la justicia. Le había consagrado su vida. En todos los años que llevaba entregado a ese servicio, se le habían planteado miles de disyuntivas; de casos complejos, problemas aparentemente irresolubles, situaciones legales contradictorias hasta el extremo. Pero nunca, ni una sola vez, había optado por seguir un criterio personal. Jamás se había dejado llevar por sus sentimientos y opiniones a la hora de tomar una decisión. Y ahora su hija le llamaba ciego y fanático. Le llamaba inquisidor.

—Tú sí que estás ciega, hija. Tu fanatismo se llama enamoramiento, aunque hay otras palabras menos delicadas para expresarlo y quizá más exactas. Has sucumbido a los vulgares encantos de ese tal Tom Carter y no sabes distinguir la realidad de lo que desearías que fuera.

Valery estaba al borde de las lágrimas. Si su padre pudiera leer directamente en su corazón, no habría dicho eso. Era inútil seguir insistiendo. Debió de darse cuenta de que no iba a lograr convencerlo. Aquel viaje había sido estéril. Una pérdida de tiempo que sólo servía para dejar a las claras, de una vez por todas, que entre ella y su padre se levantaba un muro infranqueable.

—Tom es un hombre bueno —dijo antes de levantarse ella también —. Lo único que vine a pedirte es que no lo dejaras en manos de esos hombres corruptos.

—Hay que dejar a la justicia actuar sin interferencias.

—Muy bien, padre. Entonces, adiós.

Aquel adiós sonó como la despedida de alguien moribundo. El juez Marquand miró a su hija en silencio mientras salía del despacho. Luego se sentó detrás del escritorio y comenzó a dibujar espirales y ochos en un papel en blanco. Eso era lo que solía hacer cuando

necesitaba reflexionar: llenar hojas enteras de espirales y ochos, mientras su conciencia se hundía en lo más profundo de su mente.

35

Una brisa gélida arreció contra el rostro de Tom, que aún miraba fijamente el cuerpo sin vida de O'Connolly, sobre un charco de sangre negra que brotaba de su rostro. Su boca se había torcido en una última mueca. Una baba sanguinolenta se deslizaba ahora por la comisura de sus labios, y sus ojos, muy abiertos, sobresalían de las órbitas como si quisieran abandonar el cadáver. Apenas había luz, que provenía de la ciudad y se reflejaba en las nubes sombrías. El tiempo transcurrió tan despacio en la mente de Tom que no se dio cuenta de que habían pasado varios minutos. Tenía que largarse de allí. Quizá el policía tuviera razón cuando dijo que sus compañeros no tardarían en llegar.

Recogió la pistola, que O'Connolly tenía a sus pies, y la guardó dentro de un bolsillo de su abrigo. Luego montó en el coche del policía y se fue a toda prisa. Regresó a Manhattan por el mismo túnel de la calle Canal, hasta el centro de la ciudad. Lo estacionó en un lugar cualquiera y lo abandonó allí. Después estuvo deambulando por las calles, tratando de poner en orden sus agitados pensamientos y sensaciones. Sabía que era cuestión de tiempo que la policía encontrara el cadáver. Quizá debió tirarlo al río. Aunque no importaba. En cualquier caso sería difícil que llegaran hasta él, y eso no ocurriría antes de que pudiera acabar lo que había empezado. Gracias a O'Connolly descubrió que alguien más tenía que pagar esa noche por la muerte de Jay.

Absorto como estaba, no se dio cuenta de que se había detenido en medio de la calle. Miró a su alrededor con desconcierto, sin tener, por un instante, la menor idea de dónde se encontraba o cómo había acabado llegando allí. No se veía un alma. La ciudad que nunca duerme parecía, a esas horas, tan muerta como el policía. Al lado de Tom se alzaba la fachada de una iglesia. La recorrió con la mirada, empezando por el suelo hasta llegar a lo alto del campanario y a una cruz sobre él. La forma oscura de la puerta estaba enmarcada en un rectángulo de luz. Una luz tenue y acogedora. Tom no se paró a pensar por qué estaba abierta una iglesia a esas horas de la madrugada —por los miles de indigentes, quizá—. Sólo quería huir del frío, sumergirse en aquella luz, sentarse un momento en un banco y descansar. Necesitaba descansar.

Hacía mucho que no pisaba una iglesia. Ascendió por los anchos y chatos escalones que conducían a la entrada, bajo un arco redondo y

tosco. Empujó una de las hojas del portón. Estaba embutida dentro de otra puerta, mayor y más impresionante, destinada a abrirse en ocasiones solemnes. Entrar de ese otro modo, deslizándose con discreción y sin grandilocuencias en la casa de Dios, inducía a la humildad. Dentro no parecía haber nadie. Tom avanzó hacia el altar y se sentó en un banco cualquiera.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —se oyó de pronto una voz, amplificada en la soledad de la nave.

Tom miró a ambos lados, pero no vio a nadie ni supo con certeza de dónde provenía el sonido. Al poco, sin embargo, un sacerdote surgió a través de una puerta baja, situada en un lateral de la nave. Era un hombre no mucho mayor que Tom y con un aire tan exhausto como el suyo, que en él parecía crónico.

—¿A que he acertado? Conozco a todos los miembros de esta comunidad. A los que acuden a los oficios y a los que no, que Dios les perdone. Y a mí también, porque no me extraña que no vengan. Bastante tienen con encontrar algo que echarse a la boca.

El sacerdote supuso que Tom era uno de los muchos mendigos que buscaban comida y refugio en la iglesia, y añadió:

—Todavía hay un catre libre. Has tenido suerte. Hoy hace un frío terrible. Si no has comido, creo que queda algo de pan y queso. Y vino. Puede faltar de todo, pero siempre tenemos vino. Es para celebrar la Eucaristía. Aunque está sin consagrar. Lo contrario sería un sacrilegio imperdonable, ¿verdad?

Tom no supo decir si el sacerdote hablaba en serio. Tampoco tenía intenciones de averiguarlo. Se levantó pesadamente del banco. Su monstruoso cansancio seguía intacto.

—Buenas noches, padre —se despidió de él.

El sacerdote mostró una sorpresa genuina al preguntarle:

—¿No habrás venido a rezar o a confesarte?

—No. No he venido a ninguna de las dos cosas.

—Entonces… ¿por qué estás aquí? No lo tomes a mal, pero todo el mundo viene aquí a pedir algo. A mí. A la Iglesia. A Dios… Sobre todo si lo hacen a estas horas.

A pesar de su cinismo, el sacerdote era un hombre bondadoso. Y no tenía dudas de que también Tom necesitaba algo, por más que se resistiera a pedirlo. La culpa estaba escrita en sus ojos. Una culpa negra y profunda como una grieta sin fondo.

—¿Seguro que no quieres confesarte? —insistió.

—No.

—Buenos, pues hablemos simplemente. Si quieres podemos sentarnos ahí y charlar como dos amigos. Me vendrá bien.

Últimamente tengo la impresión de que todos con los que hablo se han vuelto locos. O que lo estoy yo.

—Ya le he dicho que no quiero confesarme.

—¿Puedo al menos saber cómo te llamas?

—Prefiero no decírselo.

—Como quieras. Yo soy el padre Michael.

Tom volvió a dejarse caer en el mismo banco de antes.

—Sólo quiero descansar un momento.

El sacerdote asintió con la cabeza y se sentó a su lado. Los dos se quedaron mirando, con una expresión parecida, el gran crucifijo que colgaba sobre el altar. Por detrás de él, la madera estaba hinchada y podrida. Las vigas del techo tenían miles de pequeños agujeros, el hogar de otras tantas termitas. Oyeron a alguien orinar en algún aseo, y también ronquidos bruscos que se interrumpían de vez en cuando, cuando su dueño se quedaba sin aire.

—He matado a un hombre —dijo Tom de pronto.

El padre Michael apenas se inmutó. Aquél era un barrio muy pobre. En el seminario había aprendido que sólo Dios puede dar y quitar la vida. Pero cuando se ha visto morir a niños de hambre, ni siquiera un asesinato parece tan detestable.

—¿Por qué lo has matado? —se limitó a preguntar.

—Porque él mató a mi hermano.

El silencio regresó a la nave de la iglesia. Fue como si el tiempo se detuviera por un breve instante. Hasta que el sacerdote supo qué decir.

—¿Estás arrepentido?

Tom se giró para mirarle de frente.

—¿Arrepentido? —dijo como si acabara de encajar un insulto—. No, padre. No estoy arrepentido. Lo volvería hacer. No estoy arrepentido —repitió—. Ni pienso entregarme. Me queda todavía algo por hacer. Después… Después me da igual lo que suceda.

—No te creo. Ni te da igual lo que te pase, ni es verdad que no te importe lo que has hecho. Si eso fuera cierto, no estarías aquí.

—Sólo he entrado a descansar un momento. Ya se lo he dicho.

—Pareces un hombre fuerte. No necesitas engañarte a ti mismo. Hay quienes creen que el remordimiento es estéril. Pero yo creo que es la medicina del alma enferma. La voz de la conciencia, a la que no es posible acallar. Sé que Dios te perdona por lo que has hecho. Pero la absolución implica no seguir con lo que sea que tienes entre manos.

—¿De qué absolución habla, padre? Esto no es una confesión. No le he confesado nada a Dios. Ni siquiera creo que Dios exista.

—A veces también a mí me cuesta creerlo. Hay tanto sufrimiento

en este mundo… Pero, por alguna razón, mi fe en él siempre acaba venciendo. Y mi fe me dice que siempre nos escucha, aunque a veces parezca que ni siquiera nos oye.

—Lo hecho, hecho está —dijo Tom, sin la menor soberbia. Estaba tan solo describiendo la realidad—. Ahora tengo que marcharme y hacer algo más.

El padre Michael siguió sentado cuando Tom volvió a levantarse. Lo vio regresar hacia la puerta de la iglesia y desaparecer más allá. Luego él también se levantó. Podía haberse quedado allí para dirigirle al Cristo del crucifijo una oración por aquel hombre, pero no tenía tiempo para eso. Acababa de empezar una pelea en la zona de los catres. Ocurría cada noche. Había poco sitio y demasiadas personas hambrientas.

Valery salió del despacho de su padre con la intención de no volver nunca más a aquella casa. Lo que fuera a hacer Tom, sólo podía tratar de evitarlo ella misma. Estaba tan furiosa que a escasos diez metros de la puerta se dio cuenta de que no tenía adónde ir. Había llegado hasta allí en un taxi, y el único modo de llamar a otro era volver a entrar en la misma casa que acababa de jurarse no pisar nuevamente. Además, aunque estuviera dispuesta a soportar la humillación de pedirle a su padre que la dejara llamar por teléfono, tendría que esperar en la estación hasta que saliera un nuevo tren de vuelta a Nueva York. Y ella tenía que llegar allí cuanto antes. Sentía en todas las fibras de su ser que Tom la necesitaba.

Mientras decidía qué hacer, e incapaz de estarse quieta, se dirigió de nuevo hacia la casa. Reparó ahora en el coche de su padre, estacionado donde lo dejó, frente a la entrada. Se había olvidado de él por completo. Se acercó a la ventanilla del lado del conductor y vio a través del cristal que las llaves estaban puestas. Abrió la puerta y se sentó en el asiento tras el volante, sin tener claro lo que pretendía con ello. «¿Y ahora qué?», se dijo a sí misma. Apenas sabía conducir un automóvil. Sólo lo hizo unas cuantas veces, años atrás, y la cosa fue tan mal que no quiso volver a intentarlo. No podía imaginar que algún día le sería tan necesario como lo era aquella noche.

Giró la llave de contacto y el motor emitió un suave gruñido antes de arrancar. Aquel opulento Pierce-Arrow no era ni parecido a los vulgares taxis de Manhattan. A Valery le recordó uno de esos buques que atracaban en los muelles de Nueva York, venidos de la elegante Europa. No sólo en el lujo, sino en el tamaño. El Pierce-Arrow parecía no tener fin. Iba a resultarle imposible dominar aquella enorme bestia.

Por suave que fuera, el ruido del motor llamó la atención en el interior de la casa. Valery vio cómo se encendía la luz del recibidor, justo antes de que su padre y Hattie aparecieran en el umbral.

—¡¿Adónde diablos crees que vas?! —gritó él.

Era la primera vez que le oía soltar una maldición como ésa. Valery no tenía tiempo de intentar calmarse y hacer memoria. Siguiendo un instinto que no imaginaba poseer, movió la palanca de cambio a la posición de marcha, liberó el freno y aceleró a fondo. Las ruedas chirriaron en el adoquinado y el coche salió a toda velocidad tras un fuerte tirón.

Ella gritó todo el tiempo, mientras trataba de dominar el gigantesco volante y no salirse de la zona empedrada. Las figuras del juez y la criada se empequeñecían en el retrovisor. Una de ellas desapareció de improviso. Valery sólo comprendió el porqué cuando vio abrirse —lentamente, demasiado lentamente— la verja exterior. Fue incapaz de pisar el pedal del freno, o tan siquiera de levantar un poco el pie del acelerador. Simplemente se lanzó hacia la verja, tan rígida y agarrada al volante que se hizo daño en las manos y las muñecas.

No supo con certeza qué ocurrió, porque tenía los ojos cerrados cuando la atravesó. Oyó un ruido tremendo, una especie de colosal arañar metálico. Las dos puertas batientes, de más de dos metros de altura, salieron volando por los aires, arrancadas de cuajo de sus goznes. Una de ellas quedó en medio de la vía. El coche la arrolló, y empezó a dar saltos como un toro de rodeo. Ahí fue cuando Valery abrió de nuevo los ojos. Iba directa hacia unos setos, con el coche derrapando a todo lo largo. Dio un volantazo. Sólo una intervención divina pudo hacer que acabara enfilando la carretera sin chocar contra nada.

Pero lo logró. Y gritó otra vez, ahora de puro alivio. Iba de camino a Nueva York. El barco estaba en el cauce del río. Sólo pensaba en que su padre no avisara a la policía y la detuvieran en medio de la carretera. Aunque fuera su hija, le había robado el coche y lo había dejado con el frontal hecho unos zorros. Se dio cuenta de ello al accionar el mando de las luces. Con las prisas y su escaso conocimiento de la conducción, se había olvidado de encenderlas. Sólo un faro lució. El otro estaba colgando sobre una de las aletas. Tendría que bastarle, aunque eso aumentaba las posibilidades de que un coche patrulla le diera el alto. En ese caso, no podría detenerse. Por primera vez se alegró de tener entre sus manos un automóvil tan potente.

No tardó en llegar a la interestatal. Si no fuera porque la situación

no tenía nada de cómica, Valery se hubiera reído de sí misma. No hacía mucho era una reportera que se creía la heroína del emergente periodismo femenino. Miraba al mundo con su ojo observador, tratando de desentrañar sus enigmas y secretos, y creyendo de veras que estaba preparada para comprenderlos. De pronto se veía inmersa en una aventura en la que había atravesado el espejo. Estaba al otro lado, dentro de ella. Ya no era la misma persona que fue antes. Ahora conocía el amor y el dolor. Sus ojos captaban muchos más tonos de gris. Porque el gris es el color predominante de la vida.

Después de abandonar la iglesia, Tom siguió deambulando por las calles de la ciudad. Hubo un momento en que evocó las palabras del sacerdote —«¿Estás arrepentido?»—, pero enseguida las hundió en un lugar recóndito. Adam Norris las sustituyó en sus pensamientos. Unos confían en la justicia divina; otros, en la de los hombres. Tom no podía hacerlo en ninguna de las dos. Ni siquiera en la suya. Nunca había creído en tomarse la justicia por la mano, pero no le quedaba alternativa. Si aquello era una simple venganza, que lo fuera. Eso no le importaba ya. Sólo le importaba que Adam Norris recibiera su merecido.

Rellenó el cargador de su Walther y se encaminó hacia el local clandestino. Era tan tarde que no debía de quedar mucho para el amanecer. Pero, sin duda, el lugar aún estaría abarrotado de los ricachones ebrios que siempre terminaban ahí la noche. Ningún otro sitio abría más pronto o cerraba más tarde. Tampoco dudaba de que Adam siguiera en él. Estaría ansioso de ver quién regresaba vivo del duelo entre O'Connolly y Tom. Éste jugaba con la ventaja de que Adam lo creía de su lado. De otro modo le sería imposible entrar en el local, repleto de matones, y ni tan siquiera acercársele.

Debía pensar muy bien qué hacer, porque no dudaba que sólo tendría una oportunidad. Después de darle muchas vueltas, llegó a la conclusión de que no había ningún modo de acercarse a Adam con su pistola, pasando antes por quienes lo custodiaban. Se la quitarían en algún momento, como hicieron la última vez; y más estando cargada. Tampoco llegaría muy lejos si intentaba abrirse paso a balazos. Se dijo que podría esperar simplemente a que Adam saliera del local, pero estaría rodeado de sus matones. Aquello no era una verdadera posibilidad. Necesitaba una solución alternativa. Hiciera lo que hiciese, tenía que llevarlo a cabo esa misma noche.

Por fin se le ocurrió algo. Era una idea tan arriesgada y absurda que tenía que funcionar. En los campos de guerra de Europa, lo

habrían llamado «una maniobra de distracción». Tom hizo memoria y regresó al lugar donde había abandonado el automóvil de O'Connolly. Tras cerciorarse de que no había nadie cerca —sobre todo ningún coche patrulla—, abrió el maletero y miró en su interior. Buscaba la lata de gasolina de reserva, habitual ante la escasez de estaciones de servicio de muchas zonas del país. Allí estaba. Desabrochó el cinturón de cuero que la mantenía fija, la sacó y la agitó para comprobar la cantidad de combustible. Estaba llena. El policía era un tipo previsor. Con ella en la mano, Tom se marchó a toda prisa. A medida que regresaba hacia el local de Adam Norris, su plan iba tomando forma. Quizá funcionara, sí. Quizá no acabara muerto él también antes de llevarse a aquel bastardo por delante.

Ahora necesitaba una botella de vidrio, para llenarla con el contenido de la lata y hacerla pasar por alcohol ante los hombres de Norris. Encontrar la botella no le resultó muy difícil. No tuvo más que cogerla de un contenedor de basura. La llenó cuidadosamente y cerró bien el tapón. Quería que no pareciera abierta y evitar, en la medida de lo posible, el olor a gasolina. Limpió el cuello con el forro de su abrigo y se deshizo, en el mismo contenedor, de la lata de combustible. Luego recorrió el trayecto que le restaba para llegar al garito de Norris y se plantó en la puerta del callejón. Aspiró y exhaló aire un par de veces para calmarse antes de llamar con los nudillos. La trampilla se descorrió. Tras ella, como de costumbre, aparecieron los ojos escrutadores del vigilante.

—Quiero ver a Adam Norris —dijo Tom.

Su aspecto no era el de un típico cliente del local. El vigilante no abrió la puerta.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó.

—Dile que soy Tom Carter.

Éste sólo podía ver una franja estrecha en torno a los ojos del matón, pero identificó al instante lo que empezó a hacer. Tom notó una gota de sudor en su frente, a pesar del frío.

—Haré que le avisen. Quédate ahí.

La trampilla se cerró de nuevo. Tom esperó hasta que el matón regresó, y esta vez abrió la puerta. El cielo estaba un poco más claro. Pronto saldría el sol.

—Puedes pasar —dijo—. ¿Llevas armas?

Tom sacó la Walther y se la entregó. El vigilante la puso dentro de un cajón donde había otras pistolas y revólveres.

—Cuando salgas te la devolveré. ¿Algo más? ¿Qué tienes ahí? —le preguntó, al notar el bulto de la botella bajo el abrigo.

—Ginebra de la buena —dijo Tom, mostrándosela—. Es para

brindar.

—Aquí no se puede meter alcohol. Va en contra de la ley.

Las risotadas del hombre, por su propia chanza, no consiguieron arrancar a Tom la menor sonrisa. De pronto dejó de reír y cambió de expresión, como si husmeara.

—¿A qué diablos huele…?

Tom mismo se sorprendió al oírse decir, con voz firme:

—Es gasolina. Se me ha agujerado el maldito depósito del coche.

—¿La pasma? —dijo el matón, y guiñó un ojo.

—Sí, eso. La pasma —contestó Tom, en cuanto comprendió que se refería a algún escarceo con la policía.

—Lo que importa es no dejarse pillar. Bueno… Ve hasta el fondo del pasillo y gira a la derecha. Te encontrarás con un tipo. Pregúntale por el despacho del señor Norris.

Con la botella en la mano, Tom avanzó por el pasillo y tomó el corredor de la derecha. Pero, en vez de seguir por él, atravesó de nuevo el corredor, subrepticiamente, para tomar el camino contrario. Estaba bastante seguro de que por allí se iba a la zona del bar. Lo recordaba de la ocasión en que acompañó a Jay. Tenía que hacer algo antes de encontrarse con Adam.

Un bullicio creciente le hizo saber que había acertado con su suposición: el local estaba lleno como si fueran la seis de la tarde. Sobre el escenario, las semidesnudas bailarinas no mostraban el menor signo de cansancio. Tom preguntó a una de las camareras por el cuarto de baño, y se dirigió hacia él todo lo deprisa que era aconsejable sin levantar sospechas. Adam lo estaba esperando y resultaría sospechoso que tardara demasiado en ir a su despacho.

Al entrar en el baño, se aseguró de que estaba vacío antes de echar el cerrojo. Cogió todas las toallas y el papel higiénico que pudo encontrar, hizo una pila y la empapó de gasolina. También salpicó las paredes, forradas de madera. Lo que Tom pretendía era provocar un incendio, pero que éste no se descubriera hasta que fuera demasiado tarde; hasta que se hubiera hecho incontrolable y ya nadie pudiera extinguirlo.

Sólo necesitaba un minuto para que su plan no se truncara. La gasolina se prendió con una especie de soplido siniestro. Tom se apresuró a salir del baño y volvió a cruzar el local hacia el despacho de Adam. De camino hacia él se topó con uno de sus hombres, al que conocía de la última vez que estuvo allí.

—¿De dónde vienes? —le preguntó de forma un tanto amenazadora.

—Tenía que mear.

—El señor Norris te está esperando. Vamos, sígueme.

El tipo no se separó de Tom hasta que llegaron a la antesala del despacho, donde había otro matón, sentado a la mesa y haciendo un solitario con naipes.

—Espera un momento —dijo el primer hombre.

Llamó a la puerta de Adam y entró sin cerrarla. Tom aprovechó para mirar con inquietud hacia su espalda y aguzar el oído, en busca de alguna señal de que el incendio hubiera empezado a propagarse. Pero no oyó nada.

—Pasa —le dijo el matón, haciéndole volverse.

Mientras entraba en el despacho, Tom se fijó en detalles en los que no había reparado en su anterior visita. Como el grosor de la puerta, que sólo podía ser blindada. También, el de las propias paredes, seguramente de hormigón doblemente reforzado. Dentro no había ninguna ventana. Ni siquiera en el cuarto de baño privado, de donde emergía el murmullo de un extractor de aire. Tom comprendió que el cubil de Adam no era un simple despacho, sino una especie de caja de seguridad, concebida para protegerle de todo y de todos. Una ratonera, creada para protegerle, que también podría convertirse en una trampa mortal.

Valery llegó a las postrimerías de Jersey después de cuatro horas de conducción y más de un sobresalto en la carretera. Empezaba a tomarle el gusto a conducir automóviles. Era emocionante, sobre todo cuando pisaba el acelerador a fondo en las vías húmedas y frías por los días de nieve. Había logrado recorrer una buena parte del trayecto sin contratiempos. Eso le permitió desviar algo de su atención y dedicarla a ordenar sus ideas.

Estaba tan absorta en la imagen hipnótica del asfalto y sus propios pensamientos, que tardó unos instantes en darse cuenta de que un vehículo tras ella encendía una ruidosa sirena. Las luces del otro coche y un brillante foco direccional se reflejaron en los espejos retrovisores. Valery volvió al presente y sintió una repentina angustia: era un coche patrulla de la policía. Dudó en si apretar el acelerador o detenerse. Pero si hacía esto último, seguramente acabaría detenida y ya no podría llegar a Nueva York.

Trató de no hacer ningún movimiento brusco y tomó una vía secundaria. Quizá el coche patrulla no fuera tras ella. Se equivocó.

—¡Joder!

Pisó el acelerador a fondo, aunque, apenas lo había hecho, tuvo que soltarlo de nuevo y frenar a tope. Por un suspiro no atravesó un

paso a nivel cerrado. El automóvil se quedó a escasos centímetros de las barreras. Los policías se detuvieron justo detrás. No había escapatoria posible. Uno de ellos bajó y se dirigió parsimoniosamente hacia ella, que mantuvo las manos sobre el volante y trató de parecer lo más inocente posible.

—Señorita —dijo al otro lado de la ventanilla y golpeó el cristal con el dorso de la mano.

Valery bajó el cristal y miró al agente en silencio, con ojos de cordero degollado. Si veía los destrozos del morro, todo estaba perdido.

—Iba usted un poco rápido.

—Ah, ¿sí?… No me había dado cuenta. Lo siento.

—¿Es suyo este coche?

—De mi padre. El juez Harold Marquand.

La mención a un padre juez, en un automóvil tan lujoso, hizo al policía cambiar de actitud.

—¿Adónde se dirige? —preguntó con más amabilidad.

—A Nueva York. Creo que me he desviado… Por error.

—Tranquila. No se ha desviado mucho. Cuando pase el tren, siga por esta misma carretera y verá las indicaciones. Diríjase hacia Jersey y, desde allí, rodee la ciudad por el oeste.

—Gracias, agente.

—Si necesita ayuda hasta salir a la carretera general, la guiaremos encantados.

—No, no se molesten. Sabré llegar yo sola.

—Muy bien —dijo el policía, y se tocó la gorra a modo de saludo —. Intente no conducir tan rápido. Podría encontrarse alguna placa de hielo.

—Le haré caso. Y gracias de nuevo.

El agente se retiró, volviendo hacia el coche patrulla, en cuyo interior lo esperaba su compañero. Cuando le preguntó por el conductor, le dijo escuetamente: «Una niña rica. Hija de un juez».

Valery dio gracias al Cielo de que aquel agente no hubiera reparado en el faro colgando y los destrozos del frontal del coche. Suspiró aliviada. Su pulso corría tan acelerado como el mercancías que pasaba en ese momento. Al poco, las barreras se levantaron y continuó, con temblores en las piernas y el miedo atenazándole aún el pecho.

Adam Norris no estaba solo en su despacho. Cuando Tom entró, había dos tipos más, de aspecto amenazante y cara patibularia. Antes de

dirigirse a él, Adam dio por zanjada su conversación con los dos matones.

—Ya sabéis lo que hay que hacer. Si aparecen los hombres de Forrester, recibidlos como merecen.

Adam estaba en plena guerra no declarada con Audie Forrester, otro de los señores del alcohol de la ciudad. Su revancha por el último escarceo fue más dura que de costumbre, y Adam esperaba ahora, con incertidumbre e impaciencia, la respuesta del otro mafioso. Los matones asintieron, se colocaron sus sombreros, que tenían en el regazo, y salieron del despacho sin saludar a Tom. Sólo le dedicaron una mirada aviesa que contrastó con la amplia sonrisa de su jefe, sentado detrás del escritorio.

—Pasa, muchacho, siéntate. ¿Ya está… hecho?

Adam se incorporó para darle la mano. A Tom le costó hacerlo, aunque no podía levantar sospechas.

—¿Te importa si…? —dijo Tom señalando la puerta—. Prefiero que nadie más oiga lo que tengo que contarte.

—Claro. Cierra si quieres. Si así te sientes más cómodo… Todos mis hombres son de confianza, aunque nunca se sabe… Mira el caso de Owen.

Tom no se limitó a entornar la puerta blindada, sino que la cerró del todo. No tenía pomo ni cerradura en el exterior, con lo que sólo era posible abrirla desde dentro. Nadie podría entrar ahora. Estaban solos. Tom tenía el factor sorpresa a su favor, pero debía actuar con cautela. Estaba desarmado, mientras que Adam debía de tener cerca su arma. Tom se volvió hacia él, pero no fue a sentarse en las sillas que había delante de la mesa.

—Lo hice como hablamos. O'Connolly está muerto en los pantanos, donde él mató a Jay.

Incluso al propio Tom, que había sido quien mató al policía, le repugnó la expresión de complacencia de Adam.

—Bien. Es lo mejor para todos. Ese bastardo era eficiente, pero demasiado ambicioso.

Tom continuaba de pie, junto a la puerta, tratando de imaginar dónde podría tener Adam su pistola.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó éste, al percibir su inquietud.

—No todas las noches se mata a un hombre —dijo Tom, y eludió su mirada inquisitiva.

Pero ésta no desapareció de su rostro. Y siguió allí después de que se levantara él también, con una sonrisa perfecta y falsa. «Sospecha algo», se dijo Tom, justo cuando Adam deslizaba casi imperceptiblemente un cajón de su escritorio. «¡La pistola!»

En ese momento, el hombre que vigilaba el exterior del despacho intentó abrir la puerta. Al ver que estaba cerrada, llamó con fuertes golpes en el metal.

—¡Abra, señor Norris! —Había temor y urgencia en sus palabras—. ¡Fuego! ¡Salga de ahí, señor Norris!

Las sospechas de Adam hacia Tom se esfumaron al instante. Imaginó que el incendio tenía que ver con la venganza que esperaba de la banda de Forrester.

—¡Vamos, hay que salir de aquí! ¡Deprisa!

Adam rodeó la mesa y se lanzó hacia la salida, pero Tom lo interceptó y descargó sobre él un terrible puñetazo que lo alcanzó en pleno rostro. Cayó al suelo como en una película de Harold Lloyd. Se quedó con las piernas en alto y la espalda horizontal, y se echó instintivamente las manos a la cara. El puñetazo le había roto un pómulo. Miró hacia Tom con ojos incrédulos, inyectados en sangre. Sus gemidos de dolor superaban el sonido de los gritos fuera.

—¡SEÑOR NORRIS!

El matón seguía golpeando la puerta acorazada, pero era imposible que la abriera. Estaba hecha para evitar que nadie pudiera entrar. Y ahora también salir. La trampa se había cerrado para Adam. Y también para Tom.

El sol empezaba a surgir en el este, por detrás del cercano *skyline* de Manhattan, con el nuevo Empire State presidiéndolo con serena majestad. La luz tímida sólo lograba crear más sombras en el rostro cansado de Valery. Había únicamente dos lugares donde podía buscar a Tom: la pensión de la señora Perry y el local clandestino de Adam Norris. Si estaba en la pensión no había nada que temer, de modo que entró en la isla por uno de los túneles bajo el río y se lanzó a toda prisa hacia el garito de Norris.

A esa misma hora, en Washington, el juez Marquand seguía en su despacho; tal y como Valery lo recordaba siendo niña, aunque con desvelos muy distintos. Esperaba una llamada telefónica y tenía a su lado una cafetera humeante, que Hattie acababa de llenarle. Cuando su hija se marchó como lo había hecho, supo que aquello no era uno de sus arrebatos. A pesar de todos los conflictos y de la distancia personal que los separaba, la quería más que a nada en el mundo.

Nunca, en toda su carrera, el juez Marquand había movido un dedo en contra de sus convicciones morales. Se había opuesto a muchas leyes, acatándolas no obstante. Había luchado como un púgil en los distintos tribunales en que sirvió, hasta llegar a la Corte

Federal, para cambiar lo que consideraba injusto. Pero nunca, ni una sola vez, trató de imponer sus criterios. Para él, obrar así era tan sagrado como su fe en Dios.

Pero esa noche, angustiado por la reacción de su hija —a la que siempre había considerado una rebelde inofensiva, que algún día volvería al redil—, estaba a punto de arrojar todos sus ideales por la ventana. Por el amor a su hija. Sólo esperaba que todo lo que ella le contó fuera cierto.

—Querido… —dijo Olivia, la madre de Valery, desde el otro lado de la puerta.

El escándalo de la verja había hecho despertarse a todos. El juez Marquand no quería que se preocuparan, aunque él lo estuviera, y mucho. Además, lo que iba a hacer tenía que hacerlo solo, fuera de cualquier mirada, tragándose su propia vergüenza.

—Vuelve a la cama —contestó en tono seco. Y luego, con algo más de dulzura—: Iré enseguida.

Estaba esperando una llamada. La llamada de vuelta de un viejo amigo, a cuya residencia había tenido la osadía de telefonear a esas horas de la madrugada. El aparato sonó al fin, con su timbre amplificado en el silencio. El juez Marquand lo descolgó a toda prisa y habló en voz baja, para que su esposa o su hija pequeña no pudieran oírlo.

—¿Jimmy? —dijo.

—Sí, Harold, soy yo.

—Perdona que te haya sacado de la cama. Sé lo ocupado que estás en el ayuntamiento de Nueva York. Pero tengo que rogarte que me hagas un favor que no podía esperar.

—Tú dirás.

—Es por mi hija. O, más bien, por su… novio. —El padre de Valery casi se atragantó al decir esa palabra—. Se llama Tom Carter. Por favor, si esta noche le detiene la policía, encárgate de que no le suceda nada hasta que yo llegue.

—¿El novio de tu hija…? ¿Qué es lo que ha hecho?

—Espero que nada, Jimmy. Todavía…

—¡Hijo de perra! —voceó Norris con tono rabioso—. ¿Por qué me has hecho esto?

—Deberías saberlo —dijo Tom impasible, de pie frente a él—. O'Connolly me contó toda la verdad antes de morir. Tú le diste la orden de matar a Jay.

Ya nadie golpeaba la puerta del despacho, aunque seguían

oyéndose gritos en el exterior. Cada vez en mayor número y más aterrados. Se mezclaban los de hombres y mujeres, como en un aria siniestra. «¡NO VEO!», se oyó chillar a alguien muy cerca. A una mujer joven. El humo se había extendido desde el local por los estrechos pasillos, que partían de él e hicieron las veces de chimeneas. Una nube densa y tóxica se había precipitado por ellos, inundándolos.

El aislado despacho de Adam parecía ajeno a todo aquello. Al menos por el momento. Aparte de los ruidos y los gritos, la única pista que les llegaba del caos exterior era un fuerte olor a quemado y un leve hilo de humo filtrándose a través de la puerta blindada. Todavía en el suelo, Adam empezó a gimotear como un niño asustado.

—Te equivocas, Tom… Owen te ha mentido. Yo no tuve nada que ver con la muerte de tu hermano. Tenemos que salir de aquí. ¡Vamos a morir quemados, ¿no lo entiendes?! ¡Los dos!

—No. —Tom sacudió la cabeza—. Tú eres el que no lo entiende. Se acabaron las mentiras. Quiero que me digas la verdad.

Tom lo necesitaba. Necesitaba saber la verdad. No podía fiarse de O'Connolly, que era un embustero y un traidor. Si iba a matar también a Adam Norris, tenía que oírle decir de su propia boca que era culpable. Pero él seguía resistiéndose.

—Jay iba a confesarlo todo. Owen dijo que sería mejor eliminarlo. Él tuvo toda la culpa. Yo no le ordené nada. —Los gimoteos de Adam terminaron en un grito desesperado—: ¡Yo no fui, te lo juro!

—Pero tampoco detuviste a O'Connolly. Le dejaste que lo hiciera.

Tom notó que empezaban a llorarle los ojos. El hilo de humo que se filtraba por la puerta era ahora más evidente. Adam también se dio cuenta de ello, y se arrastró por el suelo para encogerse contra la pared opuesta. Su voz apenas podía entenderse cuando gritó:

—¡Sí, es verdad! No detuve a O'Connolly. Debí hacerlo, y no confiar en él. Lo siento, Tom. Lo siento. No sabía lo que hacía. Perdóname. Vámonos de aquí, por favor. Podemos arreglar esto después… Te daré lo que me pidas… Te lo ruego… ¡Pégame un tiro si quieres, pero no me dejes morir quemado!

—¿Me darás lo que te pida?

—¡Sí, lo que sea! ¡Todo lo que quieras!

Adam seguía gimoteando en el suelo.

—Quiero que me devuelvas a mi hermano.

Tom había cogido el arma de la mesa de Adam. La sostenía en su mano y le apuntaba con ella. Un par de horas antes, los ojos de O'Connolly habían mostrado sorpresa cuando Tom le disparó en la pierna. En los de Adam, por el contrario, sólo había el más profundo pánico. Sabía que Tom iba a matarle. No tenía la menor duda. Pero no

iba a ser como él esperaba. Tom lo condujo a punta de pistola hasta el aseo que tenía en la parte de atrás de su despacho, tan protegido como el resto de sus dependencias privadas.

—¿Qué haces…? —dijo Adam con la voz ahogada.

—Encerrarte en esta ratonera. El fuego hará su trabajo.

A Tom debió de extrañarle que Adam no opusiera resistencia. Pero fue un atisbo tan leve que no alcanzó sus pensamientos conscientes. Si había guardado allí un arma, no tendría oportunidad de usarla contra él. Lo empujó dentro con fuerza. Adam cayó al fondo, golpeándose contra la pared del lavabo. Luego Tom cerró la puerta a toda prisa y la atrancó con un mueble, corriéndolo hasta dejarlo justo por delante.

Adam había dejado de gritar y lloriquear. No se puso a dar golpes en la madera, desesperado ante su destino. Lo que antes no había hecho a Tom reflexionar, regresó ahora con intensidad. Algo no marchaba bien.

Volvió a retirar el mueble y abrió la puerta con cuidado. No quería recibir un balazo de Adam, que quizá estaba escondido esperando que se apiadara de él y lo liberara, momento que aprovecharía para atacarle.

—¡Hijo de perra!

Tom gritó con toda su furia desbocada al ver el hueco abierto en el suelo del aseo. Una salida de escape para situaciones apuradas, como aquélla. Era un portillo semioculto bajo un aparador, que Adam había utilizado para huir. Tom se lanzó hacia el mismo agujero, saltó dentro hasta caer unos dos metros más abajo. Sintió una aguda punzada en la cadera que apenas le hizo detenerse una fracción de segundo. El pasadizo estaba completamente a oscuras. Avanzó tan rápido como pudo, tanteando la pared, hasta que vio una tenue luz al fondo y una sombra que se movía justo delante.

—¡Quieto, Norris! —gritó al túnel—. ¡Quieto o disparo!

La sombra no obedeció ni hizo caso de la amenaza. Tom disparó dos veces. Las detonaciones retumbaron y volvieron amplificadas y llenas de reverberaciones.

—¡Maldito…!

Al fondo, la luz se hizo algo más intensa. Adam había conseguido salir. Tom no sabía si le había alcanzado, pero corrió hacia la salida como un caballo desbocado. El pasadizo daba a un callejón paralelo al de la entrada del garito, al otro lado de la manzana. Tom giró sobre sí mismo tratando de localizar a Adam. Lo vio renqueando, casi al otro lado de la calle. Le había dado, pero la herida no era grave.

Las llamas empezaban a dejarse ver en el exterior del edificio. Algunos vecinos miraban desde sus ventanas. Pero aún no habían

llegado los bomberos y no había rastro de los hombres de Adam. Era la última oportunidad de Tom. Si no lo cogía ahora, ya no podría hacerlo.

Se lanzó hacia él sin preocuparse de que alguien pudiera verlo con un arma en la mano, persiguiéndolo. Cuando estaba casi a su altura empezó a oírse la sirena de un camión de bomberos. Tom saltó sobre su espalda y le hizo caer al suelo. Ambos rodaron hasta detenerse en la boca de la estrecha calle por la que Adam trataba de alejarse y ponerse a salvo.

—Creías que iba a dejarte ir, ¿verdad? —dijo Tom, ya de pie frente a Adam y con el cañón de la pistola apuntando directamente a su cabeza.

—No me mates. No me mates, por favor…

Habían vuelto los lloriqueos y las súplicas. Un pequeño reguero de sangre le caía desde un costado. La bala de Tom le había rozado las costillas.

—¡Vamos, levántate!

—¿Qué… qué vas a hacer conmigo?

Tom había tenido una idea. Había surgido de pronto en su mente. El mejor final para aquel ser sin escrúpulos. Que muriera del modo en que jamás hubiera imaginado morir. No de una bala en la frente, sino igual que su padre, que le pidió que a él no le pasara lo mismo. Así, justamente así, iba a morir Adam Norris.

—Camina —le ordenó Tom—. Y no hagas ninguna tontería o ya sabes lo que te pasará.

Hacía rato que los matones y empleados de Adam habían abandonado el local en llamas, como ratas que huyen de un barco que se hunde. Su lealtad no bastaba para arriesgar la vida por su patrón. El fuego aún no se había extendido al edificio, pero su avidez continuaba después de arrasar el bar y la zona de juegos. Las llamas comenzaban a emerger de algunas ventanas. Por suerte, en ese edificio no vivía nadie, aunque sí en los inmuebles colindantes. Algunos de sus moradores habían salido a la calle y contemplaban la escena embutidos en sus abrigos, bajo un cielo que no se decidía a descargar.

Valery no vio el resplandor del fuego hasta encontrarse justo delante del edificio, y se temió lo peor. Había atravesado los cruces de varias calles a toda velocidad, confiando en que ningún otro vehículo se cruzara en su camino. No fue así. Un coche patrulla, que se dirigía al lugar del incendio, tuvo que frenar en seco y perdió el control. Valery no llegó a colisionar con él, pero los policías se estrellaron

contra una boca de metro. Su coche quedó empotrado en el hueco de las escaleras.

Valery no aminoró la marcha. Siguió durante tres bloques más. El edificio en llamas surgió de pronto ante ella, al doblar una esquina, y la hizo frenar en seco instintivamente. Era obvio que aquel incendio tenía que haberlo provocado Tom. Rogó a cualquier dios capaz de oírla que él no estuviera allí dentro. Y también que la protegiera cuando ella entrara a buscarle.

Dejó el coche atravesado en medio de la calle y salió corriendo. El creciente corrillo de vecinos la contempló como si estuviera loca. Y debía de estarlo, porque pasó delante de sus rostros asustados, mirando alrededor.

—¡Tooom!

No había rastro de él. Seguramente seguía dentro. Valery se lanzó a toda prisa hacia el edificio. El callejón era impracticable. Optó por entrar en la tienda que servía de tapadera al garito. Por ese lado aún no había llamas.

—¡No lo haga! —le gritó alguien a su espalda.

Ella ni siquiera lo oyó. Empujó la puerta y se lanzó al interior, conteniendo la respiración. No por el humo, que inmediatamente la cubrió, sino por puro terror. Un coro de comentarios incrédulos se mezcló con el crepitar de las llamas. Aquella joven estaba loca, sí. Una bocanada de aire caliente la golpeó en pleno rostro. Se cubrió con las manos y siguió avanzando sin saber hacia dónde se dirigía, y sin conseguir apenas ver. Se quitó las manos de la cara y extendió los brazos hacia delante, como una sonámbula. El corredor se volvía más impenetrable conforme avanzaba. La luz del amanecer, fuera, pareció simplemente desvanecerse en un irrespirable pozo de oscuridad.

—¡Tom! —gritó—. ¡TOOOM!

Un violento acceso de tos la hizo encogerse. Los ojos le lloraban. Se lanzó al suelo y continuó avanzando a gatas para evitar asfixiarse. El humo se volvió más denso, buscando revancha. Lo más terrorífico era aquel siseo omnipresente que se oía. Era de llamas que no lograba ver, pero que en cualquier momento podrían surgir delante de ella.

Se topó con una puerta cerrada. No podía continuar. La golpeó, pero ésta seguía firme.

—Dios, no; por favor, no… ¡Nooo!

Con lágrimas de rabia, se dio la vuelta y salió por el mismo corredor por el que había venido. Le costó menos salir que entrar, aunque sus brazos languidecían de desesperación. Fuera, las luces del camión de bomberos le hicieron abrir los ojos, nebulosos por las lágrimas. Había perdido. No había logrado llegar hasta Tom, que a esa

hora debía de haber perecido por el humo o las llamas.

Pero un rayo de esperanza la iluminó aún más que los faros del camión. Vio una sombra moverse al fondo de la calle. Una sombra que tenía la misma figura que Tom. Le pareció que llevaba una pistola en la mano, y que le antecedía otra sombra más pequeña, encogida y renqueante.

Tenía que ser él. Y Norris. Estaban fuera del edificio, a salvo de las llamas. Un torrente de alivio precedió a un mar de ansiedad. Corrió hacia el otro lado de la calle, hacia la esquina por la que esa imagen huidiza de Tom acababa de desaparecer. A punto estuvo de ser atropellada por los bomberos, que accionaron la ruidosa bocina y tuvieron que esquivarla haciendo un quiebro. La imprecación del conductor se diluyó en la noche, por delante de las llamas que, ahora sí, emergían con furia del edificio.

Valery gritó de nuevo el nombre de Tom. A ella misma le pareció que su grito quedaba ahogado por la potente sirena de los bomberos. Siguió corriendo hasta el lugar por el que la sombra había desaparecido. No había nadie. Pero la sombra estaba ahora al final de la calle.

—¡TOOOM!

Si en verdad era él, no se detuvo. Valery la siguió como un actor a un espectro. El Empire State apareció al fondo. Allí debía de ir la sombra de Tom, llevando a Adam Norris al único lugar que era un poco suyo. Al edificio que había logrado darle esperanza y luz, en medio de la tiniebla.

—¡TOOOM!

Valery ni siquiera era consciente de si su voz realmente sonaba desde su garganta. Se sentía en un escenario irreal, arrojada a las calles de la ciudad que amaba y que, ahora, le parecía tétrica y hostil, vacía de toda humanidad. Incluso el Empire State parecía una mole sin vida, amenazadora y terrible.

Un poco más adelante, Tom se apresuraba para evitar que Valery los alcanzara a él y a Adam. El Empire State se hallaba ya a un tiro de piedra. Confiaba en que estuviera allí Abe Harrod, el vigilante al que había conocido por el asunto del cobre, y que un día ocupaba la entrada exterior y otro se quedaba dentro, en la oficina conectada con las alarmas.

Tuvo suerte. Abe lo saludó al verlo aparecer. Lo había reconocido al instante. Pero se extrañó de su forma de caminar, apresurada, y su compañía. Tom no tuvo más opción que encañonarle con la pistola de Adam.

—Apártate y déjame entrar. No quiero hacerte daño.

Abe estaba seguro de que Tom no le haría daño. Pero decidió no oponerse a él y franquearle el paso. Quizá gracias a Tom aún conservaba su empleo, y le debía algo de confianza.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó, de todos modos.

—Nada que no deba hacerse —contestó él mirándole a los ojos.

Con Adam delante de él, se apresuró a tomar uno de los ascensores. En el interior sólo había unas minúsculas luces de emergencia, que no penetraban la negrura del vasto edificio. Dentro de la cabina, Tom cerró las puertas de verja y oprimió el botón del piso más alto al que ese elevador llegaba, el cincuenta. Casi doscientos metros de altura sobre el nivel de la calle. Más que suficiente.

Valery apareció a los pocos segundos. Abe le cerró el paso. Sabía quién era porque la había visto con Tom, pero su profesionalidad primó en esta ocasión sobre su sentido común. El que ella estuviera también allí debía de tener una conexión con la aparición de Tom y el otro hombre.

—¡Tengo que entrar! —dijo ella gritando. Estaba desquiciada.

—No puedo dejarla pasar, señorita. Lo siento.

Sobraban las palabras. Por eso Valery no dijo ninguna más. Se limitó a arremeter contra el vigilante como un ariete, con tanto ímpetu que le hizo tambalearse y hacerse a un lado. Éste pensó por un instante en ir por ella. Era más fuerte y podría reducirla con facilidad. Al menos, en teoría. Pero se quedó donde estaba, quieto, viéndola desaparecer entre las sombras del interior del edificio. Algo iba a pasar, y quizá ella era la pieza más importante. El vigilante nunca había sido un tipo muy listo, pero estaba claro que allí iba a suceder algo. No hacía falta tener un título universitario para darse cuenta.

Arriba, Tom no reparó en que el elevador volvía a descender. Valery lo había llamado desde abajo. Fue moviéndose frenéticamente entre los que ya estaban operativos para comprobar cuál no se encontraba en el piso inferior. Ése era el que Tom debía de haber usado. Esperó, nerviosa, a que estuviera de nuevo abajo y montó en él.

—¿A qué piso habrá…? —dijo entre dientes.

La pregunta se contestó sola: al último al que llegaba el ascensor. No era seguro, pero sí lo más probable. Si Tom se disponía a hacer lo que ella pensaba, subir al piso más alto tenía sentido. Cerró las puertas, oprimió el botón y mantuvo su mirada fija en el techo mientras la cabina se elevaba a toda velocidad.

A doscientos metros sobre ella, Adam caminaba, lloriqueando y con pasos muy cortos, sobre una viga de metal que sobresalía por la fachada. Era como el pirata al que, en un antiguo barco de guerra, se obligaba a caminar por la pasarela hasta hacerle saltar por la borda en

medio de un mar infestado de tiburones. A diferencia de él, Adam no avanzaba a punta de sable, sino de pistola; y no iba a ser devorado por tiburones, sino a aplastarse contra el suelo frío y gris de la isla de Manhattan.

—Tom… —gimió Adam sin atreverse a mirar a su espalda.

—¡Sigue caminando, bastardo!

—Yo… Yo no quería, Tom, te lo juro. Te lo juro por Dios. Owen me obligó… No me mates. No me mates… así.

Adam estaba llorando de miedo. Siempre había tenido pánico a las alturas, y más desde que su padre, el banquero Benjamin Norris, se había suicidado saltando por una de las ventanas más altas de su banco en quiebra. Sentía mareos y estaba aterrado, a punto de dar un traspié que le precipitara al vacío. No siguió avanzando. Estaba ya muy cerca del final de la viga. Se arrodilló sobre ella, de espaldas a Tom. Con la frente apoyada en el metal, gritó:

—¡NOOO!

Su grito se fundió con otro. Con el de Valery, que había llegado al piso cincuenta y contemplado la escena llena de horror.

Tom miró un momento atrás, sin dejar de apuntar a Adam.

—Márchate, Valery. No deberías estar aquí. No quiero que…

—¡Tom! No lo hagas.

Ella corrió hacia él, pero se detuvo cuando le vio agarrotar la mano de la pistola. Más despacio, Valery fue moviéndose en semicírculo hasta situarse al lado de la viga sobre la que Adam seguía arrodillado.

—No lo hagas. Por favor. No vale la pena.

—Él ordenó matar a mi hermano. Y ahora lo va a pagar. ¡Vamos, Norris! ¡Ponte en pie y salta! Puedes hacerlo como un hombre o con un balazo en la espalda. Tú decides.

—¡No! —repitió Valery, y esta vez se interpuso entre Adam y Tom.

—¡Apártate!

—Si vas a disparar, tendrás que hacerlo primero contra mí.

—Ese cerdo merece la muerte.

—Quizá, Tom. Pero así no.

Valery comenzó a avanzar también por la viga, hacia atrás, muy lentamente y tanteando con los pies. Tom se quedó inmóvil y en silencio, con la mirada fija en los ojos temerosos, y a la vez resueltos, de la mujer a la que amaba. La única iluminación llegaba desde las lejanas luces de la calle, a muchos metros de distancia. Y de la luna, cuyo resplandor era apenas visible entre las nubes.

—¿Por qué haces esto? —dijo Tom.

—Porque te quiero.

Los ojos de Valery, que Tom seguía mirando fijamente, estaban

llenos de lágrimas. Estaba dispuesta a morir por él. Si se destruía a sí mismo, asesinando a Adam a sangre fría, ella no quería seguir viviendo.

De pronto, Tom pareció despertar de un trance. Bajó el arma y corrió hacia Valery, para agarrarla por los brazos y devolverla a la seguridad del suelo de la planta. Adam no había despegado su cabeza de la viga. Parecía ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Estaba seguro de que iba a morir y su mente quedó anegada por miles de pensamientos; una especie de examen de conciencia de su vida, de la que se arrepentía como el pecador moribundo que se confiesa, con su último aliento, ante un sacerdote.

Valery y Tom se fundieron en un beso largo y profundo. También él lloró. Era la segunda vez que lo hacía en toda su vida. Y ahora no era sólo por dolor. También había felicidad en esas lágrimas. Y agradecimiento.

—Vámonos de aquí —dijo Valery.

Tom asintió. Ninguno de los dos miró siquiera a Adam, que por fin empezaba a comprender lo que sucedía. Simplemente se fueron juntos del Empire State. De aquel edificio que salvó a Tom una vez, y que ahora había sido testigo de que nunca es tarde para empezar de nuevo.

Al día siguiente no habría tinieblas. Al día siguiente luciría el sol.

36

Beth se encontró con el juez Marquand en la antesala del juzgado. No sabía quién era, pero supuso que, al estar allí, tendría alguna relación con Tom o con Valery. Se acercó a él con una sonrisa y le preguntó directamente:

—Soy hermana de Tom Carter. Encantada de conocerlo. ¿Y usted es…?

—El padre de Portia… —dijo, aunque por la expresión de Beth se corrigió—: El padre de Valery.

—¡Es usted el juez que lo ha solucionado todo!

—Yo no diría tanto… —carraspeó.

Era cierto que, gracias a su intervención —y la de su amigo, el alcalde Jimmy Walker—, el caso había sido investigado con imparcialidad. En lugar de instruirse como uno más, en la enconada lucha policial y judicial contra las bandas mafiosas que operaban en la ciudad, los hechos fueron realmente esclarecidos.

Tom reconoció que había matado a O'Connolly. Cómo quiso hacerle confesar el asesinato de su hermano, forcejearon y acabó con él de un terrible puñetazo. El abogado que el padre de Valery le había asignado, uno de los mejores del país y amigo personal suyo, logró que quedara como un homicidio en defensa propia, que no tenía cargos penales.

En cuanto a O'Connolly, quedó probada su relación con Adam Norris y con algunos altos cargos del ayuntamiento, como Leo Baracca, que se vieron obligados a dimitir y fueron inhabilitados para ejercer puestos públicos. El propio Norris pudo evitar la silla eléctrica, aunque no la cadena perpetua, que habría de cumplir en una minúscula celda de la prisión de máxima seguridad de Nueva York, la temible Sing Sing.

La justicia había triunfado. A pesar de todo. Sólo la justicia ciega separa lo blanco de lo negro. Triunfó porque fue capaz de separar el negro del gris, el color neutro donde viven los hombres. Eso era lo que el juez Marquand había comprendido al fin, gracias a su hija.

Para ella se avecinaban cambios importantes. El *World* había cambiado de manos. Hubo un litigio que declaró la propiedad legítima de uno de los hijos de Joseph Pulitzer, que llevaba varios años luchando por ella en los tribunales. La fusión con el *New York Telegram* era un hecho. Nacía así un nuevo periódico, más fuerte,

aunque menos independiente y progresista: el *New York World-Telegram*. Valery pensó en marcharse con Linus Lonnegan, su redactor jefe, al que no querían conservar en su puesto. Pero él la convenció de que se quedara. Tenía una brillante carrera que delante, y no encontraría un medio mejor que el flamante y poderoso *World-Telegram*. Incluso sus nuevos jefes la felicitaron por su arrojo en la confección del reportaje sobre el Empire State, y prometieron publicarlo en el magazín del periódico, que seguiría existiendo.

Precisamente por la prensa, Tom y Valery se enteraron de que Norris tuvo que ser reducido por los guardias del juzgado cuando leyeron su veredicto. Gritó, lloró de rabia, dio puñetazos y acabó en el suelo, con las manos esposadas a la espalda. Tendría mucho tiempo para reflexionar sobre su soberbia y su falta de escrúpulos. Todo el tiempo del mundo, en su pequeña jaula de la cárcel.

Cuando Tom salió de la sala de vistas, como un hombre completamente libre, con Valery junto a él, ambos se encontraron con Beth y el juez Marquand. Valery presentó a Tom a su padre. Antes de que éste se quedara un momento a solas con su hija, se dirigió a Tom para decirle dos simples frases. No fueron precisamente frases amigables, aunque en sus ojos se veía algo desaparecido de ellos hacía años: tolerancia.

—Espero que la cuides bien. Si le rompes el corazón, yo mismo en persona te buscaré y te destruiré.

Luego regresó adonde estaba Valery. Beth fue por Tom, que la abrazó y la besó. El juez miró a su hija con mucha seriedad.

—En el antiguo Derecho Romano, el padre de un recién nacido gozaba de la prerrogativa de aceptarlo para que fuera un ciudadano más. Si no lo hacía, podía ahogarlo en el Tíber. Da gracias a que no estemos en la época de los romanos…

Valery sonrió, encantada. La expresión de su padre transmitía todo lo contrario a lo que había dicho. En el fondo de su corazón, muy en el fondo, pero allí dentro, se sentía orgulloso de ella. De su fuerza, su valor y su sentido de la justicia. Quizá superior al suyo, después de todo.

Ella deseó lanzarse en sus brazos y darle un gran beso. Pero sabía que aquel gesto tan emotivo, hecho en público, lo avergonzaría. Las personas cambian, pero no de un día para otro. Y su padre ya había hecho muchos esfuerzos últimamente. Por eso, Valery se limitó a ofrecerle su mano. Él la tomó y le cogió también la otra.

—Supongo que asistirás a los esponsales de tu hermana —dijo.

—No me los perdería por nada del mundo. Hasta pienso escribir algo sobre…

—Valery, te lo ruego…

Por primera vez no la había llamado Portia, sino por el nombre que a ella le gustaba usar. Y se sintió de nuevo como cuando era pequeña. Cuando se sentaba con su padre a la mesa de té de su despacho y le escuchaba embelesada, hablando de aquellas cosas que entonces apenas entendía, pero que ahora significaban su horizonte.

Beth contó a todos que sus expectativas en Hollywood eran excelentes, y que se había enterado de que allí iban a hacer una película sobre un mono gigantesco que acababa subiéndose a lo alto del Empire State. Todos rieron, sin querer dar crédito al rumor, y acabaron el día cenando en uno de los mejores restaurantes de Manhattan. Muy cerca, precisamente, del Empire State.

Después del juicio, Tom siguió trabajando en su puesto. Pasó la Navidad, con una celebración triste y alegre a la vez. Valery lo llevó a la casa de su familia, en Washington, donde conoció también a su madre, a su hermana y al prometido de ésta. Jay ya no estaba, pero la vida tenía que seguir. Las cosas nunca son como se imaginan. Algunas son peores, pero otras mejores. En eso consiste vivir.

El Empire State estuvo listo y rematado a mediados del mes de abril, con más de quince días de adelanto sobre el plazo previsto. Casals se alegró mucho de que Tom no hubiera acabado en la cárcel otra vez. Se portó con él como un hermano mayor, casi como un padre. Y sus otros amigos consolidaron una amistad que no acabaría con las obras del rascacielos. La fachada resplandecía a la luz primaveral, como una Dama ataviada con sus mejores galas, lista para asistir a una gran celebración.

Antes de despedirse, con la promesa de no perder el contacto, Casals pidió a Tom una última cosa.

—¿Recuerdas, muchacho, que te hablé de las antiguas catedrales y los peregrinos que las visitaban?

—Y también que el Empire State era como una catedral moderna

—Eso. Y que muchos vendrían en peregrinaje hasta Manhattan para contemplarlo y visitarlo. Bien, pues me gustaría que me acompañaras como uno de esos antiguos peregrinos. Nosotros lo hemos construido. Lo hemos levantado con nuestras manos y nuestra fe. ¿Quieres subir conmigo hasta la cúspide?

—Claro. Me encantará contemplar la vista desde el mirador.

—No, hombre. Eso ya lo harás con tu chica. Yo hablo de subir a pie. Por las escaleras.

Tom sonrió asombrado y enseguida asintió.

—Me encantará hacerlo. Pero ¿cuántos escalones son? ¿Lo sabe, Casals?

—Yo lo sé todo de esta Dama: mil quinientos setenta y seis, exactamente. Y no vuelvas a llamarme Casals, muchacho. Ya no soy tu jefe. Ahora puedes llamarme Mateu.

Apenas hacía una semana que el Empire State había sido inaugurado y Beth acababa de escribir desde California. Llevaba allí cuatro meses, y por fin su agente le había conseguido un papel en el cine. Era uno secundario, pero muy prometedor, en la próxima película de Lewis Milestone, uno de los grandes directores del momento. Se mostraba llena de ilusión ante esa nueva aventura, que la había alejado física y espiritualmente de sus años oscuros en Nueva York y le ofrecería nuevos retos en su carrera.

Tom y Valery leyeron juntos su carta y le escribieron una entusiasta respuesta. Luego fueron, con Milka, al centro de la ciudad. Tom estaba ahora frente a un buzón de correos, no muy lejos del edificio más alto del mundo. Antes de introducir en él la carta para Beth, releyó por última vez otra que había estado escribiendo. Una que le había costado mucho decidirse a escribir, y que ahora sostenía en la mano.

Querida Jennifer:

Los que asesinaron a Jay han pagado por ello. Sé que no es un consuelo. Pero recuerda que Jay lo hizo todo por ti y por sus hijos. Él siempre te quiso. Siempre. Puede que incluso mucho más que yo.

No te sientas sola. Siempre podrás contar conmigo si me necesitas. Yo tampoco te olvidaré, pero no voy a ir a Sunnyside.

Te deseo todo lo mejor, de verdad,

Tom

Dobló la hoja, la metió en el sobre previamente franqueado, donde había escrito la dirección de Jennifer, y la echó al buzón junto con la de Beth. Se quedó unos segundos mirando la recta e inexpresiva boca del buzón. Para él, no había cartas mejores o peores. Luego cruzó la acera para regresar con Valery y con Milka, que lo esperaban al pie del Empire State. Entraron en el vestíbulo por la calle Treinta y cuatro. El interior, de estilo modernista, mostraba una lujosa decoración de granito sueco pulido y tonos dorados y cobrizos. Parecía increíble que aquel mismo lugar estuviera ocupado por

hierros, maderas, cemento y escombros tan sólo unos meses atrás.

Subieron juntos en uno de los ascensores al mirador del piso 86. Desde allí se divisaba toda la ciudad y aun mucho más lejos. Una panorámica, hasta donde el cielo y la tierra se confunden en la delgada línea del horizonte.

Milka se puso a recorrer el mirador. Valery había sacado su libreta para apuntar algo en ella.

—¿Qué escribes? —le preguntó Tom.

—El final de mi reportaje para el *World Magazine*.

Tom la miró y sonrió.

—Supongo que las cosas no han sucedido como tú esperabas.

—Supongo que no. —La sonrisa de ella se hizo más intensa—. Las cosas nunca son como se espera.

El día era luminoso. Una brisa suave les acariciaba el rostro. Valery terminó de escribir, guardó la libreta y levantó la vista hacia Tom. Él la abrazó y la besó en los labios.

Abajo, en la calle, los promotores del Empire State salían de él en ese momento. Al Smith, John Jacob Rascob y Pierre du Pont estaban contrariados por las malas expectativas de negocio. Desde el inicio de la crisis había exceso de oferta de oficinas en Nueva York. A pesar de que el alquiler en el Empire State sería un cuarenta por ciento más barato que en otras zonas de Manhattan, incluso las previsiones optimistas auguraban un escaso veinticinco por ciento de ocupación.

El chófer los esperaba junto a su coche. Se quitó la gorra de plato y les abrió la puerta trasera. Antes de entrar, los poderosos industriales se detuvieron un instante a contemplar, en silencio, su edificio. A pesar de todo, tenían razones para estar orgullosos del Empire State y su figura gloriosa en el centro de Manhattan, que ascendía mucho más alto que ninguna otra en el mundo. Bajaron de nuevo la vista y montaron en el lujoso automóvil, que desapareció entre el tráfico de la Quinta Avenida.

—Al final todo se ha arreglado —dijo Valery, acariciando el rostro de Tom.

Había estado muy cerca de perderle. Él suspiró y asintió.

—Sí.

Las injusticias nunca se reparan, pero, a veces, la vida se esfuerza en encontrarles algún tipo de compensación. Quizá en eso consisten los milagros.

—Te quiero —dijo él. Y Valery supo que lo sentía de verdad.

Por la mente de Tom pasaron muchos de los recuerdos de su infancia en Filadelfia, y de Frank y Jay y Beth, de Jennifer, de Milka, de la guerra en Europa, de la muerte y el dolor, de la prisión y sus

combates de boxeo, de las cicatrices que cruzaban su rostro y sus manos, de los hombres buenos y malos. Y también de Valery.

Valery era su milagro.

—Dos dólares y catorce centavos —dijo Tom de pronto.

—¿Qué…? —exclamó ella sin entender a qué se estaba refiriendo él.

—Una vez me preguntaste cuánto dinero había en la cartera del hombre muerto. Del padre de Milka. Había dos dólares y catorce centavos.

Ahora Valery sí entendió lo que quería decir. Y lo que significaba que, por fin, se lo confesara. Aquello era una declaración de amor, en más de un sentido. Ella no dijo nada más. Se limitó a abrazarse a Tom con más intensidad y a buscar sus labios para besarlo otra vez. Para besar al hombre con quien iba a pasar el resto de su vida.

—¡Mirad! —gritó entonces Milka desde el otro lado del mirador.

Ambos se separaron cariñosamente para ir a su encuentro. La niña se refería a un avión, que surcaba en ese momento el cielo de Nueva York. Desde allí arriba, en aquel día sin nubes, parecía al alcance de la mano.

Como el futuro.

The WORLD MAGAZINE
The World

DOMINGO, 17 de mayo de 1931

EL TECHO DEL MUNDO

Por VALERY MARQUAND

El 1 de mayo de 1931, el edificio Empire State resplandecía como una flamante aguja orientada a los cielos. Los comentarios de los invitados a su inauguración eran de alabanza y asombro. Pero ni uno solo de ellos podía imaginar el dolor y el sufrimiento de quienes no pudieron verlo terminado, o las vicisitudes de quienes lo erigieron; de quienes, jornada a jornada, pusieron sus brazos y su corazón en elevarlo hasta convertirse en la mayor construcción humana de la historia.

El presidente Herbert Hoover en persona, desde Washington, oprimió el botón que iluminó a distancia todas las lámparas del edificio. Ninguna autoridad de Nueva York faltó a la cita. En tan sólo veintiún meses desde que se proyectó en las mesas de dibujo de los arquitectos —y tras poco más de trece de construcción—, esta gigantesca mole de trescientos ochenta y cuatro metros y ciento dos pisos, se alza hoy desafiante en el corazón de Manhattan. Sin duda, un monumento a la posteridad.

Las ceremonias se iniciaron con el tradicional corte de la cinta roja. Lo hicieron dos nietos del señor Al Smith, presidente de la Corporación y antiguo alcalde de la ciudad, que acto seguido dirigió unas palabras a los presentes. También lo hicieron el gobernador del estado de Nueva York, Franklin D. Roosevelt, y el actual alcalde de la ciudad, James J. Walker, así como el arquitecto Richmond H. Shreve y el representante de la constructora, Paul Starrett. Algunas de esas palabras fueron emotivas e inspiradoras, trasladadas a todo el pueblo de Nueva York a través de emisiones especiales de la estación radiofónica RKO.

Al día siguiente, ayer, se invitó a los ciudadanos de Nueva York a visitar el Empire State y disfrutar de ese símbolo de superación y esperanza. Durante unas

horas, nadie pareció acordarse de la crisis en la que nos hallamos sumergidos. Sumergidos, sí, pero no hundidos ni derrotados.

Hace menos de dos años, el 24 de octubre de 1929, el mundo cambió. Se derrumbó ante nuestros ojos —y aún sigue la caída— un estilo de vida que era falso y frágil. Pero de los restos de la podredumbre surgen los árboles más fuertes. Sólo hay que tener un poco de fe. El sol siempre vuelve a lucir. Siempre hay un mañana. Aún queda mucho por andar, y ya hemos empezado a hacerlo.

Dicen que un hombre no puede cambiarse a sí mismo. También dicen que un hombre no puede cambiar el mundo. Pero no es cierto. Los hombres sí cambian. Y cambian el mundo cada día, porque el mundo lo hacemos todos. Incluso un hombre puede cambiar el mundo por dos dólares y catorce centavos.

Una vez alguien me dijo que todo lo bueno es falso. Casi siempre es así. Pero no siempre. A veces algo sale bien y nos da fuerzas para continuar. Cada época tiene sus propios sueños. En medio de la peor crisis de la historia, nosotros tenemos el mayor edificio del mundo. Y una ciudad entera, de hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, venidos de cualquier lugar del mundo, todos empujando hombro con hombro, para elevarse como el Empire State. Para elevarse aún más alto que cualquier edificio. Esto es Nueva York y esto es América.

La grandeza empieza por mirar hacia lo alto. Hoy, desde lo más alto del Empire State, contemplando la ciudad de Nueva York en un luminoso día de primavera, me dispongo a contarles una pequeña historia. Es la historia de uno de esos hombres que trabajaron en el Empire State. Un hombre que pasó hambre y frío, pagó por sus culpas y perdió aquello que amaba. Alguien que no se rindió ni se dejó vencer. Alguien que, como todos nosotros debemos hacer ahora, miró hacia el cielo para construir el Techo del Mundo…

Agradecimientos

Queremos dedicar esta novela a todas las personas que nos han ayudado e inspirado en los cuatro años que ha durado su confección. Algunas de ellas son:

Carol Willis, directora
del Museo de los Rascacielos de Nueva York
David Botello
Sandra Rodericks
Günther Rodewald
Alberto Marcos
David Trías
José Luis Zurdo
Clara Dávila
Elena Montes
Macu Marrero
Raquel Pena
Silvia Galán
Bárbara Martínez

E Inés Gutiérrez, recién llegada a este mundo

Edición en formato digital: octubre de 2011

© 2011, David Zurdo y Ángel Gutiérrez. Este libro fue publicado por mediación de Ute Körner Literary Agent, S.L., Barcelona - www.uklitag.com
© 2011, Random House Mondadori, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Ferran López / Random House Mondadori, S.A.
Fotografía de la cubierta: Un obrero durante la construcción del Empire State Building, Nueva York, 1930. ©Bettmann/CORBIS

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-35284-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 Barcelona
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:
Agustín de Betancourt, 19
28003 Madrid
España
Tel.: +34 91 535 81 90
Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.

Beascoa

CABALLO DE TROYA

Collins

conecta

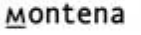
DEBATE

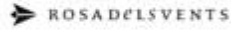
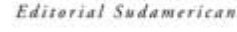
DEBOLSILLO

Electa

Grijalbo

Lumen

MONDADORI

Montena

PLAZA JANÉS

ROSA DELS VENTS

Editorial Sudamericana